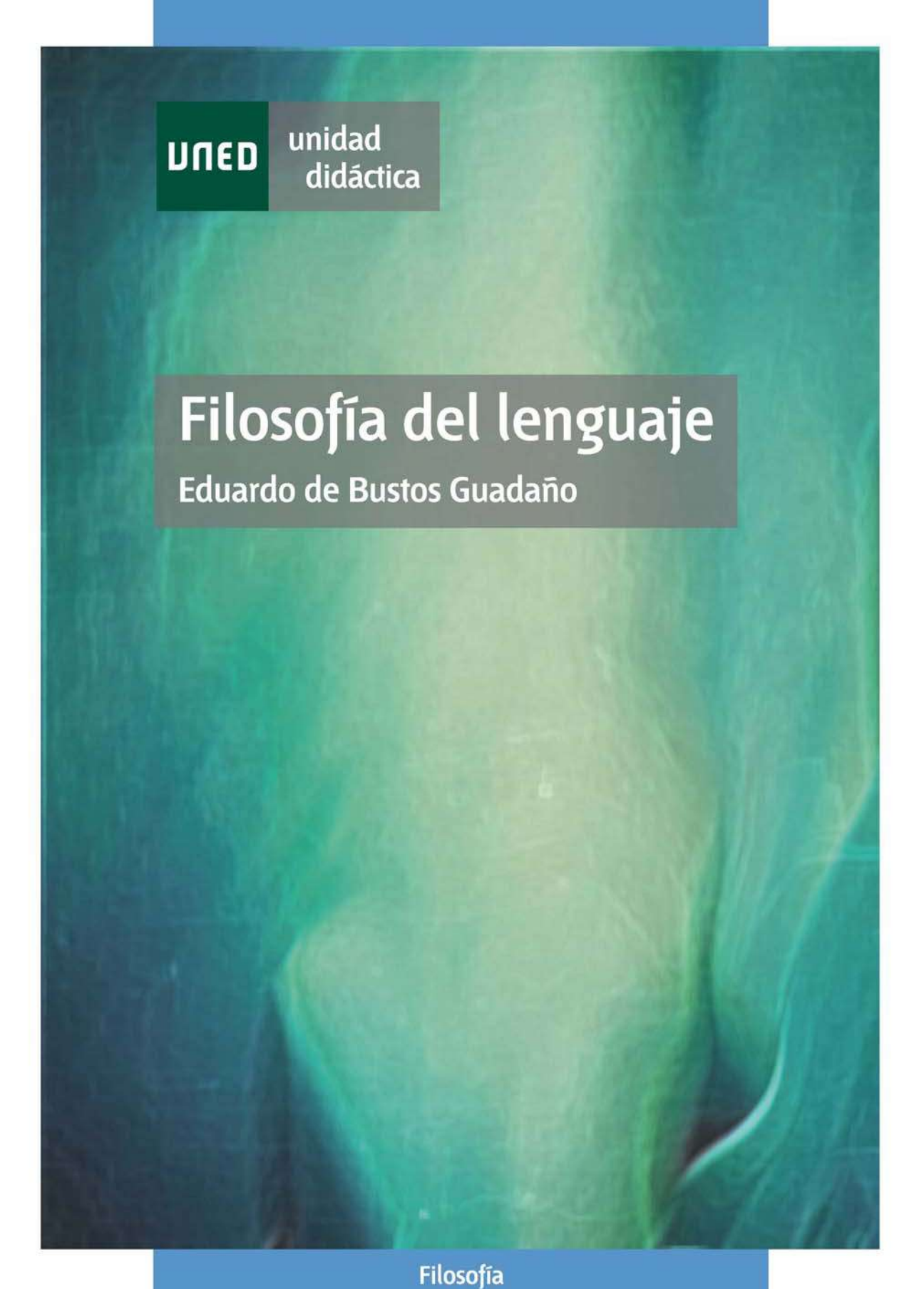




UNED

unidad
didáctica

Filosofía del lenguaje

Eduardo de Bustos Guadaño

Eduardo de Bustos Guadaño

FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Universidad Nacional de Educación a Distancia
Madrid, 2013

www.uned.es/publicaciones

© Eduardo de Bustos Guadaño

ISBN electrónico: 978-84-362-6804-1

Edición digital: octubre de 2013

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

UNIDAD DIDÁCTICA I

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA A LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

TEMA 1. LENGUAJE, CONOCIMIENTO Y REALIDAD EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

- 1.1. El lenguaje como medio de acceso al conocimiento de la realidad
- 1.2. Lenguaje y realidad según Platón. La exactitud de los nombres: naturaleza y convención
- 1.3. El convencionalismo aristotélico
- 1.4. Lenguaje y pensamiento según Aristóteles
- 1.5. Nombre y predicado (*ónoma* y *rhema*)
- 1.6. La teoría semiótica de los estoicos
- 1.7. La objetividad de los *lektá*
- 1.8. Las partes del discurso

TEMA 2. *MODI SIGNIFICANDI*: LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE EN LA EDAD MEDIA

- 2.1. Las fuentes de la filosofía medieval del lenguaje
- 2.2. El signo, según San Agustín
- 2.3. Lenguaje exterior y lenguaje interior
- 2.4. *Dictio*, *dicibile* y *res*
- 2.5. Intenciones e imposiciones primarias y secundarias
- 2.6. *Significatio* y *suppositio*

- 2.7. Las diferentes clases de *suppositio*
- 2.8. Los *modistae*: teoría de los modos de significar
- 2.9. La teoría de Ockam sobre la *suppositio*

TEMA 3. RAZÓN Y LENGUAJE: LA ESCUELA DE PORT-ROYAL

- 3.1. El racionalismo de la *Minerva*
- 3.2. Elipsis y estructura lógica subyacente
- 3.3. Chomsky y la cuestión de la lingüística «cartesiana»
- 3.4. Descartes y el carácter definitorio del lenguaje
- 3.5. La *Grammaire* como primera gramática filosófica
- 3.6. Relaciones entre gramática y lógica según la escuela de Port-Royal
- 3.7. Signos naturales y signos de institución. Signo e idea

TEMA 4. LAS IDEAS Y EL ORIGEN DE LA SEMIÓTICA EN J. LOCKE

- 4.1. La dimensión crítica de la reflexión sobre el lenguaje natural
- 4.2. La noción de *idea* en J. Locke
 - 4.2.1. Clases de ideas: individuales y generales
 - 4.2.2. Las ideas como significado de las palabras
- 4.3. Lenguaje y comunicación: las condiciones de posibilidad de la comunicación
- 4.4. Nombres comunes e ideas generales
- 4.5. Esencias reales y nominales
- 4.6. La semiología de Leibniz. El lenguaje como instrumento cognitivo
- 4.7. Nombres comunes y abstracción
- 4.8. El proyecto de una lengua universal

TEMA 5. EL ANÁLISIS DEL LENGUAJE Y EL PENSAMIENTO EN EL SIGLO DE LAS LUCES

- 5.1. Los problemas característicos de la filosofía del lenguaje en el siglo XVIII
- 5.2. Lenguaje y pensamiento en E. Condillac
- 5.3. La función cognitiva del lenguaje
 - 5.3.1. La noción de análisis
- 5.4. Clases de signos y evolución del lenguaje
- 5.5. Las concepciones semióticas de los enciclopedistas
- 5.6. Función expresiva y función referencial de la lengua

- 5.7. Las concepciones lingüísticas de los ideólogos
- 5.8. Descomposición de las ideas y categorías lingüísticas

TEMA 6. HUMBOLDT Y EL RELATIVISMO: LENGUA, ACCIÓN Y CARÁCTER NACIONAL

- 6.1. El papel del lenguaje en la formación de las ideas
- 6.2. La articulación fónica y la articulación mental: la forma del lenguaje. Pensamiento pre-articulado y articulado
- 6.3. Palabra y concepto
- 6.4. La naturaleza de la gramática: formas y relaciones gramaticales
- 6.5. La tesis de la superioridad de las lenguas flexivas
- 6.6. La tesis de la relatividad lingüística
- 6.7. Las relaciones entre lengua y carácter nacional
- 6.8. La influencia de Humboldt en E. Sapir y B. L. Whorf

TEMA 7. SEMIOSIS Y SISTEMA SEMIÓTICO: DEL SIGNO A LA LENGUA

- 7.1. Las concepciones semióticas de Ch. S. Peirce
- 7.2. Las relaciones entre lógica y semiótica
- 7.3. El signo o representamen. Representamen, interpretante y objeto
- 7.4. Símbolo, índice e icono
- 7.5. La interpretación semiótica conductista de W. Morris
- 7.6. Las dimensiones semántica y pragmática de la semiosis
- 7.7. La semiología de F. de Saussure. La doble naturaleza de la lengua
- 7.8. Signo y representación: significante y significado
- 7.9. Las propiedades del signo lingüístico: arbitrariedad y carácter lineal
- 7.10. La lengua como institución y la lengua como sistema
- 7.11. Lingüística diacrónica y lingüística sincrónica

UNIDAD DIDÁCTICA II

LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA DEL LENGUAJE

1. Semántica filosófica

TEMA 8. SENTIDO, REFERENCIA Y REPRESENTACIÓN: LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE DE G. FREGE

- 8.1. Introducción
- 8.2. Frege en la tradición filosófica
- 8.3. Función y objeto
- 8.4. Sentido y referencia

8.5. Teoría del significado oracional

8.6. El realismo de Frege

TEMA 9. FORMA LÓGICA, NOMBRES Y DESCRIPCIONES

9.1. Introducción

9.2. La noción de forma lógica

9.3. Nombres

9.4. Descripciones

9.5. Hechos y verdad

9.6. La crítica a la teoría de las descripciones

TEMA 10. TEORÍA GENERAL DEL SIMBOLISMO EN EL *TRACTATUS* DE L. WITTGENSTEIN: PENSAR, DECIR Y MOSTRAR

10.1. Introducción

10.2. La ontología del *Tractatus*: objeto, hecho, mundo y realidad

10.3. La teoría del simbolismo: el pensamiento como lenguaje

10.4. La teoría del lenguaje: nombres y proposiciones

10.5. Pensar, decir y mostrar

10.6. La influencia del *Tractatus*

TEMA 11. EXTENSIÓN E INTENSIÓN: EL PROGRAMA FORMALISTA DE R. CARNAP

11.1. La influencia de Wittgenstein en el Círculo de Viena

11.2. La crítica de R. Carnap a la metafísica tradicional

11.3. Las tribulaciones de la verificabilidad

11.4. Extensión e intensión

TEMA 12. SIGNIFICADO Y VERDAD: DE A. TARSKI A D. DAVIDSON

12.1. Introducción

12.2. Verdad y correspondencia: la teoría semántica de la verdad

12.3. Condiciones de una teoría de la verdad

12.4. Contenido de la teoría de la verdad de A. Tarski

12.5. Significado y condiciones de verdad: El programa de D. Davidson

12.5.1. El programa de D. Davidson

12.5.1.1. Demostrativos

12.5.1.2. Subordinación completiva proposicional

12.5.1.3. Oraciones de acción

**TEMA 13. REFERENCIA Y ONTOLOGÍA: NOMBRES
Y DESIGNACIÓN RÍGIDA**

- 13.1. Introducción
- 13.2. Los nombres y el nombrar
- 13.3. Aprioricidad y necesidad
- 13.4. La teoría causal de la referencia

TEMA 14. SIGNIFICADO, ESTEREOTIPO Y CLASES NATURALES

- 14.1. Introducción
- 14.2. La crítica del análisis tradicional
- 14.3. El significado de «significado»
- 14.4. Significado y estereotipo
- 14.5. Nombres comunes, clases naturales y rigidez

**TEMA 15. EL PROGRAMA NATURALISTA DE N. CHOMSKY:
MENTE, CEREBRO Y LENGUAJE**

- 15.1. Introducción
- 15.2. Competencia y actuación lingüísticas
- 15.3. Ideas innatas, universales lingüísticos y racionalismo

**TEMA 16. EL ESCEPTICISMO DE W. O. QUINE:
INESCRUTABILIDAD DE LA REFERENCIA
E INDETERMINACIÓN DE LA TRADUCCIÓN**

- 16.1. Introducción
- 16.2. La crítica de la epistemología empirista clásica
- 16.3. La fundamentación conductual de la semántica
- 16.4. Inescrutabilidad de la referencia e indeterminación de la traducción

**UNIDAD DIDÁCTICA III
LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA DEL LENGUAJE**

2. Pragmática filosófica

**TEMA 17. SIGNIFICADO, USO Y COMUNICACIÓN:
LAS INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS
DE L. WITTGENSTEIN**

- 17.1. Introducción
- 17.2. Nombrar y jugar
- 17.3. Vivir el lenguaje
- 17.4. El imperio de las reglas

- 17.5. Sobre la observancia de reglas lingüísticas: N. Chomsky
vs. L. Wittgenstein-S. Kripke
- 17.6. Gramática y filosofía

TEMA 18. ACTOS DE HABLA: SIGNIFICADO Y FUERZA ILOCUTIVA

- 18.1. Introducción
- 18.2. Locutivo, ilocutivo y perlocutivo
- 18.3. Acto ilocutivo y fuerza ilocutiva
- 18.4. La noción de acto de habla, según J. Searle
- 18.5. Condiciones y taxonomía de los actos de habla
- 18.6. Actos de habla directos e indirectos
- 18.7. Implicar y presuponer según J. L. Austin

TEMA 19. SIGNIFICADO E INTENCIÓN: LA RACIONALIDAD DE LA COMUNICACIÓN

- 19.1. La teoría intencional del significado
- 19.2. El principio de cooperación lingüística y las máximas
conversatorias
- 19.3. Implicaturas convencionales y conversatorias
- 19.4. Lo literal, lo metafórico y el significado preferencial

TEMA 20. SIGNIFICADO Y CONTEXTO: DE LA SEMÁNTICA A LA PRAGMÁTICA

- 20.1. Preliminares conceptuales
 - 20.1.1. Signo-tipo y ejemplar de un signo
 - 20.1.2. Preferencias y prolata
 - 20.1.3. Oración, enunciado y preferencia de una oración
- 20.2. La pragmática y su objeto
 - 20.2.1. Verdad y literalidad
 - 20.2.2. Los fenómenos pragmáticos
- 20.3. La crítica a la concepción semiótica de la comunicación
lingüística
 - 20.3.1. Significado oracional y significado preferencial
 - 20.3.2. La función de la pragmática en el análisis del significado
comunicativo y el modelo inferencial de la comunicación
lingüística
 - 20.3.3. La naturaleza de la inferencia del significado comunicativo

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

PRESENTACIÓN

En una de sus múltiples acepciones, la filosofía del lenguaje consiste en una serie de reflexiones y análisis sobre las relaciones del lenguaje natural con el pensamiento y la realidad. Precisamente en este sentido es en el que se puede afirmar que la filosofía del lenguaje linda con la lingüística en sus dimensiones semántica y pragmática. Pero las concepciones filosóficas sobre el lenguaje, al menos desde la obra de G. Frege, se han distinguido de las propiamente lingüísticas en cuanto a dos características. En primer lugar, en cuanto a su finalidad u objetivo: las teorías filosóficas sobre el lenguaje, en particular las semánticas, han perseguido en la mayoría de los casos la resolución de problemas filosóficos tradicionales, que podían estar adscritos a disciplinas dispares, como la lógica, la ética o la estética. El análisis del lenguaje natural, y los problemas que presenta, ha sido concebido entonces como un instrumento metodológico particularmente importante en la actividad filosófica, como un recurso fundamental para la resolución de rompecabezas conceptuales. Ésta es la orientación específica, en cualquier caso, de la filosofía *analítica*, escuela filosófica caracterizada precisamente por una metodología «lingüística» en sentido amplio, metodología consistente en el análisis cuidadoso de los términos y formulaciones lingüísticas de los problemas filosóficos. Las teorías propiamente semánticas surgidas de esta orientación fueron, al menos a comienzos del siglo XX, un subproducto de la labor central del análisis filosófico.

Más adelante se independizaron y constituyeron un cuerpo teórico relativamente independiente de las disciplinas filosóficas tradicionales, aunque siempre han conservado vínculos estrechos con la epistemología y con la filosofía de la mente.

En segundo lugar, la filosofía del lenguaje se ha diferenciado de la semántica y pragmática lingüísticas en cuanto a su metodología. Se ha distinguido aquélla por el empleo preferente del análisis lógico o conceptual y por la

escasa atención a los datos comparativos. Desde este punto de vista, el filósofo siempre ha tendido a considerar la lengua como un sistema formal particularmente enrevesado, cuyas deficiencias era preciso remediar o suplir. En esto, no hay que decirlo, existe una larga tradición en la historia de la filosofía. La idea venerable es que, al constituir el lenguaje natural una herramienta tan deficiente para expresar nuestro conocimiento o naturaleza de la realidad, es preciso optar por 1) sustituir el lenguaje natural por una lengua artificial, *filosófica*, que transparente las relaciones entre expresiones, pensamientos y realidad, o 2) analizar el lenguaje natural para que quede patente su auténtica estructura formal o conceptual, única forma de alcanzar la solución de muchos problemas filosóficos. Ambos enfoques, con matices, se encuentran presentes en la filosofía contemporánea del lenguaje, en particular en la filosofía analítica del lenguaje. Aunque ésta no se distingue particularmente por su conciencia histórica, el propio desarrollo del programa de la asignatura pretende poner de manifiesto este punto: que las ideas básicas que han movido la investigación filosófica del lenguaje a lo largo de la historia son similares, y que surgen de la misma fuente: una radical insatisfacción con la naturaleza de nuestro lenguaje o del uso que hacemos de él, una urgencia de comprenderlo mejor para afrontar con éxito los antiguos y nuevos laberintos intelectuales y vitales.

Sin embargo, las diferencias en la concepción de lo que es la filosofía de lenguaje se han ido difuminando en los últimos veinte años, por influencia de las investigaciones que se desarrollan en el ámbito de la lingüística generativa y de las ciencias cognitivas. Hoy día es cada vez más difícil establecer una distinción tajante entre las formas de practicarla, y los resultados que se alcanzan son considerados pertinentes tanto para la lingüística como para la filosofía.

Por eso, la finalidad de este panorama de los principales autores que han contribuido a lo largo del siglo XX a la semántica y a la pragmática filosóficas es la de proporcionar una visión global, tanto a filósofos como a lingüistas, del desarrollo de las diferentes concepciones generales sobre la relación del lenguaje con la realidad y el pensamiento. Creemos que, como a lo largo de toda la historia de las ideas lingüísticas, una visión de esta clase debe sustentar las investigaciones particulares que unos y otros pueden llevar a cabo.

Unidad Didáctica I

**Introducción
histórica
a la filosofía
del lenguaje**

TEMA 1

Lenguaje, conocimiento y realidad en la Antigüedad Clásica

ESQUEMA/RESUMEN

- 1.1. El lenguaje como medio de acceso al conocimiento de la realidad
- 1.2. Lenguaje y realidad según Platón.
La exactitud de los nombres: naturaleza y convención
- 1.3. El convencionalismo aristotélico
- 1.4. Lenguaje y pensamiento según Aristóteles
- 1.5. Nombre y predicado (*ónoma* y *rhema*)
- 1.6. La teoría semiótica de los estoicos
- 1.7. La objetividad de los *lektá*
- 1.8. Las partes del discurso

1.1. EL LENGUAJE COMO MEDIO DE ACCESO AL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD

Las reflexiones filosóficas prearistotélicas sobre la naturaleza del lenguaje giran en torno a la siguiente cuestión: ¿es el lenguaje un medio válido o fiable para acceder al conocimiento de la realidad? En un principio, este problema se concretó en el de la justeza o propiedad de los nombres, primero propios, luego comunes. La forma en que se abordó este problema antes de Platón y Aristóteles fue fijarse en su origen, en los motivos en que un supuesto o mítico *onomaturgo* (impositor de denominaciones) pudiera haber tenido para nombrar a las realidades, tanto individuales como generales. De hecho, como una imitación de esta figura mitológica, los usos sociales griegos (indoeuropeos en general) incluían la imposición de nombres propios a los recién nacidos, en especial en las clases aristocráticas. Tales nombres habían de ser «descriptivos», es decir, debían mencionar alguna propiedad que permitiera reconocer a su portador, ya se tratara de una propiedad que el individuo poseyera o que se deseara adscribirle (y fuera reconocida como tal por la sociedad en general o por sus miembros relevantes). En cualquier caso, el nombre estaba *motivado*, esto es, había una relación causal entre propiedades del individuo y el nombre en cuestión, relación causal que podía ser concebida de modo diferente por los hombres y por los dioses.

Éste es el marco en que hay que situar la principal polémica preplatónica sobre el lenguaje y la explicación del lugar central que en las reflexiones sobre el lenguaje ocupó la etimología. La confrontación entre las concepciones naturalista y convencionalista sobre el lenguaje y su relación con la realidad precisa ser entendida en este contexto epistemológico. El naturalismo, en la medida en que afirma una conexión íntima y necesaria entre el lenguaje y la realidad, constituye una postura filosófica que considera epistemológicamente central el análisis del lenguaje. El lenguaje opera por mimesis de la realidad, reproduce su esencia en virtud de una conexión directa entre componentes lingüísticos y elementos ontológicos. Por ello, el análisis del origen y la estructura de las palabras (etimología en sentido amplio) constituye un método heurístico válido para alcanzar el conocimiento cierto de la realidad.

El convencionalismo, por contra, niega la conexión directa entre el lenguaje y la realidad. Los nombres nombran en virtud de convenciones (*nomoi*) constituidas en hábitos (*ethoi*) comunitarios. La cuestión de su corrección o rectitud se ha de remitir por tanto al problema de la legitimación de las convenciones sociales: no existe la lengua verdadera, la que expresa de un modo transparente la naturaleza y estructura de la realidad, sino que la pluralidad misma de lenguas es una prueba del carácter convencional del lenguaje humano, de la naturaleza heterogénea de las sociedades y culturas humanas. El convencionalismo lingüístico es una postura filosófica fundamentalmente crítica y negativa. Rechaza la necesidad del vínculo necesario entre el lenguaje y la realidad, y las consecuencias epistemológicas que se extraen de la creencia en tal vínculo: el carácter objetivo y unitario de la realidad y el lenguaje. En consecuencia, es una postura abierta al relativismo y al antirealismo, aunque su mantenimiento no está ligado necesariamente a tesis gnoseológicas subjetivistas, psicologistas o nominalistas.

1.2. LENGUAJE Y REALIDAD SEGÚN PLATÓN. LA EXACTITUD DE LOS NOMBRES: NATURALEZA Y CONVENCION

La obra clásica en la que se expone la contraposición entre naturalismo y convencionalismo es el *Crátilo* de Platón. En ella, las tesis convencionalistas están expuestas por Hermógenes y las naturalistas por Crátilo. En esta obra, Platón ofrece un resumen general de las teorías anteriores (arcaicas) sobre la naturaleza del lenguaje, más precisamente, de la denominación: los nombres han sido impuestos por alguien (divino o humano) que ha tenido conocimiento de las cosas. Por tanto, los nombres *expresan* ese conocimiento. El conocimiento de las cosas no sólo incluye el conocimiento de las propiedades que poseen, sino también el conocimiento de su *uso*. Por tanto, quien da los nombres es una especie de artesano o tecnólogo, no propiamente un sabio o un científico.

En épocas posteriores a la platónica se identificó a Platón con las tesis naturalistas. Ello puede tener que ver con el hecho de que el personaje de Crátilo parezca ser tratado con mayor benevolencia por Sócrates que Hermógenes, pero una consideración cuidadosa de la conclusión del diálogo muestra que esto no es así: no existe un sentido especificable de «propiedad» o «rectitud» que se pueda aplicar a los nombres. En el diálogo, Sócrates representa un punto de vista equidistante e igualmente crítico de las dos posturas, naturalista y convencionalista: mediante un recurso dialéctico habitual, consigue llevar esas posturas a versiones extremas, descalificando una y otra por sus radicales consecuencias. Aunque no es particularmente explícito, el diálogo constituye habitualmente el punto de partida para reflexionar sobre el problema general de la conexión entre el lenguaje y el conocimiento tal como lo concebían los griegos y, en particular, para ahondar en la noción

de *convención*, que tan fundamental papel desempeñó, no sólo en la teoría filosófica del lenguaje, sino también en la teoría ética y epistemológica de la filosofía prearistotélica. Y no sólo en el *Crátilo*, sino también en otros diálogos, como *El sofista*, *Fedro* o *Filebo*, se pueden encontrar indicios que apuntan a una consideración global de la naturaleza del lenguaje, de la relación entre lengua hablada y escrita y de su conexión con la realidad. En suma, un desplazamiento del problema originario de la naturaleza de los nombres a la naturaleza de la verdad, de la consideración de las relaciones entre el nombre y su portador a la concepción de la correspondencia entre el enunciado y el hecho.

Asimismo, es un logro importante del *Crátilo* independizar el análisis lingüístico de relaciones a las que estaba ligado antes de Platón, como a la música, y hacerlo autónomo respecto a usos concretos, como la poesía. En el *Crátilo* se encuentra el primer esbozo de un análisis gramatical, como la separación entre el *ónoma* y el *rhema*, el nombre y lo que se dice de lo referido por el nombre. Este análisis elemental, posibilitado quizás por la alfabetización y las exigencias de la enseñanza de la lengua, fue el germen de la tradición gramatical de la clasificación de las *partes del discurso*, que perduró durante toda la edad clásica y extendió su influjo a lo largo de toda la historia del pensamiento lingüístico.

1.3. EL CONVENCIONALISMO ARISTOTÉLICO

En Aristóteles, la reflexión sobre el lenguaje adquiere un nuevo sentido. La polémica naturalismo/convencionalismo es obviada en favor de esta última concepción, pero sin renuncia a la consecución de un auténtico conocimiento. El análisis lingüístico desempeña en las elucidaciones de Aristóteles una función heurística (libro quinto de la *Metafísica*) que permite formular de modo riguroso las preguntas sobre la naturaleza de la realidad. Sus observaciones no tienen pues un propósito sistemático, teórico, sino instrumental. Aristóteles no estaba interesado en la *gramática*, sino en el *uso* del lenguaje, en particular en el uso filosófico, el uso del lenguaje en la producción de conocimiento y en la discusión racional. De ahí que sus observaciones teóricas, generales, sobre la naturaleza del lenguaje o sobre sus elementos componentes sean mucho menos numerosas que la ingente cantidad de análisis concretos, lógicos y retóricos, que pueblan el *Organon*.

Aristóteles es uno de los primeros autores que asigna al lenguaje una función criterial en la definición de la naturaleza humana, esto es, que lo considera como una característica que distingue a la especie humana frente a otras especies animales. Aunque reconoció que ciertas especies de animales son capaces de producir sonidos articulados, y transmitir mediante ellos información sobre sus estados anímicos o circunstancias del entorno, sólo la especie humana es plenamente competente en el uso del lenguaje como instrumento de comunicación. Sólo el hombre es capaz de asignar consiente-

mente significado al sonido articulado, haciendo para ello el uso de su inteligencia, convirtiéndolo en *fonós semantiké*. El repertorio de sonidos vocales es el mismo para todos los seres humanos, pero difieren las formas en que éstos los organizan; ello explica la pluralidad de las lenguas. El uso de cualquiera de ellas está sometido o regido por la razón, y varía de acuerdo con los fines a que se puede aplicar ésta. Así, según Aristóteles, el uso del lenguaje puede ser práctico, artístico o teórico. Entre los usos prácticos del lenguaje cabe señalar el valorativo, cuando el hombre juzga las acciones propias, o las ajenas, como buenas, malas, justas o injustas. En cambio, cuando el hombre investiga las causas de sus valoraciones, y las expresa mediante el lenguaje, está utilizando éste de una forma teórica, esto es, para expresar el conocimiento. Finalmente, el uso artístico consiste esencialmente en la recreación (imitación) de acontecimientos reales o imaginarios, expresados mediante un discurso ornamentado, dirigido a la producción de efectos retóricos en un auditorio.

1.4. LENGUAJE Y PENSAMIENTO SEGÚN ARISTÓTELES

La teoría del significado de Aristóteles establece una correspondencia entre los símbolos lingüísticos (las palabras), los contenidos mentales y las realidades experimentadas: *Del mismo modo que no todos los hombres escriben del mismo modo, tampoco emiten los mismos sonidos lingüísticos, pero las experiencias mentales, que directamente simbolizan éstos, son idénticas para todos, y también las cosas de las cuales nuestras experiencias son imágenes* (*Peri Hermeneias*, cap. 1, 16.^a, 37). En esta definición se expresa ya la conciencia del lenguaje como un *sistema simbólico* global. Sistema simbólico que ejerce su función de una manera mediada, esto es, que no tiene una correspondencia directa con la realidad, sino indirecta, a través de los componentes mentales. Si no la primera, ésta es una de las primeras formulaciones de un triángulo semiótico explicitado en muy diferentes formas a lo largo de la historia.

La relación entre las imágenes, en cuanto contenidos de la experiencia, y los contenidos mentales es un problema epistemológico (tratado en *Categorías*, entre otros lugares). La relación entre estos últimos y los símbolos lingüísticos es un problema de teoría del lenguaje (tratado en *Peri Hermeneias*). Tanto los contenidos mentales como las realidades con las que están relacionadas son objetivos, para Aristóteles, esto es, independientes de la conciencia individual y de la capacidad lingüística. Al establecer este marco teórico, Aristóteles liberó al pensamiento lingüístico del tradicional problema clásico sobre el carácter natural o convencional de la denominación, y del lenguaje en general. Las lenguas —en general, los símbolos— son variables, y carece de sentido afirmar que unas son más verdaderas o auténticas que otras. Lo que es universal, según Aristóteles, es tanto las «experiencias mentales» como las realidades a que corresponden.

Ahora bien, el problema puramente lingüístico en la teoría de Aristóteles, el de la relación entre símbolos y contenidos mentales, fue solucionado por éste del siguiente modo: la relación es convencional, el vínculo entre nombre y aquello con lo que se relaciona no es establecido en virtud de similaridad o mimesis, sino de acuerdo: *Por nombre entiendo un sonido que significa por convención... La cláusula «por convención» se introduce porque nada es por naturaleza un nombre o designador; sólo es tal cuando se convierte en símbolo* (*Peri Hermeneias*, cap. 2, 16.^a, 1929). El significado, por tanto, no es una propiedad natural de los conjuntos de símbolos, algo que el hablante *encuentra* cuando reflexiona sobre el lenguaje, sino una característica social que es necesario aprender (no aprehender) en el seno de una comunidad (la única excepción son los sonidos ligados naturalmente a la expresión de emociones).

1.5. NOMBRE Y PREDICADO (*ÓNOMA Y RHEMA*)

A Aristóteles le interesó rechazar la univocidad platónica en la relación lenguaje/realidad porque tal univocidad constituía un fundamento para el naturalismo. Por ello, insistió en muchas ocasiones en fenómenos semánticos como la sinonimia y la ambigüedad, indicando su necesidad, causada por la finitud del lenguaje y la infinitud de la realidad. Distinguió en la oración dos partes fundamentales, significativas por sí mismas, el nombre y el verbo. *Nombre* (*ónoma*) en el sentido aristotélico es la categoría lingüística que, adjuntada al verbo (*rhema*, predicado), produce en una oración enunciativa lo verdadero o lo falso. Tiene una significación autónoma, es un símbolo completo. A diferencia del verbo, carece de flexión temporal, y su flexión de caso le hace perder su naturaleza nominal. El verbo, además de significar tiempo, tiene una característica definitoria: requiere un sujeto, siquiera implícito, de quien se predica algo.

En las oraciones, Aristóteles destacó aquellas *a las que pertenece la verdad o la falsedad*: las oraciones indicativas o enunciativas. En el enunciado, lo importante es que se puede afirmar algo. Si se pronuncia sólo una parte del enunciado, como el nombre, se está haciendo algo significativo: llamar o apelar a lo referido por el nombre. Pero nada se dice acerca de ello y, por lo tanto, no cabe calificarlo de verdadero o falso. Sólo se habla con verdad (o falsedad) cuando se hace una aserción. La aserción es, en consecuencia, una entidad lingüística compleja, articulada, del mismo modo que lo es la estructura interna de la palabra.

En Aristóteles hay, pues, una primera formulación de una teoría de *los símbolos incompletos* o, si se prefiere, una *teoría contextual del significado*. Esa teoría, formal, asegura que existen ciertos símbolos que, tomados aisladamente, nada significan. Solamente adquieren un significado propio cuando se combinan con otros símbolos: ése es el caso del *rhema*, del predicado, que por sí sólo no constituye una afirmación, sino que precisa de un sujeto del que predicar algo, esto es, decir algo sobre él, verdadero o falso.

Sobre este tipo de oraciones, los enunciados, centró Aristóteles sus análisis lógicos, relegando a la retórica los demás tipos. Inauguró con ello una tradicional limitación lógica que se conservó hasta los tiempos modernos. Sólo los enunciados afirmativos o negativos tienen interés epistemológico, sólo en ellos se atribuye o no algo a algo, y sólo de ellos cabe afirmar la verdad o la falsedad.

Asimismo, Aristóteles distinguió entre dos clases de negación y, en consecuencia, dos clases de oposición entre oraciones: la oposición *contradictoria* se da entre un enunciado y su negación externa; la oposición *contraria* entre un enunciado y su negación interna. Estas tesis sobre la negación, junto con sus análisis lingüísticos de las expresiones de universalidad y particularidad conformaron su teoría lógica, que perduró durante siglos.

1.6. LA TEORÍA SEMIÓTICA DE LOS ESTOICOS

Mucho menos reconocida que la teoría aristotélica, pero igualmente importante, es la teoría de los estoicos sobre el lenguaje. El principal problema para su valoración ha sido el de la poca calidad y extensión de las fuentes secundarias (principalmente Sexto Empírico y Diógenes Laercio). Se sabe, no obstante, que, de las tres partes en que los estoicos dividían la filosofía, lógica, física y ética, la teoría del lenguaje estaba concebida como parte de la lógica. En concreto, la lógica se dividía en retórica y dialéctica, y esta última incluía tanto el análisis lingüístico como el semántico/ontológico. Por tanto, la dialéctica era a su vez una parte de la filosofía, y no un instrumento de ésta, como sucedía en Aristóteles. Así pues, su función era la del examen del lenguaje en cuanto entidad compleja, estructurada u organizada, y en cuanto instrumento *representador* del mundo, esto es, en cuanto mecanismo cognitivo que permite al hombre relacionarse con la realidad. Por tanto, su concepción de la disciplina era mucho más teórica que la aristotélica: en principio no se encontraba relacionada con el desarrollo de técnicas argumentativas u otras aplicaciones prácticas.

El objeto del análisis lingüístico era propiamente la expresión significativa, *logos*. Aparte del *logos*, los estoicos distinguieron la *lexis* y la *phoné*, como niveles distintos en el análisis lingüístico. La *phoné* era propiamente el sonido vocal, mientras que la *lexis* era el sonido articulado. Había, pues, una relación jerárquica entre los tres niveles, que se incluían unos en otros. Todo *logos* era necesariamente *lexis* y *phoné*, pero no a la inversa. En el *logos*, su teoría distinguía diversas clases de categorías sintáctico/semánticas: 1) los nombres caracterizados por su capacidad de referir a entidades individuales; 2) los nombres comunes o apelativos, que designan clases de individuos, clases comunes; 3) los verbos, que indican «propiedades»; 4) las conjunciones, definidas por características funcionales, y 5) los artículos, indicadores de las flexiones de género y número de los nombres y apelativos.

1.7. LA OBJETIVIDAD DE LOS *LEKTÁ*

Aun siendo su teoría gramatical de mayor complejidad y finura analítica que la aristotélica, la importancia de la teoría lingüística de los estoicos se basa sobre todo en su elucidación del hecho semiótico. La doctrina estoica sobre el signo es de una rara modernidad: comparable a las teorías modernas de G. Frege o R. Carnap. En el signo, los estoicos distinguían un componente físico, el sonido o significante, el significado o *lektón*, y la porción de la realidad significada, la entidad denotada o referida, el objeto real. Los dos extremos de esta relación semiótica tienen realidad física, el sonido y la cosa significada, pero no así la entidad intermedia, el *lektón*. Éste, en cuanto realidad abstracta, no física, siempre fue objeto de debate en cuanto a su estatuto ontológico. Incluso entre los mismos estoicos, de una ontología consecuentemente materialista, corporeísta, parece ser que los *lektá* eran concebidos como entidades subsistentes ligadas a representaciones racionales, lingüísticamente expresables y transmisibles. Dicho en otros términos, más modernos, se asemejarían a las ideas o proposiciones en cuanto entidades teóricas de la semántica. Esto es, entidades mediadoras entre la realidad y el lenguaje que estarían en, o se identificarían con, las formas cognitivas de representación de aquella mediante éste.

1.8. LAS PARTES DEL DISCURSO

En realidad, los estoicos dividían los *lektá* en dos categorías, los completos y los incompletos. Los *lektá* incompletos lo son porque no están en relación directa con proposiciones articuladas, sino sólo con partes de éstas. Se dividen a su vez en sujetos y predicados. Tanto una como otra categoría son deficientes en el sentido de que no expresan por sí solas pensamientos completos. Sólo cuando se combinan el sujeto, que es una expresión de clase, y el predicado, que se inscribe en una de las cuatro categorías que reconocían los estoicos, es cuando se produce un *lektón* completo. Dentro de los *lektá* completos, los estoicos distinguieron los expresados por las oraciones enunciativas, las ideas o proposiciones (*axiomas*, de acuerdo con su terminología), y los expresados por otro tipo de oraciones como preguntas, mandatos, juramentos, saludos, etc. Asignaron una importancia fundamental a las ideas o proposiciones, definiéndolas como *lektá* completos, asertóricos por sí mismos y reconocieron una de sus características fundamentales, la propiedad de ser verdaderas o falsas.

Por lo que respecta a su análisis de las ideas, los estoicos distinguieron con claridad entre las atómicas, indescomponibles en elementos de igual categoría ontológica, y las moleculares, susceptibles de análisis en términos de ideas simples, e identificables por la presencia de elementos conectores (*síndesmoi*), como las conjunciones. Finalmente, merece la pena resaltar las modalidades de referencia y de negación que supieron discriminar. Entre las modalidades referenciales, de las ideas, distinguieron entre ideas defini-

das, intermedias e indefinidas. Y entre las modalidades de la negación, la denegación, la privación y la negación propiamente dicha.

En general, se puede afirmar que los estoicos ofrecieron una teoría semiótica y lingüística perfectamente articulada y dotada de una unidad interna. Así como en Platón o en Aristóteles las afirmaciones lingüísticas se encuentran dispersas en sus obras en muy diferentes contextos, los estoicos forjaron por vez primera una disciplina coherente sobre los estudios lingüísticos y semánticos.

En conjunto, las afirmaciones de los estoicos sobre la naturaleza del signo y sus análisis lógico/lingüísticos constituyen un conjunto de tesis que revelan una profunda capacidad analítica y constituyen una realización intelectual de similar talla, si no superior, a las teorías platónica o aristotélica. Su influjo histórico, no obstante, fue bastante menor al de la teoría de Aristóteles, que determinó en buena medida la naturaleza de los problemas que se plantearon los filósofos medievales que reflexionaron sobre el lenguaje, pero contribuyeron de forma decisiva a establecer el análisis lingüístico, la gramática, como una parte específica y autónoma respecto a la dialéctica y a la retórica. Así, tanto la Gramática de Dionisio de Tracia como la de Donato, aunque representantes de diferentes orientaciones, se pueden considerar deudoras del magno edificio teórico de los estoicos. En la obra de éstos se halla pues el germen del desarrollo de las doctrinas gramaticales medievales y humanistas, desarrollo que culminará en la gramática racionalista de Port-Royal. Se puede considerar que, al final de la época clásica, y en buena medida por la influencia de la teoría estoica, existían tres disciplinas bien establecidas, que van a constituir el *trivium* medieval: la *gramática*, en cuanto análisis del lenguaje en su materialidad articulada (phoné y lexis), la *dialéctica*, como disciplina centrada sobre todo en el logos, en el enunciado significativo, poseedor de los valores aléticos de verdad y falsedad, y finalmente la *retórica*, orientada hacia el *uso* del lenguaje, primordialmente en su dimensión argumentativa (forense, política...).



TEXTOS

Bloque 1: Platón

TEXTO 1

Platón,
El sofista,
253a,
traducción
de N. L. Cordero

Extranjero.— Como algunas cosas consienten en hacerlo [combinarse entre sí] y otras no, ocurrirá aquí lo mismo que con las letras; pues también algunas de éstas armonizan con otras, mientras que otras son discordantes.

Teeteto.— ¿Cómo no?

Ext.— Las vocales, a diferencia de las demás, son un lazo que se extiende a través de todas, de modo tal que sin una de ellas es imposible que las otras se combinen entre sí.

Teet.— Efectivamente.

Ext.— ¿Y saben todos cuáles son capaces de comunicar con las demás, o quien quiera proceder con eficiencia necesitará una técnica?

Teet.— Necesitará una técnica.

Ext.— ¿Cuál?

Teet.— La gramática.

Ejercicios

1. ¿A qué tipo de combinatoria se refiere el texto?
2. ¿En qué consiste la concordancia y discordancia de las combinaciones, según Platón?
3. Distinga entre *tecné* y *episteme*, y enumere las razones de Platón para considerar la gramática una *tecné*.



TEXTOS

Bloque 1: Platón

TEXTO 2

Platón,
El sofista,
261d passim,
traducción
de N. L. Cordero

Teet.— ¿Qué debe preguntarse acerca de los nombres?

Ext.— Si todos se combinan mutuamente, o si ninguno lo hace, o si algunos aceptan hacerlo y otros no.

Teet.— Es evidente esto último: que algunos lo aceptan y otros no.

Ext.— Quizás quieres decir que se combinan aquellos que son mencionados en serie y que ponen algo en evidencia, y que no se combinan aquellos cuya sucesión nada significa.

Teet.— ¿Qué quieres decir con eso?

Ext.— Lo que creía que tu suponías cuando estabas de acuerdo conmigo. Pues el género que permite exhibir el ser mediante un sonido es doble.

Teet.— ¿Cómo?

Ext.— Uno se llama nombre; el otro, verbo.

Teet.— Di qué es cada uno.

Ext.— Llamamos verbo al que muestra las acciones.

Teet.— Sí.

Ext.— Mientras que el nombre es el signo sonoro aplicado a los autores de aquéllas.

Teet.— Perfectamente.

Ext.— No obstante, los nombres tomados por sí solos, y mencionados en forma continuada, no constituyen discurso alguno, ni tampoco los verbos mencionados separadamente de los nombres.

Ejercicios

1. Comente la distinción de Platón entre *nombre* y *verbo*.
2. ¿Qué principio semántico sugiere Platón en el último párrafo?

TEXTO 3

Platón,
Crátilo,
389d *passim*,
traducción
de J. L. Calvo

Sócrates.— ¿Entonces, excelente amigo, también nuestro legislador tiene que saber aplicar a los sonidos y a las sílabas el nombre naturalmente adecuado para cada objeto? ¿Tiene que fijarse en lo que es el nombre en sí para formar e imponer todos los nombres, si es que quiere ser un legítimo impositor de nombres? Y si cada legislador no opera sobre las mismas sílabas, no hay que ignorar esto: tampoco todos los herreros operan sobre el mismo hierro cuando fabrican el mismo instrumento con el mismo fin; sin embargo, mientras apliquen la misma forma, aunque sea en otro hierro, el instrumento será correcto por más que se haga aquí o en tierra bárbara. ¿No es así?

Hermógenes.— Desde luego.

Sóc.— ¿Pensarás, entonces, que tanto el legislador de aquí como el de los bárbaros, mientras apliquen la forma del nombre que conviene a cada uno en cualquier tipo de sílabas... pensarás que el legislador de aquí no es peor que el de cualquier otro sitio?

Herm.— Desde luego.

Ejercicios

1. ¿Cuál es la función de aquél que impone los nombres, según Platón?
2. ¿Es un técnico/artesano? ¿O un sabio/científico? ¿Por qué?
3. ¿De qué modo opera el que impone los nombres? ¿Por qué?

TEXTO 4

Platón,
Crátilo,
423e,
traducción
de J. L. Calvo

Sócrates.— ¿Y qué me dices de esto otro? ¿No te parece que cada cosa tiene una esencia lo mismo que un color y cuantas propiedades citábamos hace un instante? Y antes que nada, ¿el color mismo y la voz no tiene cada uno su esencia, lo mismo que todo cuanto merece la predicación de ser?

Hermógenes.— Pienso que sí.

Sóc.— ¿Pues qué? ¿Si alguien pudiera imitar esto mismo, la esencia de cada cosa, con letras y sílabas, no manifestaría acaso lo que es cada cosa? ¿O no es así?

Herm.— Desde luego.

Sóc.— ¿Y cómo llamarías al que es capaz de esto? [...]

Herm.— Tengo para mí, Sócrates, que esto es lo que andamos buscando hace tiempo: que éste es el nominador.

Ejercicios

1. ¿En qué se basa la nominación correcta, según Sócrates, en este párrafo?
2. ¿Qué posición mantiene Hermógenes en el *Crátilo*? ¿Por qué?



TEXTOS

Bloque 1: Platón

TEXTO 5

**Platón,
Crátilo,**
435c y ss.,
traducción
de J. L. Calvo

Sócrates.— ¡Claro que yo, personalmente, prefiero que los nombres tengan la mayor semejanza posible con las cosas! Pero temo que, en realidad, como decía Hermógenes, resulte «forzado» arrastrar la semejanza y sea inevitable servirse de la convención, por grosera que ésta sea, para la exactitud de los nombres. Y es que, quizás, se hablaría lo más bellamente posible cuando se hablara con nombres semejantes en su totalidad o en su mayoría —esto es, con nombres apropiados— y lo más feamente en caso contrario. Pero dime a continuación todavía una cosa: ¿Cuál es, para nosotros, la función que tienen los nombres y cuál decimos que es su hermoso resultado?

Crátilo.— Creo que enseñar, Sócrates. Y esto es muy simple: el que conoce los nombres, conoce también las cosas.

Sóc.— Quizás, Crátilo, sea esto lo que quieres decir: Que, cuando alguien conoce qué es el nombre (y éste es exactamente como la cosa), conocerá también la cosa, puesto que es semejante al nombre...

Ejercicios

1. ¿Qué posición mantiene Crátilo en el diálogo platónico? ¿Por qué?
2. ¿Cuál es la posición de Sócrates en este párrafo? ¿Por qué?

Bloque 2: Aristóteles

TEXTO 1

Aristóteles,
Peri Hermeneias,
1, 5-20

Pues bien, los sonidos vocales son símbolos de las afecciones del alma, y las letras lo son de los sonidos vocales. Y así como la escritura no es la misma para todos, tampoco los sonidos vocales son los mismos. Pero aquello de lo que éstos son primariamente signos, las afecciones del alma, son las mismas para todos, y aquello de las que éstas son imágenes, las cosas reales, son también las mismas.

Sin embargo, estas cuestiones las considero en mi tratado sobre el alma; pertenecen a una investigación independiente de la que ahora emprendemos.

En ocasiones tenemos pensamientos en nuestras mentes sin que los acompañe la verdad o la falsedad, mientras que en otras tienen necesariamente una u otra, como ocurre también en el habla, porque la combinación y la división son esenciales antes de tener la verdad o la falsedad. Un nombre o un verbo por sí mismos son similares a un concepto o pensamiento que ni se combinan ni se dividen. Tales son, por ejemplo, «hombre» o «blanco» si se emplean sin más aditamentos. Y no son ni verdaderos ni falsos. Y esto lo prueba el hecho de que «centauro»*, aunque signifique algo, no es verdadero ni falso, a menos que se predique de él el ser o no ser, bien de forma general (esto es, sin asociación de tiempo) o en un momento particular.

* Aristóteles emplea el nombre de otro animal mítico: «tragelaphos».

Ejercicios

1. ¿Cuáles son las condiciones para el habla significativa, según Aristóteles?
2. ¿A qué se refiere Aristóteles con «combinación» y «división»?
3. Ponga ejemplos que ilustren el contraste establecido en el texto entre predicar de forma general o de forma particular.



TEXTOS

Bloque 2: Aristóteles

TEXTO 2

Aristóteles,
***Peri Hermeneias*,**
1,20...

Un nombre es un sonido cuyo significado se ha establecido sólo mediante convención, pero sin ninguna referencia al tiempo, y cuyas partes no tienen significado por sí solas, sino en conjunto. Considera el nombre propio «Río-frío»*, por ejemplo. «Frio» no tiene significado por sí solo, como en la frase «el río frío». Es preciso advertir sin embargo que los nombres simples se diferencian de los compuestos. Mientras que en el caso de los primeros sus partes no tienen significado en absoluto, en el caso de los segundos tienen un cierto significado, pero no fuera del conjunto [...].

Ya hemos dicho que un nombre significa esto o aquello por convención. Ningún sonido es por naturaleza un nombre, sino que eso es en lo que se convierte, se convierte en un símbolo. Los sonidos inarticulados no significan nada, como los que emiten los animales. Ninguno de esos sonidos son nombres [...].

III. Un verbo es un sonido que no sólo tiene un significado particular, sino que también incluye una referencia al tiempo. Ninguna parte de él tiene significado por sí sola. Siempre indica que se afirma algo de algo. Expliquemos lo de que «incluye una referencia al tiempo». Por ejemplo «salud» es un nombre y «está sano» es un verbo, no un nombre. Porque éste incluye su propio significado, pero también que el estado significado (esto es, la salud) existe en la actualidad. Así pues, un verbo es una indicación de que algo se afirma de algo, esto es, de algo predicado de un sujeto o que en él se encuentra.

* Es una adaptación del ejemplo usado por Aristóteles, «kalippos».

Ejercicios

1. Explique las características que tiene la definición de *nombre* de acuerdo con el texto.
2. ¿En qué se diferencian los verbos de los nombres? Ponga ejemplos.

TEXTO 3

Aristóteles,
***Peri Hermeneias*,**
IV

Un enunciado es habla con significado, del cual pueden tener significado sus partes, como algo que se emite, pero no en cuanto exprese un juicio de carácter positivo o negativo. Expliquemos esto más ampliamente. Por ejemplo, «mortal». Sin duda, es una expresión con significado, pero que ni afirma ni niega. Se necesita algo más antes de que pueda afirmar o negar. Pero las sílabas de «mortal» carecen de significado. Lo mismo sucede con «ratón», en que «-tón» no tiene significado, es un sonido asignificativo. Pero ya vimos que, en los nombres compuestos, las partes componentes tienen un significado, aunque no independientemente del conjunto.

Pero, aunque toda oración tiene significado, no como instrumento de la naturaleza, sino por convención, como ya indicamos, no todas pueden ser denominadas proposiciones. Sólo denominamos proposiciones a aquellas que entrañan verdad o falsedad. Una plegaria, por ejemplo, es una oración, pero que no es ni verdadera ni falsa.

Ejercicios

1. Explique la definición que da Aristóteles de *enunciado*.
2. Exponga las características de la noción aristotélica de enunciado.
3. ¿Con qué tipo de expresiones lingüísticas contrasta Aristóteles los enunciados? ¿Por qué?



TEXTOS

Bloque 3: Los estoicos

TEXTO 1

**Diógenes
Laercio,
Vitae
Philosophorum,**
VII, 55 passim

En su teoría dialéctica, la mayor parte de ellos parece que sitúan como principio la cuestión del sonido. Así pues, el sonido es un impacto del aire o el objeto propio del sentido del oído, como dice Diógenes el babilonio en su libro *Sobre el sonido*. Mientras que el sonido o el grito de un animal sólo es el impacto del aire producido por un impulso natural, el sonido del hombre es articulado y, como dice Diógenes, una expresión de la razón, que tiene la propiedad de alcanzar la madurez hacia los catorce años. Además, de acuerdo con los estoicos, el sonido es algo corporal [...]. Porque cualquier cosa que produce un efecto es corporal, y el sonido tanto en los que lo profieren como en los que lo escuchan produce un efecto. En lo que atañe a la escritura, aquello que era sonido se convierte en una expresión verbal, como «día», tal como dice Diógenes. Un enunciado o proposición es habla que procede del entendimiento y significa algo, por ejemplo «es de día» [...]. Existe una diferencia entre sonido y habla porque, mientras que el sonido puede incluir el mero ruido, el habla siempre es articulada. Igualmente el habla se diferencia de la oración o el enunciado, porque éste siempre significa algo, mientras que una mera palabra, por ejemplo “blituri”, puede ser ininteligible, lo que no sucede nunca con la oración. Y la oración es más que la mera preferencia, porque mientras que lo que se profiere son los sonidos vocales, se significan las cosas, esto es, se convierten en objetos del discurso.

Tal como refieren Diógenes, en su tratado sobre el lenguaje, y Crisipo, existen cinco partes del discurso: nombre propio, nombre común, verbo, conjunción y artículo. A las que Antípater añade en su obra *Sobre las palabras y su significado*, el «medio» (adverbio). Un nombre común o apelativo es definido por Diógenes como la parte de la oración que designa una cualidad general, por ejemplo, hombre, caballo, mientras que un nombre es una porción del habla que expresa una cualidad propia de un individuo, por ejemplo, Diógenes, Sócrates. De acuerdo con Diógenes, un verbo es una parte del discurso que significa un predicado aislado, o, como otros lo definen, una parte indeclinable de la oración, que significa algo que se puede adscribir a uno o más sujetos, como «Yo escribo», «Yo hablo». Una conjunción es una parte indeclinable del habla, que liga a diversas partes del enunciado, y un artículo es una parte declinable del habla, que distingue entre el género y el número de los nombres...

Ejercicios

1. Explique qué querían decir los estoicos cuando afirmaban que el habla es corporal.
2. Compare su definición de las categorías gramaticales con las aristotélicas.

TEXTO 2

**Diógenes
Laercio,
Vita**

Philosophorum,
VII, 63 passim

La doctrina de las expresiones se asigna a lo que respecta a las cosas en cuanto tales y en cuanto significadas, incluyendo aquéllas que son completas en sí mismas, así como los juicios y los silogismos, y las de las expresiones incompletas que comprende a los predicados, tanto activos como pasivos.

Por expresiones verbales entienden aquéllas cuyo contenido corresponde a una representación racional. Los estoicos afirman que algunas de esas expresiones son completas y otras incompletas. Son incompletas aquéllas cuya enunciación queda inacabada, como «escribe», porque se nos ocurre la cuestión ¿Quién? Mientras que las que son completas en sí mismas se concluye la enunciación, como en «Sócrates escribe». Por eso, entre las expresiones incompletas se sitúan todos los predicados, mientras que entre las completas se clasifican los juicios, los silogismos, las preguntas y las peticiones. [...]. Un juicio es lo que es cierto o falso, o algo completo en sí mismo, capaz de ser negado por sí mismo, como dice Crisipo en sus *Definiciones Dialécticas*: «Un juicio es algo que puede por sí mismo ser afirmado o negado, por ejemplo “es de día”, “Dión pasea”. La palabra griega para juicio (axioma) se deriva del verbo *axioun*, que significa aceptación o rechazo; porque cuando se dice “es de día” parece aceptar el hecho de que es de día. Ahora bien, si es realmente de día, el juicio en cuestión es verdadero, pero, si no, es falso...».

Ejercicios

1. Indique cuáles son los criterios estoicos para distinguir entre expresiones completas o incompletas.
2. Explique en qué consiste la definición estoica de *juicio*. Compárela con la aristotélica.



TEXTOS

Bloque 3: Los estoicos

TEXTO 3

Sexto Empírico,
Adversus Logicos,
II, 11, *passim*

Así pues, en eso consistía el primer desacuerdo en torno a la verdad, pero existía también otra controversia y es que algunos situaban la verdad y la falsedad en la cosa significada, otros en los sonidos y otros en las modificaciones del entendimiento. Los que abogaban por lo primero eran los estoicos, que decían que «existen tres cosas que van juntas, las cosas significadas, lo que significa y lo que existe», siendo el sonido la realidad que significa, como «Dión» por ejemplo, y siendo lo significado el objeto real que se indica y que comprendemos como existente por nuestro intelecto, mientras que los bárbaros, aunque oigan el sonido, no lo comprenden. Y lo existente es el objeto real externo, como el propio Dión. De estos objetos, dos son corporales —a saber, el sonido y la cosa existente— y otro incorpóreo, esto es lo significado y expresable, y también esto es verdadero o falso.

Ejercicios

1. Describa los componentes de la relación semiótica, según los estoicos.
2. Analice las relaciones que, según los estoicos, se daban entre los componentes de la relación semiótica.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- PLATÓN

Plato, ed. de H.N. Fowler, P. Shorey y otros, 12 vols. Loeb Classical Library, Londres y Cambridge, Mass. 1914-1929, y reediciones posteriores.

Platon, Oeuvres complètes, ed. de U. Diels, L. Robin y otros, París, 1920 y reediciones posteriores.

Platonis Opera, ed. de J. Burnet, 5 vols., Oxford, 1900-1907.

Diálogos, tomos I y II, Madrid: Gredos, 1981 y 1983.

- ARISTÓTELES

Aristotelis Opera, ed. de I. Bekker, 5 vols., Real Academia Prusiana, 1831-1870 y reediciones posteriores.

Aristotle's Prior and Posterior Analytics, ed. de W. D. Ross, Oxford: Clarendon Press, 1949 y reediciones posteriores.

Categorías, ed. de L.M. Valdés, Valencia. Cuadernos Teorema, 1983.

Poética, ed. trilingüe de V. García Yebra, Madrid: Gredos, 1974.

Retórica, ed. de A. Tovar, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1971.

- LOS ESTOICOS

Stoicorum Veterum Fragmenta, 4 vols., ed. de I. von Arnim, 1903-1905, Leipzig. Teubner, reimpresso en Stuttgart, 1964.

Stoicorum Grammatica, ed. de R. Schmidt, 1839, reimpresso en Amsterdam: Hakkert, 1967; traducido como *Die Grammatik der Stoiker*, Braunschweig: Vieweg, 1979.

Die Fragmente zur Dialektik der Stoiker, Ed. de K. Hülser, 4 vols., Universidad de Konstanz, 1982.

Sexto Empírico, Adversus Mathematicos, ed. bilingüe griego-inglés, Cambridge, Mass.: Harvard U. Press, 1967.

Diógenes Laercio, Vitae Philosophorum, ed. bilingüe griego-inglés, Cambridge, Mass.: Harvard U. Press, 1970.

Ensayos y artículos

ACKRILL, J. L. (1963), *Aristotle's Categories and De Interpretatione*, Oxford: Clarendon Press.

ADRADOS, F. R. (1971), «Lengua, ontología y lógica en los sofistas y Platón», *RO*, 96, págs. 340-365; *RO*, 99, págs. 285-309.



BIBLIOGRAFÍA

- ADRADOS, F. R. (1973), «El sistema de Heráclito. Estudio a partir del léxico», *Emerita*, 41, págs. 448-472.
- ALAIN (1964), *La théorie de la connaissance des stoiciens*, Paris: P.U.F.
- ARENS, H. (1976), *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, 2 vols., Madrid: Gredos. Ed. original de 1955.
- ARENS, H., ed. (1984), *Aristotle's theory of language and its tradition. Studies in the history of linguistics*, vol. 29. Amsterdam: John Benjamins.
- AUBENQUE, P., ed. (1980), *Concepts et catégories dans la pensée antique*, Paris: Vrin.
- BARATIN, M. (1982), *L'identité de la pensée et la parole dans l'ancien stoicisme*, en Baratin y Desbordes, eds., 1982, págs. 9-23.
- BARATIN, M. y DESBORDES, F. (1981), *L'analyse linguistique dans l'antiquité classique (I. Les théories)*, París: Klincksieck.
- BARATIN, M. y DESBORDES, F., eds. (1982), «Signification et référence dans l'antiquité et au Moyen Âge», *Langages*, n.º 65, París: Larousse.
- BARWICK, K. (1957), *Probleme der stoischen Sprachlehre und Rhetorik*, Berlin: Akademie Verlag.
- BELARDI, W. (1975), *Il linguaggio nella filosofia di Aristotele*, Roma.
- BESTOR, T. W. (1980), «Plato's semantics and Plato's Parmenides. Plato's semantics and Plato's Cratylus». *Phronesis*, 25, págs. 38-75 y 306-330.
- BREHIER, E. (1962), *La théorie des incorporés dans l'ancien stoicisme*, París: J. Vrin; 2.^a ed.
- BRUNDSCHWIG, J., ed. (1978), *Les stoiciens et leur logique*, París: Vrin.
- BRUNDSCHWIG, J. (1984), «Remarques sur la théorie stoïcienne du nom propre, Histoire, Epistémologie», *Langage*, 6, 1, págs. 3-19.
- CALVO, J. L. (1983), «Introducción al Crátilo», en *Diálogos*, vol. II, Madrid: Gredos.
- CONFORD, F. M. (1968), *La teoría del conocimiento de Platón*, Buenos Aires: Eudeba.
- COSERIU, E. (1969), *Die Geschichte der Sprachphilosophie*, Tübingen: Romanischen Seminar.
- CROMBIE, I. M. (1979), *Análisis de las doctrinas de Platón*, 2 vols.; Cap. 4 del 2.º vol.: *Lógica y lenguaje*, Madrid: Alianza.
- DEMOS, R. (1964), «Plato's philosophy of language», *Journal of philosophy*, 61, págs. 595-610.

- DE LACY, E. A. (1938), «Meaning and Methodology in Hellenistic Philosophy», *Philosophical Review*, 47, págs. 390-409.
- DE LACY, E. A. (1939), «The Epicurean Analysis of language», *American Journal of Philosophy*, 9.
- DERBOLAV, J. (1972), *Platon Sprachphilosophie im 'Kratylos' und in den späteren Schriften*, Darmstadt.
- DI CESARE, D. (1980), *La semantica nella filosofia greca*, Roma: Bulzoni.
- DIELS, H. (1954), *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlin, 7ª ed.
- EGLI, U. (1967), *Zur Stoischen Dialektik*, Basel: Sandoz.
- EGLI, U. (1978), *Stoic Syntax and Semantics*, en J. BRUNSCHWIG, ed., 1978; págs. 135-154.
- ELORDUY, E. (1972), *El estoicismo*, 2 vols., Madrid: Gredos.
- FREDE, M. (1974), *Die stoischen Logik*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- FREDE, M. (1978), «Principles of Stoic Grammar», en D. M. RIST, ed., *The Stoics*, Berkeley: University of California Press, págs. 27-75.
- FOURNIER, F. y D. LEEMAN (1979), «Questions sur la grammaire traditionnelle: le profil grec», *Langue Française*, 41, págs. 105-110.
- GANGUTIA, E. (1975), «Comienzos del análisis en unidades lingüísticas: la palabra», *Revista de la Sociedad Española de Lingüística*, 5.
- GANGUTIA, E. (1977), «Teorías semánticas en la Antigüedad», en *Introducción a la lexicografía griega*, de F. F. ADRADOS y otros, Madrid: C.S.I.C., págs. 3-60.
- GOLDSCHMIDT, V. (1940), *Essais sur le Cratyle. Contribution à l'histoire de la pensée de Platon*, París.
- GUTHRIE, W. (1975), *A History of Greek Philosophy, IV, Plato. The Man and his Dialogues. Earlier Period*, Cambridge, versión castellana en Madrid: Gredos.
- HOUDHAUGEN, E. (1982), *Foundations of Western Linguistics: from the beginning to the end of the first millenium*, Oslo: Universitetsforlaget.
- HYMES, D., ed. (1974), *Studies in the history of linguistics. Traditions and Paradigms*, Bloomington: Indiana U. Press.
- KIRK, G. S. y J. E. RAVEN (1974), *Los filósofos presocráticos*, Madrid: Gredos.
- KNEALE, W. y M. (1972), *El desarrollo de la lógica*, Madrid: Tecnos.
- KRETZMAN, N. (1967), «History of semantics», en P. EDWARDS, ed., *The Encyclopedia of Philosophy*, Londres: Mac Millan, 1967.
- KRETZMAN, N. (1971), «Plato on the correctness of names», *American Philosophical Quarterly*, 8, págs. 126-138.
- LARKIN, M. T. (1971), *Language in the Philosophy of Aristotle*, La Haya: Mouton.
- LEVINSON, R. B. (1957-58), «Language and the Cratylus: Four Questions», *Revue de la Métaphysique et la Morale*, 11, págs. 28-41.



BIBLIOGRAFÍA

- LLOYD, A. C. (1971), «Grammar and metaphysics in the Stoa», en A. A. LONG, ed., 1971, págs. 58-74.
- LONG, A. A., «Language and thought in stoicism», en A. A. LONG, ed., 1971, págs. 75- 113.
- LONG, A. A., ed. (1971), *Problems in Stoicism*, Londres: Athlone Press.
- LÓPEZ EIRE, A. (1971), «Semántica, estilística y la Estoa», *Estudios Clásicos*, 64.
- LORENZ, K. y J. MITTELSTRASS (1967), «On rational philosophy of language: the program in Platos Cratylus reconsidered», *Mind*, 76, págs. 1-20.
- LUCE, J. V. (1965), «The theory of ideas in Plato's Cratylus», *Phronesis*, 10, págs. 21-36.
- MATES, B. (1953), *Stoic Logic*, Berkeley: University of California Press; reed., 1961; traducción española, *La lógica de los estoicos*, Madrid: Tecnos, 1985
- MAU, J. (1957), «Stoische Logik», *Hermes*, 85 págs. 147-158.
- MCKEON, R. (1946-47), «Aristotle's conception of language and the arts of language», *Classical Philology*, 41, págs. 193-206, y 42, págs. 21-50.
- MORAVCSIK, J. (1962), «Being and meaning in the Sophist», *Acta Philosophica Fennica*, Fasc. 14, págs. 23-78.
- MORPURGO-TABLIAGUE, G. (1968), «Linguistica e stilistica di Aristotele», *Filosofia e critica*, 4, Roma: Ateneo.
- MOSTERÍN, J. (1984), *Historia de la filosofía, 4: Aristóteles*, Cap. 5: «El lenguaje», Madrid, Alianza.
- NUCHELMANS, G. (1973), *Theories of the proposition, Ancient and Medieval conceptions of the bearers of truth and falsity*, Amsterdam: North Holland.
- PAGLIARO, A. (1952), «Il Cratilo di Platone», *Dioniso*, 15, págs. 182-183.
- PAGLIARO, A. (1954), «Il capitolo linguistico della Poetica di Aristotele», *Ricerche linguistiche*, 3.
- PEPIN, J. (1982), «Linguistique et théologie dan la tradition platonicienne», *Langages*, 65, págs. 91-117.
- PEIFFER, R. (1968), *History of classical scholarship from the beginning to the end of the hellenistic age*, Oxford.
- PINBORG, J. (1975), «Classical Antiquity: Greece», en T. A. SEBEOK, ed., *Historiography of linguistics*, 13, 1, págs. 69-126; The Hague: Mouton, 1975.
- POHLENZ, M. (1955), *Die Stoa*, I y II, Göttingen: Vandenhock & Ruprecht.

- RIJLAARDSAM, J. C. (1978), *Platon über die Sprache. Ein Kommentar zum Cratylus*, Utrecht: Bohn, Schelmes & Holkeme.
- RIST, J. M. (1969), *Stoic Philosophy*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- RIST, J. M. ed., (1978), *The Stoics*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- ROBINS, R. H. (1951), *Ancient and Medieval Grammatical theory in Europe*, Londres: G. Bell & sons.
- ROBINS, R. U. (1966), «The development of the word class system of the european grammatical tradition», *Foundations of language*, 2, págs. 3-19.
- ROBINS, R. (1967), *A short history of linguistics*, Londres: Longman. Traducción española: *Breve historia de la lingüística*, Madrid: Paraninfo, 1981.
- ROBINSON, R. (1956), «A criticism of Plato's Cratylus», *The Philosophical Review*, 65, págs. 324-341.
- ROBINSON, R. (1955), «The theory of names in Plato's Cratylus», *Revue internationale de philosophie*, 9, págs. 221-236.
- SALUS, P. H. (1969), *On language. Plato to von Humboldt*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- SEBEOK, T. A., ed. (1975), «Historiography of linguistics», 13, 1, en *Current Trends in Linguistics*, The Hague: Mouton.
- SEDLEY, D. (21982), «The Stoic Criterion of Identity», *Phronesis*, 27, págs. 255-275.
- SONTAG, F. (1954), «The platonist conception of language», *The Journal of Philosophy*, 51, págs. 823-830.
- STEFANINI, J. (1977), «De la grammaire aristotélicienne», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds., *La Grammaire générale, des modistes aux idéologues*, Université de Lille, 1977.
- TUSÓN, J. (1982), *Aproximación a la historia de la lingüística*, Cap. 2: «El lenguaje y la gramática en la antigua Grecia», Barcelona: Teide.
- VALLEJO CAMPOS, A. (1980), *La convencionalidad del lenguaje de los pre-socráticos al Crátilo de Platón*, Memoria de licenciatura, Universidad de Granada.
- VLASTOS, G. ed. (1970), *Plato 1: Metaphysics and Epistemology, Moderns Studies in Philosophy*, Nueva York: Doubleday.
- WEINGARTNER, R. H. (1970), «Making sense of Cratylus», *Phronesis*, 15, págs. 5-25.
- WIGGINS, R. (1970), «Sentence meaning, negation and Plato's problem of non-being», en G. VLASTOS, ed., 1970, págs. 268-303.
- WOODBURY, L. (1958), «Parmenides on names», *Harvard Studies in Classical Philology*, 63, pág. 155 y ss.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Los problemas y cuestiones que se proponen pueden investigarse consultando fundamentalmente, aparte de los textos originales (lo que siempre es recomendable), las siguientes obras:

Para tener una visión general de las teorías semióticas en la Antigüedad, véase GANGUTIA, E. (1977), «Teorías semánticas en la Antigüedad», en *Introducción a la lexicografía griega*, de F. F. ADRADOS y otros, Madrid: C.S.I.C., págs. 3-60.

Luego, se puede trabajar sobre la Introducción de J. L. CALVO a la edición del *Crátilo* en los *Diálogos*, tomo II, Madrid: Gredos, 1981 y 1983.

Consúltese el capítulo 5 de J. MOSTERIN, (1984), *Historia de la filosofía*, 4: *Aristóteles*, Madrid, Alianza.

Véase también el capítulo 2, «Signos, sentido y denotación», de B. MATES, *La lógica de los estoicos*, Madrid: Tecnos, 1985.

Cuestiones y problemas

1. ¿Cuál es el sentido que tienen las convenciones lingüísticas, según el *Crátilo*? ¿Son esencialmente colectivas? ¿O pueden ser individuales?
2. ¿Cuál es la conexión entre el naturalismo de Crátilo y las doctrinas heraclíteas sobre el cambio?
3. ¿Cómo explica Platón la pluralidad de lenguas, incompatible en principio con el naturalismo lingüístico?
4. ¿Cuál es la postura que, sobre la naturaleza de los nombres, mantiene definitivamente Sócrates en el *Crátilo*?
5. ¿En qué reside la relación entre las tesis lingüísticas y epistemológicas de Platón?
6. Diferencias entre la concepción platónica y aristotélica sobre la naturaleza del lenguaje. Causas de esas diferencias.
7. ¿Con qué argumentos mantiene Aristóteles que el lenguaje es característicamente humano?
8. ¿Cuál es la naturaleza de la correspondencia entre símbolos y contenidos mentales, según Aristóteles? ¿En qué consisten esos contenidos mentales?

9. Aristóteles, aparte de *simbola* habla de *semeia*, ¿puedes explicar la distinción que establece entre unos y otros?
10. Explique la distinción aristotélica entre partes significativas de la oración y partículas conectivas (*sindesmoi*). Definición y criterios de clasificación.
11. Analice la taxonomía categorial de los estoicos, indicando las definiciones de cada categoría y comparándolas con las aristotélicas.
12. ¿Qué son los *lektá*, según la teoría del lenguaje de los estoicos?
13. Indique cuáles son los principales problemas que plantea la interpretación de las fuentes para el conocimiento de la teoría lingüística de los estoicos.

TEMA 2

Modi significandi: la filosofía del lenguaje en la Edad Media

ESQUEMA/RESUMEN

- 2.1. Las fuentes de la filosofía medieval del lenguaje
- 2.2. El signo, según San Agustín
- 2.3. Lenguaje exterior y lenguaje interior
- 2.4. *Dictio, dicibile* y *res*
- 2.5. Intenciones e imposiciones primarias y secundarias
- 2.6. *Significatio* y *suppositio*
- 2.7. Las diferentes clases de *suppositio*
- 2.8. Los *modistae*: teoría de los modos de significar
- 2.9. La teoría de Occam sobre la *suppositio*

2.1. LAS FUENTES DE LA FILOSOFÍA MEDIEVAL DEL LENGUAJE

Dos fueron las fuentes principales de la reflexión lingüística en la Edad Media: *a)* la filosófica, de tradición aristotélica, desarrollada en estrecha conexión con doctrinas lógicas y problemas metafísicos, y *b)* la gramatical, de origen estoico y tradición alejandrina, que culmina en la escuela de los modistae de los siglos XIII y XIV. El marco de las reflexiones más puramente gramaticales venía proporcionado por las *Institutionae Gramaticales* de Prisciano, junto con la *Ars Maior*, de Donato. Del libro de Prisciano, dividido en el Prisciano Mayor y Menor, se producen multitud de comentarios y glosas en el siglo XII.

Por lo que respecta a la tradición puramente filosófica, son dos los puntos de referencia obligados en los orígenes de la semántica medieval. Por una parte, San Agustín, cuyos análisis del signo aceptaron como marco gran parte de los filósofos medievales, y por otra parte Boecio (480-525), cuya traducción del *Peri Hermeneias*, de Aristóteles, fue la fuente primaria de reflexión que aquéllos manejaron.

2.2. EL SIGNO, SEGÚN SAN AGUSTÍN

En cuanto a San Agustín, varios aspectos de su teoría del lenguaje merecen ser destacados, bien por su importancia intrínseca, o por su influencia en autores escolásticos posteriores. En primer lugar, su filosofía del signo, que incluye la definición de éste en cuanto realidad material que evoca en el entendimiento una realidad ajena (*De doctrina christiana*, 1.1). El signo lingüístico está constituido por una unión intrínseca de sonido y significación (*De magistro*, X, 34); no es concebible un signo sin significado, pues entonces quedaría reducido a sonido vacuo. En la significación reside el núcleo del valor o la fuerza (*vis*) del signo lingüístico, aunque, según parece, no se identifica con ella. La fuerza del signo es una noción más amplia que incluye tanto la significación como las diferentes formas en que tal significación afecta a un auditorio (*Principia Dialecticae*).

En segundo lugar, por su concepción global de una ciencia del lenguaje o dialéctica, concepción global seguramente heredada de los estoicos, a través de un tratado de Varrón. De acuerdo con esa concepción, en la dialéctica son distinguibles dos partes bien diferenciadas. Por un lado, el análisis de la expresión simple (*de loquendo*), en la que San Agustín distingue, entre otros, los niveles fonológico y morfológico, y el nivel semántico. En el nivel fonológico, San Agustín introduce la noción de *fuera* (*vis*) en un sentido puramente material. En el nivel morfológico, distingue entre *declinatio* y *ordinatio*, que vendrían a corresponder con los niveles de las variaciones morfológicas y las distribucionales respectivamente.

Por lo que respecta al nivel semántico, San Agustín desarrolla con gran lucidez y finura analítica las relaciones de la palabra con los niveles psicológico y ontológico, con el concepto y la referencia.

2.3. LENGUAJE EXTERIOR Y LENGUAJE INTERIOR

No obstante, la primera impresión que produce la teoría del signo de San Agustín es la de que propugna una conexión directa entre el signo y la cosa significada. A esa impresión contribuye el hecho de que asigne una importancia capital al aprendizaje lingüístico por ostensión: saber el significado de una palabra es saber indicar la realidad que invoca en el espíritu. Pero hay que tener en cuenta que San Agustín distingue entre dos planos en que se puede considerar el signo: uno, el plano exterior, en cuanto realidad fónica (*vox verbi*); otro, en cuanto realidad interior, auténtico signo. Las palabras pertenecientes a ese lenguaje interior son comunes a todas las lenguas e independientes por tanto de su «traducción» verbal a una lengua concreta. En realidad, la relación que guardan entre sí los niveles exterior e interior del lenguaje es una relación semiótica: las palabras exteriores son signos de las palabras interiores.

2.4. *DICTIO, DICIBILE Y RES*

Esa dicotomía entre lenguaje exterior e interior se encaja en la teoría semántica expuesta por San Agustín. Así, en los *Principia Dialecticae*, engrana con las distinciones entre *verbum*, *dictio*, *dicibile* y *res*. El *verbum* consiste en la palabra articulada, la entidad fónica que desencadena diferentes efectos en el espíritu y que pertenece por tanto al lenguaje exterior. Cuando el *verbum* se utiliza en su sentido ordinario, esto es, para indicar una realidad ajena a sí misma, se hace *dictio*. La *dictio* engloba tanto a la palabra como a su relación con el *dicibile*, lo expresable mediante el lenguaje, pero que preexiste a éste. Finalmente, la *res* es la realidad, considerada independientemente de su capacidad de ser nombrada o expresada, pero a la cual puede ser referida la *dictio*, en cuanto unión de *verbum* y *dicibile*. Tanto el *verbum* como la *dictio* pertenecen al lenguaje exterior, puesto que en ambas está presente el

componente material del signo, el sonido. Pero el dicibile pertenece al lenguaje interior, a la vida mental o espiritual.

Ahora bien, a diferencia de la dialéctica estoica, la de San Agustín estaba más centrada en la expresión simple, aislada, en definitiva en la palabra, que en el enunciado. Mientras que se puede afirmar que los estoicos mantenían una especie de teoría contextual del significado (el término sólo significa en el seno del enunciado), San Agustín ubica la relación de significación en el nivel de la palabra: esa relación se da entre la palabra y la cosa, por intermedio del signo mental. Ésa es la razón de que el análisis agustiniano sea más rico en lo que se denominaría *semántica léxica* que en la semántica oracional. Así, merece la pena destacar su análisis de las relaciones léxicas de sinonimia, antonimia y, sobre todo, de la ambigüedad léxica.

Por otro lado, al menos en su proyecto, la dialéctica se amplía mediante la incorporación del análisis del enunciado compuesto o complejo, cuando la dialéctica tradicional estoica se limitaba al análisis de las diferentes modalidades del enunciado simple.

Boecio es el autor a través del cual fueron conocidas y estudiadas teorías aristotélicas sobre el lenguaje y la lógica. Hasta el siglo XII sólo se conocieron las *Categorías* y el *Peri Hermeneias* (este último a través de la versión que Boecio realizó), junto con los correspondientes comentarios. No es sino hasta el siglo XII, cuando se difundió el resto del *Organon* (*logica nova*), con la traducción de Boecio de los *Primeros analíticos*, los *Tópicos* y las *Refutaciones sofísticas*, y de los *Segundos analíticos*. Y es en los siglos XIII y XIV cuando la reflexión surgida del conocimiento de las obras de Aristóteles se concreta en una auténtica semántica filosófica. El surgimiento y el desarrollo de la filosofía medieval del lenguaje hay que entenderlos pues en ese contexto: conocimiento deficiente de las obras clásicas y versiones inapropiadas de las conocidas. Así, se ha subrayado que una parte de las dificultades de los filósofos medievales del lenguaje tuvo que ver con la supresión de la distinción aristotélica entre *simbola* y *semeia* (símbolos, síntomas), que Boecio tradujo por el término latino *notas*. Y aunque Boecio tradujo *semainein* por *significare*, ésta es una relación que, de acuerdo con la semiótica de *Peri Hermeneias*, sólo se da entre las palabras y los contenidos mentales, o entre las oraciones y los pensamientos. Los *semeia* son, igualmente, síntomas de que hay contenidos mentales correspondientes, pero no están con ellos en una relación plena de significación. En particular, no están en una relación de *denotación* (o extensional). Los síntomas *no se refieren* a los contenidos mentales, sino que únicamente indican su existencia.

En cualquier caso, como ha manifestado U. Eco (1987), buena parte de la semántica medieval de la primera época estaba más vertida hacia la dimensión cognitiva que hacia la puramente referencial o denotativa.

2.5. INTENCIONES E IMPOSICIONES PRIMARIAS Y SECUNDARIAS

Igualmente, Boecio, por influencia de San Agustín, transmitió la idea equivocada de que Aristóteles concebía los contenidos mentales (modificaciones o movimientos del entendimiento), correspondientes a los signos lingüísticos, como *nombres* de las cosas referidas. Según esta tesis, habría un doble proceso nominal; uno entre las palabras y los contenidos mentales, y otro entre éstos y las cosas mismas. Los filósofos medievales discutieron hasta la saciedad las interrelaciones entre estos dos procesos nominales. Otros problemas, también de estirpe boeciana, fueron el de universales, planteado en la *Isagogé* de Porfirio, y el de las *impositiones*. La imposición es lo que convierte a la voz, o al sonido articulado, en una entidad significativa. Por decirlo así, es lo que permite adscribir significado a un conjunto de sonidos o marcas. Ahora diríamos que entraña la intencionalidad implícita en cualquier uso comunicativo de una expresión lingüística.

La distinción entre las diferentes clases de imposición se establece en el primer nivel nominativo: entre los signos y los movimientos o intenciones del alma o entendimiento (no obstante hay autores que establecen una conexión directa del signo verbal con la referencia), distinguiendo más o menos claramente entre la *significatio*, relación entre las expresiones lingüísticas y los contenidos cognitivos, y la *apellatio*, relación entre las expresiones y las realidades mismas (Abelardo).

Los signos que propiamente interesan son los articulados, las palabras. Como se ha dicho, para su utilización conveniente en la comunicación, es necesaria la imposición humana, que constituye el signo en cuanto significativo (*sermo*, en la terminología introducida por Abelardo). Las imposiciones están en relación de correspondencia con las *intentiones*, es decir con los elementos del lenguaje mental a través del cual nos referimos a la realidad. Imposiciones primarias son las que están en relación designativa (mediata) con entidades extralingüísticas; imposiciones secundarias son las que designan (mediatamente) realidades intralingüísticas. Los términos «*mesa*» o «*pluma*» son términos de primera imposición, mientras que los términos «*sustantivo*» o «*término*» son de segunda imposición.

Muchos filósofos medievales establecieron una distinción paralela a la anterior entre las intenciones, los términos o conceptos mentales, que concebían como signos naturales de las cosas. Las intenciones primeras constituían signos naturales de realidades extramentales, eran conceptos directos de las cosas. Las intenciones secundarias eran en cambio signos de realidades mentales, y por tanto estaban en relación con intenciones primarias. Su característica principal era la de situar a las intenciones primarias dentro de una red o estructura conceptual, constituyendo pues conceptos reflejos. Esto es, organizan estructuralmente los conceptos de intención primaria en categorías de un nivel mayor de abstracción. Las intenciones secundarias eran,

pues, de un carácter meta-conceptual, eran conceptos sobre conceptos. Por ejemplo, los términos de primera imposición mencionados anteriormente designan intenciones primarias, y los de segunda imposición, intenciones secundarias. La lógica y la gramática, en la medida en que tienen como objetos categorías de segunda intención, serían disciplinas metalingüísticas, o metaconceptuales, que se ocuparían de propiedades y relaciones entre términos y proposiciones que designan conceptos de primera intención.

A propósito de la naturaleza de estas dos disciplinas se planteó una interesante polémica en la Edad Media entre el sermocinalismo y el avicenisismo. Los partidarios de la primera concepción lógico-lingüística, expuesta por Abelardo, mantenían que la dialéctica tenía como objetos directos las entidades lingüísticas, entendidas éstas como proferencias significativas. Esta concepción obviaba, por tanto, el segundo nivel nominativo, de carácter mental. Los partidarios del sermocinalismo situaban la predicación en el nivel lingüístico y consideraban las categorías aristotélicas como propiedades de categorías lingüísticas y no ontológicas. A su vez, los avicenistas, por ejemplo, Alberto Magno, mantuvieron una concepción según la cual el objeto de la lógica eran las intenciones secundarias, esto es, los conceptos y proposiciones en cuanto entidades mentales. La lógica estaba en relación con el discurso mental, mientras que la gramática lo estaba con el lingüístico; la gramática se ocupaba de las relaciones entre los términos y las realidades externas, y la lógica entre los términos y las realidades internas, mentales. En última instancia, esta polémica se puede considerar como una manifestación de la pugna entre un enfoque intensional y cognitivo, correspondiente al avicenisismo, y un enfoque extensional, más propio del sermocinalismo.

No obstante, a lo largo del desarrollo de la filosofía medieval del lenguaje, se extendió la tendencia a tratar de forma unitaria los niveles de imposición e intención, y los tratamientos modernos de este período de la filosofía del lenguaje ignoran deliberadamente la diferencia de niveles, centrándose en la distinción primario/secundario como interesante precedente de la de lenguaje-objeto/metalenguaje.

El conocimiento del resto de las obras lógicas de Aristóteles en el siglo XII avivó las reflexiones lingüísticas de los filósofos medievales. En particular, además de suscitar los profundos comentarios de Alberto Magno y Tomás de Aquino, impulsó las investigaciones sobre las *proprietates terminorum* y los *sincategoremata*, esto es, sobre la naturaleza semántica de los términos y sobre la función y significado de las conectivas lingüísticas. Por *términos* se entendía, casi literalmente, los «extremos» de la oración indicativa que expresara una proposición, esto es, las expresiones que desempeñaban la función de sujeto y predicado, con el añadido de la expresión que los conectaba, la cópula. Tanto un término como otro podían ser complejos: el sujeto podía ser toda una frase nominal y el predicado podía abarcar tanto al verbo como a sus complementos.

Los términos constituían el núcleo semántico de la oración, mientras que los *syncategoremata* determinaban su estructura formal, en la que se basaban los procesos inferenciales, objeto de la lógica. El estudio de las modalidades de significación de los términos consistía en general en una taxonomía de categorías gramaticales y conformaba la disciplina denominada *gramática especulativa*, que alcanzó su máximo desarrollo en la escuela de los *modistae*. En cambio, los tratados sobre los *syncategoremata* caían más bien del lado de la lógica, del análisis de las *consequentiae* a que daban lugar esos elementos conectores.

Los principales autores en este campo de investigación fueron, en el siglo XIII, William de Shyreswood (1200/10-1267) y Pedro Hispano (1205-1277), que constituyeron la fuente de inspiración fundamental para Guillermo de Occam y los gramáticos especulativos de los siglos XIII y XIV.

2.6. SIGNIFICATIO Y SUPPOSITIO

Estos autores distinguieron dos propiedades fundamentales en los términos: la significatio y la suppositio. Además, diferenciaron entre *copulatio* y *apellatio*, y especificaron grados semánticos, como la restricción, la ampliación, la distribución y la alienación. La *significatio* es una propiedad esencial de los términos categoremáticos; los sincategoremáticos carecen de ella. Consiste en la capacidad que tiene el término para presentar al entendimiento una cosa bajo su aspecto formal o imagen conceptual. Dependiendo de según qué autores, la relación que establece la significatio es mediata (a través de la imagen mental) o inmediata, representando propiedades reales de lo significado. Y es de dos clases: substantiva, que corresponde a los nombres, y copulativa, que atañe a los adjetivos y a los verbos. Sólo los sustantivos tienen *suppositio*, esto es, están en lugar de cosas representadas en el seno de la proposición. A los adjetivos y verbos corresponde la copulatio. Sólo cuando categorías lingüísticas como adjetivos y pronombres están sustantivados adquieren *suppositio*, representan cosas. La *suppositio* puede ser considerada una noción tanto sintáctica como semántica. Sintáctica, en la medida que tiene una dimensión cuantificacional, pues permite fijar la extensión de un término, lo que el término abarca o a lo que propiamente se aplica. Semántica en cuanto especifica la conexión del lenguaje con la realidad, determinando la verdad o falsedad de la proposición. Estas dos dimensiones de la *suppositio* recorren sus subdivisiones y han sido objeto de controversia entre tratadistas contemporáneos, que han insistido sobre todo en las diferencias entre las escuelas de Oxford y la de París. Básicamente, la diferencia residía entre lo que era una teoría contextualista de la referencia (los términos sólo tienen *suppositio* en el contexto de la oración) y una teoría no contextualista (los términos *suponen*, sean o no sujeto de una oración).

En el siglo XIII, a esa suposición propia del sustantivo, ajena a su función en la proposición, se la denominó *suppositio naturalis*, pero fue una noción muy controvertida durante todo el siglo, y quedó definitivamente arrumbada con el predominio del nominalismo ockamista del siglo XIV.

2.7. LAS DIFERENTES CLASES DE *SUPPOSITIO*

En general, los lógicos de los siglos XIII y XIV establecían las siguientes distinciones entre clases de *suppositio*: la *suppositio* puede ser impropia o propia, y ésta, formal o material. La *suppositio* es propia cuando el término lingüístico es empleado literalmente, esto es, cuando su ocurrencia no es metafórica, irónica o, en general, retórica. Cuando es propia, la *suppositio* es formal si el término está en lugar de una realidad no lingüística, y material si es un nombre de una entidad lingüística. Muchas veces se ha comparado esta distinción con la moderna diferenciación entre lenguaje-objeto y metalenguaje, pero existen problemas para su exacta equiparación.

La *suppositio* formal se divide a su vez por la naturaleza de su *significatio*. Existe una *suppositio* formal personal y una *suppositio* formal simple. Es personal cuando lo sustituido es una entidad individual concreta bajo una cierta forma, y es simple cuando lo sustituido es la propia forma, una parte de su contenido conceptual. Los ejemplos clásicos son: «el hombre respira» y «el hombre es una especie». En el primer caso la *suppositio* es personal y, en el segundo caso, simple. En la *suppositio* personal los filósofos medievales distinguieron entre la referencia a conjuntos y la referencia a individuos de conjuntos. Así, diferenciaron entre la *suppositio* de *el hombre* en «el hombre tiene una capa verde» y en «el hombre es el rey de la creación». En el primer caso la *suppositio* es, de acuerdo con su terminología, singular o discreta, y en el segundo universal o común. Además de captar este fenómeno semántico, fueron conscientes de otros, como la diferencia entre la referencia definida e indefinida, o la distributiva y colectiva. Ello enriqueció la teoría de la *suppositio*, convirtiéndola en un instrumento analítico de considerable complejidad y utilidad, en una realización intelectual que constituyó el eje de la investigación lógico-semántica durante los siglos XIII y XIV.

2.8. LOS *MODISTAE*: TEORÍA DE LOS MODOS DE SIGNIFICAR

La teoría de la *suppositio* y, en general, la de las propiedades de los términos, influyó de forma importante en las investigaciones gramaticales de la Edad Media. Algunos autores, como R. Bacon, desarrollaron paralelamente su tarea como lógicos y como gramáticos. Sin embargo, el surgimiento de la escuela de los gramáticos especulativos o *modistae*, a finales del siglo XIII, supuso una cierta especialización y división intelectual del trabajo. Por primera vez, se consideró la posibilidad de constituir la gramática como ciencia, bajo los supuestos aristotélicos de unidad y universalidad. La gramática, en esta concepción de los *modistae* (Boecio de Dacia, Martín de Dacia, Siger de Courtrai, Thomas de Erfurt), tenía como objeto el lenguaje y no las lenguas particulares, esto es, las características permanentes, profundas y comunes a todas las lenguas, susceptibles de descubrimiento y análisis más

allá de las peculiaridades concretas. Estos rasgos comunes a todas las lenguas estaban en estrecha conexión con el supuesto aristotélico de la unidad de la mente humana: más allá de la diversidad de términos, los conceptos que representan son comunes e idénticos a todos los hombres, y lo son porque constituyen el producto de la experiencia sobre una común e idéntica realidad. Por ello, se puede afirmar que los *modistae* sustentaron una filosofía del lenguaje que, por vez primera, postuló un estrecho paralelismo entre los ámbitos de la realidad, el pensamiento y el lenguaje. Asimismo, su insistencia en destacar los hechos universales y comunes a todas las lenguas los convierte en los predecesores inmediatos de las Gramáticas generales del racionalismo y de la lingüística generativa del siglo xx.

De acuerdo con las tesis de los *modistae*, el *modus essendi* de las cosas determina el *modus intelligendi*, la forma en que éstas son captadas, y este *modus intelligendi* la forma en que son designadas, el *modus significandi*. La estructura de la realidad determina en última instancia la del lenguaje, a través de la del pensamiento. Pero existe una correspondencia tan estrecha entre los modos que sería erróneo concebirlos en términos semióticos. Esto es, no se trata de que las palabras sean signos de conceptos y éstos de realidades, sino que los tres niveles son encarnaciones formales de una misma realidad. Esto quiere decir que la realidad puede presentarse como absoluta, ontológicamente autónoma, en cuanto *modus essendi*, o puede presentarse en cuanto inteligible, como susceptible de ser captada y comprendida, o en cuanto expresable mediante el lenguaje, en el *modus significandi*. Así pues, lo que varía es la *ratio*, la posibilidad formal a través de la cual se puede hacer presente una misma realidad. La filosofía subyacente a la teoría gramatical de los *modistae* era la del realismo moderado de Santo Tomás de Aquino: la mente abstrae ciertas propiedades de los componentes de la realidad, y expresa esas propiedades en las categorías lingüísticas. La ontología aristotélica, en la interpretación escolástica, era pues el fundamento de las taxonomías lingüísticas de los *modistae* que, en consecuencia, se apartaban poco de las de Prisciano. Así, por ejemplo, en la obra de Thomas de Erfurt, el nombre representa la sustancia y la cualidad (incluyendo al sustantivo y al adjetivo), y corresponde a los *modi essendi* de la estabilidad y la identidad: el verbo representa el actuar o devenir; separado de la sustancia, de la cual se predica en la dimensión temporal, etc. En general, los *modistae* distinguieron las ocho categorías tradicionales, separando no obstante cuatro principales (nombre, verbo, participio y pronombre), auténticas representantes de los *modi significandi*, de cuatro secundarias o indeclinables (adverbio, conjunción, preposición, interjección), que se comparaban a los *syncategoremata* de los lógicos, porque requerían otras categorías para lograr auténtica significación. En general, la palabra (*dictio*) se concreta en un conjunto de sonidos vocales articulados (*vox*) que tiene una doble dimensión semiótica. Por una parte, entraña un significado y, por otro lado, un modo de significar. En ese sentido, «bueno» y «bondad» aluden a la misma realidad, pero de acuerdo con modos de significar diferentes que hacen de la primera expresión un

adjetivo y de la segunda un sustantivo. Dada la estrecha correspondencia postulada entre lenguaje, pensamiento y realidad, esta doble dimensión es el reflejo de dualidades ontológicas y cognitivas. En el plano ontológico, responde a la distinción entre la cosa y sus formas de ser y, en el cognitivo, entre el concepto y las formas en que es posible acceder a ese concepto. Las distinciones gramaticales categoriales (la diferencia entre sustantivo y adjetivo, por ejemplo) se producen por tanto como diferencias en los modos de significar. Esto quiere decir que no son meros artificios teóricos para la descripción de las lenguas, sino que, en última instancia, están causadas por la estructura de la realidad y del pensamiento, no son arbitrarias.

2.9. LA TEORÍA DE OCCAM SOBRE LA *SUPPOSITIO*

Mientras que en el siglo XIII la filosofía del lenguaje que sustentaba las concepciones gramaticales era fundamentalmente realista, aristotélica, en el XIV el nominalismo de Guillermo de Occam introdujo un nuevo sesgo en las investigaciones lógico-semánticas. El nominalismo de Occam tiene dimensiones lógicas y epistemológicas, y motivaciones ontológicas y teológicas. Su importancia intrínseca y su repercusión histórica tienen más que ver con las primeras que con las segundas. Su propensión a considerar los problemas lógico-semánticos en términos extensionales y su sensibilidad lingüística le dan un carácter de modernidad del que carecen muchos de sus contemporáneos.

Síntoma de esta modernidad es su tratamiento del término en cuanto componente de la proposición. Según Occam, es término toda expresión lingüística que funciona como tal en el marco de la oración. Así, son términos no solamente los términos categoremáticos de la tradición aristotélico-escolástica, sino también lo que hoy denominamos sintagmas nominales y oraciones sustantivadas. En definitiva, todo aquello que, o bien funciona como sujeto o bien se presenta como predicado, en suposición material o formal, usado o mencionado. No obstante, Occam distingue los términos propiamente lingüísticos (orales y escritos) de los términos mentales. Las dos clases de términos remiten en todo caso a la realidad extraindividual. Difieren en la naturaleza de su relación semiótica con tal realidad: los signos propiamente lingüísticos son de índole convencional, mientras que los términos conceptuales son de carácter natural, tienen presencia universal, son los mismos para todos los hombres. Ambos tipos de términos han de tener significación, como condición de su suposición, variando su modalidad referencial en función del contexto oracional en que se encuentren. Así, en «el hombre es un animal bípedo» y «el hombre tiene una capa verde», la expresión *el hombre* tiene diferentes tipos de suposición, diferentes categorías ontológicas a las que referirse. Se averigua el tipo de suposición de un sujeto o predicado de una oración cuando se comprende si el predicado o sujeto puede ser adjuntado con verdad a ese sujeto o predicado. El tratamiento que Occam hace de la suposición, como propiedad intra-oracional, evita pues dos defectos muy

comunes en otras teorías, la necesidad de dar cuenta de ambigüedades léxicas, de los términos considerados aisladamente, y los problemas planteados por los errores categoriales, cuando se atribuye una propiedad a un conjunto de cosas al cual no le puede convenir.

La teoría ockamista de la suposición constituye una gran síntesis que reformula, en términos extensionales, las teorías lógico-semánticas de carácter aristotélico de siglos anteriores. Distinguió tres clases de *suppositio*: la simple, la material y la personal. Sólo en el caso de esta última se da una relación plena de significación. Relación plena que consiste en la sustitución de un objeto que se presenta a la mente a través del concepto expresado por el término con suposición personal. Los otros dos casos de suposición cubren las posibilidades de que los términos refieran a otras entidades lingüísticas (suposición material), o a los conceptos expresados por los términos (suposición simple). La concepción ockamista de este último tipo de suposición, la simple, encarna su nominalismo. Antes de Occman, se postulaba que los términos con este tipo de suposición designaban *universales*, propiedades realmente existentes que se manifestaban en los individuos designados por términos con suposición personal. Occam, en cambio, mantuvo que tales propiedades universales no son propiedades de los individuos, sino de los conceptos, entendidos simplemente como signos mentales de carácter natural.

Los conceptos son ejemplificados (o, como se dirá más adelante, *instanciados*) por los individuos, pero no constituirán realidades aparte de esos individuos. En este sentido, los nombres de cualidades no son nombres de realidades presentes en individuos, sino nombres de conceptos que a ellos se aplican (excepto en el caso de cualidades individuales o sensibles, como «blancura», «dulzura», «altura»). Occam expresó esta tesis afirmando que existen por una parte términos *absolutos*, nombres de sustancias o entidades individuales por ejemplo, y términos connotativos, términos que refieren oblicuamente, indirectamente, a una entidad individual, en cuanto se halla presente en ella uno u otro concepto. En definitiva, el nominalismo de Occam consiste esencialmente en su negativa a considerar los nombres comunes o predicados como designadores de entidades diferentes de los individuos a que se aplican. Y su concepción constituye un precedente lejano, pero claro, del extensionalismo de la moderna lógica y del análisis formal de la semántica de las lenguas naturales.



TEXTOS

Bloque 1: San Agustín

TEXTO 1

San Agustín,
*Principia
Dialecticae*,

V

Para cualquier cosa, la palabra (*verbum*) es un signo que, cuando lo enuncia un hablante, puede ser comprendido por un oyente.

La cosa (*res*) puede ser cualquier objeto, perceptible por los sentidos o por el espíritu, o ajena a la percepción.

El signo es lo que, al tiempo que se hace presente en cuanto tal a la percepción sensible, hace presente también otra cosa a la percepción intelectual.

Hablar es emitir un signo mediante sonidos articulados. Entiendo por articulado lo que puede aparecer completamente en una forma gráfica. [...]

En consecuencia, cuando una palabra es enunciada por sí misma, esto es, cuando se trata de una palabra en cuanto objeto de un análisis o de una argumentación, el objeto de ese análisis o argumentación sigue siendo una cosa, sólo que esa cosa se denomina *palabra*.

Por el contrario, todo lo que el espíritu, y no el oído, percibe a través de la palabra, y que está contenido en el espíritu mismo se denomina lo expresable (*dicibile*). Y cuando se enuncia una palabra no por ella misma sino para significar otra cosa se la denomina una expresión (*dictum*).

En cuanto a la cosa misma que no es la palabra ni el concepto que corresponde a la palabra, tenga o no un nombre que pueda significarlo, se la denomina *cosa* en su acepción más concreta.

Por tanto tenemos cuatro términos bien distintos, la palabra, lo expresable, la expresión y la cosa.

La palabra «palabra» es una palabra, y significa la palabra.

La palabra «expresable» es una palabra, y no significa la palabra sino lo que está conceptualizado y se comprende por la palabra.

La palabra «expresión» es una palabra y significa tanto la palabra misma y lo que en el espíritu se produce mediante la palabra.

La palabra «cosa» es una palabra, y significa todo lo demás, esto es, todo lo que no se significa mediante los tres términos anteriores.

Ejercicios

1. Explique la noción de *signo* según San Agustín.
2. Analice las distinciones que San Agustín establece en el texto y ponga ejemplos de las diferentes nociones que establece.



TEXTOS

Bloque 1: San Agustín

TEXTO 2

San Agustín,
Principia
***Dialecticae*,**
VII

Examinemos ahora la fuerza (*vis*) de las palabras, tan brevemente como lo permita la cuestión.

La fuerza de las palabras consiste en la efectividad que se les reconoce, y esta efectividad es proporcional al efecto producido por la palabra en el oyente.

El efecto producido en el oyente tiene que ver con la palabra misma, con lo que significa, o con ambas cosas a la vez [...].

El efecto que se produce sobre el oyente no tiene que ver con la palabra misma, sino con lo que significa cuando, al captar un signo mediante una palabra, el espíritu sólo presta atención a la cosa significada. Por ejemplo, cuando se usa el nombre de Agustín y el oyente, si me conoce, piensa solamente en mí, o en otro cualquiera si no me conoce o conoce a algún otro que se llama así.

Ejercicios

1. Analice la noción de *fuerza* en San Agustín.
2. ¿Cuál es la relación de la *fuerza* con otras nociones semióticas de la teoría del lenguaje de San Agustín?

TEXTO 3

San Agustín,
***De Magistro*,**
20

Adeodato.— Hemos podido distinguir tres posibilidades:

que los signos sean mostrados mediante signos.

que las cosas que no son signos sean mostradas por signos.

que las cosas que podemos hacer tras una pregunta sean mostradas sin signos.

Nos hemos propuesto examinar de forma atenta y esclarecer la primera de estas tres posibilidades.

La discusión subsiguiente ha establecido de forma clara que hay signos que no pueden ser ellos mismos significados por los signos que significan, como es el caso de la palabra *conjunción*.

Signos que pueden ser significados por los signos que significan. Por ejemplo, signo es el signo de una palabra y palabra el signo de un signo, siendo signo y palabra dos signos y dos palabras al tiempo [...].

Ejercicios

1. Analice las nociones que San Agustín introduce en el texto, señalando las que tienen un carácter metalingüístico.
2. Ponga ejemplos de un signo que puede ser significado por un signo.



TEXTOS

Bloque 1: San Agustín

TEXTO 4

San Agustín,
De Magistro,
34

Para que lo comprendas más claramente, imagina que oímos hoy por primera vez la palabra «cabeza»: sin saber si ese sonido vocal sólo es un sonido o entraña también un significado, tratamos de hallar lo que es cabeza (repara que queremos saber pues no de la cosa significada sino del signo mismo, lo cual no es completamente ajeno puesto que no sabemos de qué es signo). Si se nos indica con el dedo la cosa misma, cuando la percibimos adquirimos información del signo que acabamos de oír, pero que hasta entonces no conocíamos. No obstante, aunque este signo entraña un sonido y un significado al tiempo, no habremos percibido por intermedio de este signo ni el sonido, que hemos conocido porque él mismo habrá impresionado nuestros oídos, ni el significado, conocido porque habremos visto la cosa significada. En cuanto al movimiento del dedo, no puede significar otra cosa de aquello a lo que el dedo se dirige, pues no se habrá dirigido hacia el signo sino hacia la parte del cuerpo que se denomina cabeza. Ésa es la razón por la que el movimiento del dedo no puede hacerme conocer ni la cosa, que ya conocía, ni el signo, hacia el que el dedo no se dirige.

Sin embargo, no me preocupa demasiado el movimiento del dedo, porque me parece que no es el signo de la cosa indicada, sino la señal de que hay una indicación, como sucede con el adverbio aquí, que está acompañado a menudo por el movimiento del dedo, como si se temiera que un sólo signo de indicación fuera insuficiente. No, lo que estoy tratando de hacer, en la medida de mis fuerzas, es persuadirte de que los signos a los que llamamos palabras no nos proporcionan ninguna información. En realidad, lo que nos informa del valor de la palabra, esto es, el significado latente en el sonido, es la percepción de la cosa significada, mucho antes de que percibamos la cosa sabiendo el significado.

Ejercicios

1. Analice la relación de la noción de *significación* con la de *deixis* (indicación).
2. Relacione la noción de *significado* con la noción de *percepción*.

Bloque 2: Los *modistae*

TEXTO 1

Martín de Dacia,
*De Modis
significandi*

Los modos de ser son las propiedades de la cosa en cuanto la cosa es ajena al intelecto. Los modos de la comprensión son esas mismas propiedades de la cosa en cuanto la cosa está en el intelecto y en cuanto esas mismas propiedades son comprendidas junto con la cosa. Los modos de significar son esas mismas propiedades en cuanto la cosa es significada mediante el habla.

TEXTO 2

Martín de Dacia,
*De Modis
significandi*

Del mismo modo que tenemos una cosa ajena al intelecto, una cosa comprendida y una cosa significada, igualmente tenemos modos de ser, modos de comprender y modos de significar. Ahora bien, la cosa ajena a la comprensión, la cosa comprendida y la cosa significada son una misma y única cosa. Ésa es la razón de que los modos de ser, los modos de comprender y los modos de significar sean también fundamentalmente idénticos, aunque difieran accidentalmente.

Ejercicios

1. Analice las diferentes nociones de *modi*, relacionándolas con la epistemología aristotélica.
2. Comente las relaciones entre los diferentes modos, de acuerdo con los *modistae*.
3. Explique cuál es la noción de *lenguaje* implícita en las relaciones entre los modos.

Bloque 3: Occam

TEXTO 1

G. de Occam,
*Summa
Logicae*,
Parte I

[La suposición personal]... ocurre cuando un término supone por la cosa que significa, sea esta cosa una entidad fuera del alma, una palabra hablada, una intención del alma, una palabra escrita o cualquier otra cosa imaginable. Así, dondequiera que el sujeto o el predicado de una proposición suponga por su significado, ya que se toma significativamente, tenemos siempre suposición personal.

Ejercicios

1. Distinga entre las diferentes clases de *suppositio* que reconocía G. de Occam.
2. Ponga ejemplos de esas diferentes clases de *suppositio*.
3. Relacione la *suppositio materialis* con alguna clase de signo reconocida por San Agustín.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- ABELARDO

Petrus Abelandus Dialecticae, L.M. De Rijk, ed., Assen: Van Gorcum, 1970.

- SAN AGUSTÍN

De Dialectica, ed. de B. Danel Jackson, Dordrecht: Reidel, 1975.

Opera omnia, en *Patrología Latina*, ed. de J. P. Migne, París, 1845-1849.

Obras, ed. bilingüe latín-castellano, Madrid: B.A.C., 1946.

- ALBERTO MAGNO

Opera omnia, ed. de A. Borgnet, París: Ed. Vives, 1890 y eds. posteriores.

Quaestiones Alberti de modis significandi, ed. y trad. al inglés de L. G. Kelly, Amsterdam: J. Benjamins, 1977.

- OCCAM, G. DE

Summa Logicae, ed. de Ph. Boehner, Nueva York: G. Gal, 1974.

Occam's theory of terms, Parte 1 de *Summa Logicae*, ed. de M. Loux, Londres: U. of Notre Dame Press, 1974.

- GUILLERMO DE SHYRESWOOD

Syncategoremata, ed. de J. R. O'Donnell, en *Medieval Studies*, 3, 1941, págs. 46-93.

Introduction to logic, ed. y traducción de N. Kretzman, Minneapolis: U. of Minnesota Press, 1966.

- BOECIO DE DACIA

Modi significandi sive quaestiones super Prisciani Minoris, ed. de J. Pinborg y H. Roos, *Corpus Philosophorum Danicorum Medii Aevi*, IV, Copenhagen: Gad, 1969.

- PEDRO HISPANO

Tractatus called afterwards Summulae Logicales, ed. de L.M. de Rijk, Assen: Van Gorcum Comp., 1972.

- THOMAS DE ERFURT

De Modis significandi sive grammatica especulativa, ed. de G. L. Bursill-Hall, Londres: Longman, 1972.

Gramática especulativa, traducción de L. Farré, Buenos Aires: Losada, 1947.

- ANSELMO DE CANTERBURY

Obras completas, texto latino de la edición crítica de F. S. Schmidt, traducción castellana de J. Alameda, Madrid: B.A.C., 1952.

• TOMÁS DE AQUINO

Opera omnia, París: Ed. Vives, París, 1871 y ediciones posteriores.

• SIGER DE COURTRAI

Summa modorum significandi, ed. de G. Walierand, en *Philosophes belges*, VIII, Lovaina, 1913. Reeditada por J. Pinborg, Amsterdam: J. Benjamins, 1977.

De modis significandi, Oeuvres complètes, París: Desclée & Cía., 1973.

Logica Modernorum, A Contribution to the history of early terministic logic, 2 volúmenes, ed. de L. M. de Rijk, Assen: Van Gorcum, 1967.

Ensayos y artículos

ANDRÉS, T. DE (1969), *El nominalismo de G. de Ockam como filosofía del lenguaje*, Madrid: Gredos.

ANGELELLI, I. (1967), *Studies on Gotlob Frege and Traditional Philosophy*, Dordrecht: Reidel.

ARENS, H. (1984), *Die Aristotelische Sprachtheorie und ihre mittelalterliche Überlieferung*, en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 165-172.

ARENS, H., ed. (1984), *Aristotle's theory of language and its tradition, Studies in the history of linguistics*, vol. 29, Amsterdam: John Benjamins.

ASWORTH, E. J. (1974), *Language and logic in the post-medieval period*, Dordrecht: Reidel.

ASWORTH, E. J. (1978), *The Tradition of Mediaeval Logic and Speculative Grammar*, Toronto: Pontifical Institute of Medieval Studies, IX.

AUROUX, S., M. GLATIGNY, A. JOLY, A. NICOLAS, I. ROSIER, eds. (1984), *Materiaux pour une histoire des théories linguistiques*; Lille: Presse U. de Lille.

BARATIN, M. y F. DESBORDES (1982), *Semiologie et metalinguistique chez saint Augustin*, en M. BARATIN y F. DESBORDES, eds., 1982, págs. 75-91.

BARATIN, M. y F. DESBORDES, eds. (1982), «Signification et reference dans l'antiquité et au Moyen Âge», *Langages*, 65, París: Larousse.

BECKMANN, J. P. y otros, eds. (1981), *Sprache und Erkenntnis im Mittelalter*, 2 volúmenes, Berlín: Walter de Gruyter.

BEUCHOT, M. (1980), «La doctrina tomista clásica sobre el signo: Domingo de Soto, Francisco de Araujo y Juan de Santo Tomás», *Crítica*, 12, págs. 39-58.

BEUCHOT, M. (1981 a), *La filosofía del lenguaje en la Edad Media*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

BEUCHOT, M. (1981 b), *El problema de los universales*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

BREVA-CLARAMONTE, M. (1983), *Sanctius' theory of language: a contribution to the history of Renaissance linguistics*, Amsterdam: John Benjamins.



BIBLIOGRAFÍA

- BREVA-CLARAMONTE, M. (1984), «The Semiotic Aspects of Sanctius Minerva», *Historiographia Linguistica*, 11, 112, págs. 117-127.
- BURSILL-HALL, G. L. (1971), *Speculative Grammars in the Middle Ages*, París, The Hague: Mouton.
- BURSILL-HALL, G. L. (1976), *Some notes on the Grammatical theory of Boethius of Dacia*, en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 164-189.
- CASTAÑARES, W. (1985), *El signo: problemas semióticos y filosóficos*, tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- DINNEN, F. P. (1974), «Grammar and meaning in the late Middle Ages», *Historiographia linguistica*, 1, págs. 221-249.
- DUCROT, O. (1976), «Quelques implications linguistiques de la théorie médiévale de la supposition», en H. PARRETT, ed., 1976.
- EBBESSEN, S. (1981), «Early supposition theory 12-13 th. Century». *Histoire, épistemologie, langage*, 3.1, págs. 35-48.
- ECO, U. (1987), «Meaning and Denotation», *Synthese*, 73, págs. 549-568.
- GEACH, P. T. (1970), *Reference and Generality. An examination of some medieval and modern theories*, Ithaca y Londres: Cornell U. Press.
- GILSON, E. (1944), *La Philosophie au Moyen Âge*, París: Payot.
- GODFREY, R. G. (1966), «Late medieval linguistic metatheory and Chomsky's syntactic structures», *Work*, 21, págs. 251-266.
- HENRY, D. P. (1967), *The Logic of Saint Anselm*, Oxford: Clarendon Press.
- HENRY, D. P. (1972), *Medieval Logic and Metaphysics*, Londres: Hutchinson.
- HENRY, D. P. (1981), «Medieval metaphysics and contemporary logical language», en BEEKMAN y otros, eds. 1981.
- HENRY, R. W. (1980), *The history of grammar in the Middle Ages*, Amsterdam: John Benjamins.
- JOLIVET, J. (1969), *Arts du langage et théologie chez Abélard*, París: Vrin.
- JOLIVET, J. (1981), «Éléments pour une étude des rapports entre la grammaire et l'ontologie au Moyen-Âge», en BEKMANN y otros, eds., 1981.
- KACZMAREK, L. (1984), *Modi significandi and their destructions. A 14th century controversy about methodological issues in the science of language*, en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 199-210.
- KEITH PERCIVAL, W. (1976), «Deep and surface structure concepts in Renaissance and Medieval syntactic theory», en H. PARRETT, ed., 1976.
- KELLY, L. G. (1972), «De modis generandi: points of contact between N. Chomsky and Thomas de Erfurt», *Foundations of language*, 5, págs. 225-252.

- KELLY, L. G. (1974), «Grammar and meaning in the late Middle Ages, Part 1», *Historiographia linguistica*, 1, págs. 203-219.
- KELLY, L. G. (1977), «La Grammaire à la fin du Moyen Age: Essai de bibliographie», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds., 1977.
- KELLY, L. G. (1979), «Modus significandi: an interdisciplinary concept», *Historiographia linguistica*, 6, págs. 159-180.
- KELLY, L. G. (1984), *Time and verb in Gramatica Speculativa*, en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 173-180.
- KENNY, A., ed. (1970), *Aquinas. A collection of critical essays*, Londres: MacMillan.
- KLUXEN, W. y otros, eds. (1981), *Sprache und Erkenntnis im Mittelalter*, 2 vols., Berlín: Walter de Gruyter.
- KOERNER, K., H. NIEDEHRE y R. H. ROBINS, eds. (1980), *Studies in Medieval Linguistic Thought, Studies in the history of linguistics*, vol. 26.
- KRETZMAN, N. (1970), «Medieval logicians on the meaning of the proposition», *Journal of Philosophy*, 67, págs. 767-787.
- KRETZMAN, H. (1982), «Syncategoremata, Exponibilia, Sophismata», en *The Cambridge History of Later Medieval Philosophy*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- LEUNINGER, H. (1976), *Scholastische und transformationelle sprachtheorie: die universalien hypothese*, en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 228-238.
- LIBERA, A. DE (1981), «Supposition naturelle et apellation: aspects de la semantique parisienne du XIII^{ème} siècle», *Histoire, épistémologie, langage*, 4.1, págs. 63-78.
- LIBERA, A. DE (1982 a), «La logique médiévale et la théorie de la supposition», en *Travaux d'histoire des théories linguistiques*, París: Université de París VII, colección THTL.
- LIBERA, A. DE (1982 b), «The Oxford and Paris traditions in logic», en *The Cambridge History of Late Medieval Philosophy*, Cambridge U. Press, págs. 181-187.
- MALONEY, TH. S. (1982), «The semiotics of R. Bacon», *Medieval Studies*, 45, págs. 20-154.
- MARKOWSKI, M. (1981), *Sprache und logik im mittelalter*, en W. KIUNEN y otros, eds., 1981, págs. 36-50.
- MARTINELLI, L. (1963), *Thomas d'Aquin et l'analyse linguistique*, Montreal: Beauchemin.
- MATHEWS, G. (1964), «Ockam supposition theory and modern logic», *Philosophical Review*, 73, págs. 91-99.
- MOODY, E. A. (1935), *The logic of William of Ockam*, Nueva York y Londres: Sheed and Ward.
- MOODY, E. A. (1953), *Truth and consequence in Medieval Logic*, Amsterdam: North Holland.
- MOODY, E. A. (1966), «The medieval contribution to logic», *Studium generale*, 19, págs. 443-452.



BIBLIOGRAFÍA

- MOODY, E. A. (1975), *Studies in Medieval Philosophie, Science and Logic*, Berkeley: University of California Press.
- MULLALY, J. P. (1945), *The Summulae logicales of Peter of Spain*, Notre Dame Publications in Medieval Studies, VIII.
- NUCHELMANS, G. (1973), *Theories of the proposition: Ancient and Medieval conceptions of the Bearers of Truth and Falsity*, Amsterdam: North Holland.
- NUCHELMANS, G. (1980), *Late Scholastic and Humanist Theories of the Proposition*, Amsterdam: North Holland.
- OEING-HANHOFF, Z. (1981), «Sein und Sprache in der Philosophie der Mittelalters», en W. KLUXEN y otros, eds., 1981, págs. 165-178.
- PANACCIO, C. (1984), *Pour une theorie occamiste des conditions de veritée*, en S. Auroux y otros, eds., 1984, págs. 211-216.
- PERCIVAL, W. K. (1976), «Deep and surface structure concepts in Renaissance and Medieval Syntactic Theory», en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 238-254.
- PINBORG, J. (1967), *Die Entwicklung der Sprachtheorie in Mittelalter*, Copenhagen: Anne Frosst Hanzen.
- PINBORG, J. (1982), «Speculative Grammar», *The Cambridge History of Later Medieval Philosophy*, Cambridge, págs. 254-269.
- PINBORG, J. (1972), *Logik und Semantik in Mittelalter*, Stuttgart: Frommann Holzboog.
- PINBORG, J. (1976), «Some problems of semantic representations in Medieval Logic», en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 254-279.
- PRIEST, G. y S. READ (1977), «The formalization of Ockam's theory of supposition», *Mind*, 86, págs. 109-113.
- RÁBADE ROMERO, S. (1966), *Guillermo de Ockam y la filosofía del siglo XIV*, Madrid: C.S.I.C.
- RIVERO, M. L. (1973), «Antecedents of contemporary logical and linguistic Analyses in scholastic logic», *Foundations of language*, 10, págs. 55-64.
- RIVERO, M. L. (1974), «Modalities and scope in scholastic logic from a linguistic point of view», *Acta linguistica*, 15, págs. 133-152.
- ROBINS, R. H. (1951), *Ancient and Medieval Grammatical Theory*, Londres: Bell.
- ROSIER, I. (1982 a), «La grammaire speculative», en *Travaux d'histoire des théories linguistiques*, 1, serie II, París: Université de París VII, colección THTL.
- ROSIER, I. (1982 b), «La théorie médiévale des modes de signifier», en BARATIN y DESBORDES, eds., págs. 117-128.

- SALUS, P. (1971), «The modistae as proto-generativists», en *Papers from the seventh regional meeting*, Chicago Linguistic Society, CLS VII, págs. 530-534.
- SALUS, P. (1976), «Universal grammar, 1000-1850», en H. PARRETT, ed. 1976, págs. 85-101.
- SPADE, P. U. (1982), «The semantics of terms», en *The Cambridge history of late medieval philosophy*, Cambridge U. Press, págs. 188-196.
- STEFANINI, J. (1973), «Les modistes et leur rapport a la théorie de la grammaire et du signe linguistique», *Semiotica*, 8, págs. 263-275.
- TRENTMAN, J. A. (1976), «Speculative grammar and transformational grammar: a comparison of philosophical presuppositions», en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 279-302.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

A menos que se domine el latín, el filósofo más accesible en español de los que se tratan en este Tema es San Agustín. Para el conjunto de los filósofos medievales y sus teorías lingüísticas, la obra más abarcadora en español es M. BEUCHOT (1981). Para tener una idea panorámica de la evolución de las teorías semánticas, es preciso leer el capítulo correspondiente de la *Histoire des idées linguistiques*, dirigida por S. AUROUX (v. Bibliografía general).

Cuestiones y problemas

1. ¿Cuál es la relación entre las teorías lingüísticas de S. Agustín y sus teorías epistemológicas?
2. Establezca una comparación entre la teoría semiótica de San Agustín y la de los estoicos.
3. ¿Qué entiende San Agustín por fuerza (*vis*) de un signo?
4. Explique la dicotomía agustiniana entre lenguaje exterior e interior. ¿Qué naturaleza tienen estos lenguajes?
5. Analice la influencia de Boecio en la filosofía del lenguaje medieval en cuanto al problema de los universales.
6. Exponga la distinción entre imposiciones e intenciones. Relaciones entre unas y otras.
7. Analice las diferencias entre la noción de significatio en Guillermo de Shyreswood y Pedro Hispano.
8. Explique la diferencia que existe entre los términos de primera y segunda intención. ¿Tiene algún correlato gramatical esta distinción?
9. Exponga el paralelismo entre la dicotomía medieval primario/secundario y la que se da en lógica entre lenguaje objeto/metalinguaje.
10. Analice la teoría de la *suppositio* elaborando un cuadro clasificatorio de sus diferentes modalidades.
11. ¿Cómo diferenciaron los filósofos medievales, en la teoría de la *suppositio*, entre la referencia distributiva y la colectiva?
12. Exponga la teoría de Occam sobre la *suppositio*.

TEMA 3

Razón y lenguaje: la escuela de Port-Royal

ESQUEMA/RESUMEN

- 3.1. El racionalismo de la *Minerva*
- 3.2. Elipsis y estructura lógica subyacente
- 3.3. Chomsky y la cuestión de la lingüística «cartesiana»
- 3.4. Descartes y el carácter definitorio del lenguaje
- 3.5. La *Grammaire* como primera gramática filosófica
- 3.6. Relaciones entre gramática y lógica según la escuela de Port-Royal
- 3.7. Signos naturales y signos de institución. Signo e idea

3.1. EL RACIONALISMO DE LA *MINERVA*

En el Renacimiento las investigaciones gramaticales pierden contacto con la filosofía, extrayendo su impulso de muy diferentes fuentes intelectuales. Los principales factores que incidieron en esta separación, que vino a durar un siglo, hasta mediados del xvi, fueron de muy diferente índole. Por una parte, el intento de recuperación de la cultura clásica y la revalorización de las lenguas vernáculas dio a los estudios lingüísticos una dimensión filológica de la que antes carecían. Las lenguas clásicas, recuperadas en su pureza, fueron objeto de gramáticas prácticas, destinadas a su enseñanza y difusión entre las personas cultas. Lo mismo sucedió (a finales del siglo xv y durante el xvi) con las lenguas vernáculas, de las que también se elaboraron las primeras gramáticas de esa clase. La orientación práctica de estas gramáticas hacía innecesarias las reflexiones teóricas de carácter filosófico, y exigían más bien un esfuerzo investigador basado en el hallazgo de similitudes y diferencias entre las lenguas conocidas. Indirectamente, el progreso en el uso de las lenguas vernáculas y la concomitante decadencia del uso del latín como *koiné* o lengua de uso general, impulsó la investigación sobre las posibilidades de una lengua artificial común, una *characteristica* universal o lenguaje filosófico, en el siglo xvi.

Por otro lado, el Renacimiento se caracterizó por un rechazo de la filosofía dominante en la Edad Media en todos los campos del saber, el aristotelismo, que nutría también las especulaciones lógico-lingüísticas. Este rechazo se hizo patente muchas veces mediante el abandono de criterios sustantivos o racionales en la elaboración de gramáticas, y en la elección de perspectivas prescriptivas (o formales, como en el caso de Petrus Ramus). Sólo cuando el aristotelismo medieval encontró una alternativa filosófica en el racionalismo y empirismo del siglo xvii, los estudios lingüísticos recobraron la dimensión teórica perdida.

No obstante, a mediados y finales del xvi, concluida la labor filológica de los humanistas, existió una serie de autores que planteó sus investigaciones lingüísticas como una indagación de las causas de la naturaleza y estructura de la lengua latina. Entre estos autores, que influyeron de forma importante en la lingüística del xvii, merece la pena destacar a Francisco

Sánchez de las Brozas (El Brocense, Sanctius). Su obra, *Minerva, sive de causis lingua latina* (1587), constituye un punto de referencia necesario para captar las líneas de continuidad entre la investigación lingüística en el Renacimiento y en la Ilustración.

La *Minerva* hace explícito su rechazo de las gramáticas prácticas anteriores, que su autor considera carentes de fundamento racional, dogmáticas. El Brocense pretende descubrir las razones profundas de la organización gramatical de las lenguas y, en particular, del latín. Para ello, aunque reconoce influencias como la de los gramáticos latinos, Escalígero y Petrus Ramus, no admite más autoridad que la propia luz de la razón. La razón fundamenta el uso lingüístico, que no es arbitrario, y éste a su vez se hace patente en los textos. La razón ilumina tanto los estudios gramaticales como los lógicos, que el Brocense considera distintos pero estrechamente relacionados. El gramático tiene como objeto la «etimología», el estudio de las partes de la oración, y, sobre todo, la «sintaxis», el análisis de la expresión oracional correcta (*congruens oratio*). Por su parte, el lógico estudia las significaciones y cómo se encadenan dialécticamente en el razonamiento. En la concepción del Brocense, la gramática es una disciplina formal o semiformal, que define la corrección (ahora diríamos gramaticalidad) de las expresiones lingüísticas, no basándose en su significado, sino en las formas de su combinación.

3.2. ELIPSIS Y ESTRUCTURA LÓGICA SUBYACENTE

Una de las teorías expuestas en la *Minerva* que más ha llamado la atención de la lingüística moderna es su tratamiento de la elipsis (libro IV). En ella se ha querido ver un precedente de la distinción posterior entre estructura profunda y estructura superficial. Según el Brocense, la oración tiene una estructura lógica fija que no siempre se hace patente en la forma en que se presenta. La estructura lógica determina la corrección de la construcción y la elipsis es la falta de una palabra o varias en esa construcción. El proceso de interpretación de una expresión elíptica consiste en suplir los elementos «sin los que la razón gramatical no puede permanecer firme». Entre éstos considera el Brocense que se encuentran el nombre y el verbo (SN + SV). La elipsis puede afectar tanto a ellos como al resto de las categorías gramaticales. Otro caso en que la estructura real de la oración no se corresponde con su estructura aparente es el del zeugma. El zeugma se produce «cuando a un solo verbo se refieren muchas oraciones, de suerte que, si se coloca sola cualquiera de ellas, se echa de menos el elemento verbal». La conexión que entonces se establece no es entre categorías suboracionales, sino entre propias oraciones. Por ejemplo, la conjunción sólo puede ser conectiva oracional, y no liga en realidad nombres o verbos («Pedro canta y ríe» = «Pedro canta y Pedro ríe»).

Más allá de las particulares distinciones gramaticales del Brocense, la importancia de su obra lingüística hay que encontrarla en su actitud decidi-

damente antidescriptiva y teórica, en su defensa del libre examen racional de los datos lingüísticos y en su rechazo de la autoridad como criterio justificativo. Por ello, no es de extrañar que la *Minerva* ejerciera una amplia influencia en el surgimiento de la lingüística racionalista de la Escuela de Port-Royal, a mediados del siglo XVII.

3.3. CHOMSKY Y LA CUESTIÓN DE LA LINGÜÍSTICA «CARTESIANA»

En la filosofía contemporánea del lenguaje, la teoría lingüística racionalista ha constituido un objeto de renovado interés a partir de los años sesenta, por obra y gracia de su reevaluación en la obra del más famoso lingüista contemporáneo, N. Chomsky. Lo que Chomsky consideraba «lingüística cartesiana» (N. Chomsky, 1966) no era sino una reconstrucción interesada de algunas ideas filosóficas sobre el lenguaje que se extendían a lo largo de tres siglos (XVII, XVIII y XIX). Chomsky construía un *collage* prescindiendo de los habituales criterios de rigor histórico, y ese abandono era perfectamente consciente por su parte. Según él mismo afirmaba, *no se puede mostrar a individuo alguno que haya sostenido todos los puntos de vista que esbozaremos* (LC, pág. 16) y, además, *algunos de los más activos colaboradores en este sentido (en el de la teoría lingüística) se habrían considerado seguramente decididos adversarios de la doctrina cartesiana* (LC, pág. 16). Por otra parte, Chomsky admitía que la «lingüística cartesiana» no formaba parte estricta de las tesis filosóficas de Descartes: *el propio Descartes dedicó poca atención al lenguaje y sus escasas observaciones están sujetas a diversas interpretaciones* (LC, pág. 16). En consecuencia, el concepto de «lingüística cartesiana» que Chomsky utilizó era sumamente flexible y, por tanto, poco sensible a las críticas que, con criterios estrictamente historicistas, se le hicieron. Por decirlo de otro modo, Chomsky no estaba tan interesado en rescatar o reivindicar una teoría del lenguaje bien determinada como en subrayar ciertas constantes a lo largo de la historia de las ideas sobre el lenguaje. Esas constantes, que no constituían un cuerpo teórico articulado, son las que le importaba destacar, presentando sus propias concepciones como prolongación de ellas. Con ello, Chomsky caía, de una forma quizás deliberada, en dos de los defectos más corrientes en los procesos de interpretación histórica: la descontextualización y la extrapolación. Descontextualización, porque Chomsky evaluaba, por ejemplo, las tesis de Descartes sobre las ideas innatas prescindiendo de su trabazón teórica con otras doctrinas cartesianas, como la tesis de la doble sustancia. Extrapolación, porque Chomsky pretendía imbuir de significación actual un cuerpo de ideas elaborado en el siglo XVII con un horizonte de problemas científicos muy diferente del actual.

De acuerdo con sus propias palabras, la noción de «lingüística cartesiana» que le interesaba era la siguiente: *Con la combinación «lingüística cartesiana» deseo caracterizar una constelación de ideas e intereses que aparecen en*

la tradición de la «gramática universal» o «filosófica» que se desarrolla a partir de la *Grammaire Générale et raisonnée de Port Royal* (1660); en la lingüística general que se desarrolló durante el período romántico y sus consecuencias inmediatas; y en la filosofía racionalista de la mente que, en parte, constituye para ambas un fondo común (LC, pág. 15). Es decir, se trataba de una serie de obras que, desde Port-Royal a Humboldt, participan todas de una ambición común: encontrar, en la pluralidad de las lenguas, principios unificadores que puedan ponerse en relación con características cognoscitivas (espirituales) del entendimiento humano. Para Chomsky esta lingüística cartesiana se opone sin más a la lingüística empírica, cuyo representante moderno identifica con la lingüística taxonómica y estructuralista.

Interesa insistir en la heterogeneidad de esta noción de lingüística cartesiana que Chomsky defendió. En ella caben tanto Arnauld y Lancelot, como J. Harris (*Hermes*) o Herder y Humboldt. Se trata de una noción inaplicable cuando lo que interesa es la historia de las ideas lingüísticas, cuando de lo que se trata es de evaluar la dimensión exacta de las innovaciones lingüísticas del cartesianismo y su repercusión en períodos posteriores. En este sentido lo primero que llama la atención es la dificultad en definir un concepto medianamente riguroso de lingüística cartesiana, hasta el punto que diferentes autores modernos consideran que tal concepto no es sino un mito propiciado por el propagandismo chomskiano.

3.4. DESCARTES Y EL CARÁCTER DEFINITORIO DEL LENGUAJE

El primer obstáculo que hay que superar, si se quiere hablar de lingüística cartesiana, es el de la carencia prácticamente completa de alusiones a problemas lingüísticos en las obras del propio Descartes. Solamente en la parte V del *Discurso del Método* hace referencia Descartes al lenguaje en un texto que ha sido citado profusamente (por supuesto, también por N. Chomsky, LC, págs. 18-19). Este texto aparece en el contexto de las reflexiones de Descartes sobre los límites de las explicaciones mecanicistas y la imposibilidad de que tal tipo de explicaciones alcancen al comportamiento humano. Tras afirmar que no habría medio de distinguir entre el comportamiento de una máquina y un animal no humano, asevera que no sucedería lo mismo en el caso del ser humano: *tendríamos siempre medios seguros para reconocer que no por eso serían verdaderos hombres. El primero de ellos es que jamás podrían usar palabras ni otros signos componiéndolas como hacemos nosotros para manifestar a los demás nuestros pensamientos. Pero se puede concebir una máquina que exprese palabras e, incluso, emita algunas respuestas a acciones de tipo corporal que se le causen y que produzcan cambios en sus órganos [...]* Pero jamás ocurre que coloque sus palabras de modos diversos para replicar apropiadamente a todo lo que se pueda decir en su presencia, como hasta el más ínfimo de los tipos humanos puede hacer . En este texto Chomsky (LC,

pág. 19 y ss.) vio la primera enunciación explícita de la capacidad creadora del lenguaje y su virtualidad como criterio de demarcación entre la animalidad y la humanidad. Pero este texto no basta por sí solo para definir una escuela de pensamiento en el sentido habitual, sobre todo cuando la idea enunciada en él no determina la dirección de una tarea de investigación en el ámbito específicamente lingüístico. En este sentido contrasta con otra idea mencionada por Descartes en una carta a Mersenne, en noviembre de 1629, la de un lenguaje universal que unificara la expresión del pensamiento y del conocimiento. Como es bien sabido, este proyecto de *lingua universalis* no es específicamente cartesiano, aunque racionalistas como Leibniz trataran de llevarlo a cabo. Provenía fundamentalmente de la necesidad de encontrar una nueva lengua común que, desempeñara el papel que, hasta entonces, había venido desempeñando el latín. Pero también tenía un sentido filosófico, al menos en la concepción cartesiana. De acuerdo con Descartes, en las ideas operaba un principio de composición, de lo simple a lo complejo. La filosofía consistía en sacar a la luz esas ideas simples de las que se derivaban todas las ideas. Esta base composicional es la que al parecer inspiró a G. Dalgarno al elaborar su *Ars Signorum* (1661), proyecto de semántica universal. A diferencia de J. Wilkins, en cuyo *Essay towards a Real Character* (1668) intentaba una taxonomía de la realidad y, luego, un sistema de designación universal de esa clasificación unívoca, Dalgarno propuso una combinatoria conceptual. Dividiendo los conceptos en sus elementos constituyentes, se lograría alcanzar sus últimos componentes, un sistema de primitivos conceptuales (y semánticos) que permitirían expresar los sistemas conceptuales de todas las lenguas. Dalgarno fue el que aparentemente inspiró las concepciones del primer W. Leibniz sobre la *characteristica universalis*, y en ello reside la filiación racionalista del proyecto en cuestión.

El texto de Descartes tan frecuentemente citado no es sino parte de un razonamiento cuyo objetivo es más metafísico y religioso que lingüístico y metodológico. Descartes trata de establecer, contra la opinión de los «espíritus débiles» alejados *del recto camino de la virtud* que el alma humana y animal no son de la misma naturaleza y, además, que la naturaleza única del alma humana es independiente completamente del cuerpo. La reflexión sobre el comportamiento lingüístico sólo adquiere sentido dentro del marco de ese razonamiento y, fuera de él, adquiere cualquier otro. Forma parte de la polémica, muy antigua, sobre la naturaleza del alma de los animales y las dificultades que existían, si se admitía su existencia, para probar la tesis de la inmortalidad del alma humana. Asegurar que el lenguaje es un medio específicamente humano de comunicación, presente en todos los hombres, incluso entre los *depravados y estúpidos, sin exceptuar siquiera a los idiotas*, no era sino un modo de garantizar el carácter diferencial y unitario del alma humana.

La creatividad lingüística, en el sentido moderno, no es una preocupación primordial del siglo XVII, sino del XVIII y del idealismo romántico, y está ligada a la exaltación de la libertad humana y de su capacidad cognoscitiva y

artística. Aunque Chomsky citó a Port-Royal y a Cordemoy como los introductores de la idea de que la lengua produce resultados infinitos con medios finitos, esta idea se encuentra por lo menos ya en la *Minerva* del Brocense, de la que posiblemente la tomaron Arnauld y Lancelot. Y lo que es más, esta idea no va ligada, como en la actualidad, a la de la restricción de la forma de la gramática, sino que es independiente de ella. Las concepciones gramaticales de Arnauld y Lancelot no están influidas por la tesis de la creatividad lingüística, sino en todo caso por concepciones metafísicas y epistemológicas de Descartes, en particular por su teoría de las ideas, sistematizada en la *Lógica* de Port-Royal. Esa influencia se ejerció no solamente sobre la Gramática General, sino también sobre obras posteriores, como el *Discourse Physique de la Parole*, de Cordemoy (1668). En realidad, el fundamento epistemológico de la semiología de Port-Royal no cambiará ni en la obra de J. Locke ni en la posterior de los enciclopedistas.

3.5. LA GRAMMAIRE COMO PRIMERA GRAMÁTICA FILOSÓFICA

Si hay algún sentido en que se pueda considerar que existe una lingüística de inspiración cartesiana, es indudable que la *Grammaire* de Arnauld y Lancelot ha de ser considerada un ejemplo paradigmático. De hecho fue considerada en los siglos posteriores, y por el propio Chomsky, como una aplicación natural del sistema de Descartes: Saint-Beuve, autor de una monumental obra sobre Port-Royal, afirmaba que las teorías expuestas en la *Grammaire* constituían una rama del cartesianismo que el propio Descartes no había impulsado (Saint-Beuve, 1888, pág. 539 del vol. III).

Ahora bien, la popularidad que la *Grammaire* conoció en el siglo XVII, y sobre todo en el XVIII (cuatro ediciones en el XVII y nueve en el XVIII) no tiene su causa en su supuesta filiación cartesiana, sino en el auge del género que la *Grammaire* inauguraba prácticamente: el de la gramática filosófica o universal que, más allá de las particularidades de las lenguas, busca principios unificadores, en estrecha conexión con la lógica, que revelen características eternas e inmutables de la mente humana. Con el declinar de este género en el siglo XIX y el correspondiente florecer de la filología comparada e histórica, la popularidad y el prestigio de la *Grammaire* fue decreciendo, hasta el punto de ser considerada una excrecencia curiosa de una nefasta confusión entre lógica y lingüística. Si no se puede atribuir a Chomsky el mérito de una rigurosa reconstrucción histórica, se puede admitir que ha sido él el principal impulsor de su reconsideración y, mediante ésta, la de toda una revaloración crítica de la lingüística y filosofía del lenguaje anterior al siglo XIX.

La *Grammaire* fue fruto de la colaboración de un filósofo y un lingüista. A. Arnauld, el filósofo, jansenista, coautor con J. Nicole de la *Logique*, no puede ser considerado un cartesiano estricto, llegando a polemizar en diver-

sas ocasiones con el propio Descartes. El lingüista, C. Lancelot, había sido el autor de diversas gramáticas, de tipo práctico, del latín, griego, italiano y español. Era buen conocedor de la tradición gramatical y fue a su través como se ejerció la influencia del Brocense y de sus comentadores Scioppius y Vossius. Posteriormente, la *Grammaire* y la *Logique* se citaban conjuntamente, como si constituyeran dos realizaciones complementarias de un mismo programa de investigación o pedagógico. Tanto es así que F. Thurot, en su prólogo a la traducción del *Hermes* de J. Harris (1795), pudo afirmar: *la gramática general y filosófica existió finalmente para nosotros cuando nuestra lengua había adquirido su mayor perfección; y una observación que no es menos digna de atraer nuestra atención es que no tuvimos una buena gramática general sino cuando comenzamos a tener buenas gramáticas particulares; que la mejor lógica que apareció siguió de cerca a la mejor gramática, y que todas estas obras fueron creación de los mismos autores, o al menos de unos autores que pusieron en común sus trabajos y reflexiones* (pág. 76).

La naturaleza exacta de la colaboración entre Arnauld y Lancelot se desconoce, porque la comunidad de Port-Royal seguía la regla del anonimato. No obstante, parece que quien suscitaba los problemas era Lancelot, en la medida en que estaba capacitado para el estudio lingüístico comparativo. Arnauld, por su parte, trataba de situar estos problemas en un marco conceptual en el cual tuvieran sentido y solución: *El compromiso en que me vi, mas por azar que por elección, de trabajar en las gramáticas de distintas lenguas, me ha llevado frecuentemente a inquirir las razones de varias cosas que son comunes a todas las lenguas o particulares de algunas de ellas. Pero habiendo encontrado a veces dificultades que me detenían, las comuniqué a uno de mis amigos, en reuniones, quien, sin haberse aplicado jamás a esta clase de ciencia, no dejó de darme muchas sugerencias para resolver mis dudas. Y mis preguntas mismas fueron causa de que él hiciera reflexiones diversas acerca de los verdaderos fundamentos del hablar* (Prefacio de Lancelot, págs. 3-4). Lancelot recogió pues las reflexiones filosóficas de Arnauld y las incorporó a la Gramática, utilizándolas como hilo conceptual de la obra. Estas reflexiones filosóficas atañen especialmente a las relaciones entre los conceptos y los signos, y a la crítica de las concepciones gramaticales tradicionales, utilizando para ello el análisis comparativo del francés, el latín, el griego, el hebreo, el italiano, el español y el alemán. Estas lenguas son, por orden de importancia, las utilizadas como fuentes de datos para demostrar las tesis especulativas de la *Gramática general*.

3.6. RELACIONES ENTRE GRAMÁTICA Y LÓGICA SEGÚN LA ESCUELA DE PORT-ROYAL

La *Gramática* contenía las cuatro partes tradicionales en los manuales al uso por entonces: Ortografía (capítulos I y II), Prosodia (capítulos III a VI), Analogía (capítulos VII a XXIII) y Sintaxis (capítulo XXIV). La peculiaridad

de la *Gramática general*, en cuanto a su organización, residía en que, entre la primera y la segunda parte de la obra, existía un capítulo que ponía en relación las palabras (los morfemas léxicos) con la teoría lógica del juicio, entendiendo éste como operación mental primordial, esto es, que trataba de ligar la tipología léxica con la estructura del pensamiento. Esta estrecha conexión entre gramática y lógica se acentuó poco después con la publicación en 1662 de la *Logique ou l'art de penser*, del propio Arnauld y J. Nicole. De hecho, en la 5.^a edición de esta última obra se añadieron los capítulos I y II de la segunda parte, que están tomados literalmente de la *Gramática general*, y está comprobado que ambos ensayos se redactaron en la misma época (1659) y de forma complementaria. En cualquier caso, las dos obras exponen una misma concepción del lenguaje, del pensamiento y de las relaciones entre ambos, y así fueron consideradas en siglos posteriores, como exponentes de una misma teoría.

En la obra de Arnauld y Lancelot, la gramática se describe como un arte del habla y la lógica como un arte del pensar. Dada la estrecha conexión que las concepciones cartesianas establecían entre una y otro no es de extrañar que ambas disciplinas fueran consideradas como complementarias. Esta conexión consistía en lo siguiente: hablar es una actividad física, pero trascendente, en el sentido de que los sonidos que emitimos, ordenados e interpretados de acuerdo con el sistema de la lengua, manifiestan el espíritu, la sustancia inmaterial o pensante. El sistema de la lengua, el orden, está dirigido a expresar la estructura del orden espiritual, y es a eso a lo que se llama significar. El lenguaje está tan ligado a la expresión del pensamiento que resulta difícil imaginar a éste sin aquél: *cuando pensamos en soledad, las cosas no se presentan a nuestro espíritu sino mediante las palabras con que nos hemos acostumbrado a revestirlas cuando hablamos con los demás* (Lógica, capítulo I de la Segunda Parte).

Esta estrecha vinculación entre lenguaje y pensamiento se evidencia en la teoría del signo presentada en la gramática, que constituye un campo adecuado para advertir el carácter innovador del cartesianismo lingüístico respecto a la tradición medieval y renacentista.

3.7. SIGNOS NATURALES Y SIGNOS DE INSTITUCIÓN. SIGNO E IDEA

Como se ha visto en el tema anterior, los *modistae* consideraban que la relación semiótica implicaba tres niveles: el de la realidad, el del entendimiento y el del lenguaje. Su aristotelismo les inclinaba a pensar que las propiedades de la realidad conformaban las de los conceptos y éstos a su vez la naturaleza de la organización léxica de la lengua. En contraste con esta concepción, Arnauld y Lancelot expresan la suya en el Preámbulo de la *Gramática*: *La gramática es el arte de hablar. Hablar es expresar uno sus pensamientos por medio de signos, que los hombres han inventado para ese fin. Se encontró que los más cómodos eran los sonidos y las voces. Pero como los sonidos pasan,*

se inventaron otros signos para hacerlos durables y visibles: los caracteres de la escritura, que los griegos llamaron grammata, de donde ha venido la palabra gramática. Así, se pueden considerar dos cosas en esos signos. La primera, lo que son ellos por su naturaleza; es decir, en tanto que sonidos y caracteres. La segunda, su significación, es decir, la manera como los hombres se sirven de ellos para significar sus pensamientos (Gramática, pág. 40 de la ed. esp.).

Como se puede advertir, desaparece en esta concepción semiótica cualquier referencia a la realidad y a su estructura como causa última de fenómenos lingüísticos. Lo esencial de la palabra, al margen de su índole material, es que constituye una señal de lo que ocurre en el espíritu: *Hasta aquí no hemos considerado en la palabra sino lo que tiene de material, y que es común, al menos en cuanto al sonido, a los hombres y a los papagayos. Nos queda por examinar lo que tiene ella de espiritual, que constituye una de las mayores ventajas del hombre por encima de todos los demás animales, y que es una de las mayores pruebas de la razón. Es el uso que hacemos de ella para significar nuestros pensamientos, y esta invención maravillosa de componer con veinticinco o treinta sonidos esa infinita variedad de palabras que, no teniendo nada similar en sí a lo que ocurre en nuestro espíritu, no dejan de descubrir a los demás todo el secreto de él, y de hacer entender a los que en él no pueden penetrar, todo lo que concebimos y todos los diversos movimientos de nuestra alma (Gramática, II, capítulo I).*

Tres ideas interesa subrayar en este texto:

1. El uso del lenguaje en cuanto criterio diferenciador entre los hombres y los animales, y su existencia como prueba de la de la mente de los demás y de la unicidad de la razón. Se trata de una idea que se encuentra también en Descartes, pero que no constituye por sí sola una nota característica de una escuela de pensamiento. Reflexiones parecidas sobre el carácter excepcional del lenguaje humano se pueden encontrar en Aristóteles y en los estoicos, y a todo lo largo de la Edad Media y el Renacimiento.
2. La base finita de la combinatoria lingüística. Aunque en esta idea ha querido ver Chomsky una anticipación genial de su propia concepción de la gramática como conjunto de reglas recursivas, lo cierto es que Arnauld y Lancelot se refieren aquí a lo que se denomina primera articulación lingüística, esto es, al hecho de que los recursos fonológicos del lenguaje humano son finitos, a pesar de que sean capaces de constituir infinitud de palabras. Pero no se menciona que ese mismo carácter se extiende a la segunda articulación lingüística, a las reglas que rigen la combinación de palabras para formar oraciones gramaticales.
3. La convencionalidad de la unión entre sonido y significado. Tampoco se trata de una idea novedosa, porque esa convencionalidad era una tesis común desde Aristóteles y los estoicos. Lo que sí está claramente expresado, pero en la *Lógica* (I, cap. IV, agregado en 1683), es la distinción entre signos naturales y signos de institución, como los califica

Arnauld: *La tercera división de los signos es que los hay naturales, que no dependen de la fantasía de los hombres, como una imagen que aparece en un espejo es un signo natural de aquel a quien representa: y que hay otros que no son sino de institución y de establecimiento, ya sea que tengan alguna relación lejana con la cosa figurada, ya sea que no la tengan en absoluto. Así, las palabras son signos de institución de los pensamientos, y los caracteres lo son de la palabra (Lógica I, capítulo IV).*

Pero esta claridad de concepción respecto al carácter sustitutivo de los símbolos queda enturbiada cuando se considera el análisis de Arnauld en la *Lógica*: *Cuando se concibe un objeto en sí mismo y en su propio ser, sin fijar la vista del espíritu en lo que él puede representarla idea que de ello se tiene es una idea de cosa, como la idea de la tierra, del sol. Pero cuando no se mira un determinado objeto sino como representativo de otro, la idea que se tiene de él es una idea de signo, y ese primer objeto se llama signo. Es así como se miran de ordinario los mapas y los cuadros. Así, el signo encierra dos ideas: una, de la cosa representativa, otra, de la cosa representada, y su naturaleza consiste en excitar la segunda por la primera (Lógica I, capítulo IV).*

Es decir, Arnauld distingue en el signo (incluido el lingüístico) la imagen que se tiene de ese signo de la imagen que se tiene de lo representado, estableciendo entre ambas una relación causal: sólo se puede acceder al sentido del símbolo mediante la representación mental de éste. Con esta concepción, pretendía rechazar Arnauld el sensualismo aristotélico y medieval, que hacía residir en los sentidos el origen de todo conocimiento: la relación propiamente semiótica es una relación entre ideas y no entre realidades físicas y conceptuales. Es en este sentido en el que se puede hablar propiamente de una teoría cartesiana del signo, puesto que la relación semiótica se traslada de plano: desde el plano de la realidad al plano de las ideas.

Es importante señalar que la estrecha vinculación establecida por los supuestos epistemológicos racionalistas entre lenguaje y pensamiento determinó una visión parcial del funcionamiento de aquél. Efectivamente, el lenguaje es concebido en Port-Royal como expresión y representación del pensamiento; en consecuencia se considera que su principal función semiótica es la apofántica, la afirmación de ese pensamiento en el juicio. Otras funciones semióticas características de los procesos de interrelación comunicativa humana, o bien son ignoradas, o bien son consideradas como un producto secundario de esa primordial función semiótica. Para decirlo brevemente, el lenguaje, dentro de esa corriente racionalista, será considerado como un sistema de representación antes que un sistema de comunicación. Se ignorarán así dimensiones importantes del lenguaje y se impedirá la captación integral de su naturaleza.

En resumen, en la medida en que se puede hablar de giro cartesiano en lingüística, en especial en la teoría del signo, éste es antes epistemológico que metodológico y ontológico. De hecho, ese giro cartesiano tiene como consecuencia en los siglos XVII y XVIII un predominio progresivo de la gramática sobre

la lógica. De una forma cada vez más radical, se impone la opinión de que las ideas están intrínsecamente unidas a hechos lingüísticos. Por consiguiente, si se concibe el razonamiento o la inferencia como el encadenamiento de esas ideas, el instrumento primario para su análisis es la gramática. Por tanto, ese giro cartesiano reside en el desplazamiento del interés intelectual de la realidad al sujeto, del lenguaje concebido como un reflejo de la realidad al lenguaje concebido como espejo del pensamiento. Y en este sentido se puede considerar que existe un cierto paralelismo con lo acaecido en la lingüística del siglo xx, puesto que la teoría chomskiana ha supuesto un desplazamiento similar.



TEXTOS

Bloque 1: R. Descartes

TEXTO 1

R. Descartes,
Discurso del
método,
quinta parte,
traducción de
M. García Morente

[...] lo cual no parecerá de ninguna manera extraño a los que, sabiendo cuántos autómatas o máquinas semovientes puede construir la industria humana, sin emplear sino poquísimas piezas, en comparación de la gran muchedumbre de huesos, músculos, nervios, arterias, venas y demás partes que hay en el cuerpo de un animal, consideren este cuerpo como una máquina que, por ser hecha de manos de Dios, está incomparablemente mejor ordenada y posee movimientos más admirables que ninguna otra de las que pueden inventar los hombres. Y aquí me extendí particularmente haciendo ver que si hubiese máquinas tales que tuviesen los órganos y figura exterior de un mono o de otro cualquiera animal, desprovisto de razón, no habría medio alguno que nos permitiera conocer que no son en todo de igual naturaleza que esos animales; mientras que si las hubiera que semejasen a nuestros cuerpos e imitasen nuestras acciones, cuanto fuere moralmente posible, siempre tendríamos dos medios muy ciertos para reconocer que no por eso son hombres verdaderos; y es el primero, que nunca podrían hacer uso de palabras u otros signos, componiéndolos, como hacemos nosotros, para declarar nuestros pensamientos a los demás, pues si bien se puede concebir que una máquina esté de tal modo hecha, que profiera palabras, y hasta que las profiera a propósito de acciones corporales que causen alguna alteración en sus órganos, como, verbi gratia, si se la toca en una parte, que pregunte lo que se quiere decirle, y si en otra, que grite que se le hace daño, y otras cosas por el mismo estilo, sin embargo, no se concibe que ordene en varios modos las palabras para contestar al sentido de todo lo que en su presencia se diga, como pueden hacerlo aun los más estúpidos de entre los hombres; y es el segundo que, aun cuando hicieran varias cosas tan bien y acaso mejor que ninguno de nosotros, no dejarían de fallar en otras, por donde se descubriría que no obran por conocimiento, sino sólo por la disposición de sus órganos, pues mientras que la razón es un instrumento universal, que puede servir en todas las coyunturas, esos órganos, en cambio, necesitan una particular disposición para cada acción particular; por donde sucede que es moralmente imposible que haya tantas y tan varias disposiciones en una máquina que puedan hacerla obrar en todas las ocurrencias de la vida de la manera como la razón nos hace obrar a nosotros. Ahora bien, por esos dos medios puede conocerse también la diferencia que hay entre los hombres y los brutos, pues es cosa muy de notar que no hay hombre, por estúpido y embobado que esté, sin exceptuar los locos, que no sea capaz de arreglar un conjunto de varias palabras y componer un discurso que dé a entender sus pensamientos; y, por el contrario, no hay animal, por perfecto y felizmente dotado que sea, que pueda hacer otro tanto. Lo

cual no sucede porque a los animales les falten órganos, pues vemos que las urracas y los loros pueden proferir, como nosotros, palabras, y, sin embargo, no pueden, como nosotros, hablar, es decir, dar fe de que piensan lo que dicen; en cambio los hombres que, habiendo nacido, sordos y mudos, están privados de los órganos que a los otros sirven para hablar, suelen inventar por si mismos unos signos, por donde se declaran a los que, viviendo con ellos, han conseguido aprender su lengua. Y esto no sólo prueba que las bestias tienen menos razón que los hombres, sino que no tienen ninguna, pues ya se ve que basta muy poca para saber hablar; y supuesto que se advierten desigualdades entre los animales de una misma especie, como entre los hombres, siendo unos más fáciles de adiestrar que otros, no es de creer que un mono o un loro, que fuese de lo más perfecto en su especie, no igualara a un niño de los más estúpidos o, por lo menos, a un niño cuyo cerebro estuviera turbado, si no fuera que su alma es de naturaleza totalmente diferente de la nuestra

Ejercicios

1. Exponga los dos argumentos de Descartes en contra de la posibilidad de que un autómeta pudiese parecerse a un ser humano.
2. Analice la función que desempeña la consideración del lenguaje en el razonamiento de Descartes.
3. ¿Cuáles son las características del uso humano del lenguaje, según el texto?



TEXTOS

Bloque 2: Port-Royal

TEXTO 1

*Gramática
general y
razonada de
Port-Royal,*
traducción de
R. Morillo-Velarde

Segunda parte de la *Gramática general* donde se habla de los principios y razones en los que se apoyan las diversas formas de la significación de las palabras

Capítulo primero

Que el conocimiento de lo que pasa en nuestro espíritu es necesario para comprender los fundamentos de la Gramática y que de ello depende la diversidad, de las palabras que componen el discurso

Hasta ahora sólo hemos considerado en la palabra lo que tiene de material y que es común, al menos en cuanto sonido, a los hombres y a los loros.

Nos queda por examinar lo que tiene de espiritual, que la convierte en una de las mayores ventajas del hombre sobre todos los demás animales y la constituye en una de las más grandes manifestaciones de la razón. Se trata del uso que hacemos de ella para significar los pensamientos, de esa maravillosa traza para componer a partir de 25 ó 30 sonidos una infinita variedad de palabras que, aunque no tienen nada en común con lo que pasa en nuestro espíritu, no dejan de descubrir a los demás todo secreto, de hacer entender a quienes no pueden penetrar en él, cada uno de nuestros pensamientos y de los distintos movimientos del alma.

Así, pues, podemos definir las palabras como sonidos distintos y articulados que los hombres han convertido en signos para significar sus pensamientos.

Por eso no se puede comprender bien los diversos tipos de significación que se encierran en las palabras si no se ha comprendido bien antes lo que pasa en el pensamiento, puesto que la palabra sólo ha sido inventada para darlo a conocer.

Todos los filósofos enseñan que existen tres operaciones del espíritu: *concebir*, *juzgar* y *razonar*.

Concebir no es otra cosa que una simple mirada del espíritu sobre las cosas, sea de una manera puramente intelectual, como cuando conocemos el ser, la duración, el pensamiento, Dios, sea con imágenes corporales, como cuando imaginamos un cuadrado, un círculo, un perro, un caballo.

Juzgar es afirmar que algo que concebimos es así o no es así, como cuando después de haber concebido lo que es la Tierra y lo que es la redondez afirmamos de la Tierra que es redonda.

Razonar es servirse de dos juicios para hacer un tercero, como cuando, después de haber juzgado que toda virtud es loable y que la paciencia es una virtud, deducimos de esto que la paciencia es loable.

Como se ve, la tercera operación del espíritu es una mera ampliación de la segunda. Por tanto, bastará a nuestro objeto con considerar las dos primeras o lo que se encierra de la primera en la segunda, porque los hombres apenas hablan para expresar lo que conciben, sino casi siempre para expresar los juicios que hacen de las cosas que conciben.

El juicio que hacemos de las cosas, como cuando decimos: la Tierra es redonda, se llama *proposición*; así, toda proposición contiene necesariamente dos términos: uno, llamado sujeto, que es aquel del que se afirma, como Tierra, y otro, llamado atributo, que es lo que se afirma, como redonda, y además la unión entre estos dos términos, es.

Fácilmente se ve que los términos pertenecen propiamente a la primera operación del espíritu, porque es a ellos a quienes concebimos, son el objeto de nuestro pensamiento, y que la unión pertenece a la segunda, de la que se puede decir que es propiamente la acción del espíritu, la manera cómo pensamos.

Así pues, la primera distinción de lo que pasa en el espíritu es que se puede considerar en él el objeto del pensamiento y las formas o maneras de éste, de las cuales la principal es el juicio, aunque también deben añadirse las conjunciones, las disyunciones y otras operaciones semejantes y todos los movimientos del alma, tales como deseos, mandatos, preguntas, etc.

De esto se deduce que, puesto que el hombre ha necesitado de los signos para señalar lo que sucede en su espíritu, será necesario también que la primera distinción de las palabras sea que unas significan los objetos del pensamiento y otras la forma y manera de éste, aunque corrientemente no la signifiquen sola, sino acompañada del objeto, como veremos luego.

Las palabras del primer tipo son los llamados nombres, artículos, pronombres, participios, preposiciones y adverbios. Las del segundo son los verbos, las conjunciones y las interjecciones.

Todas ellas se deducen como consecuencia necesaria de la manera natural en que expresamos el pensamiento, como haremos ver.

Ejercicios

1. Analice el principio de composicionalidad lingüística que aparece en el texto.
2. ¿Cuál es la relación entre el lenguaje y el pensamiento, según el texto?
3. Comente el análisis del texto sobre las categorías lingüísticas. Compárelo con el que promovían Aristóteles o los estoicos.



TEXTOS

Bloque 2: Port-Royal

TEXTO 2

Capítulo segundo

**Gramática
general y
razonada de
Port-Royal,**
traducción de
R. Morillo-Velarde

De los nombres y, en primer lugar, de los sustantivos y adjetivos

Los objetos del pensamiento son o las cosas, como la Tierra, el Sol, el agua, la madera, que generalmente llamamos sustancias, o la manera de las cosas, como el ser rojo, duro, sabio, etc., que llamamos accidentes.

Entre las cosas o sustancias y la manera de las cosas o accidentes existe la diferencia de que las cosas subsisten por ellas mismas, mientras que los accidentes existen sólo por las sustancias.

Esto es lo que constituye la diferencia principal entre las palabras que significan los objetos del pensamiento, pues las que significan las sustancias han sido llamadas nombres sustantivos y las que significan los accidentes, indicando el sujeto al que estos accidentes convienen, nombres adjetivos.

Este es el primitivo origen de los nombres sustantivos y adjetivos. Pero no para aquí: encontramos que no nos hemos fijado tanto en la significación como en el modo de significar, porque, como la sustancia es lo que subsiste por sí misma, hemos llamado nombres sustantivos a todos los que subsisten por ellos mismos en el discurso, sin necesidad de cualquier otro nombre, incluso si significan accidentes. Y, al contrario, hemos llamado adjetivos a los que significan sustancia cuando por su modo de significar deben ser añadidos a otros nombres en el discurso.

Ahora bien, lo que hace que un nombre no pueda subsistir por sí mismo es que, además de su significación clara, tenga también otra confusa, que podemos llamar connotación de una cosa a la que conviene lo señalado en la significación clara.

Así, la significación clara de rojo es la rojez, pero la significa señalando confusamente el sujeto de ésta, de donde viene que no pueda subsistir sola en el discurso, puesto que en él hay que expresar o sobreentender la palabra que significa el sujeto.

Ejercicios

1. Analice la correspondencia sustancia/nombre, accidente/adjetivo.
2. ¿A qué se refiere el texto cuando habla de *significación confusa*?
3. Comente la noción de *connotación*.

TEXTO 3
**Segunda Parte
de la Lógica de**
Port-Royal,
traducción de

R. Morillo-Velarde

**Segunda parte que contiene las reflexiones que el hombre ha hecho
acerca de sus juicios**
Capítulo primero
De las palabras en relación con las proposiciones

Nuestro propósito es explicar las reflexiones que los hombres han hecho acerca de los juicios, pero como los juicios son proposiciones que están compuestas de distintas partes, nos será necesario empezar por explicar estas partes que son principalmente los nombres, los pronombres y los verbos. No tiene la menor importancia preguntarse si corresponde a la lógica o a la gramática tratar de ellas; bástenos decir que todo lo que es útil para el fin de cualquier arte le pertenece, bien que el conocimiento de ello sea exclusivo de ésta, o que haya también otras artes y otras ciencias que lo utilicen. Ahora bien, es ciertamente de bastante utilidad para el fin de la lógica, que es el de pensar correctamente, entender bien los distintos usos de los sonidos destinados a significar las ideas, los cuales el espíritu acostumbra a unir en él tan estrechamente que las unas no se conciben sin los otros, de forma que la idea de la cosa suscita la idea del sonido y la idea del sonido la de la cosa. Se puede decir en general sobre este asunto que las palabras son sonidos distintos y articulados de los cuales el hombre ha hecho signos para significar lo que pasa en su espíritu. Y puesto que lo que pasa se reduce a concebir, juzgar, razonar y ordenar, como ya dijimos, las palabras sirven para indicar estas operaciones, y para ello se las ha inventado de tres clases esenciales, a las cuales nos limitaremos, que son: nombres, pronombres y verbos que ocupan el lugar de los nombres, aunque de manera algo diferente.

De los nombres

Los objetos del pensamiento son, como hemos dicho ya, o cosas o modos de las cosas, y las palabras destinadas a significar tanto las cosas como sus modos se llaman nombres. Los que significan las cosas se llaman nombres sustantivos, como *tierra, sol*, los que significan los modos, indicando al mismo tiempo el sujeto al que se refieren, se llaman nombres adjetivos, como *bueno, justo, redondo*. Cuando por una abstracción del espíritu concebimos estos modos sin relacionarlos con ningún sujeto en particular, como entonces subsisten por sí mismos, se expresan con un sustantivo, como sabiduría, blancura, color. Por el contrario, cuando lo que de por sí es sustancia o cosa se concibe en relación con algún sujeto, las palabras que lo significan de esta forma se convierten en adjetivos, como humano, carnal; y al despojar a estos adjetivos, formados a partir de nombres de sustancia, de su relación, formamos de ellos nuevos sustantivos: así, después de hacer del sustantivo hombre el adjetivo humano, formamos del adjetivo humano el nombre humanidad.

Hay nombres que en la gramática pasan por sustantivos, siendo así que en realidad son adjetivos, tales *rey, filósofo, médico*, puesto que indican un modo o manera de ser de un sujeto. La razón de esto es que, como sólo convienen a un sujeto, éste se sobreentiende siempre, sin que haya, por tanto,



TEXTOS

Bloque 2: Port-Royal

necesidad de expresarle. Del mismo modo, lo rojo, lo blanco, etc., son también adjetivos, puesto que su referencia está indicada, sólo que no se expresa por tratarse de un sustantivo tan general que resulta único en su generalidad. Así, lo rojo es toda cosa roja, lo blanco, toda cosa blanca o, como se dice en geometría, cualquier cosa blanca.

Los adjetivos tienen, pues, por naturaleza, dos significaciones: una clara, la del modo o manera, otra confusa, la del sujeto. Pero, aunque la significación del modo es la más clara, es, sin embargo, indirecta, mientras que la del sujeto, aunque confusa, es directa. La palabra blanco candidum, significa directa, aunque confusamente, el sujeto, e indirecta, aunque claramente, la blancura.

Ejercicios

1. Distinga entre *juicio* y *proposición*.
2. Comente las relaciones entre gramática y lógica de acuerdo con lo que manifiesta el texto.
3. Comente la noción de *modo*, relacionándola con categorías lingüísticas. Compárela con las nociones medievales.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- ARNAULD, A. y LANCELOT, C.
Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal , ed. de A. Bailly, 1846, Ginebra: Slatkine, reimpresa en 1958.
Grammaire..., ed. en facsímil, Menston: Scholar Press, 1967.
Grammaire... (ed. 1676), ed. crítica de H. E. Brekle, Stuttgart Bad Cannstatt, 1966.
General and rational grammar , ed. de J. Rieux y B. Rollin, The Hague: Mouton, 1975.
Gramática general y razonada de Port-Royal. Seguida de la segunda parte de la Lógica, ed. de R. Morillo-Velarde Pérez, Madrid: SGEL, 1980.
- ARNAULD, A. y NICOLE, P.
La logique, ou l'art de penser , ed. crítica de P. Clair y F. Girbal, París: P.U.F., 1955.
L'art de penser. La logique de Port-Royal , ed. de D. Freytag Lornghoff, 2 vols., Stuttgart: F. Froman Verlag, 1965-1967.
The art of thinking, traducción de J. Dickpoff y P. Jamé, Indianapolis: Bobbs Merrill.
- BEAUZÉE, N.
Grammaire générale, ou exposition raisonnée des éléments nécessaires du langage, pour de fondement à l'étude des toutes les langues , París, 1767; ed. revisada, 1819.
- BROCENSE (F. Sánchez de las Brozas, Sanctius)
Minerva o de la propiedad de la lengua latina . Introducción y traducción de Fernando Riveras, Madrid: Cátedra, 1976.
- CORDEMOY, G. de
Discours physique de la parole , texto según la edición de 1704, París: Bibliothèque du Graphe, 1968.
Discours..., ed. de H. E. Brekle, Stuttgart: Bad-Cannstatt, 1970.
Discurso físico de la palabra, ed. de Pedro Chamizo, Universidad de Málaga, 1989.
- DESCARTES, R.
Oeuvres et lettres, texto ed. por A. Bridoux, París: Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1963.
Oeuvres philosophiques, 1618-1637, 1638-1642, ed. de F. Alquié, París: Gamier, 1963 y 1967.



BIBLIOGRAFÍA

Ensayos y artículos

- AARSLEFF, H. (1970), «The history of linguistics and professor Chomsky», *Language*, 46, págs. 570-585.
- AARSLEFF, U. (1971), «Cartesian linguistics: history of fantasy?», *Language Sciences*, 17, págs. 1-11.
- APEL, K. O. (1980), *Die idee der sprache in der tradition des Humanismus von Dante bis Vico*, 3.^a ed., Archiv für Begriffsgeschichte, 8, Bonn: Bouvier.
- AUROY, S. (1982), *L'illuminismo francese e la tradizione logica di Port-Royal*, Bologna: Cooperativa Libreria Universitaria Editrice.
- BAHNER, W. (1966), *La lingüística española del Siglo de Oro*, Madrid: Ciencia Nueva.
- BALZ, A. C. (1951), *Cartesian Studies*, Nueva York: Columbia U. Press.
- BATAGLIA, S. (1963), *Le teorie linguistiche del settecento*, Nápoles: Lignori.
- BOUVERESE, J. (1979), «La linguistique cartésienne: grandeur et décadence d'un mythe», *Critique*, 35, págs. 420-428.
- BRACKEN, H. M. (1970), «Chomsky's variations on a theme by Descartes», *Journal of the history of philosophy*, 18, págs. 181-192.
- BREEN, Q. (1952), «G. Picco della Mirandola on the conflict of philosophy and rhetoric», *Journal of the history of ideas*, 13, págs. 384-412.
- BREKLE, H. E. (1964), «Semiotik und linguistische semantik in Port-Royal», *Indogermanische Forschungen*, 69, págs. 103-121.
- BREKLE, H. E. (1967), «Die Bedeutung der Grammaire générale et raisonnée», *Indogermanische Forschungen*, 72, págs. 1-21.
- BREKLE, H. E. (1975), «The Seventeenth Century», en T. SEBEOK, ed., 1975.
- BREVA-CLARAMONTE, M. (1977), «Sanctius Antecedents: The Beginnings of transformational grammar», *Language Sciences*, 44 y 45, págs. 10-18 y 6-21.
- BREVA-CLARAMONTE, M. (1980), «La teoría gramatical del Brocense en los siglos XVII y XVIII», *Revista española de lingüística*, 10, págs. 351-371.
- BREVA-CLARAMONTE, M. (1983), «Sanctius' theory of language: a contribution to the history of Renaissance linguistics», *Studies in the history of linguistics*, 27, Amsterdam: J. Benjamins.
- BREVA-CLARAMONTE, M. (1984), «Sanctius' theory and language teaching in Scioppius' Grammatica Philosophica», en S. AUROY y otros, eds., 1984, págs. 273-282.
- BREVA-CLARAMONTE, M. (1984 b), «The semiotic aspects of Sanctius' Minerva», *Historiographia Linguistica*, XI, 112, págs. 117-128.

- BUTLER, R. J., ed. (1972), *Cartesian Studies*, Oxford: Blackwell.
- CHARTIER, R. y otros, (1976), «L' education en France du XVI et au XVIII^e siècle», París: Sedes.
- CHEVALIER, J. (1967), «La Grammaire générale de Port-royal et la critique moderne», *Langages*, 7, págs. 16-33.
- CHOMSKY, N. (1966), *Cartesian linguistics*, Nueva York: Harper & Row; traducción española: *Lingüística cartesiana*, Madrid: Gredos, 1969.
- CHOMSKY, N. (1968), *Language and Mind*, Nueva York: Hacourt, Brace & World; traducción española: *El lenguaje y el entendimiento*, Barcelona: Seix Barral, 1971; 2.^a edición aumentada 1977.
- CHOMSKY, N. y J. KATZ (1975), «On innateness: a reply to Cooper», *Philosophical Review*, 84.
- CLÉRIGO, G. (1977), «F. Sanctius: histoire d'une rehabilitation», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds. 1977, págs. 125-143.
- COOPER, D. E. (1972), «Innateness: old and new», *The Philosophical Review*.
- COSERIU, E. (1968-69), *Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart, 1: Von der Antike bis Leibniz*, Tübingen: Romanisches Seminar.
- DEN OUDEN, B. (1975), *Language and creativity: an interdisciplinary approach to Chomskian humanism*, Lisse, Netherlands: Peter de Rider Press.
- DOMINICY, M. (1977), «Les parties du discours dans la Grammaire de Port-Royal», en S. DE VRIENDT y C. PEETERS, eds., *Linguistique en Belgique*, 1; Bruselas: Didier.
- DONZÉ, R. (1967), *La grammaire générale et raisonnée de Port-Royal*, Berna: Francke; traducción española: *La gramática general y razonada de Port-Royal*, Buenos Aires: Eudeba, 1970.
- DROIXHE, D. (1978), *La linguistique et l'appel de l'histoire (1600-1800). Rationalisme et revolutions positivistes*, Ginebra y París: Droz.
- DUBOIS, C. G. (1970), *Mythe et langage au Seizième siècle*, Burdeos: Ducros.
- EDGLEY, R. (1970), «Innate ideas», en el volumen de VVAA, *Knowledge and necessity*, Londres: MacMillan.
- ESPER, E. A. (1960), *Mentalism and Objectivism in Linguistics*, Nueva York: American Elsevier.
- FOUCAULT, M. (1967), «La Grammaire générale de Port-Royal», *Langages*, 7, págs. 715.
- GARCÍA, C. (1961), *Contribución a la historia de los conceptos gramaticales. La aportación del Brocense*, Madrid: C.S.I.C.
- GUNDERSON, K. (1964), «Descartes, La Mettrie, Language and Machines», *Philosophy*, 39, págs. 1913-222.
- GUSDORF, G. (1973), *Les sciences humaines et la conscience occidentale*, VI: *L'avènement des sciences humaines au siècle des Lumières*, París: Payot.



BIBLIOGRAFÍA

- HARNOIS, G. (1929), *Les théories du langage en France de 1660 á 1821*, París.
- HAROCHE, CH. y MAINGUENEAU, C. (1984), «Les malheurs de la définition de nom. Signe et discours dans la reflexion de Port-Royal», en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 283-292.
- HIERRO S. y PESCADOR, J. (1976), *La teoría de las ideas innatas en Chomsky*, Barcelona: Lábor.
- HOOK, S., ed. (1959), *Language and Philosophy*, Nueva York; traducción española: *Lenguaje y filosofía*, México: F.C.E.
- JOLY, A. (1977), «La linguistique cartésienne: une erreur memorable», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds., 1977.
- JOLY, A. Y J. STEFANINI, cds. (1977), *La Grammaire générale, des modistes aux idéologues*, Publications de L'Université de Lille, III.
- KEITH PERCIVAL, W. (1976), «The notion of usage in Vaugelas and in the Port-Royal Grammar», en H. PARRETT, ed. 1976.
- KENNY, A. (1968), *Descartes: A study of his philosophy*, Nueva York: Random House.
- KRETMANN, N. (1975), «Transformationalism and the Port-Royal Grammar», en J. RIEUX y otros, 1975, págs. 176-197.
- LABORDA, J.J. (1978), *La gramática de Port-Royal: fuentes, contenido e interpretación*, Barcelona: Tesis de licenciatura de la Universidad de Barcelona.
- LAKOFF, R. (1969), «Review of Grammaire générale et raisonnée», *Language*, 45, págs. 343-364.
- LAKOFF, R. (1976), *La grammaire générale et raisonnée ou la Grammaire de Port-Royal*, en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 348-374.
- LE GOFFIC, P. (1978), *L'assertion dans la grammaire et la logique de Port-Royal, Strategies discursives*, Presses Universitaires de Lille, págs. 235-244.
- MAC RAE, R. (1977), «Innate ideas», en S. BUTLER, ed., 1972.
- MALKIEL, Y. y LANGDON, M. (1968), «History and histories of linguistics», *Romance Philology*, 22, págs. 530-574.
- MIEL, J. (1969), «Pascal, Port-Royal and cartesian linguistics», *Journal of the history of ideas*, 30, págs. 261-271.
- NUCHELMANS, G. (1983), *Judgement and Proposition: from Descartes to Kant*, Amsterdam: North Holland.
- PADLEY, G. A. (1976), *Grammatical theory in Western Europe: 1500-1700*, Cambridge: Cambridge U. Press.

- PARIENTE, J. C. (1978), «Art de parler el art de penser à Port-Royal», *Revue philosophique*, 103, págs. 391-402.
- PARIENTE, J. C. (1983), «Grammaire el logique à Port-Royal», *Histoire, epistemologie, langage*, 6.
- PERCIVAL, W. K. (1972), «On the non-existence of cartesian linguistics», en S. BUTLER, ed., 1972.
- RIEUX, J. y ROLLIN, B., eds. (1975), *General and Rational Grammar: the Port-Royal Grammar*, The Hague: Mouton.
- ROBINET, A. (1978), *Le langage á l'Âge Classique*, París: Klincksiek.
- RODIS-LEWIS, G. (1969), «Le domain propre de l'home chez les carté-siens», *Journal of the history of philosophy*, 2, págs. 157-188.
- ROSIELLO, J. (1967), *Linguistica iluminista*, Bolonia.
- ROWE, J. H. (1974), «Sixteenth and seventeenth century grammars», en D. HYMES, ed., *Studies in the history of linguistics*, Bloomigton: Indiana U. Press.
- SAINTE-BEUVE (1840-1859), *Port Royal*, París: Gallimard; texto presenta-do y anotado por M. Leroy, 3 vols. 1953-1955.
- SALUS, P. H. ed. (1969), *On language: Plato to Von Humboldt*, Nueva York.
- SEBBA, G. (1964), *Bibliographia cartesiana*, The Hague.
- STICH, S., ed. (1975), *Innate ideas*, Berkeley: U. of California Press.
- UETTI, K. (1969-1970), «Descartes, Port-Royal in two divers retrospects», *Romance Philology*, 23, págs. 75-85.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Indudablemente, la mejor panorámica general sobre el racionalismo lingüístico es el Cap. 6 («Les questions de l'âge de la science») de la *Histoire des idées linguistiques*, tomo II, dirigida por S. AUROUX, Lieja: P. Mardaga, 1992. En él se pueden encontrar secciones sobre la lengua universal (V. SALMON, «Caracteristiques et langues universelles»), sobre la gramática general (M. DOMINICY, «Le programme scientifique de la grammaire générale») y sobre las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento en el racionalismo (L. FORMIGARI, «Le langage et la pensée»).

Para la cuestión de la existencia o inexistencia de la lingüística cartesiana, es preciso leer, por supuesto, el libro de CHOMSKY, N. (1966), *Cartesian linguistics*, Nueva York: Harper & Row, traducción española: *Lingüística cartesiana*, Madrid: Gredos, 1969, y las críticas de la historiografía lingüística, representadas, por ejemplo, por AARSLEFF, H. (1970), «The history of linguistics and professor Chomsky», *Language*, 46, págs. 570-585. Recogido en H. AARSLEFF (1982), *From Locke to Saussure*, Minneapolis: U. of Minnesota Press.

Cuestiones y problemas

1. Explique de qué modo se manifiesta el racionalismo del Brocense en sus investigaciones lingüísticas.
2. ¿Cuáles son las relaciones entre lógica y gramática, según el Brocense?
3. Exponga brevemente la teoría del Brocense sobre la elipsis.
4. ¿Por qué se ha considerado que el Brocense intuía la diferencia entre estructura profunda y superficial de una oración?
5. Exponga la noción de *lingüística cartesiana* que Chomsky utiliza en *Lingüística cartesiana* (v. Bibliografía).
6. Explique brevemente las relaciones entre la filosofía cartesiana y la *Grammaire* de Arnauld y Lancelot.
7. Indique cuáles son las relaciones entre la lógica y la lingüística tal como las concebían los lingüistas racionalistas.
8. ¿Cuál es la naturaleza de las críticas que se efectúan en la *Grammaire* a la teoría tradicional del lenguaje?
9. Similitudes y diferencias entre la teoría agustiniana del signo y la teoría racionalista de Port-Royal.
10. ¿Qué conexión se puede establecer entre la teoría semiótica de Port-Royal y sus teorías lingüísticas?
11. Resuma brevemente las aportaciones de la lingüística racionalista al estudio del lenguaje.

TEMA 4

Las ideas y el origen de la semiótica en J. Locke

ESQUEMA/RESUMEN

- 4.1. La dimensión crítica de la reflexión sobre el lenguaje natural
- 4.2. La noción de idea en J. Locke
 - 4.2.1. Clases de ideas: individuales y generales
 - 4.2.2. Las ideas como significado de las palabras
- 4.3. Lenguaje y comunicación: las condiciones de posibilidad de la comunicación
- 4.4. Nombres comunes e ideas generales
- 4.5. Esencias reales y nominales
- 4.6. La semiología de Leibniz. El lenguaje como instrumento cognitivo
- 4.7. Nombres comunes y abstracción
- 4.8. El proyecto de una lengua universal

4.1. LA DIMENSIÓN CRÍTICA DE LA REFLEXIÓN SOBRE EL LENGUAJE NATURAL

El libro III del *Ensayo sobre el entendimiento humano* es la primera obra en que se exponen de forma sistemática las tesis semánticas basadas en el giro epistemológico cartesiano. En cierta medida constituye el primer tratado de filosofía del lenguaje porque en él se abordan explícitamente problemas epistemológicos ligándolos a problemas semánticos. El *Ensayo* de Locke constituye pues una de las primeras obras en que se manifiesta conciencia de que las investigaciones logico-semánticas están indisolublemente ligadas a la resolución de problemas filosóficos: *existe una conexión tan estrecha entre las ideas y las palabras... que es imposible afirmar algo claro y distinto de nuestro conocimiento, que no consiste sino en proposiciones, sin acudir ante todo a consideraciones acerca de la naturaleza, el uso y el significado del lenguaje* (*Ensayo*, II, 33, 19).

Esto no quiere decir que Locke elaborara una filosofía del lenguaje en sentido moderno, esto es, un conjunto articulado de tesis sobre la naturaleza del significado, sino que, en su caso, la reflexión sobre el significado es parte de la elucidación filosófica. El sentido que tiene la reflexión sobre el significado en Locke no es el de contribuir a la constitución de una teoría lingüística filosóficamente fundada, sino el de colaborar en la eliminación de obstáculos para la resolución del problema epistemológico central en su filosofía: la naturaleza y los límites del conocimiento humano. En este sentido, Locke fue influido por F. Bacon y sus ídolos del mercado: el lenguaje vela, antes que desvela, la naturaleza del pensamiento. La adquisición de un pensamiento claro y distinto, paradigma cartesiano del conocimiento, exige ante todo remediar «las imperfecciones y los abusos» que se dan en el uso del lenguaje. La reflexión semántica tiene ante todo una dimensión práctica: prevenir y evitar los errores a que nos induce el conocimiento imperfecto del funcionamiento del lenguaje. El estudio del lenguaje adquiere, particularmente en el mundo anglosajón, una dimensión crítica que se puede relacionar con el surgimiento de la nueva metodología de la ciencia (el *Novum Organum* de F. Bacon), que reniega de la tradición apriorista y deductiva de la lógica medieval. El prestigio creciente

del método experimental, con su carga crítica del conocimiento recibido, provocó una desconfianza en las convenciones lingüísticas al uso. Ese es un sentido claro de la obra de F. Bacon: desconfiar, sistemática o metodológicamente, de los usos establecidos, petrificados en el lenguaje, en la medida en que expresan un conocimiento caduco, incierto o confuso. El lenguaje natural deja de ser un instrumento fiable para el acceso al conocimiento: o bien es preciso sustituirlo por un lenguaje perfeccionado, un lenguaje filosófico, o directamente suplirlo por el lenguaje matemático, en el que está presuntamente escrita la naturaleza. En cualquier caso, el uso correcto del lenguaje natural, o el uso de un lenguaje correcto, requiere el conocimiento auténtico. Requiere también en consecuencia una teoría correcta sobre el origen y la naturaleza del conocimiento, esto es, una epistemología adecuada. Sólo cuando se está en posesión de esa epistemología, se puede abordar el estudio del lenguaje natural con garantías de éxito. Y esto es independiente de que, por ejemplo, el propio Locke considerara su epistemología como una especie de semiótica, como una investigación doble, de la relación entre las palabras y las ideas, por un lado, y de las ideas y las cosas, por el otro. Pero ya no en términos de la correspondencia cuasi perfecta propugnada por los *modistae*, que iba de los *modi essendi* a los *modi significandi*. Aquéllos dejan de ser considerados el polo fijo, fuente de las relaciones de significación, un conjunto de formas sustanciales que dividen *naturalmente* la realidad en géneros y especies, y al que corresponden los nombres comunes y las categorías gramaticales. La dirección se invierte: son los *modi significandi* los que efectúan, de una forma arbitraria, esa disección de la naturaleza. Por eso es tan importante la crítica de las convenciones lingüísticas tradicionales: porque su análisis de la realidad no representa un auténtico conocimiento. Bajo las denominaciones usuales puede esconderse el error, el engaño o la confusión. No hay nada natural en las denominaciones, fruto de las decisiones humanas y, por tanto, falibles.

4.2. LA NOCIÓN DE IDEA EN J. LOCKE

El concepto central de la filosofía de Locke es el de *idea*. A menudo se ha criticado el uso que Locke hace de dicho concepto, plurivalente y en ocasiones inconsistente. Lo cierto es que Locke consideró las ideas como un cierto tipo de signos de las cosas, y las palabras como signos de las ideas. En este sentido, la tesis central de su semiótica, en lo que se refiere al lenguaje, es que las palabras significan ideas; una tesis cartesiana, que también se encuentra expuesta en la *Lógica y Gramática* de Port-Royal y que, como sucede en general en esa teoría racionalista, se encuentra en dificultades para explicar las relaciones entre el lenguaje y la realidad.

4.2.1. Clases de ideas: individuales y generales

Aun con las dificultades que implica la vaguedad de la noción de idea en Locke, la exposición de sus tesis semánticas pasa necesariamente por el examen de las clases de ideas que distinguía y las categorías de palabras con que las relacionaba. En primer lugar, hay que tener en cuenta el problema del carácter individual o general de las ideas, en el sentido de Locke. ¿Son las ideas de carácter subjetivo? ¿U objetivo? ¿Confiere cada individuo su significado a las palabras que usa? Y, si es así, ¿cómo es posible la comunicación? Esos son los problemas con que ante todo se enfrenta la teoría semántica de Locke y a los que trata de dar respuesta.

4.2.2. Las ideas como significado de las palabras

El enunciado más sintético que se conoce de su teoría del significado es el siguiente (*Ensayo*, III, II, 2): *las palabras, en su significación primaria, nada significan excepto las ideas que están en la mente de quien las usa* Con la matización *en su acepción primaria*, Locke parecía excluir ante todo las ocurrencias metalingüísticas de las palabras, esto es, cuando las palabras se utilizan para referirse a sí mismas, y, además, las palabras sincategoremáticas, de las que explícitamente afirma que sirven para significar la conexión que establece la mente entre las ideas o proposiciones, vinculando unas con otras. Con esto se previno Locke contra críticas, que no obstante fueron formuladas posteriormente (p. ej. por Berkeley), que insistieron en la necesidad de que a cada palabra le correspondiera una idea, so pena de ser considerada asignificativa (Texto 1).

La teoría del significado de Locke atañe, pues, primordialmente a los términos categoremáticos, verbos, sustantivos y adjetivos, aunque es preciso advertir que sus reflexiones semánticas sobre los verbos son más bien accesorias y circunstanciales. Parece que Locke, como sucede frecuentemente en otras teorías semánticas de índole filosófica, dio una especial importancia a la función nominativa, centrando sus análisis sobre la categoría de *nombre*, que englobaba a los sustantivos y a los adjetivos, suponiendo sin más que tales análisis eran aplicables, de un modo u otro, a los predicados verbales.

Esta preponderancia concedida a la función nominativa se enmarca perfectamente en la concepción general de Locke sobre la función del lenguaje en la interacción social: *fue necesario que el hombre encontrara unos signos visibles, por los cuales esas ideas invisibles de que están hechos sus pensamientos pudieran darse a conocer a otros hombres. Para cumplir semejante finalidad, nada más a propósito que aquellos sonidos articulados que se encontró dotado para producir con tanta facilidad y variedad. Es así como podemos llegar a concebir de qué manera las palabras, por naturaleza tan bien adaptadas a aquel fin, vinieron a ser empleadas por los hombres para que sirvieran de signos de sus ideas* (*Ensayo*, III, II, 1).

4.3. LENGUAJE Y COMUNICACIÓN: LAS CONDICIONES DE POSIBILIDAD DE LA COMUNICACIÓN

La función del lenguaje es, ante todo, la exteriorización de un mundo individual, inaccesible en principio al examen del congénere. Sólo mediante su uso se abre la vía a la comunicación, que es entendida por Locke ante todo como un intercambio de información sobre los contenidos de la vida mental. La comunicación consiste esencialmente en la manifestación de las ideas que el hablante experimenta y en la captación de esas ideas por parte del auditorio (Texto 2).

Ahora bien, dada esta concepción sobre el uso del lenguaje, se plantean dos problemas: 1) ¿cómo es posible la utilización significativa del lenguaje?, y 2) ¿cómo es posible la utilización comunicativa del mismo? En el primer caso, el obstáculo con el que se enfrenta la teoría de Locke es su propia concepción epistemológica: *Como entre las cosas que la mente contempla no hay ninguna salvo sí misma que sea presente para el entendimiento, es necesario que alguna otra cosa se le presente como signo o representación de la cosa que considera y éstas son las ideas* (Ensayo, IV, 21, 4).

Esto implica que las palabras sólo pueden adquirir significado para quien las utiliza en la medida en que en su mente se encuentra presente la idea correspondiente. La realidad sólo es captable en la forma de idea, esto es, de signo representativo, mediante el cual es asimilada e integrada en el ámbito de la experiencia. Esta tesis hace dificultosa la explicación del aprendizaje y uso del lenguaje porque, si sólo se pueden emplear las palabras a las que, en la mente de cada cual, corresponden ideas, ¿cómo explicar la utilización de las palabras que designen objetos o experiencias desconocidos? Si de esos objetos o experiencias no existe representación ideacional, no existe la posibilidad de nombrarlas significativamente, *nadie puede aplicar (las palabras) como señales, de un modo inmediato, a ninguna otra cosa, salvo a las ideas que él mismo tiene. Porque eso sería tanto como convertirlas en signos de sus propias concepciones y, sin embargo, aplicarlas a otras ideas; lo que equivaldría a hacerlas signos y no signos al mismo tiempo de sus ideas, de manera que, en realidad, carecerían completamente de significación* (Ensayo, III, II, 2).

El lenguaje no permite referirse directamente a la realidad, sino que sólo secundariamente es relacionable con ella, a través de las ideas. Pero, si no existen tales ideas, fruto de la experiencia y sólo de la experiencia (Locke rechaza la posibilidad de las ideas innatas), el lenguaje pierde su significatividad, el cordón umbilical que le une a la realidad. La conclusión que parece inevitable extraer de la teoría semántica de Locke es que sólo podemos hablar significativamente de aquello que en alguna medida hemos experimentado, es decir, de aquello de lo que tenemos formada alguna representación ideacional. Y, así, parece lógico pensar que los límites del lenguaje, del lenguaje que yo hablo y puedo entender, han de coincidir con los límites de mi experiencia individual: *Un niño que tan sólo ha advertido el color brillante*

y luminoso en el metal que oye llamar «oro», aplicará la palabra «oro» sólo a sus ideas acerca de ese color ... Un segundo... le añade el amarillo brillante la idea de gran peso... Otra persona le añade a esas cualidades las de fusibilidad... Cada una de estas personas emplea la misma palabra «oro», cuando tiene la ocasión de expresar la idea a la cual la ha aplicado; pero es evidente que cada uno sólo puede aplicarla a su propia idea, y que no puede convertirla en signo de la idea compleja que no tenga en la mente (Ensayo, III, II, 3).

Las condiciones que Locke establece en su teoría para la utilización significativa del lenguaje son tan rigurosas que de hecho hacen imposible explicar su función comunicativa de una forma real. Para explicar ese simple hecho, el de que los hombres se comunican mediante el lenguaje, Locke tiene que acudir a dos tesis implausibles: en primer lugar, que esa comunicación se basa en la presunción de que las ideas que tienen los demás en su mente son similares a las nuestras: *En tal supuesto, no es común que los hombres se detengan a examinar si la idea que tienen en la mente es la misma que la que tienen aquellos con quienes conversan, sino que se dan por satisfechos con pensar que usan las palabras, según se imagina, en la acepción común del lenguaje, suponiendo de ese modo que la idea de la cual han hecho un signo a esa palabra es precisamente la misma a la cual aplican ese nombre los hombres entendidos de ese país (Ensayo, III, II, 4).*

En segundo lugar, la comunicación se hace posible mediante el espejismo de una relación directa entre el lenguaje y la realidad: nos comunicamos porque creemos que nuestras palabras se refieren a una misma realidad, en particular cuando empleamos nombres para las sustancias. Pero esta creencia no es sino una ilusión, fruto de una equivocada concepción de cómo funciona el lenguaje y de nuestra necesidad de dar valor de realidad a nuestras afirmaciones: las palabras se refieren a las ideas, y sólo pueden referirse a ellas cuando se habla significativamente. La conclusión natural que Locke extrajo es que en muchas ocasiones usamos las palabras asignificativamente, porque no les asociamos ideas. Incluso el aprendizaje lingüístico está afectado por esta clase de ilusión:

Como muchas palabras se aprenden antes de que se conozcan las ideas que significan, por eso algunos, y no solamente los niños, sino también hombres, pronuncian algunas palabras no de otro modo que los loros, sólo porque las han aprendido y porque se han acostumbrado a esos sonidos (Ensayo, III, II, 7).

De acuerdo con la teoría lockeana, la auténtica comunicación requiere identidad de denominaciones e identidad de ideas. La investigación de los criterios de identidad en el primer nivel suscita el problema de la sinonimia y remite al segundo nivel, puesto que dos palabras son sinónimas si y sólo si son signos de la misma idea. La entera teoría del significado depende de los criterios de identificación de las ideas y de los requisitos especificables para su identidad. Y aunque Locke no formuló en su teoría criterios para tal identidad, lo cierto es que su teoría epistemológica asegura su posibilidad. Los

hombres pueden tener las mismas ideas porque experimentan una misma realidad, y porque los instrumentos mediante los cuales perciben esa realidad son también similares. Incluso sucede que el hombre particular puede acceder a un conjunto de ideas codificadas en su comunidad lingüística: *el uso común, por un consenso tácito, apropia ciertos sonidos a ciertas ideas en todos los lenguajes, lo cual limita la significación de ese sonido hasta el punto de que, a no ser que un hombre lo aplique a la misma idea, no habla con propiedad* (Ensayo, III, II, 8, Texto 2).

4.4. NOMBRES COMUNES E IDEAS GENERALES

Aparte de estas dificultades en explicar el aprendizaje y la comunicación lingüísticas, la teoría semántica de Locke hubo de enfrentarse a los problemas que plantea la diversidad de las categorías lingüísticas, incluso en el puro nivel nominativo. El más inmediato de estos problemas es el de explicar la existencia y el funcionamiento de los nombres generales, de los nombres cuyo significado no es una idea de una realidad particular. Según Locke: *las palabras se convierten en generales al hacerse de ellas signos de ideas generales, y las ideas se convierten en generales cuando se les suprimen las circunstancias de tiempo y de lugar, y cualesquiera otras ideas que puedan determinar a tal o cual existencia particular* (Ensayo, III, III, 6, Texto 3).

Así, aun estando la realidad constituida únicamente por entidades particulares, es posible la existencia de ideas generales, que son el resultado de un proceso de abstracción, que opera sobre las ideas particulares. Son estas ideas generales las que constituyen el significado de los nombres comunes, que se aprenden mediante un proceso paralelo de generalización. En un principio, el niño utiliza todos los nombres como si fueran propios, pero luego aprende que ciertos nombres son igualmente aplicables en conexión con diferentes ideas particulares, prescindiendo pues de algunos rasgos que les identifican. Infiere en definitiva que los nombres comunes se utilizan no como nombres propios de naturalezas abstractas, sino para designar ideas generales, consecuencia de un proceso de abstracción sobre ideas particulares (Texto 3). Lo general por tanto no existe como tal, sino que es un producto del entendimiento (Ensayo, III, III, 11 y Texto 4). Ahora bien, ese producto no es identificable sin más con una pluralidad de cosas o ideas particulares, aunque se aplique a todas y cada una de ellas: *lo significado por las palabras generales es una clase de cosas, y cada una de esas palabras significa eso, en cuanto que son signo de una idea abstracta que tenemos en la mente; y en la medida que las cosas existentes se conforman a esa idea, caen bajo aquel nombre o, lo que es lo mismo, son de aquella clase* (Ensayo, III, III, 12).

4.5. ESENCIAS REALES Y NOMINALES

El significado del término general es, pues, la idea general que permite agrupar las cosas en clases, pero no es ese conjunto de cosas sin más; consti-

tuye lo que Locke denominaba la esencia de la especie o género correspondiente a la clase: *como el tener la esencia de cualquier especie es aquello que hace que cualquier cosa sea de esa especie, y como la conformidad con la idea, a la cual se anexa el nombre, es lo que otorga el derecho a llevar ese nombre, el tener la esencia y el guardar esa conformidad tienen necesariamente que ser lo mismo, ya que el ser de cualquier especie es una y la misma cosa, como, por ejemplo, ser un hombre o ser de la especie hombre, y tener derecho al nombre «hombre», es todo la misma cosa* (Ensayo, III, III, 12).

En este sentido, Locke es un precedente claro del intensionalismo moderno, que no identifica los conceptos (las ideas generales, en su terminología) con las clases extensionales correspondientes, sino con conjuntos de propiedades definitorias que se aplican a todos los miembros de la clase en cuestión.

Ahora bien, un punto que interesa resaltar en la concepción semántica de Locke, y que fue objeto de críticas posteriores, es su tesis de que el proceso de abstracción de ideas generales no es siempre arbitrario, sino que en ocasiones tiene fundamento en la naturaleza de la realidad. En particular, Locke se refiere a lo que luego se han dado en llamar *clases naturales*. Entre ellas, destaca Locke *todas las cosas que se propagan por simiente*, afirmando que el hecho de que les apliquemos un mismo término se debe a que corresponden a una misma idea general, constituida sobre la base de la similitud existente entre los individuos perteneciente a la especie en cuestión (Texto 4). No obstante, aunque pueda existir una relación causal entre la conexión de las propiedades naturales de los individuos pertenecientes a una especie y la idea abstracta que nos hacemos de ella, es ésta última la esencia misma de la especie en cuestión, el significado del término general: *las supuestas esencias reales de las substancias, si son diferentes de nuestras ideas abstractas, no pueden ser las esencias de las especies en que clasificamos a las cosas* (Ensayo, III, III, 13). Esto es lo que ha permitido clasificar la postura de Locke como conceptualista moderada: el significado de los términos generales es el concepto, que tiene un fundamento, incognoscible en el caso de las substancias, y que equivale a la totalidad articulada de componentes conceptuales (ideas simples, en terminología de Locke). El significado no se corresponde pues con la esencia real (el modo en que está realmente constituida la cosa), sino con la esencia nominal, que es la idea abstracta constituida sobre la base de aquélla: *Es cierto que, por lo general, se supone una constitución real de las clases de cosas, y está fuera de duda que tiene que haber alguna constitución real de la que dependa cualquier colección de ideas simples coexistentes. Pero, como es evidente que las cosas no se ordenan en clases o especies, bajo ciertos nombres, sino en cuanto hemos anexado esos nombres, la esencia de cada género o clase acaba por no ser sino la idea abstracta significada por el nombre general o clasificante* (Ensayo, III, III, 15).

Esta tesis de la disimilitud entre la esencial real y la nominal se aplica en particular en el caso de las substancias: no así en el caso de los nombres de las ideas simples y de los modos, en que ambos tipos de esencia coinciden; en el

primer caso, por la naturaleza elemental de lo nombrado, el contenido inmediato de la experiencia, y en el segundo, por ser modificaciones mentales de las ideas simples (modos simples) o producto arbitrario de la elaboración del entendimiento (modos mixtos) sin correspondencia con modelos reales.

La influencia de J. Locke sobre la filosofía del siglo XVIII fue amplia y profunda. Esta influencia tuvo dos dimensiones: una positiva, de aceptación, difusión y aplicación de sus teorías, y otra reactiva, de crítica y rechazo de sus tesis sobre la relación entre el lenguaje y el pensamiento. Dentro de la primera dimensión hay que destacar la relación de la filosofía del lenguaje de Locke con las teorías semióticas de los enciclopedistas. Para algunos de los enciclopedistas, y sobre todo para los *ideólogos*, como Destutt de Tracy, la teoría semiótica de Locke constituyó un auténtico giro copernicano en la filosofía del lenguaje. De hecho la teoría de Locke era la que abría la perspectiva conceptual de que el pensamiento estuviera indisolublemente ligado al lenguaje, esto es, que sólo a través de él pudiese el pensamiento adquirir la propiedad de ser *articulado*, esto es, compuesto.

Dentro del aspecto reactivo, en cambio, es preciso referirse a las concepciones lingüísticas de Leibniz, conformadas sobre una crítica pretendidamente sistemática de los supuestos epistemológicos y semióticos de Locke.

4.6. LA SEMIOLOGÍA DE LEIBNIZ. EL LENGUAJE COMO INSTRUMENTO COGNITIVO

La obra de Leibniz, *Nuevos Ensayos sobre el entendimiento humano*, fue concebida como una respuesta detallada al Ensayo de Locke. Escrita bajo la forma de un diálogo entre un expositor de las teorías de Locke y un portavoz de las de Leibniz, su estructura reproduce punto por punto la del Ensayo. Así, las ideas lingüísticas de Leibniz quedan expresadas también en un tercer libro, titulado justamente *De las palabras*, en el que Teófilo, el portavoz de Leibniz, puntualiza o rectifica las ideas sobre el lenguaje que propone Filaletes, el trasunto de Locke. El libro fue escrito por Leibniz hacia 1704, pero no se publicó hasta bien entrado el siglo XVIII (1765), por lo que no produjo el impacto que pretendía su autor.

En sus *Nuevos Ensayos*, en los capítulos dedicados al lenguaje, Leibniz insiste en primer lugar en el carácter diferencial del lenguaje: no sólo es el producto de la necesidad social e histórica (evolutiva) de comunicación, sino que también es la expresión de una naturaleza racional, que separa a la humanidad de la animalidad. En este sentido, Leibniz observa que la facultad del lenguaje no depende (sólo) de una estructura morfológica adecuada, que el hombre puede compartir con otras especies animales, sino de su facultad de razón, de su capacidad para representarse la realidad a través de las ideas. No hay un nexo necesario entre el lenguaje hablado y el organismo humano, pero sí entre aquél y la estructura de su entendimiento. Es

posible concebir un lenguaje no basado en la articulación de palabras, pero no un lenguaje que no represente la actividad raciocinadora del entendimiento, que no sólo sirve a la necesidad de transmisión de información, como había indicado Locke, sino que también constituya un instrumento activo en la consecución del conocimiento. La diferencia entre las concepciones generales de Locke y Leibniz sobre la función del lenguaje es una diferencia de énfasis, pero importante. Para Locke, el lenguaje es ante todo un sistema de representación del conocimiento, que juega un papel esencial para remediar las limitaciones del entendimiento humano (la finitud de su memoria, entre otras). Para Leibniz, en cambio, el lenguaje es sobre todo un instrumento cognitivo, un medio natural para acceder al conocimiento de la realidad (Bloque 2, Texto 1).

Esta diferencia en las concepciones de Locke y Leibniz se difunde a lo largo de todas sus afirmaciones sobre el lenguaje y afecta a problemas tan esenciales como el de la naturaleza del significado y el de la posibilidad de una lengua filosófica universal. Por lo que respecta al primero, Leibniz discute la naturaleza absolutamente arbitraria del vínculo entre la palabra y lo que significa, expuesta en el *Ensayo* (III, II, 8) de Locke. Su argumento es que, si bien en la actualidad la relación entre el sonido y el significado parece arbitraria, es posible que ello sea fruto de la evolución histórica de la lengua, que haya borrado los rastros de una relación natural primitiva. Por ello, se esfuerza Leibniz en mostrar la plausibilidad de *la hipótesis del origen común de todas las naciones, y de una lengua radical y primitiva*, utilizando datos filológicos de dudosa fiabilidad. Así, Leibniz cree que el alemán (junto con el hebreo y el árabe) es la lengua que más vestigios ha conservado de esa lengua adánica (término introducido por el místico J. Boehme), y que en esa lengua son perceptibles restos de relaciones naturales entre términos y significados. Leibniz apela esencialmente a la similaridad existente, según él, entre los sonidos componentes de las palabras y los objetos o acciones referidos por éstas, tratando de mostrar que *en el origen de las palabras existe algo natural, algo que establece una relación entre las cosas y los sonidos y movimientos de los órganos de la voz* (*Nuevos ensayos*, III, I, 1). Propugna Leibniz por tanto que el fundamento para la significatividad de la lengua adánica fue el simbolismo fónico o fonestesia, las relaciones naturales entre dos clases de sonidos, los propios de la articulación de la palabra y los correspondientes o asociados a lo referido por la palabra. Por ejemplo, alude a que *los antiguos germanos, los celtas y los demás pueblos entroncados con ellos, siguiendo una especie de instinto natural, utilizaron la letra r para significar un movimiento violento y un ruido parecido a dicha letra*, mientras que el sonido /l/ figuraría en palabras que hacen referencia a ruidos o movimientos suaves.

Los motivos de Leibniz para defender la hipótesis de la lengua adánica y el carácter natural de la significación en esa lengua eran de muy diversa índole, pero se reducen a uno fundamental: coherencia con su propio sistema filosófico. Por eso, cuando se consideran las teorías sobre el lenguaje de

Leibniz, hay que tener muy en cuenta el contexto que configura el resto de su obra filosófica. Leibniz propugnaba, en su metafísica, la existencia de un orden natural, que se correspondía con un orden en el pensamiento y, eventualmente, con un orden lingüístico. Bajo la aparente diversidad de las lenguas humanas, debía existir, según Leibniz, una unidad subyacente, que fuera prueba a la vez de la existencia de unas leyes universales en la representación de la realidad por el pensamiento y del *ordo naturalis*. En este sentido se ha considerado que, en teoría del lenguaje, Leibniz representa un retorno al realismo de los *modistae*. Su naturalismo semántico no vendría a ser sino la expresión teórica de la tesis de que el lenguaje (la primitiva lengua adánica) refleja, a través del pensamiento (los *modi intelligendi*), la estructura de la realidad (los *modi essendi*).

4.7. NOMBRES COMUNES Y ABSTRACCIÓN

Otro punto en que las tesis lingüísticas de Leibniz difieren radicalmente de las de Locke es en la semántica de los términos generales. Para Locke, tales términos existen en el lenguaje en virtud de su función económica: permiten un ahorro a la memoria. Para Leibniz, *no solamente sirven para perfeccionar las lenguas, sino que son imprescindibles para su constitución esencial* (*Nuevos ensayos*, III, I, 3). El lenguaje no sólo ha de dar cuenta de la existencia de entidades particulares, sino también de sus relaciones (de similitud). Las relaciones son tan reales como los particulares mismos, no son fruto arbitrario de nuestro entendimiento, sino que forman parte de la estructura de la realidad que el lenguaje refleja: *ya que al hablar de géneros y de especies no nos estamos refiriendo mas que a una similitud más o menos amplia, es natural que indiquemos todos los tipos de similitud o conveniencia y en consecuencia, que empleemos términos generales de todos los grados* (*Nuevos ensayos*, III, I, 3). Es más, Leibniz concede primacía, tanto desde el punto de vista epistemológico como desde el del aprendizaje lingüístico, a los términos generales sobre los nombres propios: las primeras palabras habrían sido términos generales y los nombres propios el resultado de un proceso de especificación progresiva a partir de aquéllas. En la medida en que los términos generales designan, según Leibniz, relaciones de similitud entre individuos, propiedades que los individuos comparten, es evidente que el autor de los *Nuevos ensayos* consideraba los nombres propios como aplicaciones abreviadas de nombres de clase: *me atrevo a afirmar que originariamente casi todas las palabras son términos generales, ya que será muy extraño que se lleve a inventar un nombre a propósito para señalar a un determinado individuo sin alguna razón. Resulta posible mantener que los nombres de individuos eran nombres de especie otorgados preferentemente, o de cualquier otra manera que sea, a algún individuo* (*Nuevos ensayos*, III, III, 5).

Esta tesis tiene que ver con la concepción, contraria a la de Locke, sobre la función del proceso de abstracción en semántica. Leibniz coincide con

Locke en concebir la abstracción como carencia de determinación, pero piensa que es cognitivamente antecedente a la especificación individual. Según Leibniz, el proceso de aprendizaje lingüístico va desde lo general a lo particular: primero se emplean nombres abstractos, incluso para designar realidades individuales, y sólo posteriormente se aprende la aplicación de nombres con una referencia más reducida.

Ese proceso, no obstante, no desemboca en el nombre propio puro (lógico), sino que se detiene en un nivel bajo de abstracción, pero abstracción al fin y al cabo. La propia noción de nombre propio lógico carece para Leibniz de sentido, si es que tal noción se entiende como determinación lingüística de la individualidad: *por paradójico que pueda parecer, nos resulta imposible tener un conocimiento de los individuos y encontrar exactamente el modo de determinar la individualidad de cada cosa, a no ser que la conservemos a ella misma* (Nuevos ensayos, III, III, 6). Mientras que, para Locke, la captación de la realidad comienza necesariamente por la experiencia de lo individual, Leibniz mantiene lo contrapuesto: lo individual no es accesible al entendimiento sino a través de lo general. Sólo las propiedades generales que tienen una aplicación suficientemente restringida (por ejemplo, por combinación) nos pueden dar una idea de lo radicalmente individual, que escapa a nuestra mente finita.

El realismo radical de Leibniz acentúa y se contrapone al de Locke, expresado a través de su moderado conceptualismo. Leibniz no ve ninguna necesidad de establecer la distinción entre esencias reales y nominales en términos lockeanos, esto es, como una diferencia entre la constitución real de las cosas y su representación a través de ideas abstractas. Su argumento, sencilla reducción al absurdo, se basa en la identificación de lo posible y lo real, típica de su teoría modal: o bien las esencias nominales son posibles y, por tanto, verdaderas y coincidentes con esencias reales, o bien son falsas y, en consecuencia, imposibles, pseudoesencias; en cualquier caso, no pueden existir diferencias entre unas y otras basadas en nuestra capacidad de elaboración «arbitraria» de ideas abstractas: *no depende de nosotros el poder juntar las ideas a nuestro arbitrio, salvo que dicha combinación esté justificada por la razón, que la demuestra posible, o por la experiencia, que la muestra actual y, por consiguiente, también posible* (Nuevos ensayos, III, III, 17). Por eso no advierte Leibniz la diferencia que establece Locke entre la semántica de los sustantivos que designan clases naturales (ideas de sustancias) y la de los predicados que refieren a modos [«(ser) triángulo»] o ideas simples [«(ser) rojo»].

Para Leibniz, sólo existen diferentes formas de especificación de su significado (esencia): o bien la definición expresa la posibilidad (realidad) de lo definido y, en este caso, se trata de una definición real; o bien la definición no la expresa y se trata de una definición nominal, que no nos permite concluir a priori sobre la realidad de tal esencia, en definitiva sobre la significatividad del término, pero que no la excluye.

4.8. EL PROYECTO DE UNA LENGUA UNIVERSAL

La identificación entre posibilidad y realidad, trasladada a términos de teoría del lenguaje, está estrechamente relacionada con el proyecto de una *lingua universalis* expresión de la *mathesis universalis*. En efecto, si la realidad tiene una estructura, un orden natural, este orden ha de poder reflejarse en una lengua auténticamente pura, que transparente ese orden en su estructura lógico-semántica. En esa lengua, la definición del significado de los términos, la descripción de la estructura de su significado, ha de conllevar la expresión de su posibilidad (realidad): la semántica de esa lengua no sería sino la verdadera ontología, la descripción auténtica de la realidad y su estructura.

Descartes ya había avanzado dos ideas básicas en la fundamentación del proyecto de una lengua universal: en primer lugar, la idea de la correspondencia entre el orden natural y el orden lingüístico: *existe un orden en la naturaleza según el cual se puede colocar, como ha hecho el Creador, primero las sustancias espirituales, luego las corporales ... Resta pues por encontrar igualmente un orden en las palabras, que se corresponde con el de las cosas: la primera con la primera, la segunda con la segunda* (Descartes, Carta del 20 de noviembre de 1629 al P. Mersenne). En segundo lugar, la idea de que tal correspondencia no es puramente formal y arbitraria, sino que expresa una relación natural entre el lenguaje y la realidad. Pero la invención de esa lengua universal, en palabras de Descartes, *depende de la filosofía verdadera, porque de otro modo es imposible enumerar todos los pensamientos de los hombres, y ponerlos en orden, ni siquiera distinguirlos de forma que sean claros y simples... y si alguien hubiera explicado cuáles son las ideas simples que se encuentran en la imaginación de los hombres, de las cuales se compone todo lo que piensan y fuera esto admitido por todo el mundo, me atrevería a tener confianza en una lengua universal muy fácil de aprender, pronunciar y escribir y, lo que es más importante, ayudar al juicio, representándole tan claramente todas las cosas que le sería prácticamente imposible equivocarse* (Descartes, carta citada al P. Mersenne).

A lo largo del siglo XVII, los proyectos de lenguas universales proliferaron a pesar de los fuertes requisitos establecidos por la filosofía cartesiana para su firme fundamentación. Así, influyeron sobre Leibniz el *De arte combinatoria* de Kircher (1601-1680), *De arts signorum* de Dalgarno (1626-1677) y el *Essay towards a real character and philosophicum language*, de J. Wilkins (1614-1672). En todos estos lenguajes artificiales propuestos está patente una misma concepción semiótica, expresada ya desde T. Hobbes: el signo lingüístico es un instrumento de cálculo que, como tal, puede ser sustituido por una entidad matemática, una cifra. Como la realidad tiene una estructura matemática (Galileo), la lengua universal, matematizada a su vez, nos permite acceder a esa estructura, operando por tanto como el auténtico instrumento de conocimiento.

Esta idea se encuentra también en Leibniz, para quien la *lingua rationalis* *unificará milagrosamente las operaciones mentales y podrá servir a la física del mismo modo que el álgebra a la matemática* (citado en C. Hamans, 1984, pág. 319). La concepción de Leibniz coloca por tanto la estructura lógico-semántica como columna vertebral del lenguaje y la realidad. Esa estructura lógica ha de ser común tanto a la combinación de las ideas simples como a la concatenación de los términos primitivos. La relación natural entre el símbolo y lo simbolizado no sólo se aplica a los elementos, sino también a sus relaciones, incluso en el lenguaje natural: *incluso si los caracteres son arbitrarios, el uso y la interconexión de ellos tiene algo que es arbitrario, esto es, una cierta proporción entre los caracteres y las cosas, y las relaciones entre diferentes caracteres que expresan las mismas cosas. Esta proporción o relación es el fundamento de la verdad* (Leibniz, *Dialogus de connexione inter res et verba et veritatis realitate*, 1677; Erdman, 1974, pág. 77). Pero, y esto es lo importante, la fijación de los elementos primitivos y su combinación, y la construcción de la lengua universal es interdependiente, sin relación temporal de prioridad. Leibniz pensaba que la misma elaboración sistemática de la *characteristica universalis* abocaría al descubrimiento de la «filosofía verdadera» que había reclamado Descartes como requisito previo a cualquier proyecto de lengua «filosófica». Por tanto, concebía esta lengua menos como un sistema de representación del conocimiento y la realidad que como un medio para alcanzar dicho conocimiento.

En Leibniz, más allá de los detalles de su sistema lingüístico, interesa subrayar la función de dicho sistema en el conjunto de su filosofía. En él se encuentran prefiguradas ideas que tendrán su momento de vigencia en la filosofía contemporánea del lenguaje: la idea de que la ontología y la gramática se encuentran vertebradas en torno a la lógica y la idea de que ésta determina, a su vez, el ámbito de lo real.



TEXTOS

Bloque 1: J. Locke

TEXTO 1

J. Locke,
Ensayo,
III, II, 2,
traducción de
E. O'Gorman

Las palabras son los signos sensibles de las ideas de quien las usa. Puesto que el uso que los hombres hacen de esas señales consiste ya en registrar su propias ideas en auxilio de su memoria, ya, por decirlo así, en sacar a la luz sus ideas y exhibirlas a la vista de los demás hombres, las palabras en su significación primaria o inmediata nada significan, salvo las ideas que están en la mente de quien las usa, por más imperfecta o descuidadamente que se hayan recogido esas ideas de las cosas que se supone que representan. Cuando un hombre le habla a otro es para que se le entienda, y la finalidad del habla es que aquellos sonidos, en cuanto señales, den a conocer sus ideas a quien los escucha. Aquello, pues, de que son signos las palabras, son las ideas del que habla; ni tampoco puede nadie aplicarlas, como señales, de un modo inmediato a ninguna otra cosa, salvo a las ideas que él mismo tiene. Porque esto sería tanto como convertirlas en signos de sus propias concepciones y, sin embargo, aplicarlas a otras ideas; lo que equivaldría a hacerlas signos y no signos al mismo tiempo de sus ideas, de manera que, en realidad, carecerían completamente de significación. Como las palabras son signos voluntarios, no pueden ser signos voluntarios impuestos sobre las cosas que desconoce quien impone los signos; eso sería convertirlas en signos de nada, en sonidos sin significación. Un hombre no puede hacer que sus palabras sean signos de las cualidades de las cosas, o bien de las concepciones en la mente de otro hombre, si él mismo no tiene ninguna idea de esas cualidades o concepciones. Hasta que él no tenga algunas ideas propias no es posible que suponga que corresponden a las concepciones de otro hombre, ni tampoco podrá usar ningunos signos para ellas; porque serían los signos de lo que no conoce, lo que equivale en verdad a no ser signos de nada. Pero cuando se representa a sí mismo las ideas de otros hombres por algunas ideas que sean suyas, si consiente en darles los mismos nombres que les dan otros hombres, sigue siendo a sus propias ideas a las que les da esos nombres; se los da a las ideas que tiene, no a las ideas que no tiene.

Ejercicios

1. Explique el razonamiento de J. Locke para mantener que sólo se pueden significar las ideas propias.
2. Represente gráficamente las relaciones de significación, tal como las entiende J. Locke.
3. Explique cómo entiende J. Locke el proceso de comunicación lingüística.

TEXTO 2

J. Locke,
Ensayo,
III, II, 8,
traducción de
E. O'Gorman

La significación de las palabras es perfectamente arbitraria. Como se ha dicho, las palabras, en virtud de un prolongado y familiar uso, llegan a provocar en los hombres ciertas ideas de un modo tan constante y tan presto, que fácilmente se inclinan a suponer que existe entre unas y otras una conexión natural. Pero que tan sólo significan las ideas peculiares de los hombres, y ello por una imposición perfectamente arbitraria, es lo que se pondrá de manifiesto en el hecho de que las palabras, con mucha frecuencia, dejan de provocar en otros (aun en quienes usan el mismo lenguaje) las mismas ideas de que suponemos sean los signos. Y todo hombre tiene una tan inviolable libertad de hacer que las palabras signifiquen las ideas que mejor le parezcan, que nadie tiene el poder de lograr que otros tengan en sus mentes las mismas ideas que las que él tiene, cuando usan las mismas palabras que él usa. [...] Es cierto que el uso común, por un consenso tácito, apropia ciertos sonidos a ciertas ideas en todos los lenguajes, lo cual limita la significación de ese sonido hasta el punto de que, a no ser que un hombre lo aplique a la misma idea, no habla con propiedad; y permítaseme añadir que, a no ser que las palabras de un hombre provoquen, en quien lo escucha, las mismas ideas que él quiere significar al pronunciarlas, ese hombre no está hablando de un modo inteligible.

Ejercicios

1. Explique la noción de *arbitrariedad del signo* que se desprende del texto.
2. Relacione la idea de *arbitrariedad del signo* con la de *convención lingüística o convención de uso*. ¿Existe alguna diferencia entre ambas, de acuerdo con la teoría de J. Locke?
3. Enumere las condiciones que establece J. Locke para que se produzca una comunicación real mediante el uso del lenguaje.



TEXTOS

Bloque 1: J. Locke

TEXTO 3

J. Locke,
Ensayo,
III, III, 6-7,
traducción de
E. O'Gorman

Porque, puesto que todas las cosas que existen sólo son particulares, ¿Cómo es que nos hacemos de términos generales, o dónde encontramos esas naturalezas generales que se supone están significadas por esos términos? Las palabras se convierten en generales cuando se les suprimen las circunstancias de tiempo y lugar y cualesquiera otras ideas que puedan determinarlas a tal o cual existencia particular. Por esta manera de abstracción se habilita a las ideas para representar a más de un solo individuo; cada uno de los cuales, puesto que encierra conformidad con la idea abstracta es, según se dice comúnmente, de esa clase.

7. [...] Nada hay más evidente que las ideas que se forman los niños acerca de las personas con las que tienen trato (para emplear sólo este ejemplo): son como las personas mismas, sólo que particulares. Las ideas de la nodriza y de la madre están bien formadas en sus mentes y, como si fueran retratos de esas personas, representan tan sólo a esos individuos. Los nombres que por vez primera les dieron se limitan a designar a esos individuos, y los nombres de «nodriza» y de «mamá», empleados por el niño, se destinan únicamente a esas personas. Más tarde, cuando en virtud del tiempo y del trato el niño observa que hay muchas otras cosas en el mundo que, por algún acuerdo común en la forma y en otras cualidades, se asemejan a su padre y a su madre y a aquellas personas a las que se ha acostumbrado, forja una idea de la que descubre que participan todos esos individuos particulares, y a esa idea le dan, como los otros, el nombre de «hombre», por ejemplo. Así es como llegan a tener un nombre general y una idea general, en lo que no forjan nada que sea nuevo...

Ejercicios

1. Explique en qué consiste el proceso de abstracción para J. Locke.
2. Compare la teoría de J. Locke con la de W. Leibniz (v. *infra*) sobre la génesis y formación de los términos generales.

TEXTO 4

J. Locke,
Ensayo,
III, III, 13,
traducción de
E. O'Gorman

[Las ideas generales] son obra del entendimiento, pero tienen su fundamento en la similitud de las cosas. No quiero que se piense, y menos aún que niego, que la naturaleza, en la producción de las cosas, hace a muchas de ellas semejantes; nada hay más obvio, especialmente en las razas de los animales y en todas las cosas que se propagan por simiente. Sin embargo, yo creo que podemos decir que su clasificación bajo ciertos nombres es obra del entendimiento, motivado por la similitud que observa que existe entre las cosas, de donde hace ideas generales abstractas, y las establece en la mente con ciertos nombres para cada una de ellas, como modelos o formas (porque en este sentido la palabra *forma* tiene una significación muy apropiada), a las cuales en la medida que las cosas existentes particulares se conforman, en esa medida son dichas cosas de tal o cual especie, y tienen la correspondiente denominación, es decir, quedan incluidas en esa clase. Porque, cuando decimos, éste es un hombre, aquél es un caballo, ésta es la justicia, aquello es crueldad, esto es un reloj, esto es una prensa, ¿qué otra cosa hacemos sino clasificar cosas bajo diversos nombres específicos, en cuanto que dichas cosas se conforman con aquellas ideas abstractas de las cuales hemos hecho que esos nombres sean sus signos? Y ¿qué son las esencias de esas especies, establecidas y marcadas por ciertos nombres, sino aquellas ideas abstractas de la mente que, son como quien dice, los vínculos entre las cosas particulares que existen y los nombres bajo los cuales deben quedar clasificadas? Y cuando los nombres generales tienen alguna conexión con seres particulares, esas ideas abstractas son el medio que establece su unión, de manera que las esencias de las especies, según las distinguimos y las denominamos, no son ni pueden ser nada sino precisamente ideas abstractas que tenemos en la mente. Y, por lo tanto, las supuestas esencias reales de las sustancias, si son diferentes de nuestras ideas abstractas, no pueden ser las esencias de las especies en que clasificamos a las especies.

Ejercicios

1. Caracterice, de forma general, la posición filosófica que J. Locke mantiene en este párrafo.
2. Distinga entre las nociones de *esencia real* y *esencia nominal*. ¿Cuál es la relación que, según Locke, existe entre los dos tipos de esencias?
3. ¿Mantiene Locke que la denominación de clases de cosas mediante nombres comunes es arbitraria? ¿Por qué?



TEXTOS

Bloque 2: Leibniz

TEXTO 1

Leibniz,
*Nuevos ensayos
sobre el
entendimiento
humano,*
III, cap. 1,
traducción de
J. Echeverría

Teófilo.— Creo que, efectivamente, sin el deseo de hacernos entender nunca hubiéramos llegado a formar un lenguaje; y una vez formado, también le sirve al hombre para razonar por sí mismo, tanto por la oportunidad que le dan las palabras para acordarse de los pensamientos abstractos como por la utilidad que tiene para razonar el servirse de caracteres y pensamientos sordos, pues si hiciese falta explicarlo todo y sustituir siempre cada término por su definición, necesitaríamos demasiado tiempo.

Filaletes.— Si para designar cada cosa particular hubiese hecho falta un nombre distinto, la multiplicación de las palabras hubiese hecho muy complicado el uso del lenguaje; por eso, ha sido perfeccionado mediante la utilización de términos generales, para significar ideas generales.

Teófilo.— Los *términos generales* no sirven solamente para perfeccionar las lenguas, sino que son imprescindibles para su constitución esencial. Si por *cosas particulares* entendemos las individuales, y si no hubiese más que nombres propios, y ningún nombre apelativo, es decir, si sólo hubiese nombre para los individuos, sería imposible hablar, pues si nos atenemos a individuos, accidentes y, en particular, acciones, que es lo que más se designa, constantemente harían falta palabras nuevas; y si por cosas particulares entendemos las especies de menor categoría, dejando aparte que muy a menudo resulta difícilísimo determinarlas, es evidente que son ya universales, basados en la similitud. Por lo tanto, ya que al hablar de géneros y de especies no nos estamos refiriendo más que a una similitud más o menos amplia, es natural que indiquemos todos los tipos de similitud o conveniencia y, en consecuencia, que empleemos términos generales de todos los grados.

Ejercicios

1. Determine cuáles son las funciones del lenguaje, según W. Leibniz, y las diferencias que separan su concepción de la de J. Locke.
2. ¿En qué se fundamenta la necesidad de emplear términos generales, según Leibniz?

TEXTO 2

Leibniz,
Nuevos ensayos
sobre el
entendimiento
humano,
III, III,
traducción de
J. Echeverría

Teófilo.— [...] Por tanto, me atrevo a afirmar que originariamente casi todas las palabras son términos generales, ya que será muy extraño que se llegue a inventar un nombre a propósito para señalar a un determinado individuo sin alguna razón. Resulta posible mantener que los nombres de los individuos eran nombres de especie, otorgados preferentemente, o de cualquier otra manera que sea, a algún individuo, como el nombre de «cabezón» se le daba al que tenía la mayor cabeza del pueblo, o que al menos así era considerado. Asimismo los nombres de los géneros son atribuidos a las especies, es decir, que nos contentamos con términos más generales o más vagos para designar a especies más particulares, cuando no nos preocupamos demasiado por las diferencias [...].

Filaletes.— Vuestras reflexiones sobre el origen de los nombres propios son muy exactas; pero en lo que respecta a los nombres apelativos o generales, reconoceréis sin duda que las palabras llegan a ser generales cuando son signos de ideas generales, y las ideas son generales cuando por medio de la abstracción separamos de ellas el tiempo, el lugar o cualquier otra circunstancia que pudiera determinarlas a una u otra existencia particular.

Teófilo.— No estoy en desacuerdo con una utilización así de la abstracción, pero sucede más bien cuando ascendemos de las especies a los géneros, y no de los individuos a las especies. Por paradójico que pueda parecer, nos resulta imposible tener un conocimiento de los individuos y encontrar exactamente el modo de determinar la individualidad de cada cosa, a no ser que la conservemos a ella misma [...].

Ejercicios

1. ¿Cuál es el objetivo del razonamiento de Teófilo (Leibniz)?
2. Explique alguna diferencia entre cómo aplican el proceso de abstracción W. Leibniz y J. Locke para explicar el significado de los nombres comunes.



TEXTOS

Bloque 2: Leibniz

TEXTO 3

Leibniz,
Nuevos ensayos
sobre el
entendimiento
humano,
III, III,
traducción de
J. Echeverría

Filaletes.— [...] Mas respecto al oro sucede de manera muy diferente: la constitución real de sus partes, de la que depende el color, el peso, la fusibilidad, la estabilidad, etc., nos resulta desconocida, y al no tener idea de ella tampoco tenemos nombre que sea signo de ella. No obstante, dichas cualidades son las que hacen que a dicha materia la llamemos oro, y constituyen así su esencia nominal, es decir, lo que da derecho al nombre.

Teófilo.— Yo preferiría decir, de acuerdo con el uso corriente, que la esencia del oro es lo que le constituye y le da sus cualidades sensibles, que permiten reconocerlo y forman su *definición nominal*, mientras que si pudiéramos llegar a explicar dicha contextura o constitución interna tendríamos su *definición real o causal*. No obstante, a veces también la definición nominal llega a ser real, aunque no por sí misma (pues no nos permite conocer *a priori* la posibilidad o la generación de los cuerpos, sino por la experiencia, porque experimentamos que existe un cuerpo en el que todas esas cualidades aparecen juntas: sin esto podríamos poner en duda que tanto peso fuese compatible con tanta maleabilidad, como también podemos poner en duda hoy por hoy si es compatible con la naturaleza un cristal maleable en frío.

Ejercicios

1. Distinga entre las dos posiciones mantenidas por Teófilo y Filaletes. Ponga ejemplos de nombres y definiciones de sustancias (clases naturales).
2. Según Teófilo, ¿es la propiedad de ser maleable en frío un componente de la *esencia(definición) nominal* del cristal? ¿Y de la *esencia (definición) real*?
3. Ponga ejemplos de definiciones que podrían ser o son definiciones reales.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- LOCKE, J.
An Essay concerning human understanding, ed. de J. W. Yolton, 2 vols., Londres: Everyman's Library.
Ensayo sobre el entendimiento humano, México: F.C.E., 1956, traducción de E. O'Gorman, reimpreso en 1982. Ed. de S. Rábade y E. García, Madrid: Editora Nacional.
- LEIBNIZ, G. W.
Opera philosophica, ed. de J. E. Erdmann, Scientia Verlag Aalen, 1974.
New essays of human understanding. Traducción y edición de P. Remnant y J. Bennet, Cambridge: Cambridge U. Press, 1981.
Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano, ed. preparada por J. Echeverría Ezponda, Madrid: Editora Nacional, 1977.
- BERKELEY, G.
The works of G. Berkeley, Bishop of Cloyne, edición de A. Luce y T. E. Jessop, 9 volúmenes, Edimburgo: Nelson & Sons, 1948-1957.
- HUME, D.
Enquiry concerning human understanding, ed. de L. A. Selby-Bigge, Oxford, 1975.
Investigación sobre el conocimiento humano, ed. de J. Salas Ortúeta, Madrid: Alianza, 1980.
- HOBBS, T.
Opera philosophica, ed. de G. Maleworth, 5 volúmenes, Scientia Verlag Aalen, 1961.
Leviatan, ed. de A. R. Waller, Cambridge, 1904. Ediciones españolas en México: F.C.E., 1940 y Madrid: Editora Nacional, 1983 (C. Mayo y A. Escotado, eds.).

Ensayos y artículos

- AARON, R. I. (1937), *John Locke*, Oxford, 3.ª edición, 1971.
- AARSLEFF, H. (1964), «Leibniz on Locke on language», *American Philosophical Quarterly*, 1, págs. 165-188.
- AARSLEFF, H. (1975), «The Eighteenth Century, including Leibniz», en T. SCHCOK, ed., 1975, págs. 383-480.



BIBLIOGRAFÍA

- AARSLEFF, H. (1979), «Supplementary Bibliography of Recent Studies in the Historiography of Linguistics relating to the Eighteenth Century, including Leibniz», *Histoire, épistémologie, langage*, 1, 2, págs. 41-73.
- AARSLEFF, H. (1982), *From Locke to Saussure. Essays on the Study of language and intellectual history*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ARENS, H. (1969), *Sprachwissenschaft: der Gang ihrer Entwicklung von der Antike zur Gegenwart*, Freiburg: Karl Alber; traducción española: *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid: Gredos, 2 volúmenes, 1976.
- ARMSTRONG, R. I. (1965), «John Locke's doctrine of signs: a new metaphysics», *Journal of the History of ideas*, 26, págs. 369-382.
- ARMSTRONG, R. I. (1969), «Cambridge Platonists and Locke on Innate Ideas», *Journal of the history of ideas*, 30, págs. 187-202.
- ASWORTH, E. J. (1980), «The Scholastic Background to Lockes theory of meaning», en S. KOERNER, ed., *Progress in Linguistic Historiography*, págs. 59-68, Amsterdam: J. Benjamins.
- BARNES, J. (1972), «Mr. Locke's daring notion», *The Philosophical Quarterly*, 22, págs. 193-215.
- BENNETT, J. (1971), *Locke, Berkeley, Hume: Central Themes*, Oxford: Oxford U. Press.
- BONNO, G. (1955), *Les relations intellectuelles de Locke avec la France*, Berkeley.
- BRACKEN, H. M. (1974), *Berkeley*, Londres: McMillan.
- BUZETTI, D. y FERRIANT, M., eds. (1982), *La gramatica del pensiero: logica, linguaggio e conoscenza nell' età dell' Illuminismo*, Bolonia: Il Mulino.
- BURKHARDT, H. (1980), *Logik und Semiotik in der Philosophie von Leibniz*, Munich: Philosophia.
- CANNON, G. (1979), «English Grammarians of the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Semiotica*, 26, págs. 121-149.
- CLAUSS, S. (1982), «J. Wilkinss essay toward a real character: its place in the seventeenth century episteme», *Journal of the History of ideas*, 43, 4, págs. 531-553.
- COHEN, J. (1954), «On the Project of a Universal Character», *Mind*, 63, págs. 49-63.
- COSERIU, E. (1972), *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart: eine übersicht*. Vol. R: *Von Leibniz bis Rousseau*, Tubinga: Gunter Narr.

- COUTURAT, L. (1901, 1969), *La logique de Leibniz d'après des documents inédits*, Hildesheim: Oims.
- COUTURAT, L. (1903), *Opuscles et fragments inédits de Leibniz*, París.
- COUTURAT, L. y LEAU, L. (1903), *Histoire de la langue universelle*, París.
- CRAIG, E. J. (1968), «Berkeley's Attack on Abstract Ideas», *Philosophical Review*, 77.
- DASCAL, M. (1971), About the Idea of a Generative Grammar in Leibniz, *Studia Leibnitiana*, 3, págs. 272-290.
- DASCAL, M. (1978), *La sémiologie de Leibniz*, París: Aubier-Montaigne.
- DUCHET, M. y JALLEY, M., eds. (1977), *Langue et langages de Leibniz à L'encyclopédie*, París: U.G.E.
- EMERY, C. (1974), «John Wilkins' Universal Language», *Isis*, 38, págs. 174-185.
- FORMIGARI, L. (1972), *Linguistica e antropología nel secondo settecento*, Mesina: La Libria.
- FRANK, T. (1979), *Segno e significato: J. Wilkins e la linguistica filosofica*, Napoles: Guida ed.
- FRANKFURT, U. G., ed.; (1972), *Leibniz. A collection of Critical Essays*, Nótire Dame.
- GIUNER, D. A. (1962) «Scientific preconceptions in Locke's philosophy of language», *Journal of the History of Ideas*, 23, pág. 340-354.
- GREENLEE, D. (1972), «Locke and the controversy over innate ideas», *Journal of the History of Ideas*, 33.
- HACKING, I. (1975), *Why does matter language to philosophy*, Cambridge: Cambridge U. Press; hay versión española en Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- HAMANS, C. (1984), «Des langues universelles et de la sémantique», en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 313-322.
- HARNOIS, G. (1928), *Les théories du langage en France de 1660 à 1821*, París: Les Belles Lettres.
- HAYASHI, T. (1978), *The theory of english lexicography, 1530-1791*, Amsterdam: J. Benjamins.
- HEINEKAMP, A. (1976), «Sprache und Wirklichkeit nach Leibniz», en H. PARRETT, ed., 1976, págs. 518-571.
- HOLZ, U. H. (1958), *Leibniz*, Stuttgart; traducción española, Madrid: Revista de Occidente.
- HUNGERFORD, I. C. y VICK (1973), «Hobbes' theory of signification», *Journal of the history of philosophy*, 11, págs. 459-482.
- ISHIGURO, H. (1972), *Leibniz's Philosophy of Logic and Language*, Londres: Duckworth.
- JAKOBSON, R. (1975), *Coup d'oeil sur le développement de la sémiotique*, Lisse: Peter de Ridder Press.



BIBLIOGRAFÍA

- JOLLEY, N. (1984), *Leibniz and Locke: a study of the new essays of human understanding*, Nueva York.
- KNOWLSON, J. (1975), *Universal language schemes in England and France, 1600-1800*, Toronto.
- KRETZMANN, N. (1968), «The main thesis of Locke's semantic theory», *Philosophical Review*, 77, págs. 175-196; reimpresso en H. PARRET, ed., 1976; versión española en I. LIPTON, ed., *Locke y el entendimiento humano*, México: F.C.E., 1981.
- KROOK, D. (1956), «Thomas Hobbes doctrine of meaning and truth», *Philosophy*, 31, págs. 3-22.
- LABORDA, J. J. (1981), *Racionalismo y empirismo en la lingüística del siglo XVIII*, Barcelona: Tesis doctoral de la Universidad de Barcelona.
- LAND, S. K. (1974), *From signs to propositions. The concept of form in eighteenth century semantic theory*, Londres: Longman.
- LANDESMAN, CH. (1976), «Locke's theory of meaning», *Journal of the history of philosophy*, 14.
- LENDERS, W. (1976), «Kommunikation und Grammatik bei Leibniz», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 571-592.
- MACDONALD ROSS, G. (1984), *Leibniz*, Oxford: Oxford U. Press.
- MACKIE, J. L. (1974), «Locke's Anticipation of Kripke», *Analysis*, 34.
- MARTIN, R. M. (1953-54), «On the semantics of Hobbes», *Philosophy and Phenomenological Research*, 14, págs. 205-211.
- MARTIN, C. B. y AMSTRONG, D. M., eds. (1968), *Locke and Berkeley: a collection of critical essays*, Londres: University of Nôtre Dame Press.
- MCRAE, R. (1957), *The unity of the sciences: Bacon, Descartes, Leibniz*, Journal of the history of ideas, 18.
- MICHAEL, I. (1970), *English Grammatical Categories and the Tradition to 1800*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- MUGNAI, P. F. (1979), *Segno e linguaggio in G. Berkeley*, Roma: Edizioni dell'Ateneo e Bizarri.
- NUCHELMANS, G. (1983), *Judgement and Proposition: from Descartes to Kant*, Amsterdam: North-Holland.
- O'CONNOR, D. J. (1952), *John Locke*, Nueva York: Dover, 1967.
- ODEGARD, D. (1970), «Locke and the signification of words», *Locke Newsletter*, 1.
- PARKINSON, G. H. (1965), *Logic and reality in Leibniz's Metaphysics*, Oxford: Oxford U. Press.

- PARRET, H. (1975), *Idéologie et sémiologie chez Locke et Condillac*, Lisse, Netherlands: Peter de Rider Press.
- PATZIG, G. (1969), «Leibniz, Frege un die sogennante “lingua characteristica universalis”», *Studia lebnitiana*, supplementa 3, págs. 103-112.
- PITCHER, G. (1977), *Berkeley*, Londres: Routledge, Kegan & Paul.
- RESCHER, N. (1967), *The Philosophy of Leibniz*, Englewoods Cliffs: Harvard U. Press.
- ROBINET, A. (1979), «Pensée el langage chez Hobbes: physique de la parole el “translatio”», *Revue Internationale de Philosophie*, 129, págs. 452-483.
- RUSSELL, B. (1900), *A critical exposition of the philosophy of Leibniz*, 7^a edición, 1967, Londres. Versión española: *Exposición crítica de la filosofía de Leibniz*, Buenos Aires: Siglo veinte, 1977.
- SALMON, V. (1970), J. Wilkins' Essay (1668): «Critics and continuators», *Historiographia Linguistica*, 1, págs. 147-163.
- SALUS, P. (1976), «Universal Grammar 1000-1850», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 85-101.
- SCHMIDT, S. J. (1968), *Sprache und Denken ais sprachphilosophisches Problem von Locke bis Wittgenstein*, Den Haag: Nijhoff.
- SCHOOLS, P. A. (1975), «The cartesian method of Locke's Essay Concerning Human Understanding», *Canadian Journal of Philosophy*, 4.
- TÓRNEBOHN, H. (1960), «A Study in Hobbes' theory of denotation and truth», *Theoria*, 26, págs. 53-70.
- TROYER, J. (1975), *Locke on the names of substances*, Locke Newsletter, 6.
- UETTI, K. (1969), *Linguistics and literary theory*, New Jersey: Prentice Hall; traducción española: *Teoría literaria y lingüística*, Madrid: Cátedra, 1975.
- URMSON, J. O. (1982), *Berkeley*, Oxford: Oxford U. Press; traducción española, Madrid: Alianza, 1984.
- VERBURG, P. (1976), «The idea of a linguistic system in Leibniz», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 593-615.
- VIANO, C. A. (1960), *John Locke. Dal razionalismo all'illuminismo*, Turín.
- WARE, C. S. (1950), «The influence of Descartes on John Locke», *Revue internationale de philosophie*, págs. 210-230.
- WARNOCK, G. (1953), *Berkeley*, Harmondsworth: Pelican.
- WATERMAN, J. T., ed. (1978), *Leibniz und Ludolf on things linguistics: excerpts from their correspondence (1688-1703)*, Berkeley: U. of California Press.
- WELLS, R. (1969), «Innate Knowledge», en S. HOOK, ed., 1969, *Language and Philosophy*, Nueva York: N.Y. U. Press; versión española en México: F.CE. 1982.
- WOOD, N. (1975), «The Baconian Character of Locke's Essay», *Studies in History and Philosophy of Science*, 6.



BIBLIOGRAFÍA

- YOLTON, J. W. (1955), «Locke and the seventeenth-century logic of ideas», *Journal of the history of ideas*, 16, págs. 431-452.
- YOLTON, J. W. (1956), *John Locke and the Way of Ideas*, Oxford: Oxford U. Press.
- YOLTON, J.W. (1970), *Locke and the Compass of Human Understanding*, Cambridge.
- YOLTON, J. W., ed. (1969), *John Locke. Problems and Perspectives*, Cambridge: Cambridge U. Press.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Lo más importante es leer el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de J. LOCKE, en cualquiera de sus versiones, prestando particular atención al Libro III.

Para un análisis pormenorizado de las tesis semánticas de J. Locke en relación con algunos problemas típicos de la filosofía analítica del lenguaje, conviene leer el Capítulo IV de *Las palabras, las ideas y las cosas*, de M. GARCÍA CARPINTERO (1996).

En cuanto a LEIBNIZ, se recomienda igualmente la lectura de su obra *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Para un análisis más detallado, es preciso acudir a DASCAL, M. (1978), *La semiologie de Leibniz*, París: Aubier-Montaigne, que es seguramente la mejor exposición de su semiología.

Por lo que se refiere al proyecto de lengua universal, se puede consultar el libro de U. Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1996.

Cuestiones y problemas

1. Exponga la relación que existe entre las teorías del lenguaje de T. Hobbes y J. Locke.
2. Especifique las acepciones del término *idea* en el Ensayo de Locke.
3. ¿En qué medida se puede considerar a J. Locke un cartesiano?
4. I. Hacking (1975) ha afirmado que Locke tenía una teoría de la significación, pero no una teoría del significado. Explique la distinción y sus fundamentos en la obra de Locke.
5. Explique la función que tiene para Leibniz la etimología en sus investigaciones sobre la naturaleza del lenguaje.
6. ¿Defendía Locke la intraducibilidad entre diferentes lenguas? ¿Por qué?
7. Taxonomía de las ideas, según Locke. Relación con los términos lingüísticos que las designan.
8. Explique cómo soluciona Locke el conflicto entre su epistemología empirista y el aprendizaje del lenguaje.
9. ¿En qué consiste la comunicación lingüística, según Locke? ¿Cuáles son sus supuestos?

10. Explique la teoría de Locke sobre los nombres generales (comunes).
11. Exponga la noción de *modo mixto* en el *Ensayo*. ¿A qué categoría lingüística pertenecen los términos que los denominan? ¿Es su significado perfectamente definible? ¿Por qué?
12. ¿Cuáles son los factores que, según Leibniz, inciden en la constitución del lenguaje articulado?
13. Explique por qué pensaba Leibniz que los nombres generales son previos, en el aprendizaje, a los propios.
14. ¿Por qué creía Leibniz que sería posible construir una *characteristica universalis*?

TEMA 5

El análisis del lenguaje y el pensamiento en el Siglo de las Luces

ESQUEMA/RESUMEN

- 5.1. Los problemas característicos de la filosofía del lenguaje en el siglo XVIII
- 5.2. Lenguaje y pensamiento en E. Condillac
- 5.3. La función cognitiva del lenguaje
 - 5.3.1. La noción de análisis
- 5.4. Clases de signos y evolución del lenguaje
- 5.5. Las concepciones semióticas de los enciclopedistas
- 5.6. Función expresiva y función referencial de la lengua
- 5.7. Las concepciones lingüísticas de los ideólogos
- 5.8. Descomposición de las ideas y categorías lingüísticas

5.1. LOS PROBLEMAS CARACTERÍSTICOS DE LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE EN EL SIGLO XVIII

La reflexión sobre el lenguaje en el siglo XVIII está centrada en dos grandes tipos de problemas: 1) la relación del lenguaje con el pensamiento y 2) el origen del lenguaje. Ambos grupos de cuestiones no son independientes, sino que existe una relación epistemológica entre ellos. A lo largo de la Ilustración, e incluso hasta comienzos del siglo XIX, se pensó que, si se alcanzaba una respuesta satisfactoria al problema del origen del lenguaje, esta solución iluminaría de forma decisiva la oscura y perenne cuestión de las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento. Por tanto, las numerosas teorías que a lo largo del siglo XVIII se aventuran sobre el origen del lenguaje no constituyen especulaciones gratuitas desligadas de objetivos prácticos, sino que son parte de una investigación más general sobre la naturaleza del lenguaje y su función dentro de la sociedad, como por ejemplo las *Reflexions Philosophiques sur l'origine des langues et la signification des mots*, de Maupertuis, o el *Essai sur l'origine des langues*, de J. J. Rousseau.

El tipo de problemas que se enmarcan en el primer grupo está constituido por problemas heredados de la tradición cartesiana y, sobre todo, de la filosofía del lenguaje de J. Locke. En torno a la cuestión de la relación del signo lingüístico con la idea se alinean dos posiciones teóricas generales: el racionalismo, que pretende prolongar en parte la tradición cartesiana de la gramática de Port Royal, y el sensualismo, que lleva a sus consecuencias últimas el análisis del lenguaje propuesto por Locke. Los principales representantes de ambas corrientes, en el ámbito lingüístico, son Du Marsais y Beauzée, por los racionalistas, y Condillac y Diderot, por los sensualistas. A mediados del siglo XVIII, ambas posturas teóricas son recogidas en la Enciclopedia que, a pesar de su carácter genéricamente sensualista, incluyó en sus apartados lingüísticos artículos de Du Marsais y Beauzée. Sin embargo, sería simplificador entender la contraposición racionalismo/sensualismo como una concreción de la pugna entre las tesis racionalistas y empiristas sobre el lenguaje. Se trata más bien de interpretaciones diferentes sobre la teoría del lenguaje de Locke. Por ejemplo, tanto Du Marsais como Condillac siguen a Locke en su rechazo de las ideas innatas, pero mantienen tesis dife-

rentes sobre el origen y la naturaleza de las ideas, más próximas a Locke en el caso de Du Marsais, más radicales en el de Condillac. Además, ambos grupos de autores comparten una misma concepción de la gramática universal, que la sitúa en el centro de las investigaciones filosóficas. En la medida en que la filosofía no consiste en la elaboración de grandes sistemas especulativos (es bien conocida la aversión de los ilustrados a la «metafísica»), sino en el análisis detallado del origen y la forma de nuestros conocimientos, no puede evitar el examen de la forma en que tales conocimientos se plasman en el lenguaje. Por ejemplo, Beauzée, en el Prefacio a su *Gramática general* (1767), afirmaba que la metafísica, en su sentido restringido, debía incluirse entre las disciplinas englobadas por esa variedad de gramática filosófica: *La gramática debe exponer los fundamentos, las fuentes generales y las reglas comunes del lenguaje, y el lenguaje es la exposición del análisis del pensamiento por medio del habla. No existe ningún objetivo más metafísico o abstracto que éste.*

5.2. LENGUAJE Y PENSAMIENTO EN E. CONDILLAC

Sin embargo, es en la obra de E. Condillac donde se expone de una forma más penetrante la interrelación entre las investigaciones filosóficas y las lingüísticas. La idea general que se expone a lo largo de su obra, desde el *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746) hasta *La langue des calculs* (1798), es la de la interdependencia mutua entre el lenguaje y el pensamiento. Antes de Condillac, en Locke por ejemplo, la realidad lingüística era concebida de forma estática, como un simple reflejo de la realidad mental. Los signos visibles tenían como función la de representar las ideas invisibles. En el origen y conformación de éstas desempeñaban un papel esencial los sentidos y las diferentes operaciones del entendimiento (abstracción, reflexión, etc.), pero no el lenguaje. Éste era considerado sobre todo como el instrumento que remediaba las limitaciones de la memoria. Tanto desde el punto de vista del desarrollo del individuo como del de la especie, el lenguaje había permitido la fijación y la acumulación de conocimientos, pero no se le asignaba prácticamente ningún papel en la constitución de éstos. En cambio, la filosofía del lenguaje de Condillac va a insistir en el papel activo del lenguaje en el desarrollo del pensamiento individual y, a su través, en el progreso del conocimiento colectivo o social.

5.3. LA FUNCIÓN COGNITIVA DEL LENGUAJE

En su *Ensayo*, Condillac sitúa el problema lockeano del origen de las ideas en una nueva dimensión, la dimensión evolutiva. El progreso de la humanidad (y del individuo) no es una acumulación mecánica de los conocimientos alcanzados, sino que implica un desarrollo en la forma en que tales conocimientos se consiguen, una evolución de la facultad de pensar en defi-

nitiva. La razón, en cuanto facultad intelectual, no es un producto acabado y conformado de una vez por todas, como propugnaba el cartesianismo ortodoxo, sino una capacidad o disposición que puede perfeccionarse, tanto individual como colectivamente. En ese proceso evolutivo de la razón humana desempeña un papel esencial el lenguaje, porque el pensamiento, que consiste en la conexión de ideas, no es posible sin la utilización de signos: *las ideas están unidas a los signos y, como probaré, únicamente por su intermedio se relacionan entre sí* (Ensayo, pág. 9). Es en el lenguaje donde reside la capacidad relacional constitutiva del pensamiento. Ni los objetos, ni las ideas, en cuanto representación de esos objetos, permiten establecer conexiones conceptuales a las que se pueda denominar pensamiento. Los elementos epistemológicos últimos son las sensaciones, las impresiones que producen los objetos a los sentidos. A partir de las impresiones se puede construir el resto de los procesos cognitivos. Pero el lenguaje es fundamental en el análisis de las impresiones, en el proceso de distinguir entre las diferentes impresiones y en el de compararlas. En la comparación entre ideas está implícito ya un juicio (sobre sus similitudes o diferencias), que está lingüísticamente articulado. Finalmente, el razonamiento es el encadenamiento regulado de los juicios. Por tanto, la propia constitución de las ideas requiere el concurso del lenguaje: *estoy convencido de que el uso de los signos es el principio que desarrolla el germen de todas nuestras ideas* (Ensayo, pág. 16). Ésta es una tesis que no solamente rompe con la tradición cartesiana, cuyo dualismo exige la naturaleza incorpórea del pensamiento, sino también con lo que de cartesiano hay en Locke, la afirmación de la naturaleza heterogénea de pensamiento y lenguaje.

5.3.1. La noción de análisis

Condillac denominó *análisis* al método que empleó para reconstruir el origen de las ideas. Este método analítico consistía esencialmente en un proceso de descomposición y de ordenación que permitía acceder a los elementos últimos del pensamiento, que se presenta, en general, en cuanto acto, como una totalidad unitaria e indiferenciada. La aplicación del método analítico consiste en el examen lingüístico, porque el lenguaje mismo incorpora un análisis de la realidad. Según Condillac, *todo lenguaje es un método analítico y todo método analítico es un lenguaje*. En las lenguas naturales, que han experimentado procesos históricos de modificación, la conexión entre los términos lingüísticos y experiencias ha quedado oscurecida, pero existe la posibilidad de construir una lengua *bien-faite*, en el sentido de que represente de forma prístina la realidad. De hecho, las teorías científicas no son sino lenguajes de esta clase que, a partir de elementos últimos, van construyendo progresivamente y de forma composicional su representación de la realidad (Lavoisier presentó su teoría química ateniéndose al modelo condillaciano de lenguaje).

5.4. CLASES DE SIGNOS Y EVOLUCIÓN DEL LENGUAJE

Para mostrar cómo funciona el lenguaje en el desarrollo del pensamiento, Condillac distingue tres clases de signos, *Los signos accidentales, o los objetos que, en circunstancias particulares, resultan ligados con algunas de nuestras ideas, de manera que pueden suscitarlas, los signos naturales, o los gritos que la naturaleza ha establecido para los sentimientos de alegría, temor, dolor, etc., y los signos de institución, o que nosotros mismos hemos elegido, y que sólo tienen una relación arbitraria con las ideas* (Ensayo, pág. 19a). Los dos primeros tipos de signos son propios de la individualidad, son los signos que emplearía cualquier ser humano que se viera privado de contacto con una comunidad lingüística. El tercer tipo, en cambio, corresponde al nivel de lo social, requiere el acuerdo o el consentimiento de más de un individuo. Posteriormente, en su *Gramática*, Condillac propuso calificar a los signos de institución como artificiales antes que como arbitrarios. Lo que deseaba era, por una parte, subrayar la ausencia de relación natural entre el signo y la idea pero, por otra, observar que el signo no es inmotivado, sino que existe una adecuación natural del signo a la inteligencia, a los límites que ésta establece: *¿qué son signos arbitrarios? signos escogidos sin una razón y por capricho. Entonces no podrían ser comprendidos. Antes bien, los signos artificiales son los signos cuya elección está fundamentada racionalmente: deben ser ideados de tal suerte que la inteligencia esté preparada para ellos mediante los signos que ya son conocidos* (Gramática, cap. 1). La clasificación establecida por Condillac se corresponde con su concepción de la evolución del lenguaje. En un primer momento, el lenguaje habría estado compuesto por signos naturales, como ahora lo está el de algunas especies animales, constituyendo una forma de *lenguaje de acción*: *El hombre empieza a «hablar» el lenguaje de las acciones tan pronto como experimenta algún sentimiento, y habla sin hacerse ningún propósito de comunicar sus pensamientos. Se hace el propósito de hablar para hacerse comprender sólo cuando advierte que ha sido comprendido* (Ensayo, 2.397a). La captación de que la expresión de los sentimientos causa efectos en los congéneres, despertando o incitando sus sentimientos de solidaridad, la consecución de cuidados, alimento, etc. constituye la motivación positiva (el refuerzo positivo, dirían los psicólogos conductistas) para la repetición de esos signos y, sobre todo, para la invención de otros nuevos que puedan despertar reacciones similares.

Para Condillac, existe una continuidad entre los signos naturales y de institución desde el punto de vista evolutivo, puesto que los segundos han sido ideados a partir de los primeros mediante la aplicación del principio de analogía. En realidad, este principio, que permite la constitución propia de los signos artificiales, opera también como principio generador de la riqueza y la heterogeneidad lingüísticas. Es él quien ha permitido no sólo el salto cualitativo de la animalidad a la humanidad, sino también la proliferación de lenguas diferentes. El animal, confinado a sus pobres sistemas de comunicación, se encuentra en un estado de pasividad respecto a su entorno; el

hombre, en cambio, gracias a que puede captar la realidad mediante un sistema de signos que permite la abstracción, es capaz de dominar y transformar su medio por obra del conocimiento. Pero la elaboración de signos lingüísticos a partir de signos naturales, por su propia naturaleza artificial, se ha realizado de modos muy diferentes. De ahí la diversidad de las lenguas y los diferentes modos en que éstas analizan la realidad. Condillac ha sido juzgado como un defensor de una cierta naturalidad del signo lingüístico, siendo en este aspecto más leibniziano que lockeano, pero hay que entender bien en qué reside esta presunta naturalidad del signo para Condillac. Para él, sería posible deshacer hacia atrás el proceso de evolución histórica de ese signo y encontrar en su origen un signo natural, un elemento de un primitivo lenguaje de acción, animal. Pero es la historia quien ha deshecho, de múltiples formas, esa primigenia relación y, lo que es más, sólo mediante la ruptura de tal relación es como fue posible la constitución de la inteligencia.

Condillac, no obstante, participó del ideal de Leibniz de una lengua universal, una lengua en que el principio de analogía fuera aplicado de una manera unívoca. Esta univocidad vendría determinada por el orden natural que seguirían las sucesivas abstracciones, la construcción y definición de los correspondientes términos generales. Esta lengua universal sería al conocimiento lo mismo que, según Condillac, era el álgebra para las matemáticas (la teoría de conjuntos ocuparía ese lugar con el correr de la historia): el lenguaje fundamentador, al cual podrían retrotraerse todos los conceptos, por abstractos que fuesen. La naturaleza constructiva y completamente analítica de este lenguaje tendría como resultado la disolución del concepto de verdad sintética: toda verdad, una vez analizada, no vendría sino a ser una afirmación de identidad de las cosas consigo mismas, una verdad carente de contenido empírico.

5.5. LAS CONCEPCIONES SEMIÓTICAS DE LOS ENCICLOPEDISTAS

Respecto a la concepción de la *Gramática de Port-Royal*, según la cual la reflexión lingüística tiene una motivación y finalidad práctica, la enseñanza racional de la lengua, la idea subyacente a las concepciones de los enciclopedistas ha perdido esa motivación; ha dejado de ser prescriptivista, en el sentido racionalista, para hacerse descriptivista. Dicho de otro modo, el cambio de perspectiva es el siguiente: para los cartesianos de Port-Royal la razón determinaría la gramática, en el sentido de que de ella emanaría como producto natural. Para los enciclopedistas es la lengua la expresión de la razón, el conjunto de fenómenos en que se puede estudiar con mayores garantías de éxito su naturaleza estructurada, reglada. Dicho brevemente, Port-Royal considera la razón como agente productor de la lengua, la *Enciclopedia* concibe la lengua como producto de la razón.

Esta diferencia de orientación, que parece un nimio cambio de enfoque, refleja un importante desplazamiento de énfasis en las concepciones lingüísticas del siglo XVIII. La semiótica de Port-Royal (y la semántica de Locke) estaban centradas sobre el análisis de la palabra, en su doble vertiente, morfológica y psicosemántica. El centro de interés estaba situado en la taxonomía de los términos (las partes del discurso), que se correspondía con la clasificación natural de los tipos de ideas (y de realidades). La sintaxis era concebida como el estudio de la concatenación de los términos en la frase, y ocupaba un lugar secundario con respecto al análisis morfológico.

En las concepciones enciclopedistas, la gramática es juzgada como un campo de estudio más extenso, que no sólo abarca los fenómenos morfosintácticos, sino que también engloba el estudio de fenómenos semánticos como la sinonimia o el significado figurado. La gramática es, en suma, concebida como una parte de la semiótica, la disciplina definida por vez primera por Locke, la parte que trata de los signos lingüísticos en todas sus dimensiones, tanto en las estrictamente formales (sintaxis) como en las sustantivas (semánticas).

En este sentido, resulta interesante el análisis de la definición de signo lingüístico que figura en la *Enciclopedia*, extraída tanto de Port-Royal como de Condillac. Por una parte, el signo *es todo lo que está destinado a representar algo. El signo encierra dos ideas; una, la de la realidad representativa, otra, la de la realidad representada; y su naturaleza consiste en evocar la segunda mediante la primera*. Este fragmento de la definición constituye literalmente la concepción cartesiana admitida por los enciclopedistas y que, por tanto, incorpora problemas ya mencionados en el capítulo sobre la lingüística cartesiana. Consisten éstos en que la relación de significación no se establece, de acuerdo con esta concepción, entre un acontecimiento físico (la preferencia de una expresión) y una idea, la de la realidad referida, sino entre dos ideas, la idea del sonido y la de lo representado. Esta parte de la concepción cartesiana es admitida no sólo en la *Enciclopedia*, sino también en los tratados gramaticales más importantes del siglo XVIII. Por ejemplo, Du Marsais (*Traité des Tropes*, 1) recoge esta concepción al afirmar que *cuando se nos da pan, y se nos profiere la palabra «pan», por un lado el pan graba su imagen en nuestro cerebro mediante la vista, y suscita su idea en él; por otro lado, el sonido de la palabra «pan» ejerce también su impresión mediante nuestro oído, de forma que estas dos ideas accesorias, esto es, excitadas en nosotros al mismo tiempo, no podrían producirse de modo independiente, sin que una suscite la otra*. El proceso psicológico subyacente al de significación es pues un proceso de asociación, que requiere una relación entre categorías psicológicas de un mismo nivel (las ideas). Esta concepción determina una estructura cuatripartita que, al menos en la obra de Du Marsais, está en conexión con una ontología dualista. En cambio, en la concepción empirista, la asociación no requiere la homogeneidad categorial de los elementos asociados: las sensaciones pueden evocar directamente las ideas; la estructura cuatripartita es reducible a una

tripartita. Y es esta segunda concepción la que también figura en la definición de la Enciclopedia, cuando se menciona, literalmente, la clasificación condillaciana de los signos. En ella, los signos de institución, a los que pertenecen propiamente los lingüísticos, no encierran esa doble idea a la que hace referencia el primer párrafo de la definición enciclopedista de signo. Para Condillac, no existe distinción entre la percepción y la conciencia de la percepción, entre la sensación y la idea, por lo que carece de sentido la estructura cuatripartita de Port-Royal y Du Marsais. La relación de significación se limita pues al plano fonético (con sus propios principios de estructuración), al psicológico, con las diferentes modalidades de ideas que pueden figurar en el entendimiento, y al ontológico, con las diferentes categorías de la realidad que pueden suscitar esas ideas. Los axiomas básicos de la teoría del significado en la Enciclopedia se enmarcan en esta estructura ternaria: 1) la función del lenguaje es expresar (comunicar) el pensamiento; 2) los elementos del lenguaje se corresponden con los del pensamiento, 3) la relación entre los elementos lingüísticos y psicológicos es arbitraria. Entre los postulados primero y segundo existe una relación estrecha: la expresión del pensamiento sólo se consigue mediante esa correspondencia que dota de significado a los sonidos; únicamente en la medida en que éstos evocan las ideas, pueden éstas, en su concatenación, manifestar el pensamiento. Los enciclopedistas concebían el proceso de comunicación como un doble proceso de traducción, de inspiración lockeana. En primer lugar, el hablante traduce a signos lingüísticos el flujo de sus ideas; en segundo, el oyente traduce a sus propias ideas las expresiones lingüísticas oídas. La objetividad de la significación queda asegurada por la uniformidad de los procesos de aprendizaje y la estructura unitaria del entendimiento humano (de su aparato sensorial, en la interpretación empirista). Pero la lengua, como tal, no es concebida como un sistema en el que los elementos tienen una interdependencia semántica estructural: cada palabra tiene significado de forma aislada, en virtud de su correspondencia con una idea, y no por sus relaciones con las demás. El sistema semántico, considerado globalmente, es concebido esencialmente como un vocabulario, esto es, como un repertorio de designaciones de ideas. Como tales inventarios, los sistemas semánticos de las lenguas son comparables, pueden considerarse más o menos ricos, más o menos evolucionados, poniendo de relieve en mayor o menor medida la perfección de una sociedad: *la lengua de un pueblo determina su vocabulario y el vocabulario es un cuadro bastante fiel de todos los conocimientos de ese pueblo: con la sola comparación del vocabulario de una nación en épocas diferentes, puede uno formarse una idea acerca de sus progresos* (Diderot, art. Encyclopédie, de la Enciclopedia, tomo 9, pág. 259).

Sólo en este contexto de concepciones lingüísticas se puede comprender la insistencia de los ilustrados de todos los países en subrayar la perfección comparativa de su lengua. Sólo en este clima de ideas adquiere sentido el propio proyecto de la Enciclopedia, compendio y resumen lingüístico del conocimiento y evolución de una sociedad que ha creído llegar a su madurez evolutiva.

5.6. FUNCIÓN EXPRESIVA Y FUNCIÓN REFERENCIAL DE LA LENGUA

La *Enciclopedia* considera la lengua no como un sistema, en el sentido moderno introducido por F. de Saussure, sino como un complejo constituido por elementos discontinuos. Esta discontinuidad se corresponde con la del pensamiento, en cuanto producto, analizable, descomponible, y no en cuanto acto intelectual, esencialmente unitario. En cuanto tal producto, el pensamiento consiste en la asociación de ideas, del mismo modo que el enunciado no es sino la asociación de palabras. Esto no quiere decir que la relación de las ideas en el pensamiento sea la misma que la de las palabras en el enunciado. No hay evidencia de que los enciclopedistas concibieran en este sentido la representación del pensamiento: la correspondencia entre palabra e idea eclipsaba la naturaleza relacional del enunciado y del pensamiento. Esta correspondencia abarcaba por otro lado dos funciones que la lingüística moderna ha diferenciado: la referencial y la expresiva. La palabra designa al mismo tiempo que expresa, pero no realidades heterogéneas, sino una misma realidad mental, la idea. La semiótica de los enciclopedistas sigue manteniendo el realismo moderado de Locke, que afirmaba la realidad de los objetos «exteriores», pero que excluía la posibilidad del acceso directo a tal realidad: *la palabra se nos ha dado para expresar los sentimientos interiores de nuestro espíritu, y las ideas que tenemos de los objetos exteriores*(*Enciclopedia*, art. Langue, pág. 249).

Cuando la palabra desempeña esa primera función expresiva, se hace interjección, elemento del lenguaje del *corazón* (de la acción, según Condillac), en el que se borran las diferencias entre lo natural y lo arbitrario y que, por tanto, se encuentra al margen de la gramática. Existen otros rasgos lingüísticos a los que los enciclopedistas (por ejemplo, Diderot en su *Lettre sur les sourds et les muets*) adscriben función expresiva, como la elección entre términos sinónimos, distribución de los términos en el enunciado, de las vocales y consonantes en diferentes lenguas, etc. Pero ello no ha de ocultar el hecho de que lo esencial de la función expresiva en el lenguaje está ligada a la asociación palabra-idea. Es posible que diferentes términos evoquen con diferente fuerza una misma idea, y sean en ese sentido más o menos *expresivos* pero, en cuanto médula de la significación, la expresión es la relación que liga a la palabra con la idea que suscita. Es esa función expresiva la útil desde el punto de vista comunicativo: la razón misma de la existencia del lenguaje es la comunicación de los pensamientos, no la forma en que esa comunicación se realiza: *la simple enunciación de los pensamientos es el primer objetivo del habla y el objetivo común a todos los idiomas* (*Enciclopedia*, art. Langue, pág. 264). El lenguaje tiene la ventaja, por su estructura esencialmente lineal, de presentar el pensamiento descompuesto, esto es, analizado. En este punto hay una cierta oscilación en las concepciones de los enciclopedistas: en algunos, como antes en el propio Condillac, el análisis es una función del lenguaje, algo que el lenguaje hace cuando expresa el pensamiento.

Para otros (Beauzée), en cambio, el análisis es el resultado de la propia naturaleza del lenguaje cuando expresa el pensamiento; la idea se presenta descompuesta, dividida, cuando es significada en la proposición.

Esta forma de concebir la dimensión analítica del lenguaje tiene su importancia cuando los enciclopedistas encaran el problema de la génesis de las ideas abstractas, y en consecuencia el de la semántica de los términos generales. Para ellos, la idea abstracta puede ser tanto el fruto de una composición o combinación de ideas simples, que requiere pues una actividad constructiva del entendimiento, como una totalidad unitaria, que se presenta simultáneamente a los sentidos, y que requiere la descomposición, el análisis. En este nivel, como en el de la proposición, existe una identificación en la concepción de los enciclopedistas entre el sentido y la referencia: tanto los términos como los enunciados expresan y refieren ideas. A lo más que se llega a diferenciar, desde el punto de vista semántico, es a lo que constituye la idea sujeto del entendimiento, representación subjetiva, y objeto de éste, realidad objetiva (Beauzée). Por ejemplo, «círculo cuadrado» constituye una expresión que designa una idea del primer tipo, aunque no sea objetiva en el sentido del segundo. En el plano ontológico se distingue pues una existencia conceptual o intelectual, propia de las ideas generales, y una existencia objetiva o real, propia de las entidades particulares componentes del mundo.

5.7. LAS CONCEPCIONES LINGÜÍSTICAS DE LOS IDEÓLOGOS

El movimiento filosófico de los *ideólogos* representa la culminación de los esfuerzos de los ilustrados por entender las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento. En sus concepciones, se advierte la voluntad de sintetizar y generalizar los análisis de Locke y Condillac, para articular una concepción general sobre la naturaleza del lenguaje y su función expresiva del pensamiento. Entre sus figuras más importantes se encuentra Destutt de Tracy, cuyas obras guardan una estrecha relación crítica con las de Condillac y Beauzée.

Destutt de Tracy, en su *Mémoire sur la faculté de penser* (1796), define la ideología como *la ciencia del análisis de las sensaciones y las ideas*, concibiéndola con un ámbito de investigación interdisciplinar, en el que coinciden fisiólogos, estudiosos de las sensaciones («psicólogos») y gramáticos. Este ámbito de investigación, más o menos entrevisto por Locke y Condillac, alcanza su apogeo académico en el *Institut National*, donde sustituyó a la metafísica, y su ocaso con su abolición por Napoleón, en el Primer Imperio. Su carácter metateórico y fundamentador es destacado desde un principio por Tracy: *Sólo se pueden comparar los hechos una vez que se los conoce, y sólo se pueden descubrir las leyes generales que rigen esos hechos después de compararlos entre sí. Esto explica también por qué la ciencia que nos ocupa, la de la formación de las ideas, es tan nueva y se encuentra tan poco adelantada:*

como es la teoría de las teorías, debía surgir en último lugar . Lo cual, por lo demás, no nos debe hacer concluir que las teorías en general, y la ideología en especial, sean inútiles; sirven para rectificar y depurar los diferentes conocimientos, relacionarlos entre sí, subsumirlos bajo principios más generales y finalmente reunirlos por lo que tienen en común (*Eléments d'idéologie*, 1, págs. 307-308). Asimismo, una de las características externas de la ideología más destacables es su orientación práctica. No sólo pretende constituirse como saber teórico fundamentador del conocimiento, sino también impregnar todo su proceso de producción y difusión, desde la investigación a la enseñanza; hasta la propia actividad política, en cuanto actividad racional, basada en el conocimiento de la realidad, fue un objetivo para los ideólogos, lo que les llevó al enfrentamiento con el autoritarismo napoleónico y, finalmente, a su extinción.

5.8. DESCOMPOSICIÓN DE LAS IDEAS Y CATEGORÍAS LINGÜÍSTICAS

En la obra de Destutt de Tracy, verdadero núcleo de la ideología, se lleva a cabo una interpretación radical del sensualismo de Condillac y, al mismo tiempo, una presentación sistemática de sus tesis. Para Tracy, la sensación se encuentra en la base de todas las operaciones del entendimiento, todas se pueden reducir a ella. La percepción es la sensación que nos producen los objetos, la memoria la que nos producen los recuerdos, el juicio la que nos produce la relación entre el sujeto y el predicado y, finalmente, la voluntad la sensación de nuestros deseos. Este sensualismo radical, no obstante, no desemboca en un idealismo de tipo berkeleyano: la realidad existe objetivamente, como prueba el funcionamiento de uno de nuestros sentidos, el tacto; la realidad ofrece resistencia, y esa resistencia constituye al mismo tiempo la identidad del sujeto, en cuanto paciente, y la del objeto, en cuanto agente.

La sensación se encuentra en la génesis de todas las ideas y en el origen de todo lenguaje. Las formas primitivas de ese lenguaje, que Condillac denominó *lenguaje de acción*, apelan a los sentidos de la vista (gestos), el oído (gritos) y el tacto (contactos). A partir de esos sistemas primitivos de comunicación de ideas se constituyen las lenguas artificiales, que se distinguen por ser producto de actos voluntarios, los de fijar y transmitir ideas en ausencia de sus componentes sensitivos. D. de Tracy empleó como ejemplo el de la exclamación *ouf*. Como interjección no indica ningún análisis de una idea o sensación; representa un todo indiferenciado que remite globalmente a una experiencia. Más adelante, con el perfeccionamiento del lenguaje, se distingue el sujeto de la experiencia de la experiencia misma y se añade el pronombre *je* (*j'ouf*). Finalmente, la distinción se hace clara mediante la separación nítida entre el sujeto y el predicado del juicio, cuando se alcanza a distinguir entre las diferentes ideas o sensaciones que le acaecen al sujeto. Se elabora así la expresión de un juicio completo (*j'etouffe: me ahogo*).

El nombre y la oración (o proposición) se corresponden con las dos operaciones principales del entendimiento: sentir y juzgar. El nombre designa ante todo una realidad resistente a la voluntad del individuo y no una substancia: *Sabemos que lo que nos asegura la existencia de seres ajenos es su resistencia a nuestra voluntad expresada en acto; que ésta es la propiedad fundamental que constituye, no la substancia (nada nos dice que haya tal cosa), sino la naturaleza y la realidad de esos seres* (Eléments, 2, págs. 55-56). Por eso Tracy rechaza la denominación de sustantivo y prefiere la de nombre absoluto o subjetivo. En cuanto a la proposición, que corresponde al juicio, no consiste sino en la expresión de la sensación de inclusión de una idea en otra, esto es, de la experimentación de la relación entre dos ideas. Tracy expone una concepción de la gramática como análisis de los procesos de la composición y descomposición en la proposición. Sólo en ese contexto relacional tienen sentido los análisis de las partes del discurso. En consecuencia, éstas se encuentran definidas funcionalmente: *la esencia del discurso es la de estar compuesto de proposiciones, de enunciados de juicios. Ésos son sus elementos inmediatos propios; y a lo que se denomina impropriamente los elementos, las partes del discurso, realmente son los elementos, las partes de la proposición* (Grammaire, reed. 1970, pág. 33).

Con respecto a este contexto relacional, existen ciertos elementos fijos en la semántica de las categorías léxicas. Así, el verbo tiene siempre, para Tracy, un importe existencial: *lo propio del verbo es la expresión de la existencia, bien la existencia abstracta y en general, como en el caso del verbo ser bien una existencia particular (como en los demás verbos)* (Eléments, 2, pág. 174). Si consideramos un verbo como «llueve», en él se expresan dos ideas; en primer lugar, una idea general de estado o existencia y otra, más concreta, correspondiente a la modalidad de ese estado, el de «estar lloviendo». En cuanto a los adjetivos, que Destutt prefiere denominar *modificadores*, se caracterizan por cumplir dos funciones: o contribuir a formar sujetos de proposiciones, o contribuir a formar predicados complejos, esto es, tienen una naturaleza esencialmente *incompleta*.

La predicación, en cuanto expresión relacional entre ideas, requiere la existencia de éstas; para que se produzca el acto de la predicación se necesita que la idea tenga realidad. Tanto el verbo como el adjetivo quedan subsumidos funcionalmente en la categoría de atributo, siendo inútil, desde este punto de vista, establecer diferencias entre ellos. Algo similar sucede con la categoría de nombre: es definida funcionalmente en cuanto ocupa, en el seno de la proposición, el papel de sujeto. En este sentido, la concepción ideologista de Tracy se separa radicalmente de la de Beauzée, para el que la naturaleza de cada palabra es independiente del uso que se hace de ella en el conjunto de una proposición (Grammaire générale, reed. 1974, 1, pág. 303). Cualquier palabra puede desempeñar la función de sujeto y, en ese sentido, convertirse en sustantivo: cuando digo que «no» es una partícula, y que «valiente» es un adjetivo, tanto uno como otro son en realidad sustantivos.

«No» ya no expresa tal o cual respuesta negativa a una proposición anterior, sino que representa la idea íntegra y completa de una cierta palabra que en francés tiene esas funciones. Es más, toda una proposición, incluso muy compleja, se convierte en un único sustantivo, auténtico nombre de una idea, cuando se representa por un pronombre (*Eléments*, 11, pág. 41).

Igualmente, se diferencia de Condillac en su concepción de lo que es la proposición. Para Condillac, la proposición era una especie de ecuación, la formulación de una identidad entre las ideas, identidad que podía ser sólo parcial. De acuerdo con Destutt de Tracy, esto es erróneo. Por supuesto, las identidades (ecuaciones) son un tipo de proposiciones, pero no todas son así. Incluso en el caso de las identidades, se puede mantener que los dos términos de la ecuación no son idénticos: si tenemos « $32 = 9$ », esa proposición consta en realidad de dos partes « 32 » y « $= 9$ », de las cuales la segunda (« $=9$ ») puede entenderse como un predicado similar a «es rojo». Así, mientras que, para Condillac, toda proposición tiene la estructura « $x = x$ », para Destutt toda proposición tiene la estructura $f(x)$, donde f representa cualquier predicado, incluyendo el de identidad.

Para Destutt de Tracy, la gramática universal constituía la dimensión metodológica de la ideología, el instrumento mediante el cual se podía investigar la estructura básica del entendimiento humano. La gramática universal, a la que dedicó toda la segunda parte de sus *Eléments*, proporcionaba los elementos básicos del análisis de la realidad llevado a cabo por el pensamiento. Su exposición está centrada más en los aspectos ontogenéticos que en los filogenéticos, y concede más importancia relativa al análisis del francés que al análisis comparativo de diferentes lenguas. Pero la obra de otros ideólogos, como la de Volney, abrió el camino a la ruptura definitiva con las concepciones filosóficas sobre el lenguaje basadas en ejemplos paradigmáticos, como el latín o el francés, ruptura que se efectuó en el siglo XIX.



TEXTOS

Bloque 1: Condillac

TEXTO 1

Condillac,
Lógica,
Cap. II,
traducción de
J. A. Villa

...Los elementos del lenguaje de acción nacieron con el hombre; estos elementos son los órganos que nos ha dado el Autor de la Naturaleza. Por eso hay un lenguaje innato, aunque no existan ideas que lo sean. Efectivamente, era preciso que los elementos de cualquier lenguaje, preparados de antemano, precedieran a nuestras ideas, porque sin alguna clase de signos nos sería imposible analizar nuestros pensamientos para darnos cuenta de lo que pensamos; es decir, para verlo claramente. Así, nuestra configuración externa está destinada a representar todo lo que sucede en el alma; es la expresión de nuestros sentimientos y de nuestros juicios; y cuando habla, nada puede permanecer oculto.

Por qué primero está todo confuso en ese lenguaje

Lo propio de la acción no es analizar. Como representa únicamente los sentimientos, porque ella misma es un efecto, representa simultáneamente todo lo que experimentamos en el mismo momento, y las ideas simultáneas en nuestro pensamiento lo son, asimismo, en nuestro lenguaje.

Pero una multitud de ideas simultáneas no sabrían ser distantes más que en tanto nos hayamos acostumbrado a observarlas unas después de otras; a esta costumbre es a la que debemos la ventaja de diferenciarlas con una rapidez y una facilidad que asombran a los que no han adquirido igual hábito. Por ejemplo, ¿por qué un músico distingue en una armonía todas las partes que se oyen a la vez? Porque su oído se ha ejercitado en observar y en apreciar los sonidos.

Los hombres empiezan a hablar el lenguaje de acción tan pronto como sienten, y entonces lo hablan sin tener el designio de comunicar sus pensamientos. Tampoco proyectan hablar para hacerse entender hasta que hayan notado que se los ha entendido; pero al principio nada proyectaron porque nada observaron.

Entonces en su lenguaje todo está confuso para ellos, y no desentrañarán nada hasta que no hayan aprendido a analizar sus pensamientos.

Sin embargo, aunque en su lenguaje todo esté confuso, éste encierra todo lo que sienten, contiene ya todo lo que discernirán cuando sepan analizar sus pensamientos, es decir, sus deseos, temores, juicios, razonamientos; en una palabra, todas las operaciones de las que es capaz el alma. Porque si todo esto no existe, el análisis no podría hallarlo. Veamos cómo estos hombres aprenden de la Naturaleza a analizar todas estas cosas.



TEXTOS

Bloque 1: Condillac

Cómo seguidamente se convierte en un método analítico

Tienen necesidad de ayudarse, pues cada uno de ellos precisa hacerse entender y, por consiguiente, entenderse a sí mismo.

Primero obedecen a la Naturaleza; y, sin proponérselo, según acabamos de observar, dicen a la vez todo lo que sienten, porque a su acción le es natural el explicarlo así. Sin embargo, aquel que percibe sólo con los ojos, no comprendería nada si no descompusiese esta acción para observar los movimientos uno después de otro. Pero el descomponerlo es cosa natural en él, y lo hace antes de haber premeditado hacerlo; porque si bien ve todos los movimientos a la primera mirada, sólo contempla lo que le sorprende más. A la segunda mirada repara en otras cosas; en la tercera la hace en otras diferentes. Así es que los observa sucesivamente, y el análisis está hecho.

Cada uno de los hombres observará, más pronto o más tarde, que nunca comprende mejor a los demás que después de haber descompuesto su acción; y, por tanto, podrá advertir también que, para hacerse comprender, necesita descomponer la suya.

Entonces se habituará, poco a poco, a repetir uno después de otro los movimientos que la Naturaleza le ha hecho realizar a un tiempo, y el lenguaje de acción se convertirá para él en un método analítico. Digo un método, porque la sucesión de movimientos no se hará de una forma desordenada o arbitraria; pues siendo la acción un efecto de las necesidades y de las circunstancias en que cada uno se halla, es natural que se descomponga según el orden determinado por estas mismas necesidades y circunstancias; y aunque este orden pueda variar y así lo hace, nunca puede ser arbitrario. Por eso, el lugar de cada personaje en un cuadro, su acción y su carácter, están perfectamente determinados cuando se representa el asunto con todas sus circunstancias.

Descomponiendo su acción, este hombre descompone su pensamiento para sí mismo y para los demás; analiza y se hace entender, porque él mismo se comprende.

Así como la acción total es un cuadro de todo el pensamiento, las acciones parciales son otros tantos cuadros de las ideas de las que forman parte. Por tanto, si descomponemos estas acciones parciales, descompondremos, asimismo, las ideas parciales de las que constituyen los signos, y nos haremos constantemente con ideas nuevas y claras.

Este es el único medio que existe para analizar el pensamiento, pues se le podrá desarrollar hasta en sus menores detalles, ya que, habiendo sido

dados los primeros signos de un lenguaje, es suficiente con consultar a la analogía, ella nos dará todos los demás. Por tanto, ese lenguaje de acción nos podrá dar toda clase de ideas, y nos la dará con tanta mayor claridad y precisión cuanto más sensiblemente se muestre la analogía en la serie de ideas que se haya escogido.

Los signos absolutamente arbitrarios no serían entendidos; porque, no siendo idénticos, la acepción de un signo conocido no llevaría a la acepción de otro desconocido. También esta analogía hace un artificio de las lenguas; éstas son fáciles, claras y precisas, según que la analogía se muestre en ellas de una proporción más o menos apreciable.

Acabo de decir que *hay un lenguaje innato, aunque no haya ideas que lo sean*. Esta verdad, que podrá no ser advertida, se muestra por las observaciones que la siguen y explican.

El lenguaje que se llama innato es un lenguaje que no hemos aprendido, porque es el lenguaje natural e inmediato de nuestra configuración. Dice todo lo que sentimos de una vez; por tanto, no es un método analítico; no descompone nuestras sensaciones, no hace notar lo que éstas encierran, no nos da ideas. Cuando se ha convertido en un método analítico, entonces descompone las sensaciones y nos da ideas; pero como tal método se aprende y, por tanto, desde este punto de vista no es innato.

Por el contrario, bajo cualquier aspecto que se consideren las ideas, ninguna de ellas dejará de ser innata; si bien es cierto que todas están en nuestras sensaciones, no es menos cierto que para nosotros todavía no se encuentran allí mientras no las hemos sabido observar, y ésta es la razón por la que el sabio y el ignorante no se asemejan sino en la manera de sentir, pero no en las ideas, aunque los dos tengan idéntica organización; pero el uno ha analizado más que el otro; así, pues, si es el análisis el que nos da las ideas, éstas son adquiridas, puesto que el análisis se aprende; por tanto, no hay ideas innatas.

Se razona mal cuando se dice: *esta idea está en nuestras sensaciones; por consiguiente, nosotros tenemos esa idea* y, no obstante, este razonamiento no deja de repetirse. Puesto que no habiendo observado todavía nadie que nuestras lenguas son otros tantos métodos analíticos, tampoco se observa que sólo analizamos por ellas, y así se ignorará que les debemos todos nuestros conocimientos.

Por eso la metafísica de muchos escritores no es más que una jerga ininteligible para ellos mismos y para los demás.»

Ejercicios

1. Explique la categoría de *lenguaje de acción* en E. Condillac.
2. ¿Por qué es el análisis una condición de posibilidad del pensamiento y del lenguaje?
3. ¿Por qué mantiene Condillac que hay un lenguaje innato aunque no haya ideas innatas?



TEXTOS

Bloque 1: Condillac

TEXTO 2

Condillac,
Lógica,
Cap. III
traducción de
J. A. Villa

De cómo las lenguas son métodos analíticos. Imperfecciones de estos métodos

Las lenguas son métodos analíticos

Se concebirá fácilmente cómo las lenguas son otros tantos métodos analíticos, y se ha comprendido cómo el mismo lenguaje de acción lo es; y si se ha observado que sin este último los hombres estarían en la imposibilidad de analizar sus pensamientos, se reconocerá que, habiendo dejado de hablarlo, no lo analizaríamos si no lo hubiésemos sustituido por el lenguaje de los sonidos articulados. El análisis no se hace ni puede hacerse más que por medio de signos.

Incluso es preciso señalar que, si no se hubiera formado primeramente con los signos de lenguaje de acción, jamás se hubiesen formado con los sonidos articulados de nuestras lenguas.

En efecto, ¿cómo se hubiese convertido una palabra en el símbolo de una idea, si ésta no se hubiese mostrado en el lenguaje de acción? Y ¿cómo la hubiese mostrado este lenguaje y nos la hubiera hecho observar separada de todas las demás?

Ellas han empezado, como todas las invenciones de los hombres, antes de que hubiese existido el proyecto de hacerlo

Los hombres ignoran el poder que poseen mientras la experiencia no les ha hecho observar lo que hacen, siguiendo sólo a la Naturaleza. Por eso jamás han hecho deliberadamente más que las cosas que ya habían realizado sin habérselo propuesto. Creo que esta observación se confirmará siempre, y aun pienso que, de no habernos pasado inadvertida, se razonaría mejor de lo que se razona.

No han pensado en hacer análisis hasta haber observado que los habían hecho; no han pensado en hablar el lenguaje de acción para hacerse entender, hasta que han observado que se les había comprendido. De igual forma no habrían pensado en hablar con sonidos articulados hasta después de haber observado que habían hablado con sonidos semejantes, y las lenguas han comenzado antes de que hayan tenido el propósito de formarlas. Así es como han sido poetas y oradores antes de pensar en serlo. En una palabra, todo aquello en lo que se han transformado primero lo han sido sólo por la Naturaleza; no han estudiado para serlo hasta que han observado lo que la Naturaleza los había obligado a hacer. La Naturaleza lo ha ini-

ciado todo, y siempre lo ha hecho bien; es una verdad que nunca se repetirá lo suficiente.

Cómo las lenguas han sido métodos exactos

En verdad, las lenguas eran entonces muy limitadas; pero no es preciso creer que por serlo estuviesen peor construidas; incluso puede ser que las nuestras lo estén peor. En efecto, las lenguas no son exactas por hablar de muchas cosas con gran confusión, sino por hacerlo con claridad, aunque sea de pocas cosas. Si, deseando perfeccionarlas, se hubiese podido continuar como habíamos empezado, no se hubiesen buscado palabras nuevas en la analogía hasta que, después de un análisis bien hecho, hubiesen dado nuevas ideas; y las lenguas siempre exactas se hubiesen extendido más.

Las lenguas han sido métodos exactos mientras han hablado únicamente de cosas relativas a las urgencias de primera necesidad. Pues si sucedía que en un análisis se suponía algo que no debía ser, la experiencia no podía dejar de hacerlo resaltar; y así se corregían los errores y se hablaba mejor.

Cómo se han convertido en métodos defectuosos

Pero esto no fue posible. Como los hombres analizaban sin saberlo, no observaban que si tenían ideas exactas esto se debía exclusivamente al análisis. No conocían toda la importancia de este método, y analizaban menos a medida que la necesidad de analizar se hacía sentir con menos intensidad.

Cuando se estuvo seguro de poder satisfacer las urgencias de primera necesidad, se acostumbraron a cosas menos necesarias; de éstas se pasó a otras menos precisas todavía, y gradualmente se vinieron a formar necesidades de mera curiosidad; necesidades de opinión, en suma; necesidades útiles y cada una más frívola que las otras. Entonces cada día se sentía menos la necesidad de analizar: bien pronto sólo se sintió el deseo de hablar, y se habló antes de tener idea de lo que se quería decir. Ya no era la época en la que los juicios se sometían naturalmente a la prueba de la experiencia. No se tenía el mismo interés en asegurarse de si las cosas que se juzgaban eran tales como se las había supuesto. Agradaba creerlo sin examen; y un juicio que se había hecho una costumbre se convertía en una opinión de la que no se dudaba. Estas equivocaciones tenían que ser frecuentes, porque las cosas que se juzgaban no habían sido observadas, y usualmente ni siquiera podían serlo. Entonces un primer juicio falso acarreaba un segundo, igualmente falso, y bien pronto éstos se hicieron innumerables. La analogía llevaba de error en error, porque era una consecuencia.

He aquí lo que les ha ocurrido a los mismos filósofos. No hace mucho tiempo que han aprendido el análisis; aún no saben utilizarlo más que en matemáticas, física y química. Por lo menos, yo no sé que hayan sido capaces de aplicarlo a toda clase de ideas. Ninguno de ellos ha imaginado el considerar las lenguas como otros tantos métodos analíticos.

Así, pues, las lenguas se han convertido en métodos muy defectuosos. Entre tanto, el comercio acercaba a los pueblos, que, hasta cierto punto, intercam-



TEXTOS

Bloque 1: Condillac

biaban sus opiniones y sus preocupaciones al igual que los productos de su suelo y de su industria. Las lenguas se confundían, y la analogía no podía guiar al espíritu en la acepción de las palabras. El arte de raciocinar pareció ignorado; se hubiese dicho que ya no era posible aprenderlo. No obstante, como los hombres habían estado colocados en el camino de los descubrimientos, algunas veces podían volverlo a encontrar; pero si lo descubrían de nuevo *no lo reconocían, porque no lo habían estudiado jamás, y se extraviaban nuevamente.*

Si se hubiese observado que las lenguas son otros tantos métodos analíticos, no hubiese sido difícil encontrar las reglas del arte de raciocinar

Durante siglos se han hecho vanos esfuerzos para descubrir las reglas del arte de raciocinar. No se sabía dónde buscarlas, y se buscaban en el mecanismo del discurso, mecanismo que dejaba subsistir todos los vicios de las lenguas.

Para encontrarlas no había más que un medio: era el de observar nuestra forma de concebir y estudiarlo en la facultad de que nos ha dotado la Naturaleza. Es preciso señalar que las lenguas son únicamente métodos analíticos: métodos hoy en día muy defectuosos, pero que han sido exactos, y que podrían volver a serlo.

Esto no se ha notado, porque no habiendo observado cuán necesarias son las palabras para formarnos toda clase de ideas, se ha supuesto que sólo servían de medio para comunicarnos nuestros pensamientos. Además, como en muchos aspectos han parecido arbitrarias a los gramáticos y a los filósofos, se ha llegado a suponer que sólo tienen por reglas el uso caprichoso; es decir, que, con frecuencia, carecen de ellas.

Ahora bien, todo método las tiene y debe tenerlas siempre.

Por tanto, no nos debe sorprender que hasta ahora nadie haya sospechado que las lenguas sean otros tantos métodos analíticos.

Ejercicios

1. ¿Qué significa que una lengua sea un *método analítico*?
2. ¿En qué consiste el análisis que realiza una lengua?
3. Explique la teoría de Condillac acerca de la evolución de las lenguas como métodos analíticos.

TEXTO 3**De la influencia de las lenguas****Condillac,
Lógica,**Cap. IV,
traducción de
J. A. Villa*Las lenguas forman nuestros conocimientos, nuestras opiniones
y nuestras preocupaciones*

Puesto que las lenguas formadas a medida que las analizamos se han convertido en otros tantos métodos analíticos, se concibe que para nosotros es natural el pensar de acuerdo con las costumbres que nos han hecho adquirir. Pensamos por ellas, como reglas de nuestros juicios, conocimientos y preocupaciones; en una palabra, a este respecto nos hacen todo el bien y todo el mal; tan grande es su influencia, y no podía ocurrir de otra forma.

Nos extravían porque son métodos imperfectos; pero, por lo mismo que son métodos, no son totalmente malos y, a veces, nos guían bien. No hay nadie que con el único auxilio de sus hábitos adquiridos por su propia lengua no sea capaz de hacer algunos razonamientos exactos.

Así es como todos hemos empezado, y vemos con frecuencia a hombres indoctos que raciocinan mejor que otros que han estudiado mucho.

Las lenguas de las ciencias no son las mejor construidas

Comúnmente se desearía que los filósofos hubieran dirigido la formación de las lenguas, y se cree que así hubiesen sido más exactas. Pero sería preciso que se tratase de otros filósofos distintos a los que conocemos. Es verdad que en matemáticas se habla con precisión, porque el álgebra, obra del genio, es una lengua que no podría ser mal construida. También es verdad que algunas partes de la física y de la química han sido tratadas con análoga precisión por unos cuantos hombres de ingenio, nacidos para observar adecuadamente. Aparte de esto, no veo que el lenguaje de las ciencias haya tenido ninguna ventaja; tiene los mismos defectos que los demás e, incluso, mayores. Con frecuencia se lo habla sin decir nada, y a veces para decir absurdos; en general, no parece que se hable con objeto de hacerse entender.

Las primeras lenguas vulgares han sido las más adecuadas para raciocinar

Me imagino que las primeras lenguas vulgares han sido las más propias para el raciocinio, porque la Naturaleza, que presidió su formación, por lo menos las había iniciado bien. La generación de las ideas y de las facultades del alma debía ser fácilmente apreciable en estas lenguas en las que se conocía la primitiva acepción de una palabra y donde la analogía daba todas las demás.

En las ideas abstractas se volvían a encontrar iguales nombres que en las ideas sensibles de las que se derivan, pero en lugar de verlas como los nombres propios de esas ideas, se las veía como expresiones figuradas que mostraban cuál era su origen. Por ejemplo, entonces no se preguntaba si la palabra *substancia* significa otra cosa más que *lo que está debajo*; si la palabra *pensamiento* quiere decir algo más que *pesar, equilibrar, comparar*. En una palabra, no se pensaba en hacer preguntas como las que hoy en día hacen los metafísicos. Las lenguas, que respondían por adelantado a todas, no daban lugar a que se hiciesen, y aún no habían aparecido los metafísicos malos.



TEXTOS

Bloque 1: Condillac

La buena metafísica se inició antes que las lenguas, y es a ella a la que deben todo lo bueno que tienen. Pero esta metafísica era entonces menos una ciencia que un instinto. Era la propia Naturaleza la que guiaba a los hombres sin que lo notasen, y la metafísica no se ha convertido en ciencia hasta que dejó de ser buena.

Son los filósofos, sobre todo, los que han introducido el desorden en el lenguaje

Una lengua sería muy exacta si la gente que la forma cultivase las artes y las ciencias sin tomar nada prestado de ninguna otra lengua, ya que la analogía en esta lengua mostraría el progreso de los conocimientos de una forma muy clara, y no sería preciso buscar su historia en ningún sitio; resultaría una lengua realmente docta, y sólo ella lo sería. Pero cuando unas y otras son retazos de muchas lenguas extranjeras y diferentes, todo lo confunden; la analogía no puede hacer notar en las diferentes acepciones de las palabras el origen y la formación de los conocimientos; no sabemos poner precisión en nuestros discursos, ni siquiera pensamos en ello; hacemos preguntas al azar, y las contestamos de igual forma; abusamos continuamente de las palabras, y no hay opinión, por extravagante que sea, que no encuentre partidarios.

Son los filósofos quienes han llevado las cosas hasta tal punto de desorden. Han querido hablar de todo, y han hablado muy mal; aun lo han hecho peor por haber querido cada uno aparentar un modo de pensar exclusivamente suyo, aun cuando lo hacían como todo el mundo. Sutiles, singulares, visionarios, ininteligibles, con frecuencia parecían temer no ser lo bastante enigmáticos, y afectaban cubrir con un velo sus conocimientos verdaderos o fingidos. Así es como la lengua de los filósofos, durante siglos, no ha sido más que una jerga.

Por fin esa jerga ha sido desterrada de las ciencias; digo que ha sido desterrada porque no se ha desterrado por sí misma; busca siempre un asilo, refugiándose bajo nuevas formas, y los ingenios mejores han de esforzarse mucho para cerrarle todas las puertas; pero, en fin, las ciencias han hecho progresos porque los filósofos han observado mejor y han puesto en su lenguaje la precisión y la exactitud que habían puesto en sus observaciones. Así es como se ha corregido la lengua en muchos aspectos, y de esa forma se ha raciocinado mejor. De lo que se deduce que el arte del raciocinio ha seguido todas las variaciones de la lengua, y eso es lo que tenía que suceder.

Ejercicios

1. Explique cuál es la influencia de la lengua sobre el pensamiento, según E. Condillac.
2. ¿Por qué mantiene Condillac que las primeras lenguas eran más perfectas que las actualmente existentes?
3. Analice la función que, para Condillac, desempeña la analogía en la evolución de la lengua.
4. Exponga las críticas de Condillac a la filosofía o metafísica tradicional.



TEXTOS

Bloque 2: La Enciclopedia

TEXTO 1

**Enciclopedia de
Diderot y
D'Alembert,**
art. Langue,
16 (L6),
traducción de
E. de Bustos

El primer lenguaje del hombre, el más universal, el más enérgico o el único que le fue preciso antes de que tuviera que persuadir a hombres reunidos en asamblea, es el grito natural. Como este grito sólo era arrancado por la fuerza del instinto en ocasiones de urgencia, para pedir socorro ante un gran peligro o alivio ante males graves, no era de gran utilidad en el discurrir cotidiano de la vida, en que rigen sentimientos más moderados. Cuando las ideas de los hombres comenzaron a extenderse y a multiplicarse y se estableció entre ellos una comunicación más estrecha, buscaron signos más numerosos y un lenguaje más amplio: multiplicaron las inflexiones de la voz y les añadieron los gestos que, por su propia naturaleza, son más expresivos y cuyo carácter depende menos de una determinación previa. Expresaron entonces los objetos visibles y móviles mediante gestos: los que impresionan el oído mediante recursos imitativos; pero como el gesto indica apenas los objetos presentes o fáciles de describir y las acciones patentes, como no es de un uso universal, ya que la oscuridad o la interposición de un cuerpo lo hacen inútil; y como exige atención antes que provocarla, se vio abocado a ser finalmente sustituido por la voz articulada que, sin tener la misma relación con ciertas ideas, es más apropiada para representar a todas, como signos de institución, sustitución que sólo pudo ser posible de mutuo acuerdo y de una manera difícil de practicar para los hombres, cuyos toscos órganos aún no tenían ningún ejercicio, y aún más difícil de concebir en sí mismo, ya que este acuerdo unánime debió ser justificado, de tal modo que el propio habla debió ser necesario para establecer el uso del habla.

Ejercicios

1. Explique lo que son signos de institución y a qué otro tipo de signos se oponen. Ponga ejemplos.
2. Relacione la teoría sobre el origen del lenguaje del texto con la de Condillac.
3. El final del texto apunta a una posible paradoja en la constitución de convenciones lingüísticas, ¿cómo se solucionaba esa presunta paradoja en la lingüística de la Ilustración?

TEXTO 2

**Enciclopedia de
Diderot y**

D'Alembert,

art. Langue,
traducción

E. de Bustos

Es apropiado pensar que las primeras palabras que usaron los hombres tenían en su entendimiento una significación mucho más amplia de la que tienen las que se emplean en las lenguas ya conformadas, ya que, ignorando la división del discurso en sus partes, dieron primero a cada palabra el sentido de una proposición completa. Cuando comenzaron a distinguir el sujeto del predicado, el verbo del nombre - lo que constituyó un esfuerzo considerable de ingenio - los sustantivos no fueron primero sino otros nombres propios, el infinitivo el único tiempo de los verbos, y respecto a los adjetivos, esa noción se debió desarrollar muy dificultosamente, puesto que todo adjetivo es una palabra abstracta, y las abstracciones son operaciones trabajosas y poco naturales.

Ejercicios

1. ¿Por qué afirma el texto que los adjetivos son *palabras abstractas*?
2. Relacione lo que afirma el texto con las teorías de Locke y Leibniz sobre los nombres generales (comunes).



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- BEAUZÉE, N.
Grammaire générale ou exposition raisonnée des éléments nécessaires du langage, ed. de B. E. Bartlett, Bad-Cannstatt: Fromann Holzboog, 1774.
- CONDILLAC, E. B. DE
Oeuvres philosophiques, ed. de G. Le Roy, 3 vols., 1947, París: P.U.F.
Oeuvres philosophiques, tomo 32 del *Corpus general des Philosophes français*.
Essai sur l'origine des connaissances humaines, Amsterdam: P. Mortier.
Grammaire, reimpreso del original con introducción de U. Ricken, Stuttgart-Bad Cannstatt: Fromann-Holzboog, 1981.
La langue des calculs, ed. de S. Auroux y A. M. Chouillet, Villeneuve d'Asq: P. U. de Lille.
- DESTUTT DE TRACY
Mémoire sur la faculté de penser, Mémoires de l'Institut National, I. Thermidor, an VI, 1798, págs. 283-450.
Eléments d'idéologie, 4 vols., París, 1801-1815.
Grammaire générale, París, 1803.
Dictionnaire de grammaire et de littérature, 1789, eds. Beauzée y Marmontel, 6 vols., Lieja: Panckoucke.
- DU MARSAIS, C. CH.
Oeuvres complètes, recopiladas por Duchosal y Milon, París: Pouguin, 1797.
Oeuvres choisies, ed. facsimil con introducción de H. E. Brekle, Stuttgart: Fromann Holzboog, 1971.
- DIDEROT, M. y D'ALEMBERT, M.
Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers, par une société des gens de lettres. Mis en ordre & publié par M. Diderot, de l'Académie Royale des Sciences et des Belles Lettres & quant à la partie mathématique par M. D'Alembert, de l'Académie Française, 1751-1780, 35 vols., París: Briason David.
Encyclopédie méthodique, Grammaire et littérature, 1782, 3 vols., París: Panckoucke.
- HARRIS, J.
Hermes (1751) or philosophical inquiries concerning universal grammar, ed. facsimil Menston: Scholar Press, 1969. Traducción francesa de F. Thurot, reedición en facsímil con introducción y notas de A. Joly, Ginebra: Droz, 1972.

- MAUPERTUIS, TURGOT, CONDILLAC, DU MARSAIS, ADAM SMITH
Varia linguistica. Textos escogidos por Ch. Porset, prefacio de M. Duchet, Burdeos: Ducros, 1970.
- ROUSSEAU, J. J.
Oeuvres complètes, ed. de M. Lannay, París: Serrie, 1967-1971.
Essai sur l'origine des langues, Poitiers: Bibliothèque du Graphe, 1973.

Ensayos y artículos

- AARSLEFF, H. (1967), *The study of language in England 1780-1860*, Princeton: Princeton U. Press.
- AARSLEFF, H. (1974), «The tradition of Condillac. The problem of the origin of language on the eighteenth century and the debate in the Berlin Academy before Herder», en D. HYMES, ed., *Studies in the History of Linguistics*, 1974, págs. 93-156, Bloomington: Indiana U. Press.
- AARSLEFF, H. (1975), «Condillac speechless statue», *Studia Leibnitiana*, Supplement IV, págs. 287-302.
- AARSLEFF, H. (1977), «Guillaume de Humboldt et la pensée linguistique des idéologues», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds., 1977.
- ACTON, H. B. (1959), «The Philosophy of language in Revolutionary France», *Proceedings of the British Academy*, 45, págs. 199-219.
- ANDRESSEN, J. (1984), «Débris et histoire dans la théorie linguistique du 18^{ème} siècle», en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 379-388.
- ANGENO, M. (1971), «Condillac et le Cours de linguistique générale», *Dialectica*, 25, 2.
- APEL, K. O. (1963), «Die Idee der Sprache in der Tradition des Humanismus von Dante bis Vico», *Archiv für Begriffsgeschichte*, vol. 8, Bonn: Bouvier.
- ARMOGATHE, J. R. (1973), Néologie et idéologie dans la langue française au 18^{ème} siècle, *Dixhuitième siècle*, 5, págs. 17-28.
- AUROUX, S. (1973), *L'Encyclopédie: «Grammaire» et «langue» au XVIII^{ème} Siècle*, París: Maison Mame, Collection Repères.
- AUROUX, S. (1979), *La semiotique des Encyclopédistes*, París: Payot, Collection langages et sociétés.
- AUROUX, S. (1981), «Empirisme et théorie linguistique chez Condillac», en J. SGARD, ed., 1981.
- AUROUX, S. y CHEVALIER, J. (1980), *Histoire de la linguistique française*, París: Larousse.
- AUROUX, S. y otros, eds. (1984), *Materiaux pour une histoire des théories linguistiques*, Lille: Presses U. de Lille.
- BAKALAR, H. N. (1975), Language and logic: Diderot and the “grammairiens-philosophes”, *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, 132, págs. 113-135.



BIBLIOGRAFÍA

- BAKALAR, H. N. (1976), «The cartesian legacy to the eighteenth century grammarians», *Modern Language Notes*, 91, págs. 698-721.
- BARTLETT, B. E. (1975), *Beauzée's Grammaire générale: theory and methodology*, La Haya: Mouton, Janua Linguarum, 82.
- BARTLETT, B. (1980), «Les rapports entre la structure profonde et l'énoncé au XVIII^{ème} siècle», *Langue française*, 48, págs. 28-43.
- BAUM, R. (1971), *Destutt de Tracy en España*, Iberoromania, 9.
- BAUM, R. (1975), «Die "Ideologen" des 18. Jahrhunderts und die Sprachwissenschaft», en *Historiographia Linguistica*, II, 1.
- BEAL, M. W. (1973), «Condillac as precursor of Kant», *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, 102, págs. 193-229.
- BERHEAUD, P. (1979), «De James Harris a J. Horne Tooke. Mutations de l'analyse du langage en Angleterre dans la deuxième moitié du XVIII^{ème} siècle», *Historiographia linguistica*, VI, 1, págs. 15-45.
- BORST, A. (1957-1963), *Der Turnbau von Babel: Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprache und Volker*, 4 vols., Stuttgart: Anton Hiersemann.
- BUZETTI, D. y FERRIANT, M. eds. (1982), *La gramática del pensiero: logica, linguaggio e conoscenza nell'età dell'Illuminismo*, Bologna: Il Mulino.
- CANNON, G. (1979), «English grammarians of the seventeenth and eighteenth centuries», *Semiotica*, 26, págs. 121-149.
- CAPPELLETTI, A. J. (1973), *Introducción a Condillac*, Maracaibo: Universidad de Zulia.
- CAPPELLETTI, A. (1974), «El lenguaje y la teoría de los signos en la filosofía de Condillac», en *Homenaje a A. Rosenblat*, Caracas: Instituto Pedagógico, págs. 58-65.
- CHAMBERS, W. W. (1946), «Language and nationality in pre-romantic and romantic thought», *Modern Language Review*, 41, págs. 382-393.
- CHERVEL, A. (1977), ... *Et il fallut apprendre á tous les petits français*, París: Payot.
- CHEVALIER, J. C. (1967), «La grammaire de Port-Royal et la critique moderne», *Langages*, 6, págs. 16-33.
- CHEVALIER, J. C. (1968), *Histoire de la syntaxe. Naissance de la notion de complément dans la grammaire française (1930-1750)*, Ginebra: Droz.
- CHEVALIER, J. C. (1971), «La grammaire générale et la pédagogie au XVIII^{ème} siècle», *Le Français Moderne*, 39, págs. 40-51.
- CHEVALIER, J. C. (1976), «Les idéologies et le comparatisme historique», en *In Memoriam Fr. Diez*, Amsterdam: J. Benjamins.

- CHEVALIER, J. C. (1979), «Analyse grammaticale et analyse logique, esquisse de la naissance d'un dispositif scolaire», *Langue française*, 41, págs. 20-34.
- CHOUILLET, J. (1972), «Descartes et le problème de l'origine des langues au XVIII^e siècle», *Dix huitième siècle*, 4, págs. 39-60.
- COSERIU, E. (1972), *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart: Eine Übersicht. Teil II: Von Leibniz bis Rousseau*, Tübingen: TBC Verlag Gunter Narr.
- DERRIDA, J. (1967), «La linguistique de Rousseau», *Revue Internationale de Philosophie*, 82, págs. 443-462.
- DINNEN, F. P., ed. (1966). *Report on the seventeenth annual Round Table Meeting on Linguistics and Language Studies*, Mon. N° 19, Washington: Georgetown U. Press.
- DOMINICY, M. (1979), «Addition à la bibliographie de Ch. Porset sur les sciences du langage de Port-Royal aux idéologues, 1600-1818», *Dix-huitième siècle*, 11, págs. 431-436.
- DROIXHE, D. (1975), «L'orientation structurale de la linguistique au XVIII^e siècle», *Le Français Moderne*.
- DUCHET, M. y M. JALLEY, eds. (1977), *Langue et langages de Leibniz à l'Encyclopédie*, París: U.G.E.
- DUTZ, K. D. y L. KACZMAREK, eds. (1985), *Rekonstruktion und Interpretation. Problemgeschichtliche Studien zur Sprachtheorie von Ockam bis Humboldt*, Tübingen: Gunter Narr.
- FANO, G. (1962), *Saggio sulle origine del linguaggio, con una storia critica delle dottrine glottogoniche*, Turin: Einaudi.
- FORMIGARI, L. (1972), *Linguistica e antropologia nel secondo settecento*, Nassina: La libra.
- FORMIGARI, L. (1974), «Language and society in the late 18 century», *Journal of the history of ideas*, 35, 2, págs. 275-292.
- FRANK, Th. (1979), *Segno e significato: John Wilkins e la linguistica filosofica*, Nápoles: Guida Editori.
- GÓMEZ ASENSIO, J. J. (1981), *Gramática y categorías verbales en la tradición española (1771-1847)*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- GOSSMAN, L. (1960), «Berkeley, Hume and Maupertuis», *Foundations of language*, 14, págs. 304-324.
- GRIMSLEY, R. (1967), «Some aspects of "natura" and "Language" in the French Enlightenment», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 56, págs. 659-677.
- GRIMSLEY, R. (1971), *Sur l'origine du langage*. Textos de Maupertuis, Turgot, Maine de Biran, Ginebra: Droz.
- GULYA, J. (1974), «The eighteenth century antecedents of the nineteenth century linguistic revolution», en D. HYMES, ed., 1974.
- GUSDORF, G. (1973), *Les sciences humaines et la pensée occidentale*, vol. 6: *L'avènement des sciences humaines au siècle des Lumières*, París, Payot.



BIBLIOGRAFÍA

- GUSDORF, G. (1978), *La conscience révolutionnaire, les Idéologues*, París: Payot.
- HARNOIS, G. (1928), *Les théories du langage en France de 1660 à 1821*, París: Les Belles Lettres.
- HINE, F. M. (1973), «Condillac and the problem of language», *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, 106, págs. 21-62.
- HORDÉ, T. (1977), «Les idéologues: théorie du signe, sciences et enseignement», *Langages*, 45, págs. 42-66.
- HOWELL, W. S. (1971), *Eighteenth Century British Logic & Rhetoric*, Princeton: Princeton U. Press.
- HUNT, J. J. (1938), «Logic and linguistics. Diderot as grammairien-philosophe», *Modern Language Review*, 33, págs. 215-233.
- HYMES, D. ed. (1974), *Studies in the history of linguistics: traditions and paradigms*, Indiana U. Press.
- JOLY, A. (1976), «James Harris et la problématique des parties du discours à l'époque classique», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 410-430.
- JOLY, A. (1981), «La linguistique de Condillac», *Bulletin de la Société française de Philosophie*, 75, 1.
- JOLY, A. y STÉFANINI, J. eds. (1977), *La Grammaire générale des modistes aux idéologues*, Lille: P. U. de Lille.
- JULIARD, P. (1970), «Philosophies of language in eighteenth century in France», *Janua linguarum*, n. 18, La Haya: Mouton.
- KENNEDY, E. (1977), «Destutt de Tracy and the unity of the sciences», *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, 161.
- KNIGHT, I. (1968), *The geometrical spirit: the abbé de Condillac and the french Enlightenment*, New Haven: Yale U. Press.
- KUEHNER, P. (1944), *Theories on the Origin and Formation of Language in the 18 th century in France*, U. of Philadelphia Press.
- LAND, G. K. (1974), *From Signs to Propositions. The concept of Form in Eighteenth Century Semantic Theory*, Londres: Longman.
- LÁZARO CARRETER, F. (1949), *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid: CSIC; reeditado en Barcelona: Crítica, 1985, con prólogo de M. Brea Claramonte.
- LEFÉVRE, R. (1966), *Condillac ou la joie de vivre*, presentación, antología de textos y bibliografía, París: Seghers.
- LEFÉVRE, R. (1967), «Condillac, maître du langage», *Revue internationale de Philosophie*, 82, págs. 393-406.

- LENOIR, R. (1917), «Psychologie et logique de Destutt de Tracy», *Revue philosophique de la France et de l'étranger*.
- LENOIR, R. (1924), *Condillac*, París: F. Alcan.
- LE ROY, G. (1937), *La psychologie de Condillac*, París: Boivin.
- MORAVIA, S. (1974), *Il pensiero degli ideologues*, Florencia: La Nuova Italia.
- NUCHELMANS, G. (1983), *Judgment and Proposition: from Descartes to Kant*, Amsterdam: North Holland.
- PADLEY, G. A. (1985), *Grammatical theory in Western Europe 1500-1700*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- PARRET, H. (1975), *Idéologie et sémiologie chez Locke et Condillac: la question de l'autonomie du langage devant la pensée*, Lisse: Peter de Ridder.
- PICARDI, E. (1977), «Some problems of classification in linguistics and biology, 1800-1830», *Historiographia Linguistica*, IV, 1, págs. 31-57.
- PORSET, Ch. (1937), «Grammatista Philosophans: les sciences du langage de Port-Royal aux idéologues, 1660-1818. Bibliographie», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds., 1977.
- PROUST, J. (1965), *L'Encyclopédie*, París: Colin.
- PROUST, J. (1967), «Diderot et les problèmes du langage», *Romanische Forschungen*.
- PROUST, J. (1967), *Diderot et L'Encyclopédie*, París: A. Colin.
- RASNER, F. (1962), *Idéologie et théorie des signes: analyse structurale des Elements d'idéologie de A.L.C. Destutt de Tracy*, La Haya: Mouton.
- REGALDO, M. (1970), *Materiaux pour une bibliographie de l'idéologie et des idéologies, Répertoire analytique de littérature française*, n. 1, págs. 33-49; n. 2, págs. 27-39.
- RICKEN, U. (1976), «Die Krontoverse Du Marsais und Beauzée gegen Batteux, Condillac und Diderot. Ein Kapitel der Auseinandersetzung der Aufklärung», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 460-487.
- RICKEN, U. (1978), *Grammaire et philosophie au siècle des Lumières: controverses sur l'ordre naturel et la clarté du Français*, Lille: P. U. de Lille.
- RICKEN, U. (1981), «Linguistique et anthropologie chez Condillac», en J. SGARD, ed., 1981.
- RICKEN, U. (1984), «Linguistique et philosophie dans la Grammaire de Condillac», en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 337-346.
- RICKEN, U. (1984a), *Sprache, Anthropologie, Philosophie in der französischen Aufklärung*, Berlin: Akademie Verlag.
- RODIS-LEWIS, G. (1967), «L'art de parler et l'essai sur l'origine des langues», *Revue Internationale de Philosophie*, 82, págs. 407-420.
- ROSIELLO, L. (1967), *Linguistica illuminista*, Bolonia: il Mulino.
- ROSIELLO, L. (1968), «Le theorie linguistiche di Vico e Condillac», *Forum Italicum*, 2, págs. 386-393.



BIBLIOGRAFÍA

- RUDOWSKI, V. A. (1974), «The theory of signs in the Eighteenth Century», *Journal of the history of ideas*, 35, págs. 683-690.
- SAHLIN, G. (1928), *C. Ch. Du Marsais et son rôle dans l'évolution de la grammaire générale*, París: P. U. Frangaise.
- SALMON, J. (1974), «The Beginnings of morphology: linguistic botanizing in the 18th century», *Historiographia Linguistica*, 1, 3, págs. 313-339.
- SALUS, P. H. (1976), «Universal Grammar 1000-1850», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 85-102.
- SALVUCCI, P. (1957), *Linguaggio e mondo umano in Condillac*, Urbino: STEU.
- SALVUCCI, P. (1961), *Condillac filosofo della comunità umana*, Milan: Nuova Academia.
- SCHMIDT, S. J. (1968), *Sprache und Denken als Sprachphilosophisches Problem von Locke bis Wittgenstein*, The Hague: Nijhoff.
- SCHREYER, R. (1978), «Condillac, Mandeville and the origin of language», *Historiographia Linguistica*, V, 112, págs. 15-43.
- SCHREYER, R. (1984), «Evidence and Belief. Arguments in the Eighteenth Century Debate on the Origin of language», en S. AUROUX y otros, eds., 1984, págs. 325-336.
- SEIGEL, J. P. (1969), «Enlightenment and the Evolution of a language of signs in France and England», *Journal of the history of ideas*, 30, págs. 96-115.
- SGARD, J. ed. (1981), *Condillac et les problèmes du langage*, Ginebra: Slatkine.
- SMITH, C. (1967), «Destutt de Tracy's Analysis of the proposition», *Revue Internationale de philosophie*, 82.
- SOUBLIN, F. (1976), «Rationalisme et grammaire chez Dumarsais», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 374-382.
- STAM, J. H. (1976), *Inquiries into the origin of language: the fate of a question*, Nueva York: Harper & Row.
- STAROBINSKI, J. (1967), «Rousseau et l'origine des langues», en H. FRIEDICH y F. SCHALK, eds., *Europäische Aufklärung*, págs. 281-300, Munich.
- STEFANINI, J. (1981), «Un grammairien sensualiste: Destutt de Tracy», en *Logos Semantikos*, Berlin y Nueva York: Walter de Gruyter; Madrid: Gredos.

- SUBBIONDO, J. C. (1976), «The semantic theory of J. Harris», *Historiographia linguistica*, 3, 3, págs. 275-291.
- SWIGGERS, P. (1979), «L'encyclopédie et la linguistique au XVIII siècle», *Linguisticae Investigationes*, 3, págs. 383-396.
- SWIGGERS, P. (1979), «The linguistics conceptions of the Encyclopédie», *Lingua*, 49, págs. 239-253.
- SWIGGERS, P. (1984), *Les conceptions linguistiques des encyclopédistes: étude sur la constitution d'une théorie de la grammaire au siècle des Lumières*, Heidelberg: J. Groos Verlag.
- TASKA, B. K. (1973), «Grammar and linguistics in the Encyclopédie», *French Review*, 46, págs. 1.159-1.171.
- TORT, P. (1976), «Dialectique des sciences chez Condillac», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 488-503.
- VIERTEL J. (1966), «Concepts of language underlying the 18 th century controversy about the origin of language», en F. DINNEEN, ed., 1966.
- WOKLER, R. (1974), «Rameau, Rousseau and the "Essai sur l'origine des langues"», *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, 117, págs. 179-234.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

En la medida de lo posible, es preciso intentar la lectura de los textos originales. Son particularmente recomendables, las obras de E. CONDILLAC (sobre todo el *Ensayo* y la *Lógica*), de D. DE TRACY y, por supuesto, la *Enciclopedia* de DIDEROT y D'ALEMBERT (se pueden escoger los artículos directamente relacionados con la filosofía del lenguaje, como el dedicado a la *langue* o al *signe*).

La mejor obra de análisis de este período es, seguramente, AUROUX, S. (1979), *La semiotique des Encyclopédistes*, París: Payot, Collection langages et sociétés, pero, para tener una visión panorámica, basta con leer la sección 3 (L. FORMIGARI, «Le langage et la pensée») del capítulo VI, de la *Histoire des idées linguistiques*, tomo II, dirigida por S. AUROUX (v. Bibliografía general).

Cuestiones y problemas

1. Exponga brevemente la concepción de Beauzée sobre la gramática y su relación con otras disciplinas filosóficas, como la lógica o la metafísica.
2. Describa brevemente las características generales de la concepción sensualista en epistemología y su relación con la metodología lingüística.
3. Señale las innovaciones de la teoría del lenguaje de Condillac con respecto al *Ensayo* de Locke.
4. Exponga brevemente cuál es la relación entre el pensamiento y el lenguaje, según Condillac.
5. Enumere las tesis principales de Condillac sobre el origen y desarrollo del lenguaje con respecto al nivel filogenético (especie).
6. Relacione la clasificación de los signos establecida por Condillac con la que propuso Locke en su *Ensayo*.
7. Explique el significado de la clasificación de los signos de Condillac con respecto a su teoría sobre la evolución del lenguaje.
8. Analice la categoría lenguaje de acción en el *Ensayo* de Condillac.
9. ¿En qué reside el naturalismo semiótico de Condillac? ¿Cuál es la génesis y la evolución de los signos, según su teoría?
10. Exponga cuál es la concepción general de la gramática, según la *Encyclopédie*.

- 11.** Explique las raíces de la tesis de la superioridad del francés respecto a otras lenguas en la expresión del pensamiento.
- 12.** Indique en qué consiste el cambio de concepción gramatical introducido por el movimiento de los ideólogos.

TEMA 6

Humboldt y el relativismo: lengua, acción y carácter nacional

ESQUEMA/RESUMEN

- 6.1. El papel del lenguaje en la formación de las ideas
- 6.2. La articulación fónica y la articulación mental: la forma del lenguaje. Pensamiento pre-articulado y articulado
- 6.3. Palabra y concepto
- 6.4. La naturaleza de la gramática: formas y relaciones gramaticales
- 6.5. La tesis de la superioridad de las lenguas flexivas
- 6.6. La tesis de la relatividad lingüística
- 6.7. Las relaciones entre lengua y carácter nacional
- 6.8. La influencia de Humboldt en E. Sapir y B.L. Whorf

6.1. EL PAPEL DEL LENGUAJE EN LA FORMACIÓN DE LAS IDEAS

La idea de la relatividad lingüística no era una idea original en tiempos de Humboldt. Podía encontrarse, implícita al menos, en muchas teorías filosóficas del lenguaje desde Locke, que ya mantenía la tesis de la intraducibilidad de las lenguas, y había sido más o menos explícitamente formulada por diversos autores franceses (Condillac, Maupertuis, Destutt de Tracy, de Gérando) a lo largo del siglo XVIII. Pero sólo en Humboldt adquiere la tesis de la relatividad lingüística la función de núcleo central de toda una teoría sobre el lenguaje y sobre el hombre. Sólo a partir de su obra el relativismo lingüístico se convierte en un tema recurrente en el pensamiento antropológico y social.

Como en el caso de los enciclopedistas y los ideólogos, el interés de Humboldt por los estudios lingüísticos era más bien metodológico que sustantivo. Humboldt, como anteriores filósofos del lenguaje, consideraba que el estudio de éste constituía el medio ideal para inquirir en la naturaleza humana, en la estructura del entendimiento humano y en su proceso de constitución. Esto no quiere decir que Humboldt se despreocupara del análisis empírico y comparativo de lenguas concretas, entregándose a especulaciones más o menos gratuitas. Su labor filológica, ampliamente reconocida y de una decisiva influencia a lo largo de todo el siglo XIX, es inmensa y profunda pero, en cualquier caso, es de índole complementaria a su teoría filosófica del lenguaje y del hombre.

Una característica central de la filosofía lingüística de Humboldt es su consideración del lenguaje en conexión con los procesos psicológicos de percepción y conceptualización. Humboldt pensaba que el lenguaje desempeña un papel decisivo, constitutivo, en los procesos de pensamiento, tanto individual como colectivamente, y que era bajo este prisma psicológico bajo el que había que abordar su estudio. Esta dimensión psicológica era considerada como primaria y previa a la dimensión social: *En consecuencia, independientemente de la comunicación entre hombres, hablar es una condición necesaria para el pensamiento de un individuo aislado* (GS, V, pág. 377). El lenguaje era concebido antes como instrumento del pensamiento que como sistema

de comunicación; primero como herramienta cognitiva y, luego, como sistema de transmisión de información. En este sentido, Humboldt seguía la orientación de los ideólogos: el lenguaje no es un mero sistema representativo de ideas ya conformadas, sino que tiene una función esencialmente dinámica en la formación y desarrollo de éstas.

6.2. LA ARTICULACIÓN FÓNICA Y LA ARTICULACIÓN MENTAL: LA FORMA DEL LENGUAJE. PENSAMIENTO PRE-ARTICULADO Y ARTICULADO

El concepto de «articulación» es esencial para entender la concepción de Humboldt sobre las relaciones entre lenguaje y pensamiento. Se aplica en dos niveles, en el fónico y en el mental. Del mismo modo que el sonido se produce en el lenguaje de forma articulada, esto es, descompuesta en unidades, así sucede con el pensamiento. El flujo mental, la corriente continua de estados mentales en que consiste nuestra experiencia se encuentra, en el pensamiento, dividida en elementos, que son los conceptos. Pero este paralelismo no es puramente analógico, sino causal. No es una simple similitud entre los procesos de constitución del lenguaje y el pensamiento, sino que expresa una conexión más íntima: la *articulación* lingüística es una condición necesaria para el surgimiento de la conceptualización, que implica análisis (en el sentido de Condillac) de la experiencia. Antes de que el lenguaje descomponga el pensamiento, sólo existe una corriente de sensaciones indiferenciada, en la que se mezclan las percepciones puras, los sentimientos, los deseos, etc. Se trata del pensamiento *pre-articulado*, del pensamiento indiferenciado, indeterminado, que Humboldt contrapone al auténtico pensamiento, de conceptos concatenados mediante el lenguaje. En el primer tipo de pensamiento existe pura conciencia; en el segundo, en cambio, se da la autoconciencia, que se produce por reflexión sobre el contenido de la conciencia. Cuando se afirma que Humboldt mantenía que el lenguaje era una condición necesaria para el pensamiento, se habla de esta segunda clase de pensamiento, pensamiento *articulado*. El lenguaje es el instrumento que permite al individuo dar el salto cualitativo desde el pensamiento pre-articulado al pensamiento conceptualmente organizado. El lenguaje permite fijar (y hacer independiente de la sensación) conjuntos de contenidos de conciencia (colecciones de ideas simples, según la epistemología de Locke). Estos conjuntos son los conceptos, que se encuentran causalmente ligados con los símbolos lingüísticos que se les aplican; son, además, el producto de la actividad del entendimiento. Con respecto a ciertas epistemologías racionalistas, la de Humboldt se distingue por el énfasis que pone en el carácter activo de la mente humana: el entendimiento no es el mero receptor de sensaciones, inerte ante el flujo de estímulos sensoriales, sino la facultad de organizar y dividir la experiencia en unidades (similares, oponibles, compatibles...), en conceptos lingüísticamente determinados y consolidados: *El hombre que busca*

el lenguaje busca signos mediante los cuales, en virtud de las divisiones que operan en su pensamiento, puede reunir totalidades en una unidad (GS, VII, pág. 582).

6.3. PALABRA Y CONCEPTO

Las palabras desempeñan pues un papel decisivo en la construcción del concepto; por un lado, permiten fijar una determinada totalidad compuesta, liberando a la memoria del trabajo de reconstituirla cada vez que sea necesario. Por otro, el lenguaje permite tratar a los conceptos como totalidades que son más que meros agregados, creando literalmente realidades nuevas, de carácter abstracto: *El principio que domina la totalidad del lenguaje es la articulación; su cualidad más importante es la disposición fácil y consistente, pero que presupone los elementos simples y en sí mismos inseparables. La esencia del lenguaje consiste en moldear el material del mundo fenoménico para darle la forma de pensamiento* (GS, IV, pág. 17). El lenguaje tiene una función cognitiva, permite aprehender la realidad organizando la experiencia y el pensamiento: *De una masa de pensamientos indeterminados, informes, una palabra extrae un cierto número de rasgos, los conecta, les proporciona estructura y color y, con ello, los individualiza* (GS, IV, pág. 248). La palabra permite identificar el concepto, le proporciona sus criterios de identidad y, por tanto, es condición necesaria para su comparación y conexión. Para Humboldt, la concepción semiótica que separa, como realidades diferentes, el signo lingüístico y aquella realidad conceptual a la que se aplica es fundamentalmente errónea: *el concepto sólo alcanza su plenitud mediante la palabra, y no se puede separar al uno de la otra. Confundir esto, y considerar las palabras como simples signos, es el error básico que arruina cualquier lingüística y cualquier consideración correcta del lenguaje* (GS, V, pág. 428). Humboldt se inscribe así en una tradición de pensamiento racionalista que tiene más que ver con Locke y Condillac que con Leibniz y Kant. Aquéllos consideran que el lenguaje tiene un papel constitutivo y central en el surgimiento y desarrollo del pensamiento; en cambio, los últimos conciben el lenguaje como un sistema auxiliar útil para la representación y transmisión del pensamiento.

En cuanto a la teoría propiamente semántica de Humboldt hay que señalar dos características: 1) su conciencia del carácter relacional del enunciado lingüístico, frente a la concepción puramente nominativa, predominante en la lingüística anterior; y 2) su defensa del simbolismo fónico, como fenómeno lingüístico corrector de la arbitrariedad del signo lingüístico.

Humboldt distingue entre dos tipos de designación lingüística: la que atañe a los elementos categoremáticos y la que es propia de las expresiones sincategoremáticas, relacionales: *Parece existir una doble designación en el lenguaje: la de los conceptos mediante las palabras y la de la sintaxis mediante la estructuración de las palabras, mediante términos específicos o mediante cualquier otro recurso que examinaremos* (GS, VI, 2, pág. 361). Con esto se distan-

cia de la semántica del siglo XVIII que, siguiendo a Locke, está centrada sobre las modalidades de la función nominativa (los nombres significan ideas), descuidando los aspectos estructurales de la representación del pensamiento. En cambio, por lo que se refiere a la designación léxica, Humboldt comparte la concepción dieciochesca de la referencia mediata, esto es, la tesis según la cual existe un doble proceso nominativo; por una parte, los términos designan conceptos y, por otra, éstos remiten a los objetos. El lenguaje sólo puede referirse a la realidad con la mediación del nivel conceptual. Lo que ocurre en el caso de la teoría semántica de Humboldt es que, dada la identificación entre palabra y concepto, esta mediación queda diluida, sobre todo si se tiene en cuenta que distingue entre conceptos «intelectuales», esto es, abstractos o generales, y conceptos individuales, correspondientes a entidades particulares y originados en la percepción.

Respecto al modo en que se relacionan el lenguaje y la realidad, Humboldt mantiene una cierta concepción naturalista, siguiendo con ello a Leibniz: *A la hora de elegir sonidos para los conceptos, el lenguaje se guía de forma natural por las relaciones más o menos claras que los sentidos y la imaginación encuentran entre ellos, de acuerdo con la personalidad individual de las naciones* (GS, V, pág. 416). Pero es evidente que tal concepción se separa de la de Leibniz al no admitir la unicidad originaria de la relación entre concepto y palabra, sino la heterogeneidad básica de los pueblos y sus culturas. Además, la naturalidad de la designación, deshecha por la evolución conceptual y fonética de las lenguas, no se limita al simbolismo fónico, sino que incluye otro tipo de asociaciones: *Originalmente esta designación (que en realidad sólo es tal con respecto al oyente, pero que es más bien una aprehensión para el hablante) se encuentra en toda palabra; en las que imitan los sonidos naturales que producen los objetos, en otras, en cosas corpóreas, en diferentes propiedades de la cosa, en los objetos intelectuales, en las metáforas escogidas para su indicación* (GS, V, pág. 426).

Para Humboldt, más allá de las similitudes puramente físicas entre palabras y realidades referidas, existen parecidos en las impresiones que producen, y serían tales impresiones los motores causales de su particular rotulación lingüística. En el caso de realidades abstractas, jugaría un papel adicional la analogía, que permite extrapolar designaciones sobre la base de comparaciones implícitas.

6.4. LA NATURALEZA DE LA GRAMÁTICA: FORMAS Y RELACIONES GRAMATICALES

La gramática es, según Humboldt, un sistema designativo similar al semántico; la diferencia reside en que las reglas gramaticales no designan elementos de la realidad, sino más bien las posibilidades de su estructuración: *Las palabras representan en su mayor parte objetos corpóreos. Lo que*

designa la gramática no es nada corpóreo, nada visible, nada que se encuentre en el mundo exterior, sino puramente suspendido, como una forma incorpórea, en las cosas, hasta que una fuerza representadora las saca a la luz, constituyendo así relaciones intelectuales (GS, VI, 2, pág. 337).

En la gramática hay que distinguir las formas gramaticales de las relaciones gramaticales; las primeras designan o expresan las segundas. Las formas gramaticales pueden añadirse, adjuntarse, y modificar el concepto ligado a un término; por ejemplo, la flexión verbal o la flexión de caso modifican el núcleo conceptual de una expresión lingüística situándola en un marco relacional, el del enunciado o del discurso. Pero las formas gramaticales no sólo están constituidas por modificaciones morfológicas de términos conceptuales, también incluyen los términos propiamente relacionales, las conjunciones por ejemplo, e incluso el propio orden de las palabras, en la medida en que en ciertas lenguas ése es el único recurso utilizable para la expresión de relaciones sintácticas.

6.5. LA TESIS DE LA SUPERIORIDAD DE LAS LENGUAS FLEXIVAS

Según la tipología lingüística de comienzos del XIX, las diferentes lenguas son comparables de acuerdo con sus recursos para la expresión de las relaciones gramaticales, entre otras cosas, y Humboldt mantuvo en este sentido la tesis de la superioridad de las lenguas flexivas sobre otros tipos de lenguas, como también había hecho Schlegel. Para Humboldt, los métodos flexivos para expresar las relaciones gramaticales eran más «orgánicos» que los aglutinantes, por ejemplo, que calificaba de «mecánicos». La flexión permite la realización de la unidad lingüística de modo más conveniente para la expresión de los conceptos relacionales. Otras lenguas expresan las relaciones gramaticales mediante la combinación de dos o más palabras significativas; las lenguas flexivas, en cambio, disponen de recursos para que las dimensiones relacionales de una palabra queden expresadas en la misma palabra formando una totalidad completa. No obstante, las relaciones gramaticales no se confunden con los conceptos, sino que son funciones de ellos: *La primera y más importante cuestión es que el espíritu requiere del lenguaje que distinga claramente entre objeto y forma, objeto y relación, y no los mezcle entre sí. Pero esta separación se consigue precisamente sólo con el desarrollo de la forma gramatical genuina a través de la flexión y de palabras gramaticales* (GS, IV, pág. 308). En la relación no hay contenido, por lo que Humboldt sostiene que los «auténticos» términos relacionales son asignificativos, carentes de contenido conceptual. Su función se agota en la conexión de los elementos de la frase o del discurso. En resumen, la tesis de la superioridad de las lenguas flexivas, mantenida por Humboldt, viene a afirmar que la flexión es el mejor método expresivo para mantener la distinción entre conceptos y relaciones.

La dimensión sintáctica es una de las varias en que se pueden establecer comparaciones entre las lenguas. Otras son la fonética y la conceptual. A la filosofía del lenguaje le atañe especialmente ésta última, en la que Humboldt es considerado un precursor claro de dos tesis distintas, pero relacionadas en su caso: la tesis de la relatividad lingüística y la tesis de la relación entre la lengua y el «carácter nacional».

6.6. LA TESIS DE LA RELATIVIDAD LINGÜÍSTICA

La tesis de la relatividad lingüística tiene en Humboldt raíces en sus consideraciones sobre las razones de la variedad de las lenguas. Según Humboldt, estas razones se reducen a dos: la variabilidad de las «percepciones» de los individuos y los diferentes caracteres de las naciones o culturas. Respecto a la variedad de las percepciones, el caso más sencillo es que éstas difieran por producirse en entornos (físicos) radicalmente distintos. Así, los sistemas lingüísticos de una cultura del ártico y de otra tropical diferirán porque se corresponderán con categorizaciones de diferentes experiencias. Incluso cuando la experiencia de un objeto (su «percepción», en el sentido de Humboldt) esté realmente presente en dos comunidades diferentes, hay que tener en cuenta el lugar y la frecuencia de tal experiencia en esa cultura. Éste es un caso en el que más tarde insistirán antropólogos como B. L. Whorf, destacando que la percepción y conceptualización es tanto más fina y compleja cuanto la experiencia es más importante (para la supervivencia por ejemplo) dentro de una cultura. En este sentido, los sistemas conceptuales de dos lenguas pueden diferir no sólo en que posean términos que designan experiencias que no comparten, sino también en la organización de campos léxicos compartidos, más o menos analíticos.

Otra cosa diferente es que dos culturas («naciones», en la terminología de Humboldt) tengan diferentes «percepciones» de una misma realidad. Como la *percepción*, en la época de Humboldt, era entendida como captación del objeto bajo una determinada propiedad o rasgo (Kant, Herder), su tesis equivale a la de que diferentes culturas categorizan los mismos *objetos* bajo características diferentes. Dicho de otro modo, los sistemas conceptuales de dos lenguas pueden diferir porque sus hablantes tienen *perspectivas* diferentes a la hora de considerar unas mismas realidades: los hablantes de A tienden a destacar el (tipo de) rasgo a, mientras que los hablantes de B son más sensibles al (tipo de) rasgo b: *Porque el lenguaje nunca representa los objetos, sino siempre los conceptos activamente contruidos por el entendimiento en el proceso de producción lingüística* (GS, VII, pág. 90).

Según Humboldt, estas diferentes opciones cognitivas han sido plausiblemente el motor de las diferenciaciones entre los sistemas semántico/conceptuales de las lenguas. E incluso en el caso de la sinonimia intralingüística, los diferentes términos sinónimos representan también diferentes elecciones cognitivas: *Por tanto, en los términos sinónimos en muchas lenguas, se dan*

representaciones diversas de un mismo objeto, y esta propiedad de la palabra remite especialmente al hecho de que cada lengua incorpora una perspectiva específica del mundo (GS, V, pág. 420).

6.7. LAS RELACIONES ENTRE LENGUA Y CARÁCTER NACIONAL

Por otro lado, Humboldt mantuvo que existe una relación entre la lengua y el «carácter nacional» en que es muy difícil establecer la prioridad. Por *carácter nacional* entendía Humboldt una cierta disposición cognitiva que determinaba la forma en que una sociedad captaba su entorno y su relación con él. Si la lengua de esa nación es la que determina la conformación de ese carácter o se limita a ser su expresión, es una cuestión que Humboldt juzgaba insoluble. Más bien pensaba que se producía un proceso de doble influencia o interrelación: *El lenguaje recibe, mediante influencias que sobre él actúan, un carácter individual que se convierte esencialmente en su propio carácter a la vez que por su parte tiene también un efecto sobre él y que sólo se pueda usar dentro de los límites de ese carácter* (GS, IV, pág. 424). En cualquier caso, Humboldt concebía el carácter nacional y el carácter lingüístico de una forma muy abstracta, subyaciendo por una parte a los usos y costumbres de una colectividad y, por otra, a la gramática. Lo que el carácter determinaba en cada caso era la forma de la cultura y de la gramática. Por ejemplo, Humboldt pensaba que la forma que tenía una cultura se situaba entre dos polos, el «sensual» y el «espiritual», distinguiéndose por su mayor o menor tendencia a la categorización en términos de propiedades de uno u otro tipo. Esta clase de tendencia u orientación cognitiva que es el carácter tenía igualmente una importancia causal en la determinación de la forma de la gramática, sin llegar a confundirse con ella: *En modo alguno se agota la esencia del lenguaje en la estructura gramatical, tal como la hemos considerado hasta ahora globalmente, ni en la estructura externa del lenguaje en general. El auténtico y real carácter del lenguaje reside en algo más sutil, más oculto, menos accesible al análisis* (GS, VII, pág. 165). Pero, así como Humboldt describió al menos dos formas ideales de caracteres culturales, no explicitó una tipología de caracteres lingüísticos, ni utilizó ese concepto en sus análisis de filología comparada.

Una de las doctrinas lingüísticas de Humboldt que ha tenido más repercusión ha sido la de la relatividad lingüística. Aunque la idea de dicha relatividad no es originalmente humboldtiana, como se indicaba al principio, fue el filósofo alemán quien le dio una concreción y sistematización de la que hasta entonces carecía. Desde el Ensayo de Locke, donde aparece formulada por vez primera la idea de la imposibilidad de la traducción como consecuencia de la relatividad lingüística, a lo largo de todo el siglo XVIII se expresan vislumbres de la idea central de esta doctrina, la de que el lenguaje determina el pensamiento. La propia filosofía del lenguaje de Condillac, que

afirma la identidad de pensamiento y lenguaje, se encuentra muy próxima al establecimiento de tal tesis. Igualmente ejercieron una influencia importante en la teoría humboldtiana ideas expuestas en las obras de Hamann y de Herder, como la importancia, menospreciada por Kant, del análisis lingüístico para resolver el problema de la objetividad, y la noción de «genio» lingüístico, expresión de la espiritualidad de la comunidad. Según algunos, también influyó decisivamente en la conformación de su teoría el conocimiento de la filosofía francesa de los enciclopedistas y, sobre todo, de los ideólogos (Destutt de Tracy), en lo que respecta a su análisis de los procesos de constitución del pensamiento y la función del lenguaje en ellos.

La primera parte de la tesis de la relatividad lingüística es desde luego común y compartida por muchos filósofos de la época: el lenguaje determina el pensamiento, juega un papel decisivo en su conformación. El lenguaje es el medio fundamental para la organización del caos de experiencias que constituye el pensamiento pre-articulado. El paso del pensamiento pre-articulado al articulado se alcanza cuando el flujo sensorial es analizado, dividido, categorizado. En ese estadio, el pensamiento adquiere auto-conciencia, para lo que es esencial el proceso de fijación y el mecanismo de reconocimiento de las unidades en que articula el flujo de sensaciones. Esto sólo se consigue por intermedio del lenguaje. La experiencia, la sensación, la memoria, el reconocimiento se efectúan con su mediación, son actividades que se desarrollan dentro de los moldes formales determinados por la estructura (la *forma interior*) de la lengua.

Pero, a su vez, el carácter lingüístico está en relación con el carácter nacional. Esa forma colectiva e históricamente conformada de concebir y categorizar las relaciones con el entorno queda impresa en la lengua. El fondo de objetividad existe, constituido por la estructura de la realidad misma, pero la objetividad se pierde cuando se sale uno del nivel de lo puramente sensible: *Las expresiones de los objetos sensibles son probablemente equivalentes, es decir, en diferentes lenguas, en la medida en que en todas ellas se concibe el mismo objeto, pero, en cuanto expresan el modo determinado en que se presenta, su significado puede ser diferente en cada caso. Porque el efecto de la visión particular del objeto sobre la conformación de la palabra también determina, en la medida en que permanece activa, la forma en que la palabra remite al objeto* (GS, IV, pág. 29). Incluso en ese nivel bajo de abstracción cual es la denominación del objeto realmente existente, es rastreable la influencia del carácter nacional. Tanto más cuanto se asciende en la escala de la abstracción; las denominaciones basadas en analogías o metáforas, y que designan realidades no sensibles exhiben trazas más evidentes de esa influencia. En suma, todo el sistema semántico de la lengua no es sino la expresión del carácter y desarrollo intelectual de una comunidad, constituyendo el acervo conceptual que, en esa etapa histórica, ha alcanzado la sociedad. Representa ese sistema una peculiar forma de consideración del mundo, que no es puramente subjetiva, propia de un individuo particular, sino que equivale a una

«subjetividad homogénea» o a una «objetividad social», pulida por el propio decurso de la historia y por las condiciones mismas de la comunicación. Cada lengua incorpora su propia visión del mundo, su propio prisma a través del cual miran la realidad los que la hablan: *En uno de mis primeros ensayos académicos traté de llamar la atención sobre el hecho de que la variación de las lenguas consiste en algo más que en la mera variación de los signos, que los términos y la sintaxis forman y determinan al mismo tiempo los conceptos y que, considerados con respecto a su conexión e influencia sobre el conocimiento y la sensación, las diferentes lenguas representan en realidad diferentes visiones del mundo* (GS, IV, pág. 420).

Mientras que la filosofía racionalista del lenguaje destaca la unidad del entendimiento humano y de sus productos, la filosofía romántica de Humboldt pone el énfasis en su heterogeneidad, en las diferentes formas en que el espíritu humano se plasma en sus obras. Asimismo, la filosofía lingüística de Humboldt es particularmente sensible al carácter histórico y dinámico del lenguaje. La cadena causal de determinaciones entre el carácter nacional, el lingüístico y el pensamiento nunca es concebida de una forma unidireccional. Es posible que Humboldt asignara un papel primigenio a la noción de carácter nacional (sobre lo que no se han puesto de acuerdo aún sus intérpretes), pero lo que resulta evidente es que no consideraba éste como un polo fijo, ahistórico, de la evolución lingüística. Tampoco se puede afirmar que la tesis de la relatividad lingüística, tal como la mantenía Humboldt, sea inconsistente con el progreso en el conocimiento que una sociedad puede alcanzar. Humboldt era consciente de que tal progreso se producía, que en toda lengua se están elaborando continuamente nuevos conceptos que quedan incorporados al sistema semántico. Estos nuevos conceptos modifican a su vez la visión del mundo y, por lo tanto, el lenguaje en que se expresan. La relación entre lenguaje y pensamiento no tiene pues nada de mecánica, sino que consiste en una regulación mutua que se efectúa además en un marco histórico y social. La filosofía del lenguaje de Humboldt concibe éste bajo la metáfora organicista que llegó a ser tan corriente en el siglo XIX como la mecanicista en el XVII. El lenguaje no es un sistema fijo, sujeto a acciones y reacciones causales simples y unidireccionales, sino que es un organismo vivo, sujeto a desarrollo, para cuya comprensión es necesario el análisis de las influencias regulativas a que está sometido por la realidad y el pensamiento.

6.8. LA INFLUENCIA DE HUMBOLDT EN E. SAPIR Y B. L. WHORF

La influencia de la tesis del relativismo lingüístico formulada por Humboldt no fue tan inmediata como la de sus estudios de lingüística comparada, pero tuvo un alcance mayor. De hecho, se puede afirmar que es una de las pocas ideas lingüísticas del siglo XIX que ha sobrevivido a la revolución estructuralista de nuestro siglo, suscitando atención en diversas disciplinas,

como la filosofía, la antropología o la psicología. Los objetos de esa atención han sido muy diversos, pero se puede establecer una primera división en los problemas planteados: los que son de índole metodológica o metateórica, y los que remiten a cuestiones sustantivas, de contenido teórico.

La ambición general de todos los que se han hecho eco de las tesis humboldtianas ha sido la de convertir dichas tesis en proposiciones científicas acerca de las relaciones entre el lenguaje, el pensamiento y la cultura. Por tanto, es natural que buena parte de las reflexiones filosóficas se haya dirigido al análisis de las condiciones de contrastación de dicha hipótesis en sus diferentes reformulaciones, tanto antropológicas como psicológicas. Este análisis no ha resultado fácil, debido tanto a las ambigüedades en sus diferentes versiones como a la dificultad de hallar un marco de contrastación adecuado. Aquéllas han oscilado entre una versión fuerte, que afirma que el lenguaje determina el pensamiento, y una versión débil, que únicamente asevera que el lenguaje influye el pensamiento.

Uno de los primeros defensores de una de estas versiones del relativismo lingüístico fue E. Sapir, quien en 1929 afirmó: *Los seres humanos no viven sólo en un mundo objetivo ni sólo en el mundo de la actividad social como ordinariamente se entiende, sino que en gran medida se encuentran a merced de la lengua particular que se ha convertido en el medio de expresión para su sociedad. Constituye una ilusión imaginarse que uno se ajusta a la realidad esencialmente sin el uso de la lengua y que el lenguaje sólo es un medio conveniente para la resolución de problemas específicos de comunicación o reflexión. El hecho es que en gran medida el «mundo real» se construye inconscientemente de acuerdo con los usos lingüísticos del grupo* (Sapir, 1929, pág. 209). En esta versión de Sapir es destacable el hecho de que se refiera a los usos lingüísticos, y no a la estructura del lenguaje. Con ello parece excluirse una relación directa entre la forma lingüística y la forma conceptual, acentuando los rasgos dinámicos del proceso de constitución del pensamiento. Ello es así porque Sapir era más proclive, en cuanto antropólogo, a considerar el lenguaje bajo su dimensión comportamental, como acción tendente a la consecución de cohesión y coordinación entre los miembros de una sociedad. Pero, al igual que Condillac, los ideólogos y Humboldt, juzgaba imposible el pensamiento sin el lenguaje, considerando a éste como una función pre-racional. El lenguaje no es el producto del pensamiento sino que, desde el punto de vista genético, es anterior a él, condición necesaria para su desarrollo. Además, el lenguaje es, considerado en el individuo, una entidad supra-fisiológica, no reducible a la constitución neurofisiológica del ser humano: *No tenemos otro remedio que aceptar el lenguaje como un sistema funcional completamente formado dentro de la constitución «psíquica» o «espiritual» del hombre. Como entidad, no la podemos definir únicamente en términos psicofísicos, por mucho que la base psicofísica sea esencial para su funcionamiento en el individuo* (Sapir, 1921, pág. 9). Esto sitúa al lenguaje en un plano ontológico supramaterial, similar en estatuto al *Geist* de Hum-

boldt. El lenguaje, aunque ligado al funcionamiento de ciertas estructuras cerebrales, no consiste en esas estructuras, sino que éstas son únicamente su soporte en el individuo.

En el caso de B. L. Whorf, la afirmación del relativismo lingüístico es, si cabe, aún más clara. Uno de los textos clásicos en que proclama su concepción sobre las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento es el siguiente: *Se ha encontrado que el sistema lingüístico básico (dicho de otro modo, la gramática) de cada lengua no es solamente un instrumento reproductor para la expresión material de las ideas sino que más bien es en sí mismo el modelador de las ideas, el programa y la guía de la actividad mental del individuo, de su análisis de las impresiones, de su síntesis de su almacén conceptual* (Whorf, 1956, pág. 212). Esta concepción, así expuesta en éste y en otros textos, se distribuye en dos pares de dimensiones que han destacado los sistematizadores de la hipótesis: 1) la formal y la sustantiva, por el lado del lenguaje, y 2) la individual y la colectiva, por el lado del pensamiento. Whorf estaba más interesado en destacar las relaciones entre los aspectos formales del lenguaje y su incidencia en la conformación de visiones colectivas de la realidad (concepciones del mundo). De acuerdo con su concepción, es la gramática la que influye decisivamente en la asimilación de la experiencia, de tal modo que gramáticas muy diferentes guiarán a los individuos que las utilizan a visiones de la realidad muy diferentes. Por ejemplo, los sistemas verbales de lenguas amerindias, como el hopi, y de lenguas indoeuropeas, como el inglés, pueden diferir tanto que la misma concepción del tiempo puede variar de una cultura a otra sustancialmente. Tan sustancialmente que los mismos sistemas culturales sean inconmensurables, esto es, intraducibles entre sí, no sólo en cuanto a sus lenguas, sino también en cuanto a sus concepciones del mundo y organizaciones de la experiencia. La tesis de Sapir-Whorf ha sido utilizada en consecuencia como un argumento contra las concepciones kantianas y neoracionalistas de la experiencia, según las cuales ésta, independientemente de la cultura de su sujeto, está enmarcada por parámetros fijos (ideas innatas, formas a priori de la sensibilidad) de carácter universal. Igualmente se ha querido ver en ella el fundamento para el rechazo de una gramática universal, constituida por reglas y elementos de carácter sumamente abstracto, comunes a todas las lenguas conocidas.



TEXTOS

Bloque 1: W. von Humboldt

TEXTO 1

Forma de las lenguas

W. von Humboldt,
Sobre la
diversidad de
la estructura
del lenguaje
humano,
traducción de
A. Agud

En cualquier caso, si se desea proseguir con éxito el camino señalado más arriba, es preciso iniciar una nueva orientación en la investigación científica. Se debe considerar la lengua no tanto como un producto inerte sino sobre todo como producción; abstraer en mayor medida de su acción designadora de objetos, y mediadora de la comprensión, y remontarse con mayor celo hasta su origen, tan estrechamente unido a la actividad interior del espíritu, y a la influencia que ejercen el lenguaje sobre ésta y ésta sobre aquél. Los progresos que el estudio del lenguaje debe al éxito de la investigación en los últimos decenios hacen más fácil una visión de conjunto de dicho estudio. Ahora podemos acercarnos mejor al objetivo de indicar en concreto los diversos caminos por los cuales avanza hacia la perfección la empresa de la generación de lenguaje por la humanidad, en los muchos grupos de pueblos de tan variadas maneras divididos, aislados o conectados entre sí. En esto justamente se hallan tanto la causa de la diversidad de estructura de las lenguas humanas como su influencia sobre la evolución del espíritu, es decir, el objeto cabal del que queremos ocuparnos [...].

Como, sin embargo, la investigación sobre el lenguaje acostumbra a servirse de esta expresión de la «forma» con sentidos diferentes, me parece conveniente explicar con alguna extensión el sentido en que deseo verla aquí entendida. Esto es tanto más importante cuanto que ahora no estamos hablando del lenguaje en general, sino de las lenguas de diversas poblaciones concretas, así que importará también determinar qué queremos decir cuando hablamos de una lengua, en oposición por una parte al tronco lingüístico y por la otra al dialecto; e igualmente hay que saber qué quiere decir «una» lengua, puesto que una misma lengua experimenta en el curso del tiempo cambios esenciales.

El lenguaje, considerado en su verdadera esencia, es algo efímero siempre y en cada momento. Incluso su retención en la escritura no pasa de ser una conservación incompleta, momificada, necesitada de que en la lectura vuelva a hacerse sensible su dicción viva. La lengua misma no es una obra (*ergon*) sino una actividad (*energeia*). Por eso su verdadera definición no puede ser sino genética. Pues ella es el siempre reiniciado trabajo del espíritu de volver el sonido articulado capaz de expresar la idea. Tomado en un sentido inmediato y estricto, esto es la definición de cada acto de hablar; lo que ocurre es que en un sentido verdadero y esencial la lengua no puede ser otra cosa que la totalidad de este hablar. Pues en el caos disperso de

palabras y de reglas que acostumbramos a denominar una lengua, tan sólo está dado el producto singular que arroja cada acto de hablar, y ni siquiera éste lo está en forma completa, pues también él requiere un nuevo trabajo que reconozca en él el modo del hablar vivo y arroje una imagen verdadera de la lengua viva. Justamente lo más elevado y sutil es lo que no se percibe en esos elementos por separado; sólo en el hablar trabado se lo puede percibir o intuir (lo que prueba nuevamente que el lenguaje propiamente dicho está en el acto real de producirlo). Toda investigación que aspire a penetrar la esencia viva del lenguaje deberá tomar ese hablar trabado por lo primero y verdadero. Su dislocación en palabras y reglas no es más que el torpe producto inerte de la descomposición científica.

Calificar las lenguas de trabajo del espíritu es una manera de expresarse totalmente correcta y adecuada, entre otras cosas por el hecho de que la existencia del espíritu en general sólo puede ser pensada en actividad y como actividad. El análisis y descomposición de su estructura, a los que ineludiblemente nos obliga su estudio, nos fuerzan incluso a entender las lenguas como procedimientos de avanzar hacia determinados fines con determinados medios, y en consecuencia como verdaderas formaciones producidas por las naciones. Y, como ya más arriba nos hemos cuidado de prevenir suficientemente cualquier malentendido que pudiera suscitarse en este punto, entendemos que las expresiones utilizadas no pueden ya hacer daño a la verdad.

Anteriormente he advertido que al estudiar el lenguaje nos encontramos siempre, por así decirlo, situados en mitad de la historia, y que ninguna de las naciones o de las lenguas que conocemos podría reclamar para sí el título de originaria. Puesto que toda lengua recibe de las generaciones anteriores una materia procedente de tiempos que no podemos vislumbrar, la actividad del espíritu que, según veíamos, genera desde sí la expresión de las ideas, está referida en todo momento al mismo tiempo a algo ya dado, de suerte que no es actividad puramente creativa sino también transformadora de lo ya existente.

Pues bien, el efecto de ese trabajo es constante y homogéneo. Pues es siempre una misma fuerza espiritual la que lo realiza, con un margen de diversidad sólo limitado, de extensión más bien estrecha. Su objetivo es el recíproco entendimiento. Por eso nadie debe hablar a otro diferentemente de como, bajo las mismas circunstancias, ese otro le hablaría a uno. Añádese a esto que la materia heredada no sólo es la misma, sino que, siendo su origen también común, se encuentra en estrecha afinidad con la orientación y dirección del espíritu. Pues bien, ese elemento constante y homogéneo que subyace a este trabajo del espíritu, por el cual el sonido articulado es elevado a expresión de las ideas, aprehendido de la forma más cabal posible en su interna trabazón, y expuesto con sistema, eso es lo que constituye la forma de la lengua.

En esta definición la forma de la lengua muestra ser una abstracción construida por la ciencia. Sería, no obstante, equivocado tenerla también en sí



TEXTOS

Bloque 1: W. von Humboldt

misma por un ente de razón desprovisto de existencia. Pues de hecho ella es más bien el impulso, por entero individual, en virtud del cual una nación da vigencia en el lenguaje a ideas y sensaciones. Sólo porque nunca nos es dado percibir este impulso en la totalidad indivisible de su empuje, sino que tan sólo lo vislumbramos en cada una de sus obras singulares, no tenemos más remedio que reunir la homogeneidad de sus efectos en un concepto general inerte. En sí mismo ese impulso es uno y vivo.

Ejercicios

1. Analice la noción de *forma* del lenguaje que propone el texto.
2. Distinga entre los conceptos de *ergon* y *energeia* en la medida en que se aplican al lenguaje.
3. ¿Existe una lengua originaria, según el texto? ¿Por qué?

TEXTO 2

W. von Humboldt,
Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano,
traducción de
A. Agud

El lenguaje es el órgano que forma la idea. La actividad intelectual, por entero interior y que en cierta manera pasa sin dejar huella, se vuelve exterior en el discurso gracias al sonido, y con ello perceptible a los sentidos. Por eso actividad intelectual y lenguaje son uno e indivisibles. Mas aquella contiene también en sí misma la necesidad de entrar en unión con el sonido lingüístico; de otro modo el pensamiento no alcanzaría nitidez, ni la representación se volvería concepto. La unión indivisible de idea, órganos de la fonación y oído con el lenguaje tiene su raíz en la disposición originaria de la naturaleza humana, no susceptible ya de ulterior explicación. En cambio la coincidencia de sonido e idea salta a la vista con toda claridad. Del mismo modo que la idea, semejante a un rayo o a un impulso, reúne en un solo punto la capacidad toda de formar representaciones y excluye todo lo demás, también el sonido proyecta su resonancia con el más nítido perfil de la unidad. Igual que la idea se apodera del ánimo entero, también el sonido posee una fuerza especial, penetrante, capaz de hacer vibrar todos los nervios. Lo que distingue al sonido de todas las demás impresiones sensoriales reposa sin duda sobre el hecho de que el oído (y esto no siempre es igual en los demás sentidos, o al menos no en la misma medida) percibe una sensación de movimiento, incluso, en el caso del sonido procedente de la voz, una verdadera acción, y que esta acción procede a su vez del interior de un ser vivo: si el sonido es articulado, procede de un ser inteligente, y, si no lo es, de un ser con sensibilidad. Y del mismo modo que el pensamiento, en sus relaciones más humanas, es anhelo de salir de la oscuridad a la luz, de la limitación a la infinitud, también el sonido fluye desde las profundidades del pecho hacia fuera, y halla en el aire, el más delicado y liviano de todos los elementos, un material que se le adecua maravillosamente y que le sirve de vehículo; su aparente incorporeidad hace que incluso los sentidos vean en él un correlato del espíritu. La cortante nitidez del sonido lingüístico le es indispensable al entendimiento para la aprehensión de los objetos. Pues tanto las cosas de la naturaleza exterior como las actividades que nacen de su interior acceden al hombre dotadas de rasgos diversos que se le ofrecen en simultaneidad. El hombre en cambio quiere poder comparar, dividir y reunir, y cuando persigue objetivos más elevados, busca dar forma a una unidad cada vez más abarcante. Por eso quiere también aprehender los objetos como «unidades» determinadas y favorece la unidad del sonido como forma de ocupar el lugar de aquellas. Ahora bien, esta unidad del sonido en manera alguna reprime las otras sensaciones que producen los objetos tanto al sentido externo como al interno; antes al contrario, se vuelve soporte de todas ellas, y añade a su propia disposición, que es individual y que en su naturaleza se corresponde con la del objeto, pero tal como lo aprehende la sensibilidad individual del hablante, le añade, digo, una nueva impresión, la designativa.

Al mismo tiempo la aguda nitidez del sonido hace posible una cantidad no determinable de modificaciones que se muestran a la imaginación claramente diferenciadas, y cuya reunión en modo alguno las confunde, y esto, aunque pueda darse también en otras formas de impresionar la sensibilidad, no se da en ninguna en un grado comparable. Dado que el empeño



TEXTOS

Bloque 1: W. von Humboldt

intelectual no sólo ocupa el entendimiento, sino que mueve al hombre entero, también esto se ve especialmente favorecido por el sonido de la voz. Pues ese sonido vivo surge del pecho como el aliento mismo de la existencia, y acompaña, incluso sin lenguaje, el dolor y la alegría, el horror y el deseo, e insufla la vida a la que debe su origen en el sentido de que la recoge; también el lenguaje reproduce junto con el objeto representado la sensación provocada por éste, reuniendo en actos siempre reiterados el mundo con los hombres, o dicho en otras palabras, la actividad espontánea de éstos con su receptividad. Y finalmente es también correlato del sonido lingüístico la posición erecta del hombre, negada a los animales y suscitada en cierto modo por aquél. Pues el habla no quiere perderse sordamente absorbida por el suelo; al contrario, quiere salir libremente de los labios y derramarse en aquél a quien va dirigida, gusta de la compañía de la expresión de la mirada y del rostro, así como de la gesticulación de las manos, y quiere en fin rodearse de todo cuanto hace que el hombre merezca la calificación de humano.

Ejercicios

1. Comente cuál es la función del lenguaje en la constitución del pensamiento, según el texto.
2. Analice la función de lo fónico en la expresión del pensamiento.

TEXTO 3

W. von Humboldt,
Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano,
traducción de
A. Agud

Tras este examen provisional de la adecuación del sonido a las operaciones del espíritu podemos volvernos ya más detenidamente al nexo que existe entre pensamiento y lenguaje. La actividad subjetiva forma en el pensamiento un objeto. Pues ninguna clase de representación puede concebirse como mera contemplación receptiva de un objeto que existe previamente. La actividad de los sentidos ha de unirse con la acción interna del espíritu en una síntesis, y de esta unión se desprende la representación, la cual se opone entonces a la fuerza subjetiva como objeto, y retorna a ella bajo esta nueva percepción. Mas para esto es indispensable el lenguaje. Pues al abrirse paso en él el empeño espiritual a través de los labios, su producto retorna luego al propio oído. De este modo la representación se traduce en objetividad genuina, sin por eso desprenderse de la subjetividad. Sólo el lenguaje puede hacer esto. Y sin esta permanente conversión en objetividad que retorna al sujeto, callada pero siempre presupuesta allí donde el lenguaje entra en acción, no sería posible formar conceptos ni por lo tanto pensar realmente. De manera que, aun al margen de la comunicación de hombre a hombre, el hablar es condición necesaria del pensar del individuo en apartada soledad.

Sin embargo, en su manifestación como fenómeno, el lenguaje sólo se desarrolla socialmente, y el hombre sólo se entiende a sí mismo en cuanto que comprueba en los demás, en intentos sucesivos, la inteligibilidad de sus palabras. Pues la objetividad se incrementa cuando la palabra formada por uno le es devuelta al resonar en boca ajena. La subjetividad no sufre con ello detrimento, ya que el hombre siempre se siente uno con el hombre; incluso sale de ello reforzada, desde el momento en que la representación convertida en lenguaje no pertenece ya a un sujeto solo. Al pasar a otros se asocia con lo que es común al conjunto del linaje humano; cada uno lleva en sí una modificación suya, que es portadora de un ansia de perfección a través de los demás. Cuanto más intensa y vivaz sea la colaboración de unos con otros en relación con el lenguaje, más provecho sacará éste bajo circunstancias por lo demás semejantes.

Lo que hace que en el acto simple de generar una idea el lenguaje sea necesario, eso mismo se repite incesantemente en la vida espiritual del hombre. La comunicación o comercio sociable por medio del lenguaje confiere a ese algo capacidad de convicción y estímulo. La fuerza del pensar tiene necesidad de algo que le sea afín y sin embargo diverso. Lo igual la hace prender, lo distinto le proporciona la piedra de toque de la esencialidad de sus producciones interiores. Por más que el fundamento del conocimiento de la verdad, de lo incondicionadamente firme, sólo puede hallarse para el hombre en su interior, todo el empeño de su energía espiritual por acceder a la verdad está rodeado de riesgos de engaño. El hombre sólo tiene una percepción clara e inmediata de su propia voluble limitación, de modo que se siente obligado a tener la verdad por algo externo a él; y uno de los medios más poderosos de acercarse a ella y de medir la distancia que le separa de ella es la comunicación social con otros. Todo acto de hablar, aun el más simple, pone lo sentido y percibido individualmente en conexión con la naturaleza común de la humanidad.



TEXTOS

Bloque 1: W. von Humboldt

Y no es distinto lo que ocurre con la comprensión. En el alma no puede encontrarse nada que no proceda de la propia actividad, y entender y hablar no son sino efectos diversos de una misma fuerza, la del lenguaje. Hablar con otro no es en modo alguno cosa comparable a la transmisión de un objeto material. Tanto en el que comprende como en el que habla la materia ha de desarrollarse a partir de la propia fuerza interna; lo que recibe el primero no es sino un estímulo resonante, una vibración armoniosa y correlativa. Por eso le es tan natural al hombre volver a decir lo que acaba de entender. De este modo el lenguaje se encuentra en toda su plenitud en cada individuo, lo que a su vez no significa sino que cada uno lleva en sí el anhelo de seguir produciendo desde sí la lengua entera, tal como le mueven a ello circunstancias interiores o exteriores, y a entenderla como producida de esta suerte, estando ese deseo sujeto a las reglas que le impone una fuerza a su vez modificada de una determinada manera, y que, por lo mismo que lo impulsa, le impone sus restricciones.

Sin embargo, la comprensión no podría reposar en la actividad espontánea del interior de cada hombre, como hemos visto que ocurre, y el hablar unos con otros en comunidad tendría que ser cosa diferente de un puro despertar en el oyente su propia capacidad lingüística, si en la diversidad de los individuos no estuviese contenida la unidad de la naturaleza humana, meramente escindida en las individualidades discretas. Entender palabras es algo muy distinto de la comprensión de los sonidos no articulados, y encierra en sí mucho más que el mero suscitar unos en otros la producción del sonido, y del objeto al que hace referencia. Desde luego que la palabra puede tomarse también como un todo indivisible; en la escritura se reconoce el sentido del grupo de letras que forma una palabra sin que se tenga aún conciencia precisa de su composición alfabética, y cabe la posibilidad de que en los primeros comienzos de la comprensión el alma infantil proceda precisamente de esta suerte. Ahora bien, del mismo modo que lo que aquí se estimula no es sólo la capacidad de sensación animal, sino la capacidad lingüística humana (y es mucho más probable que ni siquiera en los niños exista momento alguno en el que esto no ocurra también, por débilmente que sea), por lo mismo la palabra se percibe siempre como articulada. Mas lo que la articulación añade a la mera evocación del significado de una palabra (y es claro que también esto alcanza gracias a ella una mayor perfección) es que, en virtud directamente de su forma, la palabra se muestra como parte de un todo infinito: de una lengua. Pues gracias a la articulación es posible, incluso a propósito de cada palabra, formar con sus elementos un número

realmente infinito de otras palabras según sentimientos y reglas determinados, y fundar así un parentesco entre todas las palabras que sea el correlato del parentesco entre los conceptos.

Ejercicios

1. Analice los componentes objetivos y subjetivos en la representación lingüística.
2. Comente cuál es la función de lo social en el desarrollo del lenguaje y su relación con la subjetividad.
3. ¿En qué consiste la capacidad lingüística humana, según W. von Humboldt?



TEXTOS

Bloque 1: W. von Humboldt

TEXTO 4

W. von Humboldt,
Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano,
traducción de
A. Agud

Mientras el espíritu de un pueblo percibe su propia peculiaridad con suficiente viveza como para actuar sobre sí mismo y sobre su lengua, ésta obtendrá de él refinamientos y enriquecimientos que ejercerán a su vez la más estimulante influencia sobre aquél. Sin embargo, también en esto puede llegar un momento en que la lengua rebase al espíritu, que éste caiga en un embotamiento que acabe con su propia capacidad creadora y que finalmente no realice con los giros y formas de la lengua, nacidos de un uso verdaderamente lleno de sentido, más que un juego cada vez más vacío. Es ésta una segunda forma de extenuación de la lengua, si entendemos como primera la muerte de su instinto de formación externa. La segunda arrastra consigo el marchitamiento del carácter, en tanto que siempre es posible que de la primera resuciten lenguas y naciones, despertados y empujados a ello por la genialidad de grandes individuos.

Las lenguas desarrollan su carácter preferentemente en sus períodos literarios, así como en los que preceden inmediatamente a éstos preparándoles el camino. La lengua se retira entonces un tanto de la materialidad de la vida cotidiana y se eleva hacia un desarrollo puro de las ideas y hacia una más libre representación de éstas. Parece, sin embargo, sorprendente que las lenguas posean, aparte del carácter que les confiere su organismo externo, otro propio y peculiar suyo, siendo así que todas ellas están determinadas a servir de instrumento a las más variadas individualidades. Pues, aun dejando de lado las diferencias de generaciones y edades, una nación reúne en sí todos los matices de la idiosincrasia humana. Incluso los individuos que se dedican a un mismo quehacer, guiándose en él por una misma orientación, no dejan de diferir entre sí por el modo como entienden su cometido y la manera como permiten que éste revierta en ellos. Pues bien, estas diferencias aún se abultan más cuando del lenguaje se trata, ya que la lengua penetra hasta los más recónditos entresijos del espíritu y del ánimo. Ciertamente es que muchos sujetos se sirven de una misma lengua para expresar su más propia idiosincrasia, puesto que el lenguaje parte siempre del individuo y cada cual se sirve de él inicialmente sólo para sí mismo. No obstante lo cual, la lengua basta a cada uno, ya que aunque las palabras siempre queden por detrás de la intención, no por eso dejan de responder al empeño por expresar los más íntimos sentimientos.

Por otra parte, tampoco se puede afirmar que el lenguaje, como órgano general, someta estas diferencias a un único rasero. El lenguaje tiende, desde luego, puentes de una individualidad a otra y hace de mediador en el entendimiento recíproco; pero la diferencia más bien la acrecienta, ya que merced

a su propia obra de aclaración y refinamiento de los conceptos contribuye a una mejor conciencia de cómo esa diferencia hunde sus raíces en la disposición originaria del espíritu. La posibilidad de servir a la expresión de individualidades tan diversas parecería, pues, presuponer en el lenguaje la más completa falta de un carácter propio, algo que sin embargo en modo alguno podría reprochársele. De hecho, lo que hace es encerrar en sí estas dos propiedades contrarias: en calidad de lengua una, se divide dentro de la nación en una variedad infinita, mas esta misma multiplicidad vuelve a unirse, frente a las lenguas de otras naciones, formando una unidad con un carácter determinado. Y si la vida cotidiana no bastase a ilustrar esto, podría demostrarse la diversidad con la que cada cual toma su lengua materna comparando entre sí autores destacados, cada uno de los cuales se construye su propio lenguaje. Y en cuanto a la diversidad de caracteres de las diversas lenguas, se advierte a primera vista en cuanto se las compara, como ocurre con el sánscrito, el griego y el latín.

Si se investiga pormenorizadamente cómo logra cada lengua conciliar en sí esta oposición, se verá que la posibilidad de servir de órgano a las más variadas individualidades reside en la más profunda esencia de su naturaleza. Su elemento, la palabra —y por mor de la simplicidad nos detendremos ahora en ella— no es como una sustancia que transmita algo que ya ha sido producido previamente, ni contiene tampoco un concepto ya cerrado, sino que se limita a servir de estímulo para producir un concepto, desde la fuerza autónoma de cada uno y de una determinada manera. Los hombres no se entienden unos a otros porque realmente se entreguen e intercambien signos de las cosas; tampoco porque se determinen unos a otros a producir los mismos conceptos cabales y precisos. Se entienden porque cada uno roza en el otro el mismo eslabón en la cadena de sus representaciones sensibles y de sus producciones interiores de conceptos; porque cada uno pulsa en el otro la misma cuerda de su instrumento espiritual, con lo que en cada uno surge un concepto correspondiente, pero no el mismo. Sólo con estas limitaciones y con estas divergencias vienen a confluir los diversos individuos en una misma palabra. Al designar un objeto común, por ejemplo un caballo, todos se referirán al mismo animal, pero cada uno hará subyacer a la palabra una representación distinta, quién más sensible, quién más racional, o más vivaz, más como un objeto o más como un signo inerte, etc. Éste es el motivo de que en algunas lenguas, durante su período de formación, se produzcan muchas expresiones para un mismo objeto. Son otras tantas propiedades de éste las que han presidido en cada caso su idea, hasta el punto de que su expresión ha reemplazado a la del objeto propiamente dicho.

Pues bien, cuando, como decíamos, es rozado un eslabón de la cadena, o es pulsada una cuerda del instrumento, vibra el todo, y lo que surge del alma como concepto está en consonancia con todo cuanto rodea ese eslabón singular hasta el extremo más alejado. La representación suscitada por la palabra en cada uno lleva en sí la impronta de su respectiva idiosincrasia, pero todos la designan con la misma palabra.



TEXTOS

Bloque 1: W. von Humboldt

Sin embargo, las individualidades inmersas en una misma nación quedan encerradas en una uniformidad nacional que es responsable de que cada manera de sentir dentro de ella difiera de su homóloga en un pueblo distinto. De esta uniformidad, así como de la manera como cada lengua estimula a sus hablantes, es de donde nace el carácter de una lengua. Cada lengua recibe de la peculiaridad de su nación su propia impronta, y actúa a su vez uniformemente sobre la nación determinándola. Es verdad que el carácter nacional es sostenido y aun reforzado por la comunidad de asentamiento y actuación; en un cierto sentido incluso podría afirmarse que es de ahí de donde nace. Pero en su sentido más genuino reposa sobre la identidad de una disposición natural que acostumbra a explicarse como debida a la comunidad de procedencia. Y en ésta radica también, sin duda, el impenetrable misterio de las mil diversas maneras como el cuerpo está conectado con la fuerza espiritual que constituye la esencia de toda individualidad humana. La cuestión es si no existirá alguna otra explicación para la identidad de las disposiciones naturales, y entiendo que en esto no se debe en modo alguno olvidar el lenguaje.

Ejercicios

1. ¿Cuál es la relación que existe entre la nación y la lengua, según el texto?
2. Comente la noción de *carácter de la lengua*.
3. Analice la noción de *representación* que presenta el texto y su relación con la palabra. ¿Es la representación objetiva? ¿Por qué?

Bloque 2: Sapir-Whorf**TEXTO 1**

B. Lee Whorf,
*Un modelo
indio-americano
del universo,*
traducción de
J. M. Pomares

Creo que es gratuito suponer que un hopi que sólo conoce su lengua y las ideas culturales de su propia sociedad, tiene las mismas nociones que nosotros sobre espacio y tiempo, nociones que a menudo se suponen son intuiciones universales. En particular, un hopi no tiene una noción o intuición general de *tiempo* como un continuum que transcurre uniformemente y en el que todo lo que hay en el universo marcha a un mismo paso, fuera de un futuro, a través de un presente y procedente de un pasado, o, para cambiar la imagen, en el que el observador es llevado constantemente por la corriente de la duración, alejándolo del pasado, hacia el futuro.

Después de un largo y cuidadoso estudio y análisis nos encontramos con que la lengua hopi no contiene palabras, formas gramaticales, construcciones o expresiones para referirse directamente a lo que nosotros llamamos «tiempo», a conceptos tales como pasado, presente y futuro, duración, movimiento entendido como cinemática antes que como dinámica (o sea como un continuo traslado en el espacio y en el tiempo antes que como una exhibición de esfuerzo dinámico en un cierto proceso), ni siquiera para referirse al espacio en el sentido de excluir de él a ese elemento de extensión o existencia que llamamos «tiempo», de forma que por implicación pudiera quedar un residuo al que referirnos considerándolo como «tiempo». Así, pues, la lengua hopi no contiene referencia alguna al «tiempo», ni explícita ni implícita.

Al mismo tiempo, la lengua hopi es capaz de explicar y describir correctamente, en un sentido pragmático u operacional, todo fenómeno observable del universo. Por lo tanto, creo que es gratuito suponer que el pensamiento hopi contiene cualquier noción de este tipo, como la noción del «tiempo» que fluye, de supuesto origen intuitivo, como tampoco se puede suponer que la intuición de un hopi le proporcione esta noción como una de sus informaciones. Al igual que es posible tener cualquier número de geometrías diferentes a la euclidiana, que den una información igualmente perfecta sobre las configuraciones del espacio, también es posible encontrar descripciones del universo, todas ellas igualmente válidas, que no contengan nuestros contrastes familiares de espacio y tiempo. El punto de vista de la relatividad, perteneciente a la física moderna, es uno de esos puntos concebidos en términos matemáticos, y la concepción universal del hopi es otra bastante diferente, no matemática y sí lingüística.

Así, pues, la lengua y la cultura hopi conciben una metafísica, como la que nosotros poseemos del espacio y del tiempo y la que posee la teoría de la relatividad; sin embargo, se trata de una metafísica distinta a cualquiera de las otras dos. Para describir la estructura del universo de acuerdo con el pensamiento hopi es necesario intentar —hasta el punto en que sea posible— hacer explícita esta metafísica, que en realidad sólo se puede describir en la lengua hopi, mediante significados de aproximación expresados en nuestra propia lengua, que, aunque son en cierto modo inadecuados, nos permitirán entrar en una consonancia relativa con el sistema que subraya el punto de vista hopi del universo.



TEXTOS

Bloque 2: Sapir-Whorf

En este punto de vista hopi desaparece el tiempo y queda alterado el espacio, de forma que ya no es el espacio homogéneo e instantáneamente independiente del tiempo perteneciente a nuestra supuesta intuición o a la clásica mecánica newtoniana. Al mismo tiempo aparecen en imagen nuevos conceptos y abstracciones al intentar describir el universo sin referirnos a esa clase de espacio o tiempo —abstracciones para las que nos faltan expresiones en nuestra lengua—. Indudablemente, estas abstracciones nos parecerán de carácter psicológico o incluso místico, conforme nos aproximemos a lo que intentamos reconstruir para nosotros mismos con objeto de comprender la metafísica hopi. Se trata de ideas que estamos acostumbrados a considerar como parte o bien de las creencias llamadas animistas o vitalistas, o bien de esas unificaciones trascendentales de experiencia e intuiciones de cosas no vistas que son sentidas por la conciencia de lo místico o que se dan en la mística y (o) en el llamado sistema de pensamiento oculto. En la lengua hopi, estas abstracciones son dadas definitivamente, ya sea explícitamente en palabras —términos psicológicos o metafísicos—, o bien se hallan implícitas en la misma estructura y gramática de esta lengua, al igual que se pueden observar en la cultura y el comportamiento hopi. Hasta el punto en que lo he podido evitar conscientemente, no se trata de proyecciones de otros sistemas exteriores a la lengua y la cultura hopi, realizadas por mí en el intento de hacer un análisis objetivo. Sin embargo, si *místico* es quizás un término abusivo a los ojos de la moderna ciencia occidental, se tiene que decir que estas abstracciones y postulados fundamentales de la metafísica hopi están justificados pragmática y experimentalmente desde un punto de vista ajeno al hopi y mucho más desde el propio punto de vista hopi, en comparación con el transcurso del tiempo y el espacio estático de nuestra propia metafísica, que en el fondo es igualmente mística. Los postulados hopis explican igualmente todos los fenómenos y sus interrelaciones y se prestan mucho mejor a la integración de la cultura hopi en todas sus fases.

Ejercicios

1. Comente sobre las relaciones entre la variabilidad lingüística y la capacidad de una lengua para expresar experiencias.
2. Describa en qué consiste el relativismo lingüístico que el texto expone.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- HERDER, J. G.

Essay on the origin of language, traducido del alemán por J. U. Moran y A. Gode, en *On the origin of language*, págs. 87-166, Nueva York: Unger.

- HUMBOLDT, W. VON

Wilhelm von Humboldts Gesammelte Schriften, 17 vols. editados por H. Leitzmann y otros, Berlin: B. Behr, 1903 y ss., reproducida en Berlin: Walter de Gruyter, 1967-68.

Werke in fünf Banden, ed. de A. Flitner y K. Giel, Darmstadt: Wissenschaft Buchgesellschaft, 1963.

Über die Kavisprache auf der Insel Jara. Part 1: Über die Versechiedenheit des Mensebleben Sprachbanes und Ibren Einfluss auf die Geistige Entwicklung des Menchengeschicebta, Bonn: Dümmlers Verlag, 1960. Traducción francesa: Introduction á l'oeuvre sur le Kavi, París: Du Seuil, 1974.

Über das Entiteben der grammatischen Formen und ihren Einfluss auf die Ideenwicklung. Traducción castellana: *Sobre el origen de las formas gramaticales y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas*, Barcelona: Anagrama, 1972.

Über die Sprache: Ausgewaldte Schriften, Munich: Deutscher Taschenbuch verlag, 1985.

On Language: the diversity of human language-structure and its influence on the mental development of mankind, traducido por P. Heath, Introducción de H. Aarsleff, Cambridge: Cambridge U. Press, 1988.

Linguistic Variability and Intelctual Development, traducción de Einleitung zum Kawi Werk, por G. C. Buck y F. A. Raven, Coral Gables: University of Miami Press, 1971.

- WHORF, B. LEE

Language, Thought and Reality: Selected Writings of B. Lee Whorf, editados por J. B. Carroll, Cambridge, Mass: M.I.T., 1956. Traducción española en Barcelona: Seix Barral.

- SAPIR, E.

Language: an Introduction to the study of Speech, Nueva York: Harcourt & Brace. Traducción española en México: F.C.E., 1954.

Selected writings of E. Sapir, ed. de Y. Nagashima, Tokio: Nan'm do, 1983.



BIBLIOGRAFÍA

Ensayos y artículos

- AARSLEFF, H. (1977), «Guillaume de Humboldt et la pensée linguistique des idéologues», en A. JOLY y J. STEFANINI, eds., 1977.
- AARSLEFF, H. (1982), *From Locke to Saussure: Essays on the study of language and intellectual history*, Minneapolis: U. of Minnesota Press.
- ADAMS, P., ed. (1972), *Language in thinking*, Harmondsworth: Penguin.
- BASILIIUS, H. (1952), «Neo-Humboldtian Etnolinguistics», *Word*, 8, págs. 95-105.
- BAUMANN, H. H. (1971), «Die generative Grammatik und W. von Humboldt», *Poetica*, 4, págs. 1-12.
- BROWN, R. (1967), *W. Humboldt's conception of linguistic relativity*, La Haya: Mouton.
- BLACK, M. (1959), «Linguistic relativity», *Philosophical Review*, 68, págs. 228-238.
- BLACK, M. (1969), «Some difficulties with whorfism», en S. HOOK, ed., págs. 53-61 de la edición española.
- BUXÓ, M. J. (1983), *Antropología lingüística*, Cuadernos de Antropología, 3, Barcelona: Anthropos.
- CARROLL, J. B. (1964), *Language and thought*, Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- CASAGRANDE, J. B. (1953), «Language universals in anthropological perspective», en J. GREENBERG, ed., 1963.
- CASSIRER, E. (1951), *The Philosophy of Enlightenment*, Princeton U. Press. Traducción española: *La filosofía de la Ilustración*, México: F.C.E.
- CASSIRER, E. (1953), *The Philosophy of Symbolic Forms*, vol. 1: *Language*, New Haven: Yale U. Press. Traducción española: *Filosofía de las formas simbólicas*, México: F.C.E., 1971.
- CHAMBERS, W.W. (1946), «Language and nationality in German Preromantic and Romantic Thought», *Modern Language Review*, 41, págs. 382-392.
- CONTE, M. E. (1976), «Semantische und pragmatische Ansätze in der Sprachtheorie W. von Humboldts», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 616-632.
- COOPER, R.L. y B. SPOLSKY, eds. (1991), *The influence of language on culture and thought*, Berlin: Mouton.
- DENECKERE, M. (1978), «Benedetto Croce et la linguistique. I. Les idées linguistiques de B. Croce», *Linguistic Analysis*, 12, pág. 72-77.

- DIDERICHSON, P. (1974), «The Foundations of Comparative Linguistics», en D. HYMES, ed., 1974, págs. 93-156.
- ESPER, E. A. (1968), *Mentalism and Objetivism in Linguistics: the Sources of L. Bloomfield's Psychology of Language*, Nueva York: Elsevier.
- FISHMAN, J. A. (1960), «A Systematization of the whorfian Hypothesis», *Behavioral Science*, V, págs. 323-339.
- FORMIGARI, L. (1977a), *La logica del pensiero viviente: Il linguaggio nella filosofia delle Romantik*, Roma: Gins, Laterza & Figli.
- FORMIGARI, L. (1977b), *La linguística romántica*, *Filosofía*, 9, Turín: Loescher.
- GASTIL, R. D. (1959), «Relative linguistic determinism», *Anthropological linguistics*, 1, págs. 24-38.
- GIPPER, H. (1976), «Is there a linguistic relativity Principle?», en R. PINXEN, ed., 1976.
- GIPPER, H. y SCHMITER, P. (1975), «Wilhelm von Humboldt», en T. E. SEBEOK, ed., págs. 532-546.
- GIPPER, U. y SCHMITER, P. (1976), «Sprachwissenschaft und Sprachphilosophie in Zeitalter der Romantik», en *The Historiography of Linguistics*, vol. 13 de Current Trends in Linguistics, págs. 481-606.
- GIPPER, U. y SCHMITER, P. (1979), *Sprachwissenschaft und Sprachphilosophie in Zeitalter der Romantiz*, Tübingen: Narr.
- GOODENOUGH, W. (1957), «Cultural anthropology and linguistics», en D. HYMES, ed., 1964, págs. 36-39.
- GORDON, W. T. (1982), *A History of Semantics*, Amsterdam: J. Benjamins.
- GREENBERG, J. H. (1954), «Concerning inferences from linguistic to non-linguistic data», en H. HOIJER, ed., 1954.
- GREENBERG, J. H., ed. (1963) *Universals of language*, Cambridge: M.I.T. Press.
- GREENBERG, J. H. (1974), *Language Typology: a Historical and Analytic Overview*, The Hague: Mouton.
- GUMPERZ, J. y S. LEVINSON, eds. (1996), *Rethinking Linguistic Relativity*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- HANSEN-LOVE, O. (1972), *La révolution copernicienne du langage dans l'oeuvre de W. von Humboldt*, París: Vrin.
- HAUGEN, E. (1977), «Linguistic Relativity: Myth and Methods», en McCORMACK y WURM, eds., 1977.
- HEILMAN, L., ed. (1976), *W. von Humboldt nella cultura contemporanea*, Bolonia: Il Mulino.
- HENLE, P., ed. (1965), *Language, Thought and Culture*, Chicago: Chicago U. Press.
- HERRIOT, P. (1970), *Introduction to the psychology of language*, Londres, Methuen; traducción española en Barcelona: Labor, 1977.
- HILL, J.H. (1988), «Language, culture and world-view», en F. NEWMAYER, ed., *Linguistics: The Cambridge Survey*, vol. IV, Cambridge: Cambridge U. Press.



BIBLIOGRAFÍA

- HOCKETT, CH. (1960), «The origin of speech», *Scientific American*, 203, págs. 88-96.
- HOIJER, H. (1953), «The relation of language to culture», en A. L. KROCHER, ed., 1953.
- HOIJER, H., ed. (1954), *Language and culture, Proceedings of a conference on the interrelations of language and other aspects of culture*, Chicago: U. of Chicago Press.
- HOIJER, H. (1954), «The Sapir-Whorf hypothesis», en H. HOIJER, ed., 1954, págs. 92-105.
- HOOK, S., ed. (1969), *Language and philosophy*, Nueva York: Nueva York U. Press; traducción española en México: F.C.E., 1982.
- HUNT, E. y F. AGNOLI (1991), «The Whorfian Hypothesis: A Cognitive Psychology Perspective», *Psychological Review*, 98, 3, 377-389.
- HYMES, D. (1966), «Two types of linguistic relativity», en W. BRIGHT, ed., *Sociolinguistics*, The Hague: Mouton, 1966, págs. 114-158.
- HYMES, D., ed. (1964), *Language and culture and society*, Nueva York: Harper & Row.
- JOLY, A. y J. STÉFANINI, eds., (1977), *La Grammaire générative des modistes aux idéologues*, Lille: P. U. de Lille.
- KAY, P. y WILLETT KEMPTON (1984), «What is the Sapir-Whorf Hypothesis: a Cognitive Psychology Perspective», *Psychological Review*, 98, 3, 377-389.
- KNOLL, J. U. y SIEBERT, H. (1969), *W. von Humboldt: Politik und Bildung*, Heidelberg: Quelle & Meyer.
- KOERNER, E. F. K. (1977), «The humboldtian trend in linguistics», en P. J. HOPPER, ed., *Studies in Descriptive and Historical Linguistics*, Amsterdam: J. Benjamins, págs. 145-158.
- KOERNER, S., ed. (1984), *E. Sapir: Appraisals of his life and work, Studies in the history of language sciences*, 36, Amsterdam: J. Benjamins.
- KROEBER, A. L., ed. (1953), *Anthropology today*, Chicago: Chicago U. Press.
- LAMMERS, W. (1936), *W. von Humboldt Weg zur Sprachforschung: 1785-1801*, Berlín: Junker & Dunnhaupt.
- LANDAR, H. (1966), *Language and Culture*, Oxford: Oxford U. Press.
- LEE, PENNY (1994), «New work on the linguistic relativity question», *Historiographia lingüística*, 20, 1.
- LEE, PENNY (1996), *The Whorf theory complex: a critical reconstruction*, J. Benjamins.
- LENNEBERG, E. (1953), «Cognition in Ethnolinguistics», *Language*, 29.

- LEROUX, R. (1932), *Guillaume de Humboldt: la formation de sa pensée jusqu'à 1794*, París: Les Belles Lettres.
- LOUNDSBURY, F. G. (1969), «Language and culture», en S. HOOK, ed., 1969, págs. 15-35 de la traducción española.
- LUCY, J. A. (1992a), *Language diversity and Thought: a reformulation of the linguistic relativity hypothesis*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- LUCY, J. A. (1992b), *Grammatical Categories and Cognition*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- MACNAMARA, J. (1991), «Linguistic Relativity Revisited», en R.L. COOPER y B. SPOLSKY, eds., 1991, 45-60.
- MANCHESTER, M. K. (1982), «Philosophical Motives in W. von Humboldt's Defense of the Inflectional Superiority Thesis», *Historiographia Linguistica*, X, págs. 325-328.
- MANCHESTER, M. L. (1984), *The Philosophical Foundations of Humboldt's Linguistic Doctrines, Studies in the history of Linguistics*, vol. 32, Amsterdam: J. Benjamins.
- MCCORMACK, W. C. y S. WURM, eds. (1977), *Language and Thought: anthropological issues*, The Hague: Mouton.
- MEILAND, J. W. y M. KRAUSZ, eds. (1982), *Relativism*, University of Notre dame Press.
- MILLER, R. L. (1968), *The linguistic relativity principle and humboldtian ethnolinguistics: a history and an appraisal*, The Hague: Mouton.
- MUELLER, H. (1966), «On re-reading von Humboldt», *Monograph Series on languages and linguistics*, 19, págs. 97-107.
- MURRAY, S. D. (1984), «Notes on the history of linguistic anthropology», *Historiographia Linguistica*, XI, 3, págs. 449-460.
- PENN, J. (1972), *Linguistic relativity vs. innate ideas*, The Hague: Mouton.
- PINXTEN, R. ed. (1976), *Universalism and Relativism in Language and Thought*, The Hague: Mouton.
- PITKIN, H. (1969), «Language and culture», en S. HOOK, ed., 1969, págs. 61-68 de la edición en español.
- ROLLINS, P. C. (1980), *B. Lee Whorf: Lost Generation Theories of Mind, Language and Religion*, Ann Arbor, Michigan: Univ. Microfilms International.
- ROSCH, E. (1974), «Linguistic relativity», en A. SILVERSTEIN, ed., *Human Communication*, Hillsdale: L. Erlbaum; también en JOHNSON LAIRD & WASON, eds., *Thinking: Readings in Cognitive Science*, Cambridge: Cambridge U. Press, 1977.
- ROSS, R. G. (1970), *W. von Humboldt's Philosophy of Language. The genesis of its basic concepts*, tesis doctoral de la Stanford University.
- ROSSI-LANDI, F. (1974), *Ideologías de la relatividad lingüística*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- ROTENSTREICH, N. (1974), «Humboldt's Prolegomena to Philosophy of Language», *Cultural Hermeneutics*, 2, 3, págs. 211-227.



BIBLIOGRAFÍA

- RUDDICK, S. (1969), «Extreme relativism», en S. HOOK, ed., 1969, págs. 68-78 de la traducción española.
- SAPIR, E. (1907), «Herders "Ursprung der Sprache"», *Modern Philology*, 5, págs. 109-142; reimpresso en *Historiographia Linguistica*, XI, 3, 1984, págs. 355-388.
- SCHAFF, A. (1967), *Lenguaje y conocimiento*, México: Grijalbo.
- SCHLESINGER, I.M. (1991), «The Wax and Wane of Whorfian Views», en R.L. COOPER y B. SPOLSKY, eds., 1991, 7-44.
- SEIFFERT, L. (1968), «Neo-Humboldtian Semantics in Perspective: "Sprache und Gemeinschaft"», *Journal of Linguistics*, 4., 1, págs. 93-108.
- SLAGLE, U. (1974), «The Kantian influence of Humboldts Linguistic Thought», *Historiographia Linguistica*, 1, 3, págs. 341-350.
- SPRANGER, E. (1908), «W. von Humboldt und Kavi», *Kantstudien*, 13, págs. 57-129.
- TRAGER, G. L. (1959), «The Systematization of the Whorf Hypothesis», *Anthropological Linguistics*, 1, págs. 31-35.
- VALVERDE, J. M. (1955), *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*, Madrid: Gredos.
- WEIMANN, K. H. (1965), «Vorstufen der Sprachphilosophie Humboldts bei Bacon und Locke», *Zeitschrift für Deutsche Philologie*, 84, págs. 498-508.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

El relativismo lingüístico ha suscitado muchas discusiones o polémicas. Para acceder a ellas con un poco de conocimiento y carencia de prejuicios, lo mejor es comenzar por una lectura de los textos originales de E. SAPIR y B. L. WHORF, y de las obras de W. VON HUMBOLDT en que se inspiran.

Desde el punto de vista filosófico, la mejor obra sobre las raíces filosóficas de W. von Humboldt es la de MANCHESTER (1984). Desde la perspectiva de la psicología (de las ciencias cognitivas en general), el mejor tratamiento es el de LUCY (1992).

Cuestiones y problemas

1. Exponga las posibles influencias de Condillac y de los ideólogos sobre la teoría del lenguaje de Humboldt. Cfr. E. Condillac, el capítulo de su *Essai* titulado «Du génie des langues».
2. Explique de forma detallada la relación que, según Humboldt, se da entre la articulación fónica y la mental.
3. ¿Cuál es la función del lenguaje en la constitución del pensamiento, según Humboldt?
4. ¿En qué se diferencia la teoría de Humboldt sobre el signo lingüístico de la de Locke?
5. ¿Qué clase de conceptos distinguía Humboldt? ¿Qué términos les correspondían?
6. Indique similitudes y diferencias entre el naturalismo lingüístico de Leibniz y el de Humboldt.
7. ¿Cuál es el principio que, según Humboldt, está en la base del desarrollo de los sistemas léxicos? ¿Cómo opera?
8. Indique los criterios que emplea Humboldt para mantener la superioridad expresiva de unas lenguas sobre otras.
9. ¿Cuál es el fundamento de la relatividad lingüística, según Humboldt?
10. Explique de qué modos pueden diferir dos lenguas en la organización de sus sistemas léxicos, y cuáles son los pertinentes para la tesis del relativismo lingüístico.
11. ¿Existen términos absolutamente sinónimos, según Humboldt? ¿Por qué?

- 12.** Señale qué relaciones existen entre la tipología nacional (cultural) y lingüística, según Humboldt.
- 13.** Trate de establecer los puntos en que las filosofías del lenguaje de Hamman y de Herder influyeron en la propia teoría de Humboldt.
- 14.** Explique la noción de objetividad que mantiene Humboldt y determine en qué medida se ve afectada por la tesis del relativismo lingüístico.

TEMA 7

Semiosis y sistema semiótico: del signo a la lengua

ESQUEMA/RESUMEN

- 7.1. Las concepciones semióticas de Ch. S. Peirce
- 7.2. Las relaciones entre lógica y semiótica
- 7.3. El signo o representamen. Representamen, interpretante y objeto
- 7.4. Símbolo, índice e icono
- 7.5. La interpretación semiótica conductista de W. Morris
- 7.6. Las dimensiones semántica y pragmática de la semiosis
- 7.7. La semiología de F. de Saussure. La doble naturaleza de la lengua
- 7.8. Signo y representación: significante y significado
- 7.9. Las propiedades del signo lingüístico: arbitrariedad y carácter lineal
- 7.10. La lengua como institución y la lengua como sistema
- 7.11. Lingüística diacrónica y lingüística sincrónica

7.1. LAS CONCEPCIONES SEMIÓTICAS DE CH. S. PEIRCE

Como cuando se considera la historia de cualquier concepto o disciplina, es fácil encontrar precursores en el caso de la semiótica. En cuanto reflexión sobre el signo, lingüístico en particular, toda la historia de la filosofía del lenguaje está cuajada de análisis que se pueden calificar de «semióticos». En cuanto disciplina definida por su objeto y el ámbito de sus fenómenos característicos, la semiótica puede encontrar ancestros en la filosofía estoica y, desde luego, en la filosofía del lenguaje de J. Locke.

En el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Locke habla de la semiótica como de la tercera ciencia, identificándola con la Lógica. Su *asunto consiste en considerar la naturaleza de los signos de que se vale la mente para entender las cosas, o para comunicar los conocimientos a los otros* (*Ensayo*, 21, 4).

La concepción del signo que subyace a la filosofía del lenguaje del *Ensayo sobre el entendimiento humano* resultó afectada, como toda la epistemología empirista, por la crítica kantiana. Las bases de la semiótica moderna parten de esa crítica aunque, como en el caso de Ch. S. Peirce y de otros autores posteriores, estén inclinadas hacia un psicologismo más o menos explícito.

Junto con la de F. de Saussure, la obra de Ch. S. Peirce se puede calificar de seminal en la historia de la semiótica moderna. De ella surge una orientación teórica que, a través de sus diferentes influencias en filosofía, psicología y lingüística, se prolonga hasta los tiempos actuales. En una u otra medida esa obra ha determinado el surgimiento del conductismo lingüístico y de la pragmática moderna, y ciertas intuiciones fundamentales en ella expuestas constituyeron la médula conceptual de posteriores teorías semánticas de índole no realista.

7.2. LAS RELACIONES ENTRE LÓGICA Y SEMIÓTICA

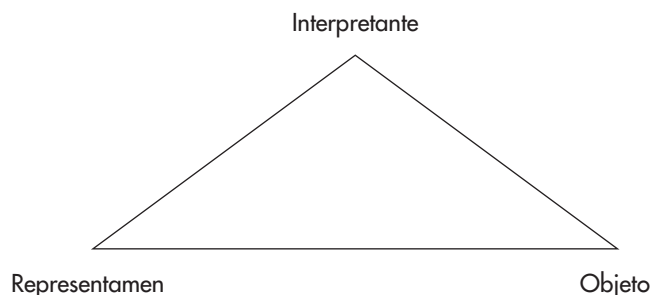
Dentro de la división de los saberes que Peirce, siguiendo la tradición arquitectónica kantiana, trató de establecer, la semiótica se encuentra entre las ciencias normativas. Peirce distinguía entre la ciencia de lo puramente fenomenológico, la *faneroscopia*, que identificaba con el estudio de lo mate-

rial, la *metafísica*, que trataba de las entidades abstractas, y las *ciencias normativas*, como la ética, la estética y la lógica. En su concepción, la lógica es una ciencia normativa porque trata del establecimiento de leyes que *se deben* seguir si se quiere alcanzar la verdad. Se trata pues de una concepción que asigna a la lógica el papel de *gramática* del pensamiento: la lógica establece el guión que el pensamiento ha de seguir para constituir conocimiento. La semiótica se identifica, en una de sus acepciones, la más general, con la lógica: *La lógica en su sentido amplio no es sino otro nombre para la semiótica, la doctrina cuasi-necesaria, o formal, de los signos* (Collected Papers, CP, 2.227). La lógica, en este sentido, establece las condiciones necesarias para la constitución del pensamiento (no sólo de la verdad) y, como el pensamiento no consiste sino en la composición de signos, viene a equivaler a la disciplina que define al signo y sus leyes de articulación, esto es, a la semiótica.

7.3. EL SIGNO O REPRESENTAMEN. REPRESENTAMEN, INTERPRETANTE Y OBJETO

La concepción del signo que Peirce comparte es la de estirpe agustiniana: el signo es una realidad que está en lugar de otra para alguien, que se lo hace presente: *Un signo o representamen es algo que, para alguien, representa o se refiere a algo en un aspecto o carácter . Se dirige a alguien, esto es, crea en la mente de esa persona un signo equivalente o, tal vez, un signo desarrollado. Este signo creado es lo que yo llamo interpretante del primer signo. El signo está en lugar de algo, su objeto. Está en lugar de ese objeto no en todos sus aspectos, sino sólo con referencia a una suerte de idea que a veces he llamado el fundamento del representamen* (CP, 2.228).

Así pues, la concepción de Peirce implica al menos tres miembros: representamen, interpretante y objeto. La función del interpretante es hacer presente el objeto mediante la conexión causal existente entre el representamen y él mismo. Esa conexión causal no consiste en que el representamen o signo se refiera al objeto en su totalidad, apelando en bloque a sus propiedades, sino que lo evoca apuntando a una o varias de ellas, sin que sea necesario que se trate de propiedades definitorias. La relación sígnica o semiosis es pues triádica, y de tal naturaleza que se puede representar mediante un triángulo:



Este triángulo es precedente del propuesto por Odgen y Richards (*El significado del significado*), que es el más conocido en la semiótica contemporánea. Cada uno de los extremos de este triángulo conectado con el representamen se corresponde con una rama de la semiótica, añadiendo además la relación con el fundamento del signo: ... *la ciencia de la semiótica tiene tres ramas. La primera ha sido llamada por Duns Scoto gramática especulativa. Podemos denominarla gramática pura. Tiene como objetivo determinar lo que debe ser verdadero del representamen usado por toda inteligencia científica en orden a que pueda encarnar un significado* ... (CP, 2.220). Por decirlo de otro modo, la gramática pura estudia las condiciones formales de posibilidad de los signos para que puedan funcionar como tales. Proporciona pues una definición (criterios formales de identificación) de lo que es signo, delimitando la clase de realidades que pueden serlo de la de las entidades que no pueden alcanzar esa naturaleza.

La rama de la semiótica que está en relación con los objetos representados es la lógica... *propriadamente dicha o lógica pura. Es la ciencia de lo que es cuasi-necesariamente verdadero de los representámenes de alguna inteligencia científica en orden a que puedan valer respecto de algún objeto, esto es, que puedan ser verdaderos. O también se puede decir que la lógica propriadamente dicha es la ciencia formal de las condiciones de verdad de las representaciones* (CP, 2.229).

Esta concepción de la lógica *pura* como disciplina que especifica las condiciones formales y necesarias que surgen cuando el sistema lingüístico tiene un trasunto posible en el plano ontológico, es una concepción *semántica*. Si la función de la gramática es la determinación de las condiciones formales de los signos para que constituyan tales signos, la lógica *pura* especifica cuáles son las condiciones *semánticas* para que a tales signos se les pueda aplicar el concepto de *verdad*.

Finalmente, la tercera rama de la semiótica, que se ocupa de las relaciones entre el signo y el interpretante, es llamada por Peirce *retórica pura*. Su objetivo es *determinar las leyes por las cuales en toda inteligencia científica un signo da origen a otro* (CP, 2.229). Estas subdivisiones en gramática, lógica y retórica, aparte de enlazar con la tradición medieval, constituyen prefiguraciones de la ya clásica división de la lingüística, y demás ciencias de lo simbólico, en sintaxis, semántica y pragmática. Tras ellas se encuentra un sustrato filosófico de una gran oscuridad y complejidad: cada uno de los elementos de la semiosis es relacionado con una categoría ontológica. Por ejemplo, el nivel semántico de lo objetual, aquello que el representamen representa constituye lo que Peirce denomina una *segundidad*, que participa del *modo de ser de aquello que es tal como es, con respecto a una segunda cosa, pero con exclusión de toda tercera cosa* (Carta a Lady Welby, 12-10-1904). Dentro de la categoría de objeto entra, pues, todo aquello que puede ser representado por un signo, como las cosas singulares, las propiedades generales, las acciones, las relaciones, etc. En cambio, los propios signos pertene-

cen a la categoría de la terceridad, puesto que constitutivamente están formados por tres elementos, de ninguno de los cuales es posible prescindir sin que resulte afectada la identidad del signo mismo. Los objetos pueden ser *inmediatos*, en cuanto se trate de *objetos representados* de acuerdo con el signo, o *dinámicos*, en cuanto realidad misma que subyace al hecho semiótico. Del mismo modo, el interpretante, lo que el signo suscita, puede ser *inmediato* y *dinámico*. El primero constituye la potencialidad del signo para ser comprendido correctamente. Hay interpretantes más inmediatos que otros porque su probabilidad de suscitar los objetos representados es mayor. En cambio, el interpretante dinámico se corresponde con la realidad de lo que sucede cuando se produce un signo: lo que efectivamente causa en la mente del receptor del signo, y que puede cubrir completamente las posibilidades inmediatas del signo. El interpretante dinámico es diferente en cada ocasión en que se produce el signo, aunque se corresponda con un mismo interpretante inmediato. Los acontecimientos mentales relacionados con un mismo representamen han de tener algo en común para la eficacia del signo, pero en cualquier caso son acontecimientos diferenciados, definibles, aislables.

La utilización de los signos, y el hecho de que funcionen como tales en ocasiones concretas, no conlleva un mayor conocimiento. El uso del signo da por supuesto el conocimiento del objeto que sustituye, y no puede añadir algo epistemológicamente nuevo a ese objeto. El mecanismo semiótico está pues, para Peirce, basado en el reconocimiento: que podamos conectar el signo con aquello a lo que refiere depende en última instancia de que tengamos o hayamos tenido contacto previo con dicho objeto, y que podamos reconocerlo mediante el *fundamento* del signo: *Todo signo está en lugar de un objeto independiente de él mismo; pero no puede ser un signo de este objeto más que en la medida en que este objeto tiene él mismo la naturaleza de un signo, del pensamiento. Porque el signo no afecta al objeto, sino que es afectado por él...*(CP, 1.538). Por decirlo de otro modo, la independencia de niveles en el hecho semiótico no excluye la existencia de una jerarquía en la que el nivel de lo objetual prima sobre los demás. Pero tal primacía atañe a la dirección de las relaciones causales, no al carácter necesario o contingente de los elementos de la triada semiótica.

Si el signo es sustituto del objeto, sólo lo puede ser en la medida en que tal objeto puede ser representado en el pensamiento. El interpretante juega por tanto una función mediadora igualmente necesaria en la relación semiótica. Su característica definitoria es precisamente la de ejercer de nexo entre el signo y el objeto, mediante la relación de *representación mediadora*, que es concebida por Peirce de similar manera a la kantiana.

7.4. SÍMBOLO, ÍNDICE E ICONO

Otro aspecto de la semiótica de Peirce que tuvo influencia sobre el posterior desarrollo de esta disciplina es el taxonómico, Peirce estableció una divi-

sión de los signos que se desprendía de la diferenciación de niveles semióticos. En primer lugar, consideró las posibles clases de signos teniendo en cuenta la propia naturaleza formal de éstos, lo que, para entendernos, equivale a una división «sintáctica». Desde este punto de vista, Peirce distinguió entre *cualisigno*, *insigno* y *legisigno*, dependiendo de que el signo fuera una realidad, un objeto o una «ley». En segundo lugar, desde el punto de vista semántico, atingente a la relación de los signos con sus objetos, Peirce distinguió tres clases de signos que posteriormente se han convertido en clásicas: símbolos, índices e iconos. La primera clase es la más importante y en ella están incluidos los signos lingüísticos. Para Peirce, los símbolos son legisignos, son signos que operan como tales en virtud de una ley, de una regularidad y a través de instancias particulares. Así, una palabra refiere a un objeto con ocasión de una preferencia concreta y gracias a la existencia de la convención generalmente aceptada de que denota tal objeto. Los símbolos son entidades generales, esto es, abstracciones, que no pueden actuar sino a través de realizaciones físicas que, según Peirce, funcionan como índices. Así, los trazos que componen la siguiente palabra, «árbol», son un índice del símbolo /árbol/, entidad abstracta perteneciente a la lengua española. El símbolo, en cuanto entidad no realizada, no denota un objeto particular; sino sólo una realidad general. Incluso cuando se considera el símbolo con expresiones determinantes, como /el árbol/, no se refiere a nada en particular. Para que el objeto general denotado por el símbolo se concrete en una entidad particular, es preciso que el símbolo se haga presente mediante su réplica sonora o gráfica. Esta réplica (índice del símbolo) se encuentra en la misma relación con el símbolo que el objeto particular con el objeto general: le representa en un nivel inferior de abstracción.

Finalmente, Peirce consideró los signos en su relación con los interpretantes y los dividió, desde este punto de vista, en *remas*, *dicisignos* y *argumentos*. Los remas son signos que suscitan un interpretante de una clase de objetos. Por ejemplo, las expresiones nominales son remas en este sentido porque, incluso cuando son nombres propios, el contenido mental que les corresponde no es el de nada en particular. Así, el símbolo /Pedro/ no provoca en nosotros la imagen de este o aquel Pedro, sino la de una clase de individuos que pueden ser portadores de ese nombre. Los dicisignos suscitan interpretantes de hechos realmente existentes. En general, las oraciones declarativas son dicisignos, pues nos figuramos que se pueden corresponder con las cosas que realmente ocurren. En el caso de los argumentos, se trata de signos que suscitan la imagen de una ley o regularidad general.

7.5. LA INTERPRETACIÓN SEMIÓTICA CONDUCTISTA DE W. MORRIS

La obra de Peirce, a pesar de su oscuridad y complejidad, ejerció una importante influencia en autores posteriores. Entre ellos se suele destacar, ya

en el siglo xx, a W. Morris como el autor cuya obra sistematizadora ejerció la función de puente entre los pioneros de la semiótica y sus practicantes más conspicuos en el siglo xx.

La teoría que Morris tenía del signo era esencialmente conductual: los signos no son únicamente realidades representadoras, sino que su característica fundamental es la de *operar* de forma suficientemente similar a la realidad que sustituyen. Por ello, su definición de signo apela a la identidad relativa de efectos entre éste y la realidad sustituida: *Si algo (A) rige la conducta hacia un objetivo en forma similar (pero no necesariamente idéntica) a como otra cosa (B) regiría la conducta respecto de aquel objetivo en una situación en que fuera observada, en tal caso (A) es un signo* (Signos, lenguaje y conducta, 1.2).

Esta definición era, no obstante, demasiado simple como para ajustarse al funcionamiento de la clase más importante de signos, los signos lingüísticos que, en cuanto respuesta a estímulos, tienen la propiedad de ser *medios*. Para acomodar su concepción a ese tipo de signos, Morris ideó la noción de *estímulo preparatorio*, matizando mediante ella su definición: *Si algo, A, es un estímulo preparatorio que, en ausencia de objetos-estímulo que inician una serie de respuestas de cierta familia de conducta, origina en algún organismo una disposición para responder dentro de ciertas condiciones, por medio de una serie de respuestas de esta familia de conducta, en tal caso A es un signo* (Signos, lenguaje y conducta, SLC, pág. 17). Dicho de otro modo, los signos lingüísticos funcionan como estímulos sustitutorios de objetos-estímulo, predisponiendo a una respuesta ante ellos que es fundamentalmente similar a la que provoca su presencia efectiva.

Esta reorientación conductista de la concepción semiótica afecta, como es natural, al análisis de la relación semiótica. Los acontecimientos mentales que, en la concepción de Peirce, constituían la mediación necesaria entre el signo y su objeto, son concebidos por W. Morris como disposiciones para un tipo de respuesta: *Llamaremos intérprete a cualquier organismo para el cual algo es un signo. Se llamará interpretante la disposición en un intérprete para responder, a causa del signo, por medio de series de respuestas de cierta familia de conducta. Lo que permite completar la serie de respuesta para la cual el intérprete se encuentra preparado a causa del signo, será la denotación (denotatum) del signo. Diremos que un signo denota un denotatum. Aquellas condiciones que son de tal índole que todo lo que las cumpla será un denotatum recibirán el nombre de significado (significatum) del signo* (SLC, pág. 25). La relación semiótica sigue entendiéndose pues como una relación triádica (signo, interpretante, denotatum, referencia u objeto), pero distinguiendo entre el objeto mismo y las condiciones o propiedades que se deben dar para que pueda producirse la relación signo-denotatum, que Morris denominó *significados* y que, en una obra posterior (*La significación y lo significativo*, pág. 14), especificó como *contextos*, que pueden incluir, aunque no necesariamente, otros signos.

7.6. LAS DIMENSIONES SEMÁNTICA Y PRAGMÁTICA DE LA SEMIOSIS

Las dimensiones de la semiótica distinguidas por Morris se corresponden con las diferentes relaciones diádicas que se pueden establecer entre los componentes de la semiosis: *En términos de los tres correlatos (vehículo-señal, designatum, interpretante) de la relación triádica de la semiosis, se puede extraer una multitud de otras relaciones diádicas. Se pueden estudiar las relaciones de los signos con los objetos a que son aplicables. Esta relación se llamará la dimensión semántica de la semiosis [...]. El objeto de estudio puede ser también la relación de los signos con los intérpretes. Esta relación se llamará la dimensión pragmática de la semiosis [...]. Una relación importante entre los signos no se ha introducido aún: la relación formal de un signo con otro. Se la llamará dimensión sintáctica de la semiosis...* (*Foundations of the theory of signs*, FTS, pág. 36). Así pues, se encuentran en su obra las dimensiones semióticas reconocidas y más o menos desarrolladas en la actualidad. Su definición es sumamente abstracta y no es fácil imaginar lo que Morris pensaba en cuanto a su desarrollo aplicado, que él denominaba *descriptivo*. Según Morris, a cada una de estas dimensiones semióticas correspondía una relación característica. Así, la *denotación* es la relación semántica paradigmática, mientras que la *expresión* es la relación característica de la pragmática: los signos denotan los objetos y expresan a sus usuarios. A su vez se encuentran en relación de *implicación* con otros signos en virtud de su pertenencia al conjunto ordenado e interrelacionado que es un sistema semiótico: esta relación de implicación es la típicamente sintáctica. En todo sistema semiótico se puede distinguir, desde el punto de vista sintáctico, entre las *reglas de formación* y las de *transformación*, entre las reglas que rigen la formación de los signos complejos, y las reglas que permiten manipular estos signos complejos, derivando unos de otros por ejemplo. Como instancia de las primeras, se pueden considerar las reglas constitutivas de los enunciados lingüísticos, formados típicamente por la suma de un *signo dominante* (el predicado principal de la oración, si el énfasis se pone en la acción) y un *signo señalador* (por ejemplo, un pronombre). Los signos *especificadores* restringen el dominio de aplicación de otros signos, contribuyendo a la determinación referencial: *En una sentencia como «aquel caballo blanco corre lentamente», dicho en una situación real y con gestos señaladores, «corre» puede tomarse como el signo dominante y «lentamente» como un especificador caracterizador, especificando a «corre»; del mismo modo, «caballo» especifica los casos posibles de «corre lentamente», «blanco» lleva la especificación más lejos y «aquel», en combinación con el gesto señalador, sirve como un signo señalador para localizar el objeto al cual se aplica el signo dominante, tal como entonces se especifica* (FTS, pág. 47).

La disciplina semántica también está constituida por un conjunto de reglas, que consisten esencialmente en una especificación de la clase de refe-

rencias que puede tener un signo: «regla semántica» designa, dentro de la semántica, una regla que determina en qué condiciones un signo es aplicable a un objeto o situación; tales reglas correlacionan signos y situaciones denotables por signos. Un signo denota todo lo que se ajusta a las condiciones establecidas en la regla semántica, mientras que la regla misma denota las condiciones de designación y, así, determina el designatum (la clase o especie de denotata) (FTS, pág. 50). Lo que especifica la regla semántica no es sino una conexión de índole asociativa entre un signo y una clase de objetos-estímulo. La regla misma constituye una *descripción* de tal conexión, la indica. Existen diferentes tipos de asociaciones y, por lo tanto, diferentes tipos de reglas semánticas. Por ejemplo, los signos señaladores tienen una conexión directa con la realidad que indican, se refieren a esa realidad sin apelar a ninguna propiedad característica o definitoria, se limitan a indicar que está ahí. En cambio, en los signos caracterizadores se menciona alguna propiedad de la realidad representada; en los signos icónicos, esta propiedad es compartida por el signo y el denotatum; en los simbólicos, como las expresiones lingüísticas, la propiedad no está impresa en el signo, sino tan sólo expresada por él. Los enunciados, a su vez, también tienen una función designativa, refieren a hechos o situaciones o, como también se dirá, estados de cosas.

En cuanto a la pragmática, en muchas ocasiones se ha señalado la vaguedad y amplitud de la definición morrisiana. Según Morris, la pragmática ha de ocuparse de *todos los fenómenos psicológicos, biológicos y sociológicos que se dan en el funcionamiento de los signos* (FTS, pág. 5.657). Esto es, según Morris, la pragmática se ocupará de las relaciones del signo con la mente, con el organismo y la sociedad, relaciones que, en la actualidad, son objeto de estudio de numerosas disciplinas. Morris, al parecer, entendía que la pragmática tenía como objeto central la descripción de los factores de toda índole que inciden en la formación de las *disposiciones conductuales* constitutivas del *interpretante*. Hoy día, sin embargo, la pragmática, al menos en su rama lingüística, tiene poco que ver con esta interpretación psicológico-conductista de Morris y ha surgido de marcos teóricos muy diferentes.

7.7. LA SEMIOLOGÍA DE F. DE SAUSSURE. LA DOBLE NATURALEZA DE LA LENGUA

La *semiología* de F. de Saussure, la otra fuente de la que se ha alimentado la semiótica moderna, surge de modo independiente y prácticamente al mismo tiempo que la semiótica de Ch. S. Peirce. Se distingue de la de éste, entre otras cosas, por el lugar que ocupa en ella lo específicamente lingüístico. Para Saussure, la lingüística no es sino una rama de la teoría de los signos, pero una rama de especial importancia, porque permite construir desde ella el edificio completo de una teoría general sobre el signo. A diferencia de Peirce, que elaboraba su semiótica desde la filosofía (la teoría de las categorías, en la tradición kantiana), Saussure utiliza como punto de partida sus estu-

dios de lingüística comparada, con aguda conciencia del doble carácter, social y psicológico, de los sistemas semióticos: *Puede por tanto concebirse una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social; formaría una parte de la psicología social y, por consiguiente, de la psicología general; la denominaremos semiología (del griego semeion, «signo»).* Ella nos enseñaría en qué consisten los signos, qué leyes los rigen [...]. La lingüística no es más que una parte de esa ciencia general, las leyes que descubra la semiótica serán aplicables a la lingüística y, de este modo, ésta se hallará vinculada a un ámbito perfectamente definido en el conjunto de los hechos humanos (Curso, Introducción, 3.3).

7.8. SIGNO Y REPRESENTACIÓN: SIGNIFICANTE Y SIGNIFICADO

Un lugar central en esa teoría semiológica lo ocupa su concepción del signo, inseparable de su teoría del lenguaje, de la que constituye su fundamento a través de la noción del sistema y del principio de arbitrariedad. En realidad, Saussure se ocupó ante todo del signo lingüístico y reconsideró la relación semiológica reduciéndola a una relación diádica: *El signo lingüístico no une una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. Esta última no es el sonido material, cosa puramente física, sino la imagen psíquica de ese sonido, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos; esa representación es sensorial y, si se nos ocurre llamarla «material», es sólo en este sentido y por oposición al otro término de la asociación, el concepto, generalmente más abstracto* (Curso, 1.^a parte, 1. I.). En esta concepción quedan pues excluidos los polos correspondientes a la realidad (el objeto representado) y, curiosamente, la materialidad del propio signo, la vibración de ondas sonoras que puede constituir una palabra, por ejemplo. Estos son elementos que subyacen a la relación semiótica, pero que se encuentran más allá de ella, ligados quizás por relaciones causales con los componentes genuinos del signo: el significante y el significado: *nosotros proponemos conservar la palabra «Signo» para designar la totalidad, y reemplazar concepto e imagen acústica respectivamente por significado y significante* (Curso, 1.^a parte, 1. I.). Los polos de la relación semiótica son pues de naturaleza psicológica, pero de diferente nivel de abstracción. Compete a la psicología su investigación en cuanto objetos o fenómenos de índole mental; a la semiología sólo le atañe especificar la naturaleza de sus relaciones, que Saussure encontró sujetas a dos principios: la arbitrariedad de su conexión y la linealidad del significante.

7.9. LAS PROPIEDADES DEL SIGNO LINGÜÍSTICO: ARBITRARIEDAD Y CARÁCTER LINEAL

Respecto al primer principio, el de la arbitrariedad del signo, existen dudas sobre el auténtico sentido de la concepción saussuriana. Parece com-

probado que, en sus formulaciones, se inspiró en la obra de Whitney, lingüística americano inscrito en la tradición lockeana. Pero tiene menos importancia la cuestión del origen de la idea, al fin y al cabo sostenida a lo largo de toda la filosofía del lenguaje desde Aristóteles, que su alcance. Para Saussure, el principio de arbitrariedad *domina toda la lingüística de la lengua*, aunque sus múltiples consecuencias se descubren sólo *tras muchas vueltas*, oscureciendo *la importancia primordial del principio*. Es el principio de arbitrariedad el que proporciona la primacía al lenguaje sobre otros sistemas semióticos porque, gracias a él, es particularmente evidente el *ideal de procedimiento semiológico*. En el signo lingüístico, la arbitrariedad significa que no existe ninguna conexión interna, *relación interior*, entre el significante y el significado. No hay que confundir la arbitrariedad con la carencia de causas: *La palabra arbitrario exige una observación. No debe dar la idea de que el significante depende de la libre elección del sujeto hablante (veremos que no está en manos del individuo cambiar nada en un signo, establecido éste en un grupo lingüístico); queremos decir que es inmotivado, es decir, arbitrario en relación al significado, con el que no tiene ningún vínculo natural en la realidad* (Curso, págs. 105-106). Es decir, no es que no existan causas para la constitución de este o aquel signo, sino que tales causas no pueden encontrarse en el signo mismo, en que éste tenga esta o aquella *forma*. En cuanto a esto, los signos se diferencian de los *símbolos* que, de acuerdo con Saussure, están unidos a sus significados por un vínculo natural: *Lo característico del símbolo es no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío, hay un rudimento de lazo natural entre el significante y el significado. El símbolo de la justicia, la balanza, no podría ser reemplazado por cualquier otro, por un carro, por ejemplo* (Curso, pág. 105).

La noción de símbolo que propuso Saussure no tiene, pues, nada que ver, y aun se opone, a la manejada por Peirce. Saussure incluso se planteó si la semiología debía ocuparse de los sistemas simbólicos, concluyendo afirmativamente, pero partiendo siempre de los sistemas de signos, en los cuales resultaba más transparente el *ideal semiológico*.

El segundo principio constitutivo del signo lingüístico es la linealidad del significante. El significante no es la sucesión de sonidos o inscripciones gráficas, sino la *imagen* que éstos producen. Desde el punto de vista formal comparten con su causa física una misma estructura, de acuerdo con el cuestionable supuesto de Saussure, a saber, tener una articulación lineal, esto es, *a) representar una extensión, y b) ser esa extensión medible en una sola dimensión* (Curso, pág. 107).

Este principio es de suma importancia para Saussure, porque en él reside el origen de una clase de relaciones constitutivas de cualquier lengua: las relaciones sintagmáticas. La configuración lineal de las imágenes acústicas es la causa de que la representación lingüística se efectúe mediante unidades denominadas *sintagmas*, esto es, unidades estructurales de significación por adjunción, por disposición concatenada en un continuo.

7.10. LA LENGUA COMO INSTITUCIÓN Y LA LENGUA COMO SISTEMA

Uno de los aspectos en que se ha señalado la influencia de E. Durkheim en la obra de Saussure es en su concepción de la lengua como *institución social*. Para Saussure, la lengua tiene las dos características esenciales que configuran toda institución: está conformada por reglas *a)* generales, esto es, ajenas a la voluntad individual, y *b)* de carácter coercitivo, esto es, limitadoras de posibilidades en la conducta interactiva. Esto se aplica igualmente a los elementos componentes de la lengua, los signos lingüísticos: *Si, en relación a la idea que representa, el significante aparece como libremente elegido, en cambio, en relación a la comunidad lingüística que lo emplea no es libre, es impuesto* (Curso, pág. 109). El significante parece libremente elegido, pero en realidad no es elegido por nadie en particular. Las lenguas son instituciones que, precisamente por su carácter profundamente arbitrario, sólo pueden cambiar lentamente, por causas naturales, esto es, históricas (extrínsecas o intrínsecas): *lo arbitrario mismo del signo pone a la lengua al abrigo de cualquier tentativa que tienda a modificarla. Aunque fuera más consciente de lo que lo es, la masa no podría discutirla. Porque, para que una cosa sea cuestionada, es menester que se apoye sobre una norma razonable[...]. Se podría discutir un sistema de símbolos, porque el símbolo tiene una relación racional con la cosa significada, pero, por lo que se refiere a la lengua, sistema de signos arbitrarios, esta base falta, y con ella desaparece todo terreno sólido de discusión* (Curso, pág. 111).

Si, desde el punto de vista social, la lengua es una institución, desde el enfoque formal, es un *sistema*. Esta noción que, como la arbitrariedad del signo, no es original de Saussure, tiene en su concepción un rendimiento explicativo importante, a diferencia de concepciones anteriores. Aunque Saussure se atiene a veces a la antigua metáfora romántica del lenguaje como organismo, su empleo de la noción de sistema le sitúa en una perspectiva decididamente formal. De hecho, Saussure utilizó la noción de sistema en el sentido que tenía en su época, *estructura matemática*: como conjunto de elementos cuyos rasgos definitorios son relacionales, esto es, que tienen una existencia cuyo significado está determinado por las relaciones que mantienen con otros elementos del mismo conjunto. Los signos lingüísticos *no son*, sino que tienen *valor*. De igual modo que las piezas del ajedrez, los signos lingüísticos dependen de su posición relativa con respecto a otros signos para alcanzar una u otra significación. Por eso, niega Saussure que la lengua constituya una *nomenclatura*, un repertorio fijo de designaciones de la realidad, *una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas* (Curso, pág. 99). En una nomenclatura de este tipo existe una correspondencia fija entre términos y realidades y, por tanto, el cambio voluntario e intencional es posible, sin que quede afectado el resto del conjunto. En cambio, nada de esto sucede en las lenguas naturales. Su naturaleza histórica asegura su fijeza y su carácter supraindividual las pone a salvo de las decisiones particulares de cambio.

7.11. LINGÜÍSTICA DIACRÓNICA Y LINGÜÍSTICA SINCRÓNICA

No obstante, el cambio, el desplazamiento de la asociación entre significante y significado, es inevitable, produciéndose de una forma que diferencia a la lengua de otros tipos de instituciones: ... *este carácter arbitrario separa radicalmente a la lengua de todas las demás instituciones. Se ve claramente por la forma en que evoluciona; nada hay más complejo; situada a la vez en la masa social y en el tiempo, nadie puede cambiar nada en ella y por otra parte, la arbitrariedad de sus signos entraña teóricamente la libertad de establecer cualquier relación entre la materia fónica y las ideas. De donde resulta que estos dos elementos unidos en los signos conservan, cada cual, su vida propia en una proporción desconocida fuera de la lengua, y que ésta se altera, o más bien evoluciona, bajo la influencia de todos los agentes que pueden alcanzar bien a los sonidos, bien a los sentidos* (Curso, pág. 115). Así, *la continuidad del signo en el tiempo, ligada a la alteración en el tiempo, es un principio de la semiología general* (Curso, pág. 115).

Por ello, en todo sistema semiótico, y especialmente en la lengua, hay que diferenciar entre su estado actual, y los estados que le han precedido y han llevado a él; hay que distinguir entre lo *sincrónico* y lo *diacrónico*. Antes de Saussure se daba primacía a la lingüística diacrónica. Constituía parte del paradigma historicista en ciencias sociales: las explicaciones científicas de la lingüística eran explicaciones históricas, y la misma lingüística era considerada como una ciencia histórica *más*. Saussure pone en cuestión este paradigma, afirmando la primacía de la lingüística sincrónica. Lo que el lingüista ha de estudiar es una realidad mental, un sistema lingüístico presente en la mente de los que saben hablar una lengua y, desde ese punto de vista, carecen de pertinencia las consideraciones históricas: *Lo primero que sorprende cuando se estudian los hechos de la lengua es que, para el sujeto hablante, su sucesión en el tiempo no existe: él está ante un estado. Por eso, el lingüista que quiere comprender ese estado debe hacer tabla rasa de todo cuanto lo ha producido e ignorar la diacronía. Sólo puede entrar en la conciencia de los sujetos hablantes suprimiendo el pasado. La intervención de la historia no puede sino falsear el pasado* (Curso, pág. 121). Lo que el hablante *sabe* no es una cadena histórica de relaciones causales, sino un sistema de relaciones de significación. Por eso, el objeto propio de la lingüística es la descripción de la estructura de la lengua *como si* fuera algo fijo, porque así lo es para la conciencia de los individuos. Esta *segunda gran bifurcación* de la ciencia lingüística tiene importantes consecuencias metodológicas, asegurando entre otras cosas la autonomía de las explicaciones diacrónicas y sincrónicas: *la antinomia radical entre el hecho evolutivo y el hecho estático tiene por consecuencia que todas las nociones relativas al uno o al otro sean, en igual medida, irreductibles entre sí* (Curso, pág. 131).

De igual modo, la elección del enfoque sincrónico determina la forma de las explicaciones lingüísticas. Las regularidades (leyes) que tal lingüística ha

de describir son de naturaleza completamente diferente a las que dirigen las evoluciones históricas, e igualmente diferentes de otras leyes sociales: *La ley sincrónica es general, pero no imperativa. Indudablemente se impone a los individuos por la coacción del uso colectivo, pero aquí no consideramos una obligación referida a los sujetos hablantes. Queremos decir que en la lengua ninguna fuerza garantiza el mantenimiento de la regularidad cuando reina en algún punto* (Curso, pág. 133). Las regularidades lingüísticas son pues fruto, no de los avatares históricos, sino del hecho de la naturaleza sistemática de la lengua. Tales leyes están sujetas pues a una causalidad estructural: el cambio de elementos provoca reacomodaciones del sistema que se explican precisamente por la necesidad de conservar una determinada estructura.

Saussure estuvo, como se ha señalado en numerosas ocasiones, en el origen de la lingüística moderna. De su concepción general del lenguaje se desprende una serie de opciones metodológicas que han configurado el marco conceptual de buena parte de la lingüística posterior a él. Y en la medida en que la lingüística fue considerada como una disciplina particular de la semiología general que él ideó, influyó de una forma decisiva en el desarrollo de la teoría del signo a lo largo del siglo xx.



TEXTOS

Bloque 1: Ch. S. Peirce

TEXTO 1

Ch. S. Peirce,
El hombre,
un signo,

selección de los
Collected Papers,
traducción de
J. Vericat

La primera distinción que encontramos necesario establecer —el primer conjunto de concepciones que tenemos que signalizar— forma una tríada

Cosa

Representación

Forma

Ustedes recordarán que Kant distingue en todas las representaciones mentales la materia y la forma. La distinción aquí es ligeramente diferente. En primer lugar, no utilizo la palabra *representación* como una traducción del alemán *Vorstellung*, que es el término general para cualquier producto del poder cognitivo. *Representación*, ciertamente, no es una traducción perfecta de este término porque parece implicar necesariamente una referencia mediata a su objeto, lo que no hace la *Vorstellung*. Sin embargo, yo no limitaría el término ni a lo que es mediato, ni a lo que es mental, sino que lo utilizaría en su sentido amplio, usual, y etimológico, como algo que se supone está por otro, y que puede expresar este otro a una mente que verdaderamente pueda entenderlo. Así, todo nuestro mundo —éste que podemos comprender— es un mundo de representaciones. Nadie puede negar que hay representaciones pues todo pensamiento es una. Pero a primera vista, aunque aún sin fundamentar, es posible el escepticismo con las *cosas* y las *formas*. La *cosa* es aquello en lugar de lo cual puede estar una representación, prescindiendo de todo lo que constituya una relación con cualquier representación. La *forma* es el respecto en el que una representación puede estar por una cosa, prescindiendo tanto de la cosa como de la representación. Vemos, así, que las *cosas* y las *formas* se relacionan con nosotros de manera muy diferente a las *representaciones*. No por ser elementos de los que se prescinden en las representaciones, se prescinde también en otras representaciones. Sino porque conocemos absolutamente las representaciones, mientras que las *formas* y las *cosas* las conocemos sólo a través de representaciones. El escepticismo es así posible en relación a ellas. Pero por la sola razón de que se las conoce sólo relativamente, y por tanto no pertenecen a nuestro mundo, la hipótesis de *cosas* y *formas* no introduce nada falso. Pues verdad y falsedad sólo se aplican a un objeto en tanto puede conocerse. Si, en efecto, pudiésemos conocer cosas y formas en sí mismas, quizás, entonces, nuestras representaciones de ellas podrían contradecir este conocimiento. Pero, dado que todo lo que conocemos de ellas lo conocemos a través de representaciones, si nuestras representaciones son consistentes poseen toda la verdad que el caso admite. Encontramos que las representaciones son de tres tipos

Signo

Copias (iconos)

Símbolos

Entiendo por *copia (icono)* una representación cuyo acuerdo con su objeto depende meramente de una igualdad de predicados. Entiendo por *signo* una representación cuya referencia a su objeto está fijada por convención. Entiendo por *símbolo* aquello que al presentarse a la mente sin parecido alguno con su objeto, y sin referencia alguna a una convención previa evoca un concepto.

Un símbolo está sujeto a tres condiciones: 1) tiene que representar un objeto, o cosa informada y representable; 2) tiene que ser una manifestación de un *logos*, o forma representada y realizable; 3) tiene que ser traducible a otro lenguaje, o sistema de símbolos.

La gramática general es la ciencia de las leyes generales de las relaciones de los símbolos a los logoi. La lógica es la ciencia de las leyes generales de sus relaciones a los objetos. Y la retórica general es la ciencia de las leyes generales de sus relaciones a otros sistemas de símbolos.

Iconos e hipoiconos

1. Un signo, o representamen, es un primero que está en una tal genuina relación triádica a un segundo, llamado su objeto, que es capaz de determinar que un tercero, llamado su interpretante, asuma la misma relación triádica a su objeto en la que él se encuentra respecto del mismo objeto. La relación triádica es genuina, es decir, sus tres miembros están unidos por ella de manera que no consista en ningún complejo de relaciones diádicas. Ésta es la razón de por qué el interpretante, o tercero, no pueda estar en una mera relación diádica al objeto, sino que tiene que estar en la relación a éste que tenga el representamen mismo. La relación triádica en la que está el tercero no puede ser tampoco meramente similar a la que está el primero, pues esto haría de la relación del tercero al primero meramente una segunda degenerada. El tercero, ciertamente, tiene que estar en una tal relación, y, por tanto, tiene que ser capaz de determinar un tercero propio; pero, además de esto, tiene que tener una segunda relación triádica en la que el representamen, o, más bien, la relación de éste a su objeto, será su propio (el del tercero) objeto, teniendo que ser capaz de determinar un tercero respecto de esta relación. Todo esto tiene que ser igualmente verdad de los terceros del tercero, y así sucesivamente sin fin, esto, y más, está involucrado en la idea familiar de signo; si bien no hay nada más implicado en lo que respecta al término representamen, tal como se utiliza aquí. Un signo es un representamen con un interpretante mental. Posiblemente pueden haber representamens que no son signos. Así, si un girasol al girar hacia el sol, por este mismo acto y sin ninguna condición ulterior, se transforma en plenamente capaz de reproducir un girasol que gira precisamente en las formas correspondientes hacia el sol, haciéndolo con la misma capacidad reproductiva, el girasol se transformaría en un representamen del sol. Pero el pensamiento es el principal, si es que no es el único, modo de representación.

2. [...] La [división de signos] más fundamental es en iconos, índices y símbolos. Básicamente, si bien ningún representamen funciona actualmente como tal hasta que determina actualmente un interpretante, con todo se



TEXTOS

Bloque 1: Ch. S. Peirce

transforma en un representamen tan pronto como es plenamente capaz de hacerlo; y su cualidad representativa no depende necesariamente del hecho de estar siempre actualmente determinando un interpretante, y ni siquiera de tener actualmente un objeto.

3. Un icono es un representamen cuya cualidad representativa es una primeridad del mismo como un primero. Es decir, una cualidad que tiene *qua* cosa es lo que lo hace apto para ser un representamen. Así, todo es apto para ser un sustituto de algo a lo que se parece. (El concepto de «substituto» implica el de un propósito, y, por tanto, de genuina terceridad.) Veremos si hay o no otros tipos de sustitutos. Un representamen por la sola primeridad sólo puede tener un objeto similar. Así, un signo por contraste denota su objeto sólo en virtud de un contraste, o segundidad, entre dos cualidades. Un signo por primeridad es una imagen de su objeto, y, hablando más estrictamente, sólo puede ser una idea. Pues tiene que producir una idea interpretante; y un objeto externo suscita una idea mediante una reacción en el cerebro. Pero, hablando del modo más estricto, ni siquiera una idea puede ser un icono, excepto en el sentido de una posibilidad, o primeridad. Sola posibilidad lo es un icono puramente en virtud de su cualidad, y su objeto sólo puede ser una primeridad. Pero un signo puede ser icónico, es decir, puede representar a su objeto básicamente por su similitud, con independencia de su modo de ser. Si se necesitara un sustantivo, un representamen icónico puede denominarse hipoicono. Cualquier imagen material, como una pintura, es ampliamente convencional en su modo de representación; pero, en sí misma, sin leyenda ni etiqueta, puede llamarse un hipoicono.

Ejercicios

1. Comente la noción de *representación* introducida por Ch. S. Peirce, comparándola con otras similares (por ejemplo, la de *idea* de J. Locke).
2. Comente las nociones de *signo*, *icono* y *símbolo* que introduce Peirce, compare su noción de *símbolo* con la de F. de Saussure.
3. Analice la noción de *representamen* y comente las diferentes clases que distingue Peirce.

TEXTO 2

Ch. S. Peirce,
*La naturaleza
de los símbolos*

18. Un símbolo es un representamen cuyo carácter representativo consiste precisamente en ser una regla que determinará su interpretante. Todas las palabras, frases, libros u otros signos convencionales, son símbolos. Hablamos de escribir o pronunciar la palabra «hombre», pero sólo es una réplica, o encarnación de la palabra que se pronuncia o escribe. La palabra misma no tiene existencia alguna, aun cuando tiene un ser real, consistente en el hecho de que los existentes se conformarán a ella. Es un modo general de sucesión de tres sonidos [*man*], o representamens de sonidos, que se transformarán en signo sólo por el hecho de que un hábito, o ley adquirida, dará lugar a que réplicas de ello se interpreten como significando un hombre u hombres. La palabra y su significación son ambas reglas generales, pero de las dos sólo la palabra prescribe las cualidades, sus réplicas en sí mismas. De otro modo la «palabra» y su «significación» no difieren, a menos que se atribuya algún sentido especial a «significación».

19. Un símbolo es una ley, o regularidad del futuro indefinido. Su interpretante tiene que responder a la misma descripción; y lo mismo también el objeto inmediato completo, o significación. Pero una ley rige necesariamente, o «está encarnada en» individuos, y prescribe algunas de sus cualidades. Consecuentemente, un constituyente de un símbolo puede ser un índice, y un constituyente puede ser un icono. Un hombre que pasea con un niño levanta el brazo hacia el cielo y dice «Hay un globo». El brazo señalando es una parte esencial del símbolo, sin la cual lo segundo no aportaría información alguna. Pero si el niño pregunta «¿qué es un globo?», y el hombre contesta: «Es algo así como una gran pompa de jabón», hace de la imagen una parte del símbolo. Así, a la vez que el objeto completo de un símbolo, es decir, su significación, posee la naturaleza de una ley, tiene que denotar un individuo, y tiene que significar una característica. Un símbolo genuino es un símbolo que tiene una significación general. Hay dos tipos de símbolos degenerados, el símbolo singular, cuyo objeto es un individuo existente, y que significa sólo aquellas características que este individuo puede realizar; y el símbolo abstracto, cuyo único objeto es una característica.

20. Aunque el interpretante inmediato de un índice tiene que ser un índice, con todo, dado que su objeto puede ser el objeto de un símbolo individual [singular], el índice puede tener un tal símbolo como su interpretante indirecto. Incluso un símbolo genuino puede ser un interpretante imperfecto del mismo. Así, un icono puede tener como interpretante indirecto un índice degenerado, o un símbolo abstracto, y como interpretante imperfecto un índice genuino o símbolo.

21. Un símbolo es un signo apto naturalmente para declarar que el conjunto de objetos denotado por cualquier conjunto de índices que puede de ciertas formas atribuirse a aquél está representado por un icono asociado al mismo. Para mostrar lo que significa esta complicada definición, tomemos como ejemplo de símbolo la palabra «amaba». Asociada a esta palabra se encuentra una idea que es el icono mental de una persona amando a otra. Ahora bien, tenemos que tener en cuenta que «amaba» aparece en una frase, pues la cuestión no es lo que puede significar por sí misma, si es que sig-



TEXTOS

Bloque 1: Ch. S. Peirce

nifica algo. Tomemos, pues, la frase, «Ezequiel amaba a Hulda». Ezequiel y Hulda tienen, pues, que ser o que contener índices; pues sin índices es imposible designar aquello sobre lo que uno está hablando. Una mera descripción dejaría en el aire si se trataba o no de meros caracteres de una balada; pero, lo sean o no, pueden ser designados por índices. Ahora bien, el efecto de la palabra «amaba» es que el par de objetos denotado por el par de índices Ezequiel y Hulda está representado por el icono, o imagen, que tenemos en nuestras mentes de un amante y su amada.

22. Lo mismo es igualmente verdad de todo verbo en el modo declarativo, y, ciertamente, de todo verbo, pues los otros modos son meramente declaraciones de un hecho de alguna manera diferente al expresado por el modo declarativo. Por lo que respecta al nombre, considerando la significación que tiene en la frase, y no como por sí mismo, lo más conveniente es considerarlo como una parte de un símbolo. Así, la frase, «todo hombre ama a una mujer» es equivalente a «todo lo que sea un hombre ama algo que es una mujer». Aquí, «todo lo que» es un índice selectivo universal, «sea un hombre» es un símbolo, «ama» es un símbolo, «algo que» es un índice selectivo particular, y «es una mujer» es un símbolo. [...]

24. Cualquier palabra ordinaria, como «dar», «pájaro», «matrimonio», es un ejemplo de símbolo. *Es aplicable a todo aquello que pueda encontrarse que realiza la idea conexiónada con la palabra*; en sí mismo no identifica estas cosas. No nos muestra un pájaro, ni realiza ante nuestros ojos el acto de dar, o un matrimonio, sino que supone que somos capaces de imaginar estas cosas asociando la palabra a las mismas.

25. En los tres órdenes de signos, icono, índice, símbolo, puede observarse una progresión regular de uno, dos, tres. El icono no tiene conexión dinámica con el objeto que representa; sucede simplemente que sus cualidades se parecen a las de este objeto, y suscita sensaciones análogas en la mente para la cual es una similitud. Pero realmente no está conectado con ellas. El índice está conectado físicamente con su objeto; constituyen un par orgánico, pero la mente interpretante no tiene nada que ver con esta conexión, excepto señalarla después de establecida. El símbolo está conectado con su objeto en virtud de la idea de la mente utilizadora-de-símbolos, sin la cual no existiría una conexión.

27. Un símbolo, tal como hemos visto, no puede indicar ninguna cosa particular; denota un tipo de cosa. No sólo esto sino que él mismo es un tipo y no una cosa singular. Tú puedes escribir la palabra «estrella», pero esto no te

hace el creador de la palabra, ni por borrarla la destruyes. La palabra vive en las mentes de los que la utilizan. Aun cuando estén dormidos, existe en su memoria. Por tanto podemos admitir, si hay razón para hacerlo, que los generales (universales) son meras palabras, sin afirmar en absoluto, como Ockham suponía, que son realmente individuos.

Ejercicios

1. ¿Cuál es la relación entre las nociones de *símbolo* y de *regla*, según el texto?
2. ¿Qué función desempeñan los índices dentro de los símbolos? ¿Por qué?
3. Describa en qué consiste la «progresión regular» de las clases de signos que distingue Peirce.



TEXTOS

Bloque 2: W. Morris

TEXTO 1

La naturaleza del signo

W. Morris,
Fundamentos
de la teoría de
los signos,
traducción de
E. Torrego

Puede llamarse *semiosis* al proceso en el que algo funciona como signo. Una tradición que se remonta a los griegos ha solido considerar que este proceso implica tres (o cuatro) factores: lo que actúa como signo, aquello a lo que el signo se refiere y aquel efecto producido en algún intérprete en virtud del cual la cosa en cuestión es un signo para este último. A estos tres componentes de la semiosis podemos llamarlos, respectivamente, vehículo del signo, designatum e interpretante; puede incluirse al intérprete como cuarto factor. Estos términos explicitan los factores que deja sin designar la habitual afirmación de que un signo se refiere a algo para alguien.

Un perro responde con el tipo de conducta (I) requerido para cazar ardillas (D) ante un determinado sonido (S); un viajero se prepara para enfrentarse adecuadamente (I) a la región geográfica (D) en virtud de la carta (S) que le escribió un amigo. En tales casos, S es el vehículo del signo (y un signo en virtud de su funcionamiento), D es el designatum e I el interpretante del intérprete. La caracterización más eficaz de un signo es la siguiente: S es un signo de D para I en la medida en que I toma en cuenta a D en virtud de la presencia de S. Por lo tanto, en la semiosis algo toma en cuenta a algo distinto de sí mismo de forma mediata, o sea, a través de un tercero. En consecuencia, la semiosis es una toma en cuenta mediata. Los mediadores son los vehículos del signo, las tomas en cuenta [*takings-account-of*] son los interpretantes; los agentes del proceso son los intérpretes; lo que se toma en cuenta son los designata. Esta formulación requiere varios comentarios.

Debe quedar claro que los términos «signo», «designatum», «interpretante» e «intérprete» se implican unos a otros, puesto que son meros medios de referirse a aspectos del proceso de semiosis. No es preciso que haya signos que se refieran a los objetos, pero no existen designata a menos que se cumpla tal referencia; algo es un signo sólo porque algún intérprete lo interpreta como signo de algo; una toma en cuenta de algo es un interpretante en tanto en cuanto algo que funciona como signo lo evoca; un objeto es un intérprete solamente en el caso de que tome en cuenta a algo de forma mediata. Las propiedades de ser un signo, un designatum, un intérprete o un interpretante son propiedades de relación asumidas por las cosas mediante su participación en el proceso funcional de la semiosis. Por lo tanto, la semiótica no se ocupa del estudio de una clase particular de objetos, sino de los objetos comunes en tanto (y sólo en tanto) que participan en la semiosis. La importancia de este hecho se irá poniendo progresivamente de manifiesto.

Varios signos que se refieran al mismo objeto no tienen por qué tener necesariamente los mismos designata, puesto que lo que se tome en cuenta en el objeto puede muy bien diferir según los distintos intérpretes. En un polo de la teoría, un signo de un objeto puede simplemente llamar la atención del intérprete del signo hacia el objeto, mientras que, en el otro polo, permitiría al intérprete tomar en cuenta todas las características del objeto en cuestión en ausencia del objeto mismo. Hay, por tanto, un continuo potencial de signos a través del cual pueden expresarse todos los grados de semiosis con respecto a cualquier objeto o situación, y la cuestión de cuál sea el designatum de un signo en una situación dada no es otra que la de cuáles son las características del objeto o situación que realmente se toman en cuenta en virtud de la presencia exclusiva del vehículo del signo.

Un signo debe tener un designatum, pero es evidente que no todo signo se refiere de hecho a un objeto real existente. Las dificultades que pueden plantear estas afirmaciones son sólo aparentes y para resolverlas no es necesario introducir un ámbito metafísico de «subsistencias». Desde el momento en que «designatum» es un término semiótico, no pueden darse designata sin semiosis, pero puede haber objetos sin que haya semiosis. El designatum de un signo es la clase de objetos a la que se aplica el signo, es decir, de los objetos que tienen las propiedades que el intérprete toma en cuenta a través de la presencia del vehículo del signo. Y la toma en cuenta puede darse sin que existan realmente objetos o situaciones con las características tomadas en cuenta. Esto es cierto incluso en el caso de apuntar con el dedo: uno puede apuntar con el dedo por diversas razones sin apuntar a nada concreto. No hay contradicción alguna en decir que cada signo tiene un designatum, pero que no todo signo se refiere a algo realmente existente. En el caso en que lo referido existe realmente conforme a tal referencia, el objeto de esta última es un denotatum. Con ello se pone de manifiesto que, si bien todo signo tiene un designatum, no todos los signos tienen un denotatum. Un designatum no es una cosa, sino un tipo de objeto o una clase de objetos (y una clase puede tener muchos miembros, o uno, o ninguno). Los denotata son los miembros de la clase. Esta distinción explica el hecho de que se pueda buscar en la nevera una manzana que no esté allí o hacer preparativos para vivir en una isla que puede no haber existido nunca o haber desaparecido hace tiempo bajo el mar.

Ejercicios

1. Ponga ejemplos de *vehículo del signo*, *designatum* e *interpretante* diferentes de los que aporta W. Morris.
2. ¿Cuál es la relación que existe entre la noción de *designatum* (o *designata*) y *objeto*?
3. Explique las relaciones que se dan entre las nociones de *designatum* y *denotatum*.



TEXTOS

Bloque 3: F. de Saussure

TEXTO 1

F. de Saussure,
Curso de
lingüística
general,
traducción de
Amado Alonso

La lengua, deslindada así del conjunto de los hechos de lenguaje, es clasificable entre los hechos humanos, mientras que el lenguaje no lo es.

Acabamos de ver que la lengua es una institución social, pero se diferencia por muchos rasgos de las otras instituciones políticas, jurídicas, etc. Para comprender su naturaleza peculiar hay hacer intervenir un nuevo orden de hechos.

La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas. Se puede, pues, concebir *una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social*. Tal ciencia sería parte de la psicología social y, por consiguiente, de la psicología general. Nosotros la llamaremos *semiología* (del griego *semeion*, «signo»). Ella nos enseñará en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esa ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos.

Ejercicios

1. Comente la definición que da F. de Saussure de la *semiología*.
2. ¿Por qué afirma Saussure que la lengua es un hecho social?
3. ¿Por qué define Saussure la lingüística como una parte de la psicología?

TEXTO 2

F. de Saussure,
Curso de
lingüística
general,
traducción de
Amado Alonso

Para ciertas personas, la lengua, reducida a su principio esencial, es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a tantas otras cosas. Esta concepción es criticable por muchos conceptos. Supone ideas completamente hechas preexistentes a las palabras; no nos dice si el nombre es de naturaleza vocal o psíquica, pues *arbor* puede considerarse en uno u otro aspecto; por último hace suponer que el vínculo que une un nombre a una cosa es una operación muy simple, lo cual está bien lejos de ser verdad. Sin embargo, esta perspectiva simplista puede acercarnos a la verdad al mostrarnos que la unidad lingüística es una cosa doble, hecha con la unión de dos términos.

A propósito del circuito del habla hemos visto que los términos implicados en el signo lingüístico son ambos psíquicos y están unidos en nuestro cerebro por un vínculo de asociación. Insistamos en este punto.

Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. La imagen acústica no es el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos; esa imagen es sensorial y si llegamos a llamarla «material» es solamente en este sentido y por oposición al otro término de la asociación, el concepto, generalmente más abstracto [...]. Esta definición plantea una importante cuestión de terminología. Llamamos *signo* a la combinación del concepto y de la imagen acústica; pero en el uso corriente este término designa generalmente la imagen acústica sola, por ejemplo una palabra (*arbor*, etc.). Se olvida que, si llamamos signo a *arbor* no es mas que gracias a que conlleva el concepto «árbol», de tal manera que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto.

La ambigüedad desaparecería si designáramos las tres nociones aquí presentes por medio de nombres que se relacionen recíprocamente al mismo tiempo que se opongan. Y proponemos conservar la palabra *signo* para designar el conjunto, y reemplazar *concepto* e *imagen acústica* respectivamente con *significado* y *significante*.

Ejercicios

1. ¿A qué llama Saussure *imagen acústica*?
2. ¿Cómo se relaciona la imagen acústica con el signo?
3. ¿Cómo se relaciona la imagen acústica con el concepto?
4. Ponga ejemplos de *significantes* y *significados*.



TEXTOS

Bloque 3: F. de Saussure

TEXTO 3

F. de Saussure,
Curso de
lingüística
general,
traducción de
Amado Alonso

El lazo que une el significante al significado es arbitrario; o bien, puesto que entendemos por *signo* el total resultante de la asociación de una significante con un significado, podemos decir más simplemente: *el signo lingüístico es arbitrario*. [...]

Se ha utilizado la palabra *símbolo* para designar el signo lingüístico o, más exactamente, lo que nosotros llamamos el significante. Pero hay inconvenientes para admitirlo, justamente a causa de nuestro primer principio. El símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre el significante y el significado. El símbolo de la justicia, la balanza, no podría reemplazarse por otro objeto cualquiera, un carro, por ejemplo.

La palabra *arbitrario* necesita también una observación. No debe dar idea de que el significante depende de la libre elección del hablante (ya veremos luego que no está en manos del individuo cambiar nada en un signo una vez establecido por un grupo lingüístico); queremos decir que es *inmotivado*, es decir, arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda en la realidad ningún lazo natural. [...]

El significante, por ser de naturaleza auditiva, se desenvuelve en el tiempo únicamente y tiene los caracteres que toma del tiempo: *a)* representa una extensión y *b)* esa extensión es mensurable en una sola dimensión; es una línea.

Este principio es evidente, pero parece que siempre se ha desdeñado el enunciarlo, sin duda porque se le ha encontrado demasiado simple; sin embargo, es fundamental y sus consecuencias son incalculables: su importancia es igual a la de la primera ley. Todo el mecanismo de la lengua depende de ese hecho. Por oposición a los significantes visuales (señales marítimas, por ejemplo), que pueden ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones, los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo; sus elementos se presentan uno tras otro; forman una cadena. Este carácter se destaca inmediatamente cuando los representamos por medio de la escritura, en donde la sucesión en el tiempo es sustituida por la línea espacial de los signos gráficos.

Ejercicios

1. Distinga entre las nociones de *signo* y *símbolo* que caracteriza F. de Saussure. Compárelas con otras nociones similares, por ejemplo, las que definió Aristóteles.
2. ¿Implica la noción de *arbitrariedad* del signo que no es posible especificar sus causas? ¿Por qué?
3. Enuncie alguna consecuencia del principio de *linealidad* del signo lingüístico.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- PEIRCE, CH. S.

Collected Papers, 2 vols., Massachussets: The Belknap Press, 1965-1966.

Writings of Ch. S. Peirce, 1867-1871, ed. de E. F. Moore y otros, Bloomington: Indiana U. Press, 1984.

Ecrits sur le signe, ed. de G. Deledalle, París: Seuil, 1978.

La ciencia de la semiótica, traducido por B. Bugni, Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.

El hombre, un signo, selección de los *Collected Papers*, con traducción, introducción y notas de J. Vericat, Barcelona: Crítica, 1988.

- MORRIS, W.

Foundations of the theory of signs, en *International Encyclopedia of Unified Science*, Chicago: U. of Chicago Press, 1938; versión española: *Fundamentos de la teoría de los signos*, en México: UNAM, 1958, y en Barcelona: Paidós, 1985. Traducción en castellano de los dos primeros capítulos en F. Gracia, comp., *Presentación del lenguaje*, Madrid: Taurus, 1972, págs. 53-65.

Signs, language and behavior, Nueva York: Prentice Hall, 1946, 2.^a ed., 1955; versión en castellano: *Signos, lenguaje y conducta*, Buenos Aires: Losada.

Signification and significance, Cambridge, Mass.: M.I.T. Press 1964; Versión castellana en Madrid: A. Corazón ed., 1974.

Writings on the General Theory of Signs, The Hague: Mouton.

- SAUSSURE, F. DE

Cours de linguistique générale, ed. crítica de R. Engler, tomo I, Wiesbaden: Harasowitz, 1968; Tomo II, 1974.

Cours de linguistique générale, ed. de A. Bally y A. Sechehaye, Ginebra, París: Payot, 1916.

Cours de linguistique générale (1908-1909). Introduction (d'après des notes d'étudiants), Cahiers F. de Saussure, 15, págs. 6-103.

Corso di linguistica generale di F. de Saussure, ed. por Tullio di Mauro, Bari: Laterza, 1968.

Curso de lingüística general, traducción de Amado Alonso, Buenos Aires: Losada, 1945; traducción de M. Armiño en Madrid: Akal, 1980.

Ensayos y artículos

- ALMEDER, R. (1971), «The idealism of Ch. S. Peirce», *Journal of the history of philosophy*, 9, págs. 477-485.
- ALTSHULER, R. (1980), «Peirce's theory of truth and his early idealism», *Transactions of the Ch. S. Peirce Society*, vol. 16, págs. 118-140.
- APEL, K. O. (1981), *Ch. S. Peirce: from pragmatism to pragmaticism*, Amherst, Mass.: U. of Massachussets Press.
- ARENS, H. (1955, 1969 2), *Sprachwissenschaft: der Gang ihrer Entwiellung von der Antike bis zur Gegenwart*, Munich: K. Albert; traducción castellana en Madrid. Gredos, 1975.
- BAILEY, R. W. (1980), «W. D. Whitney and the origins of semiotics», en R. W. BAILEY y otros, eds., *The Sign: Semiotics around the world*, Ann Arbor: U. of Michigan Press, págs. 68-80.
- BENVENISTE, E. y otros (1964), *Ferdinand de Saussure*, París: Mercure; traducción castellana en Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.
- BEUCHOT, M. (1979), *Elementos de semiótica*, México: UNAM.
- BIERBACH, CH. (1978), *Sprache als «fait social». Die linguistische theorie F. de Saussures in ihr Verhältnis zu den positivischen Socialwissenschaften*, Tübingen: Niemeyer.
- BOBES NAVES, M. C. (1973), *La semiótica como teoría lingüística*, Madrid: Gredos.
- BREKLE, H. (1964), «Semiotik und linguistische Semantik in Port-Royal», *Indogermanische Forschungen*, 69, págs. 103-121.
- BROCK, J. (1974), «Peirce's Conception of Semiotics», *Semiotica*, 14, págs. 124-141.
- BRUZY, C. y otros (1980), «La sémiotique phanéroscopique de Ch. S. Peirce», *Langage*, 58, págs. 29-59.
- BUCHLER, J. (1939), *Charles Peirce's empiricism*, Nueva York: Harcourt Brace.
- CALVET DE MAGALHAES, T. (1981), *Signe ou symbole: Introduction á la théorie sémiotique de Ch. S. Peirce*, Louvain-la Neuve: Cabay.
- CASTAÑARES, W. (1985), *El signo: problemas semióticos y filosóficos*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- CHISS J. L. (1978), «Synchronie/diachronie: méthodologie et théorie en linguistique», *Langage*, 49, págs. 91-111.
- COSERIU, E. (1967), «L'arbitraire du signe: Zur Spätgeschichte eines arisotelischen Begriffs», *Archiv für das Studium der Neuren Sprachen*, 204, págs. 81-112.
- CULLER, J. (1976), «La base lingüística del estructuralismo», en D. ROBEY, ed., 1976.
- DELEDALLE, G. (1979), *Théorie et pratique du signe. Introduction á la sémiotique de Ch. S. Peirce*, París: Payot.



BIBLIOGRAFÍA

- DEROSI, G. (1965), *Segno e struttura linguistici nel pensiero di Ferninand de Saussure*, Udine: Del Bianco.
- DEWEY, J. (1946), «Peirce's theory of linguistic sign», *The Journal of Philosophy*, 43, págs. 85-95.
- ECO, U. (1980), «Peirce et la sémantique contemporaine», *Langage*, 58, págs. 75-91.
- ECO, U. y T. SEBEOK (1983), *The Sign of three: Dupin, Holmes, Peirce*, Bloomington: Indiana U. Press.
- ENGLER, R. (1962), «Théorie et critique d'un principe saussurien: l'arbitraire du signe», *Cahiers F. de Saussure*, 19, págs. 5-66.
- ENGLER, R., ed. (1964), «Compléments de l'arbitraire», *Cahiers F. de Saussure*, 21, págs. 25-32.
- ENGLER, R., ed. (1968), *Lexique de la terminologie saussurienne*, Utrecht: Spectrum.
- ENGLER, R., ed. (1974), *Notes de F. de Saussure sur la linguistique générale*, Wiesbaden: O. Harrosowitz.
- ENGLER, R. (1975) «Semiologies saussuriennes, I. De l'existence du signe», *Cahiers F. de Saussure*, 29, págs. 45-73.
- ENGLER, R. (1980), «Sémiologies saussuriennes, II. Le Canevas», *Cahiers F. de Saussure*, 34, págs. 1-16.
- ESCHBACH, A. y TRABANT, eds. (1983), *Foundations of semiotics*, Amsterdam: J. Benjamins.
- FANN, F. T. (1970), *Peirce's theory of abduction*, The Hague: Mouton.
- FEIBLEMANN, J. K. (1960), *An Introduction to Peirce's Philosophy*, Londres: Allen & Unwin.
- FISCH, M. (1967), «Peirce's progress from nominalism toward realism», *The Monist*, 51, págs. 159-178.
- FISCH, M. (1978), «Peirce's general theory of signs», en T. SEBEOK, ed. *Sight, Sound and Sense*, Bloomington: Indiana U. Press.
- FITZGERALD, J. J. (1966), *Peirce's theory of signs as foundation for pragmatism*, The Hague: Mouton.
- GALLIE, W. B. (1952), *Peirce and Pragmatism*, Londres: Penguin Books.
- GODEL, R. (1957), *Les sources manuscrites du «Cours de linguistique générale»*, de F. de Saussure, Ginebra: Droz; traducción castellana en Madrid: Siglo XXI.
- GODEL, R. (1975), «La semiología saussuriana», *Lingua e Stile*, 10, págs. 1-16.
- GOLDEN, R. (1966), «F. de Saussure's theory of language», *Current Trends in Linguistics*, III, págs. 479-493.

- GOUDGE, T. A. (1950), *The Thought of Ch. S. Peirce*, Toronto: U. of Toronto Press.
- GREENLEE, D. (1973), *Peirce's concept of the sign*, The Hague: Mouton.
- HILPINEN, R. (1982), «On Ch. S. Peirce theory of the proposition: Peirce as a precursor of game-theoretical semantics», *The Monist*, 65, págs. 182-188.
- HOOKEY, C. (1985), *Peirce*, Londres: Routledge & Kegan Paul.
- JONG, W. R. DE (1982), *The Semantic of J. Stuart Mill*, Dordrecht: Reidel.
- KOERNER, E. F. K. (1972), *Bibliographia Saussureana (1870-1970)*, Methuen: The Scarecrow Press.
- KOERNER, E. F. K. (1972), *Contribution au débat post-saussurien sur le signe linguistique: Introduction générale et bibliographie annotée*, La Haya: Mouton.
- KOERNER, E. F. K. (1973), *Ferdinand de Saussure: Origin and Development of his Linguistic Thought*, Braunschweig: F. Vieweg; traducción castellana en Madrid: Gredos, 1982.
- KOERNER, E. F. K. (1975), «European Structuralism: Early Beginnings», en *Current Trends in Linguistics*, ed. por T. SEBEOK, vol. 13, págs. 717-827, The Hague: Mouton.
- KOERNER, E. F. K. (1976), «Towards a historiography of linguistics: 19th and 20th century paradigms», en H. PARRET, ed., 1976, págs. 685-718.
- KOERNER, E. F. K. (1980), «L'importance de W. P. Whitney pour les jeunes linguistes de Leipzig et pour F. de Saussure», *Linguisticae Investigationes*, 4, págs. 379-394.
- KOERNER, E. F. K. (1938), «Quelques observations au sujet des sources de la sémiologie saussurienne», en A. ESCHBACH y J. TRABANT, eds., 1983, págs. 323-342.
- HOMBERT, I. (1978), «Whitney: notes sur une entreprise théorique pre-saussurienne», *Langage*, 49, págs. 112-119.
- MARTY, R. (1980), «La théorie des interpretants», *Langage*, 58.
- MARTY, R. (1982), «Ch. S. Peirce's phaneroscopy and semiotics», *Semiotica*, 41, págs. 169-183.
- MORRIS, CH. (1970), *The pragmatic movement in American philosophy*, Nueva York: Prentice Hall.
- MOUNIN, G. (1968), *Saussure ou le structuraliste sans le savoir*, París: Seghers; versión española en Barcelona: Anagrama, 1969.
- MURPHEY, M. G. (1961), *The Development of Peirce's Philosophy*, Cambridge: Harvard U. Press.
- NETHOL, A. M., ed. (1971), *Ferdinand de Saussure*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- NORMAND, C., (1978), «Langue/parole: constitution et enjeu d'une opposition», *Langage*, 49, págs. 66-90.



BIBLIOGRAFÍA

- NORMAND, C., ed. (1978), «Saussure et la linguistique présaussurienne», *Langage*, 49, París: Didier.
- ODGEN, C. R. y RICHARDS I. A. (1962, 2ª), *El significado del significado*, Buenos Aires: Paidós.
- PARRET, H. (1982a), «La sémiotique comme projet paradigmatic dans L'histoire de la philosophie», en A. ESCHBACH y J. TRABANT, eds., 1983, págs. 371-386.
- PARRET, H. (1983b), «Peirce and Hjelmslev: the two semiotics», en F. C. PENG, ed., *Language in a semiotic frame*, Londres: L. Erlbaum.
- PERALDI, F. y otros (1980), *La sémiotique de Ch. S. Peirce*, *Langage*, 158.
- PERCIVAL, W. K. (1969), «Nineteenth Century Origins of Twentieth Century Structuralism», en R. BINNICK y otros, eds., *Papers from the Fifth Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago: U. of Chicago Press, págs. 416-420.
- RANDELL, J. M. (1977), «Some leading ideas of Peirce's semiotic», *Semiotica*, vol. 19, págs. 157-178.
- RETHORÉ, J. (1980), «La sémiotique triadique de Ch. S. Peirce», *Langage*, 58, págs. 32-39.
- REY, D., ed. (1976), *Structuralism: An Introduction*, Oxford: Clarendon Press; versión castellana: *Introducción al estructuralismo*, Madrid: Alianza.
- RORTY, R. (1961), «Pragmatism, categories and language», *Philosophical Review*, 69, págs. 197-223.
- SAMPSON, G. (1980), *Schools of linguistics: Competition and evolution*, Londres: Hutchinson.
- SAYAN, D. (1980), «La sémiotique de Ch. S. Peirce», *Langage*, 58, págs. 9-23.
- SCHERER, B. M. (1984), *Prolegomena zu einer einheitlichen Zeichentheorie: Ch. S. Peirces Einbettung der Semiotik in die Pragmatik*, Tübingen: Stantenberg Verlag.
- SCHAPIRO, M. (1983), *The sense of grammar: language as semeiotica*, Bloomington: Indiana U. Press.
- SHORT, T. L. (1981), «Semiosis and intentionality», *Transactions of Ch. S. Peirce*, vol. 17, págs. 197-223.
- SCHIEFLER, I. (1974), *Four Pragmatists: a critical introduction to Peirce, James, Mead and Dewey*, Nueva York: Humanities Press.
- SULLIVAN. (1983), «Peirce semiotische schemata», en A. ESCHBACH y TRABANT, J., eds., 1983, págs. 277-310.

- SULLIVAN, P. F. (1982), «Peirce and Hjelmslev: man-as-sign/man-as-language», *Semiotica*, 41, págs. 183-207.
- THAYER, U. S. (1968), *Meaning and Action: A Critical History of Pragmatism*, Indianapolis: Bobs-Merrill.
- THOMPSON, M. (1953), *The Pragmatic Philosophy of Ch. S. Peirce*, Chicago: U. of Chicago Press.
- TORDERA, A. (1978), *Hacia una semiótica pragmática. El signo en Ch. S. Peirce*, Valencia: F. Torres, ed.
- VIGENER, G. (1979), *Die Leichentheorie Entwürfe von F. de Saussure and Ch. S. Peirce als Grundlagen einer linguistischen Pragmatik*, Tübingen: G. Narr.
- WEISS, P. y BURKS A. W. (1945), «Peirce's Sixty-six Signs», *Journal of Philosophy*, 42, págs. 383-388.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

En cuanto a los textos originales, en español, se puede consultar la selección de los *Collected Papers* de Ch. S. Peirce en la edición de J. VERICAT, *Un hombre, un signo*, mencionada en la Bibliografía, y la edición del *Curso de lingüística general*, traducida por A. Alonso (en la vieja edición de Losada o en la más moderna de Alianza Editorial).

Sobre Ch. S. Peirce existe una bibliografía ingente, incluso en español, pero, se utilice el texto expositor que se utilice, es preciso atenerse al principio de que no resulte más oscuro que el propio original.

Sobre F. de Saussure, lo más sencillo es dirigirse a la obra de KOERNER, E. F. K. (1973), *Ferdinand de Saussure: Origin and Development of his Linguistic Thought*, Braunschweig: F. Vieweg; traducción castellana en Madrid: Gredos, 1982, que es seguramente la más completa y clara entre las publicadas en nuestra lengua.

Cuestiones y problemas

1. Exponga la clasificación de las ciencias, según Ch. S. Peirce y el lugar que en ella ocupa la semiótica.
2. Analice la noción de interpretante de Peirce tratando de determinar sus características definitorias.
3. ¿Qué entiende Peirce por significado de un representamen?
4. Intente exponer la relación que Peirce establece entre los elementos de la relación semiótica y las categorías ontológicas que distingue.
5. Explique de forma detallada la distinción entre interpretante inmediato y dinámico, según la teoría de Peirce.
6. Exponga en forma abreviada la taxonomía de los signos, según Peirce.
7. Caracterice el giro conductista efectuado por Morris en la teoría semiótica de Peirce.
8. Especifique la diferencia entre *denotatum* y *significatum*, según Morris.
9. ¿Qué es una regla semántica, según Morris? ¿Qué designa?
10. ¿Son los nombres propios signos señaladores, según Morris? ¿Por qué?

11. ¿En qué corriente de pensamiento se inscribe la teoría del signo de F. de Saussure? ¿Por qué?
12. Analice el concepto de símbolo en Saussure. Diferencias con respecto a otras concepciones.
13. ¿En qué consiste el carácter social de la lengua, según Saussure? ¿Cuáles son las diferencias que existen entre la lengua y otros sistemas de convenciones culturales?
14. Explique la relación existente entre las nociones de sistema y valor en la semiología de Saussure.
15. ¿Por qué son independientes, según Saussure, la lingüística diacrónica y la sincrónica?

Unidad Didáctica II

La filosofía contemporánea del lenguaje

1. Semántica filosófica

TEMA 8

Sentido, referencia y representación: la filosofía del lenguaje de G. Frege

ESQUEMA/RESUMEN

- 8.1. Introducción
- 8.2. Frege en la tradición filosófica
- 8.3. Función y objeto
- 8.4. Sentido y referencia
- 8.5. Teoría del significado oracional
- 8.6. El realismo de Frege

8.1. INTRODUCCIÓN

Corno se ha repetido en innumerables ocasiones, Frege se encuentra en el origen de la lógica formal y de la moderna filosofía del lenguaje. A pesar de la falta de conocimiento (y reconocimiento) de su obra en su época, ejerció una influencia decisiva en la constitución de estas dos disciplinas, principalmente a través de la difusión de sus ideas por parte de B. Russell y L. Wittgenstein.

En cuanto a la lógica, fue propósito de Frege llevar a cabo la obra revolucionaria que situaría a la matemática sobre los fundamentos más sólidos. En cambio, se puede decir que su aportación a la filosofía contemporánea del lenguaje fue considerada por él como secundaria y circunstancial. Sus reflexiones sobre el lenguaje natural se encuentran dispersas en diferentes artículos, cuyo propósito principal no es tanto el de proponer una explicación de fenómenos lingüísticos concretos, como poner a prueba distinciones conceptuales de carácter básico, aplicables a cualesquiera sistemas semióticos (incluyendo los lenguajes lógicos).

En su sentido más general, la aportación de Frege a las teorías modernas sobre el lenguaje se puede caracterizar del modo siguiente: las teorías del lenguaje han de dar cuenta de la relación de éste con la realidad, y esto se puede hacer al margen del análisis del pensamiento. Como en todo cambio de perspectiva que induce una modificación sustancial en una disciplina, la modernidad de Frege no consiste sino en la recuperación de un viejo paradigma. A partir del siglo XVII, del «giro cartesiano», las reflexiones lingüísticas habían estado dominadas por una versión u otra del psicologismo. La relación semiótica había sido concebida como una relación *mediata* entre el lenguaje y la realidad. Los contenidos mentales (ideas, conceptos, interpretantes...) constituían la condición necesaria de la significación, de la conexión entre la expresión lingüística y la realidad extralingüística. Frente a esta concepción, las teorías lingüísticas de Frege suponen un retorno a las ideas medievales y aristotélicas: el concepto mediador es desprovisto de su contenido psicológico, siendo objetivado, y, lo que es más importante, la lógica recupera el papel central en el análisis del lenguaje. A partir de Frege, el análisis formal del lenguaje va a constituir un instru-

mento privilegiado en las teorías filosóficas y lingüísticas más importantes del siglo xx. Es paradójico que tal preponderancia tenga su origen en la desconfianza hacia el propio lenguaje natural, pues Frege era de la firme opinión que dicha clase de lenguaje no constituía un instrumento analítico adecuado ni del pensamiento ni del razonamiento. Para estos menesteres, Frege comparó al lenguaje común con un ojo, mientras que la lógica, en su precisión, sería semejante a un microscopio. De ahí la necesidad de la *Conceptografía*, lenguaje formal ideado expresamente con un fin científico, el control de la validez de los razonamientos o inferencias. Tal *Conceptografía* no era concebida, como Frege subraya, como un sustituto del lenguaje natural, excepto para el fin específico para el que estaba ideada. Pero, aunque así fuera, en el propio Frege se encuentra expresada la esperanza de que tal tipo de lenguaje, aplicable en principio sólo al conocimiento matemático, pueda encontrar imitadores en otros ámbitos del conocimiento. La *Conceptografía* no abandonaba la pretensión de convertirse en un lenguaje universal para la expresión del conocimiento, sino que tan sólo se consideraba un paso en esa dirección. No renunciaba tampoco a probar su utilidad en otras actividades racionales en que fuera importante el razonamiento, como en el caso de la filosofía. Según Frege, *si es una tarea de la filosofía romper el dominio de la palabra sobre la mente humana al descubrir los engaños que sobre las relaciones de los conceptos surgen casi inevitablemente en el uso del lenguaje, al liberar al pensamiento de aquellos con que lo plagan la naturaleza de los medios lingüísticos de expresión, entonces mi conceptografía, más desarrollada para estos propósitos, podría ser un instrumento útil a los filósofos* (*Conceptografía*, Prólogo, pág. 10).

En este sentido se puede considerar que Frege es heredero de una larga tradición de desconfianza hacia el lenguaje natural, tradición que se puede remontar hasta F. Bacon. De acuerdo con esta tradición, que Frege transmitió a buena parte de la filosofía del lenguaje de este siglo, el lenguaje común es irremediablemente vago e impreciso para la representación de la estructura de la realidad. La alternativa ante esta situación es, o bien la sustitución de tal lenguaje natural por instrumentos expresivos más adecuados (en particular, los lenguajes matemáticos), o bien el análisis conceptual de dicho lenguaje, que descubre la auténtica estructura oculta, de carácter lógico, de las expresiones lingüísticas. La regimentación lógica y el análisis formal serán a partir de Frege los instrumentos favoritos del filósofo del lenguaje para intentar resolver los tradicionales problemas semánticos.

8.2. FREGE EN LA TRADICIÓN FILOSÓFICA

Demasiado a menudo se ha presentado a Frege como un pensador genial, carente de precedentes en la historia de la filosofía o de la lingüística. Ya hemos indicado, sin embargo, el carácter general de su filiación filosófica, en

cuanto a lo que se refiere a teorías semióticas. Existen además otros puntos en los que se puede ligar a Frege con la tradición filosófica pero, por lo que nos atañe, es preciso destacar dos, su crítica del kantismo y su opción por la tradición racionalista realista de Leibniz.

En cuanto a la primera, que consiste esencialmente en el rechazo de la concepción kantiana de la aritmética como *ciencia sintética a priori* y en una diferente forma de entender la oposición analítico/sintético, tiene una importante consecuencia en lo que se refiere a la teoría semántica que Frege propugnó. Para Kant, el concepto sin intuición, esto es, sin contenido psicológico (percepción elaborada...), *es vacío*. En cambio, de acuerdo con Frege, los conceptos aritméticos, como el de *número*, son precisamente esa clase de conceptos no ligada a intuiciones, puesto que los números no son propiedades de los objetos. Tal doctrina, que tiene propiamente que ver con la filosofía de la lógica, permitió a Frege despojar a ésta, y de paso a la teoría semántica, de las tesis psicologistas que la dominaban. Según Frege, los conceptos son entidades abstractas, objetivas, que pueden ser aprehendidas a través de las intuiciones, pero que no tienen por qué serlo de forma necesaria.

El otro aspecto destacaba que la filiación filosófica fregeana tiene que ver con su proyecto de *Conceptografía*, de *escritura conceptual para el pensamiento puro*, como reza el subtítulo de su obra más conocida. Ese proyecto se inscribe en una larga tradición filosófica de *lingua universalis*, que tiene uno de sus más lúcidos exponentes en Leibniz. Como a él, a Frege le interesaba construir un lenguaje en el que el razonamiento fuera un proceso controlable de principio a fin, un lenguaje en el que se pudiera *calcular* la validez de los procesos de inferencia. Este lenguaje, pensó Frege, debía incorporar las leyes básicas del pensamiento en una forma completamente transparente, sin la indeterminación que conlleva su expresión en el lenguaje natural. Inscrita pues en esa línea, su *Conceptografía* se diferencia de proyectos anteriores en un punto esencial: el punto de partida no son los conceptos, sino los juicios (o los contenidos de los juicios, más precisamente). Los proyectos de carácter leibniziano habían consistido fundamentalmente en una *combinatoria* de conceptos. La idea subyacente era que el pensamiento verdadero era una combinación adecuada de los conceptos básicos correspondientes. La *Conceptografía* de Frege, que no es una notación de conceptos, sino una escritura conceptual, esto es, abstracta, escoge como elemento primitivo el juicio, esto es, la aserción de un pensamiento. E, independientemente de la novedad que representa esto con respecto a ciertas tradiciones lógicas, es fácil extraer la consecuencia para la teoría semántica. Frege, cuando considere el lenguaje natural, no se ocupará del significado de las piezas léxicas, porque éstas sólo lo adquirirán en el seno de la proposición. La auténtica unidad significativa mínima no es la palabra, como mantuvieron numerosas teorías semánticas, sino la proposición, en que se expresa el pensamiento de una forma completa.

8.3. FUNCIÓN Y OBJETO

El análisis de las nociones de función y de objeto en la obra de Frege puede efectuarse desde varias perspectivas. Desde la filosofía de la lógica, se puede considerar el *contenido* de estas nociones en relación con las nociones tradicionales de la matemática. Desde la ontología, se pueden enfocar como *categorías* resultantes del análisis de la estructura de la realidad. Y, finalmente, desde el punto de vista lingüístico se puede atender a cómo tal distinción se aplica a las expresiones lingüísticas y, en particular, a los enunciados. No siempre es fácil separar un nivel del otro, de modo que, a veces, aun pretendiendo situarse en un solo plano, es necesario referirse a los demás para lograr una comprensión cabal de estas nociones en el sistema de Frege.

Si se comienza por la dimensión matemática de la categoría *función*, hay que decir que Frege la caracterizó como un tipo de expresiones formales no saturadas o completas. Así, notó que las expresiones de función, $\sqrt{\quad}$, ϕ o *sen*, no designan nada (en particular, no designan números), sino que solamente *se aplican*: *El signo de una función nunca está saturado, necesita ser completado por medio de un signo numérico, que entonces llamamos signo del argumento* (*Estudios sobre semántica*, ESS, pág.173). Por lo tanto, la expresión «y es función de x», para indicar $y = f(x)$, es una expresión engañosa, como si y designara una función del mismo modo que x un número. Lo que quiere decir «y es función de x» es que cuando se aplica la función *f* a la variable *x*, que se denomina *argumento* de la función, se obtiene *y*, el *valor* de la función. En la expresión «y es función de x» existen dos expresiones nominales indeterminadas, *x* e *y*, y una expresión funcional, *f*, que por sí sola carece de sentido: *Me interesa señalar que el argumento no forma parte de la función, sino que constituye, junto con la función, un todo completo; pues la función, por sí sola, debe denominarse incompleta, necesitada de complemento o no saturada. Y ésta es la diferencia de principio que hay entre las funciones y los números* (ESS, pág. 22).

Este análisis de la estructura de las expresiones algebraicas es el que Frege extiende a los enunciados lingüísticos, en lo que radica una de sus principales aportaciones a la lógica y filosofía moderna. Tanto en una como en otra disciplina, se aceptaba hasta Frege que la estructura paradigmática del juicio lógico o del enunciado era la de sujeto/predicado. Esta distinción gramatical estaba profundamente arraigada en la teoría lógico-semántica desde Aristóteles, y estaba asimismo relacionada con la distinción ontológica sustancia/accidente. El cambio que introduce Frege, propugnando la estructura función/objeto, introduce una nueva forma de concebir, no sólo el análisis semántico, sino también el ontológico.

La razón fundamental para el rechazo de la tradición lógico-gramatical por parte de Frege es que no permite dar cuenta de procesos inferenciales que se dan en enunciados relacionales o en los que se incluye cuantificación. Desde el punto de vista tradicional, una oración como «todos los hombres

son mortales», consta de un sujeto, «todos los hombres» y un predicado, «son mortales». A partir del análisis tradicional se puede dar cuenta de conexiones inferenciales elementales entre este tipo de oraciones y otras también cuantificadas elementalmente. Pero no sucede así cuando la cuantificación es múltiple, como en «todo hombre tiene una sola madre» y enunciados similares. La cuantificación en el interior de los enunciados, y las inferencias correspondientes, sólo se puede recoger cuando se distingue entre expresiones funcionales y no funcionales. De acuerdo con Frege, la estructura lógica de una oración debe dar cuenta de todos los elementos que permiten establecer inferencias válidas a partir de esa oración, es decir, debe ser completamente explícita en su representación. La estructura sujeto/predicado no se corresponde, según Frege, con la estructura del «pensamiento puro» expresado en el enunciado.

De acuerdo con él, dicha estructura tiene que ver más con todo lo que acompañaría al acto de pensamiento que a su *contenido*, es decir, es una distinción psicológica, no lógica. Su noción de sujeto es similar a la noción moderna de *tema* de una oración: *El lugar del sujeto en la serie de palabras tiene el significado de una posición indicada lingüísticamente, a la que se quiere guiar la atención del oyente (Conceptografía).*

Los criterios de la distinción entre expresión funcional y nominal u objetal son en principio *sintácticos*, y hacen corresponder la distinción con expresiones completas e incompletas, pero esas diferencias formales luego se traducen en diferencias semánticas, por lo menos en lo que respecta al lenguaje natural.

El análisis de la estructura gramatical del enunciado no es sino un caso especial de la aplicación de la distinción entre función y argumento: *Los enunciados afirmativos en general pueden concebirse, lo mismo que las ecuaciones o las expresiones analíticas, descompuestas en dos partes, una de las cuales está completa en sí misma, mientras que la otra precisa de complemento, es no saturada (ESS, pág. 32).* Esto es, los enunciados, como otros tipos de expresiones lingüísticas, pueden ser considerados como complejos formados por expresiones completas e incompletas. En general, la expresión incompleta estará constituida por el predicado, pero lo importante es que el sujeto deje de ser considerado como el elemento central de la oración, que es entonces concebida como la articulación de uno o más elementos en torno a ese predicado. Del mismo modo que en el caso de las expresiones oracionales, la dicotomía analítica argumento/función puede ser aplicada a los componentes de oraciones, como los sintagmas nominales, por ejemplo: *Si descomponemos la expresión «la capital del Imperio Alemán» en las partes «la capital de» e «Imperio Alemán», con lo cual considero dentro de la primera parte la forma de genitivo, resulta que esta primera parte es no saturada, mientras que la otra es completa en sí misma. Según lo antes dicho, llamo pues a «la capital de x» la expresión de una función. Si tomamos como argumento suyo el Imperio alemán, obtendremos, como valor de la función, Berlín (ESS, pág. 33).*

La esencia de la generalización de la noción de función consiste en que es considerada expresión funcional toda aquella expresión lingüística incompleta, que necesita ser complementada para designar una entidad. Igualmente, los argumentos y valores de la función ya no son únicamente números, como en el caso de las funciones matemáticas, sino todo tipo de entidades susceptibles de ser designadas por una expresión nominal. De esas entidades nominables sólo es posible una definición por exclusión, ya que se trata de elementos de un carácter lógico primario o elemental, no descomponible: *Al haber admitido así objetos sin limitación como argumentos y como valores de función, lo que se pregunta entonces es a qué llamamos aquí objeto. Considero que es imposible una definición académica, puesto que en este caso tenemos algo que, por su simplicidad, no permite esa descomposición lógica. Tan sólo es posible aludir a lo que se quiere decir. Brevemente, aquí sólo se puede decir: objeto es todo lo que no es función, la expresión de lo cual, por tanto, no lleva consigo un lugar vacío* (ESS, pág. 34).

Así pues, las dos categorías sintácticas función/argumento implican dos categorías semánticas y, *a fortiori*, dos categorías ontológicas que agotan el campo de lo real. Esta ontología bimembre de Frege supone una ruptura más, con la tradición epistemológica en este caso. Las categorías de lo real no son entidades abstractas construidas a partir de percepciones o experiencias por medio de la abstracción (como en la filosofía de J. Locke, por ejemplo), sino que son categorías lógicas, esto es, fruto del análisis del pensamiento «puro», sin mediación de la representación sensible. Esta forma de abordar el análisis lingüístico (sintáctico) y ontológico (semántico) fue de una decisiva importancia en la filosofía posterior y, como se verá en los próximos temas, caracterizó las teorías de B. Russell y del primer Wittgenstein. La tesis principal de este enfoque analítico es que *la estructura de lo real es lógica*, y que esa forma lógica ha de manifestarse de alguna forma en el pensamiento y en el lenguaje. El análisis lingüístico tiene como función primordial constituir el punto de abordaje de los otros dos niveles con los que se encuentra relacionado, y las aparentes complejidades del lenguaje natural son la expresión de una ‘mala’ arquitectura lógica.

8.4. SENTIDO Y REFERENCIA

Desde el punto de vista del análisis de las categorías lingüísticas, la clasificación en saturadas y no saturadas es completa. Pero la explicación de la relación entre estas categorías y la realidad requiere, según Frege, una distinción semántica fundamental, la que separa las nociones de sentido y referencia.

Frege llegó a la conclusión de que era necesario distinguir estas dos nociones cuando consideró el problema que planteaban los enunciados de identidad. La forma paradigmática de este tipo de enunciados es « $a = b$ », donde a y b son expresiones nominales, que designan objetos, y « $=$ » una expresión funcional (con dos argumentos, o binaria), una expresión incom-

pleta. Los enunciados con la forma « $a = b$ » son sintéticos, esto es, portadores de información no trivial, y los enunciados de forma « $a = a$ » son enunciados analíticos, vacíos de información. Desde un punto de vista epistemológico, « $a = a$ » es un enunciado *a priori*, cuya verdad es cognitivamente independiente de la experiencia, mientras que « $a = b$ » es *a posteriori*, puede ser verdadero o falso. El problema que se planteó Frege fue el de captar la diferencia entre ' $a = b$ ' y ' $a = a$ ', en términos lógico-semánticos precisos, cuando « $a = b$ » es verdadero. En primer lugar, descartó que « $=$ » designara una relación entre objetos puesto que, si fuera así, sería imposible distinguir « $a = a$ » de « $a = b$ »: ambos tipos de oraciones versarían sobre la identidad de un objeto consigo mismo. Igualmente, rechazó que la relación « $=$ » fuera una relación entre signos, pues, en ese caso, « $a = b$ » sería un enunciado siempre falso, que se podría parafrasear como «el signo " a " es idéntico al signo " b "». La solución, según Frege, está en distinguir en todo signo dos dimensiones relacionadas: la realidad simbolizada por el signo, y el modo en que se realiza tal simbolización: *además de lo designado, que podría llamarse la referencia del signo, va unido lo que yo quisiera denominar el sentido del signo, en el cual se halla contenido el modo de darse* (ESS, pág. 51). Así, el enunciado « $a = b$ » se puede entender como un enunciado que afirma que dos expresiones de sentido diferente, a y b , refieren a un mismo objeto. Así pues, la relación de identidad une sentidos de expresiones, indicando que a tales sentidos les corresponde una misma referencia.

La distinción entre sentido y referencia fue ideada por Frege para su aplicación primordial en el caso de las expresiones nominales. Por «expresión nominal» entendía Frege aquel tipo de expresiones que designan un objeto definido, en el sentido amplio que tiene «objeto» en la teoría fregeana. Dos clases importantes de expresiones nominales son los sintagmas nominales determinados (encabezados por el artículo determinado en singular, por ejemplo) y los nombres propios. Frege distinguió entre unas y otros, llamando «nombres propios» a los primeros y «auténticos nombres propios» a los segundos. De acuerdo con su teoría, *el sentido de un nombre propio lo comprende todo aquel que conoce el lenguaje o el conjunto de designaciones al que pertenece* (ESS, pág. 51). Esto es así porque, si la expresión nominal es gramatical, la comprensión de su significado es inmediata, independientemente de que conozcamos el objeto designado. Así, en español, puedo utilizar la expresión «el actual presidente de Gobierno» con sentido sin saber si existe la referencia o, aun sabiendo que existe, sin conocerla. El sentido es independiente de la referencia y tiene que ver más con la forma en que está construida la expresión que con su relación con la realidad.

Una dificultad de la teoría propuesta por Frege es la de que éste mantenga que *una distinción puede darse únicamente en el caso de que la diferencia de signos corresponda a una manera de darse lo designado* (ESS, pág. 50). En el caso de los sintagmas nominales determinados (las descripciones) se puede mantener esta tesis, incluso aunque no exista la referencia de la expresión: al

fin y al cabo los objetos no existentes también *se dan* de alguna forma, esto es, se les puede definir e identificar a través de propiedades. En cambio, tal doctrina resulta problemática en el caso de los auténticos nombres propios, que no «iluminan», ni siquiera parcialmente, el objeto designado. Si se aplica consecuentemente la tesis de Frege, su teoría es incapaz de distinguir entre «Héspero es Héspero» y «Héspero es Fósforo», puesto que «Héspero» y «Fósforo» no están ligados por propiedades al objeto que designan. Frege fue consciente de esta dificultad, proponiendo en una nota a pie de página una solución que ha constituido el germen de multitud de discusiones posteriores sobre la semántica de los nombres propios: *En el caso de un verdadero nombre propio como «Aristóteles», naturalmente pueden dividirse las opiniones en cuanto a su sentido. Por ejemplo, se podría suponer que ese sentido es: el discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno. Quien suponga esto, atribuirá al enunciado «Aristóteles era originario de Estagira» un sentido distinto de aquél para quien el sentido de este nombre fuera: el maestro de Alejandro Magno originario de Estagira. Mientras la referencia siga siendo la misma, pueden tolerarse estas oscilaciones de sentido, a pesar de que deben evitarse en el edificio conceptual de una ciencia demostrativa y de que no deberían aparecer en un lenguaje perfecto* (ESS, págs. 51-52). La solución, tan insatisfactoria para Frege como lo es el lenguaje natural desde el punto de vista lógico, permite que se pueda afirmar que, para ciertas personas que atribuyen un determinado sentido, como «maestro de Alejandro Magno», al nombre propio «Aristóteles», el enunciado «Aristóteles es el maestro de Alejandro Magno» sea analítico, mientras que sería sintético para otras. Así, la clase de las oraciones analíticas no quedaría determinada, en el lenguaje natural, por el conjunto de las reglas sintácticas y semánticas, sino que habría de tenerse en cuenta el conocimiento de los usuarios para poder determinarla. Ésta sería una diferencia más entre el lenguaje natural y el bien construido lenguaje lógico, en el que no solamente se asegura que cada signo tiene una referencia, sino también que le corresponde sólo un sentido determinado.

La situación ideal, tal como la concebía Frege, era que a un signo le correspondiera un sentido y a éste una referencia, que podría determinarse mediante otros sentidos, y signos. Pero en el lenguaje natural no se da esa 'conexión regular' y la relación entre sentido y referencia es más complicada. Aparte de las oscilaciones de sentido en un mismo signo, hay que tener en cuenta que a éste no siempre le corresponde una referencia. Aunque es cierto lo inverso, esto es, que a un signo que tenga referencia le ha de corresponder siempre un sentido (al menos). Dicho brevemente, que un signo tenga sentido es una condición necesaria, pero no suficiente, para que posea referencia. A su vez, la referencia (el objeto, en el caso de las expresiones nominales) sólo es «iluminada parcialmente» por un sentido, de tal modo que cabe la posibilidad de que existan otros sentidos para referirse al mismo objeto. Pero, como se ha visto en el caso de los nombres propios, según Frege no hay forma de referirse a algo si no es a través de uno de esos sentidos que constituyen un modo (posible) de su determinación. En esto se opone a

la teoría semiótica de J. Stuart Mill, que sostuvo que, en los nombres propios, se da la referencia (denotación, en su terminología) directa, sin necesidad de acudir al sentido (connotación), e inaugura una polémica que, a lo largo del siglo xx, ha ocupado amplio espacio en los manuales de filosofía del lenguaje.

En el signo, a sus dos componentes les corresponden dos relaciones semióticas. En primer lugar, los signos *expresan* su sentido y, en segundo, *designan* su referencia. Esta distinción puede hacer pensar que solamente es posible hacer afirmaciones sobre la realidad extralingüística, pero esto no ocurre así, por lo menos en el lenguaje natural, en el que es posible referirse al propio lenguaje: *Cuando se usan palabras de la manera habitual, aquello de lo que se quiere hablar es de su referencia. Pero puede ocurrir también que se quiera hablar de las palabras mismas o de su sentido. lo primero sucede, por ejemplo, cuando se citan las palabras de otro en estilo directo. Las palabras propias se refieren entonces, en primer lugar, a las palabras del otro, y tan sólo estas últimas tienen la referencia corriente... Si se quiere hablar del sentido de la expresión «A» basta con usar sencillamente la locución «el sentido de la expresión A»* (ESS, pág. 53). Hay que distinguir pues un estilo directo, en el que las expresiones tienen su referencia normal (objetos, incluyendo las propias expresiones) y un estilo indirecto en que se habla del sentido, o en el que la referencia es el sentido. Es preciso mantener esta distinción para dar cuenta de la semántica de expresiones lingüísticas complejas, como las oraciones.

La dicotomía sentido/referencia no sólo se aplica a las expresiones completas o saturadas, sino que también es posible utilizarla para entender la semántica de las expresiones funcionales. La clase más importante de éstas es la de las expresiones predicativas, por lo que cabe preguntarse por el sentido y la referencia de éstas. De acuerdo con Frege, las expresiones predicativas son funciones que dan como valores los valores veritativos, lo verdadero o lo falso. Así, la expresión predicativa «es satélite de la tierra» tiene como valor lo verdadero cuando se aplica al argumento «la luna» y lo falso en caso contrario. Existe una similitud evidente entre este análisis «ecuacional» del enunciado y la forma tradicional de considerar las relaciones lógicas entre los objetos y los conceptos. De acuerdo con esta teoría, los objetos «caen» bajo los conceptos, esto es, cuando un objeto tiene la propiedad que expresa un concepto, se dice que el objeto está entre la clase de cosas de las que es propio el concepto. Si sucede tal cosa, la afirmación de que el objeto cae bajo el concepto es verdadera, y falsa en caso contrario. Ello permitió a Frege afirmar que las referencias de las expresiones predicativas son conceptos. Los conceptos son de naturaleza esencialmente predicativa y se distinguen por ser funciones de un solo argumento que, aplicados a expresiones nominales, determinan como valor lo verdadero o lo falso.

Por la naturaleza esencialmente predicativa de los conceptos es difícil referirse a ellos. En particular, constituye un error hablar de los conceptos como si fueran objetos, metáfora a la que a veces nos fuerza el lenguaje:

Cuando quiero hablar de un concepto, el lenguaje me fuerza con violencia casi insoslayable a una expresión inadecuada, con lo cual el pensamiento queda oscurecido, casi diría falseado. Cuando digo «el concepto de triángulo equilátero» se podría suponer, por la analogía lingüística, que con ello designo un concepto... pero no es éste el caso; porque falta la naturaleza predicativa. Por eso la referencia de la expresión «el concepto de triángulo equilátero» (en la medida en que existe) es un objeto (ESS, pág. 88). No hay que confundir pues el concepto con la clase de objetos a los cuales se aplica; esta última conforma la extensión del concepto, pero no es el concepto mismo.

Del mismo modo que no hay que confundir los conceptos con los objetos, tampoco hay que identificar las relaciones entre conceptos con las relaciones entre objetos. Por ejemplo, en el caso de los conceptos se da una relación similar a la relación de identidad, pero que no es la identidad misma. Esta relación se da entre dos conceptos A y B cuando un objeto *a* cae bajo A si y sólo si cae también bajo B. Esto equivale a decir que tal relación se da cuando la extensión de ambos conceptos es la misma, pero la relación de identidad entre extensiones es una relación entre objetos, no entre conceptos:

Cuando decimos «la referencia del término conceptual “sección cónica” es la misma que la del término conceptual “curva de segundo orden”», las palabras «referencia del término conceptual “sección cónica”» son el nombre de un objeto, no de un concepto, pues les falta la naturaleza predicativa, la no satisfacción, la posibilidad de utilizar un artículo indeterminado (ESS, pág. 89). Existe pues una imposibilidad de referirse a un concepto mediante una expresión nominal, pues con tales tipos de expresiones sólo se designan objetos, no conceptos. El concepto es la referencia de la expresión predicativa, pero no se puede indicar, señalar o referir como si fuera un objeto.

Respecto al sentido de las expresiones funcionales o predicativas, Frege no aventuró ninguna opinión, de tal modo que, en realidad, su teoría de la identidad de conceptos queda incompleta. Por ejemplo, de ella se desprende que los conceptos «animal racional» y «bípedo implume» están en la relación de igualdad equivalente a la relación de identidad entre objetos, ya que sus extensiones coinciden. Sin embargo, parecen conceptos diferentes en cuanto a su sentido. Ya que no podía resolverla, Frege minimizó la cuestión del sentido de las expresiones predicativas afirmando que lo único que interesaba, desde el punto de vista de la lógica, es su referencia, pues es ésta la única que hay que considerar para determinar la verdad de un enunciado.

8.5. TEORÍA DEL SIGNIFICADO ORACIONAL

También distingue Frege en los enunciados entre el sentido y la referencia. La línea de su argumentación para averiguar uno y otra se basa en un importante principio semántico que Frege introdujo: el principio de composicionalidad. Este principio asegura que, sean cuales sean el sentido y la referencia

de una expresión compleja, éstos han de ser función del sentido y la referencia de las expresiones componentes. Si aplicamos tal principio a los enunciados más simples, compuestos por una expresión de objeto y una expresión de concepto, el sentido y la referencia han de depender del sentido y la referencia del nombre y del predicado. Como el sentido de la expresión predicativa no es claro, se puede empezar por la referencia: *Supongamos que el enunciado tiene una referencia. Si sustituimos en él una palabra por otra de la misma referencia, pero de distinto sentido, esto no podrá tener ningún efecto sobre la referencia del enunciado* (ESS, pág. 58). ¿Qué es lo que no cambia, cuando se sustituye una expresión por otra de la misma referencia? Al menos desde Leibniz, se sabe que lo que no debe cambiar es el valor de verdad (principio de sustituibilidad *salva veritate*), luego es éste la referencia de la oración. Si la oración es verdadera, la referencia es lo verdadero y, si es falsa, lo falso. Los valores de verdad son por lo tanto los *objetos* a los que refieren las oraciones enunciativas. Y esto es así porque, como expresiones completas, los enunciados son de la misma categoría semántica que los nombres propios, designan objetos: *Cada enunciado asertivo, en el que tenga importancia la referencia de las palabras, debe ser considerado pues como un nombre propio, y su referencia, caso de que exista, es o bien lo verdadero o bien lo falso* (ESS, pág. 60). Se da pues la circunstancia de que todas las oraciones verdaderas designan lo mismo, lo verdadero, y que igualmente suceda con las falsas, que refieren a lo falso. De ahí que, como afirma Frege, *en la referencia del enunciado, todo lo singular desaparece*. Por eso, es necesario no sólo considerar la referencia de un enunciado, sino también su «modo propio de descomposición», esto es, el sentido que corresponde a ese enunciado, que permite diferenciarlo de otros con el mismo valor de verdad.

¿Qué es lo que cambia cuando se efectúa la sustitución? Evidentemente, lo que se modifica es el pensamiento expresado por la oración, luego el pensamiento (*Gedanke*) es su sentido, lo que permite distinguir a unas oraciones de otras. Para que una oración posea sentido sólo es necesario que esté correctamente construida y que sus partes lo tengan; lo mismo para que tenga referencia. Así, de modo similar a lo que ocurre en el caso de las expresiones nominales, existen enunciados que tienen sentido, pero no referencia, como aquéllos que hablan de entidades de ficción: *El enunciado «Ulises fue dejado en Itaca profundamente dormido» tiene evidentemente un sentido. Pero, como es dudoso que el nombre «Ulises» que aparece en él tenga una referencia, también es dudoso que lo tenga el enunciado entero* (ESS, pág. 58). En el enunciado, la predicación se efectúa de un objeto, no de un nombre, y si el objeto referido no existe, entonces la predicación no se produce y no es posible adscribir al enunciado un valor de verdad. Frege afirma que la creencia de que un enunciado es verdadero o falso supone la creencia de que las expresiones nominales incluidas en él designan objetos o, dicho de otro modo, que del enunciado, verdadero o falso, se sigue la afirmación de que existe lo referido por sus expresiones componentes.

Una vez establecidos cuáles son el sentido y la referencia de un enunciado simple, es preciso ampliar el análisis a las oraciones compuestas. Desde un punto de vista gramatical, éstas se dividen en coordinadas y subordinadas, pero esta clasificación no coincide con la lógica. Por ejemplo, las oraciones cuantificadas, esto es, aquéllas en que se afirman propiedades o relaciones sobre conjuntos de individuos, son en realidad oraciones compuestas, con una estructura lógica interna que esconde más de una afirmación. Así las oraciones

(1) Todos los lógicos son matemáticos

(2) Algunos lógicos son matemáticos

se pueden parafrasear, desde este punto de vista lógico, como

(3) Para cualquier cosa, *si* es un lógico, *entonces* es un matemático

(4) Existe al menos alguien que es lógico y es matemático.

Este análisis lógico no coincide con el gramatical, pues sus objetivos son distintos. El análisis lógico pretende expresar todo lo necesario para poder asignar la verdad o la falsedad al enunciado, y el análisis gramatical persigue otros fines. Si se admite, como Frege admitía, que lo importante, desde el punto de vista semántico, es la referencia de los enunciados, entonces el análisis lógico es el relevante para la semántica, y las oraciones cuantificadas han de tratarse como un caso particular de las oraciones compuestas.

En el caso de las oraciones coordinadas, el principio de composicionalidad exige que su referencia dependa de la de las oraciones componentes. Así pues, como la referencia de una oración enunciativa es su valor de verdad, la referencia de una oración coordinada será el valor de una función que tendrá como argumentos los valores de verdad de las oraciones componentes. De acuerdo con esto, las oraciones negadas son también un tipo de oraciones compuestas y su referencia será lo verdadero si la oración sin negar es falsa, y falsa en caso contrario.

No todas las partículas que son coordinantes desde un punto de vista gramatical tienen distinta representación lógica. Muchas de esas partículas no tienen un contenido lógico específico, sino que sólo introducen matizaciones de tipo psicológico. Así sucede con la conjunción «pero» respecto a «y»: ambas tienen el mismo contenido lógico, aunque diferentes connotaciones psicológicas. Ambas son representadas semánticamente por la conjunción lógica. En general, se puede afirmar que el principio de sustituibilidad *salva veritate* funciona también en el caso de las conjunciones coordinantes: dos conjunciones tienen el mismo contenido lógico si se pueden sustituir entre sí sin que varíe el valor de verdad del enunciado compuesto que articulan.

El caso de la subordinación es bastante más complicado y la teoría de Frege más difícil de aplicar. En general, se puede afirmar que los enunciados subordinados se dividen en nominales (sustantivos), calificativos (adjetivos)

y adverbiales. La referencia será pues la que corresponda a estas categorías, según Frege, teniendo en cuenta que *desde un punto de vista lógico, los lugares, instantes e intervalos son objetos; por lo tanto, la denominación lingüística de un determinado lugar, de un determinado momento o intervalo temporal debe ser considerada como un nombre propio* (ESS, pág. 72). Esto deja resuelto el problema de la semántica de algunas oraciones subordinadas adverbiales, las que refieren concretamente a lugares o momentos, pero deja planteados otros de difícil tratamiento.

En todo el análisis que realiza Frege de la semántica de la subordinación, merece la pena destacar el aplicado a la subordinación sustantiva, en particular la introducida por la partícula *que*. Según Frege, la partícula *que* puede introducir un *pensamiento* cuando depende de verbos como «decir», «opinar», «creer»... o puede indicar otras cosas, como ruegos, preguntas u órdenes. En el primer caso, la oración subordinada con *que* no tiene como referencia la usual, esto es, un valor de verdad, sino un pensamiento. Dicho de otro modo, en el caso de la subordinación sustantiva dependiente de verbos como los mencionados, el sentido y la referencia del enunciado son una y la misma. La prueba es que no se puede sustituir la oración subordinada por otra con el mismo valor de verdad, sino que es preciso que tenga también el mismo sentido para conservar el valor de verdad de la oración completa. Por ejemplo, consideremos la oración

(5) Creo que Madrid es la capital de España.

En esta oración no se puede sustituir «Madrid es la capital de España» por cualquier otra oración verdadera, como «París es la capital de Francia», pues podría suceder que la oración

(6) Creo que París es la capital de Francia

fuera falsa. Para efectuar la sustitución en la oración subordinada se requiere la identidad de sentido y, por tanto, de referencia.

Cuando el verbo subordinante no es del tipo al que pertenece «creer», lo subordinado no expresa un pensamiento, sino una orden, un ruego, una pregunta... *que no son ciertamente pensamientos pero, con todo, están al mismo nivel que el pensamiento. De ahí que, en las subordinadas que dependen de «mandar», «pedir», etc., las palabras tengan su referencia indirecta* (ESS, pág. 67). Lo que ocurre es que, desde el punto de vista del conocimiento, tal tipo de oraciones carece de interés, puesto que su referencia no es un valor de verdad, sino actos que están al margen de lo cognoscitivo.

8.6. EL REALISMO DE G. FREGE

La teoría semántica de Frege es uno de los más claros exponentes de las relaciones que unen a la lógica, la filosofía del lenguaje y la ontología. Al tratar de aplicar el análisis lógico al lenguaje natural, Frege tuvo que postular

diferentes clases de entidades como significados de expresiones lingüísticas, tuvo que definirlos y se vio obligado a asignarles un tipo determinado de realidad.

La gran división ontológica que se desprende de la teoría semántica de Frege es la que separa a las entidades en dos clases: funciones y objetos. Dentro de esa gran clasificación, Frege distinguió diversas clases de objetos y funciones, admitiendo dentro de la clase de los primeros a los objetos abstractos, valores de verdad, momentos de tiempo, etc. Dentro de la clase de las funciones, tienen especial relevancia ontológica los conceptos, las funciones monarias cuyo ámbito o rango de valores son lo verdadero y lo falso.

Tanto objetos como conceptos son independientes de su *representación*. En el caso de un objeto físico, por ejemplo, la representación es la imagen que la mente se construye de ese objeto. Esa imagen es subjetiva, en el sentido de que está construida a partir de *mis* experiencias, mis percepciones, mi memoria, etc. En cambio, según Frege, el sentido, la forma de referirse al objeto, es objetivo, porque *puede ser propiedad común de muchos y por tanto, no es parte o modo de la mente individual* (ESS, pág. 54). Esta clase de objetividad, que es similar a la kantiana, se fundamenta en el carácter *público* de las expresiones lingüísticas. Independientemente de las asociaciones subjetivas que pueda suscitar, el contenido significativo de una expresión lingüística es compartido por una comunidad de hablantes, es intersubjetivo. El sentido es el medio intersubjetivo de acercarse a la realidad, objetiva, pero no hay que confundirlo con la realidad misma: *La referencia de un nombre propio es el objeto mismo que designarnos con él; la representación que tenemos entonces es totalmente subjetiva; entre ambas se halla el sentido, que ciertamente ya no es subjetivo como la representación pero, con todo, tampoco es el objeto mismo* (ESS, pág. 55). De modo paralelo a como asegura Kant la objetividad del conocimiento, Frege la fundamenta en el plano semántico: no existe referencia directa al objeto, sino sólo un conocimiento parcial e intersubjetivo de su naturaleza. El objeto no es arbitraria o subjetivamente nombrable, sino que el sentido mediante el cual accedemos a él ha de corresponderse con alguna forma de su determinación.

En el plano oracional, es el pensamiento el medio intersubjetivo por el cual alcanzamos la verdad (o la falsedad). Lo expresado en una oración no solamente es compartido por una comunidad de hablantes, sino que además puede ser expresado en diversas lenguas. Pero hay que distinguir claramente entre el *acto* del pensar y su contenido, el pensamiento. El primero, como la representación, es subjetivo e individual, y consiste en captar o aprehender el pensamiento.

Dependiendo de las aptitudes individuales, como la memoria o la inteligencia, ese acto se llevará a cabo en una u otra forma. Pero el contenido de lo captado no se confunde ni con el acto psicológico del pensar, ni con aquello a lo cual el pensamiento corresponde, lo pensado: *El resultado parece éste: los*

pensamientos no son ni cosas del mundo exterior ni representaciones. Debe admitirse un tercer reino. Lo que pertenece a él coincide con las representaciones en que no puede ser percibido por los sentidos, pero con la realidad coincide en que no necesita portador a cuyos contenidos de conciencia pertenezca. Así, por ejemplo, el pensamiento que expresamos en el teorema de Pitágoras es atemporalmente verdadero, verdadero independientemente de que alguien lo tome por verdadero (Investigaciones lógicas, págs. 69-70). La valoración de la posición ontológica de Frege ha sido muy variable entre los filósofos del lenguaje posteriores, lo cual da una idea de su complejidad. Desde quien lo ha considerado nominalista (Bergmann, 1958), hasta quienes han visto en él un platónico (Hale, 1984). Por otro lado, unos han considerado su filosofía como una crítica a Kant (Bouveresse, 1979) y otros (Currie, 1982) como una prolongación suya. M. Dummett, uno de sus más conocidos intérpretes (1973, 1982), le incluye en el movimiento realista que reacciona contra el idealismo y el psicologismo. En cambio, Sluga (1977, 1980) le presenta como un racionalista. Según el aspecto de su teoría que se destaque, parece justificado afirmar que Frege era un realista, en el sentido de que creía en la existencia de un mundo exterior e independiente del pensamiento; que era kantiano, en la medida en que admitía la objetividad del conocimiento; que era platónico, ya que creía en la existencia de objetos abstractos y que, en esa misma medida, también se le puede considerar un idealista. De cualquier modo, su aportación esencial en este campo reside en haber situado los problemas ontológicos fuera del ámbito meramente especulativo de los grandes sistemas metafísicos y haberlos ligado a la resolución de problemas concretos en el ámbito de la lógica y la semántica.



TEXTOS

Bloque 1: G. Frege

TEXTO 1

G. Frege,
«Función y
concepto»,
traducción de
U. Moulines

En Lógica se denomina a esta ecuación la extensión de los conceptos. Según esto, podemos designar como extensión del concepto el recorrido de una función, cuyo valor para cada argumento es un valor veritativo. No nos quedaremos en las ecuaciones e inecuaciones. La forma lingüística de las ecuaciones es un enunciado afirmativo. Un tal enunciado contiene como sentido un pensamiento —o, por lo menos, pretende contener alguno—; y este pensamiento es, en general, verdadero o falso; esto es, tiene, en general, un valor veritativo que puede concebirse asimismo como referencia del enunciado, así como el número 4 es la referencia de la expresión « $2 + 2$ », o como Londres es la referencia de la expresión «la capital de Inglaterra».

Los enunciados afirmativos en general pueden concebirse, lo mismo que las ecuaciones o las expresiones analíticas, descompuestas en dos partes, una de las cuales está completa en sí misma, mientras que la otra precisa de complemento, es no-saturada. Así, por ejemplo, el enunciado «César conquistó las Galias» puede ser descompuesto en «César» y «conquistó las Galias». La segunda parte es no-saturada, lleva consigo un lugar vacío, y únicamente cuando se llena este lugar por medio de un nombre propio o de una expresión que represente un nombre propio, aparecerá un sentido completo. También ahora llamo función al significado de esta parte no-saturada. En este caso, el argumento es César.

Como vemos, aquí se ha emprendido al mismo tiempo una extensión en la otra dirección, o sea, con respecto a lo que puede aparecer como argumento. Ya no hay que admitir tan sólo números, sino objetos en general, teniendo que contar también a las personas entre los objetos. Como valores de función posibles están los dos valores veritativos que acabamos de introducir. Hemos de seguir adelante y admitir objetos sin limitación como valores de función. Para tener un ejemplo de esto, consideremos, por caso, la expresión «la capital del Imperio alemán».

Esta expresión representa evidentemente un nombre propio y se refiere a un objeto. Si la descomponemos en las partes «la capital del» e «Imperio alemán», con lo cual considero dentro de la primera parte la forma del genitivo, resulta que esta primera parte es no-saturada, mientras que la otra es completa en sí misma. Según lo antes dicho, llamo pues a «la capital de x » la expresión de una función. Si tomamos como argumento suyo el Imperio alemán, obtendremos, como valor de la función, Berlín.

Al haber admitido así objetos sin limitación como argumentos y como valores de función, lo que se pregunta entonces es a qué llamamos aquí objeto.

Considero que es imposible una definición académica, puesto que en este caso tenemos algo que, por su simplicidad, no permite una descomposición lógica. Tan sólo es posible aludir a lo que se quiere decir. Brevemente, aquí sólo se puede decir: objeto es todo lo que no es función, la expresión de lo cual, por tanto, no lleva consigo un lugar vacío.

Un enunciado afirmativo no contiene ningún lugar vacío, y por eso hay que considerar que su referencia es un objeto. Esta referencia, empero, es un valor veritativo. Por lo tanto, ambos valores veritativos son objetos.

Ejercicios

1. Exponga brevemente cuál es el análisis ecuacional que Frege propone.
2. Analice la noción de *objeto* en el texto. ¿Es la verdad un objeto, según Frege? ¿Por qué?
3. ¿Qué es una expresión *no-saturada*? Ponga ejemplos.



TEXTOS

Bloque 1: G. Frege

TEXTO 2

G. Frege,
Sobre sentido
y referencia,
traducción de
L. M. Valdés

La igualdad incita a la reflexión por medio de preguntas enlazadas con ella que no son en absoluto fáciles de responder. ¿Es la igualdad una relación?, ¿es una relación entre objetos?, ¿o entre nombres o signos de objetos? Esto último es lo que supuse en mi *Conceptografía*. Las razones que parecen hablar a favor de ello son las siguientes: $a = a$ y $a = b$ son, obviamente, proposiciones de distinto valor cognoscitivo: $a = a$ vale *a priori* y, de acuerdo con Kant, ha de llamarse analítica, mientras que proposiciones de la forma $a = b$ contienen muy a menudo ampliaciones muy valiosas de nuestro conocimiento y no pueden siempre establecerse *a priori*. El descubrimiento de que cada mañana no sale un nuevo Sol, sino que siempre es el mismo, ha sido ciertamente uno de los descubrimientos de la astronomía más rico en consecuencias. Aún hoy día la identificación de un pequeño planeta o de un cometa no es siempre algo rutinario. Ahora bien, si quisiéramos ver en la igualdad una relación entre aquello a lo que se refieren los nombres «a» y «b», parecería entonces que $a = b$ no podría diferir de $a = a$, en el caso de que $a = b$ sea verdad. Con ello se habría expresado una relación de una cosa consigo misma y, ciertamente, una relación en la que cada cosa está consigo misma, pero que ninguna cosa mantiene con otra distinta. Lo que se quiere decir con $a = b$ parece ser esto: los signos o nombres «a» y «b» se refieren a lo mismo y, en consecuencia, estaríamos hablando justamente de esos signos; se aseveraría una relación entre ellos. Pero esa relación se mantendría entre los nombres o signos sólo en la medida en que nombran o designan algo. Sería una relación facilitada por la conexión de cada uno de los dos signos con la misma cosa designada. Pero esto es arbitrario. No se puede prohibir a nadie tomar como signo de algo cualquier acontecimiento u objeto arbitrariamente producido. De este modo, una proposición $a = b$ ya no sería algo concerniente a la cosa misma, sino a nuestro modo de designación; con ella no expresaríamos ningún conocimiento genuino. Pero esto es precisamente lo que queremos en muchos casos. Si el signo «a» se distingue del signo «b» sólo como objeto (aquí, por medio de su forma), no como signo, es decir: no por la manera como designa algo, entonces el valor cognoscitivo de $a = a$ sería esencialmente igual al de $a = b$, en el caso de que $a = b$ sea verdadera. Sólo puede haber una distinción si a la diferencia de signos corresponde una diferencia en el modo de presentación de lo designado. Sean a , b y c las rectas que unen los vértices de un triángulo con los puntos medios de los lados opuestos. El punto de intersección de a y b es entonces el mismo que el punto de intersección de b y c . Tenemos pues distintas designaciones para el mismo punto, y estos nombres «punto de intersección de a y b » y «punto de intersección de b y c »

indican al mismo tiempo el modo de presentación, y es por ello por lo que la proposición contiene un conocimiento efectivo.

Así pues, resulta natural pensar que con un signo (nombre, unión de palabras, signos escritos) está unido además de lo designado, lo que se podría llamar la referencia del signo, lo que me gustaría llamar el sentido del signo, donde está contenido el modo de presentación. De acuerdo con esto, en nuestro ejemplo, la referencia de las expresiones «el punto de intersección de a y b » y «el punto de intersección de b y c » es la misma, pero no sus sentidos. La referencia de «el lucero de la mañana» y «el lucero de la tarde» es la misma, pero no el sentido.

Se desprende del contexto que he entendido aquí por «signo» y «nombre» cualquier designación por la que esté un nombre propio, cuya referencia es, por consiguiente, un objeto determinado (tomada esta palabra en la más amplia extensión), pero no un concepto ni una relación, sobre los que se tratará más de cerca en otro artículo. La designación de un único objeto puede también consistir en varias palabras u otros signos cualesquiera. Para abreviar, se llamará nombre propio a cada una de tales designaciones.

Ejercicios

1. Caracterice brevemente las nociones de *referencia* y *sentido* que aparecen en el texto.
2. ¿Qué entiende Frege por *objeto*?
3. Ponga ejemplos de expresiones con la misma referencia, pero diferente sentido. Ponga ejemplos de expresiones con sentido, pero sin referencia.



TEXTOS

Bloque 1: G. Frege

TEXTO 3

G. Frege,
Sobre sentido
y referencia,
traducción de
L. M. Valdés

El sentido de un nombre propio es captado por cualquiera que conoce de manera suficiente el lenguaje o la totalidad de las designaciones a las que pertenece, pero con esto la referencia, en el caso de que la tenga, sólo se ilumina parcialmente. Para un conocimiento completo de la referencia se requeriría que, para cada sentido dado, pudiésemos decir al instante si está asociado o no con ella. A eso no llegamos nunca. La conexión regular entre el signo, su sentido, y su referencia, es de tal género, que al signo le corresponde un sentido determinado y a éste, a su vez, una referencia determinada, mientras que a una referencia (a un objeto) no le pertenece sólo un signo. El mismo sentido tiene distintas expresiones en distintos lenguajes, por no hablar del mismo lenguaje. Ciertamente, hay excepciones a este comportamiento regular. Desde luego, en una totalidad completa de signos a cada expresión debería corresponderle un sentido determinado; pero las lenguas naturales no cumplen muchas veces esta exigencia, y debemos contentarnos si la misma palabra tiene siempre el mismo sentido en el mismo contexto. Puede quizás admitirse que una expresión gramaticalmente bien formada, que está por un nombre propio, tiene siempre un sentido. Ahora bien, con esto no se ha dicho que al sentido le corresponda también una referencia. Las palabras «el cuerpo celeste más distante de la Tierra» tienen un sentido; pero es muy dudoso que tengan también una referencia. La expresión «la serie menos convergente», tiene un sentido; pero se puede demostrar que no tiene referencia, pues para cada serie convergente se puede encontrar otra menos convergente, pero que, con todo, es convergente. Por consiguiente, el que se haya captado un sentido no asegura el que se tenga una referencia.

Ejercicios

1. De acuerdo con la concepción de Frege, ¿es el sentido de una expresión *objetivo*? ¿Por qué?
2. Ponga ejemplos de *signos* diferentes con el mismo sentido.
3. ¿Puede haber expresiones con el mismo sentido, pero con distinta referencia? ¿Por qué?

TEXTO 4

G. Frege,
Sobre sentido
y *referencia*,
 traducción de
 L. M. Valdés

Cuando las palabras se usan de modo habitual, aquello de lo que se quiere hablar es su referencia. Pero puede también suceder que se quiera hablar de las palabras mismas o de su sentido. Tal cosa sucede, por ejemplo, cuando se citan las palabras de otro en estilo directo. En este caso, las palabras del propio hablante se refieren en primer lugar a las palabras de la otra persona y sólo éstas tienen la referencia habitual. Tenemos entonces signos de signos. Cuando se ponen por escrito, las palabras se encierran, en este caso, entre comillas. Por consiguiente, una palabra que va entre comillas no debe tomarse como si tuviera su referencia habitual.

Si se quiere hablar del sentido de una expresión «A», puede hacerse usando sencillamente el giro «el sentido de la expresión "A"». En el estilo indirecto se habla, por ejemplo, del sentido de lo que ha dicho otra persona. Resulta claro también que en esta manera de hablar las palabras no tienen su referencia habitual, sino que se refieren a lo que habitualmente es su sentido. Para expresarlo con brevedad diremos: en estilo indirecto las palabras se usan *indirectamente* o bien tienen su referencia *indirecta*. Por consiguiente, distinguimos entre la referencia *habitual* de una palabra y su referencia *indirecta* y entre su sentido *habitual* y su sentido *indirecto*. La referencia indirecta de una palabra es, de acuerdo con esto, su sentido habitual. Tales excepciones tienen siempre que tenerse presentes si se quiere captar correctamente, en los casos particulares, los modos de conexión entre signo, sentido y referencia.

Ejercicios

1. Ponga ejemplos de estilo directo e indirecto, indicando las variaciones pertinentes respecto al sentido y la referencia. ¿A qué refiere la palabra *sentido*? ¿Y *referencia*?
2. ¿Se puede sustituir una expresión en estilo directo por otra en estilo indirecto sin que varíe el sentido? ¿Por qué?
3. En la oración «Pedro cree que Clark Kent no es Superman», ¿se puede sustituir «Clark Kent» por «Superman». ¿Por qué?



TEXTOS

Bloque 1: G. Frege

TEXTO 5

G. Frege,
Sobre sentido
y referencia,
traducción de
L. M. Valdés

Ha de distinguirse la referencia y el sentido de un signo de la representación asociada con él. Si la referencia de un signo es un objeto sensorialmente perceptible, entonces mi representación de él es una imagen originada a partir de recuerdos de impresiones sensoriales que he tenido y de actividades, tanto internas como externas, que he ejercitado. Esta imagen está a menudo impregnada de sentimientos; la claridad de sus partes individuales es diversa y oscilante. No siempre, ni siquiera en el mismo hombre, está ligada la misma representación con el mismo sentido. La representación es subjetiva: la representación de uno no es la del otro. De aquí que se den múltiples diferencias en las representaciones asociadas con el mismo sentido. Un pintor, un jinete, un zoólogo asociarán probablemente representaciones muy distintas con el nombre «Bucéfalo». Por ello la representación se diferencia esencialmente del sentido de un signo, que puede ser propiedad común de muchos y no es, por tanto, una parte o un modo de una mente individual; así pues, no podrá negarse que la humanidad tiene ciertamente un tesoro común de pensamientos que transmite de una generación a otra.

Mientras que, de acuerdo con lo anterior, no hay escrúpulo alguno en hablar lisa y llanamente del sentido, en el caso de la representación tenemos que añadir, estrictamente hablando, a quién pertenece y en qué tiempo. Se podría quizás decir que del mismo modo que con la misma palabra uno conecta esta representación y otro aquélla, también uno puede asociar con ella este sentido y otro aquél. Pero entonces la diferencia consiste sólo en el modo de esa asociación. Esto no impide que ambos capten el mismo sentido; pero no pueden tener la misma representación. *Si duo idem faciunt, non est idem*. Si dos se representan lo mismo, cada uno tiene, a pesar de todo, su propia representación. Ciertamente, es posible a veces establecer diferencias entre las representaciones, e incluso entre las sensaciones, de distintos hombres; pero no es posible una auténtica comparación, porque no podemos tener esas representaciones juntas en la misma conciencia.

La referencia de un nombre propio es el objeto mismo que designamos por medio de él; la representación que tenemos en este caso es completamente subjetiva; entre ambos está el sentido, que ciertamente ya no es subjetivo como la representación, pero que tampoco es el objeto mismo. El siguiente símil es quizás apropiado para esclarecer estas relaciones. Alguien observa la Luna a través de un telescopio. Comparo la Luna misma con la referencia; es el objeto de observación, que viene dado por la imagen real que se proyecta en la lente del objetivo del interior del telescopio y por la imagen retiniana del observador. A la primera imagen la comparo con el sentido; a la

segunda, con la representación o intuición. La imagen del telescopio es, ciertamente, unilateral, depende del lugar de observación; pero es, con todo, objetiva en la medida en que puede servir a muchos observadores. En cualquier caso, podría disponerse de tal manera que muchos la usaran al mismo tiempo. Pero, por lo que respecta a las imágenes retinianas, cada uno tendría la suya propia. Apenas si se alcanzaría incluso una congruencia geométrica debido a las distintas conformaciones de los ojos, y quedaría excluida una coincidencia real. Este símil podría quizás desarrollarse adicionalmente si se supusiera que la imagen retiniana de A podría hacerse visible a B; o también que el mismo A podría ver su propia imagen retiniana en un espejo. Con esto quizás pudiéramos mostrar cómo una representación puede ser tomada de hecho como objeto, pero como tal no es para el observador lo que es directamente para el que se la representa.

Ejercicios

1. Distinga entre *representación* y *sentido*. ¿Es el sentido de una expresión *una propiedad psicológica* de quien la utiliza? ¿Por qué?
2. Ponga algún ejemplo en que sea posible asignar dos representaciones diferentes a un mismo sentido.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- FREGE, G.
Begriffsschrift, eine der arithmetischen nach gebildete Formelsprache des reinen Denkens, Halle, 1879.
Die Grundlagen der Arithmetik, Breslau, 1884.
Grundgesetze der Arithmetik, 2 vols., Jena, 1893-1903.
Kleine Schriften, ed. por I. Angelelli, Hildesheim, 1967.
Nachgelassene Schriften, ed. por H. Hermes, F. Kambartel y F. Kaulbach, Hamburgo, 1969.
Logical Investigations, traducido por P. T. Geach y R. H. Sttthoff, Oxford, 1977.
Conceptual Notation and related articles, edición e introducción de T. W. Bynum, Oxford, 1972.
Translations from the Philosophical Writings of G. Frege, por P. T. Geach y M. Black, eds., Oxford, 1952.
Posthumous Writings, B. Blackwell, Oxford, 1979.
Conceptografía. Los fundamentos de la aritmética. Otros estudios filosóficos, UNAM, México, 1972.
Investigaciones lógicas, presentación y traducción de L. M. Valdés, Tecnos, Madrid, 1984.
Estudios sobre semántica, introducción de J. Mosterín y traducción de U. Moulines, Ariel, Barcelona, 1971.

Ensayos y artículos

- ACERO, J. J. (1985), «El microscopio de Frege», *Filosofía y análisis del lenguaje*, cap. 2, Cincel, Barcelona.
- ANGELELLI, J. (1967), *Studies on Frege and traditional philosophy*, Reidel, Dordrecht.
- ANSCOMBE, G. E. M., y GEACH, P. (1961), *Three philosophers*, Oxford.
- BAKER, G. P., y HACKER, M. S. (1984), *Frege: Logical excavations*, B. Blackwell, Oxford.
- BAKER, G. P., y HACKER, P. M. (1983), «Dummett's Purge: Frege without functions», *The Philosophical Quarterly*, 33, págs. 115-132.
- BELL, D. (1979), *Frege's theory of judgement*, Clarendon Press, Oxford.
- BERGMANN, G. (1958), «Frege's hidden nominalism», *Philosophical Review*, 67, págs. 437-459.
- BONOMI, A. (1976), «On the concep of logical form in Frege», en H. PARRET, ed., págs. 719-732.

- BOUVERESSE, J. (1979), «Frege critique de Kant», *Revue Internationale de Philosophie*, 130, págs. 739-760.
- BURGE, T. (1973), «Reference and proper names», *The Journal of Philosophy*, 70, págs. 425-439.
- BURGE, T. (1979), «Sinning against Frege», *The Philosophical Review*, 88, págs. 398-432.
- BYNUM, T. W. (1972), *G. Frege: Conceptual notation and related articles*, Oxford U. Press, Londres.
- CATON, CH. (1962), «An apparent difficulty in Frege's ontology», *The Philosophical Review*, 71, págs. 462-475.
- CARRUTHERS, P. (1984), «Eternal thoughts», en C. WRIGHT, ed., págs. 1-19.
- CURRIE, G. (1978), «Frege's realism», *Inquiry*, 21, págs. 218-221.
- CURRIE, G. (1982), *Frege. An introduction to his philosophy*, Harvester Press.
- DUDMAN, V. H. (1976), «From Boole to Frege», en S. SCHIRN, ed., vol. I, págs. 109-138.
- DUMMETT, M. (1956), «Frege on functions», *Philosophical Review*, 65, págs. 229-230.
- DUMMETT, M. (1973), *Frege: Philosophy of language*, Duckworth, Londres.
- DUMMETT, M. (1975), «Frege», *Teorema*, V, 2, págs. 149-188.
- DUMMETT, M. (1976), «Frege as a realist», *Inquiry*, 19.
- DUMMETT, M. (1978), *Frege's Philosophy*, en M. Dummett, ed.
- DUMMETT, M. (1978), *Truth and other enigmas*, Duckworth, Londres.
- DUMMETT, M. (1979), «Was Frege a Philosopher of language?», *Revue Internationale de Philosophie*, 130, págs. 786-810.
- DUMMETT, M. (1982), *The Interpretation of Frege's Philosophy*, Duckworth, Londres.
- EVANS, G. (1982), *The varieties of reference*, Oxford: Oxford U. Press.
- GEACH, P. (1972), ed. *Logic Matters*, Blackwell, Oxford.
- GROSSMAN, R. (1969), *Reflections on Frege's Philosophy*, Northwestern U. Press, Evanston.
- HAAPARANTA, L. (1985), «Frege's context principle», *Communication and Cognition*, 1-2, págs. 81-94.
- HACKER, P. M. (1979), «Semantic Holism: Frege and Wittgenstein», en C. G. LUCKHART, ed., *Wittgenstein. Sources and Perspectives*, págs. 213-242, Harvester Press, Hassocks.
- HALE, B. (1984), «Frege's Platonism», en C. WRIGHT, ed., págs. 40-56.
- HEIJENOORT, J. (1977), Van: «Frege on sense identity», *Journal of Philosophical Logic*, 6, págs. 103-108.
- HINTIKKA, J. (1979), «Frege's hidden semantics», *Revue Internationale de Philosophie*, 130, págs. 716-722.
- HINTIKKA, J. (1984), «A hundred years later: the Rise and Fall of Frege's Influence in Language Theory», *Synthese*, 59, 1, págs. 27-49.



BIBLIOGRAFÍA

- IMBERT, C. (1979), «Le projet idéographique», *Revue Internationale de Philosophie*, 130, págs. 621-665.
- JACKSON, H. (1960), «Frege's Ontology», *Philosophical Review*, 69, págs. 394-395.
- JACQUES, F. «L'idéographie frégeene: un langage libéré des contraintes de l'interlocution», *Revue Internationale de Philosophie*, 130, págs. 694-715.
- KHATCHADOURIAN, H. (1968), «Kripke and Frege on Identity Statements», en E. D. KLEMKE, ed., págs. 269-299.
- KLEMKE, E. D. (1959), «Prof. Bergmann and Frege's Hidden Nominalism», *Philosophical Review*, 68, págs. 507-514.
- KLEMKE, E. D. (1968), «Frege's Ontology: Realism», en E. D. KLEMKE, ed.
- KLEMKE, E. D. (1979), «Frege's Philosophy of Logic», *Revue Internationale de Philosophie*, 130, págs. 666-693.
- KLEMKE, E. D. (1968), ed. *Essays on Frege*, U. of Illinois Press, Urbana.
- KLUGE, E. H. (1980), *The metaphysics of G. Frege*, M. Nijhoff, The Hague.
- LARGEAULT, J. (1970), *Logique et philosophie chez Frege*, Nauwelaerts, Lovaina.
- LINSKY, L. (1968), «Frege and Russell on vacuous singular terms», en E. D. KLEMKE, ed., 1968, págs. 97-115.
- LUNTLEY, M. (1984), «The sense of a name», en C. WRIGHT, ed., págs. 80-97.
- MARSCHALL, W. (1953), «Frege's theory of functions and objects», *Philosophical Review*, 62, págs. 374-380.
- MCCULLOCH, G. (1989), *The game of the name*, Oxford: Oxford U. Press.
- MCCULLOCH, G. (1995), *The mind and its world*, Londres: Routledge.
- MCDOWELL, J. (1977), «On the sense and reference of a proper name», *Mind*, 86, págs. 159-185.
- MENDELSON, R. L. (1982), «Frege's *Begriffsschrift* theory of identity», *Journal of the History of Philosophy*, XX.
- MORRIS, T. V. (1986), *Understanding identity statements*, Aberdeen U. Press, Aberdeen.
- NOONAN, H. (1984), «Fregean Thoughts», en C. WRIGHT, ed., págs. 20-40.
- NUSENOFF, R. B. (1979), «Frege on identity sentences», *Philosophy and Phenomenological Research*, 39, págs. 438-442.
- NUSENOFF, R. B. (1978), «The closing passage of Frege's "Über Sinn und Bedeutung"», *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 19, págs. 282-401.
- PATZIG, G. (1969), «Leibniz, Frege und die sogenannte "lingua characteristica universalis"», *Studia leibnitiana*, III, 3, págs. 103-112.

- PERRY, J. (1977), «Frege on Demonstratives», *Philosophical Review*, 86, págs. 474-497.
- PICARDI, E. (1981), *Assertability and truth: a study of fregean themes*, ECLU, Bologna.
- POTTS, T. «Fregean Grammar: a Formal Outline», *Studia Logica*, 37, págs. 7-26.
- RAY, R. (1977), «Frege's Difficulties with identity», *Philosophical Studies*, 31, págs. 219-234.
- RESNIK, M. D. (1976), «Frege's Context Principle Revisited», en M. SCHIRN, ed., vol. 3, págs. 35-50.
- RESNIK, M. D. (1980), *Frege and the philosophy of mathematics*, Cornell U. Press, Ithaca.
- ROUILHAN, PH. (1983), de: «Sur la sémantique frégréenne des énoncés», *Histoire, épistémologie, langage*, 5.2, págs. 19-36.
- SCHIRN, M. (1976), *Studien zu Frege*, 3 vols., Bard Cannstatt, Stuttgart.
- SLUGA, H. G. (1976), «Frege and the Rise of Analytic Philosophy», *Inquiry*, 18, págs. 471-M7.
- SLUGA, H. G. (1976b), «Frege as a rationalist», en M. SCHIRN, ed., vol. 1, págs. 27-47.
- SLUGA, H. G. (1977), «Frege's alleged realism», *Inquiry*, 20, págs. 227-242.
- SLUGA, H. G. (1980), *Gottlob Frege*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- STERNFELD, R. (1966), *Frege's Logical Theory*, U. of Southern Illinois Press, Carbondale.
- TUGENDHAT, E. (1970), «The meaning of "Bedeutung" in Frege», *Analysis*, 30, págs. 177-189.
- WALKER, I. (1965), *A study on Frege*, B. Blackwell, Oxford.
- WEINER, J. (1984), «The philosopher behind the last logicist», en C. WRIGHT, ed., págs. 57-80.
- WELLS, R. (1968), «Frege's Ontology», *Review of Metaphysics*, 4, págs. 537-573, 1951; también en E. D. KLEMKE, ed., págs. 3-41.
- WELLS, R. (1963), «Is Frege's Concept of Function Valid?», *Journal of Philosophy*, 60, págs. 717-730.
- WIENPAHL, P. D. (1950), «Frege's *Sinn und Bedeutung*», *Mind*, 59.
- WIGGINS, D. (1965), «Identity Statements», en R. J. BUTLER, ed., *Analytical Philosophy*, segunda parte, Barnes & Noble, Nueva York.
- WIGGINS, D. (1968), «Frege's Problem of the Morning Star and the Evening Star», en E. D. KLEMKE, ed., págs. 221-255.
- WIGGINS, D. (1984), «*The sense and reference of predicates: a running repair to Frege's doctrine and a plea for the copula*», en C. WRIGHT, ed., 1984, págs. 126-144.
- WRIGHT, C. (1983), *Frege's Conception of Numbers as Objects*, Aberdeen R. Press.
- WRIGHT, C., ed. (1984), *Frege. Tradition and Influence*, B. Blackwell, Oxford.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Se pueden encontrar diversas exposiciones de la filosofía del lenguaje de G. Frege en los manuales existentes en el mercado español. Desde las antiguas explicaciones en J. HIERRO SÁNCHEZ PESCADOR (1982) y J. J. ACERO, E. BUSTOS y D. Quesada (1982) hasta las más modernas elucidaciones de los manuales más recientes. Entre éstos cabe destacar los capítulos VI y VII de M. GARCÍA CARPINTERO (1996) o la Parte I de A. GARCÍA SUÁREZ (1997). Más sumario es el capítulo «El realismo del significado: G. Frege», de M. J. FRÁPOLLI y E. ROMERO (1998). En todos ellos se puede encontrar un conjunto variado de cuestiones que se pueden seguir investigando; desde las más generales, referentes al sentido global de la filosofía de Frege y su sentido para el desarrollo de la lógica y la filosofía del lenguaje, hasta las más concretas, referentes a los diversos «rompecabezas» que han suscitado sus tesis sobre el sentido y la referencia. Para un tratamiento actual de estas últimas cuestiones, puede consultarse el primer capítulo del manual de K. TAYLOR (1998), los dos primeros capítulos de A. MILLER (1998) y el capítulo de D. WIGGINS («Meaning and truth conditions: from Frege's grand design to Davidson's») en B. HALE y C. WRIGHT, eds. (1997) (v. Bibliografía general).

Buena parte de los escritos de G. Frege están editados en español, por J. MOSTERÍN (1996, v. Bibliografía) y por L. M. VALDÉS (1998, v. Bibliografía). Las correspondientes introducciones son de utilidad para tener una idea general del pensamiento de G. Frege. Igualmente, es muy útil el libro de A. KENNY (1995, traducción al español de C. García Trevijano: *Introducción a Frege*, Madrid: Cátedra, 1997). Además, es indispensable M. BEANEY, ed. (1997), *The Frege Reader*, Oxford: Blackwell.

TEMA 9

Forma lógica, nombres y descripciones

ESQUEMA/RESUMEN

- 9.1. Introducción
- 9.2. La noción de forma lógica
- 9.3. Nombres
- 9.4. Descripciones
- 9.5. Hechos y verdad
- 9.6. La crítica a la teoría de las descripciones

9.1. INTRODUCCIÓN

Cuando se considera la filosofía del lenguaje de B. Russell, lo primero que hay que tener en cuenta es que sus opiniones lingüísticas están inextricablemente entrelazadas con otras tesis, epistemológicas u ontológicas, que forman el conjunto de su sistema filosófico. Es más, es preciso advertir que los análisis lingüísticos de B. Russell forman parte de soluciones a problemas filosóficos y, por tanto, no son meros expedientes introductorios o preliminares a dichos problemas. Según B. Russell, los análisis lingüísticos carecían de valor en cuanto mera propedéutica filosófica; eran inútiles cuando no estaban dirigidos propiamente a la solución teórica de problemas lógicos o filosóficos de carácter sustantivo.

Por otro lado, hay que hacer notar también que estos análisis lingüísticos no estaban fundamentados en una teoría sistemática acerca de lenguaje, como en el caso de L. Wittgenstein, por ejemplo. Russell no desarrolló una filosofía del lenguaje en ese sentido, aunque en definitiva sus propuestas se basan en tesis filosóficas sustantivas acerca del lenguaje y de su relación con el conocimiento y la realidad.

Una tesis filosófica que Russell compartió con Wittgenstein es la de que el análisis de la estructura del lenguaje constituye una vía válida para la comprensión de la estructura de la realidad. Y esa es la razón de que, en muchas ocasiones, los problemas lógico-semánticos se hallen expuestos y resueltos en contextos epistemológicos u ontológicos. En particular, la concepción medular de la filosofía de B. Russell en su período maduro, la del atomismo lógico, impregna las tres disciplinas, semántica lógica, teoría del conocimiento y ontología.

Por lo que se refiere a la teoría del lenguaje, Russell mantuvo dos tesis generales, referentes respectivamente a la relación del lenguaje con la realidad y al aprendizaje lingüístico. Estas tesis son el realismo semántico y el principio de aprendizaje por familiarización (*acquaintance*).

Dicho brevemente, el realismo semántico de Russell consiste en su identificación de la teoría del significado con la teoría de la referencia, identificación que implica que el significado de una expresión es la entidad a la cual

sustituye. Russell mantuvo, al principio de su evolución filosófica, una teoría referencialista radical, que sostenía que a cada categoría lógico-lingüística le debía corresponder una categoría ontológica: *Todo lo que puede ser objeto del pensamiento, o puede aparecer en cualquier proposición verdadera o falsa, o puede ser considerado como tal, lo denomino término... Entre los términos es posible distinguir dos clases, a las que respectivamente denominaré cosas y conceptos. Los primeros son los términos que indican los nombres propios, los otros los indicados por el resto de las palabras* (*Principles of Mathematics*, pág. 44). En esta última clase de términos, los conceptos, admitió *propiedades y relaciones*. Posteriormente, Russell moderó su realismo radical, evolucionando hacia posturas semánticas más matizadas.

Por otro lado, el principio de aprendizaje por familiarización postula que el significado de una expresión se aprende o adquiere cuando se conoce la entidad a que ésta sustituye. Saber el significado de una expresión está pues estrechamente relacionado con el conocimiento de la realidad y éste, a su vez, con la naturaleza de la realidad misma. La teoría del significado depende de las teorías ontológicas y epistemológicas en el sentido de que, según sea la estructura asignada a la realidad y a nuestro conocimiento de ella, así será la estructura lógica del lenguaje y su significado.

El atomismo de Russell postulaba que la realidad es descomponible en elementos últimos, irreductibles. Estos elementos últimos no tienen carácter físico, sino lógico, son entidades inanalizables por el pensamiento y constituyen los significados genuinos de las expresiones nominales puras. El resto de los significados será compuesto a partir de ellos, por lo menos en un lenguaje ideal o lógicamente perfecto.

El problema fundamental que se ha planteado acerca de esta noción de lenguaje lógicamente perfecto, que Russell heredó de G. Frege, es el de si tal lenguaje era concebido como una descripción de lo que es esencial en cualquier lengua, lo que debe poseer para ser significativa, o lo que todo lenguaje *debería* ser para ser plenamente significativo. En definitiva, se ha discutido si Russell propuso su teoría como un conjunto de afirmaciones verdaderas de cualquier lengua, o solamente ciertas tesis sobre una particular idealización. Los comentaristas de la obra de Russell han concluido que los puntos de vista de éste se acercaban más a esta segunda posibilidad: el lenguaje lógicamente perfecto es una idealización necesaria para la reflexión filosófica, porque en ella se hace transparente la relación del lenguaje con la realidad y la estructura de ambos. Ahora bien, el lenguaje natural es utilizado de forma significativa cuando ese uso se sujeta a las pautas del lenguaje lógicamente perfecto: *No es que haya un lenguaje lógicamente perfecto, o que nosotros nos creamos aquí y ahora capaces de construir un lenguaje lógicamente perfecto, sino que toda la función del lenguaje consiste en tener significado y sólo cumple esa función satisfactoriamente en la medida en que se aproxima al lenguaje ideal que nosotros postulamos* (*Introducción al Tractatus de L. Wittgenstein*, págs. 12-13).

9.2. LA NOCIÓN DE FORMA LÓGICA

El interés de Russell en el análisis lingüístico tiene dos aspectos. Por un lado, se trata de una motivación lógico-matemática, pues ese análisis podría, según él, contribuir a solucionar problemas de fundamentación en las disciplinas formales. Por otro, la finalidad es filosófica, puesto que, según Russell, enteros edificios conceptuales (como la ontología de Leibniz) están basados en un análisis lógico-gramatical deficiente: *la influencia del lenguaje en la filosofía ha sido, creo yo, profunda y casi nunca reconocida. Si no hemos de ser mal orientados por su influencia, es necesario ser conscientes de ella, y preguntarnos deliberadamente hasta qué punto es legítima. La forma sujeto-predicado, con la metafísica sustancia-atributo, es un caso ilustrativo... Debemos estar en guardia sobre si nuestra lógica no ha de llevarnos a una falsa metafísica* («Logical atomism», pág. 466 de la ed. española, en *Lógica y conocimiento*). El análisis correcto de la estructura lógica del lenguaje tendrá pues un doble efecto: aclarará los fundamentos lógicos de la matemática y conducirá a una teoría ontológica adecuada.

Del mismo modo que en la teoría de G. Frege, y quizás por el mismo motivo (su formación matemática), Russell sostuvo que el lenguaje ordinario es un lenguaje imperfecto, no sólo porque es inútil para la expresión precisa del pensamiento, sino también porque es engañoso, en el sentido de que induce a errores y oculta su auténtica estructura. Las deficiencias del lenguaje común se distribuyen en dos niveles: en el sintáctico y en el léxico. En el caso de éste último, el lenguaje común es ambiguo (por ejemplo, las ambigüedades que introducen las diversas acepciones del verbo *ser*), vago (contiene predicados de alcance indeterminado) y confundente (porque hace aparecer como significativas oraciones que, analizadas lógicamente, no lo son en absoluto). Pero sus deficiencias sintácticas son, con mucho, más perniciosas que las léxicas. Son estas deficiencias las que conducen a errores filosóficos graves, sustentando aparentemente sistemas equivocados, como el monismo, o induciéndonos a errores categoriales, como el de considerar los cuantificadores como parte del sujeto del enunciado.

La principal tarea de la filosofía es, de acuerdo con esta concepción, el análisis del lenguaje para poner de relieve su auténtica estructura lógica. Pero este análisis no es un ejercicio gratuito (como Russell reprochó al que practicaban los filósofos del lenguaje común), sino que es la médula del reconstruccionismo filosófico, la tarea que consiste en mostrar la forma en que el lenguaje se corresponde con la realidad. El análisis ha de estar dirigido a mostrar la *forma lógica* del enunciado, entendida ésta como la estructura formal de las relaciones entre sus componentes, esto es, haciendo abstracción de consideraciones acerca de su naturaleza, o de formas gramaticales preconcebidas. Desde ese punto de vista, es evidente que no todos los enunciados se atienen a la estructura sujeto/predicado. Por considerar un ejemplo sencillo, «Zaragoza está entre Madrid y Barcelona» es un enunciado *relacional* en el cual no se adscribe sin más una propiedad a un objeto, sino que *de tres objetos se afirma simultáneamente que se encuentran en una determinada disposición*.

El método para obtener la forma lógica de un enunciado es el de descomponerlo en sus genuinos elementos y, luego, sustituir éstos por variables (individuales o predicativas). El resultado es un esquema enunciativo expresado en un lenguaje lógico (habitualmente el de primer orden). Pero, para aplicar este método, es preciso tener una teoría sobre qué es un componente genuino de un enunciado y sobre los tipos de enunciados posibles.

Comenzando por lo segundo, Russell dividió los enunciados (o proposiciones, como él las denominaba) en *atómicos* y *moleculares*. Los enunciados atómicos son los enunciados inanalizables, esto es, aquellos cuyos constituyentes, y las relaciones que los unen, son tan simples que no es posible descomponerlos. *Pasando de los hechos atómicos a las proposiciones atómicas, se llamará «predicado» a la palabra que expresa una relación monádica o cualidad; y la que exprese una relación cualquiera de orden superior será, por lo general, un verbo (a veces un verbo únicamente, a veces toda una frase). En cualquier caso, el verbo constituye, por así decirlo, el nervio central de la relación. A las restantes expresiones que intervienen en las proposiciones atómicas, palabras que no sean predicados ni verbos, podrá llamárselas sujetos de la proposición. Habrá un sujeto en una proposición monádica, dos en una diádica, etc. Sujetos de una proposición serán las palabras que expresen los términos o extremos de la relación expresada por la proposición en cuestión* («La filosofía del atomismo lógico», pág. 162).

Las proposiciones atómicas se distinguen por dos cosas; por una parte, se corresponden o representan hechos atómicos, hechos imposibles de analizar lógicamente, consistentes en disposiciones de entidades particulares; por otra, porque constituyen a su vez los elementos con los que se articulan las proposiciones moleculares. Las proposiciones atómicas no incluyen conectivas lógicas, pero mediante ellas pueden unirse para formar proposiciones complejas. Característicamente, una proposición atómica está formada por uno o más argumentos (sujetos, según Russell) y un predicado que se les aplica o que los une. Esta concepción de la proposición atómica no se diferencia de la de Frege a no ser por una cosa. Frege admitía que argumento o sujeto de un enunciado podía serlo cualquier expresión completa, nominal, que refiriera a un objeto. En cambio, Russell no admitió que todas las expresiones nominales fueran nombres en sentido lógico y, por ello, muchos enunciados considerados por Frege como simples eran proposiciones complejas para Russell.

9.3. NOMBRES

La teoría de B. Russell sobre los nombres se deduce de dos tesis, una epistemológica y otra semántica. La tesis semántica es que los nombres auténticos, los nombres lógicamente propios, tienen como función referir a entidades particulares: *Las únicas palabras que en teoría son aptas para referirse a un particular son los nombres propios* («La filosofía del atomismo

lógico», FAL, pág. 162). La tesis epistemológica es que el único conocimiento posible de los particulares es un conocimiento directo, por familiarización: *Un nombre, entendido en su estricto sentido lógico de palabra cuyo significado es un particular, sólo podrá aplicarse a algún particular directamente conocido por el que habla, puesto que no es posible nombrar nada de lo que no se tenga conocimiento directo* (FAL, pág. 163).

Para entender esta teoría, hay que comprender previamente qué es lo que entendía Russell por entidad particular, y por qué sólo es posible referirse a ellas mediante nombres propios. Según Russell, un particular es una entidad simple de la cual no *sabemos* nada, en el sentido de no tener conocimiento de verdades acerca de ella, y que se presenta de manera directa a la experiencia. De acuerdo con esta noción, la mayor parte de los objetos con los que tratamos en la vida cotidiana no son entidades simples, sino complejas: *Desde luego, todos los objetos corrientes de la vida ordinaria dan la impresión de ser entidades complejas: cosas tales como mesas y sillas, panes y peces, personas, principales y potestades parecen todas ellas entidades complejas: Sócrates, Pica-dilly, Rumanía, el Día de Reyes o lo que gusten de imaginar cosas a las que ustedes asignan nombres propios son todas ellas entidades aparentemente complejas. Dan la impresión de constituir sistemas complejos presididos por un cierto tipo de unidad, unidad que nos induce a hacerlas objeto de una denominación singular* (FAL, pág. 152). Para Russell, los objetos últimos de nuestra experiencia son datos de los sentidos (*sense data*) y los objetos en sentido ordinario no son sino colecciones de datos sensoriales, constituidos por ciertas leyes asociativas. De ahí que el conocimiento de los objetos corrientes sea un *conocimiento por descripción*, un tipo de conocimiento que supone el conocimiento de verdades o la intervención de procesos de inferencia. *El objeto es constituido en el proceso de su conocimiento a partir de los datos de los sentidos, así que en modo alguno es una entidad simple a la que se accede directamente: Mi conocimiento de la mesa es del tipo que denominaremos «conocimiento por descripción». La mesa es «el objeto físico que produce tales y cuales sensaciones de los sentidos». Esto describe la mesa por medio de los datos de los sentidos. A fin de saber cualquier cosa en absoluto acerca de la mesa, debemos conocer verdades que la relacionen con cosas con las que estamos familiarizados: debemos saber que tales y tales sense data son producidos por un objeto físico. No existe ningún estado mental en el que aprehendamos directamente la mesa; todo nuestro conocimiento de la mesa es realmente conocimiento de verdades, y la cosa real que es la mesa no nos es, en sentido estricto, conocida en absoluto* (Los problemas de la filosofía, pág. 47 de la edición original).

En consecuencia, dadas sus tesis epistemológicas, Russell concluyó que las expresiones que denominan objetos no son auténticos nombres propios, en el sentido de que no se refieren a entidades simples, sino expresiones complejas que son susceptibles de análisis. Por tanto, es preciso distinguir entre los nombres propios ordinarios y los nombres lógicamente propios. Los primeros denominan entidades complejas, a pesar de su carácter aparentemen-

te elemental, mientras que sólo los segundos se refieren a entidades directamente conocidas. Éste es uno de los puntos en que Russell llegó a conclusiones parecidas a las de Frege, pero por diferentes caminos: *Los nombres de que comúnmente nos servimos, como «Sócrates», no son en realidad otras cosas que descripciones abreviadas; más aún, lo que éstas describen no son particulares, sino complicados sistemas de clases o series.... Nosotros no conocemos directamente a Sócrates y, por tanto, no podemos nombrarlo. Cuando empleamos la palabra «Sócrates», hacemos en realidad uso de una descripción. Lo que pensamos al decir «Sócrates» podría traducirse por expresiones como «el maestro de Platón», «el filósofo que bebió la cicuta» o «la persona de quien los lógicos aseguran que es mortal», mas no emplearemos ciertamente aquel nombre como un nombre en sentido propio* (FAL, pág. 163).

Con respecto a la teoría de Frege, Russell sostuvo la tesis similar de que los nombres propios habituales son en realidad descripciones implícitas pero, en cambio, a diferencia de él, mantuvo que existe una clase de nombres lógicamente propios, que están conectados directamente con la experiencia, sin intermedio de las propiedades que mencionan las descripciones. Estos nombres lógicamente propios se identifican con los pronombres demostrativos de tipo neutro: *Las únicas palabras de que, de hecho, nos servimos como nombres, en el sentido lógico del término, son palabras como «esto» o «aquello»... Supongan que decimos «esto es blanco». Si convienen en que «esto es blanco», refiriéndose al esto que ven ustedes, estarán usando «esto» como un nombre propio* (FAL, pág. 163). Pero esta identificación no funciona en todas las ocasiones, puesto que ese tipo de pronombres también puede utilizarse para designar objetos: *Si tratan de aprehender el sentido de la proposición por mí expresada al decir «esto es blanco» ya no podrán usarlo como tal. Si se refieren a este trozo de tiza en cuanto objeto físico, ya no estarán usando «esto» como un nombre propio. Sólo cuando usen «esto» como un nombre propio. Sólo cuando usen «esto» refiriéndose estrictamente al objeto inmediatamente presente a sus sentidos, funcionará de hecho aquel vocablo como un nombre propio* (FAL, pág. 163).

En resumen, la teoría epistemológica de Russell está estrechamente relacionada con su tesis de que la mayor parte de las expresiones nominales, incluyendo las descripciones y los nombres propios ordinarios, pertenece en realidad al conjunto de las expresiones incompletas. Las expresiones nominales incompletas pueden designar objetos individuales, pero esos objetos individuales no son sino unidades, «ficciones lógicas», de clases de datos de los sentidos y, por consiguiente, no son constituyentes genuinos de hechos atómicos. En el lenguaje lógicamente perfecto que imaginaba Russell, las expresiones nominales lógicamente propias sólo podrían ser utilizadas por el hablante para referirse a sus propios datos de los sentidos, en presencia de aquello que los provoca. Como los datos de los sentidos de un individuo son literalmente inaccesibles a otro individuo, parece que la conclusión que se sigue del uso de un lenguaje de esta clase sería la privacidad lingüística, esto

es, la tesis de que el significado de las expresiones de un hablante sólo es conocido por él, difiriendo del significado de esas mismas expresiones para otro hablante.

9.4. DESCRIPCIONES

De la teoría de los nombres que Russell mantuvo se siguen dos conclusiones lógico-semánticas: 1) los nombres propios en sentido ordinario no son sino descripciones abreviadas, por lo que se puede unificar la explicación del significado para ambas categorías, y 2) ni los nombres propios en sentido ordinario ni las descripciones tienen un significado simple y autónomo: sólo adquieren significado en el seno de los enunciados de que forman parte. Así pues, Russell se vio abocado a proponer un análisis que explicitara la forma lógica y la semántica de tales tipos de expresiones; este análisis es su teoría de las descripciones.

La teoría de Russell sobre las descripciones se entiende mejor si se contrasta con ciertos problemas con los que se enfrentaba la semántica fregeana de sentido/referencia y sus posibles consecuencias. De hecho, Russell llegó a proponerla tras haber criticado (en su artículo «Sobre la denotación», 1905) las alternativas ofrecidas por el propio Frege y por Meinong.

Según se vio en el tema anterior, la concepción básica de G. Frege sobre la estructura lógica del enunciado (simple) distinguía entre un elemento funcional, el predicado, y uno o varios argumentos (los sujetos). El valor de la función era la referencia del enunciado, su valor de verdad. Pero sucedía que, en ocasiones, el valor de la función quedaba sin definir cuando se consideraban enunciados del lenguaje natural. Eso sucedía cuando alguno de los argumentos (sujetos) del enunciado carecía de referencia, en ese caso no se producía la predicación, ni en consecuencia se obtenía un valor de verdad como referencia.

Aunque B. Russell mantuvo también la distinción entre expresiones completas e incompletas, su clasificación es diferente de la de Frege. Según Russell, la mayor parte de las expresiones son incompletas, en el sentido de que no tienen significado por sí mismas. No sólo las expresiones funcionales, como Frege había mantenido, sino también la mayoría de las expresiones nominales son incompletas en ese sentido.

Por otro lado, para Frege, las cuestiones del sentido y la referencia de un enunciado eran hasta cierto punto independientes. Un enunciado puede tener sentido careciendo de referencia. En cambio, para Russell, el hecho de que un enunciado sea significativo es condición suficiente para que ese enunciado sea verdadero o falso; no existen enunciados significativos que carezcan de referencia en el sentido fregeano.

Además, B. Russell pensaba que Frege y Meinong se habían equivocado al creer que, en la mayor parte de las ocasiones, la estructura gramatical

coincide con la estructura lógica. Según Russell, esto no sucede casi nunca si se tiene en cuenta que el sujeto, que es generalmente una expresión nominal compleja, no es en modo alguno un argumento. Lo que Frege y Meinong creían sobre esto les había llevado, según Russell, a la errónea consecuencia de admitir, en el caso de las expresiones nominales no referenciales, o bien que su referencia es arbitraria (el conjunto vacío, propuso Frege en alguna ocasión), o bien que su referencia es una entidad no existente, pero de algún modo subsistente (como propugnó Meinong): *Meinong, por ejemplo, argumenta que podemos hablar de «la montaña de oro» y «el cuadrado redondo» y además que podemos formular proposiciones verdaderas de las cuales esas expresiones son los sujetos; por tanto, deben poseer algún tipo de ser lógico, ya que de lo contrario las proposiciones en las que aparecen carecerían de significado. En tales teorías, me parece a mí, se echa en falta aquella consideración por la realidad que debe conservarse incluso en los estudios más abstractos. La lógica, diría yo, no debe admitir un unicornio más de lo que pueda hacerlo la zoología (Introduction to mathematical philosophy, págs. 168-169).*

En cualquier caso, las dos alternativas que se deducían con respecto a la semántica del enunciado eran igualmente inaceptables para Russell que, ni deseaba admitir oraciones significativas sin valor de verdad, ni que la atribución de ese valor fuera una cuestión arbitraria. El defecto de las soluciones anteriores residía, según Russell, en pensar que el enunciado versa sobre *algo* que es referido por la expresión nominal sujeto, esto es, en confundir el sujeto gramatical con el sujeto lógico. En cambio, si se analiza el sujeto gramatical, deshaciendo su complejidad, se evitan las consecuencias indeseables de las teorías de Frege y de Meinong.

La teoría de las descripciones de B. Russell es esencialmente una propuesta para el análisis de los sintagmas denotativos definidos, expresiones referenciales determinadas, una propuesta que anula su complejidad y las sitúa en una categoría semántica diferente de la de las expresiones nominales. De acuerdo con Russell, admitir que *todas* las expresiones descriptivas funcionan como nombres y denotan algo tiene dos inconvenientes principales. En primer lugar, no permite diferenciar entre enunciados como «el autor de *Waverley* era Scott» y «Scott era Scott» puesto que, como el enunciado es acerca de un individuo, podemos sustituir la expresión nominal sujeto por otra correferencial. Además, cuando el individuo referido no existe, parece violarse el principio de tercio excluso. De acuerdo con este principio, o bien una oración es verdadera, o lo es su negación. Pero, si la expresión nominal de una oración carece de referencia, como en «el actual rey de Francia es calvo», ni este enunciado ni su negación, «el actual rey de Francia no es calvo» son verdaderos, lo que es imposible si se acepta el principio antedicho.

De lo que se trata, según Russell, es de hacer explícito el auténtico uso de estas expresiones. De acuerdo con este uso, la expresión denotativa determinada conlleva dos afirmaciones diferentes, la existencial y la unicidad de lo existente. Esto es, cuando alguien afirma

(1) El actual rey de Francia es calvo
está afirmando en realidad tres cosas:

- (2) Existe un individuo que es rey de Francia
- (3) Existe *sólo* un individuo que es rey de Francia
- (4) Ese individuo es calvo.

Frege había observado que, cuando se habla literalmente, se supone que las expresiones referenciales tienen efectivamente referencia. Lo que hizo Russell fue manifestar tal supuesto en la forma lógica del enunciado: *De acuerdo con la tesis que propugno, una frase denotativa es esencialmente parte de una oración, y no posee, al igual que la mayoría de las palabras aisladas, una significación propia* («Sobre la denotación», pág. 41). La expresión que en (1) desempeña la función de sujeto queda analizada de tal modo que se hace explícito su contenido existencial. La consecuencia más relevante de este análisis, con respecto al análisis semántico de Frege, es que (1) ya no sería una oración carente de valor de verdad, sino sencillamente falsa. En efecto, al analizar (1) como la conjunción de tres oraciones, una de las cuales es una afirmación de la existencia de lo referido por la expresión nominal, (1) es falsa cuando lo es uno de sus componentes, a saber, (2).

Un problema que tuvo que solucionar B. Russell en relación con este análisis es el que plantea la negación de (1):

- (5) El actual rey de Francia *no* es calvo
- que queda convertida, si se le aplica la teoría de las descripciones, en
- (6) Existe un individuo y sólo un individuo que es rey de Francia y ese individuo no es calvo
- que sería también una oración falsa por la misma razón que (1). No obstante, apelando una vez más al principio de tercero excluido, o bien (1) o bien (5) ha de ser verdadera.

La solución de Russell a esta dificultad consiste en afirmar que existe una doble forma de interpretar una oración negativa como (5). En primer lugar, se puede negar *internamente*, de tal modo que equivale a (6). En segundo, puede negarse *externamente*, como en (7).

- (7) No es cierto que haya un y sólo un individuo que sea rey de Francia y que ese individuo sea calvo.

La interpretación externa hace que (5) sea verdadera cuando la expresión nominal sujeto no tiene referencia, quedando así a salvo el principio lógico de tercero excluido. Además, esta interpretación externa predice correctamente la equivalencia entre (8) y (9):

- (8) El actual rey de Francia no existe
- (9) No es cierto que exista el actual rey de Francia.

Una consecuencia interesante de la teoría de las descripciones de Russell es que las oraciones afirmativas similares a (1) *implican la* afirmación de la existencia de lo referido por sus expresiones nominales sujeto, al contrario de lo que sucede con las correspondientes oraciones negativas (en sentido externo). Dicho de otro modo, cuando un hablante afirma un enunciado como (1) se compromete con la existencia de lo referido por la expresión nominal, pero no cuando lo niega.

Hay que hacer notar el contraste entre las teorías de Frege y Russell, en lo que se refiere a estos *supuestos o compromisos existenciales*, como se han dado en llamar. De acuerdo con el primero, los supuestos existenciales son una condición necesaria para la asignación de referencia a las oraciones, aunque son ajenos al pensamiento que el enunciado expresa. Según el segundo, en cambio, los supuestos existenciales son parte del significado de las oraciones y han de ser reflejados de forma explícita cuando se pretende describir su estructura semántica o lógica.

Desde el punto de vista semántico, la principal consecuencia de la teoría de las descripciones es que los sintagmas determinados quedan excluidos de las expresiones nominales; no son directamente referenciales ni designan componentes genuinos de lo que una oración significa. Y, aunque no se suele indicar, lo mismo se aplica a la categoría que, según Russell, es equivalente a la de las descripciones, la categoría de los nombres propios ordinarios.

Desde el punto de vista ontológico, la teoría de las descripciones supone una radical economía en las entidades admitidas por la teoría semántica. Ya no es preciso invocar entidades subsistentes (Meinong) o entidades arbitrarias (Frege) como referencias de expresiones descriptivas vacuas. La conversión de la expresión descriptiva vacua en una afirmación existencial (de unicidad) de un referente permite prescindir de categorías ontológicas extrañas. Lo único que es preciso admitir como existentes son los componentes genuinos de lo referido por el enunciado; según Russell, datos de los sentidos y propiedades y relaciones. Son estas entidades las que configuran la sustancia del mundo, los hechos.

9.5. HECHOS Y VERDAD

El objetivo final de Russell al proponer sus teorías de las expresiones descriptivas era el de eliminar un obstáculo esencial a su teoría del significado y, de paso, a su epistemología. Según la primera, el significado de una expresión nominal propia es la entidad a la que sustituye; el significado de una expresión predicativa la propiedad o relación que designa, y el significado de una expresión oracional el hecho que representa. En la teoría semántica de Russell no se admite, pues, la dualidad sentido/referencia introducida por Frege: se trata de una teoría referencialista pura (aunque Russell modificó sus planteamientos a lo largo de su vida). Por otro lado, de acuerdo con su

teoría epistemológica, el conocimiento que tenemos de la realidad es en última instancia reducible a conocimiento por familiarización, conocimiento directo de los componentes de la realidad, de los constituyentes del hecho atómico. Ambas teorías, consideradas conjuntamente, ofrecen una concepción general de la relación del lenguaje con la realidad, del enunciado con el hecho, del nombre con lo nombrado. Esta concepción general es una concepción atomista y realista. Atomista porque sostiene que la realidad está constituida por elementos últimos, los hechos atómicos, y porque asimismo mantiene que el lenguaje es analizable hasta que se llega a sus elementos finales, los enunciados atómicos. Realista porque afirma que la relación semántica básica, la que dota de significado al lenguaje, es una relación de correspondencia entre el lenguaje y la realidad, siendo ésta independiente de aquél (de nuestros sistemas de creencias en general). Esta relación de correspondencia se expresa a través de dos relaciones que ligán al lenguaje con el mundo: nombrar y representar. Nombrar es la relación propia de los nombres; representar la de los enunciados. Si se atiende uno a la primera, se advierte que la relación es unívoca, esto es, que *en el caso de un nombre, sólo cabe una relación posible con lo que denomina. El cometido de un nombre estriba exactamente en nombrar un particular; si no lo hace, no se tratará en modo alguno de un nombre: será un mero sonido. No puede darse pues un nombre desprovisto de aquella peculiar relación en que consiste la denominación de una cosa determinada* (FAL, pág. 149).

En cambio, los enunciados no nombran, ni siquiera los valores de verdad (como en la teoría de Frege). Solamente representan, y de una peculiar forma: *Es muy importante no pasar por alto determinadas observaciones como, por ejemplo, la de que las proposiciones no son nombres de hechos.... resulta completamente evidente que una proposición no es el nombre de un hecho, por la simple razón de que hay siempre dos proposiciones en relación con cada hecho* (FAL, pág. 149). Esto es, la relación del nombre con lo nombrado, relación unívoca, uno-uno, es completamente diferente de la relación del enunciado con lo que representa, relación dos-uno. Cada hecho está en relación con dos enunciados, uno de los cuales es la negación del otro: *A cada hecho corresponden dos proposiciones, la una verdadera y la otra falsa, y nada hay en la naturaleza del símbolo que nos indique cuál es la verdadera y cuál la falsa* (FAL, pág. 149). Los hechos determinan la verdad de las proposiciones, pero en sí mismos no son ni verdaderos ni falsos. Las que son verdaderas o falsas son las creencias, y los objetos de las creencias son los enunciados o proposiciones. En toda creencia hay implicado un enunciado; una creencia consiste en la afirmación de (o la disposición a afirmar) que un enunciado es verdadero, o falso. Como lo que hace verdadero un enunciado es la existencia de un hecho, la creencia de que un enunciado es verdadero es equivalente a la de que se da un cierto hecho. Pero la afirmación de que se da un hecho *no* es un nombre del hecho. Russell llegó a considerar la posibilidad de admitir hechos negativos, pero no pareció llegar a una conclusión tajante al respecto. No creyó que «no *p*» fuera lo mismo que decir «*p* es falso», proposición en la

que se afirma que p no se da. Para averiguar si «no p » es verdadera no habría que buscar un hecho negativo que la verificara, sino sencillamente examinar el mundo para ver si p forma parte de él. Si no lo es, «no p » es verdadera, y falsa en caso contrario.

Aunque Russell no lo advirtiera en FAL, su análisis de las proposiciones moleculares resuelve el problema de los enunciados negativos. De acuerdo con este análisis, una proposición molecular (formada por varias proposiciones atómicas) no expresa un hecho, ni su verdad o falsedad depende de la existencia de ese hecho: *No creo que se derive dificultad alguna de suponer que la verdad o falsedad de la proposición « p o q », lejos de depender de un hecho singular y objetivo al que llamar disyunción, depende de dos hechos, uno de los cuales corresponderá a p y otro a q* (FAL, pág. 172). Las proposiciones negativas son una especie de proposiciones moleculares porque la partícula negativa no forma parte del predicado, sino que se aplica al conjunto de la oración. Pero, aunque Russell vio claro esto, no extrajo la conclusión de que « p » y «no p » no eran del mismo rango lógico. Y ello le llevó a un callejón sin salida, en el que no tuvo más remedio que admitir a regañadientes los hechos negativos como parte de la realidad.

9.6. LA CRÍTICA A LA TEORÍA DE LAS DESCRIPCIONES

La teoría de las descripciones de B. Russell constituyó durante mucho tiempo un paradigma filosófico prácticamente incuestionado. Sólo después de casi cincuenta años fue sometida a crítica con argumentos que reconsideraban las tesis de G. Frege como fundamento. El alcance de las críticas, formuladas en un conocido artículo de P. F. Strawson («Sobre la referencia», 1950), sólo quedó precisado posteriormente, en la polémica que tales críticas suscitaron. Sin embargo, en un primer momento, no resultaba claro si Strawson criticaba la teoría de las descripciones por ser un intento de regular o regimentar las expresiones nominales del lenguaje común, o por constituir una descripción inadecuada del funcionamiento semántico de tales expresiones. En todo caso, es evidente que, mientras Strawson estaba interesado sobre todo en la *función* que en el lenguaje natural desempeñan las expresiones nominales, B. Russell había centrado su análisis en la estructura lógica de tales expresiones. Esta diferencia de objetivos y de intereses quizás determinó una cierta incomunicación entre las respectivas posturas que no se eliminó hasta que el problema de los supuestos existenciales alcanzó dimensiones más generales.

La conclusión del artículo «Sobre la referencia» era desalentadora para alguien que, como Russell, estuviera interesado en la estructura lógica del lenguaje natural: no existe en éste una lógica exacta, es decir, no hay nada en las expresiones utilizadas habitualmente que permita asignarles una forma lógica que persista inalterable en todo contexto y uso. La propia teoría de las descripciones es una prueba de este hecho general, según Strawson.

De acuerdo con él, si nos atenemos al funcionamiento real de estas expresiones descriptivas en el lenguaje natural, se llega rápidamente a una conclusión fatal para la teoría de las descripciones: en el lenguaje común existen oraciones a las que, a pesar de ser significativas, no es posible asignar un valor de verdad.

B. Russell había argumentado la necesidad de la teoría de las descripciones sobre el hecho de que, en la mayoría de las ocasiones, el sujeto gramatical y el sujeto lógico de una oración no coincidían. Y no coincidían porque el sujeto lógico debía ser, de acuerdo con la teoría, un nombre lógicamente propio, un nombre cuyo único significado es figurar en la oración en lugar de un particular. Las críticas de Strawson comienzan por rechazar la existencia de los nombres lógicamente propios y, por tanto, la necesidad semántica de la teoría de las descripciones. Según este filósofo, no existen nombres lógicamente propios en el lenguaje natural, porque no existen categorías lingüísticas que, por el mero hecho de figurar en oraciones significativas como sujetos, aseguren la existencia de un referente. Strawson rechazó pues la estrategia de Frege-Russell que consiste en afirmar que, en las oraciones significativas en que el sujeto es una descripción, tal descripción no es el sujeto lógico de la oración. De acuerdo con su ejemplo, «el actual rey de Francia es sabio» no es una oración que sirva, a quien la usa, para hacer una afirmación sobre la existencia del rey de Francia. Y para ilustrar su argumentación hace las siguientes distinciones (que luego fueron moneda corriente en la semántica filosófica): *a*) una oración, *b*) un uso de una oración, *c*) una proferencia de la oración, distinción que se extiende también a las expresiones como parte de los enunciados. Strawson hizo notar que las oraciones no son en sí mismas verdaderas o falsas, sino que son usadas para hacer afirmaciones verdaderas o falsas, entre otras cosas. Las expresiones denotativas tampoco refieren a nada por sí mismas, sino que son los hablantes de una lengua los que las utilizan para referirse a determinadas entidades. De lo cual se sigue que: *a*) una misma oración puede ser utilizada para hacer afirmaciones verdaderas o falsas, y *b*) una misma expresión nominal puede ser utilizada para mencionar o referir cosas diferentes.

Teniendo en cuenta estas observaciones, Strawson creyó que estaban justificadas las siguientes críticas a la teoría de las descripciones de B. Russell:

1. El significado de una expresión nominal (que, si es algo, ha de ser algo fijo) no puede ser el objeto o particular que designe, puesto que esa realidad puede variar dependiendo de las circunstancias en que se utilice la expresión nominal. Por ejemplo, la expresión nominal «el rey de Francia» tiene un significado fijo independientemente de que en un momento designara a Luis XIV y en otro a Luis XV.
2. Una expresión nominal puede ser, pues, sujeto de una oración significativa, aunque no le corresponda de hecho una referencia en ese momento. Si una expresión es utilizada para referirse a una determi-

nada entidad y tal referente no existe, la oración no pierde su sentido, pues éste no depende de que exista tal referente.

De estas observaciones concluyó Strawson que, en el lenguaje común, existen oraciones que son significativas cuya verdad o falsedad *no se plantea*. La asignación de valor veritativo requiere ciertas condiciones que, cuando no se cumplen, no hacen menos significativa una oración. Una de esas condiciones es que el uso que se hace de la expresión nominal sea *correcto*, esto es, que en ese uso le corresponda a la expresión nominal una referencia. Mientras que la verdad de una oración o el hecho de que sus expresiones componentes tengan una referencia es una función del *uso* que se hace de tal oración y expresiones, no sucede lo mismo con el sentido que corresponde, por así decirlo, a otro nivel.

¿Cuál es, entonces, la relación que, según Strawson, se da entre «el actual rey de Francia es sabio» y la referencia de su expresión sujeto? En su respuesta a esta cuestión, Strawson estableció lo que posteriormente sería el núcleo de la noción de *presuposición*: Decir «*el rey de Francia es sabio*» es, en alguno de los sentidos de «*implicar*», implicar que hay un rey de Francia. Pero éste es un sentido muy especial y poco común de «*implicar*». «*Implicar*» en este sentido no equivale ciertamente a «*entrañar*» (o «*implicar lógicamente*»). Y esto se hace notar por el hecho de que, cuando en respuesta a su aseveración, decimos (como debemos) «*no hay ningún rey de Francia*» no podemos decir que estamos contradiciendo la afirmación de que el rey de Francia es sabio. Ciertamente, no estamos diciendo que sea falsa. Estamos más bien dando una razón para decir que la cuestión de si es verdadera o falsa simplemente no se plantea («Sobre la referencia», pág. 110 en la ed. en castellano de G. Parkinson, ed. 1968).

Así pues, el argumento de Strawson fue básicamente el mismo de Frege. Según Strawson, contradecir «el actual rey de Francia es sabio» es afirmar su negación y esa negación no alcanzaría a lo que es implicado (en el sentido no lógico). En «Sobre la referencia» se señala por primera vez lo que puede constituir un criterio para diferenciar entre lo que es implicado en sentido lógico de la que es implicado en sentido no lógico o, como se dirá después, *presupuesto*. Ese criterio, con las nociones que pretende distinguir, no fue elaborado hasta 1952 por Strawson (en su obra *Introduction to logical theory*), en el contexto de su revisión de la lógica aristotélica tradicional a la luz de la lógica formal moderna. Allí volvió sobre la cuestión de los supuestos existenciales de las expresiones denotativas, afirmando que se produce un tipo especial de contradicción cuando se unen los enunciados que los suponen con la negación de tales supuestos: *Es contradictorio unir E con la negación de E' si E' es una condición necesaria simplemente de la verdad de E. Es un tipo diferente de absurdo lógico unir E con la negación de E' si E' es una condición necesaria de la verdad o falsedad de E. La relación existente entre E y E' en el primer caso es que E implica E'. Necesitamos un nombre diferente para designar la relación existente entre E y E' en el segundo caso; digamos, como lo hicimos anteriormente, que E presupone E' (Introducción a una teoría de la lógica, pág. 206).*

De acuerdo con esta definición de la relación entre un enunciado y sus supuestos existenciales, todos esos supuestos son al mismo tiempo implicaciones del enunciado, pero no todas las implicaciones son supuestos existenciales. Que se den éstos es necesario para que al enunciado le sea asignable el valor de verdad, lo verdadero o lo falso, y por eso son implicados tanto por el enunciado como por su negación.

Es necesario señalar que Strawson extendió (en su obra de 1952) su análisis semántico de los supuestos existenciales a enunciados cuantificados, cuyos componentes incluyen expresiones como «todos», «ningún», «algunos», etc. Según él, todas estas expresiones conllevan supuestos existenciales y, por tanto, los enunciados en que figuran están sometidos a las mismas condiciones si es que han de tener un valor de verdad.

El análisis de Strawson en (1952) va, pues, más allá de las críticas que B. Russell había formulado a Frege. Ya no se trata de que las descripciones (o las expresiones nominales) que desempeñan la función de sujeto en ciertas oraciones puedan ser referencialmente vacías y planteen problemas a la hora de la asignación veritativa, sino de que *todas* las expresiones denotativas que figuran como sujetos o argumentos de las oraciones plantean esos problemas, con mayor o menor agudeza. En particular, se producen problemas graves cuando los supuestos existenciales no son implicados por la forma lógica de los enunciados a que están asociados, como sucede en el caso de los enunciados universales o en los que comienzan con descripciones definidas. En estos casos, el análisis de la forma y del funcionamiento lógico del lenguaje natural entra en conflicto, según Strawson, con la teoría formal de la lógica, demostrando que en realidad ésta es incapaz de reflejar el comportamiento de aquél: la teoría lógica, por lo menos en la forma que tenía en la época de Russell, estaba según Strawson obsesionada con la tesis de que todo enunciado ha de ser verdadero, falso o sin sentido, lo que obligaba a proponer análisis que desvelaran la *auténtica* forma lógica. Ahora bien, según Strawson, la forma gramatical no es engañosa, sino que hay que entenderla desde el punto de vista funcional. La expresión sujeto tiene como función referir a un determinado objeto y el predicado adscribir una propiedad a ese objeto. Estas funciones que desempeñan tanto el sujeto como el predicado tienen *condiciones de realización* y, si dichas condiciones no se dan, las funciones no se cumplen. Cuando esto último sucede, la oración no constituye un enunciado, esto es, una entidad lingüística susceptible de ser verdadera o falsa.

Según Strawson, la incapacidad para mantener una distinción clara entre oración y enunciado y, correlativamente, entre sentido y referencia, es otra de las causas de los errores de la teoría de las descripciones. Las oraciones pueden tener significado sin que por ello constituyan necesariamente enunciados, es decir, sean verdaderas o falsas. Para que una oración tenga significado *es suficiente que sea posible describir o imaginar circunstancias en las que su uso tendría como resultado un enunciado verdadero o falso. Para que una expresión referencial tenga significado no es necesario que, en cada*

una de las ocasiones en que es usada, haya algo a que haga referencia (Introducción a una teoría de la lógica, pág. 217). Sólo cuando la oración se usa, y se hace un enunciado con ella, es cuando la oración adquiere propiamente una referencia fregeana, y lo mismo sucede con las expresiones nominales denotativas. El significado de una oración y de una expresión referencial está constituido por *el conjunto de convenciones lingüísticas* que permiten hacer enunciados con aquélla y efectuar referencias con éstas. La crítica de la teoría de las descripciones quedó ampliada y precisada de este modo en los años cincuenta, siendo sustituida por la teoría de los supuestos existenciales.



TEXTOS

Bloque 1: B. Russell

TEXTO 1

Russell,
«Descripciones»,
traducción de
L. M. Valdés

Llegamos ahora al tema principal del presente capítulo, a saber: la definición de la palabra el (o la), en el singular. Un punto muy importante sobre la definición de «un tal-y-tal» se aplica igualmente a «el tal-y-tal»; la definición que ha de buscarse es una definición de proposiciones en las que aparece esta frase, no una definición de la frase misma aisladamente. En el caso de «un tal-y-tal», esto es bastante obvio: nadie podría suponer que «un hombre» era un objeto definido, que pudiese ser definido por sí mismo. Sócrates es un hombre, Platón es un hombre, Aristóteles es un hombre, pero no podemos inferir que «un hombre» significa lo mismo que significa «Sócrates», y también lo mismo que significa «Platón» y también lo mismo que significa «Aristóteles», puesto que estos tres nombres tienen diferentes significados. No obstante, cuando hemos enumerado todos los hombres que hay en el mundo, no queda nada de lo que podamos decir: «Esto es un hombre, y no solamente eso, sino que es *el* «un hombre», la entidad quintaesencial que es precisamente un hombre indefinido sin ser nadie en particular». Resulta, por supuesto, completamente claro que cualquier cosa que hay en el mundo es definida: si esto es un hombre, esto es un hombre determinado y no otro cualquiera. Así pues no puede encontrarse en el mundo una entidad tal que «un hombre», como algo opuesto al hombre específico. Y de acuerdo con esto es natural que no definamos «un hombre» mismo, sino las proposiciones en las que aparece.

En el caso de «el tal-y-tal» esto es igualmente verdadero, aunque a primera vista menos obvio. Podemos mostrar que esto tiene que ser el caso, mediante una consideración de la diferencia entre un nombre y una descripción definida. Tómese la proposición «Scott es el autor de Waverley». Tenemos aquí un nombre «Scott», y una descripción «el autor de Waverley», de los que se asevera que se aplican a la misma persona. La distinción entre un nombre y todos los demás símbolos puede explicarse como sigue:

Un nombre es un símbolo simple cuyo significado es algo que puede aparecer solamente como sujeto, esto es: algo del género que definimos como un «individuo» o un «particular». Y un símbolo «simple» es aquel que no tiene parte alguna que sea símbolo. Así «Scott» es un símbolo simple, puesto que, aunque tiene partes (a saber: letras separadas), esas partes no son símbolos. Por otro lado, «el autor de Waverley» no es un símbolo simple, puesto que las palabras separadas que componen la expresión son partes que son símbolos. Si, como puede ser el caso, cualquier cosa que parece ser un «individuo» es en realidad susceptible de



TEXTOS

Bloque 1: B. Russell

análisis posterior, tendremos que contentarnos con lo que puede llamarse «individuos relativos», que serán términos que, a través de todo el contexto en cuestión, no son analizados jamás, y jamás aparecen de otra manera que como sujetos. Y en ese caso habremos de contentarnos, correspondientemente, con «nombres relativos». Desde el punto de vista de nuestro presente problema, a saber: la definición de las descripciones, este problema, el de si estos son nombres absolutos o solamente nombres relativos, puede ignorarse, puesto que atañe a diferentes estadios en la jerarquía de «tipos», mientras que hemos de comparar parejas tales como «Scott» y «el autor de Waverley», en las que ambos se aplican al mismo objeto, y no plantean el problema de los tipos. Por lo tanto, podemos por el momento tratar a los nombres como si fueran absolutos; nada de lo que tendremos que decir depende de esta suposición, pero su expresión en palabras se abreviará un tanto mediante ella.

Tenemos, entonces, dos cosas para comparar: 1) un nombre, que es un símbolo simple, que designa directamente un individuo que es su significado y que tiene este significado por sí mismo, independientemente de los significados de todas las demás palabras; 2) una descripción que consta de varias palabras cuyos significados están ya fijados, y a partir de los cuales resulta cualquier cosa que haya de considerarse como el «significado» de la descripción.

Una proposición que contiene una descripción no es idéntica a aquello en lo que la proposición se convierte cuando la descripción se substituye por un nombre, incluso si el nombre nombra el mismo objeto que describe la descripción. «Scott es el autor de Waverley» es obviamente una proposición diferente de «Scott es Scott»: la primera es un hecho de la historia de la literatura, la segunda es una perogrullada trivial. Y si ponemos cualquier otro distinto de Scott en lugar de «el autor de Waverley», nuestra proposición se convertirá en falsa y por lo tanto no es ya ciertamente la misma proposición. Pero, podría decirse, nuestra proposición es esencialmente de la misma forma que (pongamos por caso) «Scott es Sir Walter», en la que se dice que dos nombres se aplican a la misma persona. La réplica es que, si «Scott es Sir Walter» significa realmente «la persona llamada «Scott» es la persona llamada «Sir Walter»», entonces los nombres están siendo usados como descripciones; esto es: el individuo, en vez de ser nombrado, está siendo descrito como la persona que tiene ese nombre. Éste es un modo en que se usan los nombres frecuentemente en la práctica y, como regla general, no habrá nada en la fraseología que

muestre si están siendo usados de esta manera o como nombres. Cuando se usa un nombre directamente, para indicar meramente aquello de lo que estamos hablando, no es parte del hecho aseverado, o de la falsedad si resulta que nuestra aserción es falsa: es meramente parte del simbolismo en el cual expresamos nuestro pensamiento. Lo que queremos expresar es algo que podría (por ejemplo) traducirse a un lenguaje foráneo; se trata de algo para lo cual las palabras efectivas son un vehículo, pero de lo que no son parte alguna. Por otra parte, cuando hacemos una proposición sobre «la persona llamada «Scott»», el nombre efectivo «Scott» entra en lo que estamos aseverando y no meramente en el lenguaje usado al hacer la aserción. Nuestra proposición será ahora una proposición diferente si lo sustituimos por «la persona llamada «Sir Walter»». Pero en la medida en que estamos usando nombres como nombres, el que digamos «Scott» o el que digamos «Sir Walter» es tan irrelevante para lo que estamos aseverando como el hecho de que hablemos en inglés o en francés. Así pues, en la medida en que los nombres son usados como nombres «Scott es Sir Walter» es la misma proposición trivial que «Scott es Scott». Esto completa la demostración de que «Scott es el autor de Waverley» no es la misma proposición que la que resulta de substituir «el autor de Waverley» por un nombre, sea cual fuere el nombre por el que se substituya. [...]

Estamos ahora en posición de definir las proposiciones en las que aparece una descripción definida. La única cosa que distingue «el tal-y-tal» de «un tal-y-tal» es la implicación de unicidad. No podemos hablar de «el habitante de Londres», puesto que habitar en Londres es un atributo que no es único. No podemos hablar sobre «el actual Rey de Francia», puesto que no hay ninguno; pero podemos hablar sobre «el actual Rey de Inglaterra». Así pues, proposiciones sobre «el tal-y-tal» implican siempre las proposiciones correspondientes sobre «un tal-y-tal», con el addendum de que no hay más que un tal-y-tal. Una proposición tal como «Scott es el autor de Waverley» podría no ser verdadera si Waverley no se hubiese escrito jamás, o si varias personas lo hubieran escrito; y no más podría serio cualquier otra proposición resultante de una función proposicional x mediante la substitución de « x » por «el autor de Waverley». Podemos decir que «el autor de Waverley» significa «el valor de x » para el que « x escribió Waverley» es verdadera. Así, por ejemplo, la proposición «el autor de Waverley era escocés» incluye:

- (1) « x escribió Waverley» no es siempre falsa;
- (2) «si x e y escribieron Waverley, x e y son idénticos» es siempre verdadera;
- (3) «si x escribió Waverley, x era escocés» es siempre verdadera.

Estas tres proposiciones, traducidas al lenguaje ordinario, enuncian

- (1) al menos una persona escribió Waverley;
- (2) como máximo una persona escribió Waverley;
- (3) quienquiera que escribió Waverley era escocés.



TEXTOS

Bloque 1: B. Russell

Todas estas tres proposiciones están implicadas por «el autor de Waverley era escocés». Conversamente, las tres juntas (pero no dos de ellas) implican que el autor de Waverley era escocés. Por lo tanto las tres juntas pueden considerarse como definiendo lo que se quiere decir mediante la proposición «el autor de Waverley era escocés».

Ejercicios

1. Relacione la tesis de Russell de que sólo existen individuos concretos con sus tesis epistemológicas.
2. Explique la distinción que establece Russell entre *símbolos simples* y *símbolos complejos*. Ponga ejemplos.
3. Explique la distinción entre *descripciones definidas* e *indefinidas* en términos de sus respectivas formas lógicas.
4. ¿Es «el habitante de Londres sufre menos tensión que el habitante de Madrid» una oración que enuncie la identidad entre dos descripciones definidas? ¿Por qué?

Bloque 2: P. F. Strawson

TEXTO 1

P. F. Strawson,
«Sobre el
referir»,
traducción de
L. M. Valdés

Puede decirse de modo general que Russell sólo reconoce dos modos en los que pueden ser significativas las oraciones que parecen ser, según su estructura gramatical, acerca de alguna persona particular, objeto o evento individual:

1. El primero ha de ser aquel en que la forma gramatical de la oración sea desorientadora respecto de su forma lógica, y que haya de ser analizable al igual que 0 («el rey de Francia es sabio»), como un género especial de oración existencial.
2. El segundo ha de ser aquel en que el sujeto gramatical de la oración sea un nombre lógicamente propio, cuyo significado es la cosa individual que designa.

Creo que Russell está totalmente equivocado en esto, y que las oraciones que son significativas y comienzan con una expresión usada de modo refe-

rencial singularizador no pertenecen a ninguna de estas dos clases. Las expresiones usadas de modo referencial singularizador no son nunca nombres lógicamente propios ni descripciones, si lo que se quiere decir al llamarlas «descripciones» es que deben analizarse de acuerdo con el modelo proporcionado por la teoría de las descripciones de Russell.

No existen nombres lógicamente propios ni descripciones (en este sentido).

Consideremos ahora los detalles del análisis de Russell. De acuerdo con él, cualquiera que aseverase o aseveraría que:

1. Hay un rey en Francia.
2. No hay más que un rey de Francia.
3. No hay nada que sea rey de Francia y no sea sabio.

[...]

Consideremos de nuevo la oración «El rey de Francia es sabio» y las cosas verdaderas y falsas que Russell dice sobre ella.

Hay, al menos, dos cosas verdaderas que Russell diría sobre esta oración:

1. La primera de ellas es que es significativa; que si alguien la emitiese ahora estaría emitiendo una oración significativa.
2. La segunda es que si alguien la emitiese ahora haría una aserción verdadera sólo si, actualmente, existiera de hecho uno y sólo un rey de Francia, y si fuera sabio.

¿Cuáles son las cosas falsas que Russell diría sobre la oración? Éstas:

1. Que cualquiera que la emitiese en la actualidad estaría haciendo una aserción verdadera o falsa.
2. Que parte de lo que estaría aseverando sería que en la actualidad existía uno y sólo un rey de Francia.

Ya he dado algunas razones para pensar que estos dos enunciados son incorrectos. Supongamos ahora que alguien te dijese, efectivamente, y con un aspecto completo de seriedad: «El rey de Francia es sabio». ¿Dirías: «Eso no es verdad»? Creo con toda seguridad que no lo dirías. Pero supongamos que la misma persona *continuase preguntándote* si pensabas que lo que acababa de decir era verdadero o falso, si estabas de acuerdo o no con lo que acababa de decir. Creo que te inclinarías a decir, aunque con alguna vacilación, que ninguna de las dos cosas; que la cuestión de si su enunciado era verdadero o falso simplemente *no se plantea*, puesto que no existe una persona tal que sea el rey de Francia. Podrías, si hablara completamente en serio (si tuviera el aspecto de andar un tanto extraviado por los siglos), decir algo semejante a: «Me temo que debes estar en un error. Francia no es una monarquía. No hay rey de Francia». Esto da pie a la cuestión de que, si una persona emitiese seriamente la oración, tal emisión sería en algún sentido una *evidencia* de que *creía* que había un rey de Francia. No sería una evidencia a favor de su



TEXTOS

Bloque 2: P. F. Strawson

creencia, en el sentido de que si alguien coge su impermeable esto es evidencia de su creencia de que está lloviendo. Pero tampoco sería una evidencia de su creencia en el sentido de que el hecho de que una persona diga «está lloviendo» es evidencia a favor de su creencia de que está lloviendo. Podríamos plantearlo del siguiente modo. Decir «El rey de Francia es sabio» es *implicar*, en algún sentido de «implicar», que hay un rey de Francia. Pero este es un sentido muy especial y extraño de «implicar». «Implica», en este sentido, no equivale, ciertamente, a «entraña» (o implica lógicamente). Y esto resulta del hecho de que, cuando, como respuesta a su enunciado, decimos (como podríamos hacerlo) «No hay ningún rey de Francia», no diríamos ciertamente que estábamos *contradiendo* el enunciado de que el rey de Francia es sabio. No estamos diciendo, por cierto, que es falso. Estamos más bien dando una razón para decir que la cuestión de si es verdadero o falso no se plantea.

Y es aquí donde la distinción que tracé antes puede ayudarnos. La oración «El rey de Francia es sabio» es ciertamente significativa; pero esto no quiere decir que cualquier uso particular de ella sea verdadero o falso. La usamos verdadera o falsamente cuando la usamos para hablar acerca de alguien, cuando al usar la expresión «el rey de Francia» mencionamos en efecto a alguien. El hecho de que la oración y la expresión, respectivamente, sean significativas es precisamente el hecho de que la oración *podría* ser usada, en determinadas circunstancias, para decir algo verdadero o falso, y de que la expresión *podría* ser usada, en ciertas circunstancias, para mencionar a una persona particular; y conocer su significado es conocer qué clase de circunstancias son esas. De esta manera, cuando emitimos la oración sin mencionar de hecho a nadie mediante el uso de la frase «El rey de Francia», la oración no deja de ser significativa; simplemente *no logramos decir* nada verdadero o falso porque no logramos mencionar a nadie mediante este uso particular de esa frase perfectamente significativa. Es, si se quiere, un uso espurio de la oración, aunque podamos (o no) creer erróneamente que se trata de un uso genuino.

Tales usos espurios son muy familiares. El novelar y el mundo de ficción sofisticados dependen de ellos. Si empezase diciendo «El rey de Francia es sabio», y continuase «y vive en un castillo de oro y tiene cien esposas», etc., un oyente me entendería perfectamente bien, sin suponer *o bien* que estaba hablando acerca de una persona particular, o que estaba haciendo un enunciado falso en el sentido de que existía una persona tal como la descrita por mis palabras. [...]

Sin embargo, dejando aparte los usos que pertenecen abiertamente al mundo de ficción, he dicho que usar una expresión como «el rey de Francia» al comienzo de una oración era implicar, en algún sentido de «implicar», que había un rey de Francia. Cuando una persona usa esta expresión no *asevera*, ni lo que dice *entraña*, una proposición existencial singularizadora. Pero una de las funciones convencionales del artículo determinado es la de actuar como *señal* de que se hace una referencia singularizadora —una señal y no una aserción disfrazada—. Cuando empezamos una oración con «el tal-y-tal» el uso de «el» muestra, pero no enuncia, que nos referimos o intentamos referirnos, a un individuo particular de la especie «tal-y-tal». Cuál sea el individuo particular es cuestión a determinar por el contexto, tiempo, lugar y otras características de la situación de emisión. Ahora bien, siempre que una persona usa una expresión, existe la presunción de que ella piensa que la está usando correctamente: así, cuando usa la expresión «el tal-y-tal» en un sentido referencial singularizador existe la presunción de que esa persona piensa que hay *algún* individuo de esa especie, y que el contexto de uso determinará de modo suficiente cuál es el individuo que tiene presente. Usar la palabra «el» en este sentido es implicar (en el sentido relevante de «implicar») que se cumplen las condiciones existenciales descritas por Russell. Pero usar «el» en este sentido no es enunciar que esas condiciones se cumplen. Si doy comienzo a una oración con una expresión de la forma «el tal-y-tal» y a continuación se me impide decir más, no he formulado enunciado alguno, pero puedo haber mencionado a algo o a alguien.

Ejercicios

1. Explique qué quiere decir P.F. Strawson con «uso referencial singularizador».
2. ¿En qué consiste la significatividad de la oración «el actual rey de Francia es sabio», según Strawson? Según él, ¿se puede hacer, en la actualidad, una afirmación al usar dicha oración? ¿Por qué?
3. Distinga entre las nociones de *implicar* que Strawson introduce en el texto.
4. Resuma la crítica de Strawson a la teoría de las descripciones de Russell y enuncie sus consecuencias en lo que se refiere al análisis lingüístico de ese tipo de expresiones.



BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

- RUSSELL, B.
 «On denoting», *Mind*, 14, págs. 479-493, 1905; existen varias traducciones en castellano: en B. Russell, 1956; en G. Parkinson, ed., 1968; en T. M. Simpson, comp., 1973; etc.
Philosophical essays, traducción en castellano en *Obras completas de B. Russell*, Aguilar, Madrid, 1910, y en Alianza, Madrid, 1966.
Problems of Philosophy, Nueva York, 1912; versión en castellano en Labor, Barcelona, 1970.
 «The philosophy of logical atomism», 1918; recogido en *Logic and knowledge*; versión en español en J. Muguerza, comp., *La concepción analítica de la filosofía*; edición por la que se cita. 1974.
An inquiry into meaning and truth, Londres, 1940; traducción en castellano: *Significado y verdad*, Ariel, Barcelona, 1983.
 «Mr. Strawson on referring», *Mind*, 66, 1957; también en B. Russell, 1959. *Logic and knowledge: essays 1901-1950*, editados por R. C. Marsh, G. Allen y Unwin, Londres 1956; *Lógica y conocimiento*, traducción de J. Muguerza, Tecnos, Madrid, 1966.
My Philosophical Development, Allen and Unwin, Londres, 1959; traducción española: *La evolución de mi pensamiento filosófico*, Alianza, Madrid, 1976.

Ensayos y artículos

- ALSTON W. P. (1976), y otros: *Los orígenes de la filosofía analítica*, Tecnos, Madrid.
- ATLAS, J. D. (1975), «Frege's Polymorphous Concept of Presupposition and its Role in a Theory of Meaning», *Semantikos*, 1, 1.
- ATLAS, J. D. (1977), «Negation, ambiguity and presupposition», *Linguistics and Philosophy*, 1, 3.
- AYER, A. J. (1964), «Names and descriptions», en *The concept of a person and other essays*, MacMillan, Londres; versión española en Seix Barral, Barcelona.
- AYER, A. J. (1971), *Russell and Moore: the analytical heritage*, Londres.
- AYER, A. J. (1972), *Russell*, Fontana, Londres; traducción en castellano en Grijalbo, Barcelona.
- BACH, K. (1983), «Russell was right (almost)», *Synthese*, 54, 2, págs. 189-207.

- BLACK, M. (1944), «Russell's philosophy of language», en P. SCHILPP, ed.
- BLACKBURN, S. (1978), y CODE, A. «The power of Russell's criticism of Frege: «On denoting»», *Analysis*, 37, págs. 48-50.
- BLOCH, W. (1967), «El concepto de "filosofía" en B. Russell», en R. SCHOENMAN, ed., págs. 199-236.
- BURGE, T. (1973), «Reference and proper names», *Journal of Philosophy*, 70.
- CATON, C. (1957), «Mr. Strawson on referring», *Mind*, 67.
- CLARK, R. (1976), *Bertrand Russell's Philosophy of language*, M. Nijhoff, The Hague, 1972; traducción española: *La filosofía del lenguaje de B. Russell*, F. Torres, Valencia.
- CLARK, R. (1984), *Russell*, Salvat, Barcelona.
- DEVITT, M. (1974), «Singular terms», *Journal of philosophy*, 61, págs. 183-205.
- DONNELLAN, K. (1966), «Reference and definite descriptions», *Philosophical Review*, 75, págs. 281-304.
- DONNELLAN, K. (1972), «Proper names and identifying descriptions», en D. DAVIDSON, y G. HARMAN, eds.
- DORWARD, A. (1951), *Bertrand Russell: a short guide to his philosophy*, Longman, Londres.
- EAMES, E. R. (1969), *Bertrand Russell's theory of knowlegde*, Allen & Unwin, Londres.
- FLEW, A., ed. (1951-1953), *Logic and language*, I y II, B. Blaekwell, Oxford.
- FLEW, A. (1960), *Essays in conceptual analysis*, MacMillan, Londres.
- GALE, R. M. (1970), «Strawson restricted theory of reference», *Philosophical Quaterly*, 20, págs. 162-165.
- GEACH, P. T. (1950), «Russell's theory of descriptions», *Analysis*, 10, págs. 84-88.
- GEACH, P. T. (1958), «Russell on meaning and denoting», *Analysis*, 19, págs. 69-72.
- HARDY, G. H. (1970), *Bertrand Russell and Trinity*, Londres, 1970.
- HINTIKKA, J. (1959), «Existential presuppositions and existencial commitments», *Journal of Philosophy*, 56.
- HINTIKKA, J. (1959b), «Towards a theory of definite descriptions», *Analysis*, 19, págs. 79-85.
- HINTIKKA, J. (1969b), «Existential presuppositions and uniqueness presuppositions», en J. HINTIKKA.
- HINTIKKA, J. (1969b), *Models for modalittes. selected essays*, Reidel, Dordrecht.
- HOCHBERG, H. (1970), «Strawson, Russelll and the king of France», en E. KLEMKE, ed.
- JACOBSON, A. (1970), «Russell and Strawson on referring», en E. KLEMKE, ed.



BIBLIOGRAFÍA

- JAGER, R. (1972), *The development of B. Russell's Philosophy*, G. Allen & Unwin, Londre.
- KAPLAN, D. (1975), «What is Russell's Theory of Descriptions», en W. YOURGAN y A. D. BECK, eds., *Physics Logic and History*, págs. 277-288, Plenum, Nueva York, 1970; también en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., *The Logic of Grammar*, págs. 210-217, Dickenson Pub., Encino.
- KLEMKE, E., ed. (1970), *Essays on S. Russell*, U. of Illinois Press, Urbana.
- LEMMON, E. J. (1966), «Sentences, statements and propositions», en B. WILLIAMS y A. MONTEFIORE, eds., *British Analytical Philosophy*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- LEWIS, J. (1972), *B. Russell, Philosopher and Humanist*, Lawrence & Wirhart, 1970; traducción en castellano, Ayuso, Madrid.
- LINSKY, L. (1967), *Referring*, Routledge & K. Paul, Londres.
- LINSKY, L., ed. (1952), *Semantics and the philosophy of language*, U. of Illinois Press, Urbana.
- MAC DONALD, M., ed. (1954), *Philosophy and Analysis*, Oxford U. Press, Oxford, 1954.
- MANSER, A. (1985), «Russell's Criticism of Frege», *Philosophical Investigations*, 8, págs. 269-286.
- MATES, B. (1973), «Descriptions and reference», *Foundations of language*, 10, págs. 409-418.
- MC DOWELL, J. (1977), «On the sense and referente of a proper name», *Mind*, 86.
- MOORE, G. E. (1944), «Russell's theory of descriptions», en P. SCHILPP, ed., págs. 177-225.
- MUNITZ, M. (1974), *Existence and Logic*, New York University Press, Nueva York.
- MUNITZ, M., y UNGER, P., eds. (1974), *Semantics and Philosophy*, New York U. Press.
- NEALE, S. (1990), *Descriptions*, Cambridge, Mass. MIT Press.
- NELSON, E. J. (1946), «Contradiction and the presupposition of existence», *Mind*, 55.
- PARKINSON, G., ed. (1976), *The theory of meaning*, Oxford U. Press, Oxford, 1968; edición española en F.C.E., México.
- PEARS, D. (1967), *Bertrand Russell and the British Tradition in Philosophy*, Fontana, Londres.
- PEARS, D., ed. (1972), *Bertrand Russell*, Doubleday, Londres.

- QUINE W. O. (1967), «La evolución de la ontología de Russell», en R. SCHOENMAN, ed., págs. 429-444 de la traducción en castellano.
- QUINTON, A. (1960), «Russell's Philosophical Development», *Philosophy*, 35.
- RIVERO, M. L. (1977), «Referencia y especificidad», en M. L. RIVERO, *Estudios de Gramática generativa del español*, Cátedra, Madrid.
- RUJA, H. (1972), «A selective, classified B. Russell's Bibliography», en D. PEARS, ed.
- SAINSBURY, M. (1979), *Russell*, Routledge & K. Paul, Londres.
- SEARLE, J. (1957), «Russell's Objections to Frege's theory of sense and reference», *Analysis*, 18, págs. 137-143; reimpresso en E. O. KLEMKE, ed., *Essays on Frege*, 1968; versión en castellano en T. M. Simpson, comp., 1973.
- SCHILPP, P. A., ed. (1954), *The Philosophy of B. Russell*, Northwestern U. Press, Evanston y Chicago.
- SCHNITZER, M. (1971), «Presupposition, entailment and Russell's Theory of descriptions», *Foundations of language*.
- SCHOENMAN, R., ed. (1967), 8. *Russell, Philosopher of the Century*, Allen & Unwin, Londres; traducción castellana de U. Moulines en Oikos-Tau, Barcelona, 1967.
- SCHOMAKER, S. (1960), «Logical atomism and language», *Analysis*, 20.
- SCOTT, D. (1967), «Existence and descriptions in formal logic», en R. SCHOENMAN, ed., págs. 181-200.
- SEARLE, J. R. (1967), «Proper names», *Mind*, 67, págs. 166-173, 1958; reimpresso en P. F. Strawson, ed., págs. 89-96.
- SEARLE, J. (1958), «Russell's objections to Frege's theory of sense and reference», *Analysis*, 18, 1958.
- SELLARS, W. (1954), «Presupposing», *Philosophical Review*, 63, 1954.
- SIMPSON, T. M. (1975), *Formas lógicas, realidad y significado*, Ed. Universitaria, Buenos Aires, 1964; 2ª ed. corregida y aumentada.
- SIMPSON, T. M. (1973), comp. *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- STRAWSON, P. F. (1971), «On referring», *Mind*, 60, 1950; también en P. F. Strawson, págs. 1-27.
- STRAWSON, P. F. (1969), *Introduction to logical theory*, Methuen, Londres, 1952; traducción castellana en Nova, Buenos Aires.
- STRAWSON, P. F. (1954), «A reply to Mr. Sellars», *Philosophical Review*, 63.
- STRAWSON, P. F. (1959), *Individuals*, Methuen, Londres.
- STRAWSON, P. F. (1971), *Logico-linguistic Papers*, Methuen, Londres.
- STRAWSON, P. F. (1974), *Subject and Predicate in Logic and Grammar*, Methuen, Londres.
- STRAWSON, P. F., ed. (1967), *Philosophical Logic*, Oxford U. Press, Oxford.
- STROLL, A. (1967), «Presupposing», en P. EDWARDS, ed., *The Encyclopedia of Philosophy*, Allen & Unwin, Londres.

- TREJO, W. (1968), «Russell: descripción y existencia», *Crítica*, 2, 4, págs. 89-119.
- WATLING, J. (1970), *Bertrand Russell*, Oliver & Boyd, Londres.
- WEITZ, M. (1944), «The unity of Russell's philosophy», en P. SCHILPP, ed.
- WOOD, A. (1957), *B. Russell, the passionate sceptic*, Alien & Unwin, Londres; versión castellana en Aguilar, Madrid.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

En los manuales de filosofía del lenguaje recomendados se pueden encontrar tratamientos, más o menos detallados, de la teoría de las descripciones. Así, el capítulo VIII de M. GARCÍA CARPINTERO (1996) y el capítulo I de A. GARCÍA SUÁREZ (1997), que además ofrece una exposición de las aportaciones de K. DONNELLAN al análisis de las descripciones. También se puede encontrar un análisis actual en el capítulo II de K. TAYLOR (1998) y en el capítulo 2 de A. MILLER (1998) (v. Bibliografía general).

Como se puede observar en la Bibliografía, existen diversas versiones en español de los artículos clásicos de B. RUSSELL y P. F. STRAWSON. Es conveniente leerlos antes de proceder a confrontar las diversas interpretaciones posteriores. Seguramente, la obra más completa sobre el problema de las descripciones es la de S. NEALE (1990).

TEMA 10

Teoría general del simbolismo en el *Tractatus* de L. Wittgenstein: pensar, decir y mostrar

ESQUEMA/RESUMEN

- 10.1. Introducción
- 10.2. La ontología del *Tractatus*: objeto, hecho, mundo y realidad
- 10.3. La teoría del simbolismo: el pensamiento como lenguaje
- 10.4. La teoría del lenguaje: nombres y proposiciones
- 10.5. Pensar, decir y mostrar
- 10.6. La influencia del *Tractatus*

10.1. INTRODUCCIÓN

El Tractatus es primordialmente una obra de lógica filosófica, una obra cuyo objetivo fundamental es aclarar la naturaleza de las verdades lógicas y su necesidad. Wittgenstein deseaba ante todo establecer una frontera neta entre lo lógico y lo empírico, y definir de modo riguroso los conceptos correspondientes de verdad lógica y verdad empírica. Ahora bien, en el curso de sus investigaciones, se vio obligado a formular una concepción global sobre la relación del lenguaje con el pensamiento y la realidad. La lógica no es sino un sistema simbólico, de carácter sumamente abstracto, cuya comprensión requiere no solamente la elucidación de su sintaxis, sino también la captación de su significado. En este sentido, comparte con otros sistemas simbólicos la propiedad de representar una realidad, simbólica o no, diferente de ella misma. Wittgenstein, en el *Tractatus*, exploró las condiciones trascendentales de la lógica como sistema simbólico, generalizando sus tesis al lenguaje natural mismo. Así, propuso una teoría del simbolismo en general, centrada sobre las propiedades que debe tener *cualquier* sistema simbólico para ser significativo, esto es, representativo de una realidad.

Como en el caso de Russell, las reflexiones de Wittgenstein sobre la naturaleza del lenguaje están estrechamente ligadas a cuestiones ontológicas y epistemológicas. La concepción filosófica sobre la naturaleza de las relaciones entre el lenguaje y la realidad requiere no sólo el análisis del carácter de aquél, de su peculiar estructura, sino también la comprensión de *lo que en la realidad hay que nos permite hablar de ella*. La concepción filosófica exige pues la determinación de una cierta ontología, una teoría de aquello sobre lo que se habla y sobre su estructura, estructura que ha de tener algún tipo de relación con la estructura propiamente lingüística.

Una de las fuentes de la fascinación que ejerce el *Tractatus*, aparte de sus innegables cualidades estilísticas, es que la teoría del simbolismo que en ella expone Wittgenstein constituye el núcleo que conforma toda su concepción filosófica, condicionando disciplinas tan dispares como la filosofía de la matemática y la ética. El *Tractatus* suscita pues una imagen de obra extremadamente coherente y rigurosa, que tiene algo de credo religioso. Exige una aceptación o un rechazo globales, pues su estructura trabada no parece

admitir fisuras. Si se acepta la médula teórica de la obra, la explicación de cómo significa cualquier lenguaje, es difícil desligarse del resto de las tesis de la obra, desde las lógicas hasta las más metafísicas.

Esa estructura *cerrada* que presenta el *Tractatus* es la razón de que el orden de su exposición sea relativamente indiferente. Se puede partir de la teoría del lenguaje y progresar a través de la teoría del conocimiento hasta llegar a las tesis más abstractas y generales de la ontología, lo cual haría justicia a la jerarquía conceptual de la obra. O se puede seguir el orden propio de Wittgenstein, desde los supuestos ontológicos a la teoría de la representación figurativa, de la cual es parte su teoría lingüística. En cualquier caso, esta presentación breve se limitará a los aspectos propiamente lingüísticos del *Tractatus*, dejando para otros la elucidación de sus consecuencias más filosóficas.

10.2. LA ONTOLOGÍA DEL *TRACTATUS*: OBJETO, HECHO, MUNDO Y REALIDAD

El *Tractatus* comienza con una serie de proposiciones que especifican una teoría ontológica similar a la de B. Russell, aunque no pueda ser calificada estrictamente de *atomista lógica*. En primer lugar, Wittgenstein establece que los elementos componentes del mundo son los hechos y no las cosas:

1. *El mundo es todo lo que acaece*

1.1 *El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas (Tractatus Logico-Philosophicus, TLF, pág. 35).*

El elemento último que Wittgenstein admite en su ontología son los hechos. Y aunque reconoce que los hechos son entidades complejas, en general, a diferencia de Russell, no se preocupa de realizar un análisis lógico más profundo de la naturaleza de esos componentes. La descomposición del mundo en hechos no es un enunciado de una teoría física, sino lógica. Los hechos son los elementos del mundo más simples que son significativos desde el punto de vista lógico. Las partes constitutivas del hecho sólo tienen pertinencia lógica en la medida en que contribuyen a la conformación de hechos:

2. *Lo que acaece, el hecho, es la existencia de estados de cosas.*

2.01 *El estado de cosas es una combinación de objetos (cosas).*

2.011 *Es esencial a la cosa poder ser constitutiva de un estado de cosas.*

2.012 *En lógica, nada es accidental: si la cosa puede entrar en un estado de cosas, la posibilidad del estado de cosas debe estar ya prejuzgada en la cosa» (TLF, págs. 36-37).*

Wittgenstein enuncia, pues, la imposibilidad de considerar los objetos como elementos lógicos últimos. El objeto no se puede concebir al margen

de un hecho en el que entra a formar parte, o de la posibilidad de hacerlo. Eso es todo lo que interesa desde el punto de vista lógico; no es preciso ir más allá, como B. Russell, y preguntarse en qué consiste, si es una suma de datos de los sentidos, si es objeto o no de una construcción psicológica. Lo esencial del objeto es cómo es concebido, cuáles son las condiciones necesarias para que sea pensable y, desde esa perspectiva, poco importa si se trata o no de un particular:

2.0121 ... Lo mismo que no nos es posible pensar objetos espaciales fuera del espacio y objetos temporales fuera del tiempo, así no podemos pensar ningún objeto fuera de la posibilidad de su conexión con otros...

2.0123 Si yo conozco un objeto, conozco también todas sus posibilidades de entrar en los hechos atómicos (TLF, pág. 37).

El conocimiento de un objeto implica que, dado un determinado hecho, se puede decir si el objeto en cuestión puede formar parte de él. Esto equivale al conocimiento de las propiedades lógicas del objeto, esto es, al conocimiento de sus propiedades combinatorias, las propiedades externas e internas de las que habla Wittgenstein (2.01231). El conocimiento de todos los objetos supone por tanto el conocimiento de todos los posibles estados de cosas y, en consecuencia, el conocimiento del mundo.

Los objetos forman la sustancia del mundo, según Wittgenstein, es decir, aquello de lo que las unidades del mundo están compuestas. Pero no hay que pensar esos objetos como unidades físicas, sino como entidades lógicas, necesarias para que el mundo se pueda concebir:

2.022 Es claro que, por muy diferente del real que se imagine un mundo, debe tener algo —una forma en común con el mundo real.

2.023 Esta forma está constituida por los objetos.

2.026 Sólo si hay objetos puede haber una forma fija del mundo (TLF, pág. 41).

Por tanto, objeto es cualquier cosa lógicamente posible que pueda entrar a formar parte de un estado de cosas. Wittgenstein no pone ejemplos de esos objetos lógicos y esa es una de las críticas más comunes a su teoría ontológica. A fuerza de ser abstracta, su noción de objeto resulta indeterminada. Del objeto solamente dice: *a)* que tiene *formas*, esto es, modos de determinación, como el espacio, el tiempo o la propiedad de tener un color, y *b)* que tiene propiedades relacionales, esto es, que se puede combinar con otros objetos:

2.0272 La configuración de los objetos forma los estados de cosas.

2.03 En los estados de cosas los objetos dependen unos de otros como los eslabones de una cadena.

2.031 En los estados de cosas los objetos están combinados de un modo determinado.

2.032 *El modo como estén conectados los objetos en el estado de cosas es la estructura del estado de cosas* (TLF, pág. 43).

El estado de cosas o hecho atómico no es, por tanto, una totalidad indiferenciada, sino que está interiormente ordenado por relaciones existentes entre sus componentes. Pero Wittgenstein diferencia entre la forma y la estructura del estado de cosas. La primera es la posibilidad de la segunda: el hecho atómico tiene una estructura determinada, pero podría tener otra sin que cambiara la forma de sus objetos componentes. Por ejemplo, si consideramos el enunciado «Pedro ama a María» podemos afirmar que ese enunciado tiene una estructura representada por la fórmula lógica «aRb». La estructura del enunciado «María ama a Pedro» sería diferente, representada por «bRa», pero la forma de ambas proposiciones sería la misma, pues la forma viene dada por los objetos que entran a formar parte del estado de cosas, y en este caso son los mismos.

Un punto más en que la teoría ontológica del *Tractatus* coincide con la de Russell es en la admisión de hechos inexistentes. La totalidad de los hechos existentes conforma el *mundo*. Si añadimos a ella los inexistentes, obtenemos el conjunto de la realidad:

2.04 *La totalidad de los estados de cosas existentes es el mundo ...*

2.06 *La existencia y no existencia de los estados de cosas es la realidad (a la existencia de los estados de cosas la llamamos también un hecho positivo, a la no existencia un hecho negativo)* (TLF, pág. 43).

El mundo es, pues, a pesar de ciertas afirmaciones contradictorias de Wittgenstein (2.063), un subconjunto de la realidad. Ésta ha de concebirse como una especie de mapa o espacio lógico en que los puntos que lo conforman son los estados de cosas posibles, existentes y no existentes. Los estados de cosas existentes determinan cuáles no existen, como si la realidad fuera un mapa doblado por la mitad en que un hecho positivo correspondiera a un hecho negativo. Pero los estados de cosas existentes son independientes entre sí, están desconectados desde un punto de vista lógico: a partir de la existencia de uno no se puede concluir la existencia de otro. En esto, y no en otra cosa, es en lo que reside el posible atomismo de L. Wittgenstein: los estados de cosas son lógicamente independientes entre sí, de tal modo que la lógica no puede determinar si existe o no un hecho. Lo único que puede afirmar es que, si existe un hecho, éste ha de ser un hecho posible en el espacio lógico, un acontecimiento que ya está prefigurado por la forma de los objetos que lo componen.

10.3. LA TEORÍA DEL SIMBOLISMO: EL PENSAMIENTO COMO LENGUAJE

La proposición básica de la teoría general del simbolismo que mantuvo Wittgenstein en el *Tractatus* es la siguiente:

2.1 *Nosotros nos hacemos figuras de los hechos* (TLF, pág. 43)

El término alemán que Wittgenstein utiliza es *Bild*, que se puede traducir, y se ha traducido, como *figura*, *representación* o *pintura*. En realidad, cualquiera de los tres términos es adecuado siempre que se tenga en cuenta que Wittgenstein daba un sentido muy concreto a esta noción. Para Wittgenstein, la representación es un modelo de la realidad (2.12), esto es, una reproducción de la realidad a otra escala. Para que se dé tal reproducción, esto es, para que la figura sea tal figura es preciso que se produzca una relación de correspondencia:

2.13 *A los objetos corresponden en la figura los elementos de la figura.*

2.131 *Los elementos de la figura están en la figura en lugar de los objetos.*

2.15 *Que los elementos de la figura estén combinados unos respecto a otros de un modo determinado representa que las cosas están combinadas también unas respecto de las otras* (TLF, págs. 43-45).

La figura es una combinación de elementos. En ese sentido es un hecho. Pero un hecho de un tipo especial, que comparte con otros hechos una determinada disposición de los objetos que lo componen y mantiene con ellos una relación de correspondencia entre elementos componentes. Es una realidad simbólica. Como tal realidad simbólica está estructurada, y esa estructura forma la espina dorsal de su existencia como figura. Wittgenstein, en lo que se puede llamar su teoría semiológica, distingue entre estructura figurativa, forma figurativa y relación figurativa:

2.15 ... *A esta conexión de los elementos de la figura se llama su estructura y a su posibilidad su forma de figuración.*

2.151 *La forma de figuración es la posibilidad de que las cosas se combinen unas respecto de otras como los elementos de la figura.*

2.1514 *La relación figurativa consiste en la coordinación de los elementos de la figura y las cosas* (TLF, pág. 45).

La estructura figurativa consiste pues en la disposición concreta de los elementos que componen la figura. El hecho de que puedan disponerse de ese modo es lo que permite la forma figurativa, mientras que la relación que une a la figura y lo figurado es la relación figurativa. Ahora bien, ¿qué es lo que permite que se dé tal relación? Según Wittgenstein, es precisamente la forma figurativa la condición trascendental de la figuración. De tal forma que, si tenemos una figura de forma espacial de figuración, podremos concluir que la combinación de los objetos en lo figurado es también espacial; si la forma de figuración es temporal, lo figurado tendrá una dimensión temporal, y así sucesivamente. Ahora bien, hay algo común a todas las figuras, sea cual sea su forma de figuración, y a todos los estados de cosas figurados: la forma lógica:

2.18 *Lo que cada figura, de cualquier forma, debe tener en común con la realidad para poderla figurar por completo —correcta o falsamente— la forma lógica, esto es, la forma de la realidad (TLF, pág. 47).*

La forma lógica es la estructura sumamente abstracta de la realidad, que está más allá de las determinaciones temporales o espaciales. Es ese esqueleto lógico del estado de cosas lo que deben tener en común *dos* hechos para poder afirmar que uno es figura o representación del otro. Por eso, cualquier figura es *también* una figura lógica, aparte de su modalidad específica de figuración. La forma lógica, por sí sola, determina un lugar en el espacio lógico, al expresar una combinación posible de elementos. Pero la verdad o falsedad de la figura no se puede establecer por pura inspección de su forma lógica; es preciso compararla con lo figurado. En consecuencia, no hay verdades *a priori*, ni siquiera las verdades lógicas.

Toda figura es una figura lógica, pero existe una clase de figuras que son solamente lógicas. Estas figuras son los pensamientos:

3. *La figura lógica de los hechos es el pensamiento*

3.001 *«Un hecho atómico es pensable» significa: nosotros podemos figurárnoslo (TLF, pág. 49).*

La esencia de la teoría epistemológica del *Tractatus* es considerar el pensamiento como una especie de simbolismo. Pensar consiste en representarse la realidad por medio de figuras lógicas. Dicho de otro modo, el pensamiento es una representación cuya forma de figuración es lógica.

Para comprender ciertas tesis del *Tractatus* que hacen referencia a cuestiones metafísicas, es preciso entender que, de acuerdo con Wittgenstein, el pensamiento agota la realidad. Esto se halla expresado en

3.02 *El pensamiento contiene la posibilidad del estado de cosas que piensa.*

Lo que es pensable es también posible.

3.03 *Nosotros no podemos pensar nada ilógico, porque de otro modo tendríamos que pensar ilógicamente (TLF, pág. 49).*

Esto es, según Wittgenstein, no se puede pensar nada que *no pueda* darse. En el mismo hecho de ser representada está ya contenida la posibilidad de la existencia del hecho. Y lo que es más interesante, ni siquiera se puede decir lo que no puede existir porque, si se pudiese decir, ya sería pensable y, en consecuencia, podría existir. El mundo podría ser de muchas formas posibles, pero por el mismo hecho de ser posibles sería un mundo lógico, esto es, concebible. El espacio lógico que determina la realidad no es un plano delimitado en que se puede decir qué hay más allá de ese plano. Ni siquiera se puede decir que la realidad tiene límites, puesto que la misma noción de *límite* implica que hay dos superficies delimitadas.

10.4. LA TEORÍA DEL LENGUAJE: NOMBRES Y PROPOSICIONES

La teoría lingüística que Wittgenstein propone en el *Tractatus* no es sino una aplicación especial de su teoría del simbolismo o de la figura. Parte del hecho de que el lenguaje es, ante todo, una representación sensible del pensamiento, el modo en que la figura que es el pensamiento se manifiesta de una forma perceptible:

3.1 En la proposición, el pensamiento se expresa perceptiblemente por los sentidos.

3.11 Nosotros usamos el signo sensiblemente perceptible de la proposición (sonidos o signos escritos, etc.) como una proyección del estado de cosas posible.

El método de proyección es el pensamiento del sentido de la proposición (TLF, pág. 51).

Wittgenstein emplea el término «proyección» en el sentido geométrico, lo que da una idea de lo concreta que es la correspondencia entre la proposición y el estado de cosas que representa. El pensamiento del sentido de esa proposición es el que posibilita su *traslado* al plano de los hechos, el que permite determinar el lugar indicado en el espacio lógico. Pero en la proposición no se halla su sentido, sino solamente la posibilidad de expresar su sentido. La proposición tiene una determinada estructura, una determinada disposición de las palabras componentes. Es asimismo un hecho. Pero la estructura de esa proposición puede variar la forma de la proposición como tal: la forma posibilita diferentes sentidos.

La proposición se encuentra, con respecto al pensamiento, en la relación en que éste se encuentra respecto al estado de cosas pensado:

3.2 En las proposiciones, el pensamiento puede expresarse de modo que a los objetos del pensamiento correspondan los elementos del signo proposicional (TLF, pág. 53).

Esto sucede cuando la proposición se encuentra completamente analizada, esto es, como sucede en la teoría de Russell, cuando se ha sacado a la luz la auténtica forma lógica de la proposición, que puede hallarse enmascarada. El análisis consiste esencialmente en la determinación de los «signos simples» de que se compone la proposición, la especificación de la relación en que se encuentran, que se da por añadidura. Una vez analizada la proposición, puede ponerse en relación de isomorfía con respecto al estado de cosas que describe: a cada elemento de la proposición le corresponde un objeto, y a la relación sintáctica entre los componentes de la proposición la relación que se da entre los objetos:

3.21 A la configuración de los signos simples en el signo proposicional corresponde la configuración de los objetos en el estado de cosas (TLF, pág. 53).

Wittgenstein concibe la proposición como una combinación de nombres. Su noción de nombre no es exactamente la de Russell, pero, al igual que él, mantuvo que los nombres son elementos designadores simples, esto es, expresiones cuya única función semántica es la de designar un objeto:

3.202 Los signos simples empleados en la proposición se llaman nombres.

3.203 El nombre significa el objeto. El objeto es su significado («A» es el mismo signo que «A»).

3.22 El nombre representa en la proposición al objeto.

3.221 Sólo puedo nombrar los objetos. Los signos los representan. Yo solamente puedo hablar de ellos; no puedo expresarlos. Una proposición únicamente puede decir cómo es una cosa, no qué es una cosa (TLF, págs. 53-55).

Así pues, los nombres y las proposiciones ejercen funciones semánticas diferentes: mientras que los nombres designan, las proposiciones describen. Esas dos funciones semánticas son características de cada una de las categorías lingüísticas mencionadas. Así, a diferencia de la teoría semántica de G. Frege, ni los nombres tienen contenido descriptivo ni las proposiciones designan valores de verdad. La utilización del nombre propio no lleva aparejada el conocimiento de descripciones que lo identifiquen. Ni siquiera se puede especificar su significado, pues ello indicaría que no es una expresión simple:

«3.26 El nombre no puede ser subsecuentemente analizado por una definición. Es un signo primitivo.

3.263 El significado de los signos primitivos puede explicarse por elucidaciones. Elucidaciones son las proposiciones que contienen los signos primitivos. Éstas sólo pueden pues ser comprendidas si los significados de estos signos son ya conocidos (TLF, págs. 55-57).

Wittgenstein mantiene pues que el significado de una expresión nominal simple no es sino su referencia fregeana, esto es, el objeto que designa. En esto coincide con la teoría de los nombres de J. Stuart Mill y B. Russell. El significado de un nombre no puede ser captado sino en el seno de una proposición que lo contiene pero, a su vez, la proposición no puede ser entendida si no se conoce previamente el significado de sus expresiones simples. Wittgenstein no llega tan lejos como Russell, que afirmaba que el único conocimiento posible de lo referido por el nombre es un conocimiento por familiaridad. Pero es indudable que pensaba que el conocimiento del objeto (no del particular russelliano) requería un contacto directo con ese objeto. La función de las elucidaciones es mostrar que el objeto en cuestión forma parte de ciertos estados de cosas, esto es, contribuye a especificar su *forma*. Pero es difícil pensar que Wittgenstein admitiera que un objeto se puede conocer sin tener plena conciencia de su forma.

Uno de los principios más importantes de la semántica que expone el *Tractatus* es el de la definición contextual del significado. En él se expresan de una forma concreta las intuiciones de Frege y Russell sobre la carencia de significado de ciertas expresiones aisladas. El principio en cuestión señala la proposición como la unidad semántica mínima, dentro de la cual adquieren sentido las expresiones componentes:

3.3 *Sólo la proposición tiene sentido; sólo en el contexto de la proposición tiene el nombre significado* (TLF, pág. 57).

3.144 *Los estados de cosas se pueden describir, pero no nombrar.*

(Los nombres son como puntos; las proposiciones, como flechas: tienen sentido) (TLF, pág. 53).

El nombre aislado no puede figurar por tanto un determinado hecho, ni siquiera el hecho de que lo designado por él existe, porque en realidad la existencia o no existencia de un objeto no es una propiedad del objeto, y por consiguiente no constituye un hecho. Y, a la inversa, la proposición no puede *nombrar* un hecho, pues nombrar significa indicar, y la proposición sólo puede expresar, mediante su configuración lógica interna, cuál es el hecho representado. En este contexto de elucidación de cómo significan las proposiciones, distingue Wittgenstein entre expresiones simbólicas y signos:

3.31 *Llamo una expresión (un símbolo) a cada una de las partes de la proposición que caracteriza su sentido.*

(La proposición misma es una expresión.)

Expresión es todo aquello, esencial para el sentido de la proposición, que las proposiciones tienen en común unas con otras.

3.311 *La expresión presupone la forma de todas las proposiciones en la cual puede encontrarse. Es la nota característica común de toda clase de proposiciones* (TLF, pág. 57).

La definición de «expresión» que Wittgenstein propone sitúa esta categoría en un plano abstracto. Las expresiones no se identifican con ocurrencias físicas concretas (como vibraciones en el aire, o marcas en el papel). Son componentes conceptuales de las proposiciones que pueden adquirir una realización concreta pero, en cuanto entidades abstractas, pueden ser compartidas por diversas proposiciones. A modo de explicación se puede considerar la expresión-tipo /el árbol/; las rayas entre las cuales se encierra indican que no hay que confundir tal expresión con su realización física, expresan que se significa una entidad abstracta. De esa entidad abstracta se pueden dar diferentes realizaciones físicas (habladas y escritas) que pueden entrar en diferentes proposiciones. Pero las posibilidades combinatorias de la expresión están predeterminadas en la expresión misma, por ejemplo, por su pertenencia a una categoría lingüística concreta. Eso es lo que Wittgenstein quiere decir cuando afirma que la expresión presupone la forma de todas las

proposiciones en que puede figurar: las posibilidades combinatorias están limitadas por la propia naturaleza de la expresión. Sucede lo mismo que, en el nivel ontológico, ocurría con los objetos: determinan la forma de los estados de cosas en que pueden entrar a formar parte.

La proposición misma es una expresión en el sentido de que puede ser considerada en ese nivel mismo de abstracción. Por ejemplo, /el árbol está a la derecha de mi casa/ es una expresión oracional abstracta de la cual se pueden dar diferentes realizaciones concretas (que además, en este caso, puede figurar diferentes estados de cosas concretos).

Tanto las expresiones oracionales como las expresiones componentes de las oraciones pueden, por su misma naturaleza abstracta, considerarse *variables*, esto es, expresiones vacías que pueden adquirir valores. Según Wittgenstein, los valores de las expresiones no oracionales son las proposiciones en que pueden entrar a formar parte, mientras que las expresiones proposicionales tienen como valores las proposiciones concretas que se corresponden con (tienen en común) la variable proposicional:

3.313 *La expresión está, pues, representada por una variable cuyos valores son las proposiciones que contienen la expresión.*

(En el caso límite, la variable se hace constante; la expresión, una proposición.)

Llamo a tal variable una «variable proposicional».

3.317 *La determinación de los valores de la variable proposicional está dada por la indicación de las proposiciones cuya nota común es la variable» (TLF, págs. 57-59).*

En contraste con el carácter abstracto del símbolo, el signo es algo concreto, físico, perceptible:

3.32 *El signo es la parte del símbolo perceptible por los sentidos.*

3.321 *Dos símbolos diferentes pueden tener también en común el signo (el signo escrito o el signo oral). Los designan de diferente modo y manera.*

3.323 *En el lenguaje corriente ocurre muy a menudo que la misma palabra designa de modo y manera diferentes porque pertenezca a diferentes símbolos o que dos palabras que designan de modo y manera diferentes se usen aparentemente del mismo modo en la proposición (TLF, pág. 61).*

El ejemplo que Wittgenstein propone para aclarar estas relaciones entre signos y símbolos es el clásico del verbo «ser». La palabra «es» es un signo que comparten al menos tres símbolos: el /es/1 que corresponde a la cópula, como en /el árbol es verde/; el /es/2 de la identidad como en «Clark Kent es Superman», y el /es/3 de la existencia como en /Pegaso no es nadie/. Pero los ejemplos no se limitan a ese verbo, que tiene especial relevancia filosófica. Cuando Wittgenstein se refiere a que un signo, una palabra, puede designar

«de modo y manera diferente», también está indicando que expresiones nominales, con modalidades referenciales diferentes, son símbolos diferentes. Así, en «el árbol está a la derecha de mi casa» y en «el árbol es un vegetal», el signo «el árbol» pertenece a dos símbolos, uno correspondiente a la designación genérica y otro a la específica. Según Wittgenstein, éste es un fenómeno típico del lenguaje natural que debe ser evitado en los lenguajes técnicos, del conocimiento y la filosofía:

3.325 *Para evitar estos errores debemos emplear un simbolismo que los excluya, no usando el mismo signo en símbolos diferentes ni usando aquellos signos que designen de modo diverso, de manera aparentemente igual. Un simbolismo, pues, que obedezca a la gramática lógica —a la sintaxis lógica (TLF, pág. 63).*

Como Frege y Russell, Wittgenstein aboga por la constitución de un simbolismo transparente, en el sentido de que no quepan en él la indeterminación y la ambigüedad características del lenguaje común. Pero, mientras se llega a ese ideal, la filosofía tendrá como tarea principal la elucidación lógica de los enunciados filosóficos. Su misión será eliminar de la filosofía los problemas que surgen de la utilización impropia del lenguaje, impropia desde el punto de vista lógico, lo cual quiere decir confusiones categoriales, indeterminación referencial, etc.

Según Wittgenstein, el signo sólo contribuye a especificar una forma lógica cuando el significado de ese signo está completamente determinado:

3.327 *El signo determina una forma lógica sólo unido a su aplicación lógico-sintáctica.*

Así, si consideramos una proposición en que resulte ambiguo cómo designa un signo, como en «el hombre tiene derecho a la libertad» sucede con el signo «el hombre», tal signo no determina una forma lógica en esa proposición porque no se sabe cuál es la aplicación lógico-sintáctica de la expresión. Pero la forma lógica no depende del significado de las expresiones, es lo que es al margen de la especificación de la modalidad referencial o la acepción de las palabras empleadas. Esto quiere decir que, para establecer cuál es la forma lógica de una proposición, no hay que analizar el significado de las expresiones componentes.

3.33 *En sintaxis lógica el significado de un signo no debe desempeñar ningún papel; la sintaxis lógica debe poder establecerse sin que haya que hablar por ello del significado de un signo; debe sólo presuponer la descripción de la expresión (TLF, pág. 63).*

Dicho de otro modo, en la proposición no puede darse explicación del significado de sus componentes, no puede averiguarse, a partir de ella misma, cuál es dicho significado. La proposición es un hecho, pero que no puede representarse a sí mismo, ni siquiera parcialmente, sino que sólo puede figurarse mediante otra proposición.

Cualquier proposición con sentido, por ese mismo hecho, establece una posibilidad de existencia en la realidad:

3.4 *La proposición determina un lugar en el espacio lógico. La existencia de este lugar lógico está garantizada sólo por la existencia de las partes constitutivas, por la existencia de la proposición con significado.*

3.41 *El signo proposicional y las coordenadas lógicas: eso es el lugar lógico.*

3.411 *El lugar geométrico y el lógico concuerdan en que ambos son la posibilidad de una existencia (TLF, págs. 67-69).*

Cada uno de los puntos de ese espacio de posibilidad que es el espacio lógico corresponde pues a una proposición con sentido. Por eso, el lenguaje, considerado como el conjunto de las proposiciones con sentido, cubre por completo el ámbito de la realidad. No hay literalmente *nada* más allá de lo expresable mediante el lenguaje.

10.5. PENSAR, DECIR Y MOSTRAR

El espacio lógico es un espacio abstracto, el ámbito de las posibilidades lógicas de combinación de los objetos. Ese espacio, en cuanto tal, es independiente del pensamiento, no precisa de él para su constitución. Más bien sucede lo contrario, que el pensamiento no puede desenvolverse si no es en ese espacio lógico de posibilidad. Esto no quiere decir, como en el *Tractatus* subraya Wittgenstein en varias ocasiones, que el pensamiento está *limitado* por el espacio lógico. El espacio lógico es el esquema formal de *todo* lo que es posible que acaezca, por lo que resulta absurdo preguntarse por la posibilidad de que un determinado hecho *no pueda* tener lugar. La posibilidad del hecho está predeterminada en la forma de sus constituyentes, en la combinación de sus componentes: si el hecho es posible, figura en el espacio lógico; si no lo es, no figura en ninguna parte, ni puede describirse; ni tampoco pensarse.

Ahora bien, ¿cómo se realiza la determinación subjetiva de un lugar en el espacio lógico? ¿Cómo puede el hablante designar en él un determinado punto y no otro? La respuesta del *Tractatus* es que el pensamiento ejerce esa función. Dicho de otro modo, pensar consiste en determinar, mediante la concepción de la proposición, un lugar en el espacio lógico:

3.5 *El signo proposicional aplicado, pensado, es el pensamiento*

4. *El pensamiento es la proposición con sentido (TLF, pág. 69).*

El pensamiento comparte con el lenguaje la propiedad de ser articulado, esto es, no es un acto de contenido global, indiferenciado, sino una totalidad psíquica compuesta por elementos unidos por relaciones especificadas. Además, se encuentra indisolublemente unido al lenguaje, hasta tal punto que pensar no consiste sino en representarse proposiciones significativas. No hay modo de concebir el objeto, sino nombrándolo; no hay forma de representarse los hechos, sino figurándolos en las proposiciones:

4.01 *La proposición es una figura de la realidad.*

La proposición es un modelo de la realidad tal como la pensamos(TLF, pág. 71).

No obstante, no hay que pensar que la relación pensamiento-lenguaje sea problemática. La función primordial del lenguaje, la de reflejar el pensamiento, es obstaculizada por la naturaleza e historia de aquél, en particular por la evolución autónoma de su forma externa:

4.002 ... *Es humanamente imposible captar inmediatamente la lógica del lenguaje. El lenguaje disfraza el pensamiento, y de tal modo que por la forma externa del vestido no es posible concluir la forma del pensamiento vestido; porque la forma externa del vestido está diseñada con un fin completamente distinto del de permitir reconocer la forma del cuerpo...* (TLF, pág. 69).

La labor del análisis lógico es necesaria, al igual que mantenía Russell, para desvelar la estructura del pensamiento tal como se refleja en la proposición. En ésta hay que distinguir entre una forma externa o superficial y una forma interna, profunda. Sólo ésta última recoge de modo adecuado la naturaleza lógica de la proposición, sacando a la luz su estructura figurativa o pictórica. Sólo la captación de la forma lógica permite comprender la *relación interna* en que se encuentran la proposición y el hecho, la relación interna en que se hallan *todas* las figuras de un mismo hecho:

4.014 *El disco gramofónico, el pensamiento musical, la notación musical, las ondas sonoras están todos, unos respecto de otros, en aquella relación interna figurativa que se mantiene entre lenguaje y mundo.*

A todos ellos es común la estructura lógica (TLF, pág. 73).

De ese modo, hay que concebir la estructura lógica de la proposición, no como una sucesión lineal de signos, sino como una especie de jeroglífico (4.016) en que se dan simultáneamente varias relaciones entre los signos componentes y la realidad. De modo parecido a como se entiende la escritura jeroglífica e ideográfica, de forma inmediata, así se entiende la proposición, sin necesidad de paráfrasis o de comparaciones con la realidad:

4.02 *Y así vemos que nosotros comprendernos el sentido del signo proposicional, sin que nos sea explicado.*

4.021 *La proposición es una figura de la realidad, pues yo conozco el estado de cosas que representa si yo entiendo el sentido de la proposición. Y yo entiendo la proposición sin que me haya sido explicado su sentido* (TLF, págs. 73-75).

Para entender el sentido de la proposición hay que entender el significado de los nombres (saber a qué refieren) y la forma lógica que adoptan sus componentes, esto es, la peculiar combinación en que se mezclan. Esta peculiar combinación describe la forma lógica de un determinado hecho. El

hecho puede ser positivo o negativo, pero en todo caso la proposición ha de afirmar que la realidad es de tal o cual modo:

4.022 ... *La proposición, si es verdadera, muestra cómo están las cosas. Y dice que las cosas están así.*

4.023 *La realidad debe ser fijada por la proposición en sí o en no.*

Lo mismo que la descripción de un objeto lo describe según sus propiedades externas, así la proposición describe la realidad según sus internas propiedades... (TLF, pág. 75).

Wittgenstein distingue pues entre dos funciones semánticas, en la proposición: por una parte, lo que una proposición afirma, que los hechos son de un determinado modo. Por otro lado, lo que la proposición *muestra*, esto es, cómo son los hechos. Por ejemplo, en el cuadro titulado *La rendición de Breda*, el título describe lo que el cuadro dice, a saber, que sucede un determinado hecho. En cambio, el cuadro *muestra*, a través de su forma de representación, cómo sucede el hecho, y lo hace mediante una determinada composición y elementos constitutivos (las figuras).

Entre ambas funciones de la proposición, decir y mostrar, no hay conexión posible; en especial, una proposición no puede decir nada de cómo muestra un determinado hecho, no puede afirmar nada sobre su propio sentido:

4.12 *La proposición puede representar toda la realidad, pero no puede representar lo que debe tener en común con la realidad para poder representarla, la forma lógica.*

4.121 *La proposición no puede representar la forma lógica; ésta se refleja en aquélla.*

Lo que en el lenguaje se refleja, el lenguaje no puede reflejarlo. lo que en el lenguaje se expresa, nosotros no podemos expresarlo por el lenguaje.

La proposición muestra la forma lógica de la realidad. La exhibe (TLF, pág. 87).

Siguiendo con la comparación del cuadro, la pintura no dice nada de lo que en el cuadro sucede, no guía al espectador hacia la interpretación correcta. Esta se produce cuando el espectador sabe cuáles son las figuras representadas y entiende la relación en que están, pero sobre ello el cuadro mismo no afirma nada, ni puede hacerlo. De acuerdo con la teoría de Wittgenstein, en que la propia figura es un hecho (2.141), resultaría un absurdo que la proposición figurara dos hechos a la vez: por una parte, el estado de cosas que la proposición describe y, por otro, el hecho que constituye la propia proposición.

De esa imposibilidad de hablar con sentido de la forma lógica de las proposiciones extrajo Wittgenstein multitud de consecuencias. La más impor-

tante entre ellas es la ilegitimidad de cualquier disciplina que pretenda hablar del sentido de las proposiciones, puesto que ésta es una actividad a la que la propia teoría lingüística del *Tractatus* desprovee de sentido. De ahí también la ilegitimidad del propio *Tractatus* en cuanto pretende decir algo sobre la naturaleza del lenguaje, sobre su relación con el pensamiento y la realidad. El *Tractatus* tiene utilidad, según Wittgenstein, más por lo que *muestra* que por lo que dice, que carece de sentido:

6.54 *Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo; que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Debe, pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido.)* (TLF, pág. 203).

10.6. LA INFLUENCIA DEL *TRACTATUS*

El sentido global del *Tractatus* es el de la delimitación del reino del sentido. Independientemente de la repercusión filosófica de las teorías que presenta, desde un punto de vista puramente lingüístico, el *Tractatus* puede ser considerado como una especie de *gramática lógica*. De acuerdo con ella, el lenguaje posee unos límites, los que le marcan las reglas lógicas de combinación de los signos, que coinciden con los del pensamiento y los de la realidad. El *Tractatus* pretende solucionar los problemas filosóficos (*todos* los problemas filosóficos) estableciendo primero claramente lo que puede ser dicho con sentido y lo que no, de tal modo que quede perfectamente delimitado cuáles son los genuinos problemas, los que tienen respuesta(s):

6.51 *El escepticismo no es irrefutable, sino claramente sin sentido si pretende dudar allí donde no se puede plantear una pregunta.*

Pues la duda sólo puede existir cuando hay una pregunta; una pregunta, sólo cuando hay una respuesta, y ésta únicamente cuando se puede decir algo (TLF, pág. 201).

En el curso de su proyecto de dar solución a los problemas filosóficos, Wittgenstein se vio en la necesidad de formular un *criterio de demarcación* entre las proposiciones con sentido y las carentes de él. Tal criterio de demarcación no es *natural*, en el sentido de que no depende de las instituciones semánticas de los hablantes, ni de la forma exterior del lenguaje. Es un criterio *lógico-semántico*, que no es fruto de una postulación arbitraria, sino que trata de ajustarse a la *forma interior* del lenguaje, a la estructura lógica que lo sustenta.

Wittgenstein, al igual que Frege y Russell, y que filósofos posteriores del lenguaje, era un firme practicante de lo que se ha denominado *estrategia de la forma engañosa*. Según ésta, hay que buscar un orden en el lenguaje que no se encuentra manifiesto, sino velado, en su forma superficial. El lenguaje no revela sin más su estructura lógico-semántica. Pensar que así lo hace es la

causa de gran parte de los problemas filosóficos que se suelen plantear. El lenguaje engaña, disfraza la auténtica forma del pensamiento. Por tanto, es preciso llevar a cabo un esfuerzo de análisis que permita alcanzar la naturaleza profunda del lenguaje. Esa naturaleza, de acuerdo con el *Tractatus*, es lógica, esto es, formal, constituida por relaciones entre elementos que tienen una conexión directa con la realidad. El examen de esa lógica interna y la captación de sus reglas es lo que permite delimitar la clase de las proposiciones con sentido del conjunto de los sinsentidos.

En el *Tractatus* lo que se puede decir con sentido es exiguo, por las exigencias planteadas por las teorías ontológica y semiótica que allí mantiene Wittgenstein. La teoría del lenguaje como representación de la realidad reduce el lenguaje a su función descriptiva. La proposición es la única unidad significativa, porque es la única que está en conexión interna con el hecho. La proposición viene a coincidir pues con la oración enunciativa, aquella que se utiliza primordialmente para expresar un pensamiento y para afirmar una creencia. Todo el resto del lenguaje carece literalmente de sentido, puesto que no figura ninguna parcela de la realidad; la expresión de deseos, la manifestación de juicios de valor (y otras cosas que se pueden hacer con el lenguaje) quedan fuera del ámbito de lo que se puede decir significativamente. Incluso la propia semántica, en la medida en que pretende realizar afirmaciones sobre lo que no puede ser dicho, es igualmente ilegítima.

La influencia más relevante de la teoría del *Tractatus* sobre la filosofía del lenguaje posterior hay que buscarla pues más en su forma especial de concebir la semántica que en la huella que pudieran dejar las tesis expuestas en él. Los rasgos fundamentales de esa concepción son:

- a) Reducción de las funciones semánticas lingüísticas a la descriptiva o enunciativa; el lenguaje es considerado como el instrumento que permite acceder a la estructura de la realidad (y del pensamiento), porque es un reflejo de ella.
- b) El análisis semántico consiste esencialmente en la búsqueda de una estructura lógica oculta bajo la forma superficial del enunciado; el lenguaje natural tiene una forma confundente, que no permite captar de forma inmediata el significado de la proposición.
- c) La estructura lógica es la base de la interpretación semántica; el significado de la proposición tiene que ver con la conexión entre los elementos que la componen y la realidad, conexión que, en el caso del *Tractatus*, es directa e inefable.

Aunque no se identificaran con la aplicación concreta de esta concepción general del *Tractatus*, muchos filósofos posteriores la han compartido, de tal modo que se puede afirmar que se encuentra en el origen de la revolución teórica de la semántica filosófica moderna.



TEXTOS

TEXTO 1

Prólogo

L. Wittgenstein,
Tractatus
Logico-
Philosophicus,
traducción de
E. Tierno

Quizás este libro sólo puedan comprenderlo aquellos que por sí mismos hayan pensado los mismos o parecidos pensamientos a los que aquí se expresan. No es por consiguiente un manual. Habrá alcanzado su objeto si logra satisfacer a aquellos que lo leyeren entendiéndolo.

El libro trata de problemas de filosofía y muestra, al menos así lo creo, que la formulación de estos problemas descansa en la falta de comprensión de la lógica de nuestro lenguaje. Todo el significado del libro puede resumirse en cierto modo en lo siguiente: Todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad, y de lo que no se puede hablar, mejor es callarse.

Este libro quiere, pues, trazar unos límites al pensamiento, o mejor, no al pensamiento, sino a la expresión de los pensamientos; porque para trazar un límite al pensamiento tendríamos que ser capaces de pensar ambos lados de este límite, y tendríamos por consiguiente que ser capaces de pensar lo que no se puede pensar.

Este límite, por lo tanto, sólo puede ser trazado en el lenguaje y todo cuanto quede al otro lado del límite será simplemente un sinsentido.

De en qué medida coincidan mis esfuerzos con los de los demás filósofos no quiero juzgar. En efecto, lo que yo aquí he escrito no tiene ninguna pretensión de novedad en particular. Por consiguiente no menciono las fuentes, porque es para mí indiferente que aquello que yo he pensado haya sido pensado por alguien antes que yo. Sólo quiero hacer constar que a la gran obra de Frege y a los escritos de mi amigo Bertrand Russell debo una gran parte de las motivaciones de mis pensamientos. Si este libro tiene algún valor, este valor radica en dos cosas: primero, que en él se expresan pensamientos, y este valor será mayor cuanto mejor estén expresados los pensamientos, cuanto más se haya remachado el clavo. Soy consciente, aquí, de no haber profundizado todo lo posible. Simplemente por esto, porque mis fuerzas son insuficientes para lograr esta tarea. Puedan otros emprenderla y hacerlo mejor. Por otra parte la verdad de los pensamientos aquí comunicados me parece intocable y definitiva. Soy, pues, de la opinión de que los problemas han sido, en lo esencial, finalmente resueltos. Y si no estoy equivocado en esto, el valor de este trabajo consiste, en segundo lugar, en el hecho de que muestra cuán poco se ha hecho cuando se han resuelto estos problemas.

Ejercicios

1. Explique cuál es el sentido global del *Tractatus*.
2. ¿Por qué afirma Wittgenstein que los límites del pensamiento coinciden con los límites del lenguaje?
3. ¿Qué significa, para Wittgenstein, «decir con claridad»?



TEXTOS

TEXTO 2

L. Wittgenstein,
Tractatus
Logico-
Philosophicus,
traducción de
E. Tierno

1. El mundo es todo lo que acaece.

1.1 El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas.

1.11 El mundo está determinado por los hechos y por ser *todos* los hechos.

1.12 Porque la totalidad de los hechos determina lo que acaece y también lo que no acaece.

1.13 Los hechos en el espacio lógico son el mundo.

1.2 El mundo se divide en hechos.

1.21 Cualquier cosa puede acaecer o no acaecer y todo el resto permanece igual.

2. Lo que acaece, el hecho, es la existencia de los hechos atómicos.

2.01 El hecho atómico es una combinación de objetos (entidades, cosas).

2.011 Es esencial a la cosa poder ser la parte constitutiva de un hecho atómico.

2.012 En lógica, nada es accidental. Si la cosa puede entrar en un hecho atómico, la posibilidad del hecho atómico debe estar ya prejuzgada en la cosa.

2.0123 Si yo conozco un objeto, conozco también todas sus posibilidades de entrar en los hechos atómicos.

(Cada una de tales posibilidades debe estar contenida en la naturaleza del objeto.)

No se puede encontrar posteriormente una nueva posibilidad.

2.01231 Para conocer un objeto no debo conocer sus propiedades externas, sino todas sus propiedades internas.

2.0124 Si todos los objetos son dados, también se dan con ellos todos los posibles hechos atómicos.

2.013 Cada cosa está, por así decirlo, en un espacio de posibles hechos atómicos. Yo puedo pensar este espacio como vacío, pero no puedo pensar la cosa sin el espacio.

2.014 Los objetos contienen la posibilidad de todos los estados de cosas.

2.0141 La forma del objeto es la posibilidad de entrar en los hechos atómicos.

2.02 El objeto es simple.

2.0201 Todo aserto sobre complejos puede descomponerse en un aserto sobre sus partes constitutivas y en aquellas proposiciones que describen completamente el complejo.

2.021 Los objetos forman la sustancia del mundo. Por eso no pueden ser compuestos.

2.032 El modo cómo los objetos dependen unidos en el hecho atómico es la estructura del hecho atómico.

2.033 La forma es la posibilidad de la estructura.

2.034 La estructura del hecho consiste en la estructura del hecho atómico.

2.04 La totalidad de los hechos atómicos existentes es el mundo.

2.05 La totalidad de los hechos atómicos existentes determina también cuáles hechos atómicos no existen.

2.06 La existencia y no-existencia de los hechos atómicos es la realidad (a la existencia de los hechos atómicos la llamamos también un hecho positivo, a la no-existencia, un hecho negativo).

2.061 Los hechos atómicos son independientes unos de otros.

2.062 De la existencia o no existencia de un hecho atómico, no se puede concluir la existencia o no-existencia de otro.

2.063 La total realidad es el mundo.

Ejercicios

1. Explique brevemente lo que entiende Wittgenstein por *mundo* y *realidad*.
2. ¿Qué significa, para el *Tractatus*, «conocer un objeto»?
3. Distinga entre forma y estructura de un hecho atómico.
4. Caracterice el *atomismo* del *Tractatus*.



TEXTOS

TEXTO 3

L. Wittgenstein,
Tractatus

Logico-Philosophicus,
traducción de
E. Tierno

2.1 Nosotros nos hacemos figuras de los hechos.

2.11 La figura presenta los estados de cosas en el espacio lógico, la existencia y no-existencia de los hechos atómicos.

2.12 La figura es un modelo de la realidad.

2.13 A los objetos corresponden en la figura los elementos de la figura.

2.131 Los elementos de la figura están en la figura en lugar de los objetos.

2.14 La figura consiste en esto: en que sus elementos están combinados unos respecto de otros de un modo determinado

2.141 La figura es un hecho.

2.15 Que los elementos de la figura estén combinados unos respecto de otros de un modo determinado, representa que las cosas están combinadas también unas respecto de las otras.

A esta conexión de los elementos de la figura se llama su estructura y a su posibilidad su forma de figuración.

2.151 La forma de figuración es la posibilidad de que las cosas se combinen unas respecto de otras como los elementos de la figura.

2.1511 La figura está *así* ligada en la realidad; llega hasta ella.

2.1512 Es como una escala aplicada a la realidad.

2.15121 Sólo los puntos extremos de la línea graduada tocan al objeto que ha de medirse.

2.1513 Según esta interpretación pertenece también a la figura la relación figurativa que hace de ella una figura.

2.1514 La relación figurativa consiste en la coordinación de los elementos de la figura y de las cosas.

2.1515 Estas coordinaciones son algo así como los tentáculos de los elementos de la figura con los cuales la figura toca la realidad.

2.16 Un hecho, para poder ser una figura, debe tener algo en común con lo figurado.

2.161 En la figura y en lo figurado debe haber algo idéntico para que una pueda ser figura de lo otro completamente.

2.17 Lo que la figura debe tener en común con la realidad para poder figurarla a su modo y manera —justa o falsamente— es su forma de figuración.

2.171 La figura puede figurar toda realidad de la cual tiene la forma.

La figura espacial, todo lo que es espacial; la cromática, todo lo que es cromático.

2.172 La figura, sin embargo, no puede figurar su forma de figuración; la muestra.

2.173 La figura representa su objeto desde fuera (su punto de vista es su forma de representación), porque la figura representa su objeto, justa o falsamente.

2.174 La figura no puede sin embargo situarse fuera de su forma de representación.

2.18 Lo que cada figura, de cualquier forma, debe tener en común con la realidad para poderla figurar por completo —justa o falsamente— la forma lógica, esto es, la forma de la realidad.

2.181 Si la forma de la figuración es la forma lógica, entonces a la figura se la llama lógica.

2.182 Toda figura es *también* una figura lógica (pero, al contrario, v. g., no toda figura es espacial).

2.19 La figura lógica puede figurar al mundo.

2.2 La figura tiene en común con lo figurado la forma lógica de figuración.

2.201 La figura figura la realidad representando una posibilidad de la existencia y de la no existencia de los hechos atómicos.

2.202 La figura representa un estado de cosas posible en el espacio lógico.

2.203 La figura contiene la posibilidad del estado de cosas que representa.

2.21 La figura concuerda con la realidad o no; es justa o equivocada, verdadera o falsa.

2.22 La figura representa lo que representa, independientemente de su verdad o falsedad, por medio de la forma de figuración.

2.221 Lo que la figura representa es su sentido.

2.222 En el acuerdo o desacuerdo de su sentido con la realidad, consiste su verdad o falsedad.

2.223 Para conocer si la figura es verdadera o falsa debemos compararla con la realidad.

2.224 No se puede conocer sólo por la figura si es verdadera o falsa.

2.225 No hay figura verdadera a priori.

Ejercicios

1. ¿Qué significa que la figura sea un hecho?
2. ¿Cuál es la relación de la figura con el espacio lógico?
3. Distinga entre *estructura figurativa* y *forma figurativa*. Ponga ejemplos.



TEXTOS

TEXTO 4

L. Wittgenstein,
Tractatus
Logico-
Philosophicus,
traducción de
E. Tierno

3. La figura lógica de los hechos es el pensamiento.

3.001 «Un hecho atómico es pensable» significa: Nosotros podemos figurárnoslo.

3.01 La totalidad de los pensamientos verdaderos es una figura del mundo.

3.02 El pensamiento contiene la posibilidad del estado de cosas que piensa.

Lo que es pensable es también posible.

3.03 Nosotros no podemos pensar nada ilógico, porque, de otro modo, tendríamos que pensar ilógicamente.

3.031 Se ha dicho alguna vez que Dios pudo crear todo, salvo lo que fuese contrario a las leyes de la lógica. La verdad es que nosotros no somos capaces de decir qué aspecto tendría un mundo ilógico.

3.032 Presentar en el lenguaje algo que «contradiga a la lógica» es tan imposible como presentar en geometría por sus coordenadas un dibujo que contradiga a las leyes del espacio o dar las coordenadas de un punto que no existe.

3.1 En la proposición, el pensamiento se expresa perceptiblemente por los sentidos.

3.11 Nosotros usamos el signo sensiblemente perceptible de la proposición (sonidos o signos escritos, etc.) como una proyección del estado de cosas posible.

El método de proyección es el pensamiento del sentido de la proposición.

3.12 Llamo signo proposicional al signo mediante el cual expresamos el pensamiento. Y la proposición es el signo proposicional en su relación proyectiva con el mundo.

3.13 A la proposición pertenece todo aquello que pertenece a la proyección, pero no lo proyectado.

0 sea, la posibilidad de lo proyectado, pero no lo proyectado mismo.

Pues en la proposición no está contenido su propio sentido, sino la posibilidad de expresarlo.

(«El contenido de la proposición» significa el contenido de la proposición con significado.)

En la proposición está contenida la forma de su sentido, pero no su contenido.

3.14 El signo proposicional consiste en esto: en que sus elementos, las palabras, están combinados de un modo determinado.

El signo proposicional es un hecho.

3.141 La proposición no es una mezcla de palabras. (Como el tema musical no es una mezcla de tonos.)

La proposición es articulada.

3.143 Que el signo proposicional es un hecho, está oculto por la forma ordinaria de expresión escrita o impresa.

Pues, por ejemplo, en la proposición impresa, el signo de la proposición no aparece como esencialmente diferente de la palabra.

(Así fue posible que Frege definiese la proposición como un nombre compuesto.)

3.1431 La esencia del signo proposicional se hace muy clara cuando lo imaginamos compuesto de objetos espaciales (tales como mesas, sillas, libros) en vez de signos escritos.

La recíproca posición espacial de estas cosas expresa el sentido de la proposición.

3.144 Los estados de cosas se pueden describir, pero no nombrar.

(Los nombres son como puntos; las proposiciones, como flechas: tienen sentido.)

3.2 En las proposiciones, el pensamiento puede expresarse de modo que a los objetos del pensamiento correspondan los elementos del signo proposicional.

3.201 A estos elementos los llamo «signos simples» y a la proposición «completamente analizada».

3.202 Los signos simples empleados en la proposición se llaman nombres.

3.203 El nombre significa el objeto. El objeto es su significado. («A» es el mismo signo que «A».)

3.21 A la configuración de los signos simples en el signo proposicional corresponde la configuración de los objetos en el estado de cosas.

3.22 El nombre representa en la proposición al objeto.

3.221 Sólo puedo *nombrar* los objetos. Los signos los representan. Yo solamente puedo hablar *de* ellos; no puedo expresarlos. Una proposición únicamente puede decir *cómo* es una cosa, no *qué* es una cosa.

3.23 El postulado de la posibilidad de los signos simples es el postulado de la determinabilidad del sentido.

3.24 La proposición que trata de un complejo está en relación interna con la proposición que trata de una de sus partes constitutivas.



TEXTOS

El complejo sólo puede darse por descripción, y ésta será justa o errónea. La proposición en la cual se habla de un complejo no será, si éste no existe, sin-sentido, sino simplemente falsa.

Que un elemento proposicional designa un complejo puede verse por una indeterminación en la proposición en la cual se encuentra. Nosotros *sabemos* que no está ya todo determinado por esta proposición. (La notación de generalidad contiene un prototipo.)

La combinación de los símbolos de un complejo en un símbolo simple puede expresarse por una definición.

3.25 Hay un análisis completo, y sólo uno, de la proposición.

3.251 La proposición expresa lo que expresa de un modo determinado y claramente especificable: la proposición es articulada.

3.26 El nombre no puede ser subsecuentemente analizado por una definición. Es un signo primitivo.

3.3 Sólo la proposición tiene sentido; sólo en el contexto de la proposición tiene el nombre significado.

3.31 Llamo una expresión (un símbolo) a cada una de las partes de la proposición que caracteriza su sentido.

(La proposición misma es una expresión.) Expresión es todo aquello, esencial para el sentido de la proposición, que las proposiciones tienen en común unas con otras.

La expresión caracteriza una forma y un contenido.

3.318 Yo concibo la proposición, como Frege y Russell, como una función de las expresiones que contiene.

3.32 El signo es la parte del símbolo perceptible por los sentidos.

3.321 Dos símbolos diferentes pueden también tener en común el signo (el signo escrito o el signo oral). Los designan de diferente modo y manera.

3.322 No es nunca posible indicar la característica común de dos objetos designándolos con los mismos signos, por dos diferentes modos de designación. Pues el signo es arbitrario. Se puede también elegir dos signos diferentes. Pero entonces ¿dónde queda lo que era común en la designación?

3.323 En el lenguaje corriente ocurre muy a menudo que la misma palabra designe de modo y manera diferentes porque pertenezca a diferentes símbolos —o que dos palabras que designan de modo y manera diferentes se usen aparentemente del mismo modo en la proposición.

Así, la palabra «es» se presenta como cópula, como signo de igualdad y como expresión de la existencia; «existir», como un verbo intransitivo, lo mismo que «ir»; «idéntico», como adjetivo; hablamos de algo, pero también de que algo sucede.

(En la proposición «Verde es verde» —donde la primera palabra es un nombre propio y la última un adjetivo—, estas palabras no sólo tienen diferente significado, sino son también *diferentes símbolos*.)

3.324 Así nacen fácilmente las confusiones más fundamentales (de las cuales está llena toda la filosofía).

3.325 Para evitar estos errores debemos emplear un simbolismo que los excluya, no usando el mismo signo en símbolos diferentes ni usando aquellos signos que designen de modo diverso, de manera aparentemente igual. Un simbolismo, pues, que obedezca a la gramática lógica —a la sintaxis lógica.

(El simbolismo lógico de Frege y Russell es un tal simbolismo, aunque no exento aún de todo error.)

Ejercicios

1. ¿Qué es una *figura lógica*? ¿Cómo se caracteriza?
2. Analice la noción de *proposición*, enunciando cuáles son sus componentes, según el *Tractatus*.
3. Caracterice las funciones semánticas de los componentes de la proposición y de la proposición misma.
4. Distinga entre *signo* y *símbolo* en los términos que establece el texto. Ponga ejemplos.



TEXTOS

TEXTO 5

L. Wittgenstein,
Tractatus
Logico-
Philosophicus,
traducción de
E. Tierno

3.4 La proposición determina un lugar en el espacio lógico. La existencia de este lugar lógico está garantizada sólo por la existencia de las partes constitutivas, por la existencia de la proposición con significado.

3.41 El signo proposicional y las coordenadas lógicas: esto es el lugar lógico.

3.411 El lugar geométrico y el lógico concuerdan en que ambos son la posibilidad de una existencia.

3.42 Aunque la proposición pueda sólo determinar un lugar en el espacio lógico, todo el espacio lógico debe estar dado por ella.

(De otro modo, la negación, la suma lógica, el producto lógico, etc., introducirían —en coordinación siempre— nuevos elementos.)

(El almacén lógico en torno a la figura determina el espacio lógico. La proposición atraviesa todo el espacio lógico.)

3.5 El signo proposicional aplicado, pensado, es el pensamiento.

4. El pensamiento es la proposición con significado.

4.001 La totalidad de las proposiciones es el lenguaje.

4.002 El hombre posee la capacidad de construir lenguajes en los cuales todo sentido puede ser expresado sin tener una idea de cómo y qué significa cada palabra. Lo mismo que uno habla sin saber cómo se han producido los sonidos singulares.

El lenguaje corriente es una parte del organismo humano, y no menos complicada que él.

Es humanamente imposible captar inmediatamente la lógica del lenguaje.

El lenguaje disfraza el pensamiento. Y de tal modo, que por la forma externa del vestido no es posible concluir acerca de la forma del pensamiento disfrazado; porque la forma externa del vestido está construida con un fin completamente distinto que el de permitir reconocer la forma del cuerpo.

Los acomodamientos tácitos para comprender el lenguaje corriente son enormemente complicados.

4.003 La mayor parte de las proposiciones y cuestiones que se han escrito sobre materia filosófica no son falsas, sino sin sentido. No podemos, pues, responder a cuestiones de esta clase de ningún modo, sino solamente establecer su sinsentido..

La mayor parte de las cuestiones y proposiciones de los filósofos proceden de que no comprendemos la lógica de nuestro lenguaje.

(Son de esta clase de cuestiones de si lo bueno es más o menos idéntico que lo bello.)

No hay que asombrarse de que los más profundos problemas *no* sean propiamente problemas.

4.0031. Toda la filosofía es «crítica del lenguaje» (pero no, en absoluto, en el sentido de Mauthner). Es mérito de Russell haber mostrado que la forma lógica aparente de la proposición no debe ser necesariamente su forma real.

4.01 La proposición es una figura de la realidad. La proposición es un modelo de la realidad tal como la pensamos.

4.011 A primera vista no parece que la proposición —tal como está impresa en el papel— sea una figura de la realidad de la que trata. Tampoco la notación musical parece a primera vista una figura de la música, ni nuestra escritura fonética (las letras) parece una figura de nuestro lenguaje hablado. Sin embargo, estos símbolos demuestran, bien que en el sentido ordinario de la palabra, que son figuras de lo que representan.

4.014 El disco gramofónico, el pensamiento musical, la notación musical, las ondas sonoras, están todos, unos respecto de otros, en aquella interna relación figurativa que se mantiene entre lenguaje y mundo.

A todo esto es común la estructura lógica. (Como en la fábula, los dos jóvenes, sus dos caballos y sus lirios son todos, en cierto sentido, la misma cosa.)

4.016 Para comprender la esencia de la proposición pensemos en la escritura jeroglífica, que figura los hechos que describe.

Y de ella, sin perder la esencia de la figuración, proviene la escritura alfabética.

4.02 Y así vemos que nosotros comprendemos el sentido del signo proposicional, sin que nos sea explicado.

4.021 La proposición es una figura de la realidad, pues yo conozco el estado de cosas que representa si yo entiendo el sentido de la proposición. Y yo entiendo la proposición sin que me haya sido explicado su sentido.

4.022 La proposición *muestra* su sentido

La proposición, si es verdadera, *muestra* cómo están las cosas. Y *dice* que las cosas están así.

4.023 La realidad debe ser fijada por la proposición en sí o en no.

Por esto debe ser completamente descrita por ella.

La proposición es la descripción de un hecho atómico.

Lo mismo que la descripción de un objeto lo describe según sus propiedades externas, así la proposición describe la realidad según sus internas propiedades.

La proposición construye un mundo con la ayuda de un armazón lógico; por ello es posible ver en la proposición, si es verdadera, el aspecto lógico de la realidad. Se pueden *obtener conclusiones* de una falsa proposición.



TEXTOS

4.024 Entender una proposición quiere decir, si es verdadera, saber lo que acaece.

(Se puede también entenderla sin saber si es verdadera.)

Se la entiende cuando se entienden sus partes constitutivas.

4.026 La significación de los signos simples (las palabras) debe sernos explicada para que los comprendamos.

Pero nosotros nos entendemos con las proposiciones.

4.027 Está en la esencia de la proposición que pueda comunicarnos un nuevo sentido.

4.03 Una proposición debe comunicar con expresiones viejas un sentido nuevo.

La proposición que nos comunica un estado de cosas debe estar también esencialmente conectada con el estado de cosas.

Y la conexión consiste precisamente, en que es su figura lógica.

La proposición sólo dice algo en cuanto es una figura.

Ejercicios

1. Si una proposición determina un lugar en el espacio lógico, ¿qué determina su negación?
2. ¿Qué tienen en común el pensamiento y la proposición, según el *Tractatus*?
3. ¿Qué tienen en común todas las figuras de un mismo hecho?
4. ¿Cuál es el sentido de una proposición? ¿Cuál es la relación de una proposición con su sentido?



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- WITTGENSTEIN, L.
Logisch-philosophische Abhandlung / Tractatus Logicus-Philosophicus, traducción al inglés de C. K. Odgen y F. P. Ramsey, Routledge, Londres, 1922; traducción al inglés de D. F. Pears y B. F. Mc Guinness, Routledge, Londres, 1961. Traducción al castellano de E. Tierno, en Alianza, Madrid, 1973, por la que se cita, aunque en ocasiones se procure subsanar sus errores más graves.
Philosophische Grammatik, ed. por R. Rhees, Blackwell, Oxford, 1969.
Philosophischen Bemerkungen, ed. por R. Rhees, Blackwell, Oxford, 1964; traducción inglesa: *Philosophical Remarks*, de R. Hargreaves y R. White.
The Blue and Brown Books, Blackwell, Oxford, 1958; traducción al castellano de F. Gracia, Tecnos, Madrid, 1968.
Notebooks: 1914-1916, ed. de G. H. von Wright y G. E. M. Anscombe, Blackwell, Oxford, 1961.
L. Wittgenstein und der Wiener Kreis, editado por McGuinness, Blackwell, Oxford, 1967; traducción al castellano, *L. Wittgenstein y el Círculo de Viena*, F.C.E., México, 1973.
Tractatus Logicus-Philosophicus, edición y traducción al catalán de J. M. Terricabras, Laia, Barcelona, 1981 (traducción superior a la de E. Tierno, pero en una edición no bilingüe).

Ensayos y artículos

- ALLAIRE, E. B. (1966), «The “Tractatus”: nominalistic or realistic?», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 325-342.
- AMBROSE, A., y LAZEROWITZ, M., eds. (1972), *Ludwig Wittgenstein: Philosophy and Language*, Allen & Unwin, Humanities Press, Nueva York.
- ANSCOMBE, G. E. M. (1977), *An Introduction to Wittgenstein's Tractatus*, Hutchinson, Londres, 1959; traducción al español en El Ateneo, Buenos Aires.
- AYER, A. J. (1982), *Wittgenstein*, G. Weidenfel & Nicolson, Londres, 1985; traducción castellana en Grijalbo, Barcelona, 1986.
- BARTLEY III, W. W. (1973), *Wittgenstein*, Quartet Books, Londres; traducción española en Cátedra, Madrid.
- BERGMANN, G. (1971), «Stenius on the Tractatus», en E. M. KLEMKE, ed., págs. 78-103.



BIBLIOGRAFÍA

- BINKLEY, T. (1973), *Wittgenstein's language*, M. Nijhoff, The Hague.
- BLACK, M. (1964), *A companion to Wittgenstein's Tractatus*, Cornell U. Press, Nueva York.
- BLASCO, J. J. (1972), «El lenguaje ordinario en el *Tractatus*», *Teorema*, págs. 101-112.
- BLOCK, N., ed. (1981), *Perspectives on the philosophy of Wittgenstein*, B. Blackwell, Oxford.
- BOGEN, J. (1972), *Wittgenstein's Philosophy of language, some aspects of its development*, Routledge & Kegan, Londres.
- BOUVERESSE, J. (1973), «Wittgenstein et la philosophie», *Bulletin de la Société française de Philosophie*, 67, págs. 85-148.
- BOUVERESSE, J. (1981), «Wittgenstein et la philosophie du langage», en G. FLOISTAD, ed., págs. 83-112.
- BRAND, G. (1981), *Die Grundlegenden Texte von L. Wittgenstein*, Suhrkarnp, Frankfurt, 1975; traducción al castellano: *Los textos fundamentales de L. Wittgenstein*, Alianza, Madrid.
- BROWN, C. H. (1974), *Wittgenstein Linguistics*, Mouton, The Hague.
- CARRUTHERS, P. (1990), *The Mataphysics of the Tractatus*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- COOPE, C. (1974), «Wittgenstein's theory of knowledge», en G. VESEY, ed., págs. 246-284.
- COPI, I. (1966), «Objects, properties and relations in the "Tractatus"», en I. COPI y R. W. BEARDS, eds., págs. 167-186.
- COPI, J., y BEARD, R. W., eds. (1966), *Essays on Wittgenstein Tractatus*, Routledge, Londres.
- DAITZ, E. (1953), «The picture theory of meaning», *Mind*, 62; reeditado en A. FLEW, ed. *Essays in conceptual analysis*.
- DIETRICH, R. A. (1973), *Sprache und Wirklichkeit in Wittgenstein Tractatus*, M. Niemeyer, Tübingen.
- ENGEL, S. M. (1971), *Wittgenstein's Doctrine of the Tyranny of language. An historical and critical Examination of his Blue Book*, M. Nijhoff, The Hague.
- ENGEL, S. M. (1976), «Essays on Wittgenstein in honour of G. H. von Wright», *Acta Philosophica Fennica*, 28, North Holland, Amsterdam.
- FANN, K. T., ed. (1967), *Wittgenstein: The man and his philosophy . An antology*, Deel, Nueva York.
- FANN, K. T. (1975), *Wittgenstein's Conception of Philosophy*, Blackwell, Oxford, 1969; traducción al castellano en Tecnos, Madrid.

- FAVRHOLDT, D. (1967), *An Interpretation and Critique of Wittgenstein's Tractatus*, Munksgaard, Copenhague.
- FAVRHOLDT, D. (1972), «The relation between thought and language in Wittgenstein's *Tractatus*», *Teorema*, núm. monográfico sobre el *Tractatus*, págs. 91-100.
- FERRATER MORA, J. y otros (1966), *Las filosofías de L. Wittgenstein*, Oikos-Tau, Barcelona.
- FINCH, H. (1971), *Wittgenstein The early philosophy. An exposition of the Tractatus*, Humanities Press, Nueva York.
- FOGELIN, R. J. (1976), *Wittgenstein*, Routledge, Londres.
- GARCIA SUÁREZ, A. (1972), «¿Es el lenguaje del *Tractatus* un lenguaje privado?», en *Sobre el Tractatus*, núm. monográfico de *Teorema*, págs. 91-106.
- GARRIDO, M. (1972), «La lógica del mundo», en *Teorema*, págs. 139-152.
- GARVER, N. (1971), «Wittgenstein's pantheism: a new light on the ontology of the *Tractatus*», en E. D. KLEMKE, ed., págs. 123-137.
- GRANGER, G. G. «Sur le concept du langage dans le *Tractatus*», *Word*, 23, págs. 196-207.
- GRIFFIN, J. (1964), *Wittgenstein's Logical atomism*. Clarendon Press, Oxford.
- HACKER, P. M. (1979), *Semantic Holism: Frege and Wittgenstein*, en G. G. LUCKHARDT, ed.
- HART, W. D. (1971), «The Whole sense of the *Tractatus*», *Journal of Philosophy*, 68, págs. 273-288.
- HARTNACK, J. (1972), *Wittgenstein og den Moderne Filosofi*, G. Boghandel, Copenhague, 1962; traducción al español de J. Muñoz, *Wittgenstein y la filosofía contemporánea*, Ariel, Barcelona.
- HINTIKKA, J. (1966), «On Wittgenstein solipsism», en I. COPI y BEARD, eds., págs. 157-161.
- HOPE, V. «The picture theory of meaning in *Tractatus* as a development of Moore's and Russell's theories of judgment», *Philosophy*, 44, págs. 140-148.
- HOTTOIS, G. (1969), *La Philosophie du langage de L. Wittgenstein*, Ed. de l'Université de Bruxelles, Bruselas.
- IMBERT, C. (1969), «L'héritage frégeén du *Tractatus*», *Revue Internationale de Philosophie*, 23, págs. 205-218.
- ISHIGURO, H. (1969), «Use and reference of names», en P. WINCH, ed., págs. 20-50.
- JANIK, A., y TOULMIN, S. (1974), *Wittgenstein's Vienna*, Simon & Schuster, Nueva York, 1973; edición española, *La Viena de Wittgenstein*, Taurus, Madrid.
- KENNY, A. (1973), *Wittgenstein*, Allen Lane, Londres, traducción de A. Deaño en Revista de Occidente, Madrid 1974.
- KEYT, D. (1966), «Wittgenstein notion of an object», en I. Copi y R. W. Beard, eds., págs. 289-304.



BIBLIOGRAFÍA

- KEYT, D. (1966b), «Wittgenstein's picture theory of language», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 377-393.
- KLEMKE, E. D., ed. (1971), *Essays on Wittgenstein*, U. of Illinois Press, Urbana.
- KLEMKE, E. D. (1971), «The ontology of Wittgenstein's "Tractatus"», en E. KLEMKE, ed., págs. 104-119.
- KRAFT, V. (1950), *Der Wiener Kreis*, Viena: Springer, traducción de F. Gracia, *El Círculo de Viena*, en Madrid: Taurus, 1966.
- LAPORTE, F. H. (1980), comp. *L. Wittgenstein. A comprehensive bibliography*, Greenwood Press, Londres.
- LEINRELLNER, E., ed. (1978), *Wittgenstein and his impact on contemporary thought*, Proceedings of the 2nd. International Wittgenstein Symposium, Austria, 1977; Reidel, Dordrecht.
- LÓPEZ DE ST. MARÍA, P. (1986), *Introducción a Wittgenstein. Sujeto, mente y conducta*, Herder, Barcelona.
- LUCKHARDT, C. G., ed. (1979), *Wittgenstein: Sources and Perspectives*, Cornell U. Press, Ithaca.
- MALCOLM, N. (1966), *L. Wittgenstein. A memoir*, Oxford U. Press, Oxford.
- MASLOW, A. (1961), *A study in Wittgenstein's Tractatus*, U. of California Press, Berkeley.
- MAURO, T. (1967), de: *L. Wittgenstein. His place in the Development of semantics*, Humanities Press, Nueva York; Reidel, Dordrecht.
- MCDONOUGH, R. (1996), *The argument of the Tractatus*, Nueva York: State U. Press.
- MCGUINNESS, B. F. (1966), «Pictures and form in Wittgenstein's "Tractatus"», en I. COPI y R. BEARD, eds., págs. 137-156.
- MCGUINNESS, B., ed. (1982), *Wittgenstein and his times*, B. Blackwell, Oxford.
- MILLER, D. (1977), «The uniqueness of atomic facts in Wittgenstein's *Tractatus*», *Theoria*, 43, págs. 174-185.
- MOORE, W. (1966), «Structure in sentence and in fact», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 87-94.
- MORAN, J. (1973), *Toward the world and wisdom of Wittgenstein's Tractatus*, Mouton, The Hague.
- MORRISON, J. C. (1968), *Meaning and truth in Wittgenstein's Tractatus*, Mouton, The Hague.
- MOUNCE, H. O. (1981), *Wittgenstein's Tractatus. An Introduction*, B. Blackwell, Oxford, traducción al español en Tecnos, Madrid 1983.

- NAESS, A. (1968), *Four Modern Philosophers*, U. of Chicago Press, Chicago.
- O'SHAUGHNESSY, E. (1966), «The picture theory of meaning», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 115-132.
- PEARS, D. (1979), «The relation between Wittgenstein's picture theory of propositions and Russell's theories of judgment», en C. G. LUCK-HARDT, ed.
- PEARS, D. (1973), *Wittgenstein*, Fontana, Londres, 1971; traducción al castellano en Grijalbo, Barcelona.
- PITCHER, G. (1964), *The Philosophy of Wittgenstein*, Prentice Hall, Eng. Cliffs.
- REGUERA, I. (1980), *La miseria de la razón. El primer Wittgenstein*, Taurus, Madrid.
- RHEES, R. (1969), «"Ontology" and identity in the Tractatus. A propos of Black's companion», en P. WINCH, ed., págs. 51-66.
- RHEES, R. (1970), *Discussions of Wittgenstein*, Routledge & Kegan, Londres.
- RHEES, R., ed. (1981), *Wittgenstein. Personal Recollections*, B. Blackwell, Oxford.
- RICHARDSON, J. T. (1976), *The Grammar of Justification. An Interpretation of Wittgenstein's Philosophy of language*, Chatto & Windus, Londres.
- SCHWYZER, H. R. G. (1966), «Wittgenstein's picture-theory of language», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 271-288.
- SELLARS, W. (1966), «Naming and saying», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 249-270.
- SHANKER, S. G., y V. A. (1986), *A Wittgenstein Bibliography*, Croom Helm, Kent.
- SHIBLES, W. (1974), *Wittgenstein. Language and philosophy*, 3.^a ed., The Language Press, Whitewater, 1974.
- SHIBLES, W. (1972), «Sobre el Tractatus», revista *Teorema*, núm. monográfico.
- STEGMÜLLER, W. (1970), «L. Wittgenstein», en *Main Currents in Contemporary German, English and American Philosophy*, Indiana U. Press, Bloomington.
- STENIUS, E. (1960), *Wittgenstein's Tractatus. A critical examination of its main lines of thought*, B. Blackwell, Oxford.
- STENIUS, E. (1966), «Wittgenstein's picture theory», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 313-324.
- STENIUS, E. (1981), «The picture theory and Wittgenstein's later attitude to it», en N. BLOCK, ed., págs. 110-139.
- STOCK, G. (1974), «Wittgenstein on Russell's theory of judgment», en G. VESEY, ed., págs. 62-75.
- SUSZKO, R. (1968), «Ontology in the Tractatus of L. Wittgenstein», *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 9, págs. 7-33.
- VAN PEURSEN, C. A. (1973), *L. Wittgenstein. Introducción a su filosofía*, C. Lohlé, Buenos Aires.



BIBLIOGRAFÍA

- VESEY, G., ed. (1974), *Understanding Wittgenstein*, MacMillan, Londres.
- VILLORO, L. (1975), «Lo indecible en el *Tractatus*», *Crítica*, 7, págs. 5-39.
- WEINBERG, J. R. (1966), «Are there ultimate simples?», en I. COPI y R. W. BEARD, eds., págs. 75-86.
- WINCH, P, ed.. (1969), *Studies in the Philosophy of Wittgenstein*, Routledge & Kegan, Londres.
- WISDOM, J. (1966), «Logical constructions», en I. COPI y R. BEARD, eds., págs. 39-66.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Como se advierte en la Bibliografía, la traducción del *Tractatus* al español no es todo lo buena que debiera. Es mejor, en cualquier caso, la proporcionada por J. MUÑOZ e I. REGUERA (v. Bibliografía). Quien pueda, debería consultar la traducción al catalán de J. M. TERRICABRAS. En cualquier caso, no es conveniente abordar la lectura del *Tractatus* sin ayuda (un manual o una obra monográfica). Tampoco es recomendable leer previamente sobre la figura de L. Wittgenstein, pues es muy corriente que la fascinación que ejerce el personaje constituya un obstáculo para la comprensión y valoración de su obra.

El personaje de L. Wittgenstein ha producido, muy a su pesar, una especie de secta filosófica devota de su obra. Conviene utilizar por tanto obras exegéticas que la traten con un poco más de distancia y menos reverencia. Quizás, por ello, siguen siendo recomendables las monografías de M. BLACK y E. STENIUS. Más recientes son G. E. ANOCOMBE (1996), *An Introduction to Wittgenstein's «Tractatus»*, Thoemes Press y J. HINTIKKA (1996), *Ludwig Wittgenstein*, Kluwer. Una exposición actual en español es la que proporciona M. CEREZO (*Lenguaje y Lógica en el Tractatus de W. Wittgenstein*, Pamplona: EUNSA, 1998), junto con el capítulo IX de M. GARCÍA CARPINTERO (1996).

Obras de referencia obligadas son: H. SLUGA y D. STERN (1997), *The Cambridge Companion to Wittgenstein*, Cambridge: Cambridge U. Press, A. KENNY (1994), *Wittgenstein Reader*, Oxford: BLACKWELL y H. GLOCK (1996), *A Wittgenstein Dictionary*, Oxford: Blackwell.

TEMA 11

Extensión e intensidad: El programa formalista de R. Carnap

ESQUEMA/RESUMEN

- 11.1. La influencia de Wittgenstein en el Círculo de Viena
- 11.2. La crítica de R. Carnap a la metafísica tradicional
- 11.3. Las tribulaciones de la verificabilidad
- 11.4. Extensión e intensidad

11.1. LA INFLUENCIA DE WITTGENSTEIN EN EL CÍRCULO DE VIENA

El positivismo lógico fue un movimiento filosófico cuya mayor actividad se desarrolló de los años 20 a los 40, entre las dos guerras mundiales. Los adherentes a este movimiento se aglutinaron alrededor de la figura de M. Schlick, catedrático de la Universidad de Viena, donde celebraron sus seminarios y de donde procede la denominación por la que también se les conoce, Círculo de Viena. Como movimiento filosófico su objetivo fundamental era tradicional: la definición del conocimiento, a través de la formulación de los criterios para su identificación y separación de otros sistemas de ideas no cognoscitivos. En cambio, el medio que utilizaban para alcanzar este objetivo era novedoso en la historia de la filosofía: el análisis lógico del lenguaje presuntamente depositario de ese conocimiento.

Cualquier afirmación que pretenda ser portadora de conocimiento ha de ser una afirmación sobre la realidad; según los positivistas, debe decir cómo es la realidad externa o interna al propio individuo. Esta afirmación no tiene más remedio que plasmarse en un enunciado, esto es, en una entidad lingüística indicativa de cómo son los hechos. En consecuencia, delimitar el conocimiento se convierte ante todo en una tarea de caracterizar el lenguaje enunciativo, aquel que habla sobre la realidad, que permite hacer afirmaciones sobre ella: el problema epistemológico se resuelve en un problema lógico/lingüístico.

Los positivistas lógicos necesitaban una teoría lingüística que especificara en qué consiste la significatividad de la oración enunciativa y que les suministrara los instrumentos analíticos necesarios para distinguirla de otras entidades lingüísticas. Esa teoría les fue proporcionada en gran medida por Wittgenstein, a través del *Tractatus*. En esa obra encontraron las tesis básicas sobre la significatividad, que aplicaron, a su modo, a la resolución del problema epistemológico. Estas tesis básicas que compartieron con Wittgenstein se resumen en dos: 1) el significado del enunciado no consiste sino en reflejar o representar la estructura de un hecho (posible); 2) el enunciado se compara con la realidad y, sólo en virtud de esa comparación, puede averiguarse si representa un hecho del mundo o no, si es verdadero o falso.

Estas dos tesis generales se convirtieron en el núcleo de las teorías semánticas que sostuvieron los positivistas y en la justificación postrera de su crítica de la metafísica tradicional.

11.2. LA CRÍTICA DE R. CARNAP A LA METAFÍSICA TRADICIONAL

La crítica de R. Carnap a la metafísica se halla expuesta en su artículo «La superación de la metafísica mediante el análisis lógico del lenguaje» (1932). En él se plantea Carnap el mencionado problema de la demarcación entre lenguaje significativo y no significativo. Su forma de abordar el problema es la siguiente: en la búsqueda de criterios que permitan distinguir lo significativo de lo que no lo es, no nos podemos atener a los criterios lingüísticos formales; muchos enunciados pueden parecer significativos sin serlo, pueden aparentar que representan hechos sin que, a la luz de un análisis semántico más profundo, resulte ser así. La teoría lógico-lingüística debe ser de tal naturaleza que nos permita distinguir entre las proposiciones (los enunciados con significado) y las pseudoproposiciones (entidades lingüísticas aparentemente enunciativas, pero carentes de sentido).

Según el artículo de R. Carnap, la lengua consta esencialmente de léxico y sintaxis, esto es, de un conjunto de palabras que tienen significado y de un conjunto de reglas para combinarlas adecuadamente. Que una entidad lingüística enunciativa tenga significado depende entonces de dos factores: de las palabras utilizadas y de las reglas aplicadas para su combinación. E igualmente son estos dos factores los que causan la asignificatividad de las pseudoproposiciones: no se emplean términos significativos o no se combinan correctamente esos términos en la oración.

¿En qué consiste el significado de una palabra? La respuesta de Carnap es sencilla: en designar un concepto. Lo que ya no es tan simple es averiguar cuándo designa una palabra un concepto. Según Carnap, esa investigación debe partir de la fijación de la sintaxis de la palabra, que se determina a partir de los enunciados simples en que aparece. Por ejemplo, el término «piedra» puede aparecer en formas enunciativas elementales, como « x es una piedra». Si llamamos p a este tipo de proposiciones, el significado del término «piedra» nos viene indicado en el significado global de p . Captar este significado global equivale, según la tesis que Carnap atribuyó a Wittgenstein, a saber las condiciones bajo las que p es verdadera o falsa. Dicho de otro modo, «piedra» tiene el significado que nosotros le atribuimos cuando afirmamos que « x es una piedra» es verdadera o falsa.

A veces, las condiciones de verificabilidad de una proposición elemental como p no son tan sencillas como en el caso expuesto. Puede que el concepto utilizado sea más complejo que el de piedra; en este caso, la atribución de significado al concepto requiere el conocimiento de su definición en térmi-

nos de otros más simples. Es la suma de estos conceptos simples la que proporciona el significado del concepto complejo que, sólo a su través, está en conexión con la realidad: el concepto complejo es derivable de la conjunción de las proposiciones elementales que incluyen los conceptos simples que figuran en su definición.

Según las tesis de Carnap en esta época (y las de otros positivistas lógicos), cualquier concepto significativo o es contrastable directamente con la realidad, si es suficientemente simple, o lo es indirectamente partiendo de su descomposición en conceptos más simples: *cada palabra del lenguaje se retrotrae a otras y, finalmente, a las palabras que aparecen en las llamadas «proposiciones de observación» o «proposiciones protocolares»*. A través de este *retrotraimiento es como adquiere su significado una palabra* («La superación de la metafísica...», pág. 69). Así pues, lo que dota de significado a los términos de una lengua es su conexión, directa o mediante definición, con la realidad: los términos no susceptibles de esta conexión con la experiencia resultan vanos, del mismo modo que las pseudoproposiciones de las que forman parte, puesto que no se ajustan a criterios de aplicación.

Los problemas semánticos de definición de significado se trasladan entonces a un plano epistemológico. El significado de una palabra no consiste en sus relaciones intralingüísticas con otros términos o enunciados, sino en su relación con la realidad extralingüística, relación que sólo la teoría del conocimiento (con la ayuda de la lógica) puede especificar. Esa relación en términos generales es de designación, pero es en sus modalidades donde surgen las dificultades. Algunos positivistas mantuvieron que las proposiciones protocolares expresan contenidos psicológicos elementales que son directamente equivalentes a las cualidades primarias bajo las que se nos presenta la realidad (cualidades de la percepción). Otros mantuvieron que las proposiciones elementales son enunciados de un tipo de lenguaje homogeneizado, directamente referente a cualidades u objetos físicos, el lenguaje fisicalista. Pero, en cualquier caso, no fue considerado un problema estrictamente semántico, sino epistemológico. la intervención de la lógica y la sintaxis se produce en el proceso de derivación (o reducción) de las proposiciones complejas, a partir de las proposiciones protocolares, pero no en la conexión de éstas con la realidad extralingüística.

Aparte de las razones léxicas, existe otro tipo de razones que pueden hacer vacía de significado una proposición. Se trata de las razones sintácticas, consistentes en la utilización inadecuada de las reglas de combinación de los términos. A este respecto, Carnap y los positivistas distinguieron entre la sintaxis gramatical y la sintaxis lógica de una lengua. La primera es insuficiente para dar cuenta de las malformaciones de las pseudoproposiciones, por su carácter puramente estructural. Según la sintaxis gramatical, ciertas oraciones, aun resultando sin sentido, son gramaticales, porque siguen esquemas formales correctos. Por ejemplo, «César es un número primo» es una oración que, siendo asignificativa, se atiene a la estructura gramatical

correcta sujeto/predicado (si se prefiere, SN + SV). La sintaxis gramatical sólo tiene en cuenta el carácter estructural de las expresiones que se combinan, estableciendo que ciertas configuraciones son gramaticales y otras no. En cambio, la sintaxis lógica va más allá, según Carnap, estableciendo cuáles combinaciones categoriales, de índole ontológico-semántica, son admisibles y cuáles no: *El hecho de que las lenguas comunes permitan la formación de secuencias verbales carentes de sentido sin violar las reglas de la gramática indica que la sintaxis gramatical resulta insuficiente desde un punto de vista lógico... Si la sintaxis gramatical no solamente estableciera diferencias en el orden categorial de las palabras, tales como sustantivos, adjetivos, verbos, conjunciones, etc., sino que hiciera dentro de cada una de esas categorías las diferencias posteriores que son lógicamente indispensables, no podrían constituirse pseudoproposiciones* («La superación de la metafísica...», pág. 74). Lo que Carnap propugnaba era que la sintaxis lógica incorporara las reglas de compatibilidad semántica que omitía la sintaxis gramatical. Así, quedaría explicada la asignificatividad de los enunciados metafísicos típicos, que tiene su origen en los errores categoriales que incluyen. Carnap analizó en particular enunciados de la obra de Heidegger, *¿Qué es la metafísica?* mostrando que en tales enunciados se emplea, por ejemplo, el término «nada» de forma sustantivada, que de él se deriva el espurio neologismo «nadar», y que de ambas transgresiones categoriales se siguen combinaciones asignificativas, como las que ilustran «la angustia revela la Nada» o «la Nada nada».

No solamente enunciados de este tipo, concluyó Carnap, son carentes de sentido, sino que la entera metafísica está desprovista de él. Los enunciados de esta disciplina o bien explotan los errores categoriales, la violación de la sintaxis lógica, o bien se basan en la utilización de términos asignificativos, que no están en relación designativa con la realidad. Esto último es lo que sucede con los términos que se usan en las denominadas ciencias normativas, con sus usos de «bueno», «bello» y otros predicados valorativos. O bien esos predicados están en relación con la realidad a través de un proceso definicional reduccionista, como el que equipara «bueno» a «útil», o «bello» a «agradable», y entonces los enunciados de que forman parte son de índole descriptiva; o bien no están en esa relación y carecen de sentido.

En resumen, Carnap y otros positivistas establecieron en esta época un conjunto de criterios para la significatividad de los enunciados que incluía dos condiciones básicas: *a)* la conexión con la realidad de los términos empleados, a través de la verificación de los enunciados protocolares a que fueran reducibles, y *b)* la adecuada construcción lógica, que impidiera combinaciones categoriales aberrantes. Esta postulación de criterios no constituye una teoría semántica en sentido estricto, pues estaba en principio limitada al lenguaje enunciativo. Dentro de esa modalidad lingüística, los criterios propuestos pretendían discriminar los enunciados significativos (con significado cognitivo, se entiende) de los enunciados asignificativos (enunciados sin sentido o con un significado puramente emotivo). Entre aquéllos los posi-

tivistas destacaron fundamentalmente los enunciados científicos, en su doble clase de enunciados analíticos (lógica y matemática), verdaderos o falsos en virtud de su forma, y enunciados sintéticos, verdaderos o falsos en virtud de su contrastación con la realidad. Entre los enunciados asignificativos, Carnap indicó en particular los enunciados de la metafísica y, entre los portadores de significado emotivo, los de la ética y la estética.

11.3. LAS TRIBULACIONES DE LA VERIFICABILIDAD

Si dejamos de lado los enunciados de la lógica y la matemática, es evidente que el núcleo de la doctrina semántica de los primeros positivistas estaba centrado en los enunciados de la ciencia natural. El principio de verificabilidad había sido útil para efectuar la crítica del lenguaje metafísico, pero esto no era sino un objetivo secundario. El propósito principal de los positivistas era el de fundamentar el conocimiento científico tratando de mostrar que dicho conocimiento se expresa en un lenguaje significativo, que tiene una conexión más o menos directa con la realidad. Esta conexión es la que debe describir ese principio: el significado de un enunciado consiste en el método a seguir para su verificación, en su remisión a los enunciados protocolares de los que se deduce y a la confrontación de dichos enunciados con la realidad.

Pero muy pronto se dieron cuenta los positivistas, y Carnap entre ellos, de que el principio de verificabilidad, entendido como criterio de significatividad, era demasiado estrecho incluso para el ámbito del lenguaje de la ciencia natural. Por razones que no son del caso detallar, puesto que no son de índole estrictamente lingüística, sino lógica (v. C. Hempel, 1950), el principio de verificabilidad resultaba demasiado riguroso, relegando al reino del sinsentido a buena parte de los enunciados científicos. Se hizo preciso entonces, para ajustarse al objetivo fundamental del movimiento, desarrollar esfuerzos en dos direcciones: *a)* comprender mejor la estructura del lenguaje de las teorías científicas, pues se había partido de una idea de ella excesivamente simplificada, y *b)* rebajar el rigor del principio de verificabilidad, sin renunciar a su virtualidad como criterio de demarcación entre la ciencia y la no ciencia. De los dos tipos de tareas, el que en mayor medida tuvo que ver con el desarrollo posterior de la filosofía del lenguaje es el segundo, pues implicó una modificación de la tesis semánticas sobre el significado del lenguaje enunciativo.

Un paso en esta dirección lo constituyó el artículo de R. Carnap «Testability and meaning» (1936-1937), en el que trató de sustituir el concepto de verificabilidad por el de comprobabilidad (o confirmabilidad). En él ya no se exigía que el conocimiento del significado de un enunciado supusiese el conocimiento de la forma en que tal enunciado se contrastaba con la experiencia, a través de las proposiciones observacionales o protocolares. Bastaba que el enunciado tuviera un contenido fáctico tal que lo hiciera conectable con la experiencia a través de recursos lógicos especiales, como su relación

con un particular lenguaje. Este contenido fáctico quedaba definido en ese lenguaje artificial de tal modo que, para cualquier enunciado, se podía averiguar si tenía significado o no acudiendo sin más a consideraciones sobre su traducibilidad a ese lenguaje especial. El principio de verificabilidad quedó pues transformado en un principio de traducibilidad a un lenguaje empirista, como se denominó a ese lenguaje artificial: un enunciado tenía significado si era traducible a un lenguaje lógico en que los términos primitivos (a los que son reducibles todos los términos definibles en el lenguaje) fueran observacionales. En ese lenguaje empirista, las propiedades primitivas observacionales podían definirse en términos de propiedades físicas de los objetos, y se trataría entonces de un lenguaje fisicalista, o se podían expresar en términos de propiedades de las percepciones de los objetos físicos, y constituiría entonces un lenguaje fenomenalista. Buena parte del trabajo de R. Carnap en los años treinta estuvo dedicado a la construcción de un lenguaje de este tipo aunque, en definitiva, no alcanzara su objetivo de reconstruir todos los conceptos de la ciencia natural sobre la base de ese tipo de lenguajes. Pero, en el curso de este trabajo, Carnap se vio obligado a realizar consideraciones sintácticas y semánticas que luego ejercieron una influencia independiente de las tesis epistemológicas a las que estaban ligadas. A partir de la obra lógica de R. Carnap se difundió la idea de que la construcción de un lenguaje lógico podía ser de utilidad para resolver problemas semánticos de las lenguas naturales. Los lenguajes lógicos contruidos podrían operar como modelos en cuyos términos se podrían captar mejor las características gramaticales y semánticas de las lenguas naturales. La traducibilidad de un enunciado a un lenguaje lógico ya no se consideraría la garantía de su significatividad cognitiva, sino el criterio de su gramaticalidad e interpretabilidad semántica. El propio Carnap, cuando renunció a su proyecto primero de reconstrucción empirista de los conceptos de la ciencia, introdujo en teoría semántica refinamientos de ideas avanzadas por Frege aplicables a las lenguas naturales. Esas ideas han estado en el origen de la gramática lógica moderna, y en particular han constituido el núcleo a partir del cual se han desarrollado las gramáticas categoriales.

11.4. EXTENSIÓN E INTENSIÓN

A medida que R. Carnap progresaba en sus investigaciones, sus intereses se fueron desplazando del plano sintáctico al semántico. En *La sintaxis lógica del lenguaje* (1934) había distinguido claramente entre dos planos lingüísticos, el modo material y el modo formal. De acuerdo con la utilización material del lenguaje, éste habla de la realidad. Las proposiciones que forman parte de este modo son proposiciones de objeto, como, por ejemplo, «Barcelona es una ciudad olímpica». En cambio, según el uso formal, las proposiciones hablan del lenguaje, esto es, se refieren a propiedades o características lingüísticas de las expresiones, como por ejemplo «Barcelona es un nombre de ciudad olímpica». Carnap pensaba por aquella época que gran parte de los

problemas filosóficos surgían cuando se mezclaban inadvertidamente los dos planos, cuando se preguntaba por una propiedad lingüística como si fuera una propiedad de un objeto, o viceversa. Además, el modo formal era el propiamente filosófico, pues en definitiva la filosofía no consistía sino en el examen de la estructura lógica de las expresiones lingüísticas. El modo filosófico de análisis constituía una actividad metalingüística, consistente esencialmente en el examen de propiedades lógico-lingüísticas de las expresiones de la ciencia y del lenguaje común.

Según defendió Carnap en esta obra, la consideración estrictamente formal de las expresiones lingüísticas no sólo permite desembarazarse de molestos problemas filosóficos, sino que también permite distinguir entre verdades analíticas y verdades sintéticas, y diferenciar por tanto las ciencias formales de las no formales. Sin embargo, pronto se dio cuenta Carnap de que el tratamiento formal, puramente sintáctico, incluso en los lenguajes artificiales, no era suficiente para la caracterización de conceptos semánticos como el de verdad analítica (en virtud del significado) y el de sinonimia (identidad de significado). Su desconfianza hacia la introducción de conceptos semánticos quedó superada cuando fue consciente, a través de su conocimiento de los trabajos del lógico A. Tarski (v. Tema siguiente), de que se les podía aplicar un método riguroso de definición similar al utilizado en sintaxis: *En su trabajo, Tarski desarrolló un método general para construir definiciones exactas de verdad para sistemas lingüísticos deductivos, esto es, para formular reglas que determinen, para cualquier enunciado perteneciente al sistema, una condición necesaria y suficiente de su verdad. Para formular estas reglas, es preciso utilizar un metalenguaje que contenga las oraciones del lenguaje objeto o traducciones de ellas... En este aspecto, el metalenguaje semántico va más allá de los límites del metalenguaje sintáctico. Este nuevo metalenguaje llamó mi atención en sumo grado. Me di cuenta de que, por primera vez, ofrecía los medios para explicar de forma precisa muchos conceptos utilizados en nuestras discusiones filosóficas* («Mi desarrollo filosófico», en P. Schilpp, ed., págs. 60-61). Así pues, los trabajos de A. Tarski abrieron a Carnap una nueva vía de investigación: la definición de conceptos lingüísticos ya no quedaba confinada a la sintaxis (reglas de formación y transformación de las expresiones), sino que su realización precisa era posible mediante la puesta en relación de un lenguaje objeto y un metalenguaje. Esta nueva forma de investigación era aplicable en primer lugar a las teorías científicas, pues sin las consideraciones semánticas pertinentes, era difícil dar cuenta de su relación con la realidad extralingüística. Pero también era importante para las lenguas naturales, o por lo menos para parte de ellas, en la medida en que son utilizadas para representar o describir la realidad.

A lo largo de los años cuarenta, R. Carnap se adentró por ese camino desbrozado por A. Tarski hasta perfilar (Carnap, 1947) un método preciso de análisis semántico. Este método se basa conceptualmente en la distinción fregeana de sentido y referencia aplicada a las diferentes categorías de expre-

siones lingüísticas. Se despliega en un lenguaje artificialmente definido que desempeña la función de un lenguaje objeto para el que se especifican, en un metalenguaje, los conceptos semánticos comunes; el metalenguaje habla, afirma cosas, del lenguaje objeto. Éste es entendido como un sistema, esto es, como una realidad producto de la aplicación de pautas o reglas, y esto es cierto tanto si el lenguaje objeto es una lengua natural como un lenguaje formal. La diferencia entre uno y otro tipo de sistemas lingüísticos es, en principio, que las reglas que constituyen la lengua natural son generalizaciones que explican una realidad social (una conducta colectiva), mientras que los sistemas formales son sistemas lingüísticos que pueden estar ideados con fines específicos, por ejemplo que los científicos los utilicen para la expresión de sus afirmaciones. Los sistemas formales no tienen pues que ajustarse a fines descriptivos o explicativos, sino que son propuestos con finalidades exclusivamente prácticas, y sus reglas arbitrariamente postuladas con arreglo a esos fines.

Sin embargo, el método semántico propuesto por Carnap pretende ser útil tanto para un tipo de sistemas como para el otro y sólo obliga a distinguir entre la semántica pura, la correspondiente a los sistemas formalizados, y la semántica aplicada o descriptiva, que corresponde a los sistemas naturales. Para exponer este método se utilizarán, como expresiones del lenguaje objeto, expresiones del inglés combinadas con letras y, como metalenguaje, el español más los símbolos convenientes.

En primer lugar, en el lenguaje objeto hay que distinguir entre constantes individuales (nombres propios) y constantes predicativas (predicados). Ejemplo de las primeras son «London» y «New York» y, de las segundas, «is a city», «is a town». Estas expresiones del lenguaje objeto son constantes no lógicas, expresiones que se distinguen de las constantes lógicas, que, combinando constantes no lógicas, constituyen expresiones complejas del lenguaje-objeto. Ejemplo de constantes lógicas en el lenguaje objeto elegido son «for all», «or», «if and only if», y otras. Además de las constantes, cuya enumeración completa no es necesaria aquí, es preciso utilizar expresiones variables, esto es, expresiones vacías de contenido que pueden ser sustituidas por constantes. En el simple lenguaje objeto que Carnap propuso al comienzo de *Meaning and Necessity* sólo se especifican variables individuales, es decir, expresiones huecas que sólo pueden ser sustituidas por constantes individuales, por nombres. Estas variables son designadas por las últimas letras del abecedario, x , y , z , con los correspondientes subíndices, si es preciso. Con respecto al metalenguaje, ya hemos dicho que utilizaremos parte del español. Los nombres de las variables del lenguaje objeto serán las mismas letras utilizadas en ese lenguaje, pero subrayadas. Y emplearemos las primeras letras del alfabeto griego, α , β , γ para referirnos, en el metalenguaje, a cualesquiera expresiones del lenguaje objeto, con los adecuados subíndices.

Un primer paso en la construcción de un sistema carnapiano es el establecimiento de reglas de designación para las constantes no lógicas; esto es,

las constantes predicativas y las individuales. Estas reglas especifican a qué refiere cada una de estas constantes y proporcionan una interpretación inmediata del significado de los enunciados atómicos del lenguaje objeto. Por ejemplo:

1. Reglas de designación para constantes individuales

«London» designa Londres

«New York» designa Nueva York

2. Reglas de designación para constantes predicativas

« x is a city» designa x es una ciudad; « x is a town» designa x es un pueblo

Combinando ambas reglas de designación podemos dar una interpretación semántica del enunciado atómico «London is a city» que especifica su significado en el metalenguaje: «Londres es una ciudad».

Además de las reglas de designación, es preciso añadir las reglas veritativas, que las suponen. Un ejemplo de regla veritativa en el nivel elemental en que nos movemos es el siguiente:

3. Regla veritativa de enunciado atómico

El enunciado atómico «London is a city» es verdadero si y sólo si Londres es una ciudad.

Las reglas veritativas han de suponer una definición recursiva, esto es, completa (para cualquier enunciado del sistema S), del concepto verdad en S . Para ello han de partir de las reglas veritativas elementales y definir, en sus términos, el concepto de verdad para enunciados moleculares, esto es, enunciados en que se incluyen constantes lógicas. Por ejemplo, las reglas veritativas correspondientes a las constantes lógicas «or» y «if and only if» tendrían la siguiente forma:

4. Reglas veritativas para «or» y «if and only if»

a) El enunciado « α or β » es verdadero si y sólo si α es verdadero o es verdadero β .

b) El enunciado « α if and only if β » es verdadero si y sólo si α y β son verdaderos o α y β no son verdaderos.

Por otro lado, una vez que se dispone de una definición del concepto de verdad para el sistema S , se pueden definir nociones derivadas, como las de falsedad y equivalencia. En términos informales, un enunciado es falso si y sólo si su negación es verdadera (se admiten, en este sistema semántico, solamente dos valores de verdad). La equivalencia, que es una relación, se da entre dos enunciados α y β cuando es verdadero el enunciado « α si y sólo si β », esto es, cuando los dos enunciados tienen el mismo valor de verdad.

Como se puede advertir, la relación semántica básica en el sistema de Carnap es la de designación. El análisis semántico consiste en la determinación de lo que designan cada una de las categorías de un sistema, pero tal relación de designación es especialmente importante en el caso de los enunciados puesto que, de acuerdo con la idea de Frege, el significado de las expresiones componentes de la oración consiste en su contribución al significado total de ésta. Como lo que una oración designa es su valor de verdad, el significado de las categorías lingüísticas está determinado por su aportación a la fijación del valor de verdad de la oración.

Uno de los objetivos de R. Carnap en *Meaning and Necessity* era el de establecer una distinción precisa entre verdades lógicas (analíticas o necesarias en la terminología tradicional) y verdades fácticas (sintéticas o contingentes). Para ello, definió una clase de conceptos, los conceptos *-L(ógicos)* utilizando nociones propias de su sistema semántico y las nociones wittgensteinianas de *descripción de estado* (*state description*) y *rango* (*range*).

Según Carnap, una descripción de estado está constituida por una clase de enunciados tal que, para cada enunciado atómico, o bien éste, o bien su negación pertenece a ella. La razón por la que se denomina descripción de estado es pues evidente. El conjunto en cuestión describe globalmente un posible estado del universo, entendiendo por universo el conjunto de individuos y de relaciones definidas en el sistema semántico de que se trate. Descripción de estado es por tanto la contraparte lingüística de la noción de mundo posible, que introdujo W. Leibniz en sus teorías lógica y epistemológica, o de la noción de estado de cosas del *Tractatus*.

Consideremos un enunciado cualquiera α . Con respecto a una determinada descripción de estado, pueden suceder las siguientes cosas a α . Por un lado, si α es un enunciado atómico, o bien α está en el conjunto descripción de estado o bien no lo está. Por otro, si es un enunciado molecular, tenemos un conjunto de reglas que permite averiguar si α es satisfecho por la descripción de estado, esto es, si es verdadero siempre que lo sea ésta (cada uno de los enunciados que la componen). Ese conjunto de reglas está formado por especificaciones de la siguiente índole:

- i. Si $\alpha = \text{no } \beta$, entonces la descripción de estado j (D_j^e) satisface α si y sólo si no satisface β
- ii. Si $\alpha = \beta \text{ or } \gamma$, entonces D_j^e satisface α si y sólo si D_j^e satisface β o satisface γ

De esta forma, para cualquier operador lógico se puede formular una regla que defina si el enunciado molecular en que figura es satisfecho o no por una determinada descripción de estado. El conjunto de las descripciones de estado que satisfacen un enunciado α es lo que se denomina *rango de α* , el conjunto de las descripciones de estado que hacen verdadero a α (o cuya verdad se sigue de la verdad de los elementos de cada una de las descripciones).

Con estas dos nociones de descripción de estado y rango, se puede determinar, junto con las reglas semánticas de designación, en qué consiste una interpretación de α . Según Carnap, una interpretación de α consiste en la fijación de la interpretación de sus constantes individuales y predicativas (mediante las reglas de designación), y en la especificación de su rango. Así, una interpretación de α permite saber qué designan sus componentes y, además, conocer las descripciones de estado que lo hacen verdadero. Saber o captar el significado de ese enunciado equivale a conocer cuáles son las condiciones que lo hacen verdadero con respecto a una descripción de estado cualquiera.

La base de cualquier definición semántica es una noción precisa de interpretación (o significado). En sus términos se puede reconstruir el resto de las nociones semánticas de un modo riguroso. Así sucede con el concepto de verdad lógica (verdad-L), que Carnap precisó como la verdad de un enunciado establecida únicamente en virtud de reglas semánticas, sin referencia a los hechos extralingüísticos o, lo que es lo mismo, como la verdad respecto a cualquier posible descripción de estado: un enunciado α es lógicamente verdadero (analítico o necesariamente verdadero) si y sólo si, dada cualquier descripción de estado, α es verdadero respecto a ella. Dicho de un modo más tradicional, α es necesariamente verdadero si y sólo si es verdadero en cualquier mundo posible.

A su vez, si se dispone de un concepto utilizable de verdad-L se puede establecer en qué consiste la falsedad-L (o contradicción): un enunciado α es lógicamente falso si y sólo si su negación, no α , es verdadera-L. Como también se pueden definir las nociones de implicación lógica y equivalencia lógica:

- i. α implica-L(ógicamente) β = def. «si α entonces β » es verdadera-L
- ii. α es equivalente-L(ógicamente) a β $\equiv$ def. « α si y sólo si β » es verdadera-L.

Cuando un enunciado no es lógicamente verdadero ni lógicamente falso se denomina lógicamente indeterminado, esto es, un enunciado cuya verdad o falsedad no puede ser establecida por medios lógicos, un enunciado contingente o fáctico. En los enunciados de esta clase, siempre ha de darse una descripción de estado respecto a la cual serían verdaderos, esto es, ha de ser posible imaginar una situación factual en la cual figurarían, y otra de la cual no formarían parte. Esto es lo que los hace contingentes: con respecto a ciertos hechos (posibles) son verdaderos y con respecto a otros no. Del mismo modo que cabe definir una implicación lógica y una equivalencia lógica, se puede definir una implicación fáctica y una equivalencia fáctica.

La estrategia de Carnap en *Meaning and Necessity* consistió fundamentalmente en ampliar la aplicación de estas nociones. Precisadas en principio para los enunciados, consiguió definirlas también para otras clases de designantes según su concepción, aplicando el principio fregeano de composicionalidad. Así, la expresión de equivalencia «si y sólo si», no solamente servía

para concatenar expresiones enunciativas sino que, en su sistema, también puede unir expresiones individuales o predicativas.

Por ejemplo, si consideramos las expresiones predicativas, la equivalencia entre dos predicados P y Q , P si y sólo si Q , hay que entenderla en primer lugar como una abreviatura de «para cualquier individuo x , Px si y sólo si Qx ». Esto quiere decir que la equivalencia entre predicados requiere la igualdad de su aplicación a cualesquiera individuos: dos predicados son iguales si son aplicables exactamente a los mismos individuos.

Igualmente sucede en cuanto a las expresiones individuales. La identidad entre ellas « x si y sólo si y » es verdadera cuando los individuos que designan x e y son idénticos. En general, para cualesquiera designadores, la afirmación de su identidad puede pertenecer a una de las dos clases de equivalencia: la equivalencia lógica o la equivalencia fáctica. Por ejemplo, según Carnap, la equivalencia entre los predicados «humano» y «animal racional» es una equivalencia lógica (se puede establecer mediante el solo examen de las reglas semánticas).

La noción ampliada de equivalencia permite definir también el concepto de clase de equivalencia. Según él, dada una expresión designadora cualquiera, su clase de equivalencia es la clase de las expresiones que son equivalentes a ella. Por ejemplo, si x e y son designadores equivalentes, entonces las expresiones Px y Py son igualmente equivalentes; dos expresiones equivalentes comparten la misma clase de equivalencia. Además, si dos expresiones son lógicamente equivalentes, la clase de equivalencia que generan está compuesta por expresiones lógicamente equivalentes.

Estos conceptos definidos lógicamente tienen su utilidad en el análisis del significado de las expresiones lingüísticas. Considérese un enunciado atómico del lenguaje objeto, como «Scott is human». Su interpretación en el metalenguaje es «Scott es humano», pero el contenido significativo de este enunciado puede expresarse también en términos de propiedades o clases: «Scott posee la propiedad de ser humano» o «Scott pertenece a la clase de los humanos». Sin embargo, las condiciones de identidad entre propiedades y clases son diferentes. La condición de identidad que corresponde a las clases es la coextensionalidad, esto es, la identidad de elementos que las forman: dos clases son iguales cuando a ellas pertenecen los mismos individuos. Esto se puede decir también en términos de equivalencia: dos clases son idénticas cuando son equivalentes. Por ejemplo, las clases correspondientes a los predicados «humano» y «bípedo implume» son equivalentes: cualquier cosa que se pueda afirmar con verdad de un elemento de la primera, se puede afirmar también del elemento correspondiente en la segunda. Generan las mismas clases de equivalencia. No obstante, parece intuitivamente correcto sostener que «humano» y «bípedo implume» no significan lo mismo, o que no expresan las mismas propiedades. La identidad de propiedades exige una condición más fuerte que la identidad entre clases y ese requisito es el de la equi-

valencia lógica. La equivalencia lógica entre propiedades significa intuitivamente que las propiedades idénticas no son concebibles de modo independiente; que, para cualquier situación que se pueda imaginar, ambas han de estar formadas por los mismos individuos. Esto es lo que sucede, según Carnap, con los predicados «humano» y «animal racional»: son lógicamente equivalentes, expresan la misma propiedad.

Es en este contexto en el que Carnap introdujo sus nociones de intensión y extensión, aplicándolas, en primer lugar, a los predicados. La extensión de un predicado es la clase que le corresponde, de tal modo que dos predicados tienen la misma extensión si y sólo si son equivalentes. Por su parte, la intensión de un predicado es, como se supondrá, la propiedad correspondiente, de forma que dos predicados tienen la misma intensión si y solamente si son lógicamente equivalentes. Por ejemplo, la extensión del predicado «human» es la clase de los seres humanos, mientras que su intensión está constituida por la propiedad de ser humano.

Algunos predicados no expresan propiedades en sentido estricto, esto es, características o cualidades, sino relaciones. Esto sucede cuando la expresión predicativa tiene más de un argumento, cuando conecta dos o más expresiones individuales. Tanto las propiedades (relaciones monádicas, con un solo argumento) como las relaciones son conceptos, que Carnap entendió al modo de Frege, esto es, como «algo objetivo que se encuentra en la naturaleza y que se expresa en el lenguaje mediante un designante de una expresión no enunciativa» (*Meaning and Necessity*, pág. 21). En general, los conceptos tienen extensión, esto es, son aplicables a individuos, pero puede suceder que estén vacíos, que la extensión que les corresponda sea el conjunto vacío. Puede que sea por razones fácticas, como ocurre con el concepto «ave mamífera», pero también porque la expresión predicativa entrañe una contradicción, como «humano y no humano». En este último caso el concepto es lógicamente vacío y único, puesto que es lo expresado por cualquier forma predicativa contradictoria (todos los predicados contradictorios son lógicamente equivalentes).

La introducción de los conceptos de extensión e intensión depende de la noción de equivalencia. Como ésta está caracterizada, en el sistema de Carnap, no sólo para las expresiones predicativas, sino también para las individuales y enunciativas, nada impide generalizar la aplicación de los dos conceptos.

Así, la extensión de un enunciado es su valor de verdad, puesto que el valor de verdad es lo que tienen en común los enunciados equivalentes. El enunciado se puede concebir pues como una expresión predicativa de grado cero, sin argumentos, equivalente a cualquier otro enunciado con el mismo valor de verdad.

Con respecto a la intensión de los enunciados, Carnap consideró que el criterio de la equivalencia lógica asignaba a éstos las proposiciones como

intensiones. Pero, del mismo modo que con los conceptos, se preocupó de aclarar el sentido en que utilizaba esta noción. Una proposición no es una entidad lingüística, sino extralingüística, pero que puede ser captada en el lenguaje. En sí misma es independiente del lenguaje, aunque pueda ser expresada por él. Es objetiva, y por tanto no depende de la existencia de mentes individuales o procesos de comprensión o captación. Esos rasgos de carácter extralingüístico, objetividad e independencia la aproximan a lo que Frege denominaba *Gedanke* (pensamiento) o a ciertas acepciones del término *idea*, suscitando los mismos problemas.

Carnap se planteó dos de estos problemas: la relación de las proposiciones con los hechos y la cuestión de las proposiciones falsas. Con respecto al primero, el de si entre proposiciones y hechos hay una relación de correspondencia o de identidad (en el caso de las proposiciones verdaderas), se inclinó más bien por esta última alternativa, aunque fue consciente de la indeterminación de la noción común de hecho. Así pues, de acuerdo con sus opiniones, las proposiciones verdaderas son hechos, y no algo que los hechos ilustran o con los que se corresponden.

Por lo que atañe al problema de las proposiciones falsas, Carnap indicó que la solución se encontraba en el análisis de su estructura. Las proposiciones falsas, según él, son intensiones complejas, pues pueden ser concebidas como la suma de las intensiones de sus expresiones componentes. Son las reglas semánticas las que permiten, además de construir enunciados que expresan hechos, formar enunciados cuya intensión es una proposición falsa. Así, no es necesario renunciar al carácter objetivo de las proposiciones, como había hecho B. Russell, ni admitir hechos negativos, como había propuesto Wittgenstein. Aunque «generalmente se pueda admitir que un designante puede ante todo expresar una intensión sólo si se encuentra ejemplificado, no obstante, una vez que se dispone de designantes de intensión primaria, se pueden construir designantes que expresan intensiones complejas, derivadas en virtud de las reglas semánticas del sistema, de las intensiones de los componentes designantes y de la forma en que se combinan esos designantes» (*Meaning and Necessity*, pág. 31). Las proposiciones falsas se producen en ese proceso de combinación semántica que permiten las reglas de la lengua, y pueden ser consideradas por tanto como un resultado secundario de su propia capacidad combinatoria, como una consecuencia de la sobredeterminación de la lógica respecto a la realidad.

En cuanto a las expresiones individuales constantes (la contraparte lógica de las expresiones lingüísticas nominales), Carnap postuló, con arreglo a sus criterios de equivalencia, que su extensión estaba constituida por los individuos referidos por dichas expresiones. Así, la extensión de «London» o de «the biggest city of United Kingdom» es Londres, y ambas expresiones son equivalentes-F, o contingentemente equivalentes.

La intensión de dos expresiones nominales ha de ser aquello que tienen en común si son lógicamente equivalentes. Según Carnap, lo que poseen en

común es la expresión de un mismo concepto individual. Así, la intensión de «London» es el concepto individual de Londres y la intensión de «the biggest city of United Kingdom» es el concepto individual de la ciudad mayor del Reino Unido. Ambos conceptos individuales son diferentes, puesto que las expresiones correspondientes no son lógicamente equivalentes. Pero, por ejemplo, «el ser humano autor de *El Quijote*» y «el animal racional autor de *El Quijote*» son dos expresiones nominales con la misma intensión, pues se trata de expresiones lógicamente equivalentes.

EXTENSIÓN E INTENSIÓN			
	Expresiones individuales	Expresiones predicativas	Expresiones enunciativas
Extensión	Individuos	Clases	Valores de verdad
Intensión	Conceptos individuales	Relaciones	Proposiciones

El sistema semántico expuesto por R. Carnap en *Meaning and Necessity* es mucho más complejo de lo que aquí se expone, pues incluye la asignación de extensiones e intensiones a otras categorías lógico-lingüísticas, como funtores, variables, descripciones, etc. Pero el principio que lo anima, el constructivismo lógico-semántico, es el mismo. Cada noción o concepto introducido es producto de una cuidadosa definición, basada en nociones o conceptos más básicos desde el punto de vista lógico. Ello le permitió abordar no solamente los problemas semánticos de los sistemas lógicos, sino también sofisticadas cuestiones semánticas de las lenguas naturales. Por ejemplo, le permitió perfilar la noción de sustituibilidad utilizada informalmente por G. Frege y encarar los problemas semánticos de la subordinación en las lenguas naturales. Su obra constituye pues no solamente un inicio efectivo de la tradición que enfoca la solución de los problemas semánticos con el instrumental de la lógica, sino también una aportación seminal en campos concretos, como el tratamiento de los contextos opacos y de las oraciones de creencia.



TEXTOS

TEXTO 1

Las entidades abstractas en semántica

R. Carnap,
«Empirismo,
semántica y
ontología»,
traducción de
A. Deaño

El problema de la legitimidad y *el status de* las entidades abstractas ha vuelto a llevar recientemente a discusiones y polémicas en conexión con la semántica. En un análisis semántico del significado se dice con frecuencia que ciertas expresiones de un lenguaje designan (o nombran, o denotan, o significan, o se refieren a) ciertas entidades extralingüísticas. En la medida en que se toman como *designata* (entidades designadas) cosas o eventos físicos (como, por ejemplo, Chicago, o la muerte de César), no surgen dudas serias. Pero han surgido fuertes objeciones, especialmente por parte de algunos empiristas, contra las entidades abstractas como *designata*, es decir, contra enunciados semánticos del tipo siguiente:

1. «La palabra “rojo” designa una propiedad de cosas»;
2. «La palabra “color” designa una propiedad de propiedades de cosas»;
3. «La palabra “cinco” designa un número»;
4. «La palabra “impar” designa una propiedad de números»;
5. «La oración “Chicago es grande” designa una proposición».

Aquellos que critican estos enunciados no rechazan, desde luego, el uso de las expresiones en cuestión, como “rojo” o “cinco”; tampoco niegan que estas expresiones sean significativas. Pero —dicen ellos— ser significativo no es lo mismo que tener un significado en el sentido de designar una entidad. Rechazan la creencia, que consideran implícitamente presupuesta por estos enunciados semánticos, de que para cada expresión de los tipos en cuestión (adjetivos como «rojo», numerales como «cinco», etc.), hay una determinada entidad real con la que la expresión está en la relación de designación. Esta creencia se rechaza por considerarla incompatible con los principios básicos del empirismo o del pensamiento científico. Se le aplican etiquetas derogatorias tales como «realismo platónico», «hipostatización» o «principio “Fido”-Fido». Este último es el nombre dado por Gilbert Ryle (en su artículo «Meaning and Necessity») a la creencia criticada, que, en su opinión, surge a través de una inferencia analógica ingenua: del mismo modo que hay una entidad que me es bien conocida, a saber, mi perro Fido, designado por el nombre «Fido», así también debe haber para cada expresión significativa una determinada entidad con la que está en la relación de designación o en la relación de nombrar, es decir, en la relación ejemplificada por «Fido»-Fido. La creencia criticada es, pues, un caso de hipostatización: es decir, se están tratando como nombres expresiones que no son nombres. Se dice que si bien «Fido» es un nombre, expresiones como «rojo», «cinco», etc., no son nombres, no designan nada.

Nuestra anterior discusión concerniente a la aceptación de marcos nos permite ahora clarificar la situación con respecto a las entidades abstractas en cuanto designata. Tomemos como ejemplo el enunciado:

- a) «"Cinco" designa un número». La formulación de este enunciado presupone que nuestro lenguaje L contiene las formas de expresiones que hemos llamado el marco de los números, en particular variables numéricas y el término general «número». Si L contiene estas formas, el siguiente es un enunciado analítico en L.
- b) «"Cinco" es un número». Además, para hacer posible el enunciado a) L debe contener una expresión como «designa» o «es un nombre de» para la relación semántica de designación. Si se especifican reglas adecuadas para este término, el siguiente enunciado es también analítico:
- c) «"Cinco" designa cinco». (Hablando en general, cualquier expresión de la forma «"..." designa..."» es un enunciado analítico siempre que el término "..." sea una constante dentro de un marco aceptado. Si esta última condición no se cumple, la expresión no es un enunciado.) Puesto que a) se sigue de c) y b), a) es también analítico.

Es claro, por tanto, que, si alguien acepta el marco de los números, entonces debe reconocer c) y b) y por ende a) como enunciados verdaderos. Hablando en general, si alguien acepta un marco para una cierta clase de entidades, está comprometido a admitir las entidades como posibles designata. Así, pues, la cuestión de la admisibilidad de entidades de un cierto tipo o de entidades abstractas en general como designata se reduce a la cuestión de la aceptabilidad del marco lingüístico para esas entidades. Tanto los críticos nominalistas, que niegan status de designadores o nombres a expresiones como «rojo», «cinco», etc., porque niegan la existencia de entidades abstractas, como los escépticos, que expresan dudas concernientes a la existencia y piden pruebas de ella, tratan la cuestión de la existencia como una cuestión teórica. No se refieren, desde luego, a la cuestión interna; la respuesta afirmativa a esta cuestión es analítica y trivial y demasiado obvia como para que se tengan dudas al respecto o se la niegue, como hemos visto. Sus dudas se refieren más bien al sistema de entidades mismo; por tanto, lo que ellos mentan es la cuestión externa. Crean ellos que sólo después de tener la seguridad de que hay realmente un sistema de entidades de la clase en cuestión tenemos una justificación para aceptar el marco incorporando las formas lingüísticas en nuestro lenguaje. Sin embargo, hemos visto que la cuestión externa no es una cuestión teórica, sino más bien la cuestión práctica de si aceptamos o no esas formas lingüísticas. Esta aceptación no necesita una justificación teórica (a no ser con respecto a su oportunidad y fecundidad), porque no implica ni una creencia ni una aserción. Ryle dice que el principio «Fido»-Fido es «una teoría grotesca». Grotesca o no, Ryle se equivoca al llamarle una teoría. Es más bien la decisión práctica de aceptar ciertos marcos. Quizá Ryle tiene razón históricamente con respecto a aquellos a quienes él menciona como representantes anteriores de este principio, a saber, John Stuart Mill, Frege y Russell. Si estos filósofos consideraron la



TEXTOS

aceptación de un sistema de entidades como una teoría, como una aserción, eran víctimas de la misma vieja confusión metafísica. Pero ciertamente se equivoca al considerar que mi método semántico supone una creencia en la realidad de entidades abstractas, puesto que yo rechazo una tesis de este tipo considerándola un pseudoenunciado metafísico.

Los críticos del uso de entidades abstractas en semántica pasan por alto la diferencia fundamental que existe entre la aceptación de un sistema de entidades y una aserción interna, como, por ejemplo, la aserción de que hay elefantes, o electrones, o números primos mayores que un millón. Quienquiera que haga una aserción interna está obligado sin duda a justificarla aportando pruebas, pruebas empíricas en el caso de los electrones, demostración lógica en el caso de los números primos. La demanda de justificación teórica, correcta en el caso de aserciones internas, se aplica a veces equivocadamente a la aceptación de un sistema de entidades. Así, por ejemplo, Ernest Nagel, en su recensión de la primera edición de este libro pide «pruebas relevantes para afirmar con garantía que hay entidades tales como infinitésimos o proposiciones». Nagel caracteriza las pruebas requeridas en estos casos —en cuanto distintas de la prueba empírica requerida en el caso de los electrones— como «lógica y dialéctica en sentido amplio». No añade ninguna indicación respecto de lo que puede ser considerado como prueba relevante. Algunos nominalistas consideran la aceptación de entidades abstractas como una especie de superstición o mito, que puebla el mundo de entidades ficticias o, cuando menos, dudosas, análogo a la creencia en centauros o demonios. Esto pone una vez más de manifiesto la mencionada confusión, porque una superstición o un mito es un enunciado interno falso (o dudoso).

Tomemos a título de ejemplo los números naturales como números cardinales, es decir, en contextos como «Aquí hay tres libros». Las formas lingüísticas del marco de los números, incluyendo variables y el término general «número» se usan generalmente en nuestro lenguaje común de comunicación; y es fácil formular reglas explícitas de su uso. Así, pues, las características lógicas de este marco están suficientemente claras (mientras que muchas cuestiones externas, es decir, cuestiones aritméticas, son, desde luego, todavía cuestiones abiertas). A pesar de esto, la controversia concerniente a la cuestión externa de la realidad ontológica del sistema de los números continúa. Supongamos que un filósofo dice: «Creo que hay números como entidades reales. Esto me da derecho a usar las formas lingüísticas del marco numérico y a hacer enunciados semánticos acerca de los números como designata de los numerales». Su oponente nominalista replica: «Está usted equivocado; no hay números. Los numerales se pueden usar todavía como

expresiones significativas. Pero no son nombres; no hay entidades que ellos designen. Por tanto, no se debe usar ni la palabra “número” ni variables numéricas (a menos que se encuentre un modo de introducirlos como meros recursos de abreviación, un modo de traducirlos al lenguaje nominalista de cosas)». No puedo pensar en ninguna prueba posible que pudiera parecer relevante a ambos filósofos, y, por tanto, si efectivamente se encuentra, ella decidiría la controversia o al menos haría una de las tesis más probable que la otra (construir los números como clases o propiedades del segundo nivel, siguiendo el método Frege-Russell, no resuelve, desde luego, la controversia, porque el primer filósofo afirmaría la existencia del sistema de clases o propiedades del segundo nivel, y el segundo la negaría). Por tanto, me siento impulsado a considerar la cuestión externa como una pseudo-cuestión, hasta que ambas partes de la controversia ofrezcan una interpretación común de la cuestión como una cuestión cognitiva; esto supondría indicar una posible prueba que tanto unos como otros reconocieran como relevante.

Hay un particular tipo de mala interpretación de la aceptación de entidades abstractas en diversos campos de la ciencia y en semántica que precisa aclaración. Ciertamente los primitivos empiristas británicos (como, por ejemplo, Berkeley y Hume) negaron la existencia de entidades abstractas sobre la base de que la experiencia inmediata nos pone en presencia únicamente de particulares y no de universales, de esta pieza de color rojo, por ejemplo, pero no de la Rojez o del Color-en-General; de este triángulo escaleno, pero no de la Triangularidad Escalena o de la Triangularidad-en-General. Sólo las entidades pertenecientes a un tipo del que se encuentren ejemplos en la experiencia inmediata pueden ser aceptadas como constituyentes últimos de la realidad. Así, según este modo de pensar, la existencia de entidades abstractas sólo puede ser afirmada si se puede mostrar, o bien que algunas entidades abstractas caen dentro de lo dado, o bien que las entidades abstractas pueden ser definidas en términos de los tipos de entidad que se dan en esa experiencia. Puesto que estos empiristas no encuentran entidades abstractas en el ámbito de los datos sensibles, o bien niegan su existencia, o bien llevan a cabo un fútil intento de definir los universales en términos de particulares. Algunos filósofos contemporáneos, especialmente filósofos ingleses seguidores de Bertrand Russell, piensan en términos básicamente similares. Subrayan la existencia de una distinción entre los datos (lo inmediatamente dado en la conciencia, como por ejemplo, datos sensibles, experiencias inmediatamente pasadas, etc.), y los constructos basados en los datos. La existencia o realidad se adscribe sólo a los datos; los constructos no son entidades reales; las expresiones lingüísticas correspondientes son meramente modos de hablar que no designan realmente nada (reminiscencia del flatus vocis de los nominalistas). No emprenderemos aquí una crítica de esta concepción general. (En la medida en que es un principio consistente en aceptar ciertas entidades y rechazar otras, dejando a un lado cualesquiera pseudoenunciados ontológicos, fenomenalistas y nominalistas, ninguna objeción puede ponerse a ella.) Pero si esta concepción conduce a pensar que otros filósofos o científicos que aceptan entidades abstractas



TEXTOS

afirman por ello o quieren implicar con ello que éstas se dan como datos inmediatos, entonces ese modo de pensar se debe rechazar por tratarse de una interpretación equivocada. Las referencias a puntos espacio-temporales, al campo electromagnético o a los electrones en física, a números complejos o reales y a funciones de ellos en matemáticas, al potencial excitativo o a los complejos inconscientes en psicología, a una tendencia inflacionista en economía, etc., no implican la aserción de que las entidades de esos tipos aparecen como datos inmediatos. Lo mismo cabe decir de las referencias a entidades abstractas como designata en semántica. Algunas de las críticas que los filósofos ingleses hacen a esas referencias dan la impresión de que, debido probablemente a la equivocada interpretación a que hemos aludido, acusan al especialista en semántica no (como algunos nominalistas) de hacer mala metafísica, sino de hacer mala psicología. El hecho de que consideren que un método semántico que envuelve entidades abstractas es no simplemente dudoso y quizás equivocado, sino manifiestamente absurdo, descabellado y grotesco, y que muestren un horror e indignación profundas contra este método, se explica quizá por una mala interpretación como la que hemos descrito. De hecho, por supuesto, el semanticista en modo alguno afirma o quiere implicar que las entidades abstractas a que se refiere se puedan experimentar como inmediatamente dadas, bien mediante la sensación, bien mediante una especie de intuición racional. Una aserción de este tipo sí que sería muy dudosa psicología. La cuestión psicológica de cuáles son los tipos de entidades que aparecen como datos inmediatos, y cuáles los que no, es enteramente irrelevante para la semántica, del mismo modo que lo es para la física, las matemáticas, la economía, etc., con respecto a los ejemplos mencionados arriba.

Ejercicios

1. Caracterice la *posición interna* y la *posición externa* a que se refiere Carnap en el texto.
2. ¿Qué tipo de teorías está criticando R. Carnap? ¿Por qué?
3. ¿Qué consecuencias tiene el razonamiento de R. Carnap para la práctica de la semántica?

TEXTO 2**2. El significado de una palabra**

**R. Carnap,
«La superación
de la metafísica
mediante el
análisis lógico
del lenguaje»**

Cuando (dentro de un lenguaje determinado) una palabra posee un significado, se dice usualmente que designa un concepto; si esta significación es sólo aparente y en realidad no la posee, hablamos de un pseudoconcepto. ¿Cómo explicarse el origen de los pseudoconceptos? ¿No puede afirmarse que cada palabra fue introducida en el lenguaje sin otro propósito que el de indicar algo determinado, de manera que desde el inicio de su uso tuvo un significado definido? Entonces, ¿cómo pudo un lenguaje tradicional llegar a tener palabras asignificativas?

Es seguro que originalmente cada palabra (exceptuando casos singulares que más tarde mostraremos) poseyó un significado. En el curso de la evolución histórica, una palabra frecuentemente cambia su significado. También sucede a veces que una palabra pierda su antiguo significado sin llegar a adquirir uno nuevo. Así es como surge un pseudoconcepto.

¿En qué consiste entonces el significado de una palabra? ¿Qué estipulaciones deben establecerse respecto a una palabra para que ésta tenga un significado? (Aquí no interesa para nuestras reflexiones si estas estipulaciones están dadas en forma explícita, caso éste de algunas palabras y símbolos de la ciencia moderna, o si se ha logrado un común acuerdo tácito, como es el caso de la mayor parte de las palabras del lenguaje tradicional.) En primer lugar debe fijarse la sintaxis de la palabra, es decir, la manera como se presenta en la forma proposicional más simple en la que puede aparecer; llamaremos a esta forma proposicional su proposición elemental. La forma proposicional elemental para la palabra «piedra», por ejemplo, es «X es una piedra», en proposiciones de esta forma podríamos designar algo dentro de la categoría de las cosas para que ocupara el lugar de «X», por ejemplo, «este diamante», «esta manzana». En segundo lugar, para la proposición elemental P que contiene a la palabra, debe haber respuesta a los siguientes interrogantes, que podrían ser formuladas de varios modos:

- (1) ¿De qué proposiciones es derivable P y qué proposiciones pueden derivarse de P?
- (2) ¿Bajo qué condiciones P debe ser verdadera y bajo qué condiciones falsa?
- (3) ¿Cómo puede ser verificada P?
- (4) ¿Cuál es el sentido de P?

La formulación correcta es (1); (2) es la formulación de acuerdo con la terminología de la lógica; (3) la formulación de acuerdo con la terminología de la teoría del conocimiento; (4) de acuerdo con la filosofía.

Wittgenstein ha afirmado que (2) expresa lo que los filósofos han querido decir por (4): el sentido de una proposición radica en sus condiciones (criterios) de verdad...

En el caso de muchas palabras, específicamente en el de la mayoría de las palabras de la ciencia, es posible precisar su significado retrayéndolas a



TEXTOS

otras palabras («constitución», definición). Por ejemplo: «“artrópodos” son animales que poseen un cuerpo segmentado con extremidades articuladas y una cubierta de quitina». De esta manera ha quedado resuelto el problema antes mencionado en relación a la forma proposicional elemental de la palabra «artrópodo», esto es, para la forma proposicional «la cosa X es un artrópodo». Se ha estipulado que, una proposición de esta forma debe ser derivable de premisas de la forma «X es un animal», «X posee un cuerpo segmentado», «X posee extremidades articuladas», «X tiene una cubierta de quitina» y que inversamente, cada una de estas proposiciones debe ser derivable de aquella proposición. Por medio de estas estipulaciones sobre derivabilidad (en otras palabras: sobre su criterio de verdad, el método de verificación, el sentido) de la proposición elemental sobre «artrópodos», se fija el significado de la palabra «artrópodos». De esta manera cada palabra del lenguaje se retrotrae a otras y, finalmente, a las palabras que aparecen en las llamadas «proposiciones de observación» o «proposiciones protocolares». A través de este retrotraimiento es como adquiere su significado una palabra.

Ejercicios

1. ¿En qué consiste el significado de una palabra, según R. Carnap?
2. Distinga entre *condiciones de verdad* y *procedimiento de verificación* y enuncie la función de ambas nociones en semántica.
3. De acuerdo con lo que dice el texto, ¿cómo se fija el significado de un término?

TEXTO 3

R. Carnap,
«Significado y
sinonimia
en las lenguas
naturales»,
traducción de
M.T. Lavalle

1. Análisis de la significación en pragmática y en semántica

«El análisis de las significaciones de las expresiones se presenta bajo dos formas fundamentalmente distintas. La primera pertenece a la pragmática, es decir, al estudio empírico de los lenguajes naturales históricamente dados. Este tipo de análisis ha sido encarado por lingüistas y filósofos, especialmente los adeptos a la filosofía analítica. La segunda forma no se ha desarrollado hasta los últimos años en el campo de la lógica simbólica; dicha forma pertenece a la semántica (se la entiende aquí en el sentido de semántica pura, mientras que la semántica descriptiva se puede considerar como una parte de la pragmática), es decir, el estudio de sistemas lingüísticos contruidos a partir de ciertas reglas.

La teoría de las relaciones entre un lenguaje —lenguaje natural o sistema lingüístico— y aquello sobre lo cual trata, puede dividirse en dos partes a las que denomino respectivamente teoría de la extensión y teoría de la intensión. La primera trata sobre conceptos tales como: el acto de denotar, el de nombrar, la extensión, la verdad y conceptos conexos. (Por ejemplo, la palabra alemana *blau*, igual que el predicado «B» al cual, dentro de un sistema lingüístico simbólico, una regla habrá asignado la misma significación, denotan todo objeto que es azul; tiene por extensión la clase de todas las cosas azules; *der Mond* es un nombre de la luna: el enunciado *der Mond ist blau* es verdadero únicamente si la luna es azul.) La teoría de la intensión se ocupa de conceptos tales como la intensión, la sinonimia, la analizabilidad y conceptos conexos. A los fines de la discusión que iniciamos aquí, los denominaremos conceptos intensionales. (Entiendo por «intensión», palabra que uso aquí como término técnico, la significación de una expresión o, más precisamente, su componente designativo de significación. La intensión de *blau* en alemán, por ejemplo, es la propiedad de ser azul. Dos predicados son sinónimos si, y sólo si, tienen la misma intensión. Un enunciado es analítico si es verdadero en virtud de las intensiones de las expresiones que comprende.)

Si se procede metódicamente, se puede iniciar la descripción de un lenguaje con la teoría de la intensión y luego construir sobre ella la teoría de la extensión. Al aprender la teoría de la intensión de una lengua dada, el alemán, por ejemplo, aprendemos las intensiones de las palabras y de las expresiones y, por último, las de las frases. De ese modo, la teoría de la intensión de un lenguaje dado L nos permite comprender los enunciados de L. Por otra parte, sólo podemos aplicar los conceptos de la teoría de la extensión de L si contamos también, aparte del conocimiento de la teoría de la intensión de L, con un conocimiento empírico suficiente de los hechos en cuestión. Para asegurarse de que una palabra alemana denota un objeto dado, por ejemplo, se debe comprender primero la palabra, es decir, conocer su intensión o, en otros términos, conocer la condición general que debe cumplir un objeto para ser denotado por esa palabra; y, en segundo lugar, hay que examinar el objeto en cuestión para ver si cumple esa condición o no. Por otro lado, si un lingüista somete una lengua que aún no había sido descripta a un estudio empírico, comprueba en primer lugar que ciertos objetos son denotados por una palabra dada y luego determina la intensión de la palabra.



TEXTOS

[...]

2. La determinación de las extensiones

Tomemos como ejemplo la lengua alemana. Imaginemos un lingüista que desconoce por completo esa lengua y se dedica a estudiarla observando el comportamiento lingüístico de personas que hablan alemán. Supongamos de manera más particular que estudia la lengua alemana tal como la utiliza una persona dada, Karl, en un momento dado. A fin de simplificar las cosas, limitamos la discusión en este artículo a predicados aplicables a cosas observables, como *blau* y *Hund*. En términos generales se acepta que, basándose en lo que una persona dice de manera espontánea o cuando se le solicita que lo haga, el lingüista puede aprender si esa persona acepta aplicar un predicado dado a una cosa dada o no; en otras palabras, si el predicado denota o no, para esa persona, la cosa dada. Reuniendo los resultados de este tipo, el lingüista puede determinar lo siguiente: primero, la extensión que tiene para Karl el predicado *Hund* en una región dada, es decir la clase de las cosas a las cuales Karl acepta aplicar el predicado; segundo, la extensión de la clase contraria, es decir, la clase de las cosas a las cuales Karl se niega a aplicar el predicado *Hund* y, en tercer lugar, la clase intermedia de las cosas con respecto a las cuales Karl no está dispuesto ni a afirmar ni a negar el predicado. La dimensión de la tercera clase indica el grado de indeterminación del predicado *Hund* si, en pos de la simplificación, pasamos por alto la consecuencia que puede tener el hecho de que Karl ignore tal o cual cosa de los hechos en cuestión. Para ciertos predicados, como *Mensch*, esta tercera clase es relativamente muy pequeña, el grado de su indeterminación intensional es poco elevado. Una vez que ha determinado de este modo, en la región considerada, cuáles son las tres clases para el predicado *Hund*, el lingüista puede enunciar una hipótesis acerca de las respuestas que daría Karl si se le presentaran cosas externas a esta región y quizás incluso una hipótesis acerca de la extensión total en el universo. Por cierto que esta última hipótesis no puede ser verificada de manera completa pero, en principio, puede comprobarse cada caso particular en el cual podría realizarse. Por otra parte, también se reconoce, por lo general, que cuando se trata de determinar la extensión se corre el riesgo de llegar a resultados inciertos y de caer en posibles errores. No obstante, como sucede lo mismo con todos los conceptos de la ciencia empírica, nadie ve en este hecho una razón suficiente como para rechazar los conceptos de la teoría de la extensión. He aquí las principales fuentes de incertidumbre. El lingüista puede equivocarse en un principio al admitir que para Karl tal cosa es denotada por *Hund* (siendo que Karl pudo haber comprendido mal, por ejemplo, o haber cometido un error de hecho). Y, en segundo lugar, al pasar, por generalización, a

cosas que Karl mismo no analizó, no puede eludirse la incertidumbre que implica toda inferencia inductiva.

3. La determinación de las intensiones

Este artículo se propone defender la tesis siguiente: para una lengua natural, el análisis de la intensión es un procedimiento científico que, metodológicamente, tiene tanto valor como el análisis de la extensión. Para muchos lingüistas y filósofos esta tesis presentará el aspecto de un truismo. Sin embargo, algunos filósofos contemporáneos, especialmente Quine y White, piensan que los conceptos pragmáticos de intensión son nebulosos, misteriosos, que no son realmente comprensibles y que hasta ahora no se han dado explicaciones de ellos. Más aún, piensan que si se hallara una explicación para uno de esos conceptos, no haría mucho más que distinguir grados. Reconocen que los conceptos pragmáticos de la teoría de la extensión cuentan con un buen nivel científico. Señalan que su oposición a los conceptos intensionales es una oposición de principio y que no se debe a ciertas dificultades técnicas que, según la opinión general, se presentan en las investigaciones lingüísticas, la incertidumbre inductiva y el carácter vago de las palabras del lenguaje corriente. De manera que dejaré de lado estas dificultades en mi discusión, en particular dos de ellas, que mencioné al final de la segunda sección. De modo que la pregunta que formulo es la siguiente: una vez que se ha aceptado que el lingüista puede determinar la extensión de un predicado, ¿cómo puede ir más allá de ello y determinar también su intensión?

Entiendo no aplicar el término técnico «intensión» del cual hago uso en lugar de la palabra ambigua «significación», que tiene el componente cognoscitivo o designativo de significación. No intentaré definir este componente. Mencionamos más arriba que la determinación de la verdad presupone (aparte del conocimiento de los hechos) el conocimiento de la significación. También puede caracterizarse en términos generales el componente cognoscitivo como el componente de significación que entra en la determinación de la verdad. Si bien no tienen nada que ver con las cuestiones que conciernen a la verdad y la lógica, los componentes no cognoscitivos de significación pueden tener, por otra parte, una gran importancia en cuanto al efecto psicológico que una frase produce sobre un oyente como consecuencia de lo que se acentúa en ella, por ejemplo, o por las asociaciones emocionales o las motivaciones que suscita.

Se debe reconocer, sin duda alguna, que la determinación pragmática de las intensiones exige que se supere una nueva etapa, lo cual plantea un problema metodológico nuevo. Supongamos que dos lingüistas que estudian el lenguaje de Karl estén en un todo de acuerdo en lo que respecta a la determinación de la extensión de un predicado dado en una región dada. Ello quiere decir que, para cada una de las cosas que pertenecen a esa región, ellos están de acuerdo en afirmar que el predicado en cuestión la denota o no, según Karl. En tanto se limiten a esos resultados y por más extensa que sea la región —uno puede imaginar que es el mundo entero, si lo desea—



TEXTOS

los lingüistas pueden incluso atribuir diferentes intensiones al predicado. Pues hay más de una propiedad, y quizá las hay en número infinito, cuya extensión en la región dada es justamente la extensión delimitada para el predicado. Nos hallamos así en el centro mismo de la controversia. El lingüista asigna al predicado, a título de intensión, una de sus propiedades. ¿Cuál es la naturaleza de esta asignación? Se la puede explicitar mediante la introducción de una entrada en el diccionario alemán-francés que relacione el predicado alemán con una expresión francesa. El lingüista afirma así que el predicado alemán es sinónimo de la expresión francesa. Según la tesis intensionalista en pragmática, que yo defiendo, la asignación de una intensión es una hipótesis empírica que, como toda otra hipótesis en lingüística, puede comprobarse gracias a las observaciones del comportamiento lingüístico. Por otro lado, según la tesis extensionalista, la asignación de una intensión, que se hace a partir de la extensión delimitada con anterioridad, no es una cuestión de hecho sino de preferencia. De acuerdo con esta tesis, el lingüista tiene libertad para elegir cualquier propiedad entre aquellas que se aplican a una extensión dada. En su elección puede guiarse por razones de simplicidad, pero de ningún modo se puede hablar aquí de justeza o falsedad. Tal es la tesis que parece sostener Quine (*From a logical point of view...*, pág. 63).

Ejercicios

1. Defina lo que Carnap entiende por *semántica* y por *pragmática* de las lenguas naturales.
2. Distinga entre la *extensión* y la *intensión* de un término. ¿Cómo se fijan, según Carnap?
3. ¿Cuáles son los criterios de corrección en la fijación de la extensión de un término? ¿Y de su intensión?



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- CARNAP, R.
 - «Überwindung der Metaphysik durch logische Analyse der Sprache», *Erkenntnis*, 2, 4, págs. 219-241, 1932. Traducido en numerosas antologías, se puede encontrar versión en español en A. J. Ayer, ed., 1965 (v. *infra*).
 - Logische Syntax der Sprache*, J. Springer, Viena, 1934; traducción al inglés: *The Logical Syntax of Language*, Kegan Paul, Londres, 1937.
 - «Testability and meaning», *Philosophy of science*, 3, 4, págs. 419-471, 1936.
 - Foundations of Logic and Mathematics, International Encyclopedia of Unified Science*, vol. 1, 3, Chicago University Press, Chicago, 1939.
 - Introduction to semantics*, Harvard U. Press, Cambridge, Mass., 1942.
 - «Truth and confirmation», en H. Feigl y W. Sellars, eds. *Readings in Philosophical analysis*, págs. 119-127, Appleton, Nueva York, 1949.
 - «Empiricism, semantics and ontology», *Revue Internationale de Philosophie*, 11, págs. 20-40, 1950. Incluido en R. Carnap, 1956. Versión española en J. Muguerza, comp., 1974.
 - «Meaning postulates», *Philosophical Studies*, 3, 5, págs. 65-73, 1952; incluido en R. Carnap, 1956.
 - En colaboración con Y. Bar Hillel, «Semantic Information», *British Journal for the Philosophy of Science*, 14, págs. 147-157, 1953.
 - «On some concepts of pragmatics», *Philosophical Studies*, 6, 6, págs. 89-91, 1955. Incluido en R. Carnap, 1956.
 - «Meaning and synonymy in Natural Languages», *Philosophical Studies*, 6, 3, págs. 33-47, 1955; incluido en R. Carnap, 1956. Traducido al español en M. Bunge, comp., 1960 y en O. Ducrot y otros, 1978.
 - Meaning and Necessity. A study in semantics and modal logic*, 2.^a ed., Chicago U. Press, Chicago, 1956.
 - Introduction to symbolic logic and its applications*, Dover, Nueva York, 1958.
 - «The development of my thinking», en P. Schilpp, ed., 1963.



BIBLIOGRAFÍA

Ensayos y artículos

- ALSTON, W. P. (1964), *Philosophy of language*, Prentice Hall, Nueva York, 1964. Traducción al español: *Filosofía del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1974.
- AYER, A. J. (1946), *Language, truth and logic*, Dover, Londres. Versión española: *Lenguaje, verdad y lógica*, Martínez Roca, Barcelona, 1971.
- AYER, A. J., ed. (1959), *Logical positivism*, The Free Press, Nueva York. Traducción al español: *El positivismo lógico*, F.C.E., México, 1965.
- BAR HILLEL, Y. (1954), «Logical syntax and semantics». *Language*, 30, págs. 230-237.
- BAR HILLEL, Y. (1963), Remarks on Carnap's Logical Syntax of *Language*, en P. SCHILPP, ed., págs. 519-544.
- BAR HILLEL, Y. (1967), «Dictionaries and meaning rules», *Foundations of language*, 3, págs. 409-414.
- BAR HILLEL, Y. y otros (1969), «Formal logic and natural languages», *Foundations of language*, 5, 2.
- BERGMAN, G. (1948), «Carnap's Definition of "extensional" and "intensional"», *Mind*, vol. 57.
- BERLIN, I. (1968), «Verification», *Proceedings of Aristotelian Society*, 39, págs. 225-248, 1938-39; reimpresso en G. Parkinson, ed.
- BLACK, M. (1954), «Carnap on semantics and logic», en M. BLACK, ed.
- BLACK, M., ed. (1954), *Problems of Analysis*, Ithaca, Cornell U. Press, Nueva York.
- BUNGE, M. (1960), comp. *Antología semántica*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- CIRERA, R. (1994), *Carnap and the Vienna Circle*, Rodorfi BV editions.
- CHISHOLM, R. M. (1955), «A Note on Carnap's Meaning Analysis», *Philosophical Studies*, 6, 6, págs. 87-89.
- CHURCH, A. (1943), «Carnap's Introduction to semantics», *Philosophical Review*, 52, 3, págs. 298-304.
- CHURCH, A. (1950), «Carnap's analysis of statements of assertion and belief», *Analysis*, X, págs. 97-99.
- CHURCH, A. (1951), «The need for abstract entities in semantic analysis», *Proceedings of American Academy of Arts and Sciences*, págs. 100-112.
- CHURCH, A. (1951), «A Formulation of the logic of sense and denotation», en P. HENLE, ed., *Structure, Method and Meaning*, Liberal Art Press, págs. 3-24, Nueva York.

- CHURCH, A. (1954), «Intentional isomorphism and identity of belief», *Philosophical Studies*, 5, págs. 65-73.
- COFFA, A. (1976), «Carnap's Sprachauschanung circa 1932», *Philosophy of science association*, II.
- COFFA, A. (1993), *The Semantic Tradition from Kant to Carnap*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- COOPER, D. E. (1973), *Philosophy and the nature of language*, Longman, Londres.
- DAVIDSON, D. (1963), «The method of extension and intension», en P. SCHILPP, ed., págs. 311-350.
- DUCROT, O., y otros, eds. (1966), *Logique et linguistique*, Didier Larousse, París. Traducción española: *Lógica y lingüística*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1978.
- EVANS, J. (1953), «On meaning and verification», *Mind*, 62, págs. 1-19.
- FEIGL, H., y SELLARS, W., eds. (1949), *Readings in philosophical analysis*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1949.
- FEIGL, H., y BRODBECK, M., eds. (1953), *Readings in the Philosophy of science*, Appleton, Nueva York.
- FRANK, P. (1963), «The pragmatic components in Carnap's elimination of metaphysics», en P. SCHILPP, ed.
- GEWIRTH, A. (1953), «The distinction between analytic and synthetic truths», *Journal of Philosophy*, 50, págs. 397-425.
- GOOIDMAN, N. (1952), «On likeness of meaning», en L. LINSKY, ed.
- HANFLING, O., ed. (1981), *Essential readings in logical positivism*, B. Blackwell, Londres.
- HEMPEL, C. (1935), «On the logical positivist's theory of truth», *Analysis*, 2.
- HEMPEL, C. (1950), «Problems and changes in the empiricist criterion of meaning», *Revue Internationale de philosophie*, 11; reimpresso en L. LINSKY, ed., 1952. Versión española en A. J. Ayer, ed., 1965.
- HENLE, P. (1963), «Meaning and verifiability», en P. SCHILPP, ed., 1963, págs. 165-182.
- KRAFT, V. (1966), *Der Wiener Kreis*, Springer, Viena, 1950. Traducción española, *El Círculo de Viena*, Taurus, Madrid.
- LEHRER, A., y K., eds. (1970), *Theory of meaning*, Prentice Hall, Nueva York.
- LEWIS, C. I. (1952), «The modes of meaning», en L. LINSKY, ed.
- LEWIS, D. K. (1970), «General semantics», *Synthese*, 22, págs. 18-67.
- LINSKY, L. (1949), «Some notes on Carnap's concept of intensional isomorphism and the paradox of analysis», *Philosophy of science*, 16, págs. 347-350.
- LINSKY, L. (1969), «Reference, essentialism and modality», *Journal of Philosophy*, 66, 20, págs. 687-700.
- LINSKY, L., ed. (1952), *Semantics and the philosophy of language*, U. of Illinois Press, Urbana.



BIBLIOGRAFÍA

- MACDONALD, M., ed. (1954), *Philosophy and analysis: a selection of articles published in Analysis*, Blackwell, Oxford, 1954.
- MARTIN, R. M.C. (1952), «On «analytic»», *Philosophical Studies*, 3, págs. 42-47.
- MARTIN, R. M.C. (1963), «On Carnap's conception of semantics», en P. SCHILPP, ed., págs. 351-384.
- MARTIN, R. M.C. (1968), «On abstract entities in semantic analysis», *Nous*, 2, 4, págs. 373-389.
- MATES, B. (1952), «Analytic sentences», *Philosophical Review*, 60, págs. 525-534.
- MATES, B. (1952), «Synonymity», en L. Linsky, ed.
- MUGUERZA, J. (1974), comp. *La concepción analítica de la filosofía*, 2 vols., Alianza, Madrid.
- PAP, A. (1949), «Synonymity and logical equivalence», *Analysis*, 7, 1949.
- PAP, A. (1958), *Semantics and necessary truth*, Yalos U. Press. Traducción española: *Semántica y verdad necesaria*, en F.C.E., México, 1970.
- PARKINSON, G. H., ed. (1968), *The theory of meaning*, Oxford U. Press, Oxford. Traducción al español: *La teoría del significado*, en F.C.E., México, 1976.
- POPPER, K. (1963), «The demarcation between science and metaphysics», en P. SCHILPP, ed., págs. 183-226.
- PUTNAM, H. (1954), «Synonymity and the analysis of belief sentences», *Analysis*, 14, págs. 114-122.
- QUINE, W. O. (1951), «On Carnap's views on ontology», *Philosophical studies*, 2, págs. 65-72.
- QUINE, W. O. (1963), «Carnap and logical truth», en P. SCHILPP, ed., 1963, págs. 385-406.
- RESCHER, N. (1959), «The logic of existence and denotation», *Philosophical Review*, 68, págs. 157-180, 1959.
- RESCHER, N. (1961), «The distinction between predicate extension and intension», *Revue Philosophique de Louvain*, 57, págs. 1-11.
- RYLE, G. (1949), «Discussion: Meaning and necessity», *Philosophy*, 24, págs. 69-76.
- SCHLICK, M. (1936), «Meaning and verification», *Philosophical Review*, 45, págs. 339-369; reimpresso en A. y K. Lehrer, eds., 1970.
- SELLARS, W. (1963), «Empiricism and abstract entities», en P. SCHILPP, ed., 1963, págs. 431-468.

- SIMPSON, T. M. (1964), *Formas lógicas, realidad y significado*, Ed. Universitaria, Buenos Aires, 1975 (2.^a ed.).
- SIMPSON, T. M. (1973), comp. *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Siglo XXI, Madrid.
- SCHILPP, P. A., ed. (1963), *The Philosophy of R. Carnap*, Open Court, La Salle.
- STRAWSON, P. F. (1963), «Carnap's views on constructed systems versus natural languages in analytic philosophy», en P. SCHILPP, ed., págs. 503-518.
- URMSON, J. O. (1956), *Philosophical Analysis. Its development between the two world wars*, Clarendon Press, Oxford. Traducción al español en Ariel, Barcelona, 1978.
- WEINBERG, J. R. (1936), *An examination of logical positivism*, Kegan Paul, Londres. Versión española: *Examen del positivismo lógico*, Aguilar, Madrid, 1959.
- WHITE, M. (1952), «The analytic and the synthetic: an untenable dualism», en L. LINSKY, ed.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Desafortunadamente, las traducciones de las obras de Carnap al español no son tan abundantes como las de Frege, Wittgenstein o Russell. Sin embargo, se pueden encontrar en nuestro idioma los principales artículos referentes a la semántica (v. Bibliografía). La obra esencial de consulta es P. A. SCHILPP, ed. (1991), *The Philosophy of R. Carnap*, *The Library of living Philosophers*, Open Court Pub. Co.

La obra de R. Carnap, y lo que se puede denominar su programa formalista, ha ejercido una influencia, no siempre reconocida, en la semántica formal contemporánea. Todos los programas formalistas, desde la semántica de R. Montague a la teoría de las situaciones de Barwise y Perry, es deudora de esa obra. Para una exposición adecuada de ese programa, es preciso consultar el capítulo XIII de A. GARCÍA SUÁREZ (1997) o el capítulo IV de K. TAYLOR (1998).

TEMA 12

Significado y verdad: de A. Tarski a D. Davidson

ESQUEMA/RESUMEN

- 12.1. Introducción
- 12.2. Verdad y correspondencia: la teoría semántica de la verdad
- 12.3. Condiciones de una teoría de la verdad
- 12.4. Contenido de la teoría de la verdad de A. Tarski
- 12.5. Significado y condiciones de verdad: El programa de D. Davidson
 - 12.5.1. El programa de D. Davidson
 - 12.5.1.1. Demostrativos
 - 12.5.1.2. Subordinación completiva proposicional
 - 12.5.1.3. Oraciones de acción

12.1. INTRODUCCIÓN

Las teorías lingüísticas de G. Frege, L. Wittgenstein y B. Russell, y otros autores, introdujeron en el análisis lingüístico una novedad fundamental, que determinó buena parte de las investigaciones filosóficas posteriores sobre el lenguaje: la teoría semántica debe dar cumplida cuenta de que el lenguaje es un medio privilegiado para la representación de la realidad. La finalidad primordial que tiene el lenguaje, desde el punto de vista cognitivo, es la de figurar los hechos, la de transmitir información acerca de los componentes y la estructura de la realidad. La teoría semántica ha de incorporar por tanto conceptos relacionales, que pongan en conexión los niveles lingüístico y ontológico, de tal modo que sirvan para explicar la función representadora del lenguaje. Estos conceptos son fundamentalmente dos, el de referencia y el de verdad, aunque en ciertas teorías, como la propia fregeana, el último sea considerado una variante de la primera. La referencia y la verdad conectan el lenguaje con el mundo (o la realidad) a través de las relaciones de *designación* y *correspondencia*: las expresiones lingüísticas simples (nominales) *refieren a* componentes simples de la realidad (objetos, entidades individuales, particulares, etc.) y los enunciados se corresponden o no con los hechos realmente existentes. Las filosofías lingüísticas de Frege, Russell y Wittgenstein no son sino variaciones sobre este tema: el lenguaje se relaciona con la realidad a través de su función referencial y representadora, y es en esa función donde hay que situar el ámbito explicativo de la disciplina semántica.

No es de extrañar, pues, que buena parte de la filosofía contemporánea del lenguaje, sobre todo la que centra sus investigaciones en la semántica, se haya articulado alrededor de reflexiones y elucidaciones sobre estos dos conceptos, sobre su aplicación a la explicación de fenómenos que se producen en los lenguajes formales y en las lenguas naturales. En el próximo Tema tendremos ocasión de comprobar, a través del examen de la obra de S. Kripke, los problemas y polémicas que ha originado la noción de referencia. En éste, en cambio, expondremos, aunque en forma muy sucinta, el rendimiento explicativo que ha proporcionado la noción de verdad en la semántica filosófica, sobre todo teniendo en consideración la obra del filósofo norteamericano D. Davidson.

12.2. VERDAD Y CORRESPONDENCIA: LA TEORÍA SEMÁNTICA DE LA VERDAD

A lo largo de la historia de la filosofía y, particularmente, en la filosofía contemporánea se han ofrecido diversas teorías que pretenden explicar el concepto de verdad, central en numerosas disciplinas filosóficas, como la epistemología o la ontología. Algunas de esas teorías se han fijado en ciertas acepciones del predicado «es verdad» o han examinado su funcionamiento en ámbitos conceptuales muy específicos. Sin embargo, la teoría semántica de la verdad pretende recoger y precisar intuiciones que subyacen a las acepciones más generales del predicado o a sus usos más comunes. Esas intuiciones hacen parecer evidente que la verdad es una relación entre el lenguaje y la realidad, entre aquello que se dice y lo que es el caso o sucede. Esa relación parece consistir, siempre según nuestra intuición, en alguna suerte de correspondencia, de tal modo que lo que se afirma es verdadero, o falso, si se corresponde o no adecuadamente a lo que realmente existe. Pero más allá de estas afirmaciones no nos suelen llevar nuestras intuiciones; cuando tratamos de concretar o formular precisamente en qué consiste la correspondencia entre lenguaje y realidad, nos vemos enfrentados con dificultades. La teoría pictórica de la proposición de L. Wittgenstein fue un intento de superar esas dificultades, entendiendo de forma muy literal tal correspondencia, a la manera de la relación existente entre un cuadro y la realidad que pinta. Pero tal teoría, precisamente por su carácter literal, se enfrentó a problemas insolubles, y encontró pocos adeptos.

La teoría de la verdad que ha disfrutado de mayor aceptación y que, más o menos explícitamente, ha sido utilizada en semántica filosófica, desde R. Carnap hasta R. Montague, es la del lógico polaco A. Tarski. Esa teoría se halla expuesta originalmente en un artículo suyo del año 1930, y divulgada en su ensayo *La concepción semántica de la verdad y los fundamentos de la semántica*.

La teoría de A. Tarski sobre la verdad tiene dos características primordiales; se trata de una teoría definicional y constituye una teoría semántica. Es definicional porque pretende precisar rigurosamente el significado de la expresión predicativa «es verdad», al menos en la medida en que se aplica a los lenguajes formalizados. En este sentido se diferencia de otras teorías sobre la verdad que son *criteriales*, esto es, que pretenden especificar las reglas que hay que seguir para averiguar si algo es verdad o no. Por ejemplo, la teoría verificacionista de los positivistas lógicos era una teoría de esta clase, pues hacía depender la asignación de valor veritativo (valor significativo o cognitivo en general) del *método* (aplicación de reglas) a seguir en la confrontación del enunciado con la realidad.

La teoría de A. Tarski es una teoría semántica porque su definición pone en relación dos niveles, uno sintáctico y otro ontológico, es decir, uno propiamente gramatical, en el que se determinan los objetos a que es aplicable el

predicado «es verdad», y otro en el que reciben interpretación esos objetos. Se opone por tanto a las teorías *sintácticas* de la verdad, que definen la noción en términos puramente gramaticales o formales (como en ciertas teorías matemáticas).

12.3. CONDICIONES DE UNA TEORÍA DE LA VERDAD

Como prólogo a la presentación de su teoría, A. Tarski estableció dos condiciones que toda teoría de la verdad que aspire a ser considerada ha de cumplir: la adecuación material y la corrección formal.

La adecuación material hace referencia al marco de relaciones que deben mantener el lenguaje para el cual se está definiendo el predicado «es verdad» y el lenguaje al que pertenece ese propio predicado, esto es, impone una restricción sobre la conexión que debe postularse entre el lenguaje-objeto y el metalenguaje. De acuerdo con esta restricción, la teoría de la verdad ha de ser tal que de ella han de poder seguirse enunciados de la siguiente forma:

T. O verdadera si y sólo si p

En estos enunciados T (de *truth*, verdad), p representa una oración del metalenguaje y O una oración que es el nombre de p en el lenguaje objeto para el cual se define el predicado de verdad. Por ejemplo, utilizando el mismo ejemplo de Tarski, la siguiente oración se ajusta al esquema T y debe poder ser deducida de una teoría de la verdad materialmente adecuada:

(1) «la nieve es blanca» si y sólo si la nieve es blanca

Esto no significa que no se puedan deducir diferentes oraciones que especifiquen de otro modo las condiciones de verdad de una oración del lenguaje-objeto; sólo obliga a que todos los enunciados del tipo T se sigan de tal teoría: *ni la expresión T misma (que no es una oración sino sólo un esquema de oración), ni caso particular alguno de la forma T pueden considerarse como una definición de la verdad. Sólo podemos decir que toda equivalencia de la forma T obtenida reemplazando «p» por una oración particular, y «O» por un nombre de esa oración, puede considerarse una definición parcial de la verdad, que explica en qué consiste la verdad de esa oración individual. La definición general debe ser en cierto sentido una conjunción lógica de todas esas definiciones parciales* («La concepción semántica de la verdad...», pág. 16).

El requisito de que sean deducibles todos los enunciados T tiene como objetivo asegurar la sensatez de las teorías de la verdad que se propongan, pues difícilmente pueden considerarse admisibles teorías de las que no se sigan consecuencias tan obvias, equivalencias tan directas y elementales como las que ilustra (1).

La exigencia de corrección formal afecta a la dimensión estructural de la teoría propuesta en tres aspectos: 1) diferenciación neta de niveles lingüísticos, 2) categorías lingüísticas empleadas en cada uno de los niveles, 3) espe-

cificabilidad de cada uno de los niveles. El primer aspecto hace referencia a la distinción entre lenguaje-objeto y metalenguaje. Hay que advertir y respetar el hecho de que el predicado semántico «es verdad» sea metalingüístico, esto es, que pertenezca a un nivel diferente del de las oraciones a que se aplica. Si no se diferencia claramente entre lenguaje objeto y metalenguaje, se entra en un sistema *semánticamente cerrado*, en el que se producen paradojas semánticas (como la del mentiroso, la del que afirma «la oración que ahora pronuncio no es verdadera» o «miento»). Las teorías de la verdad sólo son pues aplicables a sistemas lingüísticos *abiertos*, que no incluyen dentro de sí predicados metalingüísticos aplicables a sus enunciados. Así, si se quisiera proponer una teoría de la verdad para el español (en cuanto lenguaje objeto) habría que considerar fuera de él el término «verdadero» y otros predicados de orden metalingüístico.

En cuanto al tipo de condición formal que deben satisfacer las categorías empleadas en la teoría de la verdad, es evidente que el metalenguaje debe contener los medios expresivos suficientes para referirse al lenguaje-objeto y traducir de forma correcta sus elementos, esto es, ha de ser al menos tan rico expresivamente como el lenguaje-objeto y ha de poder formar nombres de las entidades pertenecientes a él.

Considérese una teoría de la verdad en español sobre el inglés considerado como lenguaje-objeto. La corrección formal exige que, por una parte, el español pueda referirse a las oraciones del inglés, lo cual puede hacer mediante el artificio de las comillas como, por ejemplo, en «snow is white», que es un nombre adecuado de la correspondiente oración inglesa. Además, ha de poder especificar traducciones adecuadas de las oraciones del inglés, pues si no es así, no se podrían deducir enunciados que constituyeran supuestas instancias del esquema T, como sucede en

(2) «snow is white» es verdadera si y sólo si la nieve es blanca

En el caso de una lengua que funcione como metalenguaje de sí misma (de una parte; una teoría de la verdad en español sobre una parte del español), lo que ocurre es que el lenguaje-objeto está incluido en el metalenguaje. Pero, cuando entran en juego lenguas naturales diferentes, la capacidad constrictiva de los enunciados T está mediada por la validez de la traducción efectuada, puesto que lo que se halla a la izquierda del enunciado no es un nombre estricto de la oración que se encuentra a la derecha, sino su traducción lingüística. En el caso de un lenguaje formal, que es el caso que primordialmente consideraba Tarski, no existe propiamente *traducción*, sino *interpretación*, y son las reglas que determinan ésta las que, a su vez, aseguran que se cumple la condición de adecuación material.

Otro requisito formal importante, que Tarski subrayó, es el de que el lenguaje-objeto, para el cual se efectúe la definición del predicado veritativo, sea un lenguaje completamente especificado. Esto significa que es preciso disponer de un concepto decidible de «oración de L» de tal modo que,

enfrentados a cualquier concatenación de símbolos, podamos averiguar efectivamente, mediante la aplicación de reglas explícitas, si esa cadena de símbolos es una oración de L o no. La necesidad inexcusable de este requisito es la que se encuentra en el origen de la desconfianza de Tarski sobre la aplicabilidad de su teoría a las lenguas naturales, pues *en la actualidad, los únicos lenguajes que poseen una estructura especificada son los lenguajes formalizados de los diversos sistemas de lógica deductiva, posiblemente enriquecidos mediante ciertos términos no lógicos* («La concepción semántica de la verdad...», pág. 20).

Tarski no creía, en su época, que existieran gramáticas de lenguas naturales lo suficientemente rigurosas como para definir de forma nítida el concepto de «gramatical en L», siendo L una lengua determinada, y por ello pensó durante mucho tiempo que el concepto semántico de verdad sólo constituía un instrumento analítico adecuado en los lenguajes formales de la lógica y de la ciencia en general: *El problema de la definición de verdad adquiere un significado preciso y puede resolverse en forma rigurosa solamente para aquellos lenguajes cuya estructura se ha especificado exactamente. Para otros lenguajes —por ejemplo para todas las lenguas naturales o habladas— el significado del problema es más o menos vago, y su solución sólo puede tener un carácter aproximado* («La concepción semántica de la verdad...», pág. 21).

12.4. CONTENIDO DE LA TEORÍA DE LA VERDAD DE A. TARSKI

Una vez que hubo determinado las condiciones formal y material de toda teoría de la verdad, Tarski propuso una definición del concepto para un lenguaje formal concreto, el de la lógica de clases. Su objetivo era el de no utilizar términos semánticos primitivos, esto es, términos semánticos no definidos. Pretendía que todas las nociones semánticas que introdujera fueran definidas en términos semánticos más elementales y, en última instancia, empleando nociones puramente sintácticas. Es dudoso si lo consiguió o no, pero las aplicaciones posteriores de su teoría han prescindido en general de este requisito, que en todo caso tiene más que ver con preferencias filosóficas que con necesidades prácticas.

La definición del predicado veritativo consta de cuatro pasos, de los cuales proporcionaremos una explicación informal (para una explicación más formal cf. S. Haak, 1978 (1982); Acero, Bustos y Quesada, 1982), ilustrada someramente con ejemplos pertenecientes a una lengua natural y no a un lenguaje lógico.

El primer paso, exigido por la corrección formal, es el de la especificación de la estructura sintáctica del lenguaje-objeto. En un lenguaje lógico, esto viene a suponer la enunciación del contenido de sus reglas de formación, esto es, de las reglas que determinan si una sucesión de símbolos es una

oración (expresión bien formada) del lenguaje en cuestión. En una lengua natural, esa función la debe desempeñar la gramática de esa lengua, pues es la gramática la instancia a la que hay que acudir cuando se trata de averiguar si una oración es gramatical o no.

Tanto en uno como en otro caso, hay que advertir que el conjunto de expresiones bien formadas resultante es un conjunto *infinito*, que se pueden formar innumerables expresiones gramaticales desde el punto de vista sintáctico. Este hecho obliga a que la especificación de las reglas de formación, *gramaticales* en sentido amplio, sea una especificación *recursiva*, esto es, que estén dispuestas de tal manera que sea posible su aplicación indefinida.

El segundo paso consiste en la determinación de la estructura del metalenguaje en que se pretende definir el predicado veritativo. El requisito de potencia o capacidad expresiva que es aplicable a este metalenguaje exige que sea de tal naturaleza que contenga al lenguaje-objeto como parte, o traducciones de todas sus oraciones. En el caso de dos lenguajes lógicos, esto significa que el metalenguaje ha de ser de un orden superior, incluyendo variables que tienen como valores expresiones del lenguaje-objeto.

Cuando se trata de dos lenguas naturales, como el español y el inglés, por ejemplo, es necesario disponer de traducciones adecuadas (de un mecanismo que las genere) del segundo al primero (del lenguaje-objeto al metalenguaje, si ése es el caso) para que el metalenguaje pueda representar adecuadamente las condiciones de verdad de cada una de las oraciones del lenguaje-objeto.

Además, el metalenguaje ha de disponer de expresiones metalingüísticas adecuadas para expresar la teoría de la verdad, entre ellas el propio predicado «es verdad», variables metalingüísticas, expresiones lógicas adecuadas, expedientes para poder formar nombres de las expresiones del lenguaje-objeto, etc.

El tercer paso de la definición tarskiana del predicado veritativo es la definición del predicado «satisface en L». Este paso es un prólogo necesario a la definición de verdad y corresponde a la necesidad de Tarski de no emplear términos semánticos no definidos. Que haya que definir tal predicado está determinado por el hecho de que, en los lenguajes formales, existen expresiones *abiertas*, esto es, expresiones que contienen elementos indeterminados y que, como tales, no son verdaderas ni falsas. Por ejemplo, ateniéndonos al inglés como lenguaje-objeto, «Socrates is a man» es una expresión *cerrada*, puesto que todos sus elementos están referencialmente determinados, pero «*x* is a man» es una expresión *abierta*, puesto que la variable *x* representa un elemento indeterminado. En las lenguas naturales, las expresiones que más se aproximan a las expresiones que introducen indeterminación referencial son los pronombres, como por ejemplo en «I'm the author of this book», en que «I» y «this» tienen una referencia indeterminada, que puede variar de un contexto a otro.

Las oraciones abiertas, en lógica, no son verdaderas ni falsas, sino que precisamente se afirma de ellas que son satisfechas o no *por secuencias*. Una secuencia es un conjunto ordenado de elementos, de tal modo que la secuencia «Juan Carlos I, España» no es la misma secuencia que «España, Juan Carlos I». Así, la primera secuencia satisface la expresión abierta « x is the king of y », mientras que no lo hace la segunda.

La definición de *satisfacción* ha de ser igualmente recursiva para que, a partir de su especificación para oraciones simples, pueda aplicarse a oraciones lógicamente más complejas. Un caso especialmente interesante que cubre la definición de Tarski y que es el que motiva tal definición, es el de la satisfacción de las oraciones cuantificadas, esto es, de las oraciones en que se afirma «existe un...» o «para cualquier...». La definición de Tarski para este tipo de oraciones fue pensada de tal modo que permitiera la definición posterior de verdad en términos de la satisfacción por secuencias. Aunque no merece la pena entrar en detalles, la definición de verdad de Tarski para las oraciones está formulada de tal modo que una cuantificación existencial, por ejemplo, es verdadera en el caso de que sea satisfecha por cualesquiera secuencias, y tal tipo de oración es satisfecha en el caso de que al menos una secuencia satisfaga la oración abierta que resulta de eliminar la cuantificación. Así, «hay un x rey de y » es una oración verdadera puesto que existe al menos una secuencia «Juan Carlos I, España» que satisface « x es rey de y ».

La etapa previa de la definición de satisfacción está relacionada con una característica de la teoría de la verdad explicitada en el último paso: su carácter absoluto. Este carácter absoluto viene dado por el hecho de que la teoría de la verdad del lenguaje formal que consideró Tarski (y de cualquier otro tipo de lenguaje) está referida directamente al *mundo real*. Es decir, el mundo real es, en cualquier caso, el *modelo* que se ha de utilizar para la interpretación del lenguaje formal o natural, de tal modo que la caracterización de la verdad es definitiva. Esto significa, traducido a términos intuitivos, que la expresión «Juan Carlos I es rey de España» es una oración verdadera, sea cual sea la situación que podamos imaginar, pues en la consideración de su verdad no desempeñan ningún papel la descripción de situaciones alternativas o contrafácticas. Del mismo modo sucede con la oración cuantificada «existe un x tal que x es rey de España», pues la interpretación de la cuantificación es *objetual* esto es, referida al mundo real, y no a descripciones alternativas de situaciones posibles.

La definición de verdad se apoya pues en la noción previa de satisfacción y se formula en sus términos. Es igualmente recursiva, pues ha de generar todos los esquemas T, según obliga la condición de adecuación material, y se fundamenta en el carácter recursivo de la definición de satisfacción. Dicho brevemente, *una oración es verdadera si es satisfecha por todos los objetos y falsa en caso contrario* («La concepción semántica de la verdad...», pág. 34). Esta sintética enunciación es difícil de entender, si no se atiende a los vericuetos formales de la definición de satisfacción, pero viene a recoger la idea

de que la verdad es producto de la relación en que se encuentran los términos en la oración y los objetos en el mundo. Viene, pues, a dar un sentido preciso a la relación de correspondencia entre lenguaje y realidad, como era el objetivo de A. Tarski.

12.5. SIGNIFICADO Y CONDICIONES DE VERDAD: EL PROGRAMA DE D. DAVIDSON

Una forma de abordar el problema del significado en las lenguas naturales parece ser la de preguntarse qué forma debe tener una teoría semántica satisfactoria de ese tipo de sistemas o, lo que es lo mismo, inquirirse sobre las condiciones que debe satisfacer una teoría para que pueda considerarse una teoría del significado lingüístico. Esto es lo que hizo el filósofo norteamericano D. Davidson a finales de los años sesenta (Davidson, 1967, 1970), llegando a una serie de conclusiones que han determinado las investigaciones de buena parte de la semántica filosófica posterior.

En primer lugar, Davidson consideró que una teoría tal debía poder derivar enunciados de la forma

(S) O significa *p*

donde O constituyera una adecuada descripción de cualquier oración perteneciente a la lengua natural y *p* designara el significado de tal oración.

La primera dificultad que surge inevitablemente es la de establecer la potencia o capacidad de una teoría así, el número de oraciones (S) que es capaz de producir. Es evidente que el número de tales oraciones es infinito, por lo que queda excluido un cierto tipo de teorías semánticas, las que constituyen *enumeraciones* de oraciones emparejadas con sus significados. Ninguna teoría de esta clase puede considerarse *completa*, pues siempre es posible determinar alguna oración significativa que quede fuera de esa enumeración o listado. El requisito de completud y la naturaleza de las lenguas naturales exigen por tanto que las teorías posibles del significado tengan la forma de *teorías recursivas*, esto es, teorías que utilicen un conjunto finito de reglas para la derivación de un número infinito de teoremas o enunciados (S). La completud de la teoría del significado exige que a cada oración del lenguaje le corresponda un determinado enunciado (S) que especifica su significado. Si la teoría es completa en este sentido cumple al menos una condición para ser considerada *descriptivamente* adecuada, esto es, para proporcionar un conjunto de afirmaciones empíricamente contrastadas sobre el sistema semántico de la lengua. Desde el punto de vista *explicativo*, a su vez, la recursividad necesaria en la teoría semántica es una contraparte de la *creatividad o productividad* de los hablantes de esa lengua. Tal creatividad consiste, en esta dimensión semántica, en la capacidad del hablante para *producir y entender* cualquier oración significativa de su lengua. Es decir, sean cuales sean los mecanismos mentales de que dispone el hablante de una len-

gua para realizar esas tareas de producción y comprensión, tales mecanismos han de tener una forma recursiva, que garantice la ilimitación potencial de su aplicación, han de manejar recursos finitos para la producción o reconstrucción de infinitos significados. La posesión o asimilación de esos mecanismos recursivos es la que garantiza la *aprendibilidad* (Davidson, 1965) de las lenguas; sólo ella explica por qué, siendo el cerebro humano finito en sus capacidades cognitivas, puede el hablante producir y entender oraciones que nunca anteriormente ha producido o comprendido.

Otra consideración que ayuda a entender la forma que tiene una teoría del significado y, por tanto, que permite descartar otras, es la de *cómo los significados de las oraciones dependen del significado de las palabras* (D. Davidson, «Truth and meaning», pág. 23). Tal consideración se refiere al *principio de composicionalidad* formulado por G. Frege: sea cual sea la descripción del significado de una oración, tal descripción ha de mostrar cómo contribuyen los significados de sus elementos al significado global de la misma. Dicho de otro modo, la teoría semántica ha de dar cuenta de la *estructura combinatoria* que se halla en la base de la productividad semántica. Esto implica al menos que el signo O, que se encuentra a la izquierda de los enunciados (S), ha de designar una descripción estructural de la oración cuyo significado se trata de derivar, pues sólo tal descripción estructural exhibe la forma en que se combinan los significados en el seno de la oración.

Teniendo en cuenta estas restricciones de tipo general sobre las teorías del significado, Davidson abordó lo que es el núcleo central del problema, la especificación del predicado «significa que p» en los enunciados (S), especificación que resulta problemática por la vaguedad de «significa que» y la indeterminación de lo que *p* designa. El núcleo de la solución de Davidson fue el de sustituir estas expresiones por otras equivalentes, en el sentido de ejercer la misma función y satisfacer idénticas condiciones: *La teoría habrá realizado esto si provee, para cada oración O de la lengua de que se trate, una oración correspondiente (que reemplace a «p») que, en cierto sentido que es preciso aclarar, «proporcione el significado» de O. Un candidato obvio para esa oración correspondiente es O misma, si el lenguaje objeto está contenido en el metalenguaje; en otro caso, una traducción de O en el metalenguaje. Como paso final, intentemos tratar de forma extensional la posición ocupada por «p»: para ello, suprimamos el oscuro «significa que», proporcionemos una conectiva oracional adecuada a la oración que sustituye a «p» y apliquemos a la descripción que reemplaza a «O» este predicado. Posiblemente el resultado sea*

(V) O es V si y sólo si p

Lo que pedimos a una teoría del significado para un lenguaje L es que, sin apelar a ninguna (otra) noción semántica, formule las restricciones suficientes sobre el predicado «es V» para implicar todas las oraciones que se obtienen a partir del esquema V, cuando «O» se reemplaza por una descripción estructural de una oración de L y «p» por dicha oración («Truth and meaning», pág. 23).

Lo que concluye D. Davidson es que dar el significado del predicado «significa que» se puede reducir al problema de especificar otro predicado extensionalmente equivalente (sometido a las mismas restricciones). El candidato más evidente para tal predicado extensionalmente equivalente al de *significado* es el de *verdad*, de hecho, las restricciones formales que D. Davidson exigió a la teoría del significado se corresponden prácticamente con las que Tarski enunció para la teoría de la verdad. De ese modo, la tarea de explicitar una teoría del significado para un lenguaje equivale a la tarea de formular su teoría de la verdad: el significado de una oración está determinado cuando se expresan sus condiciones de verdad. Esto no quiere decir que el significado *sea* las condiciones de verdad, sino sencillamente que *su explicación consiste en la determinación de tales condiciones*. Los enunciados (V) son por tanto enunciados que conectan descripciones estructurales de oraciones (O's) y descripciones de sus condiciones de verdad (p's). En esa conexión es donde reside toda la fuerza explicativa de la teoría del significado considerada como teoría de la verdad, esto es, la teoría es adecuada cuando establece los emparejamientos correctos entre descripciones de oraciones y condiciones de verdad, e inadecuada en caso contrario.

La peculiar metodología de D. Davidson al proponer una teoría del significado pretende ajustarse, por otro lado, a intuiciones semánticas comunes. En una buena medida de casos, al menos en las oraciones declarativas, parece que conocer lo que significa una oración conlleva la capacidad para decir cuándo dicha oración es verdadera, para especificar los hechos a los cuales corresponde o, para decirlo de una vez, explicitar sus condiciones de verdad: *Conocer el concepto semántico de verdad para un lenguaje es saber qué es para una oración —cualquier oración— ser verdadera, y esto equivale, en uno de los sentidos correctos que podemos aplicar a la expresión, a comprender el lenguaje* («Truth and meaning», pág. 24). Así, es difícil concebir que un hablante mantenga que conoce el significado de una expresión oracional sin que sepa cómo habría de ser la realidad para que pueda ser verdadera, lo cual no quiere decir que el hablante conozca los medios para comprobar tal verdad ni que haya de ser capaz de efectuar su contrastación: conocer las condiciones de verdad de una oración no es lo mismo que conocer su método de verificación, y esa es la distancia que separa la concepción semántica del significado de la teoría verificacionista del positivismo. Conocer las condiciones de verdad de un enunciado significa poder describir el hecho (o conjunto de hechos) que hacen verdadero a dicho enunciado y tal capacidad es impensable sin la *comprensión* del enunciado, sin la captación de lo que significa.

Lo que Davidson propuso en definitiva fue tratar un problema característicamente *intensional*, el de la asignación de significado, en *términos extensionales*, en términos de la noción de verdad. Así, creyó poder reducir una cuestión conceptualmente confusa a una formulación relativamente clara y

(parcialmente) resuelta por la teoría de A. Tarski: cómo definir los conceptos semánticos típicos (significado, sinonimia, analiticidad...) de tal modo que su aplicación estuviera determinada por un conjunto de reglas claras y explícitas, el conjunto recursivo de reglas que constituyen la teoría de la verdad para una lengua.

12.5.1. El programa de D. Davidson

La propuesta de D. Davidson de considerar semánticamente explicativa la teoría de la verdad chocaba al menos con dos objeciones de principio, mencionadas por el propio Tarski: el carácter semánticamente cerrado de las lenguas naturales y la existencia generalizada, en dicho tipo de lenguas, de la ambigüedad. Ninguna de estas dos objeciones de principio le pareció importante a D. Davidson.

La primera se refiere al hecho de que en las lenguas naturales se pueden formar *paradojas semánticas* basadas en la indistinción de niveles semánticos. Según Davidson, éste es un hecho marginal a la teoría del significado, que tiene que ver con el alcance de las expresiones cuantificacionales, y que no se suscita en la mayoría de los casos. Además, *la mayor parte de los problemas de interés filosófico general se plantean dentro de un fragmento de la lengua natural en cuestión, del que puede considerarse que contiene muy poca teoría de conjuntos* («Truth and meaning», pág. 26), de tal modo que la respuesta para la objeción tarskiana consiste en destacar su escasa repercusión práctica: los problemas semánticos interesantes son bastante menos sofisticados que los que plantean las paradojas.

Respecto a la segunda observación de Tarski, la receta de Davidson se basa igualmente en consideraciones prácticas: *Tarski ha mostrado la manera de proporcionar una teoría para lenguajes formales interpretados de diversas clases; escójase uno lo más parecido posible al inglés. Como este nuevo lenguaje ha sido explicado en inglés y contiene mucho inglés, no sólo podemos sino que también pienso que debemos, considerarle como parte del inglés para aquellos que lo comprenden* («Truth and meaning», pág. 29). Así, aproximando cada vez más el lenguaje formal de que se trate a las estructuras de la lengua natural, se irá consiguiendo simultáneamente la expresión de descripciones estructurales de las oraciones de la lengua natural y la formulación de sus condiciones de verdad —y por tanto de su significado—. La estrategia no es, pues, la de reducir la lengua natural a un lenguaje formalizado canónico, sino enriquecer éste hasta hacerlo lo suficientemente expresivo como para representar la riqueza estructural propia de las lenguas naturales.

Éstas son objeciones de principio para las que Davidson tiene respuestas, pero existen problemas de índole interna en la aplicación de su teoría semántica. Tal teoría debe aparejar, según el esquema V, descripciones estructurales de oraciones con las correspondientes condiciones de verdad, y las dificultades se presentan tanto en uno como en otro lado del esquema.

En primer lugar, se encuentran las dificultades de precisar lo que se entiende por «descripción estructural» de una oración. Está claro que Davidson no piensa (no sólo al menos) en una descripción sintáctica —o gramatical en general— de dicha oración. Una descripción de esta clase —independientemente de su viabilidad— no aportaría ninguna luz sobre la forma en que el significado de los componentes de la oración contribuye a las condiciones de verdad— al significado que le corresponden. Ésta es, además, la objeción principal de Davidson a las teorías tradicionales, lingüísticas y filosóficas, del significado: la definición del significado de las piezas léxicas no explica (por adición, acumulación, amalgamamiento, etc.) cuál es el significado de la oración completa. Esto sólo sucede cuando se considera que la estructura pertinente desde el punto de vista semántico es la estructura lógica. Sólo la estructura lógica muestra cómo contribuyen las partes de una oración a la fijación de sus condiciones de verdad: si se trata de una oración simple, mediante la conexión, interpretable de forma conjuntista, de sujeto y predicado; si se trata de una oración compleja, mediante la semántica veritativa de las conectivas lógicas. De tal modo que por «descripción estructural» debe entenderse «descripción de la forma lógica», pues es esta forma lógica la que tiene una conexión sistemática, puesta de relieve por A. Tarski, con las condiciones de verdad.

El programa de investigación de D. Davidson consta pues de una parte *analítica*, que consiste en la asignación de formas lógicas a las construcciones de la lengua natural. Además, impone la tarea de la adscripción de las condiciones de verdad adecuadas a tales formas lógicas, de tal modo que la teoría, una vez contrastada, resulte descriptivamente adecuada.

Parte de las lenguas naturales son susceptibles de una formalización más o menos directa. De hecho, la tradición lógica proporciona esas formalizaciones para ciertos subconjuntos de las lenguas naturales, ciertos fragmentos especialmente simplificados con fines filosóficos o científicos. Pero la inmensa mayoría de las construcciones en una lengua natural no pertenecen a esta clase, no existe una teoría lógica en la cual sean formalizables de una manera directa. El mismo Davidson se encargó de señalar algunas de estas construcciones: *Los que emergen como problemas más profundos son las dificultades de la referencia, de proporcionar una semántica satisfactoria para las oraciones modales, las oraciones sobre las actitudes proposicionales, los términos de masa, la modificación adverbial, los adjetivos atributivos, los imperativos y los interrogativos* («Semantics for natural languages», pág. 63). A lo largo de los años setenta, D. Davidson y muchos otros filósofos del lenguaje, partidarios o no de su teoría, trabajaron en el análisis de estas y otras construcciones siempre con el mismo objetivo: asignarles formas lógicas que implicaran condiciones de verdad congruentes con las intuiciones semánticas de los hablantes. Como botón de muestra, haremos mención de algunos de los análisis propuestos por D. Davidson sobre ciertos tipos de expresiones o construcciones lingüísticas.

12.5.1.1. *Demostrativos*

El análisis de los demostrativos —de los elementos déicticos en general— en la lengua natural desempeña un papel central en la teoría de la verdad. Los demostrativos ponen de relieve que *una teoría de la verdad para una lengua natural debe dar cuenta del hecho de que muchas oraciones varían de valor de verdad dependiendo del momento en que se pronuncian, del hablante y quizás incluso de la audiencia* («Semantics for natural languages», pág. 58). Las condiciones de verdad de las oraciones que incluyen tales tipos de expresiones varían, y la teoría debe preverlo. Así, las oraciones

- (1) Yo soy el autor de este libro
- (2) Mañana te espero en aquel cine
- (3) El tren llegará a las 10 h.

no tienen unas condiciones de verdad fijas, sino que, dependiendo de las circunstancias en que son empleadas, les son adscribibles unas u otras. Los elementos déicticos se pueden caracterizar como los elementos de la oración que hacen referencia directa al contexto o la situación en que se profieren las oraciones; es lo que sucede por ejemplo con el pronombre personal y el adjetivo demostrativo de la oración (1). No es posible determinar su referencia (ni *a fortiori* las condiciones de verdad) si no se tiene conocimiento de quién es el hablante, el oyente, los datos objetivos de la situación, etc. Y como las expresiones déicticas no se reducen a los pronombres, sino que incluyen también los adverbios y la flexión verbal, resulta que es improbable que se puedan asignar condiciones de verdad fijas a *oraciones* de una lengua. Incluso las que parecen estar más alejadas de esa variación, como serían las que tienen como función describir hechos, como en

- (4) Madrid tiene cuatro millones de habitantes

están afectadas por ese tipo de relatividad. Así pues, no solamente «muchas» sino la mayoría o práctica totalidad de las oraciones de una lengua están sujetas a esa variabilidad de sus condiciones de verdad, originada por la presencia de elementos déicticos. Por eso, en palabras de D. Davidson, *la acomodación de los elementos déicticos o demostrativos en una lengua natural significa aceptar un radical cambio conceptual en la forma en que se puede definir la verdad, como se apreciará en la reflexión de cómo se ha de derivar la convención T para que la verdad sea sensible al contexto* («Semantics for natural languages», pág. 59).

Ahora bien, la introducción de elementos no definidos en esta caracterización de la verdad en una lengua natural suscita nuevos problemas, como lo es el de la precisión de la noción de contexto. Sin tal precisión la propia relación en que consiste la verdad, relación entre preferencia y contexto, resulta indeterminada, afectando a su vez a la nitidez que presuntamente introducía la teoría de la verdad en el análisis del significado.

12.5.1.2. *Subordinación completiva proposicional*

Mientras que en los lenguajes formales de la lógica y la matemática no se da el fenómeno de la subordinación completiva —las construcciones con verbo + *que*—, en las lenguas naturales (en el español, en este caso) es muy frecuente. En este tipo de construcciones, ya había advertido Frege las dificultades en la aplicación del principio de composicionalidad: el valor de verdad de la oración compuesta no constituía una función de la referencia de sus elementos componentes. El enfoque de D. Davidson es ligeramente diferente, pero el problema de fondo es ciertamente el mismo: la asignación de una forma lógica que prediga correctamente las condiciones de verdad de este tipo de oraciones. El análisis de Davidson (Davidson, 1968) propone considerar al pronombre relativo *que* como si fuera un demostrativo, de tal modo que las dos oraciones siguientes significarían lo mismo:

(5) El presidente dijo que disminuiría el paro

(6) El presidente dijo esto: disminuirá el paro

El *que* apunta pues, a modo de deíctico, a una referencia, pero tal referencia no tiene por qué ser una idea (una proposición) como en el análisis de Frege —recuérdese que, según éste, las ideas son la referencia de los enunciados en contextos oblicuos u opacos, en los que no es posible la sustitución *salva veritate*—. Además, lo referido por el deíctico *que* en (5) es lo que se encuentra tras los dos puntos en (6) que, se entienda como se entienda, no es idéntico a «disminuirá el paro». «Disminuirá el paro» es un nombre propio de una preferencia y, por tanto, no sustituible sino por otro nombre propio de *la misma* preferencia. Esto es lo que diferencia a (6) de otro análisis propuesto, el que hace equivaler (5) a (7):

(7) El presidente dijo: «disminuirá el paro»

en que lo que se halla entre comillas simples no puede ser sustituido por otra preferencia distinta, como por ejemplo «bajará el desempleo», al contrario de lo que sucede en el análisis propuesto por Davidson.

De acuerdo con éste, la interpretación del deíctico en (6) ha de postular una referencia para éste que sea una preferencia veritativamente equivalente a la preferencia (hecha por el hablante *hi* en un momento de tiempo *tj*) de la oración /disminuirá el paro/. Este análisis, que evita muchos de los inconvenientes de los propuestos por otros filósofos del lenguaje —Frege, Carnap, Quine son los más relevantes— no carece a su vez de problemas, el principal de los cuales es precisamente el de la dificultad de determinar la equivalencia veritativa de dos preferencias sin acudir a la identidad de su significado. Puesto que la ambición de Davidson es procurar una explicación del significado en términos extensionales, es evidente que no puede acudir a conceptos intensionales para definir la equivalencia de condiciones de verdad, pues ello haría circular su explicación.

12.5.1.3. Oraciones de acción

Otro tipo de construcciones lingüísticas a las cuales D. Davidson ha propuesto aplicar su método tarskiano es el de las oraciones de acción, esto es, las que incluyen un predicado que describe una acción realizada por un sujeto:

(8) Juan esperó a María

El análisis lógico tradicional de estas oraciones les asignaba una forma relacional, en la que el predicado de acción liga los diversos elementos entre los que se da la acción. Así, a (8) le correspondería una forma lógica del tipo Pab , donde P es la constante predicativa *esperó*, a representa a Juan y b a María.

La razón por la cual no resulta satisfactorio este análisis tradicional es porque no da cuenta de ciertas inferencias intuitivamente correctas en la lengua natural. Por ejemplo, este análisis es incapaz de registrar las relaciones de consecuencia que se dan entre

(9) Juan esperó a María en el parque

(10) Juan esperó a María en el parque a las 18 h.

y la oración (8): (10) implica (9) que, a su vez, implica (8). El análisis lógico tradicional se limita a asignar a la forma lógica de (9) y (10) uno o dos argumentos más ($Pabe$, $Pabcd$), siendo incapaz por tanto de reflejar la conexión semántica existente entre estas oraciones.

Para remediar esta deficiencia de las propuestas tradicionales, D. Davidson (1967) mantuvo que hay que entender estas oraciones como afirmaciones cuantificadas sobre eventos o acontecimientos, esto es, como equivalentes a «Existe un acontecimiento x , tal que ese acontecimiento se da entre a y b en el caso de (8)». Así, la correspondiente forma lógica de la oración (8) sería $\exists x Pabx$, o, en la forma semiformalizada en que se suele indicar la estructura semántica

(11) $\exists x$ (esperó (Pedro, María))

De acuerdo con esta estructura lógica, que admite variables sobre eventos, se puede reflejar la modificación adverbial de los complementos como *predicados de tal evento*. Así, el complemento «en el parque» puede ser concebido como una relación del evento producido entre Pedro y María y el lugar en que tal evento se produce, de tal modo que la forma lógica de (9) sería

(12) $\exists x$ (esperó) (Pedro, María, x) & $ENcx$)

Del mismo modo se puede operar con el complemento temporal «a las 18 h.», considerándolo una relación entre el evento y el momento de tiempo en que se produjo. De este modo, según Davidson, queda mejor reflejada la estructura lógica interna de las oraciones de acción y, lo que es decisivo desde su peculiar metodología semántica, se pueden recoger las relaciones de consecuencia semántica existentes entre (8) y (9) y (10), relaciones semánticas que quedan explicadas en la asignación de forma lógica a tales oraciones.



TEXTOS

TEXTO 1

D. Davidson,
«Verdad y
significado»,
traducción de
L. Valdés

Decidimos hace un rato no suponer que las partes de las oraciones tienen significados excepto en el sentido ontológicamente neutral de hacer una contribución sistemática al significado de las oraciones en las que aparecen. Puesto que postular significados no ha producido ninguna ganancia, volvamos a esa intuición. Una dirección hacia la que apunta es una cierta visión holista del significado. Si las oraciones dependen para su significado de su estructura, y si entendemos el significado de cada elemento de la estructura solamente como una abstracción a partir de la totalidad de las oraciones en las que desempeña un papel, entonces podemos dar el significado de cualquier oración (o palabra) dando solamente el significado de toda oración (y palabra) del lenguaje. Frege dijo que solamente en el contexto de una oración tiene significado una palabra; podría haber añadido, en la misma vena, que solamente en el contexto del lenguaje tiene significado una oración (y, por lo tanto, una palabra).

Este grado de holismo estaba ya implícito en la sugerencia de que una teoría adecuada del significado tenía que entrañar *todas* las oraciones de la forma «O significa m». Pero ahora, no habiendo encontrado más ayuda en los significados de las oraciones que en los significados de las palabras, preguntémonos si podemos deshacernos de los molestos términos singulares que se supone reemplazan a «m» y referirnos a significados. De algún modo, nada podría ser más fácil: escribamos solamente «O significa que p», e imaginemos «p» reemplazada por una oración. Las oraciones, como hemos visto, no pueden nombrar significados, y las oraciones con «que» como prefijo no son en absoluto nombres, a menos que lo decidamos así. Sin embargo, parece ahora como si estuviésemos en dificultades bajo otra consideración, pues parece razonable esperar que, al luchar con la lógica de la expresión aparentemente no extensional «significa que», nos encontremos con problemas tan difíciles como, o quizás idénticos a los problemas que nuestra teoría se está esforzando en resolver.

El único modo que conozco de tratar con esta dificultad es simple y radical. La ansiedad de que estamos enmarañados en lo intensional surge de usar las palabras «significa que» como relleno entre la descripción de la oración y la oración, pero puede ser que el éxito de nuestra aventura dependa no del relleno, sino de lo que éste rellena. La teoría habrá realizado su trabajo si proporciona, para toda oración O del lenguaje que se está estudiando, una oración apareada con la anterior (para reemplazar a «p») que, en algún sentido que todavía ha de clarificarse, «dé el significado» de O. Una candidata obvia para oración a aparear es justamente O misma, si el lenguaje objeto está contenido en el metalenguaje; en el caso contrario una traducción de o en el metalenguaje. Como paso intrépido final, intentemos tratar la posición ocu-

pada por «p» extensionalmente: para llevar a cabo esto, quitemos de en medio el oscuro «significa que», proveamos a la oración que reemplaza a «p» de una conectiva oracional apropiada, y suministremos a la descripción que reemplaza a O su propio predicado. El resultado plausible es

(V) O es V si y sólo si p

Lo que exigimos de una teoría del significado para un lenguaje L es que sin apelar a ninguna noción semántica (adicional) coloquemos restricciones suficientes sobre el predicado «es V» para entrañar todas las oraciones obtenidas a partir del esquema V cuando O se reemplaza por una descripción estructural de una oración de L y «p» por esa oración.

Cualesquiera dos predicados que satisfagan esta condición tienen la misma extensión, de modo que, si el metalenguaje es suficientemente rico, nada se interpone en el camino de expresar lo que yo llamo una teoría del significado en la forma de una definición explícita de un predicado «es V». Pero, ya esté definido explícitamente o caracterizado de modo recursivo, es claro que las oraciones a las que se aplica el predicado «es V» serán justamente las oraciones verdaderas de L, pues la condición que hemos colocado sobre las teorías del significado satisfactorias es en esencia la Convención V de Tarski que pone a prueba la adecuación de una definición semántica formal de verdad.

El sendero hasta este punto ha sido tortuoso, pero la conclusión puede anunciarse de manera simple: una teoría del significado para un lenguaje L muestra «cómo los significados de las oraciones dependen de los significados de las palabras» si contiene una definición recursiva de verdad-en-L. Y, al menos hasta ahora, no tenemos ninguna otra idea de cómo producir el resultado deseado. Merece la pena subrayar que el concepto de verdad no desempeñaba ningún papel ostensible en el enunciado de nuestro problema original. Este problema, después de ciertos refinamientos, llevó al punto de vista de que una teoría adecuada del significado tiene que caracterizar un predicado que cumpla ciertas condiciones. Constituyó un descubrimiento el que tal predicado se aplicase exactamente a las oraciones verdaderas. Espero que lo que estoy haciendo pueda describirse en parte como una defensa de la importancia filosófica del concepto semántico tarskiano de verdad. Pero mi defensa está solamente relacionada de manera distante, si es que lo está de algún modo, con la cuestión de si el concepto que Tarski ha mostrado cómo definir es la (o una) concepción filosóficamente interesante de verdad, o con la cuestión de si Tarski ha arrojado alguna luz sobre el uso ordinario de palabras como «verdadero» y «verdad». Es un hecho desafortunado el que el polvo proveniente de fútiles y confusas batallas sobre estas cuestiones haya impedido a aquéllos con un interés filosófico en el lenguaje —filósofos, lógicos, psicólogos y lingüistas por igual— el reconocer en el concepto semántico de verdad (bajo cualquier nombre) el sofisticado y poderoso fundamento de una teoría del significado competente.

No hay necesidad de suprimir, desde luego, la conexión obvia entre una definición de verdad del género que Tarski ha mostrado cómo construir, y el



TEXTOS

concepto de significado. Es ésta: la definición funciona dando las condiciones necesarias y suficientes para la verdad de toda oración, y dar las condiciones de verdad es una manera de dar el significado de una oración. Conocer el concepto semántico de verdad para un lenguaje es saber en qué consiste para una oración —para cualquier oración— ser verdadera, y esto equivale, en un buen sentido que podemos dar a la frase, a comprender el lenguaje. De todas formas, esto es mi excusa para un rasgo de la presente discusión que tiene propensión a escandalizar a perros viejos: mi uso desenfadado de la palabra «significado», pues lo que yo llamo teoría del significado ha resultado después de todo no hacer uso alguno de significados, ya sean de oraciones o de palabras. Ciertamente, puesto que una definición de verdad de tipo tarskiano proporciona todo lo que hasta ahora hemos pedido a una teoría del significado, es claro que tal teoría cae confortablemente dentro de lo que Quine denomina la «teoría de la referencia» como algo que se distingue de lo que denomina la «teoría del significado». Con lo dicho hasta ahora basta ya para lo que llamo una teoría del significado, y hasta también, quizás, en contra de mi llamarla así.

Una teoría del significado (en mi ligeramente perverso sentido) es una teoría empírica, y su ambición es dar cuenta del funcionamiento del lenguaje natural. Al igual que cualquier teoría, puede ponerse a prueba comparando alguna de sus consecuencias con los hechos. En el caso presente esto es fácil, pues la teoría ha sido caracterizada como dando como resultado una plétora infinita de oraciones, dando cada una de ellas las condiciones de verdad de una oración; necesitamos solamente preguntar, en casos tomados como muestra, si lo que la teoría afirma que son las condiciones de verdad de una oración lo son realmente. Un caso de prueba típico podría incluir el decidir si la oración «La nieve es blanca» es verdadera si y sólo si la nieve es blanca. No todos los casos serán tan simples (por razones que se bosquejarán), pero es evidente que esta clase de prueba no invita a pensar que se trata de coser y cantar. Una concepción neta de lo que constituye una teoría en este dominio proporciona un contexto excitante para plantear profundas cuestiones sobre cuándo es correcta una teoría del lenguaje y cómo ha de probarse. Pero las dificultades son teóricas, no prácticas. En su aplicación, el problema es obtener una teoría que se aproxime al funcionamiento; cualquiera puede decir si es correcta. Uno puede ver por qué esto es así. La teoría no revela nada nuevo sobre las condiciones bajo las cuales es verdadera una oración individual; no clarifica más esas condiciones en punto alguno de lo que lo hace la oración misma. El funcionamiento de la teoría consiste en relacionar las condiciones de verdad conocidas de cada oración con esos aspectos («palabras») de la oración que recurren en otras oraciones, y a los

que pueden asignarse idénticos papeles en otras oraciones. La potencia empírica de tal teoría depende del éxito en recuperar la estructura de una capacidad muy complicada —la capacidad de hablar y comprender un lenguaje—. Podemos decir con bastante facilidad cuándo los pronunciamientos particulares de la teoría se acomodan a nuestra comprensión del lenguaje; esto es consistente con una ligera idea del diseño de la maquinaria de nuestros logros lingüísticos.

Las observaciones del último párrafo se aplican sólo directamente al caso especial en el que se supone que el lenguaje para el que la verdad está siendo caracterizada es parte del lenguaje usado y comprendido por el caracterizador. Bajo estas circunstancias el constructor de una teoría se aprovechará cuando pueda como algo natural de la ventaja inherente a un metalenguaje con la garantía de una oración equivalente para cada oración del lenguaje objeto. Con todo, este hecho no debería persuadirnos de que pensásemos que es más correcta una teoría que entraña: «La nieve es blanca» es verdadera si y sólo si la nieve es blanca» que una que entrañe en su lugar:

(O) «La nieve es blanca» es verdadera si y sólo si el césped es verde

en el supuesto, desde luego, que estemos tan seguros de la verdad de (O) como lo estamos de la de su más célebre predecesora. Sin embargo, (O) puede no fomentar la misma confianza de que una teoría que la entrañe merezca ser llamada una teoría del significado.

La amenazadora falta de vigor puede contrarrestarse como sigue. Lo grotesco de (O) no es en sí mismo nada en contra de una teoría de la cual es una consecuencia, en el supuesto de que la teoría dé los resultados correctos para toda oración (sobre la base de su estructura, no habiendo ninguna otra manera). No es fácil ver cómo (O) podría ser parte de tal empresa, pero, si lo fuese —esto es, si (O) se siguiese de una caracterización del predicado «es verdadero» que llevase al emparejamiento invariable de verdades con verdades y falsedades con falsedades—, entonces, pienso, no habría nada esencial a la idea de significado que quedara por capturar.

Lo que aparece a la derecha del bicondicional en las oraciones de la forma «O es verdadera si y sólo si p» cuando tales oraciones son consecuencia de una teoría de la verdad desempeña su papel al determinar el significado de O no pretendiendo sinonimia, sino añadiendo una pincelada más al cuadro que, tomado como un todo, dice qué hay que conocer del significado de O; esta pincelada se añade en virtud del hecho de que la oración que reemplaza a «p» es verdadera si y sólo si O lo es.



TEXTOS

Ejercicios

1. ¿En qué consiste el *holismo de la especificación del significado* para las oraciones de una lengua, según D. Davidson?
2. Enuncie las constricciones comunes a una teoría del significado y una teoría de la verdad según el texto.
3. ¿En qué principio se basa la (aparente) equivalencia de una teoría del significado y una teoría de la verdad? ¿Por qué?



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- TARSKI, A.
 - «Der Wahrheitsbegriff in der Formalistischen Sprachen», *Studia Philosophica*, 1936; traducción al inglés de A. Tarski, 1956.
 - «The semantic conception of truth and the foundations of semantics», *Philosophy and Phenomenological Research*, 1944. Versión en castellano en M. Bunge, comp., *Antología semántica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1960.
 - «The Establishment of scientific semantics», en A. Tarski, 1956.
 - Logic, semantics, metamathematics*, Oxford U. Press, Oxford, 1956.
- DAVIDSON, D.
 - «Actions, reasons and causes», *The Journal of Philosophy*, 60, 1963.
 - «Theories of meaning and learnable languages», en Y. Bar Hillel, ed., *Logic, Methodology and Philosophy of science*, 1965; también en D. Davidson, 1984. Versión española en T. M. Simpson, comp., *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.
 - «The logical form of action sentences», en N. Rescher, ed., *The Logic of decision and action*, Pittsburgh, 1967.
 - «Truth and meaning», *Synthese*, VII, págs. 304-323, 1967; también en D. Davidson, 1984.
 - «True to the facts», *Journal of Philosophy*, 66, págs. 158-174, 1969; también en D. Davidson, 1984.
 - «On saying that», en D. Davidson y J. Hintikka, eds., *Words and objections*, págs. 158-174, Reidel, Dordrecht, 1969; también en D. Davidson, 1984.
 - «In Defense of convention T», en H. Leblanc, ed., *Truth, Syntax and modality*, págs. 76-85, 1973; también en D. Davidson, 1984.
 - «Radical interpretation», *Dialectica*, 27, págs. 313-328, 1973; también en D. Davidson, 1984.
 - «Belief and the basis of meaning», *Synthese*, 27, págs. 309-323, 1974; también en D. Davidson, 1984.
 - «Reply to Forster», en G. Evans y M. McDowell, eds., 1976.
 - «Reality without reference» en M. Platts, ed., 1980.
 - Essays on Actions and Events*, Oxford U. Press, Oxford, 1980.
 - Inquiries into truth and interpretation*, Oxford U. Press, Oxford, 1984.
 - «The structure and content of truth», *Journal of Philosophy*, 87, 6, págs. 279-328, 1990.



BIBLIOGRAFÍA

- DAVIDSON, D., y HINTIKKA, J., eds.

Words and Objections: essays on the Work of W. O. Quine, Reidel, Dordrecht, 1969.

- DAVIDSON, D., y HARTMAN, G., eds.

Semantics of natural language, Reidel, Dordrecht, 1972.

The Logic of Grammar, Dickenson, Encino, 1975.

Ensayos y artículos

ACERO, J. J. (1984), «Verbos que se comportan como antecedentes pronominales», *Teorema*, 14, 3-4, págs. 309-323.

AUSTIN, J. L. (1964), «Truth», *PAS, Supplementary volume*, 24, págs. 111-128, 1950. Reimpreso en G. Pitcher, ed.

BALDWIN, T. (1982), «Prior and Davidson on indirect speech», *Philosophical Studies*, 25.

BALDWIN, T. (1974), «Truth and singular terms», *Nous*, VIII, págs. 309-325.

BALDWIN, T. (1974), «Demonstrative constructions, referente and truth», *Journal of Philosophy*, 71, págs. 205-223.

BLACKBURN, S. W. (1984), *Spreading the word*, Oxford: Clarendon Press.

CHIHARA, C. S., y FODOR, J. A. (1975), «Davidson's extensional theory of meaning», *Philosophical Studies*, 28, págs. 1-15.

COOPER, D. E. (1973), «Synonymy», *Ratio*.

COOPER, D. E. (1973), *Philosophy and the nature of language*, Longman, Londres.

DAVIES, M. (1980), *Meaning, Quantification and Modality*, Routledge, Londres.

DEVITT, M. (1974), «Singular terms», *Journal of Philosophy*, 71, págs. 183-205.

DEVITT, M. (1984), *Realism and Truth*, Oxford: Blackwell.

DUMMETT, M. (1958-1959), «Truth», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 59.

DUMMETT, M. (1975), «What is a theory of meaning», en S. GUTTENPLAN, ed., *Mind and language*, págs. 97-138, Clarendon, Oxford.

DUMMETT, M. (1976), «What is a theory of meaning?, II», en G. EVANS y M. McDOWELL, eds., págs. 67-137.

EVANS, G. (1976), «Semantic structure and logical form», en G. EVANS y M. McDOWELL, eds., págs. 199-222.

- EVANS, G. (1981), «Understanding demonstratives», en H. PARRET y J. BOUVERESSE, eds., *Meaning and Understanding*, págs. 280-303, De Gruyter, Berlin.
- EVANS, G. (1982), *The varieties of reference*, Oxford U. Press, Oxford.
- EVANS, G., y McDOWELL, eds. (1976), *Truth and meaning*, Oxford U. Press, Oxford.
- EVNINE, S. (1991), *D Davidson*, Palo Alto: Stanford U. Press.
- FIELD, H. (1980), «Tarski's theory of truth», *Journal of Philosophy*, 69, 3, págs. 347-375, 1972; también en M. Platts, ed., págs. 83-110.
- FIELD, H. (1982), «Realism and relativism», *Journal of Philosophy*, 84.
- FOSTER, J. A. (1976), «Meaning and truth theory», en G. EVANS y M. McDOWELL, eds.
- FRENCH, P., UEHLING, T., y WETTSTEIN, H. K., eds. (1979), *Contemporary Perspectives in the Philosophy of language*, U. of Minnesota Press, Minneapolis.
- GARCIA SUAREZ, A., y VALDÉS, L. M. «Significado, verdad y comprensión», *Teorema*, 12, 1-2, págs. 27-42.
- GUTTENPLAN, S., ed. (1975), *Mind and language*, Clarendon Press, Oxford.
- HAACK, R. J. (1971), «On Davidson's paratactic theory of oblique contexts», *Nous*, V.
- HAACK, S. (1978), *Philosophy of Logics*, Cambridge U. Press, Cambridge. Traducción española: *Filosofía de las lógicas*, Cátedra, Madrid, 1982.
- HACKING, I. (1975), *Why does language matter to philosophy?*, Cambridge U. Press, Cambridge. Versión en castellano: *¿Por qué importa el lenguaje a la filosofía?* Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1975.
- HARMAN, G. (1972), «Logical form», *Foundations of language*, 9, págs. 38-65.
- HARMAN, G. (1974), «Meaning and semantics», en M. K. MUNITZ y P. K. UNGER, eds., *Semantics and Philosophy*, New York U. Press, Nueva York.
- HARRISON, B. HARMAN, G. (1979), *An Introduction to the philosophy of language*, MacMillan, Londres.
- HIERRO S. PESCADOR, J. HARMAN, G. (1984), «Significado y verdad en las oraciones no indicativas (o las dificultades de D. Davidson)», *Teorema*, 14, 3-4, págs. 299-308.
- HORWICH, P. (1990), *Truth*, Oxford: Blackwell.
- HORWICH, P. (1998), *Meaning*, Oxford: Clarendon.
- KAPLAN, D. (1969), «Quantifying In», en D. DAVIDSON y J. HINTIKKA, eds., págs. 206-242.
- KAPLAN, D. (1978), «On the logic of demonstratives», *Journal of Philosophical Logic*, 8, págs. 81-98.
- KEMPSON, R. (1977), *Semantic theory*, Cambridge U. Press, Cambridge. Traducción al castellano en Teide, Barcelona.

- LEMMON, E. (1966), «Sentences, statements and propositions», en B. Williams y A. Montefiore, eds., 1966.
- LEWIS, D. (1970), «General semantics», *Synthese*, 22, págs. 18-67; reimpresso en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 169-218, 1972.
- LYCAN, W. G. (1972-73), «Davidson on saying that», *Analysis*, 33.
- MCDOWELL, J. (1976), «Truth conditions, bivalence and verificationism», en G. EVANS y J. MCDOWELL, eds., 1976, págs. 42-66.
- MCDOWELL, J. (1980), «On the sense and reference of a proper name», *Mind*, 86, págs. 159-185, 1977; reimpresso en M. PLATTS, ed.
- MCDOWELL, J. (1980), «Meaning, communication and knowledge», en J. VAN STRATEN, ed., págs. 117-139.
- McFETRIGDE, L. (1975-76), «Propositions and Davidson's account of indirect discourse», *PAS*, vol. 76, págs. 131-145.
- MCGINN, C. (1977), «Semantics for Non-indicative sentences», *Philosophical Studies*, 32, págs. 301-311.
- MUNITZ, M., y UNGER, P. K., eds. (1974), *Semantics and Philosophy*, New York U. Press, Nueva York.
- NEEDHAN, E. (1975), «The speakers point of view», *Synthese*, 26, págs. 332-350.
- PAP, A. (1954), «Propositions, sentences and the semantic definition of truth», *Theoria*, 20.
- PERRY, J. (1977), «Frege on Demonstratives», *Philosophical Review*, 86.
- PITCHER, G., ed. (1964), *Truth*, Prentice Hall, Nueva York.
- PLATTS, M. (1979), *Ways of meaning*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- PLATTS, M., ed. (1980), *Reference, truth and reality*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- POPPER, K. (1972), «Philosophical comments on Tarski's theory of truth», en K. POPPER, *Objective Knowledge*, Oxford U. Press, Oxford. Versión en castellano en Tecnos, Madrid, 1974.
- RAMBERG, B. (1989), *D. Davidson's philosophy of language*, Oxford: Blackwell.
- RODRÍGUEZ TIRADO, A. (1983), «Teorías de la verdad y teorías del significado: dos programas alternativos», *Dianoia*, 29, págs. 227-249.
- SELLARS, W. (1962), «Truth and correspondence», *Journal of Philosophy*, 49, 1, págs. 29-55.
- SMITH, P. (1976), «Blackburn on saying that», *Philosophical Studies*, 30.
- VAN STRAATEN, Z., ed. (1980), *Philosophical subjects. Essays presented to Prof. P. F. Strawson*, Clarendon, Oxford.
- STRAWSON, P. F. (1971), «Meaning and truth», en P. F. STRAWSON, *Logico-linguistic Papers*, Methuen, Londres.
- UNGER, P. (1974), *Truth*, en M. Munitz y P. K. Unger, eds., 1974.
- VERMAZEN, B., y HINTIKKA, M. B., eds. (1985), *Essays on Davidson: Actions and events*, Clarendon Press, Oxford.

- WALLACE, J. (1979), «Only in the context of a sentence do words have any meaning», en P. FRENCH y otros, eds., págs. 305-325.
- WEINSTEIN, P. (1975), «Truth and demonstratives», *Nóus*, 8, 1974; también en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 60-63, 1975.
- WILLIAMS, B. y MONTEFIORE, A. eds. (1966), *British analytical Philosophy*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- WILLIAMS, C. J. F. (1976), *What is truth?*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- WRIGHT, C. (1976), «Truth conditions and criteria», *PAS*, supplementary vol., 50.
- WRIGHT, C. (1987), *Realism, meaning and truth*, Oxford: Blackwell.
- WRIGHT, C. (1992), *Truth and Objectivity*, Cambridge, Mass.: Harvard U. Press.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Aunque la traducción no es de fiar, se pueden encontrar versiones en español de los principales artículos semánticos de D. DAVIDSON en *De la verdad y la interpretación*, Barcelona: Gedisa (1990). A. GARCÍA SUÁREZ (1997) contiene una adecuada exposición de lo que es el programa de D. Davidson en semántica, pero es M. de BRETTON PLATTS (1992) la obra que constituye un desarrollo sistemático de ese programa. M. PLATTS, ed. (1980) reúne buena parte de los artículos centrales en el programa semántico de D. DAVIDSON y J. HIERRO SÁNCHEZ PESCADOR (1990) analiza las principales dificultades para ese programa, del que ofrece una panorámica la colección de trabajos reunida por E. LePore, ed. (1986), *Truth and Interpretation: Perspectives on the Philosophy of D. Davidson*, Oxford: Blackwell. Además, K. TAYLOR (1998) es una exposición reciente de una semántica en términos de condiciones de verdad y D. WIGGINS (en B. HALE y C. WRIGHT, eds., 1997) un análisis contextualizado del programa de Davidson (v. Bibliografía general, *infra*).

TEMA 13

Referencia y ontología: nombres y designación rígida

ESQUEMA/RESUMEN

- 13.1. Introducción
- 13.2. Los nombres y el nombrar
- 13.3. Aprioricidad y necesidad
- 13.4. La teoría causal de la referencia

13.1. INTRODUCCIÓN

Durante muchos años, con pocas excepciones, la concepción fregeana de la doble función semiótica fue un supuesto asumido en filosofía del lenguaje. Se admitía que toda expresión lingüística, simple o compleja, tenía dos dimensiones, la de la referencia, que la ligaba a la realidad expresada o designada, y la del sentido, unida a la forma en que tal realidad era aludida o reconocida, a sus propiedades epistémicamente relevantes. Pero ese supuesto admitido comenzó a ser considerado de una forma más crítica a partir de finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. De hecho, la teoría de G. Frege había encontrado dificultades en el caso de categorías como la de los nombres propios, en las que se había visto forzada a postular tesis artificiosas, como la de que el sentido del nombre propio fuera una propiedad variable y dependiente de la capacidad asociativa del hablante. Ni B. Russell ni L. Wittgenstein se habían resignado a la solución fregeana y habían propuesto las propias. B. Russell había negado que los nombres propios fueran una categoría lógica, reduciéndolos a descripciones abreviadas de carácter implícito. L. Wittgenstein había rechazado de plano que los nombres tuvieran sentido, asegurándoles una función puramente referencial, a semejanza de lo que, antes de Frege, había propugnado J. S. Mill.

La obra de S. Kripke pretende, al igual que la de L. Wittgenstein en el *Tractatus*, retornar a la tesis de J. S. Mill, pero en el contexto de una teoría de la referencia más elaborada y argumentada. De una teoría de la referencia cuya orientación es más filosófica que lingüística, pues está menos dirigida a la explicación de hechos lingüísticos que a la extracción de argumentos o tesis de carácter metafísico. En este sentido, la obra de S. Kripke es una ilustración adecuada de un cierto modo de hacer filosofía que se ha impuesto en buena parte de países occidentales, fundamentalmente los anglosajones. Se parte de consideraciones semánticas, como las que tienen que ver con las relaciones entre el lenguaje y la realidad, y posteriormente se aplican los resultados obtenidos al ataque o defensa de ciertas tesis filosóficas tradicionales de carácter epistemológico u ontológico. Así, la obra de Kripke en el campo de la filosofía del lenguaje se encuentra ligada a la reconsideración crítica de un conjunto de problemas tradicionales en filosofía, que van desde

las dicotomías kantianas (*analítico/sintético; a priori/a posteriori*) hasta la doctrina del esencialismo o la del dualismo cartesiano (no existe identidad entre la mente y el cuerpo). De ahí la atención que ha recibido y el interés que ha despertado, constituyendo una referencia obligada en cualquier panorama adecuado de la filosofía contemporánea.

No obstante, la exposición de sus tesis filosóficas principales, aun no ignorando la trascendencia de sus consecuencias, se desarrollará en el ámbito propiamente lingüístico. Esto quiere decir que va a insistir propiamente en la *teoría de la referencia* propuesta por Kripke para diferentes categorías lingüísticas, centrándose más en las argumentaciones que la sostienen como tal teoría que en los razonamientos que pretenden concluir tesis no propiamente lingüísticas.

13.2. LOS NOMBRES Y EL NOMBRAR

La teoría de Frege sobre la referencia de los nombres propios y las descripciones (los términos singulares) afirmaba que tal referencia era una relación *indirecta*. No se trataba de una relación inmediata entre el lenguaje y la realidad, sino de una relación triádica en que también intervenía el *concepto*, entendido en su sentido objetivo o intersubjetivo. La función del sentido era, de acuerdo con esta teoría, la de «iluminar parcialmente» la referencia, esto es, la de permitir la localización de la referencia a través de la captación de alguna de sus propiedades. Sin el sentido, tal localización era difícilmente concebible, puesto que el sentido constituía el *elemento cognitivo necesario* de la determinación referencial. Toda expresión referencial se encontraba ligada o asociada a un sentido, modo de presentación o representación lingüística de la realidad.

La postulación de esta doble dimensión sentido/referencia estaba orientada hacia la resolución de importantes problemas semánticos:

1. El problema de la identidad; sólo postulando un sentido para las expresiones referenciales se puede explicar que los enunciados de identidad sean informativos, esto es, sintéticos. Si la identidad « $a = b$ » se entendiera en una forma puramente referencial, sería equivalente a « $a = a$ », enunciado analítico e informativamente vacío. Los nombres a y b , si el enunciado de identidad es verdadero, designan un mismo objeto, pero lo designan de modo diferente, presentándolo lingüísticamente mediante diferentes propiedades. Lo que el enunciado de identidad expresa, aquello en que consiste la información que encierra, es que el objeto designado mediante el nombre a (con la correspondiente propiedad ligada a ese nombre) es el mismo objeto que designa el nombre b (igualmente con su sentido propio incorporado). Por eso el enunciado de identidad no es vacuamente verdadero y expresa una verdad fáctica: porque la afirmación de identidad se encuentra mediada por el sentido conceptual de los nombres empleados.

2. El problema de la sustituibilidad; sólo postulando el sentido como dimensión propiamente semántica se pueden explicar los fallos en la aplicación del principio de sustituibilidad *salva veritate*. De acuerdo con este principio se puede sustituir, en cualquier contexto, un término por otro término, siempre que éste sea correferencial con el primero, siempre que designe lo mismo que aquél. El principio predice que tal sustitución no ha de afectar al valor de verdad del enunciado en que se efectúa la sustitución, pues al ser el valor de verdad una función de la referencia de los elementos componentes del enunciado, no ha de variar por tal maniobra sustitutoria.

Sin embargo, ya Frege se había dado cuenta de que el principio de sustituibilidad no es aplicable en cualquier contexto. En particular, él se fijó en los contextos oracionales de *actitud proposicional*, en los contextos en que una oración completiva está regida por un predicado que expresa una actitud epistémica por parte de un hablante (por ejemplo, los predicados *pensar*, *creer*, *afirmar*, *sospechar*, etc.). En un enunciado que ilustra un contexto así, como en

(1) Mi hijo creía que Barcelona era la capital de España

la expresión referencial «la capital de España» no puede sustituirse por el nombre correferencial «Madrid», pues tal sustitución

(2) Mi hijo creía que Barcelona era Madrid

puede variar el valor de verdad de todo el enunciado: (1) puede ser verdadero, pero (2) falso).

Otro tipo de contexto en que tampoco funciona siempre el principio de sustituibilidad *salva veritate* es el modal, esto es, el contexto en que una oración se encuentra en el *alcance* de un operador modal (como «necesariamente», «posiblemente», etc.). Por ejemplo, si se considera el enunciado

(3) Necesariamente $9 = 9$

no se puede sustituir, en la identidad $9 = 9$, uno de los términos por una expresión correferencial (por ejemplo, «el número de los planetas del sistema solar») pues entonces se obtiene

(4) Necesariamente $9 =$ el número de los planetas del sistema solar

que constituye un enunciado falso, pues enuncia un hecho contingente, que podría ser de otro modo.

La solución de Frege, como es bien sabido (véase el Tema 8), consistió en afirmar que las expresiones referenciales, en tales tipos de contextos, no refieren a su referencia habitual, sino a su sentido. De tal modo que, para preservar el valor de verdad del enunciado tras la sustitución, es preciso que tal sustitución haya dejado inalterado el sentido, es necesario que la expresión referencial por la que se sustituye otra tenga el mismo sentido que ésta.

3. El problema de las expresiones referenciales vacías; sólo si se distingue entre sentido y referencia se puede explicar que los enunciados que contienen expresiones referenciales vacías sean informativos, aunque resulte controvertida la cuestión de su valor de verdad. Puesto que el *contenido informativo* de un enunciado no depende (sólo) de que sus componentes tengan referencia, sino de que posean un sentido, los enunciados como

(5) Pegaso no existe

(6) Pegaso es un caballo alado

son interpretadas por los hablantes de una lengua como portadores de información acerca de Pegaso. Si no se admite la distinción entre sentido y referencia, y el hecho de que en (5) y (6) se habla del sentido de «Pegaso», la interpretación de estas oraciones caería en el absurdo.

La capacidad para tratar de una forma plausiblemente adecuada todos estos problemas semánticos es lo que convirtió a la teoría fregeana en una teoría paradigmática en nuestro siglo, defendida en uno u otro sentido por filósofos del lenguaje como R. Carnap, M. Dummet, J. Searle o P. F. Strawson. Frente a ella, la teoría de la referencia propuesta por S. Kripke (y también por H. Putnam, v. el siguiente Tema) ha tenido que demostrar que puede proporcionar soluciones igualmente adecuadas a estos rompecabezas semánticos, probando así que constituye una alternativa seria a la teoría ortodoxa.

La teoría de la referencia propuesta por S. Kripke se encuentra formulada en su obra *Naming and Necessity* (Kripke, 1980), que constituye una revisión y ampliación de un conjunto de conferencias pronunciadas en la Universidad de Princeton en 1970 (publicadas en Kripke, 1972). En ella parte Kripke de la distinción hecha por K. Donnellan (1966) entre el *uso referencial* y el *uso atributivo* de una expresión nominal. De acuerdo con Donnellan, las descripciones lingüísticas están sujetas a una cierta ambigüedad *de uso*, de tal modo que no se puede saber, por simple inspección de su estructura gramatical, cuál es la función semántica que cumplen. Así, en la oración

(7) El hombre que está allí bebiendo cava está contento

es posible que la descripción «el hombre que está allí bebiendo cava» no sea usada por el hablante sino para indicar un determinado individuo del cual desea hacer alguna afirmación y del cual cree, erróneamente, que está bebiendo cava. Es posible que, en tal uso, el individuo referido no satisfaga la descripción utilizada por el hablante, aunque tanto el hablante como el auditorio sean capaces de aislar el referente en cuestión a través de esa referencia inadecuada. En estos casos, según Donnellan, nos encontramos frente a un *uso referencial* de la descripción y, según Kripke, ante un acto de *referencia del hablante* (Kripke, 1977): el hablante pretende referirse a un determinado referente y lo logra, a pesar de utilizar expresiones semánticamente no adecuadas, mediante la expresión de sus intenciones y las características del

contexto en el cual efectúa tal intento (características que pueden incluir falsas creencias compartidas con la audiencia).

De los usos referenciales de las descripciones definidas o de las referencias del hablante hay que distinguir los usos propiamente atributivos o las referencias *semánticas*. Según Donnellan, la distinción se establece del siguiente modo: *un hablante que usa atributivamente una descripción definida en una afirmación enuncia algo que es tal-y-cual. Un hablante que usa una descripción definida de forma referencial en una afirmación, por su parte, utiliza la descripción para capacitar a su audiencia para identificar aquello de lo que está hablando y enuncia algo de esa persona o cosa* (K. Donnellan, 1966). Es decir, en el uso atributivo de la descripción definida es preciso que la propiedad que tal descripción lleva aparejada se aplique al referente pues, si no, no se efectúa la referencia ni, *a fortiori*, se predica nada de tal referente; la descripción determina una referencia en virtud del significado de sus componentes, independientemente de las intenciones de quien la usa y de rasgos contextuales (excepto si la descripción contiene expresiones deícticas).

La distinción establecida por K. Donnellan para las descripciones definidas se aplica igualmente, según Kripke, al caso de los nombres propios: *Dos hombres entrevén a alguien que está a una cierta distancia y piensan reconocer en él a Jones. «¿Qué hace Jones?» «Recogiendo las hojas.» Si el distante barrendero es en realidad Smith, entonces en cierto sentido se están refiriendo a Smith, incluso aunque ambos usen «Jones» como un nombre de «Jones». En el texto, hablo del «referente» de un nombre para indicar la cosa nombrada por el nombre, esto es, Jones, no Smith, incluso aunque se pueda decir correctamente en ocasiones que un hablante usa el nombre para referirse a alguien más* (*Naming and necessity*, pág. 25). De tal modo que la teoría de Kripke pretende establecer afirmaciones, no sobre los *referentes del hablante*, que Kripke piensa que es asunto de la pragmática, sino sobre las *referencias semánticas*, las que corresponden a las expresiones en virtud de las convenciones semánticas vigentes en una lengua. Desde este punto de vista, saltan inmediatamente a la vista los inconvenientes de la teoría fregeana sobre los nombres propios: *En el caso de nombres propios genuinos, como «Aristóteles», pueden diferir las opiniones en cuanto a su sentido. Como tal, se puede sugerir por ejemplo el discípulo de Platón y el maestro de Alejandro Magno. Quien admite tal sentido interpretará el significado del enunciado «Aristóteles nació en Estagira» de forma diferente que aquél que interpreta el sentido de «Aristóteles» como el estagirita maestro de Alejandro Magno* (G. Frege, *Estudios sobre semántica*, pág. 51). El primero que viene a la mente es que, si una descripción forma parte del *sentido* de un nombre propio, la oración que predica tal descripción de lo referido por el nombre es una oración *analítica*, esto es, verdadera en virtud del significado. Eso es lo que sucede con la oración mencionada por Frege, «Aristóteles nació en Estagira»: para algunos hablantes será analítica y para otros no, dependiendo de que asocien el sentido de «Aristóteles» a la propiedad descrita por «el filósofo originario de Estagira». Pero,

de acuerdo con las más evidentes intuiciones semánticas «Aristóteles era originario de Estagira» enuncia un hecho contingente, no necesario, y por lo tanto resulta inadecuada calificarla como oración *analítica*. En principio, ésta es la conexión existente entre la semántica de los nombres y la noción de necesidad: si la descripción es parte de la especificación del *significado* del nombre, queda determinada una cierta clase de oraciones analíticas y, según reza la doctrina tradicional, esa misma clase de oraciones necesariamente verdaderas.

La teoría de Frege de la referencia indirecta de los nombres propios fue matizada por L. Wittgenstein en su obra *Investigaciones filosóficas*, en la que puso en duda que el *significado* de un nombre propio quedara completamente contenido en una sola descripción: *Considérese este ejemplo. Si uno dice «Moisés no existió» esto puede querer decir diferentes cosas. Puede significar: los israelitas no tuvieron un único líder cuando huyeron de Egipto, o: su líder no se llamaba «Moisés», o: no pudo existir nadie que realizara todo lo que la Biblia dice de Moisés... Pero cuando hago una afirmación sobre Moisés, ¿puedo sustituir en cada caso una de estas descripciones por «Moisés»? Quizás pueda decir: por «Moisés» entiendo el hombre que hizo lo que la Biblia cuenta de Moisés o, en cualquier caso, una buena parte de ello. Pero, ¿cuánto? ¿He decidido cuánto ha de considerarse falso para que yo califique mi proposición como falsa? ¿Tiene para mí el nombre «Moisés» un uso fijo e inequívoco en todos los casos posibles? (Philosophical Investigations, 1953, §79).* Como se puede advertir, Wittgenstein parece proponer que el significado del nombre propio (que en esta obra se aproxima a los *criterios de uso* de la expresión), está dado por el *conjunto de las descripciones* con los que se puede identificar el nombre, descripciones que forman una especie de *racimo* (*cluster*) o *familia*, en el sentido de que están estructuralmente unidas por relaciones. Ésta es la idea que también propuso J. Searle (1958) manteniendo que el referente de un nombre debe satisfacer todas o, al menos, la mayoría de las descripciones que constituyen su significado. La teoría del racimo es pues la forma moderna que ha adoptado la teoría de G. Frege, y la que ha recibido las críticas de S. Kripke y la de todos sus partidarios de la teoría de la referencia directa (por ejemplo, en España, esta polémica se ha producido entre los filósofos del lenguaje J. Hierro Sánchez Pescador, 1978, y A. García Suárez, 1973).

Según S. Kripke, es posible proponer la teoría del racimo en dos sentidos: *a)* como una especificación del *significado* del nombre propio; la disyunción lógica de las descripciones (o de una buena parte de ellas) equivaldría a ese significado, o *b)* como una teoría acerca de cómo se *fija* la referencia de un nombre propio, esto es, como una hipótesis acerca de cómo se explica o aprende a utilizar dicho nombre propio. Kripke tiene objeciones a ambas formas de entender tal teoría, considerándola inadecuada tanto como teoría semántica de los nombres propios como tesis sobre el modo en que se establece su referencia.

La tesis que S. Kripke mantiene es que los nombres propios son *designadores rígidos*, entendiendo por tales los términos que *en cualquier mundo posible* designan el mismo objeto o individuo. Por *mundo posible* entiende, a su vez, de forma intuitiva, una *situación contrafáctica*, esto es un conjunto de hechos o estados de cosas que son diferentes del mundo real (aunque el mundo real es también por supuesto, un mundo posible). Los mundos posibles, así caracterizados, son el producto de *estipulaciones* puramente lógicas, que no tienen en principio en cuenta las leyes de causalidad física o cualesquiera otras fuentes de ‘necesidad’ fáctica. Por ejemplo, un mundo posible puede ser uno en el que no existan los mismos individuos que en el mundo real, o uno en que los individuos que existen en el mundo real tengan diferentes características de las que tienen. Así, para utilizar el mismo ejemplo que Kripke propone, un mundo posible es uno en el que Nixon no es presidente de los EEUU en 1970, un mundo en el que Nixon careciera de esa propiedad. El individuo Nixon seguiría existiendo en ese mundo, seguiría siendo Nixon, aunque no fuera cierto el enunciado «Nixon fue presidente de los EEUU en 1970». No podríamos referirnos a Nixon utilizando, en 1970, la expresión «el presidente de los EEUU», porque esa expresión designaría probablemente a otra persona diferente de Nixon.

La diferencia entre las expresiones «Nixon» y «el presidente de los EEUU en 1970» parece consistir en que, mientras que mediante la primera nos referiremos a Nixon en cualquier situación imaginable (en que Nixon existe), no sucede lo mismo con la segunda. Esa diferencia es la que Kripke destacó introduciendo la terminología designador rígido/designador accidental o no rígido: *Una de las tesis intuitivas que mantendré en estas charlas es la de que los nombres son designadores rígidos. Ciertamente parecen satisfacer la prueba intuitiva mencionada anteriormente: aunque alguien diferente del presidente de los EEUU en 1970 pudiera haber sido el presidente de los EEUU en 1970 (por ejemplo, Humphrey podría haberlo sido), nadie sino Nixon podría haber sido Nixon. De la misma forma un designador designa rigidamente un objeto determinado si designa al objeto dondequiera que el objeto exista... Por ejemplo, «el presidente de los EEUU en 1970» designa a un hombre determinado, Nixon, pero alguien más (por ejemplo, Humphrey) podía haber sido presidente en 1970, y no haberlo sido Nixon; por eso ese designador no es rígido. En estas lecciones argumentaré en forma intuitiva que los nombres propios son designadores rígidos, porque aunque el hombre (Nixon) podía no haber sido el Presidente, no es el caso de que pudiera no haber sido Nixon (aunque podría no haberse llamado Nixon) (Naming and necessity, págs. 48-49).*

La forma de la argumentación de Kripke, apelando a situaciones contrafácticas o mundos posibles, suscita inmediatamente el problema de la identificación de los individuos y objetos. En efecto, si las propiedades que sirven para identificar un individuo en el mundo real no son aplicables en otra situación contrafáctica, ¿cómo estamos seguros de que se trata del *mismo* individuo? Es preciso disponer de un criterio que permita afirmar que el

individuo Nixon, al cual nos referimos con el nombre «Nixon» en el mundo real, es el mismo individuo que, en otro mundo posible, puede tener otro nombre, o puede ser identificado mediante propiedades de las que carece en el mundo real. Esto es, si «Nixon» es un designador que designa a Nixon en cualquier situación imaginable es porque se dispone del modo de asegurar que «Nixon» refiere al mismo individuo en todos esos mundos posibles, independientemente de las descripciones que, en esos mundos, sean verdaderas del individuo.

La respuesta de Kripke a esta cuestión es una inversión del argumento: *Aquellos que han argumentado que, para que la noción de designador rígido tenga sentido, hemos de dar sentido previamente a los «criterios de identificación transmundana» han colocado justo el carro delante de los bueyes; precisamente porque nos podemos referir (rígidamente) a Nixon, y estipular que estamos hablando de lo que le podría haber sucedido (bajo ciertas circunstancias), es por lo que las «identificaciones transmundanas» no son problemáticas en estos casos* (*Naming and necessity*, pág. 49). Lo que Kripke arguye pues es que la misma forma de hablar acerca de las situaciones contrafácticas supone ya la identificación transmundana: cuando hablamos de una cierta persona y de las cosas que le podrían haber sucedido (y no le sucedieron) estamos hablando de una situación (mundo posible) de la que forma parte *esa misma* persona y no otra, estamos dando por supuesto que se trata del *mismo* individuo. Y la forma en que expresamos tal supuesto es justamente la utilización del nombre propio; el hecho de que utilicemos el nombre propio es el que asegura (a efectos de la comunicación interpersonal) que nos estamos refiriendo al mismo individuo. Es posible que, para fijar la referencia de «Nixon» en un mundo posible distinto del real, utilicemos una descripción, pero la cuestión está en si eso es una definición del significado de «Nixon» en ese mundo posible, si en algún sentido se puede considerar esa descripción como sinónima de «Nixon». Kripke insiste una y otra vez en distinguir entre definiciones cuya finalidad es fijar la referencia y definiciones cuyo fin es proporcionar el significado: «Supóngase que la referencia de un nombre propio viene dada por una descripción o racimo de descripciones. Si el nombre *significa lo mismo* que esa descripción o racimo de descripciones, no será un designador rígido. No designará necesariamente al mismo individuo en todos los mundos posibles, ya que otro objeto puede tener las propiedades en cuestión en otros mundos posibles, a menos (por supuesto) que usemos propiedades esenciales en nuestra descripción. Así, supóngase que decimos «Aristóteles es el hombre más destacado de los que estudiaron con Platón». Si lo utilizamos como una *definición*, el nombre «Aristóteles» ha de significar «el hombre más destacado de los que estudiaron con Platón». Ahora bien, por supuesto en otro mundo posible ese hombre puede no haber estudiado con Platón y otro hombre haber sido Aristóteles. Si, por otro lado, usamos la descripción sólo para *fijar el referente*, entonces ese hombre será el referente de «Aristóteles» en todos los mundos posibles. El único uso de la descripción habrá sido el de localizar al hombre al que nos pretendemos referir. Pero entonces,

cuando contrafácticamente afirmamos «supón que Aristóteles nunca se dedicó a la filosofía», no es necesario que queramos decir «supón que un hombre, que estudió con Platón, y que enseñó a Alejandro Magno, y que escribió esta y aquella obra, nunca se dedicó a la filosofía», lo cual puede parecer una contradicción. Lo único que es necesario que signifiquemos es: *supón que ese hombre nunca se dedicó a la filosofía* (*Naming and necessity*, pág. 57).

En la teoría de Frege, el sentido ejerce ambas funciones. Por una parte, es el medio por el que el hablante determina la referencia, aunque Frege reconoce que sólo la «ilumina parcialmente». Por otro, el sentido equivale al significado, en la medida en que constituye el *contenido conceptual* ligado a la expresión. Esta ambigüedad, conservada en las versiones de P. F. Strawson (1959) y J. R. Searle (1958), es la que Kripke ataca. De las modificaciones propuestas por Strawson o Searle se sigue que utilizar significativamente un nombre consiste en poder sustituirlo por la suma lógica de sus propiedades (de las descripciones que las expresan). Esto, según Kripke, entraña a su vez consecuencias inaceptables:

- a) Todas las propiedades identificatorias de un objeto contribuyen exactamente igual a esa identificación. Si el significado es la suma lógica de las propiedades, cada una de las descripciones tiene el mismo *valor lógico*, no discriminando en la importancia relativa que puedan tener esas propiedades en la identificación. Ésta se opone a las intuiciones semánticas normales puesto que, como hablantes, consideramos que ciertas propiedades son más importantes o más frecuentemente citadas que otras cuando identificamos a un individuo. Además, si se admite que ciertas propiedades *tienen más peso* que otras en la identificación de un objeto, es preciso disponer de un criterio para evaluar ese peso relativo, lo cual suscita a su vez, aunque no necesariamente, el problema ontológico de las propiedades esenciales.
- b) Si el significado de un nombre está constituido por una suma lógica de descripciones, quien utilice un nombre conocerá *a priori* la equivalencia entre el nombre propio y cualquiera (o algunas) de las descripciones.
- c) El enunciado que afirma la equivalencia entre la disyunción lógica de las propiedades y el nombre propio (el enunciado que define el significado del nombre) expresará una verdad necesaria.

Pero ni *b)* ni, en particular, *c)* son verdaderas. Que el hablante utilice con sentido, esto es, correctamente, un nombre propio no quiere decir habitualmente que conozca ni siquiera la mayoría de las descripciones que pueden servir para discriminar a su referente. Lo que suele suceder normalmente es que conozca algunas que, *típicamente*, fijan la referencia de tal nombre. Es la equivalencia entre esas cuantas descripciones y el nombre propio lo que puede ser considerado como conocido *a priori* en el *idiolecto* del hablante, esto es, en la parte de la lengua natural que él conoce y maneja. Pero, en cualquier

caso, aun admitiendo que hablante conozca a priori la verdad de ciertos enunciados sobre un referente, lo que no puede ser cierto es que tales enunciados expresen por fuerza hechos *necesarios* acerca de tal referente. Considérese, por ejemplo, el enunciado

(8) Aristóteles es el maestro de Alejandro Magno

Es posible que tal enunciado sea analítico para un determinado idiolecto, esto es, que no represente ninguna información para un hablante, dado su conocimiento de ciertos hechos acerca de Aristóteles. Pero lo que es seguro es que (8) no enuncia ningún hecho necesario acerca de Aristóteles: Aristóteles podría no haber sido maestro de Alejandro Magno en un mundo posible diferente al real, podría no haber sido filósofo, podría no haber sido discípulo de Platón, podría no haber existido.

13.3. APRIORIDAD Y NECESIDAD

La filosofía tradicional (kantiana) tiende a establecer una conexión entre las nociones epistemológicas (*a priori* y *a posteriori*) y las modales u ontológicas (necesidad y posibilidad) de la siguiente clase. Las verdades conocidas *a priori*, esto es, independientemente de la experiencia, son verdades necesarias, mientras que las verdades conocidas *a posteriori*, sobre la base de la experiencia, son las verdades contingentes. De forma derivada se pueden calificar los enunciados cuya verdad pertenece a una u otra clase: un enunciado es *a priori* si su verdad puede establecerse sin acudir a la experiencia y *a posteriori* en caso contrario. Generalmente los enunciados *a priori* se identificaron con los que expresan verdades necesarias y los *a posteriori* con los que afirman hechos contingentes. Pero, del mismo modo que Kant indicó la diferencia entre *a priori* y analítico, y *a posteriori* y sintético, defendiendo la existencia de enunciados (verdades) sintéticos *a priori*, Kripke mantiene, sobre la base de su teoría de su referencia, que existe una diferencia entre lo *a priori* y lo necesario, y lo *a posteriori* y lo contingente.

En primer lugar, Kripke niega que las verdades *a priori* no puedan ser objeto de conocimiento *a posteriori*: Ellos (*algunos filósofos*) piensan que si algo pertenece al reino del conocimiento *a priori*, no puede ser un objeto posible de conocimiento empírico. Esto es un error sin más. Puede pertenecer algo al ámbito de tales enunciados tal que pueda ser conocido *a priori* pero que, no obstante, sea conocido por gente particular sobre la base de la experiencia. Un ejemplo de auténtico sentido común: cualquiera que haya trabajado con un computador sabe que el computador puede dar una respuesta a si tal o cual número es primo. Nadie ha calculado o probado que el número es primo; pero la máquina ha dado la respuesta: ese número es primo. Nosotros, pues, si creemos que el número es primo, lo creemos sobre la base de nuestro conocimiento de las leyes de la física, la construcción de la máquina, etc. No lo creemos, pues, sobre la base de evidencia *a priori*. lo creemos sobre la base de evidencia *a pos-*

teriori (*si hay algo que sea a posteriori*). No obstante, podría ser conocido por alguien a priori, alguien que hubiera hecho los cálculos necesarios. Por eso, «poder ser conocido a priori» no significa «tener que ser conocido a priori» (*Naming and necessity*, pág. 35).

Esto es precisamente lo que sucedería si se aceptara la teoría del racimo de descripciones como significado del nombre propio. Ciertos enunciados como (8) serían conocidos *a priori* para cierto número de hablantes, los que identifican el significado de «Aristóteles» con el de «el maestro de Alejandro Magno» (entre otras cosas). En cambio, para otros, (8) podría ser objeto de conocimiento *a posteriori*, algo descubierto leyendo un libro de historia, por ejemplo. Al ser lo *a priori* y lo *a posteriori* nociones epistemológicas, no hay nada en los hechos que los haga ser conocidos de uno u otro modo.

No sucede lo mismo en el caso de la necesidad, que es una noción ontológica y, por tanto, atañe a la naturaleza de los hechos mismos: *Nos preguntamos si algo podría haber sido verdad, o podría haber sido falso. Bien, si algo es falso, obviamente no es necesariamente verdadero. Si es verdadero, ¿podría haber sido de otro modo? ¿Es posible que, en lo que es pertinente, el mundo hubiera sido diferente de lo que es? Si la respuesta es «no», entonces este hecho sobre el mundo es contingente. En sí mismo esto no tiene nada que ver con el conocimiento de nadie sobre nada. Ciertamente es una tesis filosófica, y no una cuestión de equivalencia definicional obvia, el que todo lo a priori sea necesario o que todo lo necesario sea a priori* (*Naming and necessity*, pág. 36). Kripke aduce, como ejemplo de hecho necesario no conocido, el de la conjetura de Goldbach (todo número primo, mayor que 2, es la suma de dos números primos). Si esta conjetura es falsa, lo es necesariamente, del mismo modo que si es verdadera, por la naturaleza misma de la aritmética. Pero ni una cosa ni otra han sido probadas, luego éste es un ejemplo de un hecho necesario no conocido ni *a priori* ni *a posteriori*.

La noción de necesidad, en este sentido ontológico, está ligada según Kripke a la de mundo posible o situación contrafáctica. Es necesario aquello que es verdadero en cualquier mundo posible, esto es, aquello que resulta inalterado sean cuales sean las estipulaciones que hagamos acerca de la realidad. Contingente, en cambio, es aquello que puede estar sujeto a cambio estipulativo, que es concebible que se dé o no se dé en una determinada situación.

Concebida así, no es difícil ver la conexión entre el funcionamiento semántico de los nombres propios y la noción de necesidad. Si un nombre propio es un designador rígido, refiere a un individuo en cualquier mundo posible (en que el individuo exista). Si *dos* nombres propios refieren a un mismo individuo, la identidad entre ellos es una identidad necesaria, puesto que no solamente designan al mismo individuo en el mundo real, sino que lo designan en cualquier mundo posible. Esto es lo que sucede en el ejemplo de Kripke: «Héspero» y «Fósforo» son dos nombres de un mismo objeto, el pla-

neta Venus. Designan a Venus en cualquier situación imaginable (los utilizamos para referirnos a Venus sea cual sea la situación contrafáctica que describamos), luego el enunciado

(9) Héspero es Fósforo

expresa un hecho necesario; el hecho no de que designamos a un mismo objeto con diferentes nombres (no hay nada necesario en ello), sino de que el objeto que designamos cuando utilizamos ambos nombres es el mismo: *Pero, usando los nombres tal como los usamos ahora, podemos decir de antemano que, si Héspero y Fósforo son uno y el mismo planeta, entonces en ningún otro mundo posible pueden ser diferentes. Utilizamos «Héspero» como el nombre de cierto cuerpo y «Fósforo» como el nombre de cierto cuerpo. Los utilizamos como nombres de esos cuerpos en todos los mundos posibles. Si, de hecho, son el mismo cuerpo, entonces en cualquier otro mundo posible será verdad que Héspero es Fósforo. Por lo tanto, dos cosas son verdad: en primer lugar, que no conocemos a priori que Héspero es Fósforo, y no estamos en situación de hallar la respuesta a ello si no es empíricamente. En segundo lugar esto es así porque podríamos tener evidencia cualitativamente indistinguible de la que tenemos y determinar la referencia de los dos nombres por las posiciones de dos planetas en el cielo, sin que los dos planetas fueran el mismo* (Naming and necessity, pág. 104).

La oración (9) enuncia pues un hecho necesario conocido *a posteriori*, no es una definición de significado, ni la constatación de una sinonimia: constituye una afirmación sobre el mundo real y la forma en que nos referimos a él. Su necesidad se deriva de que, utilizando el lenguaje que utilizamos, no tenemos otro remedio que referirnos a un mismo objeto mediante los nombres mencionados. Y nada cambia si imaginamos mundos posibles en que los nombres «Héspero» y «Fósforo» designen objetos diferentes: si existen los objetos a los que nos referimos con esos nombres en el mundo real, no nos queda más remedio que utilizarlos para designarlos en esa situación contrafáctica, y es de *esos* nombres de los que se afirma que, cuando se unen para formar un enunciado de identidad, afirman una verdad (de serlo) necesaria.

13.4. LA TEORÍA CAUSAL DE LA REFERENCIA

Los argumentos de Kripke, y de otros que comparten su teoría de la referencia directa (Donnellan, Putnam) se pueden dividir en tres grandes clases (Salmon, 1982): modales, epistemológicos y semánticos. Los tres tipos de argumentos están dirigidos a mostrar que la teoría fregeana de la referencia indirecta tiene consecuencias inaceptables y que ha de ser sustituida por otra.

Por ejemplo, la teoría ortodoxa (tal como la expone el filósofo L. Linsky, 1977) mantiene que el sentido de un nombre es equivalente a una descripción y que precisamente por ello refieren a lo mismo. Pero la teoría de la referencia directa contrargumenta proponiendo casos en que un nombre refiere

a un individuo sin que sea necesario que lo haga la descripción presuntamente equivalente. Por ejemplo, considérese el caso de «Shakespeare» y la descripción «el autor de *Romeo y Julieta*». De acuerdo con la teoría ortodoxa, ambas expresiones tienen el mismo sentido y refieren a lo mismo; pero supóngase que, por algún azar histórico, Shakespeare no hubiera escrito la obra mencionada (y la hubiera escrito Bacon en cambio). La descripción no se le aplicaría al individuo Shakespeare, no sería verdadera de él y, por lo tanto, no podría equivaler al sentido de «Shakespeare» puesto que, de acuerdo con la teoría de Frege, es éste el que determina la referencia.

El anterior es un argumento semántico, y es el tipo de argumento más directo en favor de la teoría de la referencia directa. Otro tipo de argumento de la preferencia de Kripke es el modal, que hace utilización de las nociones de necesidad y mundo posible. Si la teoría ortodoxa fuera cierta y el sentido de un nombre propio equivaliera al de una descripción, el enunciado de identidad correspondiente, por ejemplo

(10) Shakespeare es el autor de *Romeo y Julieta*

expresaría un hecho necesario, sería verdad en cualquier mundo posible. Pero (10) no es verdadero en cualquier mundo posible, pues es concebible una situación contrafáctica en que «el autor de *Romeo y Julieta*» no exprese una propiedad del individuo Shakespeare. Por lo tanto, ni (10) ni ninguna otra oración parecida pueden constituir una definición del significado de «Shakespeare». Las únicas oraciones que expresan hechos necesarios son las que afirman la identidad de referencia de dos nombres propios, como la (9).

El tercer tipo de argumento, el epistemológico, tiene que ver con la forma en que se aprende a qué refieren los nombres propios. Según la teoría de la referencia indirecta se aprende a usar el nombre propio en conexión con las descripciones pertinentes, de tal modo que tales descripciones constituyen los criterios necesarios (y suficientes, en algunas versiones) para la aplicación de tal nombre. La correspondiente oración de identidad nombre-descripción es portadora, para el hablante en cuestión, de información *a priori*: el hablante puede determinar su verdad por simple examen de los conceptos implicados.

La versión que ofrece Kripke del modo en que se aprende a utilizar un nombre es completamente diferente y, aunque él no le concede el rango de teoría, ha dado en conocerse como *teoría causal de la referencia*. La crítica principal de tal teoría a la teoría descriptcionista es que ésta, en su explicación de cómo se aprende la referencia, *supone ya* tal noción, esto es, que cuando afirma que la referencia de un nombre se aprende a través de una propiedad de su referente, está suponiendo ya que la descripción *se refiere* (y el que aprende el uso del nombre propio lo sabe) a un determinado individuo. De acuerdo con la teoría de Kripke, en cambio, la referencia ha de ser un mecanismo aprendido, o transmitido, de una forma mucho más elemental: *Alguien nace, digamos un niño; sus padres le ponen un cierto nombre. Le*

hablan de él a sus amigos. Otras personas le conocen. En diversas formas de intercambio lingüístico su nombre se difunde de uno a otro como si se tratara de una cadena. Un hablante que se encuentre en el extremo de la cadena que, por ejemplo, haya oído hablar de Richard Feynman en el mercado o en otro sitio, se puede referir a Richard Feynman, aunque no pueda recordar a quién oyó hablar por primera vez de Feynman o incluso si oyó hablar de él en absoluto. Sabe que Feynman fue un famoso físico. Una cierta vía de comunicación que lleva en última instancia al individuo mismo llega también al hablante. Así pues, se refiere a Feynman incluso aunque no le puede identificar de forma unívoca (Naming and necessity, pág. 91).

La visión que ofrece Kripke es pues radicalmente distinta de la ofrecida por la teoría tradicional. La utilización correcta, referencial, de un nombre propio no requiere que se haya asimilado criterios de aplicación de ese nombre en virtud de propiedades realmente poseídas por el objeto. Alguien se puede referir, en última instancia, a un objeto sin saber nada de él. Aunque resulta difícil imaginar qué se puede decir de algo cuyas propiedades se desconocen, siempre se podría afirmar, por ejemplo, «de Botswana no sé nada», sin saber si «Botswana» es el nombre de una ciudad, un individuo o una ecuación matemática. Lo único que se requiere es que tal nombre sea conocido como nombre propio, esto es, como nombre referente a una realidad de forma independiente a su conocimiento. Este es un caso extremo, pero ilustra, casi caricaturescamente, cómo un individuo puede encontrarse muy alejado del momento o las circunstancias en que se impone un nombre. Es ese momento el que se encuentra en el origen causal de la utilización del nombre y al que, en último término, ha de retrotraerse la explicación de su uso: *Una formulación tosca de una teoría puede ser la siguiente: tiene lugar un «bautismo» inicial. En este caso se puede nombrar al objeto por ostensión, o se puede fijar la referencia del nombre mediante una descripción. Cuando el nombre «pasa de eslabón en eslabón», creo que el receptor del nombre ha de tratar , cuando lo aprende, de utilizarlo con la misma referencia que el individuo al cual se lo ha oído (Naming and necessity, pág. 96).*

El «bautismo» inicial constituye pues el origen de una cadena causal mediante la cual se difunde el nombre. En cada uno de los eslabones de la cadena es posible que se produzcan pequeños desajustes en cuanto a la transmisión de la referencia original. Las descripciones, en cuanto instrumentos para fijar la referencia, tratan de reducir el riesgo de desviaciones en el acto de la referencia pero, si se toman como equivalentes de un nombre, pueden introducirlas. Así, «el hombre de la esquina» es una expresión que puedo emplear para establecer la referencia de «Fulano», pero, considerada como una descripción del significado de «Fulano», esto es, como una expresión correferencial suya, puede inducirme a error, porque en otra ocasión puede ser empleada para referir a Mengano. Las descripciones son expresiones que sirven como instrumentos auxiliares para fijar la referencia de un nombre, pero en modo alguno son criterios *necesarios* (y suficientes) para su

aplicación, ni requisitos indispensables en su aprendizaje. Lo esencial del uso de los nombres, y lo que explica que podamos usarlos correctamente, es la existencia de la cadena causal que conduce a un acto originario de «bautismo» o nominación.

En resumen, el núcleo de la teoría semántica de Kripke es la tesis de la rigidez de los nombres propios y la concepción causal de su referencia. La necesidad de los enunciados de identidad entre nombres propios y su (posible) carácter epistemológico de *a posteriori* son consecuencias directas de su teoría.



TEXTOS

TEXTO 1

S. A. Kripke,
Identidad
y necesidad,
traducción de
Margarita Valdés

Para expresar por fin lo que yo pienso, a diferencia de lo que parece ser el caso, o de lo que otros piensan, pienso que en ambos casos, tanto en el caso de los nombres como en el caso de las identificaciones teóricas, los enunciados de identidad son necesarios y no contingentes. Esto es, son necesarios si es que son *verdaderos*; desde luego que los enunciados falsos de identidad no son necesarios. ¿Cómo puede uno defender semejante tesis? Tal vez no cuento con una respuesta completa a esta pregunta, aunque estoy convencido de que la tesis es verdadera. Pero para iniciar una respuesta, permítaseme hacer algunas distinciones que quiero usar. La primera es entre un *designador rígido* y un *designador no rígido*. ¿Qué significan estos términos? Puedo dar como ejemplo de un designador no rígido una expresión tal como «el inventor de los lentes bifocales». Supongamos que fue Benjamín Franklin quien inventó los lentes bifocales, de manera que la expresión, «el inventor de los lentes bifocales», designa o se refiere a un hombre determinado, esto es, a Benjamín Franklin. Sin embargo, podemos imaginar fácilmente que el mundo pudo haber sido distinto, que en otras circunstancias diferentes alguien más hubiera llegado a esta invención antes de lo que llegó Benjamín Franklin y, en ese caso, él hubiera sido el inventor de los lentes bifocales. Así, en este sentido, la expresión «el inventor de los lentes bifocales» es no rígida. Bajo ciertas circunstancias un hombre hubiera sido el inventor de los lentes bifocales, bajo otras circunstancias otro hombre lo hubiera sido. A modo de comparación, considérese la expresión «la raíz cuadrada de 25». Independientemente de los hechos empíricos, podemos dar una prueba aritmética de que la raíz cuadrada de 25 es, de hecho, el número 5 y, por haber probado esto matemáticamente, lo que hemos probado es necesario. Si pensamos que los números son de alguna manera entidades, y vamos a suponerlo por lo menos para el propósito de esta conferencia, entonces la expresión «la raíz cuadrada de 25» necesariamente designa a un número determinado, esto es, al 5. A una expresión semejante la llamo «designador rígido». Algunos filósofos consideran que cualquiera que use simplemente la noción de designador rígido o no rígido, muestra que ha caído en una cierta confusión o que no ha prestado atención a ciertos hechos. ¿Qué quiero decir con «designador rígido»? Quiero decir un término que designa al mismo objeto en todos los mundos posibles. Para deshacernos de una confusión, que por cierto, no es mía, no estoy usando «podría haber designado a un objeto diferente» para referirme al hecho de que el lenguaje podría haber sido usado de manera diferente. Por ejemplo, la expresión «el inventor de los lentes bifocales», podría haber sido usada por habitantes de este planeta para referirse siempre al hombre que corrompió a Hadleyburg. Éste habría sido el caso, en primer lugar, si la gente sobre este planeta no hubiera hablado castellano, sino algún lenguaje diferente que coincidiera

fonéticamente con el castellano y, en segundo lugar, si en ese lenguaje la expresión «el inventor de los lentos bifocales» significara «El hombre que corrompió a Hadleyburg». Entonces, desde luego, se referiría en su lenguaje a quienquiera que de hecho hubiese corrompido a Hadleyburg en esa situación contrafáctica. No es eso lo que yo quiero decir. Lo que quiero expresar al decir que una descripción pudiera haberle referido a algo diferente, es que en nuestro lenguaje tal como *nosotros* lo usamos al describir una situación contrafáctica, pudiera haber habido un objeto diferente que satisficiera las condiciones descriptivas que nosotros damos para la Referencia. Así por ejemplo, cuando hablamos acerca de otro mundo posible o situación contrafáctica, usamos la frase «el inventor de los lentes bifocales» para referirnos a quienquiera que hubiera inventado los lentes bifocales en esa situación contrafáctica, no a la persona a quien la gente en esa situación contrafáctica hubiera llamado «el inventor de los lentes bifocales». Ellos podrían haber hablado un lenguaje diferente que coincidiera fonéticamente con el castellano, en el cual «el inventor de los lentes bifocales» fuese usado de una manera diferente. No es este el asunto que me interesa aquí. Para el caso, podrían haber sido sordos y mudos, o podría no haber habido ninguna gente. (Aun en el caso en que no hubiera habido gente, podría haber habido un inventor de los lentes bifocales; Dios o Satanás servirían para este caso.)

En segundo lugar, al hablar acerca de la noción de un designador rígido, no quiero implicar que el objeto referido tenga que existir en todo mundo posible, esto es, que tenga que existir necesariamente. Algunas cosas, tal vez entidades matemáticas tales como los enteros positivos, si acaso existen, existen necesariamente. Algunas personas han sostenido que Dios no sólo existe sino que existe necesariamente; otras que existe contingentemente; otras, que contingentemente Él no existe y otras que necesariamente Él no existe; se han intentado estas cuatro opiniones. Sea como fuere, cuando uso la noción de un designador rígido no implico que el objeto referido tenga que existir necesariamente. Todo lo que quiero decir es que en cualquier mundo posible donde el objeto en cuestión *exista*, en cualquier situación en la que el objeto existiera, usamos el designador en cuestión para designar a ese objeto. En una situación en la que el objeto no exista, entonces debemos decir que el designador no tiene referente y que el objeto en cuestión así designado, no existe.

Ejercicios

1. Explique las nociones de *designador rígido* y *mundo posible*.
2. ¿Qué relación tienen las nociones de *situación contrafáctica* y *mundo posible*?
3. Ponga ejemplos de *designadores rígidos* y *no rígidos*, y argumente por qué son de esa clase.



TEXTOS

TEXTO 2

S. A. Kripke,
El nombrar y la
necesidad,
traducción de
M. Valdés

Deseo introducir en este momento algo que necesito en la metodología de la discusión de la teoría de los nombres de la que estoy hablando. Necesitamos la noción de “identidad a través de los mundos posibles”, como se la suele llamar generalmente —y, creo yo, de manera que da lugar a confusiones— para explicar una distinción que quiero hacer ahora. ¿Qué diferencia hay entre preguntar si es necesario que 9 es mayor que 7 y preguntar si es necesario que el número de planetas es mayor que 7? ¿Por qué una pregunta muestra algo más acerca de la esencia que la otra? La respuesta a esto podría ser, intuitivamente: bueno, miren, el número de planetas podría haber sido diferente del número que de hecho es. En cambio, no tiene ningún sentido decir que el nueve podría haber sido diferente de lo que de hecho es. Usemos algunos términos de manera cuasi técnica. Llamemos a algo un designador rígido si en todo mundo posible designa al mismo objeto; llamémoslo un designador no rígido o accidental si eso no es el caso. Por supuesto, no exigimos que los objetos existan en todos los mundos posibles. Es claro que Nixon podría no haber existido si sus padres no se hubiesen casado, en el curso normal de las cosas. Cuando pensamos que una propiedad es esencial al objeto, lo que generalmente queremos decir es que es verdadera del objeto en cualquier caso en el que el objeto hubiese existido. Un designador rígido de algo necesariamente existente puede llamarse rígido en sentido fuerte [*strongly rigid*].

Una de las tesis intuitivas que sostendré en estas charlas es que los nombres son designadores rígidos. Ciertamente, parecen satisfacer la prueba [*test*] intuitiva antes mencionada: aunque alguien distinto del presidente de Estados Unidos en 1970 podría haber sido el presidente de Estados Unidos en 1970 (por ejemplo, Humphrey), nadie más que Nixon podría haber sido Nixon. De la misma manera, un designador designa rigidamente a cierto objeto si designa a ese objeto dondequiera que el objeto exista; si, además, el objeto existe necesariamente, podemos llamar al designador rígido en sentido fuerte. Por ejemplo, «el presidente de Estados Unidos en 1970» designa a cierto hombre, a Nixon; pero alguien más (por ejemplo, Humphrey) podría haber sido el presidente en 1970 y Nixon podría no haberlo sido; de manera que este designador no es rígido.

En estas conferencias argumentaré, intuitivamente, que los nombres propios son designadores rígidos, pues aunque el hombre (Nixon) podría no haber sido el presidente, no es el caso que pudiera no haber sido Nixon (aunque podría no haberse llamado «Nixon»). Quienes han argumentado que para dar sentido a la noción de designador rígido tenemos previamente que dar sentido a «los criterios de identidad a través de los mundos», han invertido precisamente la carreta y los bueyes; es porque podemos referi-

mos (rígidamente) a Nixon y estipular que hablamos de lo que podría haberle sucedido a él (en determinadas circunstancias) por lo que en tales casos dejan de ser problemáticas las «identificaciones a través de los mundos».

La tendencia a exigir descripciones puramente cualitativas de las situaciones contrafácticas tiene muchas fuentes. Tal vez una de ellas sea la confusión entre lo epistemológico y lo metafísico, entre la aprioridad y la necesidad. Si alguien identifica la necesidad con la aprioridad y piensa que los objetos se nombran mediante propiedades que identifican una única cosa, puede pensar que las propiedades usadas para identificar el objeto, al ser conocidas por él *a priori*, son las que tienen que usarse para identificarlo en todos los mundos posibles, para descubrir cuál objeto es Nixon. En contra de esto, reitero: (1) en general no se «descubren» cosas acerca de una situación contrafáctica: se estipulan; (2) los mundos posibles no necesitan darse de manera puramente cualitativa, como si los mirásemos a través de un telescopio. Veremos, en breve, que las propiedades que un objeto posee en todo mundo contrafáctico no tienen nada que ver con las propiedades usadas para identificarlo en el mundo real.

¿Tiene algún sentido el «problema» de la «identificación a través de los mundos»? ¿Es simplemente un pseudoproblema? Creo que se puede decir lo siguiente en su favor. Aunque el enunciado de que Inglaterra peleó contra Alemania en 1943 no puede tal vez reducirse a ningún enunciado acerca de individuos, sin embargo, en algún sentido, no es un hecho «por encima de» la colección de todos los hechos acerca de ciertas personas y de su conducta en la historia. El sentido en el cual los hechos acerca de las naciones no son hechos «por encima de» los hechos acerca de las personas, puede expresarse en la observación de que una descripción del mundo que mencione todos los hechos acerca de las personas, y que omita los hechos acerca de las naciones, puede ser una descripción completa del mundo de la cual se sigan los hechos acerca de las naciones. De manera similar, quizá, los hechos acerca de los objetos materiales no son hechos «por encima de» los hechos acerca de las moléculas que los constituyen. Podemos entonces preguntar, dada una descripción en términos de personas de una situación posible no realizada, si Inglaterra sigue existiendo en esa situación, o si cierta nación (descrita, supongamos, como aquella en la que vive Jones) que existiría en esa situación, es Inglaterra. De la misma manera, dadas ciertas vicisitudes contrafácticas en la historia de las moléculas de una mesa, M, uno puede preguntar si M existiría en esa situación o si un cierto agregado de moléculas que en dicha situación constituye una mesa, constituiría exactamente la misma mesa M. En cada caso, buscamos criterios de identidad a través de los mundos posibles para ciertos particulares en términos de criterios para otros particulares más «básicos». Si los enunciados acerca de las naciones (o de las tribus) no son reducibles a enunciados acerca de otros elementos constituyentes más «básicos», si hay alguna «textura abierta» en la relación entre ellos, difícilmente podemos esperar dar criterios de identidad sólidos y rápidos. Sin embargo, en algunos casos concretos podemos ser capaces de contestar si un determinado agregado de moléculas constituiría



TEXTOS

aún la mesa M, aunque en algunos otros casos la respuesta pueda ser indeterminada. Creo que pueden aplicarse observaciones similares al problema de la identidad a lo largo del tiempo: generalmente aquí también nos interesa la determinación, la identidad de un particular «compuesto» en términos de otros particulares más «básicos». (Por ejemplo, si se reemplazan varias partes de la mesa, ¿es el mismo objeto?)

Ejercicios

1. ¿Qué es la «identidad a través de los mundos posibles» o identidad transmundana?
2. ¿Existe algún mundo posible en que no exista Nixon? ¿Por qué?
3. ¿Existe algún mundo posible en que Nixon no se llame «Nixon»? ¿Por qué?
4. Describa diversas situaciones contrafácticas.

TEXTO 3

S. A. Kripke,
El nombrar y la
necesidad,
 traducción de
 M. Valdés

Supongamos que nos referimos al mismo cuerpo celeste en dos ocasiones como «Héspero» y como «Fósforo». Decimos: Héspero es esa estrella que está por allá en la tarde; Fósforo es esa estrella que está por allá en la mañana. De hecho Héspero es Fósforo. ¿Hay realmente circunstancias bajo las cuales Héspero no habría sido Fósforo? Suponiendo que Héspero es Fósforo, tratemos de describir una situación posible en la cual no lo hubiera sido. Bueno, esto es fácil. Alguien anda por ahí y llama «Héspero» y «Fósforo» a dos estrellas diferentes. Puede ser incluso en las mismas condiciones prevalecientes cuando introdujimos los nombres «Héspero» y «Fósforo». Pero ¿aquéllas son circunstancias en las que Héspero no es Fósforo o no habría sido Fósforo? Me parece que no lo son.

Ahora bien, estoy por supuesto comprometido a decir que no lo son desde el momento en que digo que términos tales como «Héspero» y «Fósforo», cuando se usan como nombres, son designadores rígidos. Refieren en todo mundo posible al planeta Venus. Por lo tanto, también en aquel mundo posible, el planeta Venus es el planeta Venus, sin importar lo que haya dicho cualquier otra persona en ese otro mundo posible. ¿Cómo debemos nosotros describir esta situación? El sujeto en cuestión no puede haber señalado a Venus dos veces y haberlo llamado en un caso «Héspero» y en el otro «Fósforo» como nosotros lo hicimos. Si lo hubiera hecho, entonces «Héspero es Fósforo» habría sido verdadero también en esa situación. Tal vez no señaló en ninguna ocasión al planeta Venus —por lo menos en una ocasión no señaló al planeta Venus, digamos, cuando señaló al cuerpo celeste al que llamó «Fósforo». Entonces, en ese caso, podemos ciertamente decir que el nombre «Fósforo» podría no haber referido a Fósforo. Podemos incluso decir que podría haber sido el caso que Fósforo no estuviera en la posición exacta en la que se lo encontró cuando se lo vio por la mañana; que alguna otra cosa estuviese ahí y que, incluso, bajo ciertas circunstancias hubiese sido llamada «Fósforo». Pero éste tampoco es un caso en el que Fósforo no hubiese sido Héspero. Podría haber un mundo posible, una posible situación contrafáctica, en la que «Héspero» y «Fósforo» no fuesen nombres de las cosas de las que en realidad son nombres. Alguien que hubiese determinado sus referencias mediante descripciones identificadoras podría incluso haber usado las mismísimas descripciones identificadoras que nosotros usamos. Pero, aun así, ése no es un caso en el que Héspero no fuese Fósforo, pues no podría haber habido un caso tal dado que Héspero es Fósforo. Ahora bien, esto parece muy extraño, porque de antemano estamos inclinados a decir: la respuesta a la cuestión de si Héspero es Fósforo podría haber resultado de otra manera. Así, ¿no hay realmente dos mundos posibles —uno en el que Héspero fuese Fósforo y otro en el que Héspero no fuese Fósforo— previamente a nuestro descubrimiento de que éstos eran lo mismo? Primero, hay un sentido en el que las cosas podrían haber resultado de una u otra manera, un sentido en el que es claro que eso no implica que la manera como resulta al final de cuentas no es necesaria. Por ejemplo, el teorema de los cuatro colores podría resultar ser verdadero y podría resultar ser falso. Podría haber resultado de una manera o de otra. Esto, sin embargo, no significa que la manera como resulte no sea necesaria. Obviamente el «podría» en este caso es puramente «epistémico»,



TEXTOS

expresa únicamente nuestro presente estado de ignorancia o de incertidumbre. Pero parece que en el caso de Héspero y Fósforo algo aún más fuerte es verdadero. Los datos que tengo antes de saber que Héspero es Fósforo es que veo determinada estrella o determinado cuerpo celeste en la tarde y lo llamo «Héspero» y en la mañana lo llamo «Fósforo». Sé estas cosas. Hay ciertamente un mundo posible en el que un hombre podría haber visto determinada estrella en determinada posición en la tarde y haberla llamado «Héspero» y determinada estrella en la mañana y haberla llamado «Fósforo», y podría haber concluido —podría haber descubierto mediante una investigación empírica— que nombró a dos estrellas diferentes o a dos cuerpos celestes diferentes. Por lo menos una de estas estrellas o cuerpos celestes no era Fósforo; de otra forma no podría haber resultado de esa manera. Esto es verdad y también es verdad que, dados los datos que alguien tiene previamente a su investigación empírica, en un sentido puede ser colocado en la misma situación, esto es, en una situación epistémica cualitativamente idéntica, y puede llamar «Héspero» y «Fósforo» a dos cuerpos celestes que no sean idénticos. Así, pues, en ese sentido podemos decir que podría haber resultado de cualquier manera. No que pudiese haber resultado de cualquier manera respecto de que Héspero fuese o no Fósforo. Aun cuando de acuerdo con todo lo que sabíamos de antemano, Héspero no era Fósforo, en algún sentido eso no podría haber resultado de ninguna manera. Pero colocados en una situación en la que tenemos exactamente los mismos datos, hablando cualitativamente, podría haber resultado que Héspero no fuese Fósforo; esto es, en un mundo contrafáctico en el que «Héspero» y «Fósforo» no se usaran como los usamos, esto es, como nombres de este planeta, sino como nombres de algunos otros objetos, uno podría haber tenido pruebas cualitativamente idénticas y concluir que «Héspero» y «Fósforo» nombrasen dos objetos diferentes. Pero nosotros, que usamos los nombres como los usamos ahora mismo, podemos decir de antemano que si Héspero y Fósforo son uno y el mismo, entonces, en ningún otro mundo posible pueden ser diferentes. Usamos «Héspero» como el nombre de determinado cuerpo y «Fósforo» como el nombre de determinado cuerpo. Los usamos como nombres de esos cuerpos en todos los mundos posibles. Si de hecho son el mismo cuerpo, entonces, en cualquier otro mundo posible tenemos que usarlos como un nombre de ese objeto. Y, así, en cualquier otro mundo posible será verdadero que Héspero es Fósforo. Por consiguiente, son verdaderas dos cosas: primero, que no sabemos *a priori* que Héspero sea Fósforo, y que no estamos en situación de descubrir la respuesta más que empíricamente. Segundo, esto es así porque podríamos haber tenido datos cualitativamente indistinguibles de los datos que tenemos y determinar, la referencia de los dos nombres por las posiciones de los planetas en el cielo, sin que los planetas fuesen el mismo.

Por supuesto, es sólo una verdad contingente (no verdadera en cualquier otro mundo posible) que la estrella vista por allá en la tarde es la estrella vista por allá en la mañana, pues hay mundos posibles en los que Fósforo no sería visible en la mañana. Pero esa verdad contingente no debería identificarse con el enunciado de que Héspero es Fósforo. Sólo podría identificarse de esta manera si pensáramos que fuese una verdad necesaria que Héspero es visible por allá en la tarde o que Fósforo es visible por allá en la mañana. Pero ninguna de éstas son verdades necesarias aun cuando ésa sea la manera como seleccionamos el planeta. Son éstas las marcas contingentes mediante las cuales identificamos determinado planeta y le damos un nombre.

Ejercicios

1. ¿Qué clase de enunciado es, según Kripke, «Héspero es Fósforo»? ¿Por qué?
2. ¿Qué es un *designador rígido*? ¿Es «esto» un designador rígido? ¿Por qué?
3. ¿Qué clase de enunciado es «Héspero es visible por la tarde»? ¿Por qué?
4. Describa los diferentes usos que tiene el verbo «poder».



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- KRIPKE, S. A.
 «Semantical considerations on modal logic», *Acta Philosophica Fennica*, 16, 1963; también en P. F. Strawson, ed., 1967.
 «Identity and necessity», en M. Munitz, ed., págs. 66-101, 1977; traducción al español de M. Valdés, *Identidad y necesidad*, Cuadernos Crítica, UNAM, 1978.
Naming and necessity, en D. Davidson y G. Harman, eds., págs. 235-355, 1972, publicado en forma de libro en Harvard U. Press, Cambridge, Mass., 1980, y en Blackwell, Oxford, 1980.
 «Is there a problem about substitutional quantification?», en G. Evans y J McDowell, eds., págs. 325-419, 1976.
 «Speaker's reference and semantic reference», en P. French y otros, eds., págs. 6-27, 1979.
 «A Puzzle about belief», en A. Margalit, ed., págs. 239-275, 1979.
Wittgenstein on rules and private language, Blackwell, Oxford, 1982

Ensayos y artículos

- ALMOG, J., J. PERRY y H. WETTSTEIN, eds. (1989), *Themes from Kaplan*, Oxford U. Press.
- ALTHAM, J. E. J. (1973), «The causal theory of names, 11», *PAS*, supplementary vol., 47 pág. 255.
- BENNETT, D. (1969), «Essential properties», *Journal of Philosophy*, 66, págs. 487-499.
- BLACKBURN, S., ed. (1975), «The identity of propositions», en S. BLACKBURN.
- BLACKBURN, S., ed. (1975), *Meaning, reference and necessity*, C.U.P., Cambridge.
- BOER, S. (1975), «Proper names as predicates», *Philosophical Studies*, 27, págs. 389-400.
- BOER, S. (1972), «Reference and identifying descriptions», *Philosophical Review*, 81, págs. 208-228.
- BRODY, B. (1979), «Kripke on proper names», en P. FRENCH y otros, eds., págs. 75-80.
- CARNEY, J. (1975), «Kripke and materialism», *Philosophical Studies*, 27, págs. 279-282.
- CASULLO, A. (1977), «Kripke on the *a priori* and the necessity», *Analysis*, 37, págs. 152-159.

- COOK, M. (1980), «If "cat" is a rigid designator, what does it designate?», *Philosophical Studies*, 37, págs. 61-64.
- COP, I. M. (1954), «Essence and accident», *Journal of Philosophy*, 23, págs. 706-719, 1954.
- CHANDLER, H. (1975), «Contingent identity», *Journal of Philosophical Logic*, 4, págs. 187-221.
- CHANDLER, H. «Rigid designation», *The Journal of Philosophy*, 13, págs. 363-369.
- CRESWELL, M. (1990), *Entities and Indices*, Dordrecht: Kluwer.
- CRAIG, E. J. (1975), «The Problem of necessary truth», en S. BLACKBURN, ed.
- DAVIES, M. (1980), *Meaning, Quantification and Modality*, Routledge, Oxford.
- DEVITT, M. (1974), «Singular terms», *Journal of Philosophy*, 59, págs. 185-205.
- DEVITT, M. (1976), «Semantics and the ambiguity of proper names», *The Monist*, 59, págs. 401, 423.
- DONNELLAN, K. (1966), «Reference and definite descriptions», *Philosophical Review*, 75, págs. 281-304.
- DONNELLAN, K. (1972), «Proper names and identifying descriptions», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 356-379.
- DONNELLAN, K. (1973), «Substances as individuals», *The Journal of Philosophy*, 70, págs. 711-712.
- DONNELLAN, K. (1977), «Speaking of nothing», *The Philosophical Review*, 83, págs. 3-31, 1974; también P. SCHWARTZ, ed.
- DONNELLAN, K. (1979), «The contingent *a priori* and rigid designators», en P. FRENCH y otros, eds.
- DRETSKE, F. I. (1977), «Causal theories of reference», *The Journal of philosophy*, 74, págs. 621-625.
- DUMMETT, M. (1978), «Frege's distinction between sense and reference», en M. DUMMETT, págs. 116-144.
- DUMMETT, M. (1978), *Truth and other enigmas*, Duckworth, Londres.
- DURRANT, M. (1975), «Essence and accident», *Mind*, 84, págs. 595-600.
- EVANS, G. (1973), «The causal theory of names», *Aristotelian Society. Supplementary volume*, 47, págs. 187-208.
- EVANS, G. (1979), «Reference and contingency», *The Monist*, 62.
- EVANS, G. (1982), *The varieties of reference*, Oxford U. Press, Oxford.
- FALES, F. (1976), «Definite descriptions as designators», *Mind*, 85, págs. 225-238.
- FALES, F. (1979), «Relative essentialism», *Philosophical Studies*, 30, págs. 349-370.
- FELDMAN, F. (1973), «Kripke's argument against materialism», *Philosophical Studies*, 24, págs. 416-419.
- FELDMAN, F. (1974), «Kripke on identity theory», *The Journal of Philosophy*, 71, págs. 665-675.



BIBLIOGRAFÍA

- FITCH, G. W. (1976), «Are there necessary a posteriori truths?», *Philosophical studies*, 30, págs. 243-248.
- FORBES, G. (1980), «Origin and identity», *Philosophical Studies*, 37, págs. 353-362.
- FORBES, G. (1981), «On the philosophical basis of essentialist theories», *Journal of Philosophical Logic*, 10, págs. 73-99.
- GABBAY, P., y MORAVCSIK, J. M. (1970), «Sameness and individuation», *Journal of Philosophy*, 70, págs. 513-526.
- GARCÍA SUÁREZ, A. (1980), «Nombres propios: sinopsis de teorías recientes», inédito.
- GARCÍA SUÁREZ, A. (1978), «Necesidad, identidad y designación rígida», *Teorema*, VIII, págs. 285-300.
- GEACH, P. (1975), «Names and identity», en S. GUTTENPLAN, ed., págs. 139-158.
- GEACH, P. (1962), *Reference and generalitv*, Cornell U. Press, Ithaca.
- GIBBARD, A. (1975), «Contingent identity», *Journal of Philosophical Logic*, 4, págs. 187-211.
- GONZÁLEZ, W. J. (1986), *La teoría de la referencia: Strawson y la filosofía analítica*, Ediciones de la Universidad, Salamanca.
- GRANDY, R. (1973), «Reference, meaning and belief», *Journal of Philosophy*, 70, págs. 439-452.
- GUTTENPLAN, S., ed. (1975), *Mind and language*, Clarendon Press, Oxford.
- HARRISON, B. (1979), *An introduction to the philosophy of language*, McMillan, Londres.
- HIERRO S. PESCADOR: (1978), «Nombres», *Teorema*, VIII, págs. 187-200.
- HIRSCH, E. (1982), *The concept of identity*, Oxford U. Press, Oxford.
- KATZ, J. J. (1979), *The neoclassical theory of reference*, en P. FRENCH y otros, eds., págs. 103-124.
- LEVIN, M. (1976), «Kripke's argument against the identity thesis», *Journal of Philosophy*, 72, págs. 149-167.
- LEWY, C. (1976), *Meaning and modality*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- LINSKY, L. (1977), *Names and descriptions*, The University of Chicago Press, Chicago.
- LOAR, B. (1976), «The semantics of singular terms», *Philosophical Studies*, 30, págs. 353-377.
- LOAR, B. (1980), «Names and descriptions. A reply to M. Devitt», *Philosophical Studies*, 38, págs. 85-89.
- LOCKWOOD, (1975), «On Predicating proper names», *Philosophical Review*, 84, págs. 471-498, 1975.

- LYCAN, W. (1975), «Kripke and the materialist», *Journal of Philosophy*, 72, págs. 677-687.
- MACKAY, A. F. (1968), «Donnellan and Humpty on referring», *Philosophical Review*, 77.
- MARGALIT, A., ed. (1979), *Meaning and use*, Reidel, Dordrecht.
- MATES, B. (1973), «Descriptions and reference», *Foundations of language*, X, págs. 409-418.
- MCDOWELL, J. (1977), «On the sense and reference of a proper name», *Mind*, 86.
- MCGINN, C. (1981), «The mechanism of reference», *Synthese*, 49, págs. 157-186.
- McKIE, J. L. (1974), «Locke's anticipation of Kripke», *Analysis*, 34, págs. 177-180.
- McKINSEY, M. (1976), «Divided reference in causal theories of names», *Philosophical Studies*, 30, págs. 235-242.
- MELLOR, H. (1977), «Natural kinds», *British Journal of the Philosophy of science*, 28, págs. 299-312, 1977.
- MUNITZ, M. (1971), *Identity and individuation*, New York U. Press, Nueva York.
- MUNITZ, M. K. (1973), *Logic and ontology*, New York U. Press, Nueva York.
- PAP, A. (1970), *Semantics and necessary truth*, Yale U. Press, 1958; traducción al español en F.C.E., México.
- PEACOCKE, C. (1975), «Proper names, reference and rigid designation», en S. BLACKBURN, ed.
- PLANTINGA, A. (1974), *The nature of necessity*, Clarendon Press, Oxford.
- PUTNAM, H. (1962), «The analytic and the synthetic», *Minnesota Studies of Philosophy of science*, vol. 3.
- QUINTON, A. (1963-64), «The *a priori* and the analytic», *PAS*, 64, págs. 31-54, Reimpreso en P. F. STRAWSON, ed. 1967.
- SALMON, N. U. (1982), *Reference and essence*, B. Blackwell, Oxford, 1982.
- SALMON, N. U. (1986), *Frege's Puzzle*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- SCHIFFER, S. (1978), «The basis of reference», *Erkenntnis*, 13.
- SCHWARTZ, S. P., ed. (1977), *Naming, necessity and natural kinds*, Cornell U. Press, Londres.
- SEARLE, J. R. (1958), «Proper names», *Mind*, 67, págs. 166-173.
- SMITH, W. C. (1980), «Dummett and rigid designators», *Philosophical Studies*, 37, págs. 93-103.
- STINE, G. (1973), «Essentialism, possible worlds and propositional attitudes», *Philosophical Review*, 82, págs. 471-482.
- STRAWSON, P. F., ed. (1967), *Philosophical Logic*, Oxford U. Press, Oxford.
- STEINBERG, D. y JAKOVOVITS, L., eds. (1971), *Semantics: an Interdisciplinary Reader*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- WIGGINS, D. (1975), «Identity, designation, essentialism and physicalism», *Philosophia*, 5, págs. 1-30.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo y trabajando...

La lectura de los textos originales de S. KRIPKE, aunque trabajosa, siempre es recomendable. En español, se pueden encontrar con relativa facilidad sus artículos más relevantes referentes a filosofía del lenguaje. Lo más accesible es, sin duda, su artículo «Identidad y necesidad», recogido en la compilación de L. M. VALDÉS (1991).

En general, los más recientes manuales de filosofía del lenguaje incluyen exposiciones de las tesis de la referencia directa de S. Kripke. Así, el capítulo 2.4 de A. GARCÍA SUÁREZ (1997) o el capítulo 5 de M.J. FRÁPOLLI y E. ROMERO (1998).

Para tener una idea general de los principales problemas filosóficos relacionados con la teoría de la referencia directa y las nociones de referencia y necesidad, conviene consultar la parte III del *Companion to the Philosophy of Language*, ed. por B. HALE y C. WRIGHT, Oxford: Blackwell, 1997.

TEMA 14

Significado, estereotipo y clases naturales

ESQUEMA/RESUMEN

- 14.1. Introducción
- 14.2. La crítica del análisis tradicional
- 14.3. El significado de «significado»
- 14.4. Significado y estereotipo
- 14.5. Nombres comunes, clases naturales y rigidez

14.1. INTRODUCCIÓN

La obra del filósofo norteamericano H. Putnam comparte con la de S. Kripke la característica de desarrollarse a partir de concepciones semánticas. Su núcleo lo constituye un conjunto de tesis sobre la referencia de tipos de expresiones lingüísticas y de ese conjunto de tesis se extraen aplicaciones a problemas característicos de otras disciplinas filosóficas. Así, del mismo modo que en Kripke la teoría de la referencia de los nombres propios se encuentra ligada a la defensa del esencialismo y el rechazo del materialismo, también en la obra de H. Putnam existe una trayectoria parecida. En particular, las consecuencias filosóficas que Putnam extrae se distribuyen tanto en filosofía de la mente (filosofía de la psicología) como en filosofía de la ciencia (epistemología) y configuran una posición filosófica general que, aunque ha variado a lo largo de los últimos veinte años, se conoce como *realismo interno*.

Del mismo modo que en el capítulo anterior, se expondrán las tesis específicamente lingüísticas de la obra de H. Putnam, dejando para otros especialistas el análisis de sus concepciones epistemológicas o metafísicas. Esas tesis surgen ante todo, también de modo paralelo a lo que sucede en Kripke, de una crítica de la semántica de G. Frege y R. Carnap. Pero, a diferencia de la obra de Kripke, basada en una teoría de la referencia que tiene su origen en el análisis de los nombres propios, las tesis semánticas de Putnam surgen de su análisis de los nombres comunes, de los términos generales, en particular aquellos que designan lo que se conoce como *clases naturales*, esto es, términos que refieren a *especies*, en un sentido general, como «oro» o «tigre». La dimensión puramente semántica de la obra de H. Putnam se desenvuelve pues en el análisis de cómo se produce la referencia de los nombres comunes, cuáles son sus condiciones de posibilidad y cuáles son las consecuencias que se pueden extraer de ello.

14.2. LA CRÍTICA DEL ANÁLISIS TRADICIONAL

En «Is semantics possible?» (1970), realiza H. Putnam una primera aproximación crítica a la teoría tradicional sobre los nombres generales. Su intención en este artículo es demostrar que *a)* las teorías tradicionales del

significado son incapaces de dar cuenta de las propiedades semánticas de este tipo de términos, b) que los lógicos, hasta el momento, lo único que han hecho ha sido formalizar las teorías tradicionales del significado, incorporando pues los posibles errores conceptuales en que se encuentran inmersas, y c) que los lingüistas dedicados a la semántica como J. Katz (1975) han vertido a una nueva terminología esa teoría tradicional, pero sin corregir sus presuntos errores.

Putnam caracteriza la teoría tradicional sobre el significado de los términos generales: *el significado de «limón», por ejemplo, viene dado mediante la especificación de una conjunción de propiedades. Para cada una de esas propiedades, la afirmación «los limones tienen la propiedad P» es una verdad analítica, y si $P_1, P_2 \dots P_n$ son todas las propiedades que aparecen en la conjunción, entonces «cualquier cosa con las propiedades $P_1 \dots P_n$ es un limón» es igualmente una verdad analítica* («Is semantics possible?», pág. 140). Es evidente que tales propiedades han de constituir un *análisis* (en el sentido tradicional del término) del concepto ligado al término; no pueden consistir en propiedades que describan el concepto en su conjunto. Así, se puede concebir que una de las propiedades componentes del significado de «limón» sea la de ser amarillo, pero no justamente la propiedad de ser un limón, que es trivialmente verdadera de cualquier cosa que sea un limón.

Además, de acuerdo con esta teoría tradicional, la posesión de tales predicados es lo que determina que una entidad individual caiga bajo un determinado concepto. En términos más modernos, se puede decir que la teoría mantiene que la estructura del concepto, entendida como esa conjunción de predicados, determina su *extensión*, en el sentido de R. Carnap, esto es, el conjunto de individuos a los cuales se aplica. Aparte de esto, desde el punto de vista epistemológico, las propiedades que constituyen un concepto son los *criterios* para su aplicación correcta; es decir, el hablante efectúa una referencia correcta siempre que el objeto referido tenga las propiedades en cuestión. Para el positivista verificacionista, las propiedades que se apliquen a un objeto determinan si el objeto en cuestión pertenece o no a una determinada extensión conceptual. Para el semántico seguidor de L. Wittgenstein no es necesario que la *conjunción* de esas propiedades sea verdadera del objeto (que las posea simultáneamente), sino que basta con que se le aplique una parte importante de ellas, que están estructuradas jerárquicamente en forma de «racimo». Tanto una como otra, la verificacionista y la wittgensteniana, no son sino versiones más o menos refinadas de la teoría tradicional, cuyos rasgos principales son (Schwartz, 1977): (1) *cada término significativo tiene un significado, concepto, intensión o racimo de características asociados a él. Ése es el significado conocido o presente en la mente cuando se comprende el término.* (2) *El significado determina la extensión, en el sentido de que algo se encuentra en la extensión del término si y sólo si tiene las características incluidas en el significado, concepto, intensión o, en el caso de la teoría del racimo, suficientes rasgos. En muchas versiones contemporáneas, el significado o con-*

cepto del término puede incluir sólo criterios observables para la aplicación del término. (3) Las verdades analíticas se basan en el significado de los términos. Si *P* es una propiedad en el concepto de *T*, entonces el enunciado «Todos los *T* son *P*» es verdadero por definición (Schwartz, 1977, págs. 15-16).

Esta teoría tradicional es precisamente la que, en términos menos formales, expuso J. Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (v. el Tema 4), en una versión puramente psicologista. Para Locke, los conceptos generales constituían *ideas abstractas*, suscitadas en la mente por el término en cuestión. Estas ideas abstractas eran a su vez una combinación de ideas simples, provocadas en última instancia por la experiencia. Conformaban la *esencia* del concepto, una esencia *nominal* que no cabía confundir con la *esencia* real, puesto que, correspondiendo ésta a la naturaleza de la cosa, era incognoscible, por lo menos en el caso de las esencias correspondientes a las clases naturales.

Aunque la teoría de Frege corrigió el sesgo psicologista de la de Locke, postulando un carácter objetivo, o intersubjetivo, a los conceptos (los conceptos son algo que los miembros de una comunidad lingüística pueden captar, aprehender), no modificó la concepción semántica básica: los conceptos son entidades abstractas estructuradas por conjuntos de propiedades organizadas de una u otra manera. La primera objeción que se le ocurrió a H. Putnam fue la de los *miembros anormales*: muchos individuos que pertenecen a una clase de cosas carecen de ciertas propiedades comunes a los miembros de la clase por alguna forma de anomalía. Por ejemplo, algunos limones no son amarillos, algunas cebras no tienen la piel a rayas, algunos gorilas no tienen el pelo oscuro, etc., sin dejar por ello de ser limones, cebras o gorilas. Parece, pues, que existen propiedades *modificables* o *accesorias* en la definición de un concepto. Es más, parece que el mismo hecho de la existencia de propiedades comunes a los miembros de una clase apunta a una causa, a una estructura o naturaleza esencial de la cual se derivarían esas propiedades, pero lo que sea una naturaleza esencial no es un asunto de un análisis lingüístico, sino una cuestión de construcción de una teoría científica... Así, puede uno sentirse tentado de decir que un término de clase natural no es más que un término que desempeña un determinado papel en una teoría científica o pre-científica: más o menos la de apuntar a «características esenciales» o «mecanismos» comunes más allá o más acá de las «características definitorias» obvias («Is semantics possible?», pág. 141).

En cualquier caso, incluso si se admite que existe una diferenciación entre propiedades definitorias esenciales y accidentales, lo que es evidente es que la definición no constituirá un enunciado *analítico*; las propiedades esenciales de una clase o especie no se averiguan considerando el significado de los términos que las designan, sino que, en todo caso, se *descubren* en el curso de la investigación científica. Según Putnam, lo que la teoría tradicional ha propugnado, muchas veces de forma no consciente, es que la semántica de los términos de clase natural es idéntica a la de los términos definidos por

una propiedad o criterio. Así, se puede definir el concepto *viuda* como *mujer cuyo marido ha muerto*, esto es, por una única propiedad, pero, según Putnam, esto no se puede hacer en el caso de los conceptos correspondientes a clases naturales, ni con la mayoría de los demás tipos de conceptos.

Puesto que las propiedades definitorias del significado de un término no suelen coincidir con las propiedades esenciales de la clase que designa (suponiendo que se conozcan), tampoco se puede admitir la tesis tradicional de que el significado (la intensión) determina la extensión: *si la definición anterior es correcta, entonces el conocimiento de las propiedades que tiene una cosa (en un sentido natural de propiedad, no en un sentido ad hoc) no es suficiente para determinar, de ninguna manera mecánica o algorítmica, si es o no un limón (o un ácido, o lo que sea). Porque incluso si se dispone de una descripción en el lenguaje de la física de partículas, por ejemplo, de cuáles son las propiedades cromosómicas reales de una fruta, puedo no ser capaz de decir qué es un limón porque no haya desarrollado la teoría de acuerdo con la cual (1) esas características físico-químicas son los rasgos estructurales cromosómicos (puedo no tener siquiera la noción de cromosoma) y (2) puedo no haber descubierto que la estructura cromosómica es la propiedad esencial de los limones* («Is semantics possible?», pág. 142).

La extensión de un término, en esta concepción de Putnam, es la que es, independientemente del esquema conceptual bajo el cual se categorice. No puede ser determinada por un conjunto de propiedades que son el resultado de la aplicación de un marco conceptual (una teoría científica, por ejemplo) a la realidad. Si fuera así, tendríamos la paradoja de que un objeto sería un limón de acuerdo con una determinada teoría y otra cosa, según otra. Incluso si se escoge la mejor teoría entre las disponibles, suponiendo que constituya una mejor aproximación a las propiedades esenciales de la especie, el significado del término no tiene que ver con la determinación de su extensión, puesto que el significado no consiste en ese conjunto de propiedades (esenciales) que la teoría atribuye a la clase.

Por otro lado, Putnam ensaya el razonamiento contrario, suponiendo que se quiera definir una clase por la pertenencia a ella de individuos «normales», en algún sentido a precisar. Según él, no es necesario que los miembros de una clase posean las características «normales» para pertenecer a ella. Es más, es posible que incluso suceda que los miembros juzgados normales no pertenezcan en realidad a la clase. Es posible que sean considerados miembros «normales» en virtud de algún tipo de error. Por supuesto que resultaría muy extraño que los limones considerados normales (amarillos, ácidos, piel rugosa, etc.) no fueran precisamente limones, pero recuérdese que el argumento tiene una base modal: si ciertos hechos son posibles, entonces puede que ciertas propiedades no sean necesarias y, por tanto, no determinen la extensión del término al que van asociadas.

Una de las versiones más conocidas de la teoría tradicional que Putnam criticó es la de J. Katz (1972, 1975) que, durante los años setenta del siglo xx,

fue una especie de portavoz de la teoría semántica ortodoxa de la lingüística generativo-transformatoria (posteriormente ha evolucionado hacia un platonismo semántico alejado del cognitivismo propio de la escuela chomskiana). En la caracterización de H. Putnam, la teoría de Katz implica las siguientes tesis:

(1) Cada término tiene un significado. Este significado está definido por un conjunto de «marcadores semánticos». En otras teorías semánticas, por ejemplo en las del estructuralismo europeo, se denomina a tales marcadores *semas* y desempeñan, respecto al significado, la misma función que cumplen los rasgos fonológicos en la definición del fonema.

(2) los marcadores indican «conceptos», entendidos, según Katz, como procesos psico-biológicos, esto es, con un «soporte» neuronal.

(3) Cada marcador semántico está extraído de una colección de universales lingüísticos. Es decir, existe un conjunto de conceptos de carácter universal, de donde se extraen los propios de una lengua natural, y a partir del cual se definen conceptos complejos propios de una cultura. Cada uno de estos conceptos representa una noción *innata*, esto es, es el resultado de la aplicación a la experiencia de una pre-programación del cerebro humano.

(4) El significado de las entidades lingüísticas complejas, como las oraciones, se construye, mediante la aplicación de un conjunto de reglas recursivas, a partir del significado de las expresiones simples expresado en los marcadores semánticos. Estas reglas recursivas se aplican al nivel de representación de la estructura gramatical de la oración que, en las versiones de la lingüística transformatoria de los años setenta, se denominaba *estructura profunda* (v. el siguiente Tema).

(5) La representación semántica así elaborada ha de dar cuenta de los fenómenos semánticos más destacados. En particular, ha de permitir una definición de la clase de las oraciones analíticas (no informativas), de las oraciones sinónimas y de las oraciones semánticamente anómalas.

(6) En su caso concreto, la analiticidad se puede definir en términos de inclusión de marcadores semánticos. Así, de acuerdo con el mismo ejemplo que Katz utilizó, la oración «todos los solteros son no casados» es una oración analítica porque el concepto CASADO forma parte de la definición del significado del término «soltero».

Hay varios puntos que Putnam critica en la teoría de Katz, aunque su objeción más general es que la teoría es *una tosca traducción en un lenguaje «matemático» precisamente de la teoría tradicional* («Is semantics possible?», pág. 145). De hecho, aunque Katz no lo admitió de una forma tan explícita, los marcadores semánticos no son sino el significado de ciertos términos generales (–CASADO = no casado), de tal modo que el conjunto universal de conceptos no es sino una traducción en un lenguaje artificioso (el «marcadorés» fue denominado) de una serie de términos generales pertenecientes al

inglés. Por eso, es difícil creer que la teoría de Katz tenga algún rendimiento explicativo: su carácter pseudoteórico disfraza una naturaleza circular.

Pero el núcleo de la crítica de Putnam es que la teoría de Katz reproduce los defectos y las consecuencias indeseables de la teoría tradicional sobre los términos generales. Supone que se pueden dar definiciones analíticas de los términos generales cuando en realidad no sucede así, en particular en los que designan clases naturales: *Existen muchas palabras de las cuales no tenemos la más mínima idea de lo que sería una definición analítica. ¿Qué sería una definición de «mamut»? (¿Diría Katz que es analítico que los mamuts estén extinguidos? ¿O que tengan un tipo especial de molares? ¡Ésas son las cosas que menciona el diccionario!) Decir que una palabra es el nombre de una especie extinguida de elefante es comunicar precisamente cómo se usa esa palabra; pero ciertamente no es una definición analítica (esto es, una condición analítica suficiente y necesaria)... Creo que hemos visto una de las razones de la reciente falta de progreso en la teoría semántica: se pueden vestir los errores tradicionales con modernos ropajes hablando de «reglas recursivas» y «universales lingüísticos», pero siguen siendo los errores tradicionales. El problema en la teoría semántica es abandonar la imagen del significado de una palabra como si fuera una lista de conceptos; no formalizar esa imagen errónea («Is semantics possible?», pág. 146).*

14.3. EL SIGNIFICADO DE «SIGNIFICADO»

Según Putnam, el problema de la teoría semántica tradicional, y de la semántica en general, es el *concepto pre-científico* de significado. En «The meaning of “meaning”» (H. Putnam, 1975) abordó lo que a él le parecieron los peculiares errores metodológicos de las teorías semánticas, tratando de elaborar una noción de significado que constituyera una base firme para la práctica de la disciplina semántica y evitando caer en tesis nominalistas, que niegan la existencia y utilidad de una noción abstracta de significado.

Una forma de mejorar la noción ambigua de significado es descomponerla en nociones más precisas y rigurosas. Como hemos visto, eso es lo que intentó la filosofía tradicional desde los estoicos hasta G. Frege y R. Carnap. Estos últimos distinguieron entre un componente referencial, la realidad que designa el término significativo, la extensión, y un componente conceptual, las propiedades que connota el término, la intensión. Pero tanto una como otra noción no dejan de carecer de problemas. Entre los que Putnam menciona, que atañen a la extensión, destacan los siguientes:

- a) No se puede afirmar sin más que un término (en el sentido morfofonológico de la palabra) tiene una extensión. Términos con una representación fonológica idéntica tienen muy diferentes acepciones. Ello se debe a que los términos significativos de una lengua natural suelen tener diferentes acepciones que, en ocasiones, poco tienen que ver

entre sí. Este fenómeno de la polisemia impide por tanto considerar la referencia como una relación simple entre una representación fonológica y una entidad extensional (clase o conjunto); es preciso admitir que tal relación está mediada por el sentido.

- b) Las entidades extensionales (clases o conjuntos) se caracterizan por estar en correspondencia con *funciones características definidas*. Esto quiere decir que *un «conjunto» en sentido matemático, es un objeto de sí o de no; para cualquier objeto determinado o pertenece definitivamente a S, o definitivamente no pertenece a S, si S es un conjunto. Pero las palabras de una lengua natural no son en general de sí o de no: hay cosas de las que la descripción «árbol» es claramente verdadera y cosas de las que es claramente falsa, con seguridad, pero hay un montón de casos limítrofes. Y lo que es peor, la línea entre los casos claros y los dudosos es ella misma borrosa. Así, la idealización que entraña la noción de extensión —la idealización que entraña suponer que hay algo así como un conjunto de cosas de las cuales es verdadero el término «árbol» es en realidad muy rigurosa* («The meaning of “meaning”», pág. 217).

En consecuencia, la noción de extensión, en sentido conjuntista, *es demasiado* precisa para reflejar el funcionamiento referencial de los términos generales. Esto sólo se puede remediar modificando la forma en que se define un conjunto, que es precisamente lo que ha propuesto la teoría de conjuntos borrosos (Zadeh, 1965, 1972), y la correspondiente teoría lógica. Parece que esta teoría, que se estaba empezando a desarrollar cuando H. Putnam escribió las anteriores observaciones (1975), es más apta que la teoría ortodoxa para reflejar la naturaleza formal de los conceptos naturales.

Por lo que respecta a la intensión, noción necesaria para corregir los problemas que surgen de la identificación del significado con la extensión, Putnam afirma que es tan vaga e imprecisa como la propia noción que pretende aclarar, la de significado. Así, según él, explicar el significado acudiendo a las nociones de intensión o concepto no es sino una explicación *obscurum per obscurius*, que no aclara nada porque los términos en que plantea tal aclaración son aún más indeterminados, por tanto ese esclarecimiento carece de valor operacional. Los conceptos, o bien son entidades psicológicas o, si son objetivas (como propugnaron Frege y Carnap), son captados mediante *actos psicológicos*. En cualquier caso, la *comprensión* del significado de un término parece requerir que el hablante alcance o se encuentre en un determinado *estado psicológico* (que no tiene por qué implicar la autoconciencia de la comprensión). Esta consecuencia, junto con la tesis generalmente admitida de que la intensión determine unívocamente la extensión (es necesario que dos términos con la misma intensión tengan idéntica extensión), son mutuamente incompatibles. Según Putnam, ninguna noción de significado puede satisfacer simultáneamente ambas.

Cuando se habla de *estado psicológico*, como noción ligada a la comprensión del significado, se suele suponer la tesis denominada *solipsismo metodológico*. De acuerdo con esta tesis y expresado de una forma rudimentaria, los estados psicológicos son entidades *unívocas*, en el sentido de ser adscribibles a una única mente, y *autónomas*, en el sentido de no implicar la existencia de más de un individuo (de la mente que se encuentra en tal estado, en realidad). Los estados psicológicos son pues, según este supuesto, predicados monarios (con un solo argumento) y no relaciones entre varias entidades individuales.

Siguiendo el razonamiento de Putnam, si se admite que *comprender el significado* de un término es encontrarse en un estado psicológico de esta clase, hay que admitir ineluctablemente la consecuencia de que el estado psicológico *determina la intensión* del término y, *a fortiori*, su extensión. El solipsismo metodológico no impide que los estados psicológicos sean *públicos*, esto es, no excluye que dos o más personas puedan estar en el *mismo* estado psicológico (en el mismo *tipo* de estado psicológico, se entiende); lo que excluye es que dos personas capten una intensión de modo diferente y estén en el mismo estado psicológico; lo que descarta también es que, puesto que la intensión determina la extensión, dos hablantes se encuentren en el mismo estado psicológico y se refieran a extensiones diferentes. Y es precisamente esto lo que es posible, según Putnam: *Afirmamos que es posible, para dos hablantes, encontrarse en exactamente el mismo estado psicológico, incluso aunque la extensión del término A en el idiolecto de uno sea diferente de la extensión del término A en el idiolecto del otro. La extensión no se encuentra determinada por el estado psicológico* («The meaning of “meaning”», pág. 222).

Para probar esto, Putnam recurre al ejemplo de la *Tierra Gemela*, un planeta hipotético idéntico en casi todo a la Tierra. Una de las cosas en que difiere la Tierra Gemela de la Tierra es que el agua *no* es H₂O, aunque comparte las demás características con el agua de la Tierra, de tal modo que, si no saben química, dos hablantes, uno de la Tierra y otro de la Tierra Gemela, no difieren en sus creencias acerca de los dos elementos. Cuando esos dos hablantes, Ht (hablante de la tierra) y Htg (hablante de la tierra gemela), utilizan la palabra «agua», Ht se está refiriendo a H₂O y Htg a otro elemento, cuya composición química se puede abreviar como XYZ. Lo importante es que, aun encontrándose en el mismo estado psicológico (identidad de creencias, etc.), cuando utilizan el término, comprenden algo diferente y se refieren a extensiones distintas. Es perfectamente posible pues que dos personas mantengan las mismas creencias acerca de lo que significa un término y, no obstante, se refieran a extensiones diferentes. La extensión de un término no está determinada por las creencias en cuestión (por los estados psicológicos), sino que es la que es de forma independiente (el agua era H₂O aun antes de que se descubriera su composición química). Fijar la extensión de un término no es algo de la competencia del hablante común, sino una tarea asignada a individuos concretos en virtud del *principio de división del trabajo lin-*

güístico. Son los especialistas, generalmente los científicos, quienes tienen asignada esa tarea. El hablante común puede hablar del oro, y referirse al oro, sin saber cuál es la extensión del término «oro», en el sentido de ser capaz de reconocer, ante cualquier objeto metálico, si es de oro o no. El uso adecuado del término «oro» no requiere que se posean las capacidades o los instrumentos adecuados para la determinación de lo que es oro o no lo es por parte de quien lo usa. Tales capacidades y conocimientos pueden ser poseídos por una comunidad lingüística considerada como *un organismo colectivo*; la división del trabajo lingüístico, que se deriva de la división del trabajo en general, asigna a ciertas comunidades de expertos la tarea de la determinación, progresivamente más precisa o más fundamentada, de la extensión de los términos. En conexión con esta forma de concebir la determinación de la extensión, Putnam avanza la tesis de su universalidad: *Toda comunidad lingüística ilustra la clase de división del trabajo lingüístico descrita: esto es, posee al menos algunos términos cuyos «criterios» asociados sólo son conocidos por un subconjunto de los hablantes que adquieren los términos, y cuyo uso por el resto de los hablantes depende de una cooperación estructurada entre ellos y los hablantes en los subconjuntos relevantes* («The meaning of “meaning”», pág. 228).

14.4. SIGNIFICADO Y ESTEREOTIPO

Ante la evidencia de que la extensión de un término se fija socialmente, y es un asunto de especialistas, caben dos opciones: *a)* abandonar la tesis de que el significado determina la extensión, *b)* negar que el significado tenga que ver con los conceptos que los hablantes poseen o captan (con los estados mentales de los individuos que usan términos generales). Tomar la primera alternativa equivaldría, en el ejemplo de Putnam, a admitir que «agua» tiene el mismo significado, pero diferente extensión, en Tierra y Tierra Gemela. Ésta es una buena alternativa, según Putnam, para los términos que son absolutamente déicticos, como los pronombres personales, por ejemplo. En estos casos, en que la referencia está completamente determinada por el contexto, se puede mantener que tal extensión no tiene nada que ver con el significado de «yo», «tu», «esto», etc. Pero, en cambio, no sucede lo mismo en el caso de los términos generales, en los que se desearía decir, y se dice, que cuando dos personas ponen como ejemplos de agua diferentes líquidos se debe a que no entienden lo mismo por «agua» o que emplean esa palabra con diferente significado. En el ejemplo de Tierra y Tierra Gemela, parece intuitivo afirmar que sus hablantes, cuando utilizan el término «agua» *significan* cosas distintas en cada caso. Por ello, a Putnam le *parece preferible tomar un camino distinto e identificar «significado» con un par ordenado (o posiblemente un n-tuplo ordenado) de entidades*, una de las cuales es la extensión (los demás componentes del «vector de significado», por denominarlo así, serán especificados más adelante). Al hacer esto resulta trivialmente verdadero que el significado determina la extensión (i. e., *la diferencia en extensión supone*

ipso facto *una diferencia en significado*) («The meaning of “meaning”», pág. 246). Así pues, lo que Putnam abandona es la correspondencia biunívoca entre significado y estados psicológicos: a un mismo estado psicológico pueden corresponder conjuntos ordenados (significados) distintos. La afirmación de que dos personas están utilizando conceptos distintos no es una afirmación sobre el estado de sus mentes.

En consecuencia, los problemas de la definición del significado se dividen en dos clases: 1) problemas de la determinación de la extensión, que se resuelven mediante una adecuada concepción de cómo funciona la división del trabajo lingüístico. Dentro de ese apartado figura también la *teoría causal de la referencia* (véase el Tema anterior) que explica por qué las referencias de los diferentes (grupos de) hablantes pueden no coincidir con la extensión del término que usan, 2) problemas de la descripción de la *competencia* individual, entendiendo por tal lo que el hablante sabe acerca del término general para utilizarlo correctamente. En este sentido, Putnam señala una diferencia con respecto a los nombres propios: para utilizar un nombre propio no es preciso saber (prácticamente) nada acerca de su referente, según la teoría de Kripke, pero no sucede lo mismo con palabras como «tigre». *No se puede usar la palabra «tigre» correctamente, excepto per accidens, sin conocer un buen número de cosas sobre los tigres, o por lo menos sobre una cierta concepción de los tigres. En este sentido, los conceptos tienen mucho que ver con el significado* («The meaning of “meaning”», pág. 247). Es la comunidad lingüística la que exige un mínimo de conocimiento para admitir como correcto el uso de un término general. Ninguna comunidad lingüística admitiría que alguien sabe *usar* la palabra «tigre» si sólo supiera que designa un cierto tipo de objetos físicos. Aunque pudiera enunciar con sentido ciertos enunciados acerca de los tigres («los tigres tienen masa y volumen», por ejemplo), no bastaría para conseguir la aprobación de la comunidad lingüística hispana, porque tal comunidad, todas las comunidades, tienen unas ciertas pautas para valorar cuándo se ha aprendido un término, y esas pautas aseguran la efectividad y la sustantividad de la comunicación. Esas pautas varían, con respecto a un mismo término, de una cultura a otra. Puede que en una cierta cultura sea necesario saber mucho más de tigres que en la nuestra para poder hablar de ellos sin incurrir en truismos. Puede que, en esa cultura, el contacto con los tigres, y el conocimiento de ellos, tenga mucha más importancia y sea mucho más central que en la nuestra, y que, en esa medida, sus pautas de valoración de lo que es usar correctamente «tigre» (o el término equivalente) sean mucho más elevadas. Según Putnam, en cualquier caso, la aceptación de que alguien usa correctamente un término general requiere:

1. que su uso sea socialmente aceptado como uso correcto esto es, que se adecue a los mínimos comunicativos determinados por la comunidad lingüística, y
2. *que su forma total de ubicación en el mundo y en su comunidad lingüística sea tal que la extensión socialmente determinada del término «tigre»*

en su idiolecto sea el conjunto de los tigres» («The meaning of “meaning”», pág. 247).

Esta segunda cláusula tiene importancia porque ilustra la posición ontológica de Putnam (en 1975): aunque una sociedad empleara homogéneamente la palabra «tigre» para referirse, por ejemplo, tanto a los tigres como a los leones y leopardos, no conocería el significado de la palabra «tigre», y no la usaría correctamente. Porque la extensión de «tigre» es la que es, el conjunto de los tigres, independientemente de las creencias colectivas que una comunidad lingüística pudiera mantener. Que se crea que los leones son tigres, incluso aunque tal creencia sea universalmente compartida, no hace tigres a los leones, del mismo modo que la creencia, en su determinado momento histórico, de que el Sol giraba alrededor de la Tierra no hacía girar al Sol alrededor de la Tierra.

De todos modos, Putnam admite que *adquirir* el uso de una palabra, utilizarla significativamente, no es una cuestión de sí o no. Se puede *conocer parcialmente* su significado, tener ciertas ideas verdaderas acerca de su extensión, aunque otras sean erróneas, o parcialmente falsas. Esto es lo que generalmente pasa en las conversaciones cotidianas, y no por ello deja de producirse la comunicación, aunque a veces sea necesario precisar qué se asocia con un determinado término.

En la comunicación efectiva lo que funciona, según Putnam, no son los conceptos, entendidos como conjuntos de propiedades necesarias y suficientes para la aplicación del término, sino los *estereotipos*. Según él, los estereotipos consisten en las ideas convencionales que tiene una comunidad lingüística sobre una determinada realidad. Esas ideas pueden ser equivocadas, pero en cualquier caso se encuentran ligadas a propiedades de *ejemplares prototípicos* (juzgados como tales por la comunidad). Así, de acuerdo con el estereotipo de *tigre* en nuestra comunidad, los tigres tienen rayas, garras, largos dientes, habitan sobre todo en la India, etc. Pero estas propiedades estereotípicas que una cultura atribuye a una realidad *no la definen*: *el hecho de que un rasgo (por ejemplo, las rayas) se encuentre incluido en el estereotipo asociado con una palabra X no significa que es una verdad analítica que todos los X tienen ese rasgo, ni que lo tenga la mayoría de los X, ni que lo posean todos los X normales, ni que algunos X lo tengan. Los tigres de tres patas o albinos no son entidades lógicamente contradictorias. Descubrir que nuestro estereotipo se ha basado en miembros anormales o no representativos de una clase natural no es descubrir una contradicción lógica. Si los tigres perdieran sus rayas no dejarían por ello de ser tigres, del mismo modo que las mariposas no dejarían de ser mariposas si perdieran sus alas* («The meaning of “meaning”», pág. 250). Lo que sí es cierto es que, desde el punto de vista de la comunicación, los estereotipos *funcionan*, esto es, organizan la conducta de los miembros de una comunidad en sus procesos de intercambio de información. En cuanto componentes del conocimiento colectivamente compartido, los estereotipos conllevan información que se transmite

entre los miembros de la comunidad a través de la educación, entre otros recursos institucionales. Cuando un niño pregunta qué es un tigre, en general se le responde mencionando el estereotipo. Esto no quiere decir que el niño *aprenda* de hecho a usar la palabra «tigre» cuando aprende el estereotipo (existen otros factores en el aprendizaje lingüístico), pero accede a una representación colectiva que tiene un carácter *imperativo*. Las propiedades que incluye un estereotipo pueden contener información que la comunidad lingüística considere *obligatorio* conocer para sancionar la competencia lingüística de cualquiera de sus miembros. Ese contenido obligatorio puede ser variable de una cultura a otra, o incluso de un grupo lingüístico a otro, pero en todo caso funciona como un *núcleo de información* necesario para el uso correcto del término.

14.5. NOMBRES COMUNES, CLASES NATURALES Y RIGIDEZ

Según Putnam, cuando se enseña el significado (aunque ésta es una forma engañosa de hablar) de un término general, se suelen hacer dos cosas: 1) efectuar un acto *ostensivo*, esto es, indicar de un modo u otro una realidad a la cual se aplique el término general. Así, si nuestro hijo nos pregunta en el zoo qué es un tigre (o qué significa «tigre»), le llevamos a la jaula del tigre y decimos «*eso* es un tigre». Es un tipo de acto definitorio que requiere, como señaló el segundo Wittgenstein (v. el Tema 17), una considerable competencia comunicativa (qué es señalar, qué tipos de cosas se señalan, etc.). 2) Se puede dar una *descripción*, en el sentido de mencionar propiedades de la palabra «tigre», en cuanto perteneciente a un sistema semántico (rasgos gramaticales o léxicos) o rasgos de los objetos a los cuales se aplica el término. En este último caso, lo que se suele proporcionar es una descripción de un estereotipo, de las propiedades que generalmente adscribe el conocimiento colectivamente compartido a esa realidad. Son algunas de estas propiedades las que funcionan como *criterios* para el reconocimiento de los objetos a que se aplica el término general. Así, si forma parte del estereotipo asociado a «tigre» la propiedad de ser rayado, ese hecho sirve al hablante para guiarse en su aplicación de la palabra. Por supuesto, los rasgos que sirven como criterios no suelen ser únicos (aunque pueden serlo) ni unívocos (otros animales también tienen rayas aparte de los tigres), pero suelen ser suficientes para desenvolverse correctamente en la mayor parte de los contextos comunicativos.

Ahora bien, cuando se recurre a la definición ostensiva, por señalamiento, de acuerdo con la teoría de la referencia de Kripke, que Putnam comparte, se emplea un *designador rígido* («esto», «eso», etc.). Lo cual quiere decir que el hablante designa una realidad con la intención de indicar que, sea cual sea la situación contrafáctica imaginable, lo referido permanece constante. De ahí que la rigidez sea aplicable también al término de clase natural: sea cual sea el mundo posible que imaginemos, «agua» designará el líquido cuya composición química es H_2O , y no otra. Aun suponiendo que, como en el

ejemplo de Tierra Gemela, existiera un líquido con todas las propiedades aparentes del agua, pero sin su composición química característica, con el término «agua» designaríamos la extensión que tiene «H₂O» y no otra. No admitiríamos que el término gemelo (el término que usan en Tierra Gemela), «agua», *significara* lo mismo que en la lengua de la Tierra. Sólo admitiríamos que cualquier término (de una lengua imaginaria) significa lo mismo que «agua» si se refiere a H₂O, luego el término general «agua», y todos los que designan clases naturales, es *rígido*. En términos técnicos, se puede decir que lo que designan los términos con la misma extensión está en la *relación transmundana de identidad*. En el ejemplo esto quiere decir, ni más ni menos que cualquier cosa que sea imaginable está en esa relación transmunda de identidad con el agua (con lo que llamarnos «agua» en nuestro mundo) siempre que su composición sea H₂O. Es más, las relaciones transmundas de identidad ayudan a perfilar de hecho la noción de mundo (lógicamente) posible: *Una vez que hemos descubierto que el agua (en nuestro mundo) es H₂O, nada cuenta como mundo posible, a no ser que el agua sea H₂O. En particular, si un enunciado «lógicamente posible» es uno que es verdadero en algún «mundo lógicamente posible», no es lógicamente posible que el agua no sea H₂O* («The meaning of “meaning”», pág. 233).

Las consecuencias filosóficas son pues paralelas a las que extrae Kripke: las definiciones de la extensión de los términos naturales son enunciados necesarios *a posteriori*. Por ejemplo, el enunciado «el agua es H₂O» es un enunciado de esa clase: expresa una verdad «metafísicamente» necesaria, y ha sido descubierto mediante la experiencia. Las consecuencias lingüísticas, por su lado, se resumen en lo siguiente: *la teoría de que (1) las palabras tienen «intensiones», que son algo así como conceptos asociados con las palabras por los hablantes y que (2) la intensión determina la extensión, no puede ser verdadera de términos de clase natural como «agua» por la misma razón que no puede serlo de términos patentemente déicticos, como «yo»* («The meaning of “meaning”», pág. 234). Los dos tipos de consecuencias están íntimamente ligados entre sí y relacionados con una concepción realista del significado y de la verdad.



TEXTOS

TEXTO 1

H. Putnam,
«¿Es posible la
semántica?»,
 traducción de
 A. Tomasini

Inclusive *si pudiéramos* definir «clase natural» —digamos, «una clase natural es una clase que es la extensión de un término P que juega tal y tal papel metodológico en alguna teoría bien confirmada»— la definición obviamente comportaría una teoría del mundo, al menos en parte. No es analítico que las clases naturales sean clases que juegan ciertas clases de papeles en las teorías; lo que realmente distingue a las clases que consideramos naturales es en sí mismo una cuestión de investigación científica (de alto nivel y muy abstracta) y no simplemente de análisis de significado.

El que la definición propuesta de «limón» use términos que por su parte se resisten a la definición no es, sin embargo, una objeción fatal. Detengámonos para observar, por tanto, que si ello es correcto (y en breve, mostraremos que incluso está radicalmente sobresimplificado), entonces la idea tradicional de la fuerza de los términos generales está en un error terrible. Decir de algo que es un limón es, de acuerdo con la definición anterior, decir que pertenece a una clase natural cuyos miembros normales tienen ciertas propiedades; pero no es decir que ese algo tenga necesariamente esas propiedades. No hay verdades analíticas de la forma *todo limón tiene P*. Lo que ha sucedido es esto: la teoría tradicional ha adoptado una explicación que es correcta para conceptos «de un solo criterio» (esto es, para conceptos como «soltero» y «zorra»), y ha hecho de ella una explicación general del significado de los nombres generales. De una teoría que describe correctamente la conducta de unas trescientas palabras, se ha afirmado que describe correctamente la conducta de decenas de miles de nombres generales.

También es importante notar lo siguiente: si la definición anterior es correcta, entonces el conocimiento de las propiedades que una cosa tiene (en cualquier sentido natural y no *ad hoc* de «propiedad») no basta para determinar, de ninguna manera mecánica o algorítmica, si es o no un limón (o un ácido, o lo que sea). Porque incluso si tengo una descripción, digamos, en el lenguaje de la física de partículas, de lo que son de hecho las propiedades de los cromosomas de una fruta, puedo ser incapaz de decir que se trata de un limón porque no he desarrollado la teoría de acuerdo con la cual (1) aquellas características físicoquímicas son los rasgos estructurales de los cromosomas (puedo, incluso, carecer de la noción de cromosoma), y (2) puedo haber descubierto que la estructura cromosómica es la propiedad esencial de los limones. El significado no determina la extensión, en el sentido de que, dados el significado y una lista de todas las «propiedades» de una cosa (en cualquier sentido particular de «propiedad»), uno pueda simplemente *leer si* la cosa es un limón (o un ácido, o lo que sea). Incluso dado el significado, el que una cosa sea o no un limón es, o al menos puede ser en

ocasiones, una cuestión de lo que es el mejor esquema conceptual, la mejor teoría, el mejor esquema de «clases naturales» [...].

Ejercicios

1. ¿Qué es una *clase natural*? ¿Qué categoría lingüística se utiliza generalmente para referirse a las clases naturales?
2. Enuncie las razones que da H. Putnam para mantener que el significado no determina la extensión. ¿Qué teoría semántica refutaría esta tesis?



TEXTOS

TEXTO 2

H. Putnam,
«¿Es posible la
semántica?»,
 traducción de
 A. Tomasini

En el caso especial de palabras como «tigre» y «limón», propusimos páginas atrás una respuesta. Dicha respuesta va como sigue: hay una teoría asociada de alguna manera con la palabra «tigre»; no la teoría que realmente creemos acerca de los tigres, la cual es muy compleja, sino una teoría simplificada que describe, por así decirlo, un *estereotipo* de tigre. Describe, en el lenguaje que usamos anteriormente, un miembro normal de la clase natural. No es necesario que creamos en esta teoría, aunque en el caso de «tigre» sí creemos. Pero es necesario que estemos conscientes de que esta teoría está asociada con la palabra. Si nuestro estereotipo de tigre cambia alguna vez, entonces la palabra «tigre» habrá cambiado de significado. Si, tomando otro ejemplo, los limones se volvieran azules, la palabra «limón» no cambiaría inmediatamente su significado. Cuando yo diga por primera vez, con sorpresa: «todos los limones se volvieran azules», el limón significará todavía lo que ahora significa —lo cual equivale a decir que «limón» estará asociado con el estereotipo limón amarillo, aun cuando la palabra se use para negar que los limones (inclusive los limones normales) sean de hecho amarillos—. Puedo referirme a una clase natural mediante un término que está «cargado» con una teoría que se sabe que ya no es verdadera de esa clase natural, sólo porque será claro para todos que lo que pretendo es referirme a *esa* clase, y no aseverar la teoría. Pero, desde luego, si los limones realmente se volvieran azules (y así se quedaran), entonces, con el tiempo, «limón» llegaría a tener un significado con la siguiente representación:

limón: palabra para clase natural

características asociadas: cáscara azul, sabor agrio, etc.

Entonces «limón» habrá cambiado de significado.

Resumiendo, hay algunos hechos acerca de «limón» o de «tigre» (me referiré a ellos como a los hechos medulares), tales que el uso de «limón» o de «tigre» se transmite simplemente al transmitir esos hechos. Con mayor exactitud, no se puede transmitir el uso aproximado a menos que se comuniquen los hechos medulares.

Permitaseme enfatizar que esto tiene la categoría de una hipótesis empírica. La hipótesis es que hay, en conexión con casi cualquier palabra (no solamente las palabras para «clases naturales»), ciertos hechos medulares tales que (1) no se puede transmitir el uso normal de la palabra (a satisfacción de los hablantes nativos) sin transmitir esos hechos medulares, y (2) en el caso de muchas palabras y muchos hablantes, la transmisión de esos hechos medulares es suficiente para transmitir al menos una aproximación al uso normal. En el caso de una palabra para clase natural, los hechos medulares

son el que un miembro normal de la clase tenga ciertas características, o que esta idea sea al menos el estereotipo asociado con la palabra.

Ejercicios

1. Caracterice la noción de *estereotipo*. Ponga ejemplos.
2. ¿En qué consiste la especificación del significado, según Putnam?
3. ¿Determina esa especificación la aplicación correcta de un término?
¿Por qué?



TEXTOS

TEXTO 3

H. Putnam,
«El significado
de
"significado"»,
traducción de
J. G. Flematti

Modifiquemos el ejemplo: consideremos el oro. El oro es importante por muchas razones: es un metal precioso, es un metal monetario, tiene un valor simbólico (es importante para la mayoría de la gente que su anillo de matrimonio esté realmente hecho de oro y no sólo parezca de oro), etc. Consideremos a nuestra comunidad como una «fábrica»: en esta «fábrica» algunas personas tienen la «tarea» de usar anillos matrimoniales de oro, otras personas tienen la «tarea» de vender anillos matrimoniales de oro y otras personas tienen la «tarea» de decidir si algo realmente es oro. No es de manera alguna necesario o eficaz que quien use un anillo de oro (o gemelos de oro, etc.), o discuta el «patrón oro», etc., tenga que ver con la compra y venta de oro. Ni tampoco es necesario o eficaz que quienquiera que compre o venda oro sea capaz de decir si algo es realmente oro o no en una sociedad donde esta forma de deshonestidad no es común (vender oro falso) y en la cual uno puede fácilmente consultar a un experto en caso de duda. Y ciertamente, no es necesario o eficaz que quienquiera que tenga la ocasión de comprar o usar oro sea capaz de decir, con cierta confianza, si algo es o no realmente oro.

Los hechos precedentes son sólo ejemplos de la división mundana del trabajo (en un sentido amplio). Pero engendran una división de las tareas lingüísticas: toda persona para la cual el oro es importante por alguna razón tiene que aprender la palabra «oro»; pero no tiene que aprender el método de reconocer si algo es oro o no lo es; puede fiarse de una clase especial de hablantes. Los rasgos que generalmente se creen presentes en conexión con un nombre general —condiciones necesarias y suficientes para la pertenencia a la extensión, formas de reconocer si algo se encuentra dentro de la extensión («criterios»), etc.— están todos presentes en la comunidad lingüística considerada como cuerpo colectivo; pero este cuerpo colectivo divide la «tarea» de conocer y la de usar estas distintas partes del «significado» de «oro».

Por supuesto, esta división de las tareas lingüísticas descansa sobre, y presupone, la división de las tareas no lingüísticas. Si solamente la gente que sabe cómo distinguir si un cierto metal es oro o no lo es, tuviese alguna razón para tener la palabra «oro» en su vocabulario, entonces la palabra «oro» estaría como estaba la palabra «agua» en 1750 con respecto a aquella subclase de hablantes, y los otros hablantes no la adquirirían para nada. Y algunas palabras no muestran ninguna división de tareas lingüísticas: «silla», por ejemplo. Pero con el incremento de la división del trabajo en la sociedad y el surgimiento de la ciencia, más y más palabras comienzan a mostrar este tipo de división del trabajo. «Agua», por ejemplo, no mostraba esta división en absoluto, antes de surgir la química. En nuestros días es obviamente necesario que el hablante sea capaz de reconocer de manera confiable el agua bajo

condiciones normales, y probablemente todo hablante adulto sabe incluso que el «agua es H_2O » es la condición necesaria y suficiente, pero sólo unos cuantos hablantes adultos podrían distinguir el agua de otros líquidos que se le parecen superficialmente. En caso de duda, otros hablantes pueden fiarse del juicio de algunos hablantes «expertos». Así, la capacidad de reconocer que tienen estos hablantes «expertos» la posee el cuerpo lingüístico colectivo a través de ellos, aunque no la posea cada miembro individual de este cuerpo, y de esta forma el hecho más estudiado sobre el agua pasa a formar parte del significado social de la palabra, siendo desconocido por casi todos los hablantes que adquieren la palabra.

Me parece que, para los sociolingüistas, será muy importante investigar este fenómeno de la división de la tarea lingüística. En conexión con él, quiero proponer la siguiente hipótesis.

Hipótesis de la universalidad de la división de la tarea lingüística: Toda comunidad lingüística ejemplifica el tipo de división de la tarea lingüística recién descrita; esto es, posee por lo menos algunos términos cuyos «criterios» asociados son conocidos sólo por un subconjunto de hablantes que adquieren los términos; y su uso por parte de otros hablantes depende de una cooperación estructurada entre ellos y los hablantes que se hallan dentro de los subconjuntos relevantes.

Sería de interés particular descubrir si los pueblos extremadamente primitivos son, algunas veces, excepciones a esta hipótesis (lo cual indicaría que la división de la tarea lingüística es producto de la evolución social), o si incluso ellos la ejemplifican. En el último caso, podría inferirse que la división del trabajo, incluyendo las tareas lingüísticas, es un rasgo fundamental de nuestra especie.

Ejercicios

1. ¿Cuál es la razón que hace necesaria la división del trabajo lingüístico?
2. ¿Determinan los expertos *el significado* de algunas palabras? ¿Por qué?
3. Ponga ejemplos de términos que hacen necesaria la intervención de expertos para su definición.



TEXTOS

TEXTO 4

H. Putnam,
«El significado
de
"significado"»,
traducción de
J. G. Flematti

En el lenguaje ordinario, un estereotipo es una idea convencional (a menudo maliciosa, y en ocasiones locamente inexacta) de cuál es el aspecto de un X o de cómo actúa o de cómo es. Obviamente, estoy tratando algunos rasgos del lenguaje ordinario. No me ocupo de los estereotipos maliciosos (salvo cuando el lenguaje mismo es malicioso), sino de las ideas convencionales, que podrían ser inexactas. Sugiero que tal idea convencional está asociada con «tigre», con «oro», etc., y, además, que éste es el único elemento de verdad en la teoría del «concepto».

Desde este punto de vista, a alguien que conoce lo que la palabra «tigre» significa (o que, según decidimos decir, adquirió la palabra «tigre») se le exige que sepa que los tigres estereotípicos son rayados. Más precisamente, hay un estereotipo de los tigres (él podría tener otros) que la comunidad lingüística exige como tal; se requiere que el hablante conozca este estereotipo y sepa (implícitamente) que es obligatorio. Este estereotipo debe incluir el rasgo de las rayas para que su adquisición se considere satisfactoria.

El hecho de que un rasgo (v.g. las rayas) se incluya en el estereotipo asociado con la palabra X no significa que sea una verdad analítica, que todos los X tengan ese rasgo ni que la mayoría de los X tengan ese rasgo, ni que todos los X normales tengan ese rasgo, ni que algunos X tengan ese rasgo.» Los tigres de tres patas, o albinos, no son entidades lógicamente contradictorias. Descubrir que nuestro estereotipo se basó en miembros anormales o no representativos de la clase natural, no es descubrir una contradicción lógica. Si los tigres perdiesen las rayas, no por eso dejarían de ser tigres, ni las mariposas dejarían de ser mariposas si perdieran las alas.

(Hablando estrictamente, la situación es todavía más complicada. Es posible dar a una palabra como «mariposa» un sentido en el cual las mariposas dejan de ser mariposas si pierden las alas - por mutación, digamos. Por eso, es posible encontrar un sentido de «mariposa» en el cual «las mariposas tienen alas» es analítica. Pero el sentido más importante del término, según creo, es aquél en el cual las mariposas sin alas seguirían siendo mariposas.)

En este punto, el lector podría preguntarse qué valor tiene para la comunidad lingüística el poseer estereotipos, si la «información» contenida en el estereotipo no es necesariamente correcta. Pero esto no es realmente un misterio. La mayoría de los estereotipos captan, de hecho, rasgos pertenecientes a los miembros paradigmáticos de la clase en cuestión. Aun cuando los estereotipos estén equivocados, la manera en que se formulan ilumina la aportación que suelen hacer a la comunicación. El estereotipo del oro, por ejemplo, contiene el rasgo amarillo aunque el oro químicamente puro sea casi blanco. Pero el oro que vemos en las joyerías es típicamente amarillo

(debido a la presencia de cobre): así, la presencia de este rasgo en el estereotipo es incluso útil en contextos normales. El estereotipo asociado a «bruja» está más seriamente equivocado, por lo menos si lo tomamos en su sentido existencial. Creer (en sentido existencial) que las brujas tienen pactos con Satanás, que causan enfermedades y muerte, etc., facilita la comunicación sólo en el sentido de facilitar la comunicación interna a la teoría de las brujas. No facilita la comunicación en ninguna situación en la cual se necesita una concordancia con el mundo más que un acuerdo con la teoría de otros hablantes. (Hablando estrictamente, me estoy refiriendo al estereotipo tal como existió trescientos años atrás en Nueva Inglaterra; en nuestros días, el hecho de que las brujas no son reales es, en sí mismo, parte del estereotipo, y de esta manera se neutralizan los efectos perniciosos de la teoría de las brujas.) Pero el hecho de que nuestro lenguaje tenga algunos estereotipos que obstaculizan, más que facilitan, nuestro trato con el mundo y con los otros, sólo apunta al hecho de que no somos seres infalibles, y ¿cómo podríamos serlo? El hecho es que difícilmente podríamos comunicarnos satisfactoriamente si nuestros estereotipos no fueran bastante precisos tal como son.

Ejercicios

1. ¿Son los estereotipos de naturaleza individual o social?
2. ¿Cómo funcionan los estereotipos en la comunicación lingüística?
3. Si el estereotipo es una «teoría» acerca de determinados miembros de una clase, ¿ha de ser cierta de esos miembros?, ¿ha de ser verdadera de algún miembro (al menos uno)?, ¿por qué?



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- PUTNAM, H.
 «The analytic and the synthetic», 1962a; reimpresso en H. Putnam 1975b.
 «It ain't necessarily so», 1962b; en H. Putnam, 1975a.
 «How not to talk about meaning», 1965; en H. Putnam, 1975b
Philosophy of logic, Harper Torchbooks, Nueva York, 1971
 «Is semantics possible?», 1970; reimpresso en H. Putnam, 1975b,
 «The meaning of "meaning"», 1975; en H. Putnam, 1975b.
 «Language and reality», 1975; en H. Putnam, 1975b.
Mathematics, Matter and Method. Philosophical Papers, vol. 1, Cambridge U. Press, Cambridge, 1975a.
Mind, language and reality. Philosophical Papers, vol. 2, Cambridge U. Press, Cambridge, 1975b.
 «Meaning and reference», en P. Schwartz, ed., 1977
Meaning and the moral sciences, Routdgc & Kegan Paul, Londres, 1978.
 «Reference and understanding», en A. Margalit, ed., págs. 199-216, 1979.
 «Why there is not a ready-made world», *Synthese*, 51, 2, págs. 141-167, 1982.
 «Why reason cannot be naturalized», *Synthese*, 52, 1, págs. 3-23, 1982.
Reason, truth and history, Cambridge U. Press, Cambridge, 1982.
Realism and reason. Philosophical Papers, 3, Cambridge U. Press, Cambridge, 1983.
 «El significado de "significado"», versión en español de H. Putnam (1975), *Teorema*, 14, 3-4, págs. 345-406, 1984.
Racionalidad y metafísica, Cuadernos Teorema, 65, Madrid, 1985; traducción de H. Putnam, 1982a y b.
Representation and reality, Cambridge, Mass.: MIT Press, 1988.
Realism with a human face, Cambridge, Mass.: Harvard U. Press, 1990.
Renewing Philosophy Cambridge, Mass.: Harvard U. Press, 1995.
Words and Life, Belknap Press, 1995.

Ensayos y artículos

- BENNETT, D. (1969), «Essential properties», *Journal of Philosophy*, 66, págs. 487-499.
- BLACKBURN, S. (1975), ed.: *Meaning, reference and necessity*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- BOLINGER, D. (1965), «The atomization of meaning», *Language*, 41, págs. 555-573.
- CLARK, P. y B. HALE, eds. (1994), *Reading Putnam*, Oxford: Blackwell.
- COOK, M. (1980), «If “cat” is a rigid designator, what does it designate?», *Philosophical Studies*, 37, págs. 61-64.
- COPI, I. M. (1954), «Essence and accident», *Journal of Philosophy*, 23, págs. 706-719.
- CHANDLER, H. (1975), «Rigid designation», *Journal of Philosophy*, 13, págs. 363-369.
- CRAIG, E. J. (1975), «The problem of necessary truth», en S. BLACKBURN, ed.
- DONNELLAN, K. (1973), «Substances as individuals», *Journal of Philosophy*, 70, págs. 711-712.
- DRETSKE, F. I. (1977), «Causal theories of reference», *Journal of Philosophy*, 74, págs. 621-625.
- DURRANT, M. (1975), «Essence and accident», *Mind*, 84, págs. 595-600.
- EVANS, G. (1982), *The varieties of reference*, Oxford U. Press, Oxford.
- FALES, E. (1979), «Relative essentialism», *Philosophical Studies*, 39, págs. 349-370.
- FIELD, H. (1978), «Mental representations», *Erkenntnis*, 13.
- FODOR, J. (1980), «Methodological solipsism considered as a research strategy in cognitive psychology», *Behavioral and Brain Sciences*, 3.
- FORBES, G. (1981), «On the philosophical basis of essentialist theories», *Journal of philosophical logic*, 10, págs. 73-99.
- GARCÍA SUÁREZ, A. (1978), «Necesidad, identidad y designación rígida», *Teorema*, VIII, págs. 285-300, 1978.
- GEACH, P. (1962), *Reference and Generality*, Cornell U. Press, Ithaca.
- GOGUEN, J. A. (1969), «The logic of inexact concepts», *Synthese*, 19, págs. 325-373.
- HACKING, I. (1983), *Representing and Intervening*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- HARRISON, B. (1979), *An introduction to the philosophy of language*, Mac-Millan, Londres.
- MARGALIT, A., (1979), ed.: *Meaning and use*, Reidel, Dordrecht.
- MCDOWELL, J. (1980), «Meaning, communication and knowledge», en Z. VAN STRAATEN, ed.



BIBLIOGRAFÍA

- McGINN, C. (1981), «The mechanism of reference», *Synthese*, 49, págs. 157-186.
- McKINSEY, M. (1976), «Divided reference in causal theories of names», *Philosophical Studies*, 30, págs. 235-242.
- MELLOR, H. (1977), «Natural kinds», *British Journal of Philosophy of Science*, 28, págs. 299-312.
- MUNITZ, M. (1971), *Identity and Individuation*, Nueva York U. Press, Nueva York.
- MUNITZ, M. K. (1973), *Logic and ontology*, New York U. Press, Nueva York.
- PLANTINGA, A. (1974), *The nature of necessity*, Clarendon Press, Oxford.
- SALMON, N. U. (1982), *Reference and essence*, B. Blackwell, Oxford.
- SHIFFER, S. (1978), «The basis of reference», *Erkenntnis*, 13, págs. 171-206.
- SCHWARTZ, S. P., ed. (1977), *Naming, necessity and natural kinds*, Cornell U. Press, Londres.
- WIGGINS, D. (1975), «Identity, designation, essentialism and physicalism», *Philosophia*, 5, págs. 1-30.
- WILSON, N. L. (1959), «Substances without substrata», *Review of metaphysics*, 12, págs. 521-539, 1959.
- ZIFF, P. (1972), *Understanding understanding*, Cornell U. Press, Nueva York.

Para seguir leyendo, y trabajando...

Se pueden encontrar versiones en español de los principales artículos de H. Putnam sobre semántica en los *Cuadernos de la Revista Crítica*, editada por la UNAM en México. L. M. VALDÉS (ed.) (1991) contiene una versión de H. Putnam (1975).

El capítulo 3.2, de A. GARCÍA SUÁREZ (1997) contiene una exposición de la teoría de H. Putnam respecto a los géneros naturales. La nueva edición de M. PLATTS (1979), publicada en 1997, incluye un capítulo sobre términos de clase natural. Lamentablemente, ese capítulo no está recogido en la edición en español. Seguramente la obra más completa sobre la semántica de las clases naturales es *Natural Kinds*, de T. WILKERSON (Inglaterra: Avebury, 1995).

TEMA 15

El programa naturalista de N. Chomsky: mente, cerebro y lenguaje

ESQUEMA/RESUMEN

- 15.1. Introducción
- 15.2. Competencia y actuación lingüísticas
- 15.3. Ideas innatas, universales lingüísticos y racionalismo

15.1. INTRODUCCIÓN

Como ya casi todo el mundo sabe, N. Chomsky es una figura decisiva en el desarrollo de la lingüística contemporánea. Muchos consideran su obra como la cota que marca la entrada de la lingüística en el ámbito del conocimiento científicamente adquirido y contrastado. Asimismo esa obra ha causado un fuerte impacto en la filosofía del lenguaje del siglo xx. Considerando a la lingüística como una rama de la psicología cognitiva, Chomsky ha extraído conclusiones de ella que afectan no sólo a la índole del conocimiento, sino también a la misma naturaleza humana. Y de acuerdo con esa concepción general de la naturaleza humana ha desarrollado, además, una peculiar filosofía política, que le ha convertido en uno de los críticos más lúcidos de la civilización moderna.

El punto de confluencia de las concepciones lingüísticas de N. Chomsky con la filosofía del lenguaje actual lo constituye el concepto de *conocimiento lingüístico*. Según él, la teoría lingüística, si es adecuadamente explicativa, exige aceptar una concepción del conocimiento lingüístico determinada. Esta concepción se inscribe, según él, en la tradición *racionalista* en filosofía, y es incompatible con cualquier otra concepción de la mente humana, en particular con la que la considera como un conjunto estructurado de disposiciones para la conducta verbal, que atribuye paradigmáticamente a la tradición empirista. Así, la significación filosófica de su obra se resume en la articulación de una concepción racionalista del conocimiento y la mente basada en el estudio científico del lenguaje, concepción que enfrenta a las tesis empiristas que, según él, impregnan las concepciones de filósofos del lenguaje, como W. O. Quine o H. Putnam.

15.2. COMPETENCIA Y ACTUACIÓN LINGÜÍSTICAS

La distinción entre competencia y actuación lingüísticas desempeñó un importante papel en el rechazo, por parte de N. Chomsky, de la tradición estructuralista en que se educó. Por eso, aparece con frecuencia en sus primeras obras (Chomsky, 1965) como una clave conceptual para entender el cambio científico que supone el paso de la lingüística estructuralista a la

generativo-transformatoria. Forma parte esencial de un argumento metodológico que pretende demostrar por qué la lingüística estructuralista era radicalmente incapaz de dar cuenta de una buena parte de fenómenos lingüísticos interesantes.

Esa tradición estructuralista había operado bajo dos supuestos metodológicos básicos: *a)* el carácter observable de los fenómenos como condición necesaria para su explicación, y *b)* la finitud del ámbito sometido a investigación. El primer supuesto metodológico procedía de concepciones empiristas y positivistas vigentes a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX. Según éstas, sólo eran susceptibles de explicación científica los fenómenos observables en una u otra forma, lo cual quería decir que, en el terreno de la lingüística, había que limitarse a explicar la *conducta* verbal. El comportamiento de los hablantes de una lengua (o sus textos en el caso de las lenguas muertas) constituía el ámbito de los datos a explicar. Estos datos se coleccionaban de acuerdo con técnicas especiales para formar un *corpus*, un conjunto presuntamente homogéneo sobre el que se aplicaban técnicas heurísticas. El segundo supuesto, el del carácter finito de este corpus, aseguraba la validez de la aplicación de esos procedimientos de descubrimiento. Al ser el corpus de datos finito, tenía sentido la utilización de procedimientos de análisis estadístico, de probabilidad, etc. que permitían establecer generalizaciones taxonómicas, una organización rudimentaria de esos datos en categorías. Las «leyes» lingüísticas así establecidas eran de un bajo nivel teórico, pero eran consideradas las únicas posibles.

Chomsky opuso a estos supuestos la afirmación de que, en lingüística, hay que diferenciar entre el comportamiento verbal efectivo de los hablantes y las reglas que subyacen a ese comportamiento, reglas que, puesto que posibilitan la comunicación, han de ser conocidas y compartidas por los miembros de la comunidad lingüística. El comportamiento efectivo de los hablantes de una lengua es lo que denominó *actuación*, negándole el carácter de *fenómeno lingüístico*, esto es, de hecho que pudiera y debiera explicar la lingüística. La *teoría de la actuación* constituiría una disciplina complementaria de la propia lingüística, en el sentido de que ésta sería una condición necesaria de aquélla: *los únicos resultados concretos logrados y las únicas sugerencias claras respecto a la teoría de la actuación, dejando aparte la fonética, proceden de estudios sobre modelos de la actuación que incorporan gramáticas generativas de tipos específicos, es decir, de estudios basados en supuestos sobre competencia subyacente. Concretamente, hay algunas observaciones sugerentes respecto a las limitaciones impuestas sobre la actuación por la organización y límites de la memoria, y respecto al partido que se puede sacar de los medios gramaticales para formar oraciones aberrantes de varios tipos* (N. Chomsky, 1965, pág. 11 de la versión en español, por la que se cita). La teoría de la actuación investigaría, pues, las modificaciones de la competencia cuando hablantes concretos la ejercen en situaciones determinadas. Pero la lingüística se debe concentrar, según Chomsky, en el estudio del conocimien-

to del hablante, porque sólo de tal modo superaría las limitaciones de la lingüística estructural y alcanzaría un nivel teórico verdaderamente explicativo: *Lo que concierne primariamente a la teoría lingüística es un hablante oyente ideal, en una comunidad lingüística del todo homogénea, que sabe su lengua perfectamente* (N. Chomsky, 1965, pág. 5).

Ese conocimiento que tiene el hablante de su lengua presenta, al menos, dos características:

- a) No es consciente. Esto es, se trata de un conocimiento implícito de reglas que gobiernan la conducta lingüística. El hablante sabe utilizar tales reglas en la construcción e interpretación de mensajes lingüísticos, pero, en la mayoría de las ocasiones, es incapaz de expresar las reglas que está utilizando.
- b) Es creativo. Esto es, consiste en un conocimiento de reglas que le habilitan para comportarse «creadoramente» en los intercambios comunicativos. Esto significa, ante todo, que el hablante puede producir e interpretar, mediante su competencia, oraciones gramaticales nuevas, ajenas a su experiencia lingüística previa. Según Chomsky, esta propiedad del comportamiento lingüístico ya fue observada por Descartes, para quien *el uso normal del lenguaje es innovador, en el sentido de que gran parte de lo que decimos en el curso del uso normal del lenguaje es totalmente nuevo, en vez de ser la repetición de algo oído anteriormente o algo que obedezca a un esquema o patrón similar en cualquier sentido no trivial de los términos «esquema» o «similar» al de otras oraciones o forma de discurso que hayamos oído usar previamente* (N. Chomsky, 1968, pág. 33 de la edición española, por la que se cita). Lo cual excluye que el hablante llegue a conformar su conducta lingüística mediante procedimientos *analógicos*. Sea lo que sea el conocimiento lingüístico, no se constituye mediante la generalización de un conjunto escaso de esquemas estructurales básicos. El carácter creador de ese conocimiento exige que se postule una estructura mucho más rica que no opere mediante procedimientos puramente asociativos.

La creatividad del comportamiento lingüístico no sólo es cualitativa en este sentido de la novedad. Lo es también en cuanto a su carácter independiente del entorno en que se produce: *el uso normal del lenguaje no sólo es innovador y potencialmente infinito en su alcance o extensión, sino que además no se halla sujeto al control de estímulos observables, de naturaleza externa o interna. Es gracias al hecho de que no depende del control ejercido por los estímulos como el lenguaje puede servir de instrumento para la formulación del pensamiento y la expresión de los estados de ánimo propios de uno, y eso no sólo en el caso de personas dotadas de un talento excepcional, sino también, de hecho, en cualquier persona normal* (N. Chomsky, op. cit., pág. 34). Así pues, a

pesar de la función diferenciadora de los estímulos procedentes del entorno, el conocimiento lingüístico de los hablantes de una lengua es *básicamente homogéneo*. La disimilitud en los procesos de aprendizaje a que se ven sometidos los miembros de una comunidad lingüística no tiene consecuencias en cuanto a la uniformidad esencial en su competencia lingüística. Como tampoco tienen pertinencia las variaciones individuales en el nivel de inteligencia. El acceso a la competencia es independiente de otras capacidades cognitivas, y parece estar asociada a la misma condición del ser humano.

Estas dos características, implícitud y creatividad, tienen a su vez consecuencias metodológicas sobre el modo de enfocar la investigación lingüística. En primer lugar, no tiene sentido atenerse a los datos de la actuación lingüística como única base de la investigación. Tales datos pueden estar deformados o distorsionados por características individuales del hablante o rasgos específicos de la situación lingüística. En cualquier caso, la teoría de la actuación, que es una rama de la psicología, es la que debe dar cuenta de los factores que intervienen en el paso de la competencia a la actuación, el cual introduce variaciones con respecto a lo que sería la conducta de un hablante oyente ideal.

Además, dado el carácter inconsciente de la competencia del hablante, carece igualmente de sentido recurrir únicamente a las *intuiciones* de éste como medio de averiguar la naturaleza de las reglas que está utilizando. El hablante puede no ser capaz de verbalizar esas reglas o puede tener una falsa conciencia de ellas, creyendo equivocadamente que su actuación es regida por una regla cuando en realidad no resulta ser así. No existían (al menos en 1965) procedimientos operacionales unívocos que permitieran acceder a este conocimiento implícito: *es un infortunio que no se conozcan técnicas formalizables adecuadas para obtener información fidedigna sobre los hechos de la estructura lingüística... En otras palabras, existen muy pocos procedimientos experimentales o de proceso de datos para obtener información significativa sobre la intuición lingüística del hablante nativo que sean fidedignos* (N. Chomsky, 1965, pág. 20).

Los juicios de los hablantes sobre la corrección de sus preferencias sólo ayudan a determinar su *aceptabilidad*, esto es, el asentimiento generalizado de una comunidad lingüística a la corrección de una expresión, pero ello no determina unívocamente su *gramaticalidad*, su pertenencia al conjunto de oraciones producido por la gramática de la lengua.

Esta distinción entre aceptabilidad y gramaticalidad, que corre paralela a la diferenciación entre actuación y competencia, tuvo su importancia, en los comienzos de la teoría generativo-transformatoria, porque fue el blanco de muchas críticas de lingüistas y filósofos. De acuerdo con las primeras ideas que expuso Chomsky, existe una diferencia epistemológica fundamental entre las dos nociones: a) la noción de *gramaticalidad* es una noción *formal*, esto es, es un predicado conjuntista (asignado a los miembros de un conjun-

to) definido por una colección de reglas formales. En este sentido, es una noción similar a la de *deducible en S*, o *teorema de S*, donde S es un sistema formal. Son las reglas del sistema gramatical las que determinan qué oraciones son gramaticales o no. La gramática puede ser considerada, desde este punto de vista, como un procedimiento *computacional*, que «calcula» si una expresión es gramatical o no: es gramatical todo aquello que genera la gramática, y sólo eso; *b*) en cambio, la noción de aceptabilidad es una noción empírica, algo que puede ser objeto de encuesta o investigación estadística. Las oraciones que son aceptables lo son en virtud de los juicios homogéneos de los miembros de una comunidad lingüística. Corresponde a las intuiciones generales de los miembros de esa comunidad. Por eso no tienen un peso absoluto en la contrastación de las hipótesis lingüísticas: sólo indirectamente pueden afectar a la corroboración de las reglas propuestas por el lingüista como componentes de la gramática. Siendo esto así, el estatus metodológico de la gramática generativa se convirtió durante bastantes años en materia controvertida (Botha, 1973): si se trataba de una ciencia deductiva, no se veía cuál era la relación explicativa que mantenía con los fenómenos empíricos del habla; si se trataba de una ciencia no deductiva, no quedaba clara la relación de los hechos empíricos con los conceptos formales.

En este sentido, N. Chomsky ha ido perfilando su postura metodológica. Ante la acusación de que sus justificaciones son circulares, puesto que la misma definición de *experiencia lingüística* depende de lo que la teoría considera como tal, ha respondido: *algunos lingüistas han sido confundidos por el hecho de que las condiciones que justifican la prueba están ellas mismas sujetas a dudas y revisión, creyendo descubrir con ello alguna paradoja oculta o circularidad de razonamiento. En realidad, lo único que han hecho ha sido redescubrir el hecho de que la lingüística no es la matemática, sino más bien una rama de la investigación empírica. Incluso si tuviéramos que justificar que existe cierto conjunto de oraciones observacionales que constituye la firme base de la investigación y que es inmune al cuestionamiento, no obstante sigue siendo cierto que es preciso invocar la teoría para determinar qué evidencian, si es que evidencian algo, estas observaciones puras y perfectas, y en este punto no existe ningún fundamento cartesiano de certidumbre* (N. Chomsky, 1980, pág. 198 de la edición española, por la que se cita).

En cualquier caso, una de las mayores innovaciones introducidas por N. Chomsky en la lingüística con respecto a la tradición estructuralista fue el desplazamiento del objeto de la disciplina. Ya no se trataba de estudiar una realidad observable compuesta por un conjunto de datos no analizados, sino de acceder a una realidad no observable, de carácter mental, el conocimiento que un hablante tiene de su lengua. Además, este conocimiento no era un conocimiento individual, de éste o aquel hablante, sino una abstracción elaborada mediante la eliminación de las peculiaridades individuales: el objeto de la lingüística quedaba definido como la descripción y explicación del conocimiento lingüístico de un hablante oyente ideal.

Esta diferenciación de niveles, descriptivo y explicativo, que afecta tanto a la teoría lingüística general como a la gramatical, también desempeñó un importante papel en las argumentaciones polémicas de N. Chomsky. De acuerdo con éste, la *adecuación descriptiva* de una gramática se alcanza cuando se propone el sistema de reglas gramaticales correcto, esto es, cuando ese sistema genera todas y sólo las oraciones gramaticales de la lengua. Por su parte, *la teoría lingüística debe contener una definición de «gramática»; es decir, una especificación de la clase de gramáticas potenciales. Correspondientemente, podemos decir que una teoría lingüística es descriptivamente adecuada si hace posible una gramática descriptivamente adecuada para cada lengua natural* (N. Chomsky, 1965, pág. 25).

En cambio, la *adecuación explicativa* exige un paso más. Hace necesario explicar por qué el conocimiento lingüístico de una lengua consiste precisamente en la interiorización de ese conjunto de reglas y no otro. Esto no es posible si no se acude a consideraciones sobre el proceso de aprendizaje de la lengua: sólo una teoría sobre tal proceso puede dar cuenta de los factores causales que han conducido a la posesión del sistema interiorizado de reglas que es la gramática. Por eso, la lingüística no sólo es una rama de la psicología (de la psicología cognitiva, que estudia el sistema cognitivo lingüístico), sino que también ha de estar complementada por una teoría del aprendizaje lingüístico, una teoría que explique por qué el niño escoge la gramática de su lengua entre un conjunto de alternativas formales cuya adecuación descriptiva es equivalente.

Adecuación descriptiva

- Determina el conjunto de las gramáticas descriptivamente adecuadas de las lenguas naturales.
- Describe la competencia lingüística del hablante de una lengua natural; las reglas que generan las oraciones gramaticales.

Adecuación explicativa

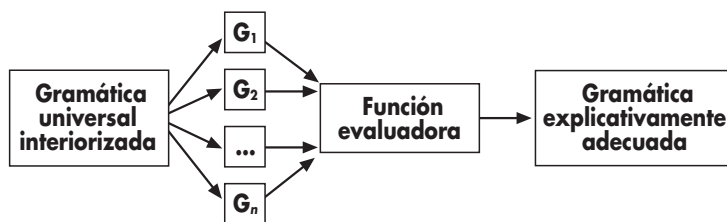
- Teoría de la gramática universal.
- Teoría del aprendizaje lingüístico de una lengua natural.

En este campo, en el del aprendizaje lingüístico, también ha realizado N. Chomsky aportaciones importantes. Su idea general sobre el proceso de aprendizaje es la siguiente: el niño es sometido a lo largo de unos pocos años a un conjunto de estímulos lingüísticos procedentes del entorno social. Tales estímulos no explican por sí solos, en virtud de los procedimientos inductivos, que desarrolle el conocimiento de la gramática de su lengua en un espacio de tiempo comparativamente corto (con respecto a la adquisición de otros sistemas cognitivos). Debe existir por tanto una aportación de los mecanismos biológicos innatos que explique tal aprendizaje. En concreto,

cualquier modelo del aprendizaje lingüístico debe tener en cuenta que el niño que es capaz de aprendizaje lingüístico debe poseer:

1. Una técnica para representar señales de entrada (input signals).
2. Un modo de representar información estructural sobre esas señales.
3. Cierta delimitación inicial de una clase de las hipótesis posibles acerca de la estructura del lenguaje.
4. Un método para determinar lo que cada una de las hipótesis implica con respecto a cada oración.
5. Un método para seleccionar una de las (en principio infinitas) hipótesis que son permitidas por 3) y compatibles con los datos lingüísticos primarios dados (N. Chomsky, 1965, pág. 30).

El proceso de aprendizaje implica pues no solamente la existencia de una *función evaluadora*, que permite clasificar las gramáticas mediante grados de congruencia (con los datos, con la información inicial disponible), sino también la de una rica estructuración previa de la mente humana, que le permite descartar rápidamente gramáticas posibles. El punto 3 exige la postulación de una teoría lingüística general interiorizada, esto es, una gramática universal, cuya información se transmite genéticamente, y el 5, la psicologización de esa función evaluadora, que permite escoger al niño la gramática correcta, la más compatible con la universal y con los datos que recibe. El proceso de aprendizaje es concebido sobre todo como un proceso de *reconstrucción*. A partir de datos fragmentarios y deformados haciendo uso de sus capacidades ingénitas, el niño puede dotar de forma definitiva a una estructura cognitiva que ya se encontraba parcialmente definida en su mente.



Su razonamiento, como se puede advertir, se basa en (al menos) dos supuestos sobre la naturaleza del aprendizaje lingüístico: *a)* es corto en el tiempo: el niño domina razonablemente bien la gramática de su lengua en cuatro o cinco años, cuando para dominar otras habilidades cognitivas le son necesarios muchos más años; *b)* es inducido por un conjunto de experiencias que son escasas en su cantidad y deficientes en su calidad. La cantidad de expresiones que el niño oye no es suficiente para explicar, por mecanismos de generalización inductiva o analogía, que el niño sea capaz de producir y entender expresiones que ni ha utilizado ni ha oído utilizar con anterioridad,

esto es, es incapaz de explicar su creatividad lingüística. Por otro lado, las experiencias a las que está sometido, producto de la *actuación* lingüística de los adultos, son cualitativamente deficientes, llenas de errores, incongruencias, rectificaciones, etc. No obstante lo cual, el niño es capaz de elaborar el conjunto de reglas que constituye efectivamente su gramática.

Estos dos supuestos sobre el aprendizaje lingüístico, más el hecho de que cualquier niño pueda aprender, como primera lengua, cualquier lengua con igual habilidad, llevaron a N. Chomsky a proponer la existencia de una estructura mental, de carácter innato, que guiara al niño en su aprendizaje. Esta estructura mental debía ser, por una parte, lo suficientemente concreta como para imponer restricciones importantes sobre las posibles formas de las gramáticas, de tal modo que el niño pudiera determinar rápidamente la correcta, la correspondiente a su lengua. Por otro, debería ser lo suficientemente flexible para ser compatible con la forma compartida por todas las gramáticas, puesto que, si no, no se podría explicar la disponibilidad del niño para aprender cualquier lengua: *Debemos postular una estructura innata lo bastante rica como para que, por medio de ella, se pueda explicar la disparidad entre la experiencia y el conocimiento o, dicho de otra manera, el que se puedan edificar gramáticas generativas empíricamente justificadas dentro de determinados límites de tiempo y a partir de un número reducido de datos. Al mismo tiempo, la postulada estructura mental no debe ser tan rica y restringida como para que queden excluidas y sin explicar por medio de la misma determinadas lenguas conocidas. Existe, en otros términos, un límite superior y un límite inferior en el grado y el carácter exacto de la complejidad que puede atribuirse a la estructura mental innata postulada* (N. Chomsky, 1968, 2.^a edición ampliada en 1972, pág. 137 de la edición en español, por la que se cita). Esto significaba que la estructura mental hipotetizada como condición necesaria para el aprendizaje debería ser *específica, y universal*, constituyendo una especie de «órgano» lingüístico de carácter mental. El *contenido* de tal órgano lingüístico, la información codificada de alguna forma en la estructura genética del individuo, debe conformar *una gramática universal*, un conjunto de instrucciones para procesar los datos lingüísticos y para restringir la forma de las reglas gramaticales. Esta *gramática universal* es la que se halla en la base de la competencia lingüística de los hablantes y la que explica las características especiales que tiene el aprendizaje lingüístico.

Volviendo al concepto de competencia, es preciso advertir que ha evolucionado en la obra de N. Chomsky. En uno de sus ensayos (N. Chomsky, 1980), define la competencia gramatical como un *sistema de reglas que generan y relacionan ciertas representaciones mentales, en particular representaciones de forma y significado* (op. cit., pág. 99). Esta competencia gramatical, que permite asignar significados a secuencias de sonidos y viceversa, no es identificada ya con la competencia lingüística misma. Chomsky reconoce en esta obra que el conocimiento de la lengua requiere algo más que el conocimiento de la gramática y que es fruto de diferentes factores: *El conocimiento*

de la gramática, entonces, es un elemento básico en lo que se ha llamado vagamente «el conocimiento de una lengua»... Una descripción bastante amplia del conocimiento de la lengua deberá tomar en cuenta las interacciones de la gramática con otros sistemas, en especial los sistemas de estructuras conceptuales, de la competencia pragmática y tal vez otros, como por ejemplo los sistemas del conocimiento y de creencia que entran en lo que podríamos llamar la «comprensión del mundo basada en el sentido común» (N. Chomsky, 1980, págs. 100-101). Esta concepción supone no un retroceso, sino una precisión en el concepto de competencia lingüística. Chomsky se basa en un concepto de la mente en cuanto conjunto de sistemas cognitivos (y otros sistemas) cuyos productos son las disposiciones, habilidades y capacidades humanas. Pero esos productos no son sino el fruto, en la mayoría de los casos, de la *interacción de los módulos* cognitivos (J. Fodor, 1983). Ninguna capacidad cognitiva se puede explicar de forma unívoca, remitiéndola a un único sistema. Así sucede con el conocimiento de la lengua, que implica no solamente el conocimiento de las reglas gramaticales, sino también la capacidad para utilizarlas adecuadamente, para evaluar la situación comunicativa y comportarse de modo coherente con ella, para conducirse de un modo comunicativamente cooperativo, etc. La competencia gramatical, de la que propiamente habla Chomsky, no es sino uno de los componentes, aunque esencial, en la competencia lingüística en sentido amplio.

Ahora bien, el sentido del término *conocimiento*, cuando se aplica a reglas gramaticales, es un tanto controvertido. De acuerdo con una venerable tradición epistemológica, el conocimiento equivale a la creencia verdadera y justificada. Esto quiere decir que si se *conocen* las reglas de la gramática, *han de ser* las reglas de la gramática y se *ha de poder* justificarlas. Pero ninguna de estas dos condiciones se cumple en el concepto chomskiano de competencia: el hablante puede no ser consciente de las reglas que rigen su conducta lingüística, puede que crea que son otras las reglas en cuestión y es posible que carezca de justificación teórica para actuar de acuerdo con esas reglas. Claro es que existe una diferencia —que, dicho sea de paso, no se da en inglés entre *conocer* y *saber*—. Sólo en el último sentido, se puede mantener, el conocimiento es creencia verdadera y justificada. El gramático *sabe* la gramática en ese sentido, pero no el hablante común, cuyo conocimiento es implícito, según N. Chomsky. Pero tampoco se trata de cualquier tipo de conocimiento implícito. Saber montar en bicicleta es un conocimiento implícito, pues quien sabe no tiene por qué tener conocimiento de las leyes dinámicas que le mantienen en equilibrio, pero ese no es el *tipo* de conocimiento de que habla Chomsky. Aunque comparte con él la propiedad de estar relacionado con el aprendizaje, la diferencia esencial es que el primero consiste en la adquisición de una habilidad (coordinación de reflejos, etc.), mientras que el segundo exige una interiorización más consistente: *En el caso de montar en bicicleta, no hay motivo para suponer que las reglas en cuestión estén representadas en una estructura cognoscitiva remotamente semejante al tipo que he descrito. Más bien entendemos el ciclismo como una habili-*

dad, mientras que no constituye en absoluto una habilidad el conocimiento del lenguaje... (N. Chomsky, 1980, pág.111). El conocimiento gramatical tiene *realidad mental* permanente, esto es, está incorporado a la organización innata del cerebro, al menos en los aspectos más generales que constituyen la gramática universal. Pero, como el mismo Chomsky advierte, que se pueda establecer una diferencia entre una habilidad (con su peculiar forma de integración en el sistema nervioso central) y una capacidad cognitiva (como la que parece subyacer al lenguaje) es una cuestión de hecho y no de principio. Pero, si resulta ser así, entonces el conocimiento gramatical constituye un nuevo tipo de conocimiento que no es del todo conocimiento proposicional (saber algo, en el sentido de creencia verdadera y justificada), ni conocimiento práctico (saber cómo). Según Chomsky, esta consecuencia no habla en contra de su concepto de competencia, sino de la epistemología tradicional, que considera exhaustiva la clasificación en los dos tipos de conocimiento: *Pienso que en teoría del conocimiento se necesita un concepto próximo al término «conocer» (know) donde éste es claro, pero que pueda ampliar o estrechar su uso normal... En otro lugar, he sugerido que construyamos un término, por ejemplo «cognizar» (cognize), asignándoles las siguientes propiedades. Cuando sabemos que p, cognizamos que p [...]. Además, cognizamos los principios y las reglas de los que se derivan estos casos desaber que, y cognizamos los principios innatamente determinados que son articulados posteriormente por la experiencia para alcanzar el sistema maduro de conocimiento que poseemos* (N. Chomsky, 1986, pág. 265). *Cognizar* es una mezcla de conocimiento ideacional o proposicional, puesto que el hablante que sabe hablar una lengua tiene conocimiento de que algo es el caso, por ejemplo que la persona del verbo en español se corresponde en número con el del sujeto y no con el del complemento directo, y conocimiento práctico, pues conocer la regla anteriormente mencionada es inseparable de su utilización en circunstancias concretas. Aunque el conocimiento de la regla es un conocimiento implícito, ese conocimiento no se reduce, según Chomsky, a la pura observancia de la regla. El hablante puede *reconocer* la regla a la que se atenía su conducta y, por tanto, reconocer que *sabía* tal regla, en el sentido anteriormente apuntado.

Si la nota que diferencia a la competencia gramatical de otros tipos de conocimiento es la de tener *realidad psicológica*, cabe preguntarse cómo se demuestra la existencia de tal realidad, qué es lo que cuenta como argumento en favor de su postulación. Según Chomsky, cualquier teoría que implique afirmaciones sobre las habilidades, capacidades o conocimientos implícitos incorpora de algún modo hipótesis sobre mecanismos internos del individuo. En este sentido, criticó la pretensión de M. Dummett (1976) de construir una teoría semántica que constituyera un análisis de la habilidad del hablante, pero cuya función no fuera la de *describir algún mecanismo psicológico interno que pueda explicar el que posea esas habilidades [...]* puesto que lo que se atribuye al hablante es el conocimiento implícito, la teoría del significado debe especificar no sólo qué debe saber el hablante, sino en qué

consiste la posesión de ese conocimiento, es decir , qué se considerará como manifestación de ese conocimiento (M. Dummert, 1976, págs. 70-71). De hecho, según Chomsky, no hay ninguna diferencia entre una teoría así y una que proponga una hipótesis psicológica. Para él, es un caso paralelo al que sucede en otras ciencias: si se efectúa una determinada abstracción, por ejemplo considerar los planetas como puntos, no por ello se dejan de formular hipótesis físicas. Lo que cuenta es *el ámbito* de la explicación, no el nivel en que ésta se desenvuelva. Si las afirmaciones de la semántica versan sobre las capacidades y conocimientos implícitos del hablante, entonces *eo ipso*, se refieren en uno u otro nivel de abstracción a la estructura mental o psicológica del ser humano.

En resumen, la concepción de N. Chomsky sobre el objeto de la lingüística y el conocimiento del lenguaje es la siguiente: *el conocimiento que una persona tiene de su lengua está esencialmente constituido por su «interiorización» de una gramática generativo-transformatoria de esa lengua. la interiorización misma adquiere la forma de conocimiento de reglas, categorías, definiciones, estructuras, etc. de la gramática [...] Este conocimiento, representación, información mental, es típicamente «tácito» e «inconsciente» pero no obstante «psicológicamente real». Es preciso concebir de esta forma el conocimiento de una lengua para explicar —vía la observación por parte del hablante de las reglas de su gramática y la información que pueda proporcionar los aspectos más significativos de la conducta lingüística, en particular, la creatividad... (D. Cooper, 1975, pág. 17).*

15.3. IDEAS INNATAS, UNIVERSALES LINGÜÍSTICOS Y RACIONALISMO

Aparte de la peculiar concepción que tiene Chomsky del conocimiento lingüístico (y, por tanto, del objeto de la lingüística), un punto de su teoría que ha suscitado la más amplia polémica se refiere a la naturaleza y origen de las estructuras mentales que determinan el aprendizaje y uso del lenguaje. De acuerdo con las primeras formulaciones de su teoría, existe una relación directa entre la gramática universal y la teoría del aprendizaje lingüístico. La gramática universal condensa la información inicial que el niño utiliza cuando aprende una lengua, información que le permite, ante todo, saber qué es una gramática. Una función primordial de la gramática universal es por tanto ayudar, en el aprendizaje, a que el niño resuelva el problema que le plantean los estímulos externos: *determinar cuál de las lenguas (humanamente) posibles es la de la comunidad que le ha tocado en suerte* (N. Chomsky, 1965, pág. 27). La gramática universal realiza esa función especificando ciertos rasgos formales y de contenido que han de poseer todas las gramáticas. Por lo tanto, la principal consecuencia que, desde el punto de vista del aprendizaje, tiene la gramática universal es la de restringir el ámbito de la «elección» entre diversos sistemas de reglas.

Del mismo modo que sucede con el concepto chomskiano de *gramática particular*, que oscila continuamente (y voluntariamente) entre el de sistema de reglas que genera una lengua y sistema psicológico que el hablante posee, ocurre igual con el de *gramática universal*. Por una parte, la gramática universal es un sistema de universales lingüísticos que se puede considerar de forma independiente de la realidad mental que pueda tener. Esto es, se puede concebir la gramática universal (o la teoría lingüística general) como un modelo descriptivo de las propiedades que comparten todas las lenguas humanas. Pero, por otro, la gramática universal, en la concepción de Chomsky, es el conjunto de lo que el niño aporta al aprendizaje de la lengua de modo previo a la experiencia. Esto es, la gramática universal es la colección de *ideas innatas* que el niño posee, en virtud de su pertenencia a la especie humana, y que le guían de la forma indicada en la adquisición de la competencia de su lengua. Así pues, por una parte, la gramática universal es *guía* en el aprendizaje y, finalmente, es *constitución* de la naturaleza del lenguaje natural mismo, puesto que representa las propiedades que lo distinguen de otros sistemas semióticos.

El mismo Chomsky reconocía (en 1965) que el camino a seguir en la investigación de la gramática universal debía partir de la lingüística y no de la psicología. Es más factible tratar de averiguar los elementos comunes en las lenguas y elevarlos a la categoría de «ideas innatas», contrastando esta extrapolación por medios experimentales, que a la inversa. La línea que se siguió dio comienzo por tanto en el examen de la noción de *universal lingüístico* y en el análisis amplio de toda clase de lenguas, con el objetivo de averiguar si en los diferentes niveles gramaticales existían características comunes a todas las lenguas y si tales características podían concebirse como consecuencia de principios formales que pudieran tener una representación psicológica o neuronal.

Comenzando por el propio análisis de la noción de *universal lingüístico*, numerosos estudiosos (Ch. Hockett, 1963, J. Greenberg, 1966; D. Cooper, 1975) advirtieron la necesidad de una mayor precisión. Si se considera que un universal lingüístico es cualquier propiedad común a todas las lenguas humanas, se está admitiendo una noción demasiado amplia, que carece de interés cognitivo: ciertas propiedades de esa clase son propiedades triviales, como la de que ninguna lengua posee frases de mil palabras, por ejemplo. Otras propiedades, en cambio, no son triviales, pero son *definitorias*. Esto significa que constituyen los rasgos mediante los cuales reconocemos el lenguaje como sistema semiótico y podemos distinguirlo de otros. Por eso, resulta un truismo afirmar que una propiedad de esta clase es un universal lingüístico: no constituye una afirmación interesante sobre la naturaleza del lenguaje (ni de la mente humana) puesto que *necesariamente* ha de poseerla cualquier lengua.

Por otro lado, se pueden dar diferentes interpretaciones, progresivamente más exigentes, a la noción de universal lingüístico, incluso cuando se con-

sidera como tal una propiedad lingüística cognitivamente significativa. En primer lugar, se pueden concebir los universales lingüísticos como propiedades presentes en todas las lenguas naturales (sin que sean propiedades definitorias ni triviales). Así, la gramática universal constituiría un núcleo abstracto subyacente a la gramática particular de *cualquier* lengua. Ésta es la acepción más «fuerte» de universal lingüístico, pero también la más difícilmente sostenible, dado nuestro conocimiento actual de las lenguas naturales, a no ser que se consideren propiedades muy abstractas de carácter formal (como la propia teoría que N. Chomsky considera en la actualidad).

En segundo lugar, se pueden considerar los universales lingüísticos con el mismo grado de rigor que se aplica a los universales fonológicos en particular. Desde la obra de R. Jakobson se sabe que tales universales consisten en un conjunto de rasgos, en diversas relaciones estructurales, cuya combinación produce todos los fonemas conocidos en las lenguas naturales. No se trata, por tanto, de que *todos* los rasgos fonológicos operen para producir los fonemas de una lengua, sino que, sea la lengua que sea, sus fonemas son producto de la combinación de un *subconjunto* de esos rasgos. Se abandona por tanto la exigencia de que los universales sean propiedades *simultáneamente* presentes en cualquier lengua. Sólo es preciso que las categorías que incluya y los principios que organicen su gramática estén extraídos de un conjunto de universales lingüísticos.

Finalmente, la concepción más laxa de universal lingüístico (J. Greenberg, 1966) sólo exige que éstos sean las propiedades más frecuentemente presentes en las lenguas. Así, por ejemplo, si la conexión sistemática (regla gramatical) entre construcciones en activa y pasiva está mayoritariamente extendida entre las diversas lenguas, entonces tal conexión es un universal. Del mismo modo, si la configuración SVO (sujeto-verbo-objeto) es más probable que otras entre las lenguas, igualmente tal configuración resulta un universal. Por consiguiente, en esta acepción un universal lingüístico es sencillamente una regularidad observada cuando se comparan las diferentes lenguas naturales.

En el nivel puramente descriptivo, cuando lo único que pretende el lingüista es encontrar modelos o patrones de comparación lingüística, o establecer generalizaciones estadísticas con fines taxonómicos, cualquier acepción de «universal lingüístico» tiene utilidad operacional. Pero, cuando se pretende utilizar la presunta existencia de dichos universales para argumentar en favor de un determinado modelo de aprendizaje lingüístico y justificar la existencia de estructuras mentales innatas, es necesario que tales universales sean identificados con las acepciones más rigurosas, la primera y la segunda. Esto es lo que requiere la propia teoría chomskiana, en que la gramática universal constituye precisamente el elemento definidor de lo que es la propia *experiencia lingüística*, cosa que no podría hacer si únicamente estuviera constituida por regularidades estadísticas en el conjunto de las gramáticas.

Convinando por tanto en que la acepción más apropiada de universal lingüístico es la segunda, Chomsky distinguió en principio entre dos grandes clases de universales: *Es útil clasificar los universales lingüísticos en formales y sustantivos. Una teoría de universales sustantivos sostiene que los elementos de cierto tipo en cualquier lengua deben ser extraídos de una clase fija de elementos. Así, por ejemplo, la teoría de los rasgos distintivos de Jakobson puede ser interpretada en el sentido de que hace una aserción sobre universales sustantivos respecto al componente fonológico de una gramática generativa [...] Sin embargo, también es posible buscar propiedades universales de tipo más abstracto [...] la propiedad de tener una gramática que satisface una cierta condición abstracta podría llamarse un universal lingüístico formal si se demuestra que es propiedad general de las lenguas naturales* (N. Chomsky, 1965, pág. 28). Los universales sustantivos hacen referencia por tanto al *contenido* de las gramáticas, a los elementos que las componen, que deben ser extraídos de un conjunto delimitado. Los universales formales, en cambio, remiten a las características estructurales que organizan la gramática, que establecen las relaciones pertinentes entre sus elementos componentes o que ligan los diferentes niveles gramaticales.

Dependiendo del nivel gramatical que se trate, los universales formales y sustantivos se distribuyen a su vez en subclases. En 1965, en que Chomsky compartía la división tradicional de la gramática en fonología, sintaxis y semántica, asignó a cada uno de estos niveles los universales formales y sustantivos. Para tener una idea de la clase de universales en la que Chomsky estaba pensando, considérese el siguiente cuadro:

Sustantivos

- *Fonológicos.* Conjunto de rasgos fonológicos.
- *Sintácticos.* Conjunto de categorías sintácticas. Distinción entre componente de base y componente transformatorio.
- *Semánticos.* Conjunto de categorías semánticas (p. ej. nombre propio, común...).

Formales

- Carácter cíclico de la aplicación de las reglas fonológicas.
- Carácter transformatorio de las reglas que relacionan estructuras como la activa y la pasiva.
- Características formales de la designación nominal.

En este cuadro figuran diferentes tipos de rasgos o propiedades que, distribuidos en cada uno de los niveles gramaticales, Chomsky consideró plausibles universales lingüísticos. Con respecto a estas primeras afirmaciones, las ideas de N. Chomsky se han modificado considerablemente a medida que

su teoría lingüística ha evolucionado. El sentido de esta evolución, desde la teoría de *aspectos* hasta la del ligamiento y la rección (Chomsky, 1981), ha sido por una parte el de postular una mayor abstracción en los principios componentes de la gramática universal y, por otra, insistir en las características formales de los universales frente a consideraciones sobre su contenido. Los últimos ejemplos de principios universales propuestos por Chomsky (1986), como el principio de proyección o el que regula el funcionamiento de las *categorías vacías*, son de una considerable complejidad técnica y de un elevado nivel de abstracción. Sin embargo, la *función* que N. Chomsky adscribe a la gramática universal ha sido homogéneamente concebida (salvo matices) a lo largo de su obra. En 1965 la gramática universal definía, por una parte, el conjunto de las gramáticas posibles de una lengua y, por otra, representaba la información de carácter innato que guiaba el aprendizaje lingüístico. En 1975 se refiere a ella como *el esquematismo que determina la forma y el carácter de las gramáticas y los principios a través de los cuales operan* (N. Chomsky, 1975, pág. 225), y en 1980 *la gramática universal se entiende como el conjunto de propiedades, condiciones, o cualesquiera elementos que constituyan la «etapa inicial» del que aprende una lengua, que por consiguiente constituyen la base sobre la cual se desarrolla el conocimiento del lenguaje* (N. Chomsky, 1980, pág. 80). Finalmente, en 1986, la gramática universal sigue desempeñando su función de puente entre la adecuación descriptiva y la explicativa: *podemos decir que una gramática es descriptivamente adecuada para una lengua en particular en la medida en que la describe correctamente. Una teoría de gramática universal satisface la condición de adecuación explicativa en la medida en que proporciona gramáticas descriptivamente adecuadas bajo las condiciones que la experiencia determina como límite* (N. Chomsky, 1986, pág. 53).

Esta constancia en la concepción de la gramática universal como mecanismo explicativo tanto de la naturaleza del lenguaje humano como del aprendizaje lingüístico no sólo tiene en la obra de N. Chomsky motivaciones internas, como podría ser la de constituir el único medio viable para ofrecer una explicación adecuada de la compatibilidad entre la variedad de las lenguas humanas y la universal capacidad lingüística, sino que también se debe a que constituye el núcleo fundamental de sus diferencias con otras concepciones lingüísticas. En efecto, N. Chomsky piensa que la postulación de la gramática universal en los dos niveles, descriptivo o formal y explicativo o psicobiológico es lo que liga sus concepciones sobre la naturaleza del lenguaje y del ser humano con la tradición racionalista. De acuerdo con su interpretación de esta tradición, el racionalista ha mantenido siempre el carácter activo y creador de la mente humana junto con una teoría del aprendizaje basada en la preexistencia a la experiencia de una rica estructuración mental. Por una parte, la gramática universal, en cuanto conjunto de principios que limitan la forma de las gramáticas, viene a precisar la noción tradicional racionalista de *idea innata*, siendo compatible con la creatividad lingüística, adecuadamente explicada por la naturaleza formal de las reglas gramaticales.

les. Por otra, constituye una alternativa adecuada a las teorías del aprendizaje lingüístico basadas en la tradición empirista que, según N. Chomsky, conciben la mente humana como un puro intermediario entre estímulos del entorno y respuestas verbales, sin postular los necesarios principios de organización interna.



TEXTOS

TEXTO 1

La investigación naturalista del lenguaje

N. Chomsky,
«Naturalismo y
dualismo en el
estudio del
lenguaje y de
la mente»,
traducción de
A. Gomila

Para ayudar a enmarcar la discusión, consideremos por un momento adónde nos lleva el naturalismo metodológico en el estudio de la mente, del lenguaje en particular. A mi modo de ver, a algo parecido a lo que sigue, según nuestra comprensión presente.

El cerebro tiene un componente, que llamamos «la facultad del lenguaje», dedicado al lenguaje y su uso. En cada individuo la facultad del lenguaje parte de un estadio inicial, determinado por su dotación biológica. Al margen de los casos patológicos, tales estadios son tan similares dentro de la especie que podemos abstraer razonablemente y hablar del estadio inicial de la facultad del lenguaje, una característica humana general. El ambiente activa, y en parte conforma, un proceso de crecimiento dirigido desde dentro, que se estabiliza (más o menos) en torno a la pubertad. Un estudio serio debe tratar de determinar los estadios «puros» de la facultad lingüística, en condiciones ideales, al margen de todo un abanico de distorsiones e interferencias fruto de las complejas circunstancias de la vida diaria, esperando identificar de este modo la naturaleza real de la facultad de lenguaje y sus manifestaciones; por lo menos, esto es lo que hay que hacer según los cánones del naturalismo metodológico. Este punto de vista, adoptado sin discusión en la investigación naturalista en general, se considera a menudo polémico, o incluso algo peor, en el dominio del lenguaje y la mente, lo que ilustra el dualismo que ya avancé que es dominante y pernicioso.

Un estadio de la facultad lingüística caracteriza una clase infinita de expresiones lingüísticas, cada una con una serie de propiedades fonéticas, estructurales y semánticas. Mi estadio especifica las propiedades de la última oración; el tuyo es lo bastante parecido como para que tu mente pueda encontrar (a veces) un análogo apropiado de lo que digo, en cuyo caso tienes los medios para determinar mis intenciones (la expresión percibida es sólo parte de tu evidencia, siendo la comunicación una cuestión de más-o-menos). El estadio alcanzado es un sistema computacional (generativo). Podemos llamar a ese estadio un lenguaje, o para evitar controversias terminológicas, un «lenguaje-l». Que Jones tenga el lenguaje L consiste en que su facultad lingüística ha alcanzado el estadio L. Las expresiones lingüísticas se manifiestan mediante signos concretos (hablados, escritos, de señas, o lo que sea); y en un sentido más amplio, mediante actos de habla. Las expresiones se pueden entender como instrucciones a otros sistemas de la mente/cerebro que «las siguen» en el uso del lenguaje.

Dados los supuestos empíricos (muy débiles) de estas observaciones, la noción de lenguaje es directa; no es discutible que el cerebro sea un sistema



TEXTOS

complejo con estados y propiedades. Lo que hace falta es desarrollar esta concepción de «estadio del cerebro» y descubrir sus propiedades. Otras concepciones del «lenguaje» requieren mayor justificación, que a mi modo de ver no es fácil de proporcionar.

La clase de las expresiones generadas por el lenguaje L no debe ser confundida con la categoría de las oraciones bien formadas, una noción que carece de lugar conocido en la teoría del lenguaje, aunque a veces la exposición informal ha oscurecido la diferencia, llevando a mucha confusión y a malgastar esfuerzos. Así, las expresiones llamadas desviadas pueden ser caracterizadas por el lenguaje L de Jones mediante propiedades definidas; podría ocurrir que asignara una interpretación específica a cada signo posible, siendo éstos determinados por las propiedades del estadio inicial.

Puede que el sistema computacional mismo sea (virtualmente) invariable, fijado por la dotación biológica innata, limitándose la variación lingüística a ciertas opciones léxicas, opciones bastante restringidas. Ligeros cambios en un sistema intrincado pueden dar lugar a lo que parecen diferencias fenoménicas de gran alcance; por ello los lenguajes pueden parecer tan radicalmente diferentes entre sí, aunque en realidad difieran sólo marginalmente. Algo parecido es lo que esperaría un científico racional que observara a los seres humanos; de otro modo poca esperanza habría de dar cuenta de la especificidad, riqueza y complejidad del estadio alcanzado a partir de la información muy limitada sobre el ambiente disponible. En el estudio del crecimiento y el desarrollo en general se aceptan sin discusión supuestos comparables.

Por lo que sabemos, incluso las propiedades más rudimentarias del estadio inicial y del estadio alcanzado no se encuentran en otros organismos, ni por supuesto en el mundo biológico, al margen de sus puntos de contacto con la materia inorgánica. Ni hay más que relaciones muy débiles con lo que han descubierto las ciencias del cerebro. Por ello nos enfrentamos a los problemas de unificación que son habituales en la historia de la ciencia, sin que sepamos cómo se resolverán, si es que sucede tal cosa.

Dejaré de lado a partir de aquí la presentación de los resultados de la investigación naturalista, volviendo a la discusión del naturalismo y el dualismo más en general.

Variedades del naturalismo

El naturalismo metodológico no debe confundirse con otras variedades. Para clarificar lo que quiero decir, consideremos una útil y reciente exposición del concepto de naturalismo de T. R. Baldwin (1993). Comienza notando

que: «Un tema destacado de la filosofía actual es el de la “naturalización” de la filosofía». Daniel Dennett ha escrito que: «Una de las tendencias más acertadas de la filosofía de los últimos veinte años ha sido su naturalización». Que la tendencia es destacada es indudablemente cierto; que sea acertada me parece cuestionable. En cualquier caso, se trata de una forma de naturalismo distinta de la que estoy defendiendo aquí.

Baldwin identifica «dos tipos diferentes de naturalismo en la filosofía actual», que denomina metafísico y epistémico. El primero es «al que se refiere Dennett cuando celebra la “naturalización” de la filosofía»; la idea, en palabras de Dennett, de que «las explicaciones filosóficas de nuestra mente, nuestro conocimiento, nuestro lenguaje, deben ser continuas y en armonía con las ciencias naturales», a diferencia, digamos, del platonismo fregeano, que no es continuo con las hipótesis «propuestas por las ciencias naturales», según se alega.

El naturalismo epistémico contemporáneo deriva de la «epistemología naturalizada» de Quine, quien estipuló que el estudio del conocimiento y la creencia debe incorporarse a una pequeña rama de la psicología conductista sin ningún interés científico conocido; una propuesta ciertamente extraña, que sorprendentemente ha generado una escasa reacción en contra. Una versión más amplia, observa Baldwin, considera las «relaciones naturales» entre las situaciones externas y los estados mentales sin tales restricciones arbitrarias. Esta versión más amplia puede verse como una continuación de la psicología racional del siglo XVII, que sostuvo, según palabras de Lord Herbert, que hay «principios o nociones implantadas en la mente» que «imponemos a los objetos... [como]... un regalo directo de la Naturaleza, un precepto del instinto natural»; «nociones comunes» y «verdades intelectuales» que están «impresas en el alma por los dictados de la propia Naturaleza», las cuales, si bien «estimuladas por los objetos», no son «transmitidas» por ellos. Baldwin cita a Thomas Reid como el origen de una clase de «epistemología naturalizada con un punto de vista similar a éste», pero «liberada del compromiso de Hume [o cualquier otro] con la teoría de las ideas»; es decir, liberada de los intentos precedentes de dar cuenta de lo que Reid llama «los juicios originales y naturales» que «la naturaleza ha dado al entendimiento humano» como «parte de nuestra constitución» y que constituye «el sentido común de la humanidad». Puesto que nada reemplaza el esbozo de una teoría abandonada, es difícil ver cómo esta «naturalización» va más allá de las versiones anteriores. Por el contrario, el trabajo de los cartesianos y los platónicos de Cambridge es más avanzado en muchos sentidos, tal como yo lo veo. En su última época, Charles Sanders Peirce sostuvo que el pensamiento humano está guiado por un principio de «abducción» que «constriñe las hipótesis admisibles» y que es innato, proporcionando a la mente humana «una adaptación natural para imaginar teorías correctas de algún tipo»; este principio sería resultado de la selección natural, algo poco plausible. Existen otras muchas ramificaciones, incluyendo la reciente «epistemología evolutiva».

La empresa del naturalismo epistémico no es polémica, al margen de la denominación, que provoca la confusión con un enfoque peculiarmente



TEXTOS

moderno. El naturalismo epistémico de los siglos XVII y XVIII era científico, un intento de construir una teoría empírica de la mente; Hume, por ejemplo, comparó su proyecto con el de Newton. El naturalismo epistémico, por el contrario, se presenta como una «posición filosófica», algo aparentemente distinto; ciertamente no podemos retrotraer a períodos anteriores una distinción entre ciencia y filosofía que se desarrolló más tarde. No usaríamos el término «naturalismo visual» para referirnos al estudio empírico del crecimiento y funcionamiento del sistema visual (también un tema de la antigua psicología racional), dando a entender que existe alguna alternativa coherente para el mismo conjunto de problemas. El término «naturalismo epistémico» me parece poco clarificador por el mismo motivo, por no hablar de las versiones especiales que derivan de la «epistemología naturalizada» de Quine.

Para un naturalista metodológico, el naturalismo epistémico tradicional constituye una ciencia normal, al margen de cómo evaluemos sus realizaciones concretas. La investigación para descubrir el estadio inicial de la facultad lingüística, por ejemplo, constituye un intento de descubrir «los principios o nociones implantados en la mente» que son un «regalo directo» de la naturaleza, es decir, nuestra dotación biológica. Como en todas partes, la investigación parte de formulaciones de sentido común. Tomemos la locución informal «Jones sabe (habla, comprende, etc.) inglés». La observación centra la atención en un estado del mundo, que incluye un estado del cerebro de Jones, un estado cognitivo, que subyace a lo que Jones sabe de muchas cosas: cómo interpretar signos lingüísticos, qué significan ciertas expresiones, etc. Nos gustaría saber cómo el cerebro de Jones alcanzó ese estado cognitivo. Estudiar esto lleva a formular hipótesis empíricas sobre su dotación biológica, las interacciones con el medio que ha experimentado, la naturaleza de los estadios alcanzados, y sus interacciones con otros sistemas de la mente (articulador, perceptivo, conceptual, intencional, etc.). Las teorías resultantes sobre el crecimiento del lenguaje se denominan a veces teorías de un «Dispositivo para la Adquisición del Lenguaje» (LAD, por sus siglas en inglés), que efectúa la transición desde el estadio inicial a otros estadios, poniendo en relación la experiencia con el estadio alcanzado; la teoría del estadio inicial se denomina a veces «Gramática Universal», adaptando una noción tradicional a un contexto en parte distinto. En mis términos, esto forma parte del estudio de la mente; hay quien no está de acuerdo, por razones a las que volveremos.

El naturalismo metafísico me parece mucho más problemático que el naturalismo epistémico tradicional. Un problema, observado por Baldwin, es «cuáles son las ciencias “naturales”». Una respuesta posible: las que se alcanzan adoptando la investigación naturalista. Pero no parece que sea eso lo que se pretende; dejemos la cuestión de lado por un momento. Un proble-

ma relacionado es explicar qué son «las explicaciones filosóficas de nuestra mente, nuestro conocimiento, nuestro lenguaje», y cómo se diferencian de «las explicaciones científicas», particularmente si han de ser «continuas con las ciencias naturales». ¿Quiere decir esto que una teoría de la mente debería ser «continua» y «armoniosa» con la física de hoy? Eso es inaceptable; la física de mañana podría no satisfacer esa condición. ¿Con algún ideal peirceano de lo que será la ciencia «a largo plazo»? Esto no ayuda mucho, si es que significa algo. Quizá la física de mañana incorpore alguna versión de las explicaciones de hoy (se denominen «filosóficas» o no), aun cuando éstas no sean continuas con la física de hoy.

Si así fuera, no supondría ninguna novedad en la historia de las ciencias. La unificación de teorías diversas sobre el mundo constituye un propósito persistente en la ciencia, pero el proceso ha tomado cursos diferentes. La reducción a gran escala no es el patrón usual; el ejemplo espectacular de la reducción de gran parte de la biología a la bioquímica a mediados de este siglo no debería llevar a confusión. Lo que ha ocurrido repetidamente es que la ciencia más «fundamental» ha tenido que ser revisada, a veces radicalmente, para que pudiera procederse a la unificación. Supongamos que un filósofo del siglo XIX hubiera insistido en que «las explicaciones químicas de las moléculas, las interacciones, las propiedades de los elementos, los estados de la materia, etc. deben ser finalmente continuas y armoniosas con las ciencias naturales», refiriéndose a la física tal como se concebía entonces. No lo eran, porque la física de ese tiempo era inadecuada. En los años treinta de este siglo la física había cambiado radicalmente y las explicaciones (a su vez modificadas) fueron «continuas» y «armoniosas» con la nueva física cuántica. Supongamos que un científico del siglo XVII hubiera exigido el mismo requisito a la mecánica celeste, en base a la «filosofía mecanicista» dominante, rechazando la teoría mística de Newton (como hicieron Leibniz y Huygens), por ser incompatible con «las leyes de la mecánica». Aunque comprensible, la reacción habría sido (y fue) errónea: la física fundamental tenía que ser modificada radicalmente para que la unificación tuviera lugar.

No tenemos idea de adónde nos llevará el proceso, ni de los límites de la inteligencia humana para comprender el mundo natural; después de todo somos organismos biológicos, no ángeles.

Ejercicios

1. Caracterice lo que N. Chomsky entiende por *facultad de lenguaje*.
2. De acuerdo con el texto, conocer la lengua es encontrarse en un determinado estado computatorio, ¿qué significa esto? ¿cuál es la relación entre el lenguaje y el cerebro, de acuerdo con esta tesis?
3. Especifique lo que, según Chomsky, es una investigación *naturalista* del lenguaje. Distinga entre *naturalismo epistemológico* y *metafísico*.
4. Relacione el programa naturalista de N. Chomsky con la filosofía racionalista sobre la investigación lingüística (Port-Royal, Locke...).



TEXTOS

TEXTO 2

2.2. La lengua exteriorizada

N. Chomsky,
*El conocimiento
del lenguaje,*
traducción de
E. de Bustos

Los enfoques científicos de la lengua, en el sentido anteriormente utilizado, han desarrollado diversas nociones técnicas de lengua para reemplazar la noción común. Del mismo modo, se ha utilizado el término «gramática» de diversas formas. De acuerdo con el uso convencional, una gramática es una descripción o una teoría de una lengua, un objeto construido por un lingüista. Atengámonos a este uso. Así, asociadas a las diferentes nociones técnicas de lengua, existen nociones correspondientes de gramática y de gramática universal (GU).

La lingüística estructuralista y descriptiva, la psicología conductista y otras disciplinas contemporáneas tienden a concebir el lenguaje como una colección de acciones, o preferencias o formas lingüísticas (palabras, oraciones) emparejadas con significados, o como un sistema de formas o acontecimientos lingüísticos. En el estructuralismo saussureano, una lengua (langue) era concebida como un sistema de sonidos y un sistema asociado de conceptos; se dejaba en una especie de limbo la noción de oración, quizás para situarla dentro del estudio del uso lingüístico. Como observamos anteriormente, según Bloomfield, la lengua es «la totalidad de las preferencias que se pueden hacer dentro de una comunidad lingüística». La variedad americana de la lingüística descriptivo-estructuralista, que además estuvo muy influida por las ideas de Bloomfield, se dedicó sobre todo al sonido y a la morfología, aparte de formular diversas propuestas, especialmente las de Zellig Harris, sobre cómo se pueden construir unidades más amplias (sintagmas) mediante principios analíticos a imagen de los introducidos para la fonología y la morfología. Hoy día muchos investigadores adoptan una posición de la índole lúcidamente desarrollada por David Lewis, quien define una lengua como un emparejamiento de oraciones y significados (concibiendo estos últimos como construcciones conjuntistas en términos de mundos posibles) de un rango infinito, en que la lengua es «utilizada por una población» cuando se dan ciertas regularidades —en cuanto a las acciones o las creencias— en esa población con respecto a la lengua, regularidades fundamentadas en un interés por la comunicación.

Refirámonos a esos conceptos técnicos como casos de «lengua exteriorizadas» (lengua-E), en el sentido de que lo construido se concibe de forma independiente de las propiedades de la mente/cerebro. Bajo el mismo rótulo podemos incluir la noción de lengua como colección (o sistema) de acciones o conductas de cierta clase. Desde un punto de vista así, una gramática es una colección de enunciados descriptivos referentes a la lengua-E, los acontecimientos lingüísticos potenciales o reales (quizás junto con alguna

explicación de su contexto de uso o su contenido semántico). En términos técnicos, se puede considerar la gramática como una función que enumera los elementos de la lengua-E. A veces se ha considerado la gramática como una propiedad de la lengua-E, como en la afirmación de Bloomfield de que una gramática constituye «la disposición significativa de las formas dentro de una lengua» (Bloomfield, 1933). A pesar de las apariencias, el problema de dar cuenta del carácter ilimitado de la lengua-E y del conocimiento individual de la lengua que incluye esta propiedad fundamental no se ha tratado directamente en estas concepciones, una cuestión sobre la que volveremos.

La lengua-E es concebida pues como el objeto real de la investigación, la gramática es una noción derivada; el lingüística es libre para seleccionar de una u otra forma la gramática siempre que identifique correctamente la lengua-E. No se plantean cuestiones de verdad o falsedad al margen de esta consideración. Por ejemplo, Quine ha argumentado que carece de sentido considerar «correcta» una gramática y no otra, si son extensionalmente equivalentes, si caracterizan la misma lengua-E, un conjunto de expresiones, de acuerdo con él (Quine, 1972). Y Lewis pone en duda que exista alguna forma «de dar un sentido objetivo a la afirmación de que una población P utiliza una gramática G en vez de otra gramática G', que genera la misma lengua».

Esta noción de lengua-E es familiar en el estudio de los sistemas normales, como en la conclusión citada. En el caso del «lenguaje de la aritmética», por ejemplo, no existe ningún sentido objetivo para la idea de que un conjunto de reglas que genere las fórmulas bien formadas sea el correcto y otro el incorrecto.

En cuanto a la GU, en la medida en que se reconozca que se trata de una investigación legítima, esta teoría estaría constituida por enunciados verdaderos para muchas o para todas las lenguas humanas, quizás por un conjunto de condiciones satisfechas por las lenguas-E que son lenguas humanas. Algunos parecen negar la posibilidad de la empresa, como por ejemplo Martin Joos, que planteó lo que denominó idea «boasiana» de que «las lenguas podrían diferir entre sí en formas impredecibles e ilimitadas», haciéndose eco de la referencia de William Dwight Whitney a «la diversidad infinita del habla humana» y de la noción de Edward Sapir de que «el lenguaje es una actividad humana que varía sin límites precisables». Tales afirmaciones reflejan un curioso consenso en la época. Aunque difícilmente se las puede tomar en un sentido literal, expresaron una tendencia relativista que denigró el estudio de la GU. Dicho de forma más precisa, no puede ser que el lenguaje humano varíe sin un límite precisable, aunque puede ser cierto que sea «infinitamente diverso»; se trata de una cuestión empírica interesante la de si la GU permite una variedad infinita de lenguas posibles (o una variedad que es infinita en algo más que aspectos estructurales triviales, por ejemplo, sin límites sobre el vocabulario), o sólo una diversidad finita.

No obstante, se realizaron contribuciones significativas a la GU tal como la entendemos en el seno de estas tradiciones. Por ejemplo, la teoría de los rasgos distintivos en fonología, que tanto influyó sobre los estudios estructura-



TEXTOS

listas en otros campos, postulaba un inventario fijo de “elementos atómicos” con los que se podían construir los sistemas fonológicos, con ciertas leyes generales y relaciones de implicación que regían la elección. Y, en general, se suponía que nociones como las de tema y comentario, o sujeto y predicado, eran aspectos universales del lenguaje, que reflejaban el hecho de que una oración declarativa trata de algo y afirma algo sobre ello. Más tarde, Joseph Greenberg y otros han llevado a cabo un importante trabajo sobre los universales lingüísticos, llegando a obtener muchas generalizaciones que requieren una explicación, por ejemplo, el hecho de que, si una lengua posee un orden sujeto-objeto-verbo, tenderá a tener postposiciones en vez de preposiciones, etc.

Así pues, de acuerdo con estas directrices, podemos desarrollar un cierto concepto técnico de lengua (lengua-E), y un concepto asociado de gramática y de GU, como fundamento para un estudio científico del lenguaje. Muchas diferentes ideas específicas caen más o menos dentro de este marco general.

2.3. La lengua interiorizada

Un enfoque más bien diferente fue el adoptado, por ejemplo, por Otto Jespersen, que mantuvo que existe una cierta «noción de estructura» en la mente del hablante «que está lo suficientemente definida como para guiarle en la construcción de oraciones propias», en particular «expresiones libres» que pueden ser nuevas para el hablante y para otras personas. Refirámonos a esta noción de estructura como a una «lengua interiorizada» (Lengua-I). La Lengua-I constituye pues un elemento de la mente de la persona que conoce la lengua, que adquiere el que la aprende y que el hablante oyente utiliza.

Si se toma la lengua como la lengua-I, la gramática sería entonces una teoría de la lengua-I, el objeto que se investiga. Y si es cierto que existe una noción de estructura así, como Jespersen mantenía, entonces se plantean, respecto de la gramática, cuestiones de verdad y falsedad, como en cualquier teoría científica. Esta forma de enfocar las cuestiones lingüísticas es radicalmente diferente de la anteriormente esbozada y conduce a una concepción muy diferente de la naturaleza de la investigación.

Conocer la lengua L es una propiedad de una persona H; una tarea de las ciencias del cerebro es la de determinar qué ha de pasar en el cerebro de H para que se dé esa propiedad. Hemos sugerido que el que H sepa la lengua L significa que la mente/cerebro de H se encuentra en un determinado estado; más precisamente, en lo que se refiere a la facultad lingüística, que un

módulo de ese sistema se encuentra en un cierto estado S (L). Por tanto, constituye una tarea propia de las ciencias del cerebro descubrir los mecanismos que son la realización física del estado S (L).

Supóngase que analizamos la noción « H conoce la lengua L » en términos relacionales, esto es, en términos que suponen una relación R (saber, poseer, o lo que sea) que se da entre H y una unidad abstracta L . Se puede cuestionar este giro; en efecto, hablamos de una persona que conoce la historia de los Estados Unidos sin suponer que existe una entidad, la historia de los EEUU, que la persona conoce, o conoce en parte. No obstante, supongamos que ese giro es en este caso legítimo. El supuesto resultará justificado en la medida en que este giro contribuya a progresar en nuestra comprensión de las cuestiones que ante todo nos atañe; por ejemplo, eso es lo que sucedería si existieran principios significativos que rigieran el conjunto de las entidades postuladas L . Supóngase que vamos más allá, considerando que cuando hablamos de la mente hablamos del cerebro en un cierto nivel de abstracción, en el que creemos, con razón o sin ella, que se pueden descubrir propiedades significativas y principios explicativos. Entonces los enunciados acerca de R y L pertenecen a la teoría de la mente y será una tarea propia de las ciencias del cerebro la de explicar qué es lo que en el cerebro de H (en su facultad lingüística) corresponde al conocimiento que H tiene de L , esto es en virtud de qué se da R (H, L) y es verdadero el enunciado R (H, L).

Resulta natural concebir L como lengua- I , la «noción de estructura» de Jespersen, considerando ésta como una entidad abstraída a partir de un estado de la facultad lingüística, que es un componente de la mente. Así, que H conozca L es que H tenga una cierta lengua- I . Los enunciados de la gramática son enunciados de la teoría de la mente sobre la lengua- I , y por lo tanto enunciados sobre estructuras del cerebro formulados en un cierto nivel de abstracción realizada sobre mecanismos. Estas estructuras son realidades específicas del mundo, con sus propiedades específicas. Los enunciados de una gramática o el enunciado de que R (H, L) son similares a los enunciados de una teoría física que caracteriza cierta entidad y sus propiedades haciendo abstracción de cualesquiera cosas que puedan resultar ser los mecanismos que explican esas propiedades, por ejemplo, una teoría decimonónica sobre la valencia o las propiedades que expresa la tabla periódica. Los enunciados sobre la lengua- I o el enunciado de que R (H, L) (para cualesquiera H y L) son verdaderos o falsos, de modo parecido a como lo son los enunciados sobre la estructura química del benceno o sobre la valencia del oxígeno, o sobre la pertenencia a la misma columna de la tabla periódica de la clorina y la fluorina. La lengua- I L puede ser la utilizada por el hablante, pero no la lengua- I L' , incluso aunque las dos generen la misma clase de expresiones (u otros objetos formales) en cualquier sentido preciso que le demos a esa noción secundaria; L' puede no ser siquiera una lengua- I humana posible, obtenible mediante la facultad lingüística.

Entonces la GU se construye como la teoría de las lenguas- I humanas, un sistema de las condiciones derivadas de la dotación biológica humana, que identifica las lenguas- I que son humanamente accesibles en condiciones



TEXTOS

normales. Constituyen las lenguas- L tal que $R(H, L)$ puede ser verdadero (para un H normal, en condiciones normales).

Ejercicios

1. Distinga entre *lenguaje*, *lengua* y *gramática* en los términos que establece N. Chomsky
2. Caracterice lo que N. Chomsky entiende por *Lengua-E* y *Lengua-I*.
3. Según N. Chomsky, ¿pueden dos lenguas variar entre sí de una forma radical? ¿por qué?
4. ¿Qué es la *gramática universal* (GU)?



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- CHOMSKY, N.
«Review of B. K. Skinner's», *Verbal Behavior, Language*, 1959; hay traducción española en R. Bayés, ed., 1977.
Aspects of the theory of syntax, MIT, Cambridge, Mass., 1965; versión española en Aguilar, Madrid, 1970.
Cartesian Linguistics, Harper & Row, Nueva York, 1966; hay traducción al español en Gredos, Madrid, 1978.
«Recent contributions to the theory of innate ideas», *Synthese*, 17, 1967; traducción al español en *Teorema*, 1973.
Language and Mind, Harcourt Brace, Nueva York, 1968; hay traducción al español, *El lenguaje y el entendimiento*, Seix Barral, Barcelona, 1971.
«Linguistics and philosophy», en S. Hook, ed., 1969.
«Some empirical assumptions of modern philosophy of language», en S. Morgenbesser, P. Suppes y M. White, eds., 1969.
«Knowledge of language», K. Gunderson, ed., 1975.
Reflections on language, Pantheon Books, Nueva York, 1975; versión española, *Reflexiones sobre el lenguaje*, Ariel, Barcelona, 1979.
- CHOMSKY, N. y KATZ, J. J.
«On innateness: a reply to Cooper», *Philosophical Review*, 84, págs. 70-87, 1975.
Dialogues avec M. Ronat, Flammarion, París, 1977; traducción al español en Granica, Barcelona, 1978.
Rules and representations, Columbia U. Press, Nueva York, 1980; hay traducción al español en F.C.E., México, 1983.
- CHOMSKY, N., HUYBREGTS, R., y VAN RIEMSDIJK
The generative enterprise, Foris, Dordrecht, 1982.
Knowledge of language, Praeger Pub., Nueva York, 1986. Hay traducción al español en Madrid: Alianza, 1989.
«Reply to «Review Discussion on Chomsky's Knowledge of Language»». *Mind and Language*, 1987, 178-197.
«Accessibility «in Principle'». *Behavioral and Brain Sciences* 1990, 13.4.
«Language and Interpretation: Philosophical Reflections and Empirical Inquiry», en John Earman, ed., *Inference, Explanation and other Philosophical Frustrations*, Berkeley: University of California Press, 1992.



BIBLIOGRAFÍA

- «A Minimalist Program for Linguistic Theory», en K. Hale y S. Keyser, eds., *The View from Building 20*, Cambridge: MA, MIT Press 1993.
- CHOMSKY, N., HUYBREGTS, R., VAN RIEMSDIJK y otros
Language and Thought, London: Warwick R.I., Moyer Bell, 1993.
- «Bare phrase Structure», MIT occasional Papers in Linguistics, 5, abril, 1994.
- The Minimalist Program*, Cambridge MA: MIT Press, 1995. Traducción al español, Madrid: Alianza, 1999.

Ensayos y artículos

- ALSTON, W. P. (1994), *Philosophy of language*, Prentice Hall, Engl. Cliffs; traducción española en Alianza, Madrid, 1974.
- ANDREWS, L. (1979), «Some critics of chomskyan theory reviewed», *Studies in Language*, III, 3, págs. 439-452.
- ARBINI, R. (1968-1969), «Comments on linguistic competence and language acquisition», *Synthese*, 19.
- ATHERTON, M. y SCHWARTZ, R. (1974), «Linguistic innateness and its evidence», *Journal of Philosophy*, 71, págs. 155-168.
- BAKER, C. L., y MCCARTHY, J., eds. (1981), *The Logical problem of language acquisition*, MIT, Cambridge.
- BAYÉS, R., recopilador (1977), *¿Chomsky o Skinner? La génesis del lenguaje*, Fontanella, Barcelona.
- BERWICK, R. C., y WEINBERG, A. (1984), *The grammatical basis of linguistic performance, language use and acquisition*, MIT, Cambridge, Mass.
- BOGHOSSIAN, P. (1990), «Naturalizing Content», en G. REY y B. LOEWER, eds.
- BRACKEN, H. M. (1972), «Chomsky cartesianism», *Language Sciences*, 22, págs. 11-18.
- BRACKEN, H. M. (1973), «Minds and learning: the chomskyan revolution», *Metaphilosophy*, 4, págs. 229-245.
- BRACKEN, H. M. (1984), *Mind and language: essays on Descartes and Chomsky*, Foris, Dordrecht.
- BURGE, T. (1986), «Individualism and Psychology», *Philosophical Review*, 95, 3-45.
- BURGE, T. (1989), «Wherein is language social», en A. GEORGE, ed., *Reflections on Chomsky* (Blackwell).

- BURGE, T. (1992), «Philosophy of language and mind», *Philosophical Review*, 101.1.
- CAMPBELL, R. y WALES, R. (1970), *The study of language acquisition*, en J. LYONS, ed.
- CLARK, A. y KARMILOFF-SMITH, A. (1993), «The Cognizer's Innards», *Mind and Language* 8.4.
- COHEN, D., ed. (1980), *Explaining linguistic phenomena*, J. Wiley & Sons, Washington, 1974; traducción al español, *Explicación del fenómeno lingüístico*, Trillas, México.
- COOPER, D. E. (1975), *Knowledge of language*, Humanities Press, New Jersey.
- COOPER, D. E. (1972), «Innateness: old and new», *Philosophical Review*, 81, págs. 465-483.
- COOPER, D. E. (1973), *Philosophy and the nature of language*, Longman, Londres.
- CRESPILLO, M. (1986), *Historia y mito de la lingüística transformatoria*, Taurus, Madrid.
- D'AGOSTINO, F. (1986), *Chomsky's System of Ideas*, Oxford: Clarendon.
- DAVIDSON, D., y HINTIKKA, J., eds. (1969), *Words and objections: essays on the work of W. O. Quine*, Reidel, Dordrecht.
- DAVIS, S. (1976), *Philosophy and language*, Bobbs Merrill, Indiana.
- DUMMETT, M. «Objections to Chomsky», *London Review of Books*, 3, 1981.
- DENNETT, D. (1983), «Styles of mental representation», *Proceedings of the Aristotelian Society*, págs. 213-226.
- DERWING, B. C. (1973), *Transformational Grammar as a theory of language acquisition*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- EDGLEY, R. (1968-1969), «Innate ideas», en G. VESSEY, ed., *Knowledge and Necessity*, vol. 3, Royal Institute of Philosophy, MacMillan, Londres.
- EVANS, G. (1981), «Semantic theory and tacit knowledge», en S. HOLTZMAN y C. LEICH, *Wittgenstein: to follow a rule*, Routledge, Londres.
- FERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1986), *La investigación lingüística desde la filosofía de la ciencia (a propósito de la lingüística chomskiana)*, *Verba*, Anexo, 28, Universidad de Santiago de Compostela.
- FISHER, J. (1974), «Knowledge of rules», *Review of metaphysics*, 28, 2.
- FODOR, J. A. (1968), «The appeal to tacit knowledge in psychological explanation», *Journal of Philosophy*, 65.
- FODOR, J. A. (1983), *The Modularity of Mind*, MIT, Cambridge.
- FODOR, J. A. (1987), *Psychosemantics*, Cambridge MA, MIT Press. [Trad. cast., Tecnos, Madrid, 1994.]
- FODOR, J. A. (1990), *A Theory of Content*, Cambridge MA, MIT Press.
- FODOR, J. y LEPORE, E. (1992), *Holism: a Shoppers Guide* (Cambridge MA, Blackwell).



BIBLIOGRAFÍA

- FRICKER, E. (1982), «Semantic structure and speaker's understanding», *Proceedings of the Aristotelian Society*, 82.
- GAJDUSEK, C., McKI-IANN, G. y BOLIS, L., eds. (1994), «Evolution and Neurology of Language», *Discussions in Neuroscience*, X, 1-2.
- GARCÍA ALBEA, J. E. (1983), «La distinción competencia-actuación en la base de la psicología cognitiva», *Teorema*, 13, 1-2, págs. 142-160.
- GOLDMAN, A. J. (1975), «Innate knowledge», en S. Stich, ed.
- GOODMAN, N. (1970), «The emperor's new ideas», en S. Hook, ed.
- GRACIA, F., comp. (1972), *Presentación del lenguaje*, Taurus, Madrid.
- GRAVES, C., y otros, (1973), «Tacit knowledge», *Journal of Philosophy*, 70.
- GREENBERG, J., ed. (1966), *Universals of language*, MIT, Cambridge, Mass., 1963. *Language universals*, Mouton, La Haya.
- GREENE, J. (1972), *Psycholinguistics. Chomsky and Psychology*, Penguin, Harmondsworth.
- GUNDERSON, K., ed. (1975), *Language, Mind and Knowledge*, U. of Minnesota Press, Minneapolis.
- HARMAN, G., ed. (1974), *On Noam Chomsky: critical essays*, Doubleday, Nueva York, 2.^a ed. aumentada en University of Massachusetts Press, 1982; versión en español en Alianza, Madrid, 1981.
- HAUGELAND, J. (1979), «Understanding Natural Language», *J. of Philosophy*, 76, 619-32.
- HERRIOT, P. (1970), *An Introduction to the Psychology of Language*, Methuen, Londres; versión en español en Labor, Barcelona, 1977.
- HIERRO S. y PESCADOR, J. (1976), *La teoría de las ideas innatas en N. Chomsky*, Labor, Barcelona.
- HIGGINBOTHAM, J. (1985), «On Semantics», *Linguistic Inquiry*, 16, 547-593.
- HIGGINBOTHAM, J. (1989), *Language and Cognition*, Oxford: Blackwell.
- HIZ, H. (1967), «Methodological aspects of the theory of syntax», *Journal of Philosophy*, 64.
- HOCKETT, Ch. F. (1963), *The Problem of Universals in language*, en J. GREENBERG, ed.
- HORNSTEIN, N., y LIGHFOOT, D. (1981), *Explanation in linguistics*, Longman, Londres.
- JACKENDOFF, R. (1994), *Patterns in the Mind*, Basic Books.
- JACOB, E. (1973), *The Logic of Life*, New York, Pantheon.
- JACOB, M. (1988), *The Cultural Meaning of the Scientific Revolution*, Philadelphia, Temple University Press.

- KASHER, A., ed. (1991), *The Chomskyan Turn*, Cambridge, Blackwell.
- KATZ, J. J. (1966), *The Philosophy of language*, Harper & Row, Nueva York; traducción al español en Martínez Roca, ed., Barcelona, 1979.
- KATZ, J. J., y FODOR, J. (1962), «What's wrong with the philosophy of language?», *Inquiry*.
- KITCHER, P. (1978), «The Nativist's Dilemma», *Philosophical Quarterly*.
- LARSON, R., y SEGAL, G. (1995), *Knowledge of Meaning*, Cambridge MA, MIT Press.
- LEWONTIN, L. (1990), «The evolution of cognition», en D.N. OSHERSON y E. E. SMITH, *An Invitation to Cognitive Science*, vol. 3 (Cambridge MA, MIT Press.
- LEIBER, J. (1975), *Noam Chomsky: a philosophical overview*, St. Martin Press, Nueva York.
- LENNEBERG, E., ed. *New Directions in the Study of language*, MIT, Cambridge, Mass., 1964; versión en español en Revista de Occidente, Madrid.
- LENNEBERG, E. (1967), *Biological Foundations of language*, Wiley & Sons, Nueva York, 1967. Traducción al español en Alianza, Madrid.
- LLINÁS, R. (1987), «“Mindness” as a Functional State of the Brain», en COLIN BLAKEMORE y SUSAN GREENFIELD, eds., *Mindwaves: Thoughts on Intelligence, Identity and Consciousness*, Oxford, Blackwell.
- LOAR, B. (1981), *Mind and Meaning*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- LORMAND, E. (1996), «How to Be a Meaning Holist», *J. of Philosophy*, XCIII, 2.
- LYONS, J. ed. (1970), *New Directions in Linguistics*, Penguin, Harmondsworth; hay traducción al español en Alianza, Madrid.
- LYONS, J. (1970), *N. Chomsky*, Fontana, Londres; versión en español en Grijalbo, Barcelona, 1974; ed. revisada en Penguin Books, 1978.
- LYONS, J. (1977), *Semantics*, 2 vols. Cambridge University Press.
- MATHEWS, P. H. (1979), *Generative Grammar and linguistic competence*, G. Allen & Unwin, Londres; hay versión en español en Espasa, Madrid, 1983.
- MEHLER, J. y DUPOUX, E. (1994), *What Infants Know*, Oxford, Blackwell. [Versión cast.]
- MIJUSKOVIC, B. L. (1974), *The Achilles'Heel of Rationalist Arguments*, Martinus Nijhoff.
- MORAVSICK, J. (1967), «Linguistic theory and the philosophy of language», *Foundations of language*, 3, págs. 209-233.
- NAGEL, T. (1970), «Linguistics and epistemology», en S. HOOK, ed.
- OLSHESKY, TH. (1974), «On competence and performance», *Linguistics*, 122, págs. 47-63, 1974.
- OSGOOD, T. (1963), «Language universals and psycholinguistics», en J. GREENBERG, ed.



BIBLIOGRAFÍA

- OTERO, C. P. (1984), *La revolución de Chomsky. Ciencia y sociedad*, Tecnos, Madrid.
- OUDEN, B. D. (1975), *Language and creativity. An interdisciplinary essay in chomskyan humanism*, P. de Ridder Press, Lisse.
- PAPINEAU, D. (1993), *Philosophical Naturalism*, Oxford: Blackwell.
- PATEMAN, T. (1987), *Language in Mind and Language in Society*, Oxford University Press.
- PENROSE, R. (1989), *The Emperors New Mind*, Oxford University Press. [Trad. al español FCE, México, 2002.]
- PIATELLI-PALMARINI, M., ed. (1979), *Théories du langage, théories du apprentissage*, Seuil, París; traducción al español en Grijalbo, Barcelona, 1983.
- PUSTEJOVSKY, J., ed. (1993), *Semantics and the Lexicon*, Dordrecht, Kluwer.
- PUTNAM, H. (1971), *Symposium on innate ideas*, en J. SEARLE, ed.
- QUESADA, D. (1973), «Las implicaciones epistemológicas de la hipótesis chomskiana de las ideas innatas», *Teorema*.
- QUINE, W. O. (1969), «Reply to Chomsky», en D. DAVIDSON y J. HINTIKKA, eds.
- REY, G y B. LOEWER, eds. (1990), *Meaning in Mind: essays for J. Fodor*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- RITTER, J. S. (1978), *The status of Chomsky's theory of transformational generative grammar as a mentalist theory of language*, University Microfilm International, Ann Arbor, Londres.
- ROBINSON, I. (1975), *The new grammarians' funeral: a critique of N. Chomsky linguistics*, Cambridge U. Press, Cambridge.
- ROCA, I. M. (1974), «Lingüística, filosofía y psicología en el pensamiento de N. Chomsky», *Convivium*, 42, págs. 31-49.
- ROMMNE, S. (1994), *Language in Society*, Oxford University Press.
- SAMPSON, G. (1976), «The simplicity of linguistic theories», *Linguistics*, 167, págs. 51-67.
- SAMPSON, G. (1979), *Liberty and Language*, Oxford: Oxford U. Press.
- SAMPSON, G. (1980), *Making Sense*, Oxford: Oxford U. Press.
- SCHEFFLER, I. (1955), «On Synonymy and Indirect Discourse», *philosophy of Science* 22.1, 39-44.
- SCHWARZ, R. (1970), «On knowing a grammar», en S. HOOK, ed.
- SEARLE, J. (1980), «Minds, brains, and programs», *Behavioral and Brain Sciences*.

- SEARLE, J. (1972), «Chomsky's revolution in linguistics», *New York Review of Books*, 18, 12; también en G. HARMAN, ed., págs. 16-24; traducción al español en Anagrama, Barcelona, 1973.
- SKINNER, B. F. (1957), *Verbal Behavior*, Appleton, Nueva York.
- SMITH, B. (1992), «Understanding Language», *Proc. of the Aristotelian Society*, 13, 1.
- SMITH, N., y WILSON, D. (1979), *Modern Linguistics: the results of chomskyan revolution*, Penguin, Harmondsworth; traducción al español en Anagrama, Barcelona.
- SOAMES, S. (1984), «Linguistics and Psychology», *Linguistics and Philosophy*, 7, 2.
- SOAMES, S. (1989), «Semantics and Semantic Competence», *Philosophical Perspectives* 3.
- SOBER, E. (1980), «Language and Psychological reality: some reflections on Chomsky's *Rules and representations*», *Linguistics and Philosophy*, 3, págs. 395-407.
- STEINBERG, D. (1976), «Competence, performance and the psychological invalidity of Chomsky's grammar», *Synthese*, 32, págs. 373-386.
- STICH, S. (1983), *From Folk Psychology to Cognitive Science* Cambridge: Cambridge U. Press.
- STICH, S., ed. (1975), *Innate ideas*, U. of California Press, Los Angeles.
- STICH, S. (1971), «What every speaker knows», *Philosophical Review*, 80.
- STICH, S. (1996), *Deconstructing the mind*, Oxford: Oxford University Press.
- SWIGGERS, P. (1984), «Remarques épistémologiques sur la grammaire générative universelle», *Linguisticae Investigationes*, 8, 2, págs. 429-435.
- TURING, A. (1950), «Computing Machinery and Intelligence». *Mind*, LIX. 236.
- VELILLA BARQUERO, R. (1974), *Saussure y Chomsky: introducción a su lingüística*, Cincel, Barcelona.
- WANNEN, E., y GLEITMAN, L., eds. (1982), *Language acquisition: The State of the art*, Harvard U. Press, Cambridge.
- WEXLER, L., y CULICOVER, P. (1980), *Formal principles of language acquisition*, MIT, Cambridge.
- WHITAKEN, H. A. (1974), «Is the grammar in the brain?», en D. COHEN, ed., págs. 75-91 (89-105, en la versión en español).
- WHITE, L. (1982), *Grammatical theory and language acquisition*, Foris, Dordrecht.
- WINSTON, M. E. (1982), *Explanation in Linguistics. A critique of Generative Grammar*, Indiana University Linguistics Club.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo y trabajando...

La obra de N. Chomsky se encuentra traducida al español casi en su totalidad, por lo que resulta fácil proceder a su lectura. Aunque la evolución de su pensamiento gramatical pueda parecer vertiginosa y resulte fastidioso seguirla para el que no es especialista, sus ideas filosóficas han permanecido relativamente constantes. En cualquier caso, la mejor y más actual exposición en español es N. CHOMSKY, *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*, Barcelona: Prensa Ibérica, 1998, donde se encuentran traducidos sus últimos artículos y donde N. Chomsky, en una entrevista, expone de manera informal sus últimos puntos de vista sobre el lenguaje. Es también muy útil leer la Introducción de C. J. CELA y G. MARTY, *El cerebro y el órgano del lenguaje*.

TEMA 16

El escepticismo de W. O. Quine: inescrutabilidad de la referencia e indeterminación de la traducción

ESQUEMA/RESUMEN

- 16.1. Introducción
- 16.2. La crítica de la epistemología empirista clásica
- 16.3. La fundamentación conductual de la semántica
- 16.4. Inescrutabilidad de la referencia e indeterminación de la traducción

16.1. INTRODUCCIÓN

La obra filosófica de W. O. Quine se desarrolla a lo largo de los últimos cincuenta años y expresa una de las teorías del conocimiento más ricas, profundas y complejas del pensamiento contemporáneo. Es heredera directa de la tradición analítica de G. Frege y B. Russell y, como en su caso, se desenvuelve a partir de profundas investigaciones en el campo de la lógica. Investigaciones que no apuntan tanto al objetivo de su desarrollo interno como a la consecución de una teoría expurgada de errores conceptuales y de entidades superfluas. La lógica es, en la obra de W. O. Quine, no sólo el paradigma de teoría científica, el núcleo regulador de nuestros sistemas de creencias, sino el instrumento metodológico fundamental en el tratamiento de los problemas filosóficos.

Su posición filosófica general se ha distinguido por diversas características, que atañen a la forma en que W. O. Quine concibe el conocimiento y los procesos mediante los cuales lo adquiere el ser humano. Las más importantes de estas notas identificatorias de su concepción general son el monismo, el materialismo y el empirismo. En cuanto a la primera, es preciso calificar la obra filosófica de Quine como la articulación más elaborada de una ontología no cartesiana, esto es, como una ontología que concibe la realidad como un ámbito homogéneo, compuesto por entidades de una misma naturaleza. En este sentido, gran parte de la obra de Quine se ha situado en una dimensión crítica, atacando las teorías que, desde disciplinas tan aparentemente desconexas como la teoría de conjuntos o la filosofía de la mente, implicaban posturas dualistas o pluralistas. Así, W. O. Quine ha sido un adversario acérrimo tanto de una cierta forma de entender la lógica modal como del innatismo chomskiano, por ejemplo.

El materialismo de Quine, por su parte, consiste en la tesis de que la homogeneidad de la realidad es una homogeneidad de lo *material*, esto es, la ontología que Quine propone trata de atenerse al supuesto (que Quine considera paradigmático de la ciencia) de que lo único que existe son los objetos físicos. Este materialismo tiene, entre otras, la consecuencia de una postura *naturalista* en teoría del conocimiento. No existe más que una clase de conocimiento de la realidad, cuyo exponente más destacado es el conocimiento

científico; el conocimiento común o el filosófico no son sino prefiguraciones o corolarios de tal tipo de conocimiento.

En cuanto a sus tesis sobre la adquisición del conocimiento, que se distribuyen en las pertenecientes a la teoría de la ciencia y a su teoría del aprendizaje, con particular insistencia en el aprendizaje lingüístico, han sido adscritas a una variedad de empirismo que combina, por un lado, una concepción *globalista u holista* del conocimiento científico con una psicología conductista refinada, por otro. En cualquier caso, hay que advertir que W. O. Quine ha sido uno de los críticos más agudos de las tesis gnoseológicas del empirismo clásico, en la medida en que éstas se hallaban representadas en las concepciones del positivismo lógico del Círculo de Viena. Su empirismo, por tanto, asume una forma atípica, que él ha denominado «empirismo relativo»: *Los saltos cortos están regidos por esta máxima de empirismo relativo: no alejarse de la evidencia sensorial más de lo que se necesite. Hemos abandonado el empirismo radical al abandonar la vieja esperanza de traducir el discurso sobre cuerpos a discurso sobre sensaciones; pero eso no quita méritos a la variedad relativa del empirismo* (*Las raíces de la referencia*, RR en adelante, pág. 162). Se trata por tanto de un relativismo impregnado por el tinte crítico que colorea toda la obra de Quine. Cualquier creencia, incluso las más fundamentales y fundamentadoras, se encuentra sujeta a revisión; nada en el cuerpo de nuestros conocimientos es inmune al cambio.

Dentro del conjunto de problemas filosóficos tratados en la obra de W. O. Quine, figuran en un lugar preeminente los lógico-lingüísticos. En particular, Quine ha propuesto sus tesis tanto en el ámbito de la teoría del significado como en la teoría de la referencia. En el primer caso, el filósofo americano ha tratado de demostrar que la noción de significado (y todas las demás nociones intensionales) es confusa e innecesaria para la semántica. Con ello ha pretendido invalidar las ontologías derivadas de esta forma de concebir la dimensión semiótica del lenguaje.

En cuanto a la forma en que concibe la relación del lenguaje con la realidad hay que decir que constituye el núcleo de las reflexiones lingüísticas de Quine. En la tradición característicamente extensional, Quine ha creído poder dar una explicación de la naturaleza y el funcionamiento del lenguaje desarrollando una teoría de la referencia que combina una teoría muy elaborada del aprendizaje lingüístico con una ontología materialista. En filosofía del lenguaje, sus tesis se oponen tanto a posturas esencialistas o intensionalistas, como las mantenidas por S. Kripke o H. Putnam, como al mentalismo de N. Chomsky.

16.2. LA CRÍTICA DE LA EPISTEMOLOGÍA EMPIRISTA CLÁSICA

Los dos artículos más conocidos de la primera etapa filosófica de W. O. Quine son «On what there is» («Sobre lo que hay», recogido en *Desde un*

punto de vista lógico; v. Bibliografía) y «Two dogmas of empiricism» («Dos dogmas del empirismo», también incluido en la obra mencionada). En ellos aborda Quine problemas ontológicos y epistemológicos, pero con su característica metodología lógico-lingüística. Esta peculiar metodología se basa en lo que R. Carnap denominaba *ascenso semántico*. Consiste en tratar los problemas de la estructura o el conocimiento de la realidad examinando la estructura lógica y semántica de los *enunciados* en que hacemos afirmaciones sobre la realidad o en los que expresamos nuestro conocimiento de ella. Por ejemplo, el clásico problema ontológico de qué es lo que hay, cuáles son los componentes de la realidad o los hechos que la constituyen, puede plantearse en términos lingüísticos de la siguiente forma: tratando de establecer cuáles de nuestras expresiones tienen referencia o cuáles de nuestros enunciados son verdaderos. En puridad no se trata de una estrategia reduccionista, sino de una táctica para abordar, con un instrumental lógico bien conocido, problemas que tradicionalmente han dado lugar a confusiones.

En «Sobre lo que hay», Quine pretende demostrar la falacia en la que incurren quienes defienden que existe todo aquello que nombramos. El argumento falaz mantiene que, si no existiera aquello que nombramos, no estaríamos hablando de nada, de tal modo que resultaría absurda cualquier afirmación sobre ello (incluso la propia afirmación de su inexistencia). Pero, como tiene perfecto sentido hablar de Pegaso, por ejemplo, entonces, *de algún modo*, hablamos de algo que tiene una forma de existencia, subsistencia o realidad mental. Esta línea de argumentación se basa en la confusión entre *nombrar* y *significar*: *la estructura de la confusión es como sigue. McX confundió el aducido objeto nombrado con la significación de las palabras «Pegaso», infiriendo consiguientemente que Pegaso tiene que ser para que «Pegaso» tenga significación. Pero, ¿qué cosa es una significación? Es éste un punto discutido pero, de todos modos, uno puede explicar plausiblemente las significaciones como ideas presentes en la mente* («Acerca de lo que hay», pág. 35). Esta solución psicologista, la de considerar que los significados son una especie de entidades o acontecimientos mentales, también es rechazada por Quine. El problema se halla, según él, en que el lenguaje nos impulsa a reificar los significados, a tratarlos como si fueran objetos. Tendemos a considerar que una expresión es significativa si tiene, posee o le corresponde un determinado *objeto abstracto* al que denominamos *significado* o *significación*. Pero esto no es sino una forma confundente de hablar, como cuando admitimos que dos entidades se parecen porque tienen *algo* en común, y hablamos de lo que tienen en común como si fuera un objeto o realidad independiente. Se trata de una metáfora desafortunada porque puebla nuestra ontología de entidades abstractas de carácter innecesario: *McX y yo podemos coincidir a la letra en nuestra clasificación de las formas lingüísticas en significativas y asignificativas, aunque McX construya la significatividad como el tener (en un determinado sentido de «tener») cierta abstracta entidad que él llama significación, mientras yo no lo construyo así. Y o puedo sostener libremente que el*

hecho de que un determinado uso lingüístico sea significativo (o significativo, como prefiero decir, más activamente, para no invitar a hipostatizar, por el uso pasivo, las significaciones en entidades) es una cuestión fáctica última e irreductible; o bien puedo intentar analizar ese hecho directamente en términos de lo que hace la gente en presencia del uso lingüístico en cuestión y de otros usos análogos («Acerca de lo que hay», págs. 37-38.)

El texto ilustra lo que, a partir de entonces, será la orientación básica de la filosofía del lenguaje de W. O. Quine: el rechazo de las nociones intensionales, como las de significado, mostrando que todas las afirmaciones que en semántica se hacen al respecto se pueden reinterpretar de modo que no nos veamos obligados a admitir tales entidades teóricas. Así pues, Quine tratará con posterioridad de reconstruir el predicado semántico básico, *tener significado o ser significativo*, de tal modo que no comporte la postulación de significados como entidades independientes. En un cierto sentido básico, su estrategia será similar a la del nominalista frente al problema de los universales: en vez de admitir que existen entidades que comparten los miembros de una clase, estará de acuerdo únicamente en que los miembros de esa clase se *parecen* en uno u otro sentido (por ejemplo, porque susciten en nosotros las mismas reacciones o comportamientos).

Una propiedad semántica derivada de la noción de significado es la *analiticidad*, y cualquier cuestionamiento crítico de aquélla también afectará a ésta. Esto es lo que Quine puso de relieve en «Dos dogmas del empirismo», donde examinó las creencias básicas de la epistemología positivista: *las creencias en cierta distinción fundamental entre verdades que son analíticas, basadas en significaciones, con independencia de consideraciones fácticas y verdades que son sintéticas, basadas en los hechos [...] la creencia en que todo enunciado que tenga sentido es equivalente a alguna construcción lógica basada en términos que refieren a la experiencia inmediata* («Dos dogmas del empirismo», pág. 49). Entre las oraciones analíticas, hay que distinguir dos clases: las oraciones *lógicamente verdaderas*, esto es, verdaderas en virtud de su forma lógica, como «ningún hombre no casado es casado», y las oraciones *propriadamente analíticas*, como «ningún soltero es casado». Según Quine, las oraciones propriadamente analíticas están en conexión con las lógicamente verdaderas a través de la *sinonimia*: se puede obtener una oración lógicamente verdadera sustituyendo un término de la oración propriadamente analítica (por ejemplo, «soltero») por otro sinónimo (por ejemplo, «no casado»). Pero esta caracterización de la analiticidad está sujeta a los problemas de la noción de sinonimia. Mientras que la lógica (el análisis lógico del lenguaje) nos proporciona una definición precisa de oración (fórmula) lógicamente verdadera, la noción de sinonimia está sujeta a los mismos problemas que la del significado. Cuando se concibe el significado como una entidad, mental o abstracta, se afirma que la sinonimia consiste precisamente en la identidad de los significados: una expresión A es sinónima de B si y sólo si el significado de A, digamos *a*, es idéntico al significado de B, *b* por ejemplo. Pero cuan-

do se pone en cuestión, como lo hace Quine, la noción de significado, no se puede explicar la sinonimia mediante la alegoría mencionada.

Una alternativa plausible es la que acude a las definiciones léxicas: los enunciados lógicamente verdaderos se pueden transformar en analíticos acudiendo a las definiciones del diccionario, o a *postulados de significado* (Carnap, 1952). Sin embargo, si tal proceder está justificado en lógica en ocasiones, no sucede lo mismo en semántica: *¿Cómo descubrimos que «soltero» se define por «hombre no casado»? ¿Quién lo ha definido así y cuándo? ¿Es que basta con apelar al diccionario más a mano y con aceptar como ley la formulación del lexicógrafo? Esto equivaldría a poner la carreta delante de los bueyes. El lexicógrafo es un científico empírico, cuya tarea consiste en recopilar hechos antecedentes [...]. La misma noción de sinonimia, propuesta por el lexicógrafo tiene que ser aclarada, presumiblemente en términos referentes al comportamiento lingüístico. Está claro que la «definición», que no es más que el informe del lexicógrafo acerca de una sinonimia observada, no puede tomarse como fundamento de la sinonimia* («Dos dogmas del empirismo», págs. 54-55). En semántica, las definiciones no son, como puede pasar en lógica, estipulaciones puras, sino que constituyen afirmaciones sobre hechos, y como tales se encuentran fundamentadas y sometidas a contrastación empírica. El problema reside justamente en encontrar esas instancias justificadoras de la definición. Entre ellas se han barajado la identidad de contenido conceptual y la de identidad de uso. Quine, como rechaza la necesidad de las entidades teóricas denominadas «conceptos», se inclina por la identidad de uso, siempre que se dote de significado preciso a la noción de uso lingüístico.

Uno de los posibles modos de entender *identidad de uso* es el de la *intercambiabilidad salva veritate*, ya utilizada por G. Frege en sus argumentaciones semánticas. Así, dos expresiones serían sinónimas si fueran intercambiables en todo contexto oracional *salva veritate*, esto es, si se pudieran sustituir una por la otra sin que se alterara el valor de verdad del enunciado en que figuran. Esta sinonimia se trataría de una *sinonimia cognitiva*, no psicológica o poética. Haría referencia al contenido cognitivo de las expresiones o de los enunciados en que figura, a su valor veritativo en suma, y no al cúmulo de asociaciones que un término u otro pueden suscitar.

Para comprobar la sinonimia de A y B, la piedra de toque que parece decisiva es su sustitución bajo el alcance del operador modal de necesidad. Así, si sustituimos en (1)

(1) Necesariamente todos los solteros son solteros

la expresión «soltero» por su presunta sinónima, obtenemos

(2) Necesariamente todos los solteros son no casados

que parece una oración tan verdadera como (1): A y B serían sinónimas porque su sustitución en (1) no cambia el valor de verdad en (2). Pero Quine

tiene serias objeciones al empleo del adverbio modal: la esencia de su reparo está en que el esquema enunciativo «necesariamente *a*» no es sino otra manera de decir «*a* es analítico». No hay otro modo de entender el adverbio «necesariamente» que no sea como «para cualquier situación imaginable —*descripción de estado*, según Carnap; *mundo posible*, según Kripke— es verdadero que *a*», lo cual no es sino una afirmación de la analiticidad de *a*. Se produce entonces un razonamiento circular: por una parte se emplea la sinonimia para determinar la clase de los enunciados propiamente analíticos y, por otra, se introduce subrepticamente la noción de analiticidad en la definición de sinonimia: *Si el lenguaje contiene un adverbio intensional, el adverbio «necesariamente», en el sentido antes indicado, u otras partículas que tengan el mismo efecto, la intercambiabilidad salva veritate será en ese lenguaje una condición suficiente de la sinonimia cognitiva, pero ocurre que un tal lenguaje no es inteligible mas que si la noción de analiticidad se entiende ya por anticipado* («Dos dogmas del empirismo», pág. 63).

En consecuencia, las nociones de sinonimia y analiticidad están tan estrechamente unidas que es difícil dotarlas de un sentido preciso independiente: las vaguedades que afectan a una afectan también a la otra. En realidad, no se dispone más que de nociones intuitivas que no son suficientes para trazar una línea divisoria clara entre los enunciados analíticos y sintéticos. Pero la necesidad de establecer esa línea no es sino un supuesto dogmático del empirismo lógico: corresponde a la idea de que, en el ámbito del conocimiento científico, se puede establecer una clasificación de las ciencias en ciencias formales (la lógica y la matemática, analíticas según la creencia de la época) y las ciencias empíricas (ciencias naturales y sociales), diferenciándose ambas por estar sometidas a diversos procedimientos de contrastación (de verificación de sus enunciados, según los positivistas). En las ciencias formales tal procedimiento de verificación no tendría un componente fáctico, sino puramente lingüístico, dependiendo la verdad de los enunciados de las relaciones formales internas con otros elementos de la teoría. En las ciencias empíricas, en cambio, el sentido de los enunciados estaría determinado por la forma en que se confrontan con la realidad. Pero, como ya se ha visto anteriormente (cfr. el Tema 11), y como Quine demuestra en «Dos dogmas del empirismo», la teoría del significado como procedimiento de verificación es radicalmente inadecuada incluso para los enunciados de las teorías científicas, y no puede constituir la base de una definición adecuada de sinonimia y analiticidad. En consecuencia, no es posible trazar ninguna línea divisoria entre unas ciencias y otras: la ciencia constituye un todo indivisible en el cual las afirmaciones no se ponen en relación con la experiencia de forma aislada y directa: *la unidad de significación empírica es el todo de la ciencia*[...]. *Si esta visión es correcta, será entonces erróneo hablar del contenido empírico de un determinado enunciado —especialmente si se trata de un enunciado situado lejos de la periferia del campo—. Además, resulta entonces absurdo buscar una divisoria entre enunciados sintéticos, que valen contingentemente y por experiencia, y enunciados analíticos, que valen en cualquier caso* («Dos dogmas del empirismo», págs. 76-77).

16.3. LA FUNDAMENTACIÓN CONDUCTUAL DE LA SEMÁNTICA

La semántica tradicional, en un sentido sumamente amplio, que abarca desde los estoicos hasta R. Carnap, admite que existen ciertas entidades denominadas significados. Las teorías semánticas de diferentes autores adscriben diferente estatuto a esas entidades. En la filosofía contemporánea del lenguaje son dos las concepciones predominantes sobre la naturaleza de los significados. La primera concibe los significados como entidades de carácter objetivo y abstracto, que son expresadas o aprehendidas por los hablantes cuando se comunican. Los conceptos (individuales y generales) y las proposiciones son entidades de ese tipo que se han identificado con los significados de las expresiones lingüísticas (nominales, predicativas, enunciativas...). La segunda postula que los significados han de considerarse en realidad como entidades psicológicas: estados de la mente, acontecimientos en el sistema nervioso, etc. Cada expresión lingüística está asociada a una entidad psicológica de esta clase y la comprensión consiste precisamente en que se puede atribuir al individuo la posesión de esa entidad: su situación en ese estado, la ocurrencia de la modificación pertinente de su sistema nervioso, etc.

La crítica de Quine a los conceptos clásicos de sinonimia y analiticidad pone en cuestión estas fundamentaciones intensionalistas o psicológicas de la semántica. Según Quine, la apelación a entidades con difíciles criterios de identificación o irreductiblemente inaccesibles coloca a la semántica fuera del ámbito de la ciencia. Si la semántica ha de progresar en su explicación del funcionamiento del lenguaje, ha de hacerlo sobre la base de entidades observables y públicas, y éstas no pueden ser sino las conductas de los hablantes. La comunicación lingüística, en su doble faceta productiva y receptiva, es ante todo una forma reglada de conducta, y en eso no se diferencia de otros tipos de comportamiento simbólico,

La construcción de la semántica requiere pues no la determinación de ciertos tipos de objetos, los significados, sino la especificación de las pertinentes relaciones, en particular la de sinonimia, bajo criterios de comportamiento observable: *La semántica acrítica es el mito de un museo en el cual las piezas son significados y las palabras unos rótulos. La objeción fundamental del naturalista a esta visión no es una objeción a los significados sobre la base de que son entidades mentales, aunque ésta sería una objeción suficiente. La objeción fundamental persiste incluso si tomamos las piezas rotuladas no como ideas mentales, sino como ideas platónicas o incluso como los objetos concretos denotados. La semántica está viciada por un mentalismo pernicioso en la medida que consideramos la semántica de un hombre como algo determinado en su mente más allá de lo que puede estar implícito en sus disposiciones a una conducta manifiesta (La relatividad ontológica, en adelante RO, págs. 44-45).*

Además, la elaboración de la semántica no puede sino estar dotada de una perspectiva genética: proponer una teoría semántica equivale a plantear

una explicación de cómo se aprende a usar el lenguaje y relacionarlo con el mundo. En este sentido, la concepción de Quine corre paralela a la de N. Chomsky: la adecuación descriptiva de las teorías semánticas ha de ser completada, en su dimensión explicativa, con un modelo de aprendizaje lingüístico. Pero, en W. O. Quine, tal modelo no se propone hipotetizando mecanismos innatos sumamente específicos, sino tratando de establecer un puente entre los estímulos y la conducta observable de un niño que aprende a utilizar su lengua. De ahí que, en su teoría, juegue un papel central el concepto de estimulación y de significado estimulativo. Según Quine, el mecanismo básico de cualquier tipo de aprendizaje, incluido el lingüístico, es el refuerzo, positivo o negativo: *«Ay» es una sentencia de una sola palabra que un hombre puede proferir de vez en cuando, como lacónico comentario al espectáculo que pasa. Las ocasiones correctas de su uso son las correspondientes a una estimulación dolorosa. Ese uso de la palabra, igual que el uso correcto del lenguaje en general, se inculca al individuo mediante un entrenamiento por la sociedad. El método de la sociedad consiste en principio en premiar el uso de “Ay” cuando el que habla muestra alguna otra evidencia de repentino malestar[...] y en penalizar el uso de “Ay” cuando es visible que el que habla no sufre lesión ni agitación en su actitud (Palabra y objeto, PO en adelante, pág. 19).* En el aprendizaje lingüístico es reforzado positivamente todo uso que tiende a la intersubjetividad y castigado todo lo que propende a la privacidad. Como el uso principal del lenguaje es la comunicación, y esta comunicación no sería posible sin la regularidad y la homogeneidad en la aplicación de los términos, las utilidades privadas de las expresiones se extinguen rápidamente. Luego no es extraño suponer que la aplicación fructuosa de un término se basa en la uniformidad de los estímulos con los que se encuentra conectado, tanto más cuanto que el término esté más ligado a experiencias socialmente importantes: «la uniformidad se produce donde es socialmente relevante, o sea, más cuando se trata de circunstancias de uso que tengan importancia intersubjetiva que cuando la importancia es privada» (PO, pág. 22). Ese proceso de reforzamiento continuo de las conductas lingüísticas comparables se encuentra en la base del proceso de socialización lingüística: el niño aprende el juego de aprender a usar el lenguaje de una forma que sea socialmente valorada, que sea considerada relevante por su comunidad.

Con respecto a los inicios del aprendizaje, Quine afirma que, en general, no se aprenden palabras aisladas, sino que, o bien se aprenden en el contexto de una oración o equivalen por sí solas a una oración: *En el caso de las palabras se trata de un contraste entre el aprendizaje de una palabra aislada —lo que en realidad quiere decir aprendizaje de la misma como sentencia de una sola palabra y aprendizaje por abstracción, como fragmento de sentencias aprendidas como totalidades (PO, pág. 27).* El aprendizaje aislado de expresiones como enunciados puede efectuarse por condicionamiento directo, pero la mayor parte de las expresiones se aprenden por abstracción, entre otras cosas porque no pueden ponerse en correspondencia directa con estímulos del entorno. Por supuesto esto último sucede en el aprendizaje de tér-

minos sincategoremáticos, como preposiciones o conjunciones, pero también en el caso de sustantivos o predicados que designan realidades o relaciones abstractas.

Ahora bien, para explicar adecuadamente el aprendizaje en términos observables (exteriores al propio sujeto y no mediante la imagen de la maduración de un mecanismo interior), es preciso diferenciar entre los diversos tipos de expresiones que se aprenden y los diferentes modos en que se efectúa la asimilación de su uso por parte del niño. Es necesario asimismo tener en cuenta que el complejo proceso de aprendizaje puede incluir procedimientos como la generalización analógica o la inducción a partir del mismo lenguaje, pero que en cualquier caso el núcleo básico de ese aprendizaje está ligado a algo que es exterior al lenguaje mismo, los estímulos procedentes del entorno: *aunque en gran medida aprendemos el lenguaje aprendiendo a relacionar tiras de palabras con otras tiras de palabras, sin embargo tiene que haber algunos puntos de referencia no verbales, circunstancias no verbales que se puedan apreciar intersubjetivamente y asociar inmediatamente con la emisión adecuada* (RR, pág. 53).

El inicio del aprendizaje se produce pues cuando el niño, mediante condicionamiento directo, aprende a asociar ciertas expresiones con ciertos estímulos. Aprende palabras aisladas, como «mamá», «agua» o «rojo», pero estos términos aislados equivalen a sentencias observacionales, sentencias como las que los adultos emplean cuando dicen «esto es rojo», «eso es agua», etc. El modo en que aprende a utilizar estas palabras, sin embargo, no tiene nada de sencillo. En primer lugar, ha de aprender su significado estimulativo a través del condicionamiento. El significado estimulativo de una expresión consiste en el conjunto de estimulaciones que inducirán el asentimiento o la discrepancia a un término por parte de un hablante en un momento de tiempo. El niño aprende mediante refuerzo positivo y negativo ese significado: el entorno (los padres, la sociedad...) le premia cuando profiere la expresión (o reacciona positivamente a ella) en presencia de los estímulos adecuados, y le castiga en caso contrario. Así, las estimulaciones apropiadas activan las disposiciones a comportarse de una u otra forma.

Pero el mecanismo de condicionamiento directo no basta por sí solo para explicar el aprendizaje de palabras aisladas o sentencias observacionales. Si el niño no tuviera la capacidad de comparar unas estimulaciones con otras difícilmente podría averiguar cuál es el conjunto de estimulaciones que constituye el significado estimulativo de un término. Para que pueda realizar tal comparación, es necesario la existencia de un marco donde ésta se realice. Tal es el espacio cualitativo prelingüístico, único componente de carácter innato que Quine admite en el aprendizaje lingüístico. Su función es determinar la base de semejanza entre diferentes estimulaciones: *Entiendo por esa expresión el rasgo distintivo compartido por los episodios adecuados para esa sentencia observacional, el rasgo común en que consiste la semejanza perceptual entre esos episodios. Al ir aprendiendo la sentencia el niño se va aproxi-*

mando poco a poco a su base de semejanza. Para aprender «rojo» tiene que aprender que se trata de una cuestión de vista, no de ningún otro sentido, tiene que hallar la dirección adecuada en la escena y qué cantidades hay que tener en cuenta, qué tamaño ha de tener la mancha. Ha de aprender qué aspecto de la mancha debe tener en cuenta; pues en su primera mancha pudo pensar que lo que contaba era la forma y no el color (RR, pág. 59). La base de semejanza es lo que comparten los miembros del conjunto significado estimulativo de una expresión, pero tal base de semejanza no determina una propiedad necesaria y suficiente para la pertenencia a ese conjunto. En realidad, se trata de una cuestión de grado: el episodio A, en el cual es apropiado el uso de la expresión *a*, se parece más al episodio B que al C, luego es más probable que la preferencia de *a* sea recompensada en B que en C. En última instancia, siempre existe un residuo de indeterminación, pues ninguna estimulación es exactamente igual a otra, pero el niño aprende a reducir esa indeterminación a límites socialmente aceptables: nunca es tan grande como para que imposibilite la comunicación.

Las primeras palabras que se aprenden, además de ser equivalentes a enunciados observacionales, lo son también a *sentencias ocasionales*. Las sentencias ocasionales, como opuestas a las fijas (permanentes o «eternas», como también las denomina Quine) son las que provocan una reacción de asentimiento o discrepancia en presencia de la estimulación y de forma variable. La distinción es, una vez más, de grado, pues tanto la presencia del estímulo como la variabilidad de la respuesta se mueven a lo largo de un continuo. Las sentencias que «siempre» originan asentimiento o discrepancia *son estimulativamente analíticas*, y se encuentran en un extremo del continuo. Las palabras-oración que aprende el niño en primer lugar se encuentran en el otro extremo, siempre en conexión con percepciones de estímulos y con recompensas o castigos variables.

En el primer período de su aprendizaje lingüístico, el niño asocia la palabra con sensaciones o estímulos, pero sin diferenciar categorías ontológicas en su entorno: *la madre, rojo y agua son para el niño todos del mismo tipo; cada uno de ellos es una historia del encuentro ocasional, una porción diversa de lo que ocurre. Su primer aprendizaje de las tres palabras es uniformemente aprendizaje de cuánto o qué de lo que ocurre debe contarse como la madre, como rojo o como agua. El niño no dice en el primer caso «Mira, mamá otra vez», en el segundo caso «Mira, otra cosa roja» y en el tercero «Mira, más agua». Para él, las tres cosas están en el mismo plano. «Mira más mamá, más rojo, más agua (PO, pág. 105).* El niño no distingue pues entre un objeto, propiedad o relación, o entre término singular y general. La noción de objeto es una noción que tiene que *construir* con ayuda del lenguaje: tiene que aprender qué términos son de *referencia dividida* y qué términos son de *referencia continua o de masa*. En ello le ayuda, tanto como la naturaleza de los estímulos que inducen diferentes tipos de realidades, el dominio de su aparato referencial o de individuación. Es importante que «mamá» se asocie con un con-

junto de estímulos que guarde las propiedades de permanencia relativa, indivisibilidad y finitud espacial, pero igualmente lo es que se categorice ese rótulo en el mismo nivel que otros términos singulares. En la percepción de ciertos estímulos como correspondientes a objetos parece haber una base innata o genética: *Este tipo de semejanza, bastante tortuoso, es el principio unificador no sólo de mamá, sino también de Fido y, de hecho, de los cuerpos en general. Pese a todo lo tortuoso que es, se trata manifiestamente de un tipo de semejanza que estamos innatamente predispuestos a apreciar. Es básico el conocido efecto Gestalt, la disposición a reconocer una figura simple y unificada, ignorando las interrupciones de su contorno. También se registra en la primera infancia una predisposición parecida a reconocer la persistencia de un objeto en movimiento uniforme, pese a la interrupción temporal...* (PO, págs. 70-71). Pero esa base innata para reconocer objetos ha de plasmarse lingüísticamente en lo que Quine denomina el *aparato referencial* de una lengua. El aparato referencial de una lengua consiste esencialmente en el conjunto de recursos gramaticales que tiene esa lengua para trocear la realidad de modo consistente con nuestras predisposiciones innatas a percibir objetos y demás. Puede incluir las expresiones cuantificacionales, los pronombres, los verbos copulativos, etc. Su aprendizaje consiste precisamente en el aprendizaje del manejo de la individuación; ante todo hay que distinguir los términos generales de los singulares, «Fido» de «perro». En ello ayudan las expresiones determinantes, que se aprenden contextualmente. Ante un determinado estímulo, que ha asociado ya a un objeto, el niño aprende que es adecuada la expresión «éste es Fido» y en cambio que es incorrecta «éste es *un* Fido», aprende que ciertas expresiones acotadoras de la referencia son correctas aplicadas a determinadas expresiones y a otras no. Pero la distinción entre general y singular no es algo que imponga la naturaleza de nuestra percepción de la realidad, sino la forma lingüística con la que asociamos tal experiencia: «Pegaso» se considera término singular a pesar de que no es verdadero de nada, y «satélite natural de la Tierra» se considerará término general a pesar de no ser verdadero más que de un objeto. Como suele decirse poco precisamente, «Pegaso» es singular porque apunta a referir a un solo objeto, y «satélite natural de la Tierra» es general porque la singularidad de su referencia no está apuntada en el término mismo. Este modo de hablar no pasa de ser una pintoresca manera de aludir a papeles gramaticales característicos desempeñados por los términos singulares y generales en las sentencias. Propiamente, los términos singulares y generales deben distinguirse por el papel gramatical (PO, pág. 108). Por lo tanto, *general* y *singular* no son propiedades ontológicas de lo referido por las respectivas expresiones, sino que constituyen más bien características *funcionales* de esas expresiones. Por eso, el platonismo que defiende la realidad independiente de los universales se basa en un equívoco. Si se atiende al proceso de aprendizaje, se puede atribuir ese equívoco a la forma en que se aprenden las expresiones: las que parecen designar propiedades generales han sido aprendidas por analogía con los términos singulares o generales ligados a la experiencia. La misma función que desempeñan

en la oración induce a pensar que designan realidades similares, individualizadas e independientes: *el lenguaje prospera sobre la base de la formación por analogía. La semejanza superficial entre la gramática del término «color» y la gramática de los términos generales para cuerpos es precisamente el modo de funcionar el lenguaje, y no hay por qué reconducirla a ninguna creencia previa de que los colores sean objetos como los cuerpos. Creo que las cosas se desarrollan en sentido contrario: que al hacerse el pensamiento cada vez más referencial, se pasa a objetivar los colores, junto con los cuerpos, sobre la base de los paralelismos gramaticales superficiales* (RR, pág. 106).

La reificación básica del platonismo (o del mentalismo) consiste en considerar *literalmente* la analogía entre el uso de los términos de individuación. Esa analogía se encuentra en la raíz del aprendizaje lingüístico, y por ello es tan difícil de considerar críticamente. Cuando se aprende un término general para cuerpos, como «rojo», en conexión con ciertas estimulaciones del entorno, es fácil extrapolar la forma en que refiere a otros términos generales, superficialmente parecidos, como «color» o «forma», por la identidad de función gramatical que desempeñan. Pero, si se acude al examen del mismo proceso de aprendizaje, tales analogías referenciales son sacadas a la luz como puras analogías: *Empezamos con un simple juego de analogías gramaticales que enmascaran diferencias de los esquemas de aprendizaje. Está situado centralmente lo que retrospectivamente llamamos discurso sobre cuerpos. Ese es el punto en el cual el aparato de la referencia objetiva consigue su primer desarrollo. Los cuerpos son la realidad primaria, los objetos par excellence. La ontología —cuando llega— es una generalización de la somatología* (RR, págs. 108-109).

16.4. INESCRUTABILIDAD DE LA REFERENCIA E INDETERMINACIÓN DE LA TRADUCCIÓN

La semántica tradicional tiene desde el punto de vista científico, tal como juzga éste Quine, un inconveniente fundamental: explica hechos observables, la conducta lingüística, mediante mecanismos inobservables, postulados o hipotetizados para esa explicación, y cuya existencia no está comprobada independientemente. Por eso Quine cree, como muchos lingüistas y psicólogos, que la semántica ha de alcanzar el estatuto de la científicidad mediante un uso exclusivo de explicaciones pública e intersubjetivamente contrastadas. Esto es lo que persigue su fundamentación conductual de la semántica: si existe un modo plausible de poner en relación el *uso* del lenguaje con causas *externas* al individuo entonces se habrá avanzado efectivamente en la comprensión de su naturaleza. Las explicaciones lingüísticas consistirán entonces, no en la remisión a misteriosos mecanismos internos al individuo, de carácter innato o aprendido, sino en las regularidades conductuales observadas y debidas, por una parte, a una predisposición innata para procesar los datos del entorno y, por otra, a mecanismos básicos del aprendizaje, como el condicionamiento operante y los procesos de generalización inductiva.

Pero, del mismo modo que el racionalismo lingüístico introduce problemas específicos en la justificación teórica, por la propia estructura de sus explicaciones, igual sucede con el conductismo semántico de Quine. En concreto, un problema que entraña la teoría del aprendizaje lingüístico que W. O. Quine propone es el de la correspondencia entre la conducta lingüística y sus fuentes causales, los estímulos del entorno. En principio, los estímulos del entorno son recibidos y procesados por un *individuo* perteneciente a una sociedad y a una cultura que, como hemos visto en el apartado anterior, desempeñan en la teoría de Quine un papel fundamental en los procesos de condicionamiento verbal. Así pues, aun sin mantener, como J. Locke, que tales estímulos son la fuente de ideas privadas de cada individuo y que estas ideas son radicalmente intransferibles por esa misma privacidad, la teoría de Quine implica una cierta indeterminación en la correspondencia entre usos lingüísticos y estímulos y supone, por consiguiente, una cierta dificultad en explicar la homogeneidad de dichos usos acudiendo únicamente a regularidades en la naturaleza y procesamiento de los estímulos que se encuentran en su origen causal: *Cuando con Dewey volvemos hacia una visión naturalista del lenguaje y una visión conductista del significado, lo que rechazamos no es solamente la figura del museo. Rechazamos una cierta seguridad de determinación. Vistas desde el mito del museo, las palabras y sentencias de un lenguaje tienen sus significados determinados [...] Cuando, por otra parte, reconocemos con Dewey que el significado... es primariamente una propiedad de la conducta, reconocemos que no hay significados, ni semejanzas ni distinciones de significados más allá de las que están implícitas en las disposiciones de la gente a la conducta manifiesta* (RO, pág. 46). El cambio de perspectiva en el tratamiento de la dimensión semántica del lenguaje es total. Todas las nociones típicamente semánticas, como la analiticidad o la sinonimia, ya no se pueden tratar en términos de propiedades o relaciones de *objetos*. Tener significado no consiste pues en poseer asociado un concepto o una idea, sino en estar en correspondencia con cierta clase de estímulos. Ser sinónimos, para las expresiones A y B, ya no consiste en compartir el *mismo* objeto, el significado común a ambas, sino en constituir respuestas verbales adecuadas a una misma clase de estímulos.

Para poner de relieve esta relatividad introducida por la fundamentación conductual (científica, según Quine) de la semántica no hay más que considerar el caso de la traducción. Cualquier traducción se basa en la relación de sinonimia: una traducción adecuada consiste en la sustitución de las entidades lingüísticas de que se trate por otras sinónimas. Desde el punto de vista conductista, en el que se supone que la sinonimia es asunto de equivalencia en *significado estimulativo*, la traducción ha de preservar la correspondencia entre estímulos y respuestas verbales. Esto es lo que debería realizar cualquier buen manual de traducción, pero el problema es que *es posible confeccionar manuales de traducción de una lengua a otra de diferentes modos, todos compatibles con la totalidad de las disposiciones verbales y, sin embargo, todos incompatibles unos con otros* (PO, pág. 40).

El problema que plantea Quine puede pasar usualmente inadvertido cuando se consideran culturas lo suficientemente parecidas para que la divergencia entre el modo en que se procesan los estímulos sea significativa. Las regularidades en el uso *intralingüístico* (tanto si se considera un individuo particular como una comunidad lingüística) se pueden explicar en última instancia por la uniformidad en los procesos de condicionamiento verbal: todos los hablantes del español hemos aprendido a correlacionar de modo suficientemente parecido las expresiones de dolor y los estímulos dolorosos por ejemplo. Pero considérese el caso de dos culturas muy alejadas entre sí, cuyos miembros no disponen de información de ninguna clase sobre la otra, ¿cómo se podría confeccionar un manual de traducción de sus lenguas? Según la teoría de Quine, ante tal caso de *traducción radical*, es preciso comenzar por las oraciones que es más fácil poner en conexión con estímulos, como las oraciones ocasionales: *Por ejemplo: pasa un conejo, el individuo dice «Gavagai» y el lingüista anota la sentencia «Conejo» (o «mirad: un conejo») como traducción provisional, aun sujeta a contrastación en otros casos* (PO, pág. 41). Pero, ¿cómo saber con seguridad que «Gavagai» se refiere a un conejo? Puede que «Gavagai» sea un nombre propio, que designe ese conejo; puede que sea un nombre común, pero no coincidente con «conejo» puesto que puede referirse a un *tipo* de conejo, o a un *estado* del conejo, o a una *parte no separada* del conejo, etc. Para tratar de reducir la indeterminación, se supone que el lingüista acudirá a criterios conductuales. Por ejemplo, puede inquirir «¿Gavagai?» y anotar las reacciones de asentimiento o discrepancia del indígena. Pero, aun suponiendo que el indígena sepa interpretar la pregunta del lingüista, y que el lingüista sepa distinguir entre asentimiento y discrepancia en la conducta del indígena (lo cual no es un problema nimio), es posible que el conjunto de reacciones verbales obtenidas sea compatible con otra interpretación. Por ejemplo, supóngase que «Gavagai» se refiere a alguna parte o estado concomitante a los conejos: la inducción de que «Gavagai» significa «Conejo» sería compatible, a pesar de ser errónea, con la conducta del indígena; sería coherente con sus disposiciones verbales.

El problema que Quine planteó mediante este hipotético caso es mucho más profundo de lo que parece a primera vista. La fundamentación científica de la semántica se basa en la presunción de que, durante el aprendizaje lingüístico, podemos establecer las conexiones adecuadas entre palabras y elementos del entorno. Pero, ¿cómo aislamos los elementos de ese entorno a los cuales apuntan nuestros signos más primitivos de ostensión? La respuesta es que los aislamos mediante el dominio progresivo de nuestro aparato referencial, de los medios expresivos que nuestra lengua posee para hablar de los objetos y distinguirlos entre sí. Pero, al variar o traducir el aparato referencial, nos abandona la seguridad. Puede que, en la lengua desconocida, los medios expresivos para discriminar la realidad sean completamente diferentes: *Tal es la incertidumbre sobre «gavagai»: dónde termina un «gavagai» y comienza otro. La única diferencia entre conejos, partes no separadas de conejos y estados de conejo es su individuación. Si se toma la total porción dispersa*

del mundo espacio-temporal formada por conejos, y la formada por partes no separadas de conejo, resultará la misma porción dispersa del mundo cada una de las tres veces. La única diferencia estriba en cómo se ha rebanado. Y cómo rebanarla es lo que la ostensión o el condicionamiento simple, aunque persistentemente repetidos, no puede enseñar (RO, págs. 49-50). Tal es la *inescrutabilidad* de la referencia: la imposibilidad de llegar a conclusiones absolutamente seguras cuando se traducen términos de lenguas cuyo aparato de individuación puede ser muy diferente del propio. Tal inescrutabilidad está estrechamente ligada a la *indeterminación* en la traducción. Lo que tal inescrutabilidad pone de relieve es que la identidad (de referencia, de significado) es *relativa* a un sistema de coordenadas. En el caso de la traducción radical, el sistema de coordenadas es el aparato lingüístico de individuación perteneciente a nuestra lengua. Y éste es uno de los sentidos de la *relatividad ontológica* que W. O. Quine mantiene: qué sean los objetos, de acuerdo con la teoría sobre el mundo que conlleva nuestra lengua, depende radicalmente de los recursos expresivos que nuestra lengua posea para discriminar objetos.



TEXTOS

TEXTO 1

W. O. Quine,
«Dos dogmas
del empirismo»,
 traducción de
 M. Sacristán

El empirismo moderno ha sido en gran parte condicionado por dos dogmas. Uno de ellos es la creencia en cierta distinción fundamental entre verdades que son analíticas, basadas en significaciones, con independencia de consideraciones fácticas, y verdades que son sintéticas, basadas en los hechos. El otro dogma es el reduccionismo, la creencia en que todo enunciado que tenga sentido es equivalente a alguna construcción lógica basada en términos que refieren a la experiencia inmediata. Voy a sostener que ambos dogmas están mal fundados. Una consecuencia de su abandono es, como veremos, que se desdibuja la frontera que se supone trazada entre la metafísica especulativa y la ciencia natural. Otra consecuencia es una orientación hacia el pragmatismo.

1. El trasfondo de la analiticidad

La distinción kantiana entre verdades analíticas y verdades sintéticas fue anticipada por la distinción de Hume entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho, y por la distinción leibniziana entre verdades de razón y verdades de hecho. Leibniz decía de las verdades de razón que son verdaderas en todos los mundos posibles. Dejando aparte ese pintoresquismo, lo que quería decir es que las verdades de razón son aquellas que no pueden ser falsas. En el mismo sentido vemos definir los enunciados analíticos como aquellos enunciados cuyas negaciones son autocontradictorias. Pero esta definición tiene escaso valor explicativo, pues la noción de autocontradictoriedad, en el muy amplio sentido requerido por esta definición de la analiticidad, necesita tanta clarificación como la misma noción de analiticidad. Las dos nociones son la cara y la cruz de una misma problemática moneda.

Kant concebía un enunciado analítico como aquel que no atribuye a su sujeto más de lo que ya está conceptualmente contenido en dicho sujeto. Esta formulación tiene dos insuficiencias: se limita a enunciados de la forma sujeto-predicado, y apela a la noción de contenido, dejándola, al mismo tiempo, al nivel de una metáfora. Pero la intención de Kant, que se manifiesta en el uso que hace de la noción de analiticidad más que en su definición de ella, puede precisarse del modo siguiente: un enunciado es analítico cuando es verdadero por virtud de significaciones e independientemente de los hechos. Examinemos siguiendo esa línea el concepto de significación que queda presupuesto.

Recordemos que significar y nombrar no pueden identificarse. El ejemplo de Frege de «el lucero de la tarde» y «el lucero del alba» y el ejemplo russelliano de «Scott» y «el autor de Waverley» ilustran el hecho de que diversos términos pueden nombrar o denotar la misma cosa y diferir por su significación o

sentido. No menos importante es la distinción entre significar y nombrar al nivel de los términos abstractos. Los términos «9» y «el número de los planetas» nombran una sola y misma cosa, pero seguramente deben considerarse diversos en cuanto al sentido; pues para determinar la identidad de la entidad en cuestión hizo falta practicar observaciones astronómicas y no bastó la mera reflexión sobre significaciones.

Los anteriores ejemplos constan de términos singulares, concretos o abstractos. Con términos generales, o predicados, la situación es algo diversa, pero paralela. Mientras que un término singular pretende nombrar una entidad, abstracta o concreta, un término general o universal no tiene ese alcance, sino que es verdadero de una entidad, o de cada una de muchas, o de ninguna de ellas. La clase de todas las entidades de las que es verdadero un término general se llama *extensión* del mismo. En paralelismo con el contraste que se da entre la significación o el sentido de un término singular y la entidad denotada por él tenemos que distinguir ahora análogamente entre el sentido de un término general y su extensión. Los términos generales «criatura con corazón» y «criatura con riñones», por ejemplo, son quizás iguales en extensión, pero desiguales en significación.

La confusión de la significación con la extensión es menos corriente en el caso de los términos generales que la confusión de significación con denotación en el caso de los términos singulares. Es, en efecto, un tópico filosófico la oposición entre intensión (o significación, o sentido) y extensión, o bien, en un léxico diverso, entre connotación y denotación.

La noción aristotélica de esencia fue sin duda la precursora de la noción moderna de intensión, significación y sentido. Para Aristóteles, era esencial al hombre el ser racional, y accidental el ser bípedo. Pero hay una diferencia importante entre esa actitud y la teoría de la significación. Desde el punto de vista de la última puede en efecto concederse (pero sólo por necesidades de la discusión) que la racionalidad esté incluida en la significación de la palabra «hombre», mientras que el tener dos piernas no lo esté; pero el tener dos piernas puede al mismo tiempo considerarse incluido en la significación de «bípedo», mientras que la racionalidad no lo está. Así que, desde el punto de vista de la teoría de la significación, no tiene sentido decir de un individuo concreto, que sea a la vez hombre y bípedo, que su racionalidad le es esencial y que su tener dos piernas le es accidental, o viceversa. Las cosas, según Aristóteles, tienen esencia, pero sólo las formas lingüísticas tienen significación. Significación es aquello en que se convierte la esencia cuando se separa de su objeto de referencia y se adscribe a la palabra.

Una cuestión capital para la teoría de la significación es la de la naturaleza de su objeto: ¿qué clase de cosas son las significaciones? La necesidad tradicionalmente sentida de recurrir a entidades mentadas puede deberse a la antigua ceguera para apreciar el hecho de que significación y referencia son dos cosas diversas. Una vez tajantemente separadas la teoría de la referencia y la de la significación, basta dar un breve paso para reconocer que el objeto primario de la teoría de la significación es, simplemente, la sinonimia de



TEXTOS

las formas lingüísticas y la analiticidad de los enunciados; las significaciones mismas, en tanto que oscuras entidades intermedias, pueden abandonarse tranquilamente. Así nos encontramos, pues, de nuevo con el problema de la analiticidad. No hay que buscar mucho para dar con enunciados que sean analíticos por filosófica aclamación. Esos enunciados se distribuyen en dos clases. Los de la primera clase, que pueden llamarse lógicamente verdaderos, pueden tipificarse mediante el enunciado siguiente:

(1) Ningún hombre no casado es casado.

El rasgo relevante de ese ejemplo consiste en que no sólo es verdadero tal como queda enunciado, sino que sigue siéndolo para toda nueva interpretación de «hombre» y «casado». Si suponemos un inventario previo de partículas lógicas, con «no» y otras formas de negación, «si», «entonces» (en sentido ilativo, no temporal), «y», etc., puede decirse en general que una verdad lógica es un enunciado que es verdadero y sigue siéndolo para cualquier interpretación de sus componentes que no sean partículas lógicas.

Pero hay además una segunda clase de enunciados analíticos, tipificable por:

(2) Ningún soltero es casado.

Lo característico de un enunciado como ése es que puede convertirse en una verdad lógica sustituyendo sinónimos por sinónimos; así, (2) puede convertirse en (1) poniendo «hombre no casado» por su sinónimo «soltero». Pero seguimos careciendo de una caracterización adecuada de esta segunda clase de enunciado analítico y, por tanto, de la analiticidad en general, pues en la anterior descripción nos hemos basado en una noción de «sinonimia» que no necesita menos aclaración que la de analiticidad.

Ejercicios

1. Caracterice las diferentes nociones de *analiticidad* a las que se refiere W. O. Quine.
2. Ponga ejemplos de *enunciados analíticos* y *sintéticos*, y justifique por qué pertenecen a una u otra clase.
3. Muestre cómo se puede convertir un enunciado analítico en otro sintético y a la inversa.

TEXTO 2

La ontogénesis de la referencia

W. O. Quine,

*Palabras y cualidades**Palabra y objeto,*

traducción de

M. Sacristán

Hemos visto que la referencia específica objetiva de términos extranjeros es inescrutable por medio de significaciones estimulativas u otras habituales disposiciones lingüísticas. Cuando decidimos en castellano que un término se usa refiriéndose a un gran objeto único o, por el contrario, a cada una de sus varias partes, nuestra decisión está relacionada con todo un aparato provincial o propio de artículos, cópulas y plurales que resulta intraducible a lenguajes extranjeros como no sea de modos tradicionales o arbitrarios que están insuficientemente determinados por las disposiciones lingüísticas. Lo más que podemos hacer para entender el funcionamiento de ese aparato es examinar sus varios expedientes en sus relaciones recíprocas y en la perspectiva del desarrollo del individuo o de la raza. En este capítulo ponderaremos la aportación de esos expedientes o procedimientos a la formación de los hábitos lingüísticos de los niños de nuestra cultura. Pasaremos por alto el aspecto filogenético de estas cuestiones, salvo en unas pocas observaciones especulativas al final del capítulo; y en lo que diga acerca del aspecto ontogenético no llegaré a proponer detalles psicológicos del orden real de adquisición de los hábitos. Como ya he observado otras veces, los lenguajes considerados son los semejantes al inglés y, ante todo, éste mismo.

Un caso especial de nuestra charlatana especie es el período de balbuceo de la infancia. Este comportamiento verbal azaroso ofrece a los padres constantemente oportunidades de reforzar los usos casuales que les parecen adecuados; así se transmiten los rudimentos del lenguaje. El balbuceo del niño es un caso de lo que Skinner llama *comportamiento operante*, «emitido más que educido». Tanto en seres humanos cuanto en otros animales, el comportamiento operante puede reforzarse selectivamente premiándolo con rapidez. La criatura tiende a repetir el acto premiado cuando recurren estímulos probablemente presentes en la ejecución primera. Lo que al principio fue una estimulación accidentalmente copresente con el acto se transforma ahora, gracias al premio, en un estímulo del acto.

El acto operante puede ser la emisión casual de algo parecido a «Mamá» en un momento en el cual, por pura coincidencia, el rostro de la madre estaba ante el niño. La madre, complacida de oírse nombrar, premia ese acto casual, y así en adelante la aproximación del rostro de la madre tiene éxito como estímulo de otras emisiones de «Mamá». El niño ha aprendido una sentencia ocasional.

Sin duda aquella primera ejecución de «Mamá» habrá tenido lugar en el seno de numerosas estimulaciones: no habrá sido la única el rostro de la madre. Se dio también el sonido «Mamá» mismo, oído por el niño de sus propios labios. Por eso el efecto del premio será el hacerle tender a decir «Mamá» en lo futuro no sólo al ver el rostro de la madre, sino también al percibir, por ejemplo, una brisa, o al oír «Mamá». La tendencia a responder así a otras sensaciones de ventilación se extinguirá a falta de premio en ulteriores ocasiones; en cambio, la tendencia a responder así al oír la palabra «Mamá» seguirá siendo premiada, porque todo el mundo aplaudirá la aparente imi-



TEXTOS

tación del niño. En realidad, pues, los estímulos a decir «Mamá» que seguirán siendo reforzados son de dos clases muy diferentes: el rostro visto y la palabra oída. Los comienzos de la imitación se encuentran pues en los comienzos mismos del aprendizaje de palabras; y lo mismo ocurre con la ambigüedad u homonimia por lo que hace al uso de las palabras y su mención.

Al aprender palabras tenemos que aprender a emitirlas y a recibirlas. Hemos imaginado un niño que está aprendiendo a emitir «Mamá» y también a imitar la palabra al oírla, pero no hemos considerado aún una audición inteligente. ¿Qué puede entenderse como respuesta inteligente a la palabra oída «Mamá», y ser al mismo tiempo suficientemente observable por observadores para que éstos lo aprecien y refuercen? Está claro que el asentimiento provocado (sec. 7) no es un juego que pueda practicarse con niños tan pequeños. Tal vez pudiera serlo algo como lo que sigue: el niño oye «Mamá» (dicho por el padre, por ejemplo) mientras percibe a la madre periféricamente en su campo visual, y entonces se vuelve ostensiblemente hacia ella. Esta respuesta motora a la palabra oída puede aprenderse antes o después de la respuesta hablada al rostro. Cabe en el mismo viejo esquema del refuerzo, con la diferencia de que esta vez el acto inicial del niño es volverse, no hablar. Al volverse hacia la madre cuando oye «Mamá» el niño recibe aplauso, lo que le confirma en esa rutina. Pero el aprendizaje de ese movimiento de volverse hacia un objeto nombrado no tiene por qué esperar los antojos del comportamiento operante, porque puede dirigirse al niño.

A veces puede someterse el niño a sugestión también en la ejecución inicial de palabras nuevas. El mimetismo, ya anticipado por el mecanismo del comportamiento operante reforzado, se desarrolla hasta el punto en el cual todo nuevo acto lingüístico de cualquier persona se convierte en un estímulo de la repetición. Una vez que el niño ha alcanzado este estadio, su ulterior aprendizaje del lenguaje se hace independiente del comportamiento operante incluso en el aspecto activo; y a partir de entonces empieza a acumular aceleradamente lenguaje, con alguna estimulación de sus padres o sin ella.

Skinner, cuyas ideas pretende seguir ese esbozo en aspectos esenciales, ha sido objeto de críticas. Pero en el peor de los casos podemos suponer que la descripción, además de ser convenientemente determinada, es sustancialmente verdadera respecto de una buena parte de lo que ocurre en el primer aprendizaje de palabras. Queda sin duda espacio para la acción de otras fuerzas. Así, por ejemplo, y como se dice muchas veces, «Mamá» puede ser el resultado de movimientos anticipatorios de la alimentación; tampoco Skinner se opondría a esto, porque no supone que el comportamiento operante carezca de causas. También puede figurar en el premio que recibe el buen lenguaje y la penalización del lenguaje pobre cierta básica predilección por

la conformidad, y no sólo valores posteriores, como la comunicación y el elogio; pero también esto es suficientemente compatible con el esquema de Skinner porque éste no enumera los premios. Esa predilección puede ser necesaria para dar razón plena del mimetismo, pese a la debilitación antes observada de la importancia de este concepto.

Queda claro en cualquier caso que el primer aprendizaje de una respuesta verbal por el niño depende del refuerzo por la sociedad de la respuesta asociada con las estimulaciones que merecen dicha respuesta desde el punto de vista de la sociedad, así como depende de la penalización social de otras respuestas. Esto es así cualquiera que sea la causa de la primera emisión de la respuesta por el niño, y aun en el caso de que el refuerzo social no consista sino en un uso corroborador, cuyo parecido con el esfuerzo del niño sea el único premio.

No hay ninguna razón para suponer que el niño unifique inicialmente bajo una idea —si es que tiene algún sentido hablar así— las estimulaciones para las cuales aprende su respuesta verbal uniforme. Pero si el niño puede aprender también eso, lo primero que tiene que poseer es una previa tendencia a ponderar selectivamente las diferencias cualitativas. Por así decirlo, tiene que sentir más parecido entre ciertas estimulaciones que entre otras. De no ser así, una docena de refuerzos de su respuesta «Rojo» a situaciones en las cuales se le presenten cosas rojas no le animará más a dar la misma respuesta ante una nueva cosa roja que ante una cosa azul; y una docena de refuerzos a su respuesta «Mamá» en ocasiones dominadas por el rostro de la madre según varios ángulos no sería tampoco nada constringente.

Por tanto, tenemos que atribuir al niño una especie de espacio cualitativo prelingüístico. Podemos estimar las distancias relativas de su espacio cualitativo observando cómo aprende. Si reforzamos su respuesta «Rojo» en presencia de carmesí y la desanimamos en presencia de amarillo y luego hallamos que responde «Rojo» a la púrpura y no al naranja, podemos inferir que los tonos de carmesí y púrpura usados están más cercanos en su espacio cualitativo que los tonos de carmesí y naranja. Las vacilaciones o el tiempo de reacción del niño suministran otros indicios más para averiguar su espacio cualitativo.

Las distinciones más finas que puede llegar a hacer el niño sometido a esas pruebas de refuerzo y extinción se llaman umbrales de discriminación o diferencias mínimas perceptibles. Pero mediante una inferencia indirecta a partir de esas discriminaciones mínimas podemos conseguir intervalos aún menores. Si descubrimos que el niño distingue entre las cualidades A y C, pero no distingue ninguna de ellas de la cualidad D, podemos inferir que B es diferente de A y de C en el espacio cualitativo del niño, pero con diferencias que se encuentran por debajo del umbral.

Pero, al explorar y reproducir así tan cuidadosamente el espacio cualitativo prelingüístico de un niño, podemos estar engañándonos sistemáticamente. Pues tal vez el espacio así reconstruido corresponda sólo mínimamente a sus disposiciones iniciales, y haya quedado moldeado en su mayor parte por los



TEXTOS

progresivos efectos de nuestros mismos experimentos en el niño. Podría eliminarse esa posibilidad si halláramos una amplia uniformidad en los espacios cualitativos de todos los niños permutando la secuencia de los experimentos. Pero hay que observar que el criterio no puede dar testimonio de los espacios cualitativos prelingüísticos más que si son uniformes en todos los niños. La psicología, como las demás ciencias, acepta la uniformidad de la naturaleza ya en los criterios con los cuales construye sus conceptos.

Si suponemos establecido el hecho de que el niño tiene un espacio cualitativo prelingüístico de apreciable entidad, se producen interesantes cuestiones sobre la estructura de ese espacio. ¿Se suman las diferencias mínimas perceptibles de tal modo que concuerden con nuestras restantes comparaciones de distancias? Por ejemplo: ¿hay más diferencias mínimas perceptibles entre el carmesí y el naranja de nuestro reciente ejemplo que entre el carmesí y el púrpura?

Seguro que no habrá conexividad, pues no habrá ninguna cadena de diferencias subliminares que alcancen desde los sonidos hasta los colores. Necesitaremos un espacio cualitativo propio para cada sentido. Aún más: es posible que haya que distinguir entre varios espacios subsidiarios dentro de un mismo sentido. Por ejemplo: observando cómo el niño aprende «Pelota» podemos descubrir que una pelota roja, una amarilla y una verde están a menos distancia entre ellas en su espacio cualitativo que de un pañuelo rojo; y, al mismo tiempo, puede también parecernos, observando el aprendizaje de «Rojo», que la pelota roja, el pañuelo rojo y una bola roja están menos distantes entre ellas que de las pelotas verde y amarilla. De este modo puede hacer crisis un concepto simple de distancia dentro del sentido de «la vista», dando lugar a distancias en múltiples «respectos». Baste con eso: no hay motivo para seguir especulando aquí acerca de los espacios cualitativos.

Ejercicios

1. ¿Qué es un *significado estimulativo*, según Quine?
2. Comente la noción de *disposición lingüística* y la función que le asigna Quine en su teoría del aprendizaje lingüístico.
3. Analice la noción de *espacio cualitativo prelingüístico* y explique cuál es su papel en el aprendizaje de las palabras.
4. Contraste la teoría del aprendizaje que Quine esboza con la que mantiene N. Chomsky.



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- QUINE, W. O.

Mathematical Logic, Nueva York, 1940. Ed. corregida (gracias a Wang), Harvard University Press, Cambridge, 1951. Hay trad. cast. de José Hierro: *Lógica matemática*, Revista de Occidente, Madrid, 1972.

Elementary Logic, Boston, 1941, edición revisada, Harvard University Press, 1965. Hay trad. cast.: *Lógica elemental*, Grijalbo, México, 1983.

Methods of Logic, Holt & Rinehart & Winston, Nueva York, 1950; ediciones revisadas en 1959 y 1962; 3.^a ed. revisada y ampliada en 1972. Traducción al español de M. Sacristán, *Los métodos de la lógica*, Ariel, Barcelona, 1963. Una segunda edición en español traduce la tercera edición inglesa, y se debe a Juan José Acero y Nieves Guasch (Ariel, Barcelona, 1981).

From a logical point of view, Harvard U. Press, Cambridge, Mass., 1953; edición revisada en 1961. Traducción al español de M. Sacristán, *Desde un punto de vista lógico*, Ariel, Barcelona, 1963.

Word and Object, MIT, Cambridge, Mass., 1960. Traducción al español de M. Sacristán, *Palabra y objeto*, Lábor, Barcelona, 1968.

«Le mythe de la signification», en *La Philosophie Analytique*, Cahiers de Royaumont, IV, págs. 139-169, Minuit, París, 1962.

Set theory and its logic, Harvard U. Press, Harvard, 1963.

The ways of paradox and other essays, Random House, Nueva York, 1966; edición revisada en Harvard U. Press, Cambridge, Mass., 1976.

Selected logic papers, Random House, Nueva York, 1966.

«Ontological relativity», *Journal of Philosophy*, 65, págs. 185-212, 1968.

Ontological relativity and other essays, Columbia U. Press, Nueva York, 1969. Hay trad. española de Manuel Garrido y Josep Ll. Blasco: *La relatividad ontológica y otros ensayos*, Tecnos, Madrid, 1974.

Linguistics and Philosophy, en S. Hook, ed., págs. 95-98, 1969.

Philosophy of logic, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1970. Traducción al español de M. Sacristán, *Filosofía de la lógica*, Alianza, Madrid, 1973.

«Methodological reflections on current linguistic theory», *Synthese*, 21, págs. 386-398, 1970.

«On the reasons for indeterminacy of translation», *Journal of Philosophy*, 67, págs. 178-183, 1970.



BIBLIOGRAFÍA

- Roots of reference*, La Salle, III, Open Court, 1973. Traducción al español de M. Sacristán, *Las raíces de la referencia*, Revista de Occidente, Madrid, 1977.
- «Comments on D. Davidson», *Synthese*, 27, 3-4, págs. 325-329, 1974.
- «On empirically equivalent systems of the world», *Erkenntnis*, 9, págs. 313-328, 1975.
- «The Nature of Natural Knowledge», en J. Guttenplan, ed., *Mind and Language*, Clarendon Press, Oxford, 1975, pp. 67-81.
- QUINE, W. O. y ULIAN, J. S.
- The web of belief*, Random House, Nueva York, 1978.
- Theories and things*, Harvard U. Press, Cambridge, Mass., 1981. Traducción al español de A Ziri6n, *Teorías y cosas*, en México: UNAM, 1986.
- «Events and Reification», en E. Lepore y B. McLaughlin, eds., *Actions and Events*, Blackwell, Oxford, 1985, pp. 162-171.
- «Indeterminacy of translation again», *Journal of Philosophy*, 84, 5-10.
- Quiddities*, Harvard University Press, Harvard, 1987.
- Pursuit of truth*, Cambridge, Mass. Harvard U. Press, 1990. Hay traducción al español de J. Rodríguez Alcázar, *La búsqueda de la verdad*, Barcelona: Crítica, 1992.

Ensayos y artículos

- ACERO, J. J. (1982), «W. O. Quine, la preocupación ontológica», en VVAA, *Los filósofos y sus filosofías*, Vicens Vives, Barcelona.
- ACHINSTEIN, P. y BARKER, S., eds., (1969), *The legacy of logical positivism*, J. Hopkins U., Baltimore.
- BAR HILLEL, Y., ed., (1971), *Pragmatics of natural language*, Reidel, Dordrecht.
- BARRET, R. y R. GIBSON, eds., (1989), *Perspectives on Quine*, Oxford: Blackwell.
- BERGMANN, G. (1967), *The Metaphysics of logical positivism*, U. of Wisconsin Press, Madison.
- BLASCO, J. L. (1975), «Compromiso óntico y relatividad ontológica», en VVAA, págs. 131-146.
- BOGHOSSIAN, P. A. (1997), «Analyticity», en B. HALE y C. WRIGHT, eds., *A Companion to the Philosophy of Languages*, Oxford: Blackwell, págs. 331-368.

- BOORSE, CH. (1975), «The origins of the indeterminacy thesis», *Journal of Philosophy*, págs. 369-387.
- BROWER, R. A., ed., (1959), *On translation*, Harvard U. Press, Cambridge.
- CARNAP, R. (1963), «Quine on logical truth», en P. SCHILPP, ed., *The Philosophy of R. Carnap*, Open Court, La Salle.
- CHOMSKY, N. (1969), «Quine's empirical assumptions», en D. DAVIDSON y J. HINTIKKA, eds., págs. 53-68.
- CHAPPELL, V., ed., (1964), *Ordinary language*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, Nueva York.
- CHOMSKY, N. «Quine's empirical assumptions», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds.
- CHURCH, A. (1958), «Ontological commitment», *Journal of Philosophy*, 55, págs. 1.008-1.014.
- CRABB, B. G. (1978), «Bradley on Quine», *Mind*, 87, págs. 582-587.
- DAVIDSON, D. (1973), «Radical Interpretation», *Dialectica*, 27, págs. 314-328.
- DAVIDSON, D. y HINTIKKA, J., eds. (1969), *Words and Objections: essays on the work of W O. Quine*, Reidel, Dordrecht.
- DAVIS, S. (1976), *Philosophy and language*, Bobbs Merrill, Indianapolis.
- DECKERT, M. (1973), «Quine, Strawson and logical truth», *Philosophical Studies*, págs. 54-56.
- FIELD, H. (1972), «Theory change and the indeterminacy of reference», *Journal of Philosophy*, 70, págs. 462-481.
- FIELD, H. (1974), «Quine and the correspondence theory», *Philosophical Review*, 83, págs. 200-228.
- FOLLESDAL, D. (1967), «Knowledge, Identity and Existence», *Theoria*, págs. 1-27.
- FOLLESDAL, D. (1968), «Quine on modality», *Synthese*, 19, págs. 147-157.
- FOLLESDAL, D. (1975), «Meaning and experience», en S. GUTTENPLAN, ed.
- FRIEDMAN, M. (1975), «Physicalism and the indeterminacy of translation», *Nous*, págs. 353-374.
- GARRIDO, M. (1975), «El principio de indeterminación en la semántica de W. O. Quine», en VVAA, 1975, págs. 43-51.
- GEACH, P. T. (1962), *Reference and Generality*, Cornell U. Press, Ithaca.
- GEACH, P. T. (1969), «Quine's syntactical insights», en D. DAVIDSON y J. HINTIKKA, eds., págs. 146-157.
- GEACH, P. T. (1973), «Ontological relativity and relative identity», en M. MUNITZ, ed.
- GIBSON, R. F. (1982), *The philosophy of W. O. Quine. An expository essay*, University Press of Florida, Tampa.
- GIEDYMIN, J. (1972), «Quine's Philosophical Naturalism», *British Journal of the Philosophy of Science*, págs. 45-55.
- GOCHET, P. (1972), *Esquisse d'une théorie nominaliste de la proposition*, A. Colin, París.

- GOCHET, P. (1978), *Quine en perspective. Essais de philosophie comparée*, Flammarion, París.
- GOCHET, P. (1986), *Ascent to truth: a critical examination of Quine's Philosophy*, Philosophie Verlag, Munich.
- GOODMAN, N., y QUINE, W. (1947), «Steps toward a constructive nominalism», *Journal of the Symbolic Logic*, 112, págs. 105-112.
- GRICE, H. P., y STRAWSON, P. F. (1956), «In defense of a dogma», *Philosophical Review*, 65, págs. 141-158.
- GUTTENPLAN, S., ed., (1974), *Mind and language*, Oxford U. Press, Oxford.
- HACKING, I. (1975), *Why does language matter to philosophy?*, Cambridge U. Press, Cambridge. Hay traducción al español en Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- HARDING, S., ed., (1976), *Can theories be refuted? Essays on the Duhem-Quine Thesis*, Reidel, Dordrecht.
- HARMAN, G. (1967), «Quine on Meaning and Existence, I», *Review of Metaphysics*, 31, 1, págs. 124-151.
- HARMAN, G. (1969), «An Introduction to "Translation and meaning," chapter two of Word and object», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 14-26.
- HARMAN, G., y DAVIDSON, D., eds., (1972), *Semantics of natural language*, Reidel, Dordrecht.
- HESSE, M. (1972), «Duhem, Quine and a new empiricism», en S. HARDING, ed.
- HINTIKKA, J. (1969), «Behavioral criteria of radical translation», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 69-81.
- HOOK, S., ed., (1969), *Language and philosophy*, New York U. Press; hay traducción al español en F.C.E., México.
- HOOKWAY, CH. (1988), *Quine*, Oxford: Polity Press.
- JORGENSEN, J. (1951), *The Development of logical positivism*, U. of Chicago Press.
- KIRK, R. (1986), *Translation Determined*, Oxford: Oxford U. Pres.
- LANDESMAN, CH. ed., (1972), *The Problem of Universals*, Prentice Hall, Nueva York.
- LINSKY, L., ed., (1952), *Semantics and the Philosophy of language*, Urbana: U. of Illinois Press.
- MAGEE, B. (1978), *Men of ideas: some creators of contemporary philosophy*, BBC Publications, Londres; hay traducción al español, *Los hombres detrás de las ideas*, F.C.E., México, 1982.
- MOULINES, U. (1973), «Lo analítico y lo sintético: dualismo admisible», *Teorema*.
- MUNITZ, M., ed., (1973), *Logic and Ontology*, New York U. Press.
- MUNITZ, M. (1981), *Contemporary analytic philosophy*, MacMillan, Nueva York.
- ORENSTEIN, A. (1977), *W O. Quine*, Twayne Publishers, Baston.

- QUESADA, R. (1975), «Identidad y relatividad», en VVAA, 1975, págs. 89-105.
- REEVES, A. (1976), «The Foundations of Quine's Philosophy», *Philosophical Studies*, 30, págs. 75-93.
- ROMANOS, G. D. (1983), *Quine and analytic philosophy: the language of language*, MIT, Cambridge, Mass.
- SHAHAN, R. y CH. SWOYER., eds., (1979), *Essays on the Philosophy of W. O. Quine*, Hassocks: Harvester Press.
- SCHULDENFREI, R. (1975), «Quine en perspectiva», *Teorema*, V, 1, págs. 49-65; traducción de la versión inglesa en *Journal of Philosophy*, 69, págs. 5-16, 1972.
- SEVERENS, R. H., ed., (1974), *Ontological Commitment*, U. of Georgia Press, Athens.
- SHANAN, R. W., ed., (1977), *American Philosophy: from Edwards to Quine*, U. of Oklahoma Press, Oklahoma.
- SHANAN, R. W., y SWAYER, C., eds., (1979), *Essays on the Philosophy of W. O. Quine*, U. of Oklahoma Press, Oklahoma.
- STEGMULLER, W., ed., (1975), *Das Universalien Problem*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- STEMMER, N. (1971), «Some aspects of language acquisition», en Y. BAR HILLEL, ed.
- STENIUS, E. (1969), «Beginning with ordinary things», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 27-52.
- STROUD, B. (1969), «Conventionalism and the indeterminacy of translation», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., págs. 82-96.
- Synthese*, 27, (1974), Número monográfico sobre la indeterminación de la traducción y la interpretación radical.
- VVAA (1975), «Aspectos de la filosofía de W. O. Quine», número extraordinario de *Teorema*.
- WHITE, M. «The analytic and the synthetic: an untenable dualism», en S. HOOK, ed., J. Dewey, Nueva York.
- ZIFF, P. (1970), «A response to «stimulus meaning»», *Philosophical Review*, 79, págs. 63-74.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

Además de la necesidad general de leer las obras originales de los autores, en el caso de W. O. Quine existe otro motivo para recomendar su lectura: el alto grado de calidad literaria de su prosa filosófica. Como se puede advertir en la Bibliografía, buena parte de sus obras están traducidas al español, algunas excelentemente. Se puede comenzar por leer los artículos de Quine recogidos en L. M. VALDÉS, comp. (1991) y, posteriormente, las secciones correspondientes de *Palabra y objeto*, *Las raíces de la referencia* y *La relatividad ontológica y otros ensayos*. La obra de consulta obligada sigue siendo HAHN y P. SCHILPP, eds. (1986), *The Philosophy of W. O. Quine*, La Salle: Open Court.

En los manuales de M. GARCÍA CARPINTERO (1996) y A. GARCÍA SUÁREZ (1997) se pueden encontrar buenas exposiciones generales de las teorías semánticas de W.O. Quine. Para la cuestión de la indeterminación de la traducción, el artículo de C. WRIGHT «The indeterminacy of translation» (en B. Hale y C. Wright, eds., *A Companion to the Philosophy of Language*, Oxford: Blackwell, 1997) es uno de los análisis más recientes.

Unidad Didáctica III

La filosofía contemporánea del lenguaje

2. Pragmática filosófica

TEMA 17

Significado, uso y comunicación: *Las Investigaciones filosóficas* de L. Wittgenstein

ESQUEMA/RESUMEN

- 17.1. Introducción
- 17.2. Nombrar y jugar
- 17.3. Vivir el lenguaje
- 17.4. El imperio de las reglas
- 17.5. Sobre la observancia de reglas lingüísticas: N. Chomsky
vs. L. Wittgenstein-S. Kripke
- 17.6. Gramática y filosofía

17.1. INTRODUCCIÓN

Como es ampliamente reconocido, la influencia de la obra de L. Wittgenstein en la filosofía del siglo xx ha sido enorme, especialmente en el mundo anglosajón. La trascendencia de esa obra es tal, que abarca en realidad todas las escuelas y disciplinas filosóficas, desde la filosofía de la lógica y las matemáticas a la teoría del conocimiento y a la metafísica. Incluso se puede calibrar esa influencia en términos de su importancia en la constitución de nuevas disciplinas —o renovación de antiguas—, como la filosofía de la mente o la psicología filosófica. Así sucedió con la teoría filosófica del lenguaje que, a impulsos de sus ideas en su segundo periodo filosófico —lo que se conoce como WII o segundo Wittgenstein—, fue a contribuir decisivamente al replanteamiento del concepto de lenguaje, replanteamiento ajeno en principio a las tradiciones propiamente lingüísticas, pero que posteriormente ha influido en ellas.

Sin embargo, a pesar de que se suele dividir la evolución filosófica de Wittgenstein en periodos, lo primero que es preciso señalar es el carácter global de sus ideas filosóficas. Ni en su segundo periodo, ni en el primero, Wittgenstein estaba interesado en una teoría propiamente lingüística, si se entiende por tal una teoría cuya *función* fuera describir un presunto sistema de símbolos utilizados en la comunicación humana. Su orientación era estrictamente filosófica: la teoría del lenguaje habría de contribuir a una explicación o solución de problemas referentes a nuestra relación con el mundo. En este sentido es preciso subrayar la esencial *continuidad* del enfoque metodológico de la filosofía wittgensteniana: cualquier instrumento de análisis o teoría sustantiva fue considerado por él en la medida en que podía aportar claridad a la elucidación del problema central de la fundamentación de nuestro conocimiento del mundo y de nuestras acciones, un problema definido en sus términos *modernos* esenciales por I. Kant. Así, la teoría figurativa del *Tractatus* constituyó, al mismo tiempo, una respuesta al problema de las condiciones necesarias de la representación lingüística de la realidad —de cualquier representación simbólica en general— y una elucidación de la *lógica interna* del lenguaje natural. Igualmente, en su teoría posterior, las reflexiones filosóficas de Wittgenstein tendrán un pie puesto en la filosofía

del lenguaje y el otro en diferentes disciplinas filosóficas, como la teoría del conocimiento, la ética o la filosofía de la mente.

Así pues, la aportación de L. Wittgenstein a la filosofía del lenguaje, y la filosofía en general, hay que juzgarla desde esta perspectiva: su objetivo no fue puramente lingüístico, sino «exterior» a la teoría del lenguaje, como sucede, por otra parte, con la obra de N. Chomsky, una de las más interesantes del siglo xx desde el punto de vista filosófico. Por tanto, la contribución de Wittgenstein, especialmente en sus detalles, sólo puede ser cabalmente comprendida cuando se capta su incardinación filosófica, su marco conceptual propio.

Todo esto no quiere decir, sin embargo, que la evolución de las teorías del lenguaje de L. Wittgenstein no pueda exponerse y apreciarse en virtud de sus propiedades intrínsecas. Es más, seguramente uno de los mayores logros de la filosofía de Wittgenstein, al menos uno de los más duraderos, sea el de haber enseñado a considerar el lenguaje humano bajo un nuevo prisma, como una realidad social y comunicativa en vez de un puro sistema de representación del mundo y de nuestro conocimiento de él.

A pesar de las complejidades que presenta el análisis de las obras de Wittgenstein en el periodo intermedio entre el *Tractatus* y las *Investigaciones filosóficas*, la evolución de su pensamiento se puede narrar de una forma muy general como el abandono de dos ideas características del *Tractatus*:

1. En primer lugar, la progresiva insatisfacción acerca del diagnóstico y tratamiento de los problemas filosóficos. La idea sobre esos problemas (heredada de G. Frege y B. Russell, y compartida por los miembros del *Círculo de Viena*) es la de que tienen su origen en la imperfección del lenguaje natural, siendo el remedio adecuado un análisis lógico que ponga de relieve, en un lenguaje preciso, inequívoco y construido, la auténtica forma lógica del pensamiento.
2. En segundo lugar, el progresivo abandono de la idea de que cualquier simbolismo, y en particular el lenguaje natural, debe su virtualidad semiótica a su capacidad representadora, reproductora de una realidad simbolizada. Con esta idea, Wittgenstein abandonará asimismo la idea de que la lógica es una condición posibilitadora de la representación y la médula espinal de las relaciones entre la realidad, el pensamiento y el lenguaje.

Ninguna evolución en el pensamiento es repentina, y la de Wittgenstein, que había de suponer un salto *fuera* de la tradición filosófica, lo fue aún menos. Las nuevas ideas que iba a exponer en las *Investigaciones* se fueron abriendo paso poco a poco, quizás desde mediados los años veinte hasta su regreso a Cambridge en 1937. Esa evolución está reflejada en las observaciones recogidas en un artículo publicado en 1929, en algunas obras publicadas póstumamente (*Philosophische Bemerkungen* y *Philosophische Grammatik*) y

en los *Cuadernos azul y marrón*. El primer paso en esa evolución fue la revisión del concepto de representación o pintura propuesto en el *Tractatus*, revisión que le conduciría a una concepción diferente sobre la función del lenguaje humano. En el *Tractatus*, el concepto de representación es sumamente concreto y unívoco: toda representación se define por su forma de representación y su relación pictórica; dadas éstas y conocido el método de proyección, podemos determinar unívocamente lo representado. Así, si conocemos la forma lógica de una proposición, podemos determinar el hecho representado sin lugar a error. Sin embargo, ya en (1929) Wittgenstein expresó dudas acerca de la univocidad de esa relación. No sólo en el sentido de que el conocimiento del método de proyección no asegure un único resultado, sino también en el sentido de que resulta dudoso que los diferentes modos de proyección conserven una estructura común, una forma lógica. Es más, el método de proyección que se emplee en cada ocasión no es comprensible a menos que se den por sabidas ciertas reglas o convenciones de la representación. Si se ha de concebir el lenguaje natural como una representación de la realidad, resulta cada vez más patente que ese lenguaje no dispone de un único método de proyección, sino que las diferentes convenciones (T. 4.002) tácitas movilizadas en su uso determinan una heterogeneidad de métodos de proyección. La conclusión inevitable entonces es que la forma lógica del lenguaje ya no muestra de forma unívoca la de la realidad.

Así pues, las ideas de Wittgenstein fueron modificándose lentamente a lo largo de los años veinte y treinta. Fueron adquiriendo una nueva orientación en las obras intermedias ya mencionadas, perfilándose y profundizándose hasta alcanzar una expresión definitiva en lo que se considera su otra gran aportación a la filosofía del siglo XX, las *Investigaciones filosóficas*.

17.2. NOMBRAR Y JUGAR

El *Tractatus* de Wittgenstein distinguía únicamente dos relaciones semánticas, la nominación y la descripción figurativa. La primera era propia de las expresiones nominales y la segunda de las proposiciones. A medida que progresó su desconfianza en lo expuesto en el *Tractatus* acerca de la relación pictórica, Wittgenstein fue abandonando la idea de que éstas son las dos únicas funciones semióticas de los signos lingüísticos. En efecto, que una expresión nominal denomine realmente un objeto (en el seno de una proposición) no depende de la propia naturaleza del nombre, sino de factores externos a sus propiedades estrictamente lingüísticas. Para decirlo en términos wittgensteinianos, que un nombre denomine efectivamente un objeto depende de su aplicación como nombre, y ésta no está en una relación interna con el nombre, sino que es externa a él, puesto que depende de que efectivamente tal nombre sea utilizado en una ocasión concreta, con el propósito de nombrar un objeto. El supuesto de que los nombres refieren a objetos independientemente de los propósitos de su utilización, y de que éste es un hecho básico en

el proceso de aprendizaje del lenguaje, es el primero de los cuestionados por Wittgenstein en las *Investigaciones*. Con ello, Wittgenstein no sólo criticó tesis por él mantenidas en el *Tractatus*, sino también toda una tradición filosófica occidental, representada por el texto de Agustín de Hipona que cita, pero que se remonta al menos hasta Platón. De acuerdo con esta tradición, los signos significan porque están en lugar de aquello que designan; su significación consiste en sustituir realidades; comprenderlos equivale a advertir que están en lugar de esas realidades. La nueva teoría del lenguaje que Wittgenstein esbozó en las *Investigaciones* consiste pues en la propuesta de un nuevo modo de entender lo que es la significación de un signo y su comprensión.

La estrategia seguida por Wittgenstein fue la siguiente: *a)* imaginar un conjunto de circunstancias comunicativas para las que fuera verdadera la imagen tradicional, la concepción nominativa del lenguaje; *b)* demostrar que el uso nominativo del lenguaje en esas circunstancias está intrínsecamente unido a ellas, esto es, que sólo adquiere sentido en el seno de la situación descrita; *c)* mostrar que este hecho, la conexión entre lenguaje y situaciones concretas, no sólo es lo que da sentido a la función lingüística nominativa, sino también a cualquier función lingüística, de hecho tantas como (tipos de) situaciones imaginables en que se pueda o deba utilizar el lenguaje. El propósito tras esta estrategia expositiva y argumentativa era claro: demostrar que lo que el *Tractatus* y la tradición lingüística consideraban esencial en el lenguaje no lo es en realidad; que constituye una extrapolación abusiva de un juego semántico muy simple, el de nombrar objetos:

2. *Ese concepto filosófico del significado reside en una imagen primitiva del modo y manera en que funciona el lenguaje. Pero también puede decirse que es la imagen de un lenguaje más primitivo que el nuestro.*
3. *[...] Esto debe decirse en muchos casos en que surge la cuestión: ¿Es esta representación apropiada o inapropiada? La respuesta es entonces: Sí, apropiada, pero sólo para este dominio estrictamente circunscrito, no para la totalidad de lo que pretendemos representar (Investigaciones filosóficas, IF en adelante).*

El juego nominativo no tiene un carácter paradigmático, ni es esencial a la comunicación lingüística: está al mismo nivel que otras formas de utilizar el lenguaje para la comunicación.

Por otro lado, tampoco el juego nominativo es esencial para el aprendizaje lingüístico, ni siquiera primario:

26. *Se piensa que aprender el lenguaje consiste en dar nombres a objetos, a saber: a seres humanos, formas, colores, dolores, estados de ánimo, números, etc. Como se dijo: nombrar es algo similar a fijar un rótulo en una cosa. Se puede llamar a esa una preparación para el uso de una palabra. Pero, ¿para qué es una preparación? (IF).*

De hecho, la imagen tradicional de lo que es aprender un lenguaje implica una circularidad. En efecto, si concebimos que el aprendizaje consiste en

pensar (decir) que ciertas palabras se corresponden con objetos, el propio aprendizaje supone ya una forma de lenguaje, siquiera muy primitivo. Para aprender el lenguaje, el niño ya de ha de dominar alguno.

La imagen alternativa que presenta Wittgesntein no excluye el empleo de los juegos elementales como el de la denominación, pero subraya el aspecto social de tales juegos. Lo esencial es que el niño aprende a nombrar como una forma de comportamiento en un entorno social que le proporciona aprobación o reprobación. En este sentido, practicar o dominar tales juegos elementales no es en principio diferente de la adquisición de otros hábitos o técnicas que se aprenden en el mismo lecho social. Nombrar no es distinto de otros tipos de acciones no verbales que requieran el adiestramiento social. Cuando el niño aprende a nombrar un objeto no está aprendiendo en realidad lo que es la denominación. Eso sucederá después, cuando vaya adquiriendo conciencia de la heterogeneidad de los fines para los cuales se puede emplear el lenguaje. Lo que está aprendiendo es una forma (correcta, recompensada) de comportarse respecto a los objetos:

6. [...] *Los niños son educados para realizar estas acciones, para usar con ellas estas palabras y para reaccionar así a las palabras de los demás(IF).*

Esa forma de comportarse puede crear nexos asociativos; por ejemplo, puede evocar la imagen de lo denominado. Pero es una idea fundamental de las *Investigaciones* que aprender el significado del nombre no consiste en evocar las correspondientes imágenes o cualquier otro fenómeno mental concomitante. Aprender el significado de una palabra consiste en aprender una forma de conducta que, en diferentes individuos, puede estar asociada a diferentes representaciones o procesos psicológicos. Pero la referencia a hechos psicológicos no puede constituir una explicación de la homogeneidad necesaria para que se produzca la comunicación. Aunque sólo sea en este primer punto, es fácil advertir en qué medida se separó la teoría semiótica de las *Investigaciones* de la tradición y, a decir verdad, de buena parte de las actuales teorías semánticas. Tanto en el caso del racionalismo como del empirismo clásicos, los fenómenos mentales (ideas, impresiones...) desempeñaban un papel esencial en la explicación de los fenómenos semióticos. Concebidos de una u otra forma, los enunciados (los juicios) eran la expresión de pensamientos, esto es, de representaciones mentales de la realidad. Esas entidades psicológicas eran el elemento al que se apelaba cuando se quería explicar el sentido y la comprensión del lenguaje, como en la teoría semiótica de J. Locke (v. Tema 4). La comunicación era concebida como el proceso mediante el cual se hacían llegar las representaciones mentales de un hablante a un auditorio, que a su vez trasmitía las suyas. Ese proceso *tele-mental* como columna vertebral de la comunicación es lo que las *Investigaciones* pusieron en cuestión, proporcionando un conjunto de tesis diferentes que provocaron un vuelco en nuestras concepciones tradicionales sobre el lenguaje.

La clave de la nueva concepción de Wittgenstein es precisamente la noción general de *juego* y, en particular, la de *juego lingüístico* o *juego de lenguaje*. La noción general de juego desempeñará el papel de polo con el que contrastar las actividades lingüísticas. En las *Investigaciones*, Wittgenstein se empeñó en un minucioso análisis de las propiedades que comparten los juegos y las actividades lingüísticas; proyectó ciertas propiedades de éstas en el comportamiento lingüístico, tratando de penetrar en su lógica interna. Se podría decir que Wittgenstein utilizó esa noción, y las nociones relacionadas con ella, como una metáfora radical para entender la comunicación lingüística, si no fuera porque en muchas ocasiones tal comparación o proyección es concebida y expuesta en una forma excesivamente literal.

Hay que tener en cuenta, además, que Wittgenstein empleó la expresión «juego de lenguaje» con acepciones ligeramente diferentes, ya fuera para designar modelos simplificados de comportamiento lingüístico, como ciertos sistemas de comunicación inventados por él, ya fuera para indicar actividades lingüísticas reales, descritas con especificación de las circunstancias en que se producen:

7. *Podemos también imaginarnos que todo el proceso del uso de palabras en (2) [el juego nominativo] es uno de esos juegos por medio de los cuales aprenden los niños su lengua materna. Llamaré a estos juegos «juegos de lenguaje» y hablaré a veces de un lenguaje primitivo como un juego de lenguaje.*

Y los procesos de nombrar las piedras y repetir las palabras dichas podrían llamarse también juegos de lenguaje. Piensa en muchos usos que se hacen de las palabras en los juegos de corro.

Llamaré también «juego de lenguaje» al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido (IF).

Ello es así porque la noción de juego no sólo tiene un aspecto metodológicamente descriptivo (nos sirve para describir situaciones), sino también una dimensión heurística: como los modelos simplificados de otros ámbitos de la ciencia, nos permite captar con claridad los mecanismos esenciales de los fenómenos que estamos tratando de explicar.

Cuando se utiliza la noción de juego para entender nuestro lenguaje, lo primero que viene a la mente es la multiplicidad de clases de juegos. ¿Sucede lo mismo con nuestro lenguaje? Wittgenstein pensó que así era, que ése es uno de los rasgos en que son similares los juegos y el lenguaje humano: son internamente heterogéneos:

23. *¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? Hay innumerables géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones». Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas, sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan (IF).*

Éste es otro de los puntos en que Wittgenstein rechazó explícitamente las tesis del *Tractatus* y de la tradición: desde Platón a G. Frege la denominación es la función semántica paradigmática, la que establece la conexión esencial entre el lenguaje y la realidad. Sin embargo, de acuerdo con las *Investigaciones*, la nominación es un juego de lenguaje más, a la par con otros que se puedan imaginar o describir. Decir que cualquier expresión nombra algo, afirmación a la que se podría atribuir cierta capacidad explicativa, no es una aseveración que tenga mucho contenido. Wittgenstein la comparó con la afirmación de que toda herramienta sirve para modificar algo, introduciendo otra de sus metáforas preferidas en este periodo de su pensamiento:

11. *Piensa en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unas tenazas, una sierra, un destornillador, una regla, un tarro de cola, cola, clavos y tornillos. Tan diversas como las funciones de esos objetos son las funciones de las palabras (IF).*

Captar el papel significativo de una expresión no equivale a ser consciente de algo tan abstracto como su virtualidad denominativa: supone el conocimiento concreto de su función en un juego de lenguaje, o en varios. Puede que esa función sea efectivamente la de nombrar un objeto, pero ése es un juego entre los muchos en que se puede emplear la expresión. Wittgenstein criticó en las *Investigaciones* la concepción mágica de la denominación, una concepción que concibe la conexión establecida entre la palabra y la realidad como un vínculo secreto y esencial:

38. *Si no se quiere provocar confusión, es mejor que no se diga en absoluto que estas palabras [«esto», «eso»] nombran algo. Y, curiosamente, se ha dicho una vez de la palabra «esto» que es el nombre genuino. De modo que todo lo demás que llamamos «nombres» lo son sólo en un sentido inexacto, aproximativo.*

Esta extraña concepción proviene de una tendencia a sublimar la lógica de nuestro lenguaje [...]

Esto está conectado con la concepción del nombrar como un proceso oculto, por así decirlo. Nombrar aparece como una extraña conexión de una palabra con un objeto [...] (IF).

En particular sus críticas estaban dirigidas contra la idea de que existen expresiones lógicamente simples y básicas en todo lenguaje, que establecen una relación directa e inefable con la realidad: la teoría de los nombres lógicamente propios de B. Russell es una de esas concepciones, pero también todas las teorías neoempiristas o neopositivistas que pensaban que existía una forma básica de enunciados que se refieren a nuestra experiencia inmediata, a la cual habría de poder reducirse otros más complejos (los lenguajes fisicalistas o fenomenalistas de B. Russell y R. Carnap). Para el Wittgenstein de las *Investigaciones*, la falsa concepción del lenguaje básico es fruto de la forma peculiar de equivocarse los filósofos. La confusión filosófica consiste generalmente en extraer una expresión (o conjunto de ellas) del juego de len-

guaje en el que tienen su propio sentido, y extrapolarlas a otro ámbito distinto, con pretensiones de generalidad o esencialidad:

38. *Pues los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje hace fiesta. Y ahí podemos figurarnos ciertamente que nombrar es algún acto mental notable, casi un bautismo de un objeto. Y podemos también decirle la palabra «esto» al objeto, dirigirle la palabra —un extraño uso de esta palabra que probablemente ocurra sólo al filosofar— (IF).*

Esta ilegítima búsqueda de generalidad es el velo que impide ver la esencial complejidad y heterogeneidad del lenguaje, que no es sino una consecuencia de la heterogeneidad y complejidad de las formas en que vivimos.

17.3. VIVIR EL LENGUAJE

La noción de *juego de lenguaje* en las *Investigaciones* es correlativa con la de *forma de vida*. De hecho están tan inextricablemente unidas que es imposible explicar una sin recurrir a la otra:

19. *Puede imaginarse fácilmente un lenguaje que conste sólo de órdenes y partes de batalla —o un lenguaje que conste sólo de preguntas y de expresiones de afirmación y de negación. E innumerables otros—. E imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida (IF).*

Para empezar, tanto los juegos de lenguaje como las formas de vida que Wittgenstein pone como ejemplos tienen una función metodológica. Están traídos a colación en la medida en que ilustran mecanismos y conexiones que se dan en las situaciones reales de comunicación, en general mucho más complejas. Por muy simples que parezcan, cumplen una misión fundamental en la concepción wittgensteniana: hacen ver en una forma muy esquematizada la complejidad de nuestros usos lingüísticos y la estrecha conexión que tienen éstos con nuestras acciones sociales:

130. *Nuestros claros y simples juegos de lenguaje no son estudios preparatorios para una futura reglamentación del lenguaje [...] Los juegos del lenguaje están más bien ahí como objetos de comparación que deben arrojar luz sobre las condiciones de nuestro lenguaje por vía de semejanza y desemejanza (IF).*

No quiere esto decir que pongan de relieve ninguna «esencia» o lógica interna del lenguaje, general a todos los usos lingüísticos. Nada más contrario ni que más repugne a Wittgenstein en esta etapa que el ansia de generalidad. Los juegos de lenguaje mencionados no son sino una muestra de la inabarcabilidad de las formas en que utilizamos realmente el lenguaje. Ponen de relieve ante todo que, cuando preguntamos por el significado de una expresión, es inútil que demos vueltas tratando de encontrar una realidad (un objeto, un hecho) a que corresponda la expresión. Luchar contra esa imagen, la de que existe un reino de objetos no lingüísticos y otro de expresiones lin-

güísticas, y que la significación consiste en la relación entre ambos ámbitos, es uno de los principales propósitos de las *Investigaciones*. La declaración emblemática de la concepción que allí expone Wittgenstein es que el significado no es una cosa, sino un uso:

43. *Para una gran clase de casos de utilización de la palabra «significado» —aunque no para todos los casos de su utilización— puede explicarse esta palabra así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje (IF).*

La noción de uso lingüístico ha recibido múltiples y matizadas interpretaciones, pero lo que es claro es que no es ningún objeto. Un ejemplo de Wittgenstein aclara suficientemente este punto (en *Investigaciones*, §31). Supongamos que alguien quiere explicar el significado de una determinada pieza en el juego de ajedrez. Para ello, señala la pieza y dice «éste es el rey». ¿Ha expresado (explicado, definido) con ello el significado de la pieza? ¿Consiste ese significado en representar un rey (abstracto, genérico)? Evidentemente, no. Aunque se dé por supuesto que el interlocutor conoce un buen número de cosas (por ejemplo, que se trata de la pieza de un juego, no de una figurita de un belén), la pretendida explicación no es tal. Es preciso que se haga mención de cuál es la función de la pieza en el juego, esto es, que se describa su papel en el juego, sus movimientos, su relación con las demás fichas, etc. Sólo entonces se habrá producido una explicación: cuando se haya descrito de forma suficiente la actividad (el juego) de que forma parte. Lo mismo sucede con las expresiones lingüísticas: una explicación de su significado también implica una descripción de actividades humanas, una especificación de su función en una determinada forma de vida. La explicación del significado de «¡jaque!» no puede consistir en señalar una determinada posición de las fichas de ajedrez en el tablero, ni mucho menos indicar un estado mental de quien profiere la expresión; tal expresión tiene sentido sólo cuando aclaramos cuál es su papel dentro del juego, el del ajedrez, por ejemplo.

La declaración de Wittgenstein de que existen incontables tipos de oraciones, innumerables formas en que podemos utilizar las oraciones puede resultar chocante; parece poco respetuosa con evidentes hechos gramaticales. Pero es preciso entender esa aseveración en el contexto de lo que es una explicación del significado. Desde el punto de vista gramatical, existen varios tipos de oraciones que se distinguen por características estructurales; pero lo que es importante para Wittgenstein es dilucidar si los tipos de oraciones determinan tipos de significado, clases homogéneas de uso. La respuesta es rotundamente negativa: las aparentes homogeneidades estructurales esconden una infinita variedad de usos, unas indeterminadas posibilidades de que tales oraciones entren a formar parte de juegos lingüísticos. Lo interesante entonces, en la medida en que queramos entender cómo funciona el lenguaje, es que los aspectos gramaticales o estructurales de la oración (la «gramática superficial» en la acepción de Wittgenstein) no determinan su significado. Suponiendo que sólo existieran oraciones indicativas, interrogativas e imperativas, ¿supondría

eso que lo único que podemos hacer es realizar afirmaciones, preguntas o mandatos? No, podemos efectuar infinidad de (tipos de) acciones que, entretelas, constituyen nuestra vida social y comunicativa. Cuando se concibe de este modo el lenguaje, como algo que se hace en el seno de una comunidad, la apertura y la historicidad de la vida social se trasladan al propio lenguaje. No sólo existe la libertad de inventar y vivir nuevas formas de comunicación que den lugar a nuevos juegos de lenguaje, a nuevos significados; también es preciso considerar el lenguaje bajo la óptica de la historia, como la acumulación de formas de vida inventadas, practicadas, quizás ya olvidadas. No sólo el lenguaje no determina la realidad, tampoco determina la vida.

17.4. EL IMPERIO DE LAS REGLAS

El concepto clave que permite entender la concepción lingüística general del segundo Wittgenstein es el de *regla*. En realidad, se trata de un concepto fundamental no solamente para la propia teoría del lenguaje, sino para las ciencias sociales en general o, como también se suele decir, para las ciencias simbólicas.

Lo primero que hay que advertir es que el mismo concepto es objeto de una indeterminación que, según Wittgenstein, es propia de todos los términos generales, e incluso de los nombres propios.

79. *Si se dice «Moisés no existió», eso puede significar las cosas más diversas. Puede querer decir: los israelitas no tuvieron sólo un caudillo cuando salieron de Egipto —o su caudillo no se llamaba «Moisés»— o no existió ninguna persona que haya realizado todo lo que la Biblia relata de Moisés, etc., etc. [...]. Según asumamos una u otra definición [de «Moisés»] la proposición «Moisés existió» recibe un sentido distinto y lo mismo toda otra proposición que trate de Moisés (IF).*

Puesto que la tesis general que Wittgenstein mantuvo es que la fuente de donde mana el sentido de nuestros términos es funcional, esto es, relativa al contexto de la forma de vida de la que participan, el significado de un término no puede constituir una realidad fija, sino que es esencialmente abierto. Así sucede con el término «regla». Existen muchas clases de reglas o, si se prefiere, numerosas acepciones del término «regla»:

54. *¡Pensemos en qué casos decimos que un juego se juega según una regla definida!*

La regla puede ser un recurso de la instrucción en el juego. Se le comunica al aprendiz y se le da su aplicación —o es una herramienta del juego mismo—. O: Una regla no encuentra aplicación ni en la instrucción ni en el juego mismo; ni es establecida en un catálogo de reglas. Se aprende el juego observando cómo juegan otros. Pero decimos que se juega según tales y cuales reglas porque un espectador puede extraer esas reglas de la práctica del juego —como una ley natural que sigue el desarrollo del juego (IF).

Por tanto, cualquier análisis del concepto en cuestión no ha de pretender sacar a la luz una esencia o núcleo general a todas las muestras de reglas que se nos ocurran. En concreto, es posible que las reglas lingüísticas no tengan mucho que ver con otros tipos de reglas. De hecho, la concepción lingüística de Wittgenstein en el *Tractatus* también estaba basada en una noción particular de regla, la que forma parte de un cálculo, esto es, una regla lógica que es parte constituyente de un sistema y que se aplica de forma determinista, tanto en cuanto a las condiciones que especifican cuándo hay que aplicarla, como en cuanto al resultado de su aplicación. Ésta es una noción de regla que Wittgenstein rechaza explícitamente en las *Investigaciones* como modelo o paradigma de regla lingüística. Para el segundo Wittgenstein, las reglas lingüísticas son ante todo reglas de *uso lingüístico*, esto es, reglas que rigen la correcta aplicación de los términos en relación con situaciones comunicativas concretas. Delimitan, como las reglas lógicas del *Tractatus*, el ámbito de lo que tiene sentido, pero se diferencian de ellas en su variedad y en su contingencia. Las reglas de uso lingüístico pueden admitir diferentes modalidades de formulación o enunciación (ostensión, elucidación, paráfrasis, ilustración mediante ejemplos... todos los movimientos admitidos en el juego de *explicar el significado*) y no son universales, sino relativas a comunidades de comunicación concretas. Tampoco son homogéneas en el sentido de adoptar una misma forma o ser reducibles a un mismo tipo de formulación. Guardan entre sí lo que Wittgenstein denominó un *aire de familia*, esto es, relaciones de parecido o similitud no transitivas (A se parece a B en α , B se parece a C en β , y A no se parece a C). Se puede decir de ellas que constituyen un conjunto, pero no un sistema:

108. *Reconocemos que lo que llamamos «proposición» y «lenguaje» no es la unidad formal que imaginé, sino que es la familia de estructuras más o menos emparentadas entre sí (IF).*

A diferencia de la sintaxis lógica del *Tractatus*, el entramado de las reglas de uso lingüístico, lo que Wittgenstein denominó «gramática» en las *Investigaciones* no es una totalidad estructurada internamente por propiedades formales ni genera una realidad homogénea:

65. *En vez de indicar algo que sea común a todo lo que llamamos lenguaje, digo que no hay nada en absoluto común a estos fenómenos por lo cual empleamos la misma palabra para todos, sino que están emparentados entre sí de muchas maneras diferentes. Y a causa de este parentesco, o de estos parentescos, los llamamos a todos «lenguaje» (IF).*

A diferencia igualmente de la lógica del *Tractatus*, la gramática de las *Investigaciones* no es trascendental.

Por supuesto, el papel de las reglas es el de inducir regularidades en la conducta que posibiliten la comunicación. Siempre que una actividad está regulada, existe una homogeneidad en la conducta de los que participan en ella (no es necesariamente cierto lo inverso). El lenguaje exige esa homoge-

neidad. Por otro lado, el concepto de regularidad está lógicamente unido al de identidad (relativa): cuando afirmamos que existe una regularidad, queremos decir que se produce una *misma* conducta o que se hace *lo mismo*. Por eso, el análisis del concepto de *regla* implica el análisis de la identidad de conductas y una respuesta a una eventual postura escéptica acerca de la observancia de reglas. La primera parte del análisis consiste pues en una elucidación de lo que es observar una regla y de la conexión que se establece entre creencias y conducta, si es que es ésa la forma correcta de concebir la observancia de reglas. En cambio, la segunda parte entraña una especie de argumento trascendental: consiste en la demostración de que la observancia de reglas es necesariamente un proceso público, controlable y valorable intersubjetivamente. Esta segunda parte constituyó el archiconocido argumento de Wittgenstein en contra del lenguaje privado, una noción que hacen viable e incluso entrañan diversas posiciones filosóficas.

En cuanto a lo primero, el análisis de la observancia de reglas, Wittgenstein concluyó que *seguir una regla* ha de conceptualizarse como una *práctica*. Ante todo, es preciso distinguir cuidadosamente entre las reglas y las *formulaciones* de reglas, sin confundir éstas con aquéllas. En realidad, el hecho de que una expresión sea considerada como la formulación de una regla depende de la forma en que se *use* la expresión, no de ninguna propiedad de la expresión misma (como su estructura condicional, por ejemplo). En segundo lugar, tampoco hay que confundir la regla con lo *expresado* por la formulación de la regla. No sólo ello conduciría a un platonismo desaforado, que admitiría un reino ideal de entidades abstractas como las reglas, sino que además conduciría a un callejón sin salida. En efecto, de acuerdo con el análisis de Wittgenstein, si la regla es lo que la formulación expresa, la regla es el resultado de *interpretar* esa formulación. Pero ¿cuáles son los criterios que determinan la interpretación correcta? Uno podría sentirse tentado a responder: la *conducta*. Pero Wittgenstein se adelantó observando que toda regla se puede interpretar de tal modo que concuerde con la conducta:

198. *¿Pero cómo puede una regla enseñarme lo que tengo que hacer en este lugar? Cualquier cosa que haga es, según alguna interpretación, compatible con la regla [...].*
201. *Nuestra paradoja era ésta: una regla no podía determinar ningún curso de acción porque todo curso de acción puede hacerse concordar con la regla. La respuesta era: si todo puede hacerse concordar con la regla, entonces también puede hacerse discordar. De donde no habría concordancia ni desacuerdo (IF).*

Además, si se distingue entre la regla y su *aplicación*, se abre una especie de regreso al infinito: para saber cuándo es correcta la aplicación de una regla, deberíamos dominar otra regla, para aplicar la cual nos sería precisa una de orden superior, y así sucesivamente. Es preciso concebir las reglas de forma que sean inseparables de sus aplicaciones, esto es, hay que pensarlas como *prácticas sociales*, objeto de adiestramiento y de transmisión cultural.

De esta conclusión, que las reglas son prácticas sociales, instituciones, Wittgenstein extrajo dos importantes consecuencias:

1. Seguir una regla es diferente, e independiente, de pensar que se sigue una regla:

202. *Por tanto «seguir una regla» es una práctica. Y creer seguir la regla no es seguir la regla. Y por tanto no se puede seguir «privadamente» la regla, porque de lo contrario creer seguir la regla sería lo mismo que seguir la regla (IF).*

2. No se puede seguir una regla privadamente:

199. [...] *No puede haber sólo una única vez en que un hombre siga una regla. No puede haber sólo una única vez en que se haga un informe, se dé una orden, o se la entienda, etc. Seguir una regla, hacer un informe, dar una orden, jugar una partida de ajedrez, son costumbres (usos, instituciones) (IF).*

El concepto de *observancia de una regla* es lógicamente inseparable del concepto de *corrección*. Como afirmó Wittgenstein, es consustancial a la gramática de «regla», a las condiciones que definen el uso de esa expresión, que podamos enjuiciar y estar de acuerdo en que alguien (incluso nosotros mismos) estamos observando una regla. Así es como en muchas ocasiones explicamos la conducta nuestra y de los demás. Y es una explicación precisamente porque es parcial, esto es, porque no se aplica correctamente a todas nuestras acciones. Pero, si la observancia de una regla fuera lo mismo que la creencia de que se sigue la regla, la posibilidad de desacuerdo, evaluación o corrección desaparecería. Siempre podría existir una regla en concordancia con la conducta, porque bastaría imaginarla, tanto da que fuera antes de la realización de la acción (deliberación) como después (justificación o racionalización). Algunas reglas de este tipo, si no todas, habrían de ser reglas privadas, reglas cuya existencia fuera operativa sólo para un individuo, que tendría un acceso privilegiado y exclusivo a su conocimiento:

243. *¿Pero sería también imaginable un lenguaje en el que uno pudiera anotar o expresar sus vivencias internas —sus sentimientos, estados de ánimo, etc.— para su uso propio? ¿Es que no podemos hacerlo en nuestro lenguaje ordinario? Pero no es eso lo que quiero decir. Las palabras de este lenguaje deben referirse a lo que sólo puede ser conocido por el hablante, a sus sensaciones inmediatas, privadas. Otro no puede, por tanto, entender ese lenguaje (IF).*

En este contexto, Wittgenstein discutió el significado de los términos que refieren a sensaciones: si existen reglas privadas, las que regulan el uso de términos como «dolor» son perfectas candidatas. De hecho, numerosas teorías filosóficas mantienen que el significado de los términos consiste en referir a «sensaciones» privadas. Ciertamente todas las sensaciones son privadas en un sentido general: sólo yo puedo tener mi dolor (sin que tenga sentido

dudar de él), pero también sólo yo puedo experimentar esa sensación de rojo, cuando veo algo de ese color. Mi sensación de color es tan inaccesible a los demás como mi dolor de hígado. Si lo que diera significado a los términos que uso fueran mis sensaciones particulares (muestras de dolor, de rojo, de mesa...), el significado sería privado, de *mi* lenguaje, el lenguaje que sólo yo conozco. Tal lenguaje sería incorregible en dos sentidos: 1) no podría dudar de la corrección de mi aplicación de una regla privada, y 2) ninguna otra persona sería capaz de decir si utilizo correctamente el lenguaje, o me equivoco. Ahora bien, como la observancia de una regla implica poder decir si se sigue o no, esto es, criterios de corrección, el hipotético lenguaje privado no puede consistir en la aplicación de reglas, carece de reglas, es un absurdo lógico.

La alternativa que ofreció Wittgenstein fue la de considerar el uso de los términos de sensaciones (de todos los términos en general) como una forma más de manifestación de esas sensaciones, esto es, como una práctica aprendida para expresar tales sensaciones:

244. [...] *Las palabras se conectan con la sensación primitiva, natural de la sensación y se ponen en su lugar. Un niño se ha lastimado y grita; luego los adultos le hablan y le enseñan exclamaciones y más tarde oraciones. Ellos le enseñan al niño una nueva conducta de dolor (IF).*

Como tal práctica no sólo está sujeta a criterios de corrección, sino que también posibilita la mentira y el fingimiento (en el lenguaje privado se da la paradoja de que se miente mediante palabras sin significado). Como tal práctica, es pública y observable; está íntimamente entretejida con otros actos y, lo que es más importante, desde el punto de vista filosófico, es independiente tanto del ámbito platónico de los objetos ideales como del cartesiano de las representaciones mentales. Como J. Bouveresse (1976) ha afirmado atinadamente, la concepción del lenguaje de las *Investigaciones* rescató al significado del mito de la *interioridad*.

17.5. SOBRE LA OBSERVANCIA DE REGLAS LINGÜÍSTICAS: N. CHOMSKY VS. L. WITTGENSTEIN-S. KRIPKE

No es fácil trazar una distinción precisa (un conjunto de características definitorias) entre las reglas para la utilización apropiada o correcta del lenguaje, y las reglas lingüísticas sin más. Sin embargo, es una distinción que parece intuitivamente inmediata, en el sentido de que todos podemos pensar casos en que tal distinción resulta patente. Por ejemplo, todos sabemos que es una regla de la lengua española (y de otras muchas) que el predicado de una oración ha de concordar en el número y la persona con el sujeto de la oración, de tal modo que se viola la regla si se profiere *«Queda clausurados los congresos». Pero resulta una violación muy diferente proferir «Queda clausurado el congreso», cuando lo que se pretende es declarar su inicio. La utilización de esta expresión lingüística es inapropiada o incorrecta en un sentido muy distinto al del ejemplo de la falta de concordancia.

Una forma rápida de zanjar la cuestión podría ser la siguiente: las reglas lingüísticas son reglas que regulan la combinatoria de las expresiones de una lengua. Son reglas que establecen qué tipos de expresiones se pueden formar, especificando por tanto la estructura de esa lengua. La violación de tales reglas da como resultado una conducta que es lingüísticamente incorrecta en el siguiente sentido: no produce una expresión gramatical de la lengua. De alguien que incurra en una de estas violaciones se puede decir justificadamente que no está hablando la lengua en cuestión. De alguien que no haga correctamente las concordancias previstas por las reglas entre el sujeto y el predicado de una oración se puede afirmar que no habla en español.

Por el contrario, las reglas del uso lingüístico hacen referencia a otro tipo de combinatoria, si es que se puede denominar así: la que establece en qué ocasiones son adecuadas las preferencias lingüísticas. Adecuadas en el doble sentido de (1) expresar adecuadamente las intenciones del hablante (la intención de decir X, en particular) y (2) facilitar una interpretación correcta de esas expresiones. La combinatoria determinada por este tipo de reglas no es, por tanto, una combinatoria interna a la lengua (en el sentido de establecer relaciones entre expresiones lingüísticas), sino externa, en el sentido de establecer conexiones entre entidades lingüísticas y extralingüísticas. Las entidades lingüísticas consisten en preferencias lingüísticas, las entidades observables que son la materia prima del lingüista y del filósofo del lenguaje. En cambio, las extralingüísticas están conformadas por objetos, hechos, situaciones, contextos, o como se los prefiera denominar, e interesan seguramente tanto al filósofo del lenguaje como al psicólogo o al sociólogo.

La violación de esta segunda combinatoria, externa, produce consecuencias muy diferentes de las que causa la violación de las reglas lingüísticas. Tales consecuencias son de muy diferentes clases, como han destacado algunos filósofos del lenguaje, como J. L. Austin (v. el Tema siguiente), pero en cualquier caso no se podrá afirmar que quien incurre en una violación de esta índole no habla, o deja de hablar, la lengua en cuestión. Volviendo al ejemplo utilizado, la preferencia de «queda clausurado el congreso» es una preferencia estructuralmente correcta, internamente irreprochable, pero inapropiada para inaugurar un congreso.

En la discusión que sigue vamos a partir de dos supuestos de idealización: en primer lugar, el de que las teorías semántica y pragmática contemporáneas describen efectivamente los conjuntos de reglas de uso lingüístico en el sentido anteriormente mencionado, esto es, las reglas que regulan las relaciones de propiedad o adecuación entre las preferencias lingüísticas y las entidades extralingüísticas. Aunque estas teorías distan mucho de ser homogéneas, u homogéneamente interpretadas, el supuesto no es excesivo si se tiene en cuenta que se introduce *more argumento*, y no conlleva ninguna aseveración específica sobre su contenido.

Otro tanto ocurre con el segundo supuesto asumido, que la teoría lingüística generativa, en los diferentes sabores en que viene servida en la actualidad, constituye una descripción de las reglas lingüísticas en el primer sentido, interno, que se mencionó anteriormente.

Una consecuencia que es preciso extraer, si se quiere respetar la distinción expuesta, es que las competencias correspondientes, las que habilitan para el uso de uno y otro tipo de reglas, son en principio diferentes, y por tanto diferenciables con arreglo a determinados criterios. N. Chomsky se refirió a esta consecuencia al afirmar *que lo que llamamos vagamente «el conocimiento del lenguaje» involucra, en primer término, el conocimiento de la gramática; y que de hecho el lenguaje es un concepto derivado y tal vez no muy interesante. He sugerido además otros sistemas cognoscitivos que interactúan con la gramática: sistemas conceptuales con propiedades específicas y principios organizativos que pueden ser muy distintos de la facultad lingüística «computacional». La competencia pragmática pudiera ser un sistema cognoscitivo distinto de la competencia gramatical y con una estructura diferente* (N. Chomsky, 1980, pág 99 de la edición en español, por la que se cita).

Asimismo, si admitimos que la propia noción de competencia depende de la de observancia de una regla, concluiremos que observar o seguir uno u otro tipo de reglas resulta algo diferente. Una cosa será observar las reglas «gramaticales» (en sentido amplio, no técnico), y otra diferente seguir las reglas para el empleo adecuado de las expresiones, adecuado en cuanto a su aplicación para conseguir nuestros fines comunicativos. Igualmente, si deseamos dar el paso de atribuir conocimiento de reglas a quien es competente en una lengua y en su uso, será forzoso distinguir entre la atribución de conocimiento lingüístico en el sentido gramatical, y atribución de conocimiento del uso de la lengua.

Teniendo presente la concepción wittgensteniana de lo que es la observancia de reglas, se puede uno preguntar las razones de introducir tales distinciones. Al fin y al cabo, la paradoja que Wittgenstein planteó y su «solución escéptica», parecen afectar a la observancia de reglas en general, sean éstas de la índole que sean. Así, si bien fueron ilustradas con ejemplos pertenecientes al segundo tipo, externo (reglas de la aplicación de términos que designan funciones matemáticas o sensaciones), también pueden poner en cuestión las pertenecientes al primer tipo, las reglas estrictamente gramaticales.

Ahora bien, es necesario introducir este tipo de distinciones si se quiere respetar el marco de la concepción en que N. Chomsky (1986) rechaza la solución wittgensteniana a la paradoja sobre el seguimiento de reglas. Puesto que a N. Chomsky le interesa primariamente lo que la concepción wittgensteniana pueda implicar acerca del conocimiento de la gramática, y secundariamente lo que pueda suponer acerca de otros «módulos» cognitivos, o acerca del conocimiento en general. Y sabido es que N. Chomsky tiene

una concepción particular acerca de lo que supone que un hablante oyente tenga conocimiento de su lengua materna, conocimiento que no encaja en las divisiones tradicionales de la epistemología contemporánea. L. Wittgenstein nunca consideró en concreto el conocimiento gramatical (ni en el sentido chomskiano ni en otro) como un conocimiento al que se aplicara paradigmáticamente su concepción sobre lo que es seguir una regla, aunque en sus obras se pueden hallar numerosos ejemplos de conocimiento en que es preciso combinar el conocimiento lingüístico con «otros sistemas conceptuales», como por ejemplo en el caso de la aplicación de términos. Pero las consecuencias de la concepción wittgensteniana son más generales de lo que se podría suponer por la índole de los ejemplos utilizados por él. Afectan en general a la naturaleza de las explicaciones de la conducta en general, y de la lingüística en particular, y es en esa medida en que N. Chomsky deseó considerarla. Por tanto, la discusión se ha de situar no en los ejemplos suscitados por el propio Wittgenstein, sino en la concepción chomskiana de lo que es conocimiento gramatical y su relación con la observancia de reglas.

N. Chomsky, en su análisis de lo que comporta la utilización de reglas, distingue entre su utilización normal, en la vida cotidiana, y su uso por parte de los científicos como recurso explicativo. En nuestra conducta habitual, la atribución de reglas a los demás, la atribución de observancia de reglas mediante la conducta, tiene al menos dos funciones: en primer lugar, una función cognitiva, esto es, una función que nos permite *comprender* la conducta de nuestros congéneres. En segundo lugar, la atribución de reglas tiene una función social, nos permite *prever* la conducta de los demás y, en este sentido, ordenar nuestra propia acción con respecto a esa previsión. Ambas funciones no son autónomas, sino que están íntimamente relacionadas.

Por otro lado, en cuanto científicos, tratamos de describir o explicar la conducta de los individuos (o los fenómenos naturales, para lo que es el caso) apelando a sistemas de reglas. En primer lugar, suponemos que la descripción en términos de reglas capta adecuadamente el significado de la conducta, aunque esa descripción puede expresarse en diferentes niveles de abstracción, de detalle, etc. En segundo lugar, suponemos que la conexión entre la regla y la conducta es de tal naturaleza que permite explicar ésta. No es necesario precisar en este momento si hay que entender tal conexión como causal, o si hay que entender la causalidad en un sentido no ortodoxo para dar cuenta de la conexión entre la regla y el hecho que presuntamente explica.

Como se puede colegir fácilmente, la distinción entre las funciones comunes y especializadas de la atribución de reglas no son tan lejanas como pudiera parecer. En concreto, se puede argumentar que comprender no es sino una forma de referirse a la captación del significado, por lo menos en lo que atañe a la conducta humana. Y prever un comportamiento parece requerir por su parte la postulación de una conexión tal entre la regla y la conducta que legitime esa predicción. Es posible que la diferencia sea por tanto de grado más que de naturaleza, que las técnicas empleadas por el científico

para la averiguación del significado de las acciones y su inclusión en sistemas de reglas no sean sino un refinamiento de los procedimientos cotidianos mediante los cuales logramos entender la estructura social en la que vivimos y encajar nuestra propia conducta en ella. Así pareció entenderlo N. Chomsky, puesto que su rechazo de la solución de Wittgenstein abarca tanto una como otra dimensión. En cuanto a la vida cotidiana, Chomsky consideró que la hipótesis de Wittgenstein sobre la forma en que atribuimos reglas no es ni siquiera descriptivamente adecuada, dejando fuera muchos casos intuitivamente claros. En cuanto a la práctica científica, según Chomsky, la concepción wittgensteniana no sólo es descriptivamente incorrecta, sino que ni siquiera da cuenta de los más básicos mecanismos explicativos empleados por los científicos.

En la lingüística, la actividad paradigmática del científico es precisamente la postulación de reglas. Las gramáticas propuestas por el lingüista para explicar aspectos de la conducta lingüística de los hablantes oyentes de una lengua no son sino sistemas de reglas ideados por el lingüista para dar cuenta de sus propiedades. La noción de regla ocupa pues un lugar central en la lingüística, de tal modo que la concepción wittgensteniana afecta a los propios fundamentos de la disciplina, independientemente del paradigma que se suscriba. No obstante, conviene señalar en particular cuáles son las principales concepciones metodológicas y epistemológicas chomskianas, pues son ellas las que resultan particularmente afectadas por las consecuencias de las tesis de Wittgenstein sobre la observancia y atribución de reglas. Aunque, como es natural, Wittgenstein jamás se ocupara de la lingüística generativa, ésta parece constituir una teoría que trata de proporcionar explicaciones que quedan específicamente excluidas por las tesis del filósofo vienés. La lingüística generativa, en su versión chomskiana, parece ilustrar todas las falacias y errores que Wittgenstein trató de prescribir en filosofía.

En su discusión sobre la concepción wittgensteniana sobre la observancia de reglas, N. Chomsky se basa en el análisis de S. Kripke (1982), y no en los propios textos de Wittgenstein, pero ello no introduce alteraciones importantes, puesto que sus objeciones son de tipo general, y van más allá de la simple exégesis textual.

Para Chomsky, el problema importante que plantea Wittgenstein es el de la legitimidad de la atribución de reglas. Su análisis se centra pues en las condiciones que pueden justificar esa atribución, y no en la presunta necesidad de dotar de fundamentación a la observancia de reglas. De hecho, Chomsky no cree que sea necesario dar una respuesta a las dudas del escéptico wittgensteniano. Es posible que mi conducta infradetermine la presunta regla que creo estar siguiendo y que, en realidad, esté siguiendo R' y no R , pero ello puede no ser sino el resultado de mi constitución: *Sé que $27 + 5 = 32$, que esto es una mesa, que en una determinada oración un pronombre no puede depender referencialmente de un sintagma nominal determinado, y así sucesivamente, como consecuencia de conocer reglas que sigo (o que no sigo*

por alguna razón, quizás por elección, dando entonces respuestas erróneas). Pero carezco de fundamentación para mi conocimiento, en un sentido general del término, y no tengo razones para seguir las reglas, me limito a hacerlo (N. Chomsky, 1986, 248-249).

Luego da lo mismo si mi aplicación de una regla supone o no un «salto en el vacío» en ese sentido. No existen reglas más básicas sobre las que fundamentar o justificar el seguimiento de reglas: el único hecho básico es la propia constitución biológica del ser humano, pero la existencia de tal constitución no garantiza una fundamentación en el sentido requerido por el escéptico ideado por Wittgenstein.

Ahora bien, el problema para el lingüista se plantea a la hora de atribuir observancia de reglas: en cuanto teórico, el lingüista ha de disponer de procedimientos para justificar sus atribuciones de reglas a los hablantes de una lengua. En particular, teniendo en cuenta el hecho de que los sistemas de reglas pueden ser extensionalmente equivalentes, ha de poder disponer de criterios que le permitan escoger entre uno y otro sistema de reglas. En realidad, su problema no es sino una versión especializada de los problemas de la atribución, y justificación de esa atribución, de reglas en la conducta cotidiana. Según Chomsky la atribución y justificación no se ajustan a lo prescrito por la concepción de Wittgenstein. Según ésta (en la versión de Chomsky), es preciso que se den dos condiciones para que la atribución de R a X esté justificada: (a) que X se comporte del modo en que se prevé al atribuirle R; (b) que tal atribución suponga una «introducción» en la comunidad a que pertenece el atribuyente.

Ello es así porque *la comunidad atribuye un concepto (una regla) a un individuo en la medida en que él (o ella) se adecuan a la conducta de la comunidad, a su «forma de vida» [...] la atribución de la conducta consistente en seguir una regla exige la referencia a las prácticas de una comunidad, por lo que no puede haber «lenguaje privado»* (N. Chomsky, 1986, pág. 249).

En consecuencia, esta concepción contradice directamente el supuesto metodológico individualista de la lingüística generativa. De acuerdo con ese supuesto, la atribución de reglas lingüísticas a un individuo (aunque sea un individuo abstracto como el hablante/oyente ideal) es independiente de su pertenencia a una comunidad de hablantes de la misma lengua. En ese sentido, la metodología generativa no excluye, como lo hace la concepción wittgensteniana, la posibilidad de un lenguaje privado. En la concepción de Wittgenstein, la posibilidad del lenguaje privado está excluida porque se viola tanto la condición (a) como la (b) sobre la atribución de reglas: por una parte, no existen, *ex hypothesi*, miembros de una comunidad con los que la conducta de X coincidiría (puesto que X habla un lenguaje privado) y, por tanto, no sería posible *a fortiori* la incorporación a ninguna comunidad.

Ahora bien, según Chomsky, las condiciones de Wittgenstein no consiguen dar cuenta de casos normales en que intuitivamente consideramos jus-

tificada la atribución de reglas; «normales» en el sentido de no ser atribuciones paradigmáticas en las discusiones filosóficas (como la aplicación de conceptos). Por ejemplo, considérense los siguientes pares de oraciones:

I. 1. *Habían muchas personas

2. Había muchas personas

II. 1. *La dijo que viniera

2. Le dijo que viniera

Según Chomsky, cuando oímos a alguien proferir I.1 o II.1, le atribuimos reglas, no obstante no ser enunciados que, como hablantes de español, utilizaríamos nosotros. Las reglas que le atribuimos son diferentes de las nuestras y, en ese sentido, siempre según Chomsky, no los «introducimos en nuestra comunidad», ni pensamos que compartan nuestra «forma de vida» (lingüística, se entiende). Lo mismo se puede decir en el caso (típicamente discutido por filósofos) de la aplicación de conceptos (de términos lingüísticos, para lo que nos interesa). Chomsky se refiere al término «lívido» que, para él, fue equivalente en un principio a «ruborizado» o «enrojecido», hasta que se convirtió en un término similar a «pálido». Su conducta, de acuerdo con su interpretación, se hubiera podido explicar en términos de reglas del siguiente modo: al comienzo de su aprendizaje lingüístico seguía una regla, que más tarde cambió por otra. En todos estos casos, en fin, la atribución de reglas parece justificada, no obstante violarse las condiciones que impone la concepción wittgensteniana: no nos sentimos inclinados (dispuestos) a dar las respuestas que observamos, ni dicha atribución supone una incorporación a nuestra comunidad. Es más, la práctica de atribuir reglas parece especialmente adecuada cuando la conducta observada no coincide con la que nosotros exhibiríamos: *lo normal es atribuir conceptos diferentes de los nuestros a los niños y a los extranjeros, o a los hablantes de otras lenguas. En el caso más-quas, como hablantes del juego lingüístico normal, atribuiríamos a la gente uno u otro concepto mediante la inspección de su conducta, aunque en un caso sus respuestas no estuvieran de acuerdo con las nuestras. Puede plantearse un problema sobre cómo lo hacemos, pero existen pocas dudas de que lo hacemos* (N. Chomsky, 1986, pág. 252).

Por eso rechaza N. Chomsky el esbozo de argumentación que figura en el parágrafo 202 de las *Investigaciones*: aunque la premisa sea correcta, puesto que efectivamente pensar que se sigue una regla no es lo mismo que seguirla, no se sigue la conclusión, la imposibilidad de observar una regla de forma privada. De acuerdo con el análisis de Chomsky, el argumento de Wittgenstein parece requerir una premisa intermedia: se obedece una regla de forma privada si y sólo si se piensa que se obedece una regla de forma privada. Esa es la premisa que N. Chomsky no admite, puesto que sostiene que obedecer una regla de forma privada es independiente de pensar que se sigue una regla. Se puede dar el caso de que alguien obedezca una regla privadamente,

pero que no crea que siga una regla. Pero entonces, ¿qué significa «de forma privada»? Chomsky piensa que el caso de Robinson Crusoe, traído a colación por S. Kripke, viola el paradigma wittgensteniano de seguir una regla. En primer lugar, supone, como Kripke, que el hecho de estar aislado excluye a R. Crusoe de cualquier comunidad (supuesto discutible), aunque la cuestión es la de si, como observadores ajenos, lo podemos «introducir en nuestra comunidad» Suponiendo que sea así, se puede uno preguntar si R. Crusoe puede hablar una lengua de su invención y, por tanto, seguir reglas de una forma privada. Kripke mantuvo que podemos atribuir reglas a R. Crusoe en el sentido wittgensteniano, porque lo que tal atribución requiere es que «pase las pruebas de seguimiento de reglas que se aplican a cualquier miembro de la comunidad». Esto es, si lo hacemos parte de nuestra comunidad en sentido amplio, sí podemos decir que sigue reglas en forma similar a como lo hacemos nosotros, y en este sentido comparte nuestra «forma de vida». Pero ello, según Chomsky, arruina el argumento contra el lenguaje privado, *que se apoya en la atribución de reglas dentro del marco de la psicología del individuo* (N. Chomsky, op. cit., pág. 254). La concepción de Wittgenstein no nos permite determinar qué regla está siguiendo un individuo, puesto que tal determinación requiere la interacción con una comunidad, excluida por principio en el caso considerado.

Buena parte de la argumentación de Wittgenstein-Kripke, y de las críticas de Chomsky, atañe a la noción de «forma de vida». Según Chomsky, tal noción es «equivoca», variando entre un sentido específico, definido por Kripke como *conjunto de respuestas en las que concordamos, y la forma en que se entretienen con nuestras actividades* (S. Kripke, 1982, pág. 96) y un sentido metafóricamente ampliado, en el que viene a referirse a las «fuertes constricciones específicas de la especie». De acuerdo con Chomsky, el primer sentido se halla en el nivel de la gramática particular, la gramática de la lengua materna de cada cual: en ese nivel, la comunidad relevante es la comunidad lingüística de los hablantes de una lengua concreta. En cambio, en el segundo sentido, el nivel teórico pertinente es el de la gramática universal (S (0)), puesto que la comunidad implicada es la de la especie humana. Si se toma este segundo sentido como una forma de modificar razonablemente la concepción wittgensteniana, entonces se abandona el argumento del lenguaje privado y sus consecuencias. Ésta es una de las claves de la crítica chomskiana: si se entienden de manera restringida conceptos básicos del planteamiento Wittgenstein-Kripke, como el de «forma de vida», entonces su análisis es incorrecto de forma absoluta, sin dar cuenta siquiera de la práctica cotidiana de atribución de reglas como explicación de la conducta de nuestros congéneres. Si se aceptan en un sentido amplio, entonces su argumentación pierde su interés, su sustancia filosófica, y se convierte en un truismo que viene a recordarnos que, en la medida en que formamos parte de la especie humana, nuestros comportamientos son lo suficientemente parecidos como para poder afirmar que seguimos reglas, incluso de forma privada, como Crusoe.

La interpretación «metafórica» de «forma de vida» afecta también a la formulación kripkeana del argumento de Wittgenstein: *si se considera a una persona de una forma aislada, la noción de regla como práctica que guía a la persona que la adopta no puede tener contenido sustantivo alguno* (S. Kripke, 1982, pág. 89).

Efectivamente, ¿qué quiere decir aquí «de forma aislada», si se entiende en el sentido amplio? Quiere decir ni más ni menos que se considera a la persona como no perteneciente a nuestra especie, porque ni siquiera podemos atribuirle esa «forma de vida» tan generalmente entendida. Considerada de esta forma, la entidad de que se trate (ya no podemos denominarla persona) no es asignada a una clase natural, y por tanto no se le pueden atribuir las propiedades características de esa clase natural. En el caso de la especie humana, si R. Crusoe es considerado de una forma aislada, no se le considera como un ejemplar de la especie *hombre* y, por tanto, no se le pueden atribuir las «formas de vida» que son el resultado de las constricciones biológicas, psicológicas y sociales que son propias de la clase natural *hombre*. Recuérdese que, por lo que atañe al lenguaje (pero también a los sistemas cognitivos en general), la tesis de N. Chomsky es que las constricciones biológicas son sumamente importantes, puesto que conforman una facultad lingüística altamente estructurada y diferenciada. Esas constricciones biológicas no sólo determinan el hecho de que todos los seres humanos sigamos reglas lingüísticas para comunicarnos, sino también qué reglas seguimos o, más precisamente, la forma que tales reglas lingüísticas adquirirán, los principios formales de estructuración de los sistemas gramaticales.

N. Chomsky resume la concepción wittgensteniana (en la versión de Kripke) en los siguientes puntos:

(I) *«Juzgar si un individuo está en realidad siguiendo una regla determinada con ocasión de aplicaciones particulares» es lo mismo que determinar «si sus respuestas concuerdan con las propias».*

(II) *Por tanto, rechazamos el «modelo privado» de seguimiento de reglas, de acuerdo con el cual la noción de una persona que sigue una regla ha de analizarse simplemente en términos de hechos sobre el seguidor de la regla, y sólo de él, sin hacer referencia a su pertenencia a una comunidad más amplia.*

(III) *Nuestra comunidad puede afirmar de un individuo que sigue una regla si pasa las pruebas para el seguimiento de reglas que se aplican a cualquier miembro de la comunidad* (N. Chomsky, 1986, pág. 259).

De esta concepción, Chomsky descarta (I) como una explicación adecuada de lo que es habitualmente la atribución de reglas. Encuentra aceptable (III), si se la entiende en el sentido general antes indicado, esto es, considerando que la comunidad a que se hace referencia es la especie humana, de tal modo que, a la manera cartesiana, la atribución de la competencia sobre reglas lingüísticas constituya un criterio decisivo de pertenencia a la clase

humana. En cuanto a (II), Chomsky considera que es independiente de (III) y de (I). En particular, no se sigue de (I), como parece desprenderse de la argumentación de las *Investigaciones*, ni tener relación con (III). De hecho, Chomsky considera perfectamente posible la observancia de reglas privadas, justificada sobre la base de hechos psicológicos sobre el individuo observante de la regla.

Ahora bien, la crítica de N. Chomsky a (I) parece basarse en una deficiente comprensión de la posición de Wittgenstein-Kripke, en concreto de la naturaleza condicional subyacente a la atribución de reglas. Tal naturaleza establece una equivalencia entre mi atribución de una regla a X y lo que yo haría, si fuera seguidor de la regla. Dicho de otro modo, la atribución de una regla para explicar una conducta tiene sentido (contenido) cuando lo que el individuo hace en realidad concuerda con lo que yo haría si me encontrara en su lugar, esto es, si yo observara la regla. De otro modo, atribuir una regla a un congénere equivaldría a atribuirle *mi* regla, en el sentido de la regla que yo o mi comunidad observamos. Sería entonces autocontradictorio atribuirle otra regla, si por otra se entiende una regla que yo pueda imaginar, pero que en realidad no sigo. No sería posible tampoco atribuir a otras comunidades reglas diferentes a las que imperan en mi comunidad: por definición, si se exigiera la concordancia de conductas, sólo podría atribuir con sentido las reglas de mi comunidad. Ni la concepción original de Wittgenstein, ni su exposición por parte de Kripke implican ese desmesurado etnocentrismo.

No es de extrañar pues que Chomsky concluya, de esta versión deformada, que *no es cierta en los casos normales. De forma regular juzgamos que la gente sigue reglas cuando sus respuestas difieren de las nuestras* (N. Chomsky, 1986, pág. 259). La cuestión importante, la que plantearon L. Wittgenstein y S. Kripke, es la de si admitiríamos o afirmaríamos que X sigue R, a pesar de que su conducta difiere de la que nosotros exhibiríamos si siguiéramos R. La similitud entre la conducta de X y la propia, siendo ambos observantes de R, parece una condición esencial para la afirmabilidad de «X sigue R» por nuestra parte. Es más, según Wittgenstein, ése es el único fundamento para la justificación de la afirmación y en ello reside la médula de la concepción wittgensteniana.

En este sentido, queda rebajada de importancia la distinción que Chomsky establece entre la determinación de que un individuo sigue reglas y la determinación de qué reglas sigue. Según Chomsky, el establecimiento de que un individuo sigue reglas, en términos de la concepción wittgensteniana, equivale al establecimiento de si ese individuo pertenece o no a nuestra comunidad en sentido general, esto es, a la especie humana. Como ejemplo de este tipo de averiguación general, Chomsky menciona los criterios cartesianos para la existencia de otras mentes: en este caso sí, pero no en otros según su opinión, el juicio de que una entidad individual sigue reglas depende esencialmente de la similitud con nuestra propia conduc-

ta. Como miembros de la especie humana adscribimos a otros individuos la pertenencia a esa especie sobre la base del parecido que sus conductas tienen con respecto a las nuestras. En el caso cartesiano: sobre la base de que su conducta muestre indicios de inteligencia (uso del lenguaje), voluntad (intencionalidad) y decisión libre (variabilidad de respuestas a un mismo estímulo o a un mismo entorno). En este caso también la determinación de que un individuo sigue reglas equivale a la determinación de qué reglas sigue. En efecto, como las reglas que sigue han de ser *mis* reglas, puesto que de lo que se trata es de que lo incorpore a la comunidad general de mi especie, el conocimiento de que sigue reglas ha de equipararse al conocimiento de las reglas que sigue. Se puede argumentar que puedo saber que un individuo sigue reglas sin saber las reglas que sigue. Puedo conjeturar con cierta seguridad, a partir de ciertos aspectos de la conducta, por ejemplo su homogeneidad ante un determinado estímulo, o su carácter «creativo», que ese individuo sigue reglas, en el sentido de que posea ciertos mecanismos, biológicos o no, que tiñen su conducta con esa propiedad. Pero puedo desconocer la naturaleza de los mecanismos y, en esa medida, desconocer las reglas.

Argumentar de este modo supondría confundir las reglas con los mecanismos causales a los que deben su existencia. Dicho de otro modo, las descripciones de la conducta en términos de reglas y en términos de mecanismos causales (de las reglas) pertenecen a niveles epistemológicos diferentes. El acceso a uno de esos niveles no garantiza el acceso al otro, como muy bien prueba la historia de la ciencia (Galileo vs. Newton). El propio Chomsky ha argumentado, en el ámbito de la lingüística, la necesidad de tal diferenciación, glosándola como la distinción descriptivo/explicativo, aunque no siempre la haya respetado.

No obstante, podría plantearse la cuestión en términos de capacidad para formular o expresar las reglas: se podría argumentar que, a pesar de sospechar que la conducta de alguien obedece a la observancia de reglas, podemos no ser capaces de formular las reglas que se observan. En realidad, éste es el caso de la moderna lingüística, cuyo progreso teórico no consiste sino en el intento de proporcionar sistemas de reglas que tengan un mayor y mejor rendimiento descriptivo y explicativo; por muy optimista que se sea a la hora de valorar ese progreso, lo cierto es que se está lejos aún de la consecución de una teoría gramatical que, si no completamente correcta, sea comúnmente aceptada por la comunidad de investigadores.

Con todo, si se considera la cuestión en términos wittgenstenianos (de condiciones de afirmabilidad), y no chomskianos (de condiciones de verdad), la distinción entre la atribución de reglas (en abstracto) y la formulación de las mismas se diluye. ¿De qué modo se justificaría «la conducta de X obedece a una regla (indeterminada)»? No existe otro modo de justificar tal afirmación que la mención de aquello en que es regular la conducta de

X. Dicho de otro modo, la descripción de la conducta en términos de reglas, y su justificación no vacua, requiere como condición la enunciación de las reglas a que se apela para tal descripción. Una cuestión diferente, en la que no vamos a entrar (pero que es importante para evaluar la concepción de N. Chomsky), es la de si son posibles diferentes formulaciones de una regla, incluso con diferentes grados de elaboración teórica, precisión, detalle, generalidad, etc.

Al considerar ese proceso de justificación de atribución de reglas, Chomsky establece una importante diferencia entre la conducta corriente y la conducta del científico. En concreto, cuando se trata de la conducta común, llega a afirmar que la atribución de reglas, y la justificación de esa atribución *se hace sin razones, del mismo modo que nosotros seguimos reglas sin tener razones («ciegamente»)* (N. Chomsky, *op. cit.*, pág. 259), pero que no sucede lo mismo cuando nos comportamos como científicos. En cuanto tales *necesitamos razones y justificación* (N. Chomsky, *op. cit.*, pág. 260), que, en el mejor de los casos, encuentran su expresión ordenada en forma de teorías. Se puede poner en duda esta distinción, al menos en la forma tajante en que parece plantearse, pero éste no es el caso. El caso es si nuestra conducta como científicos, al atribuir observancia de reglas, es de alguna forma inconsistente con respecto a la noción wittgensteniana. Eso es lo que N. Chomsky mantiene. Según él, la conducta habitual del lingüista viola las restricciones que se desprenden de la concepción wittgensteniana y, en última instancia, ello es la prueba de la falsedad de tal concepción. En cambio, según nuestro análisis de la crítica de N. Chomsky, la conclusión destructiva para la noción de observancia de una regla de Wittgenstein-Kripke sólo se sigue bajo una flagrante malinterpretación de tal noción. De acuerdo con el análisis de N. Chomsky, atribuir a alguien una regla y no seguirla uno mismo es contradictorio, de tal modo que es imposible la comprensión de la conducta de aquellos que siguen reglas diferentes a las nuestras. Y ello no sólo en el caso más particular de nuestra propia especie, sino también en el más general de la comprensión de la conducta de otras especies animales en términos de sistemas de reglas. Tal consecuencia inaceptable, incompatible con cuerpos bien establecidos de nuestro conocimiento científico, es una prueba suficiente de la inadecuación de la noción chomskiana de observancia de una regla y de su inanidad como alternativa a la noción wittgensteniana.

17.6. GRAMÁTICA Y FILOSOFÍA

El análisis de las nociones de regla y de observancia de una regla es un ejemplo paradigmático de la forma en que Wittgenstein entendió la tarea filosófica en su segunda etapa. Asimismo muestra las continuidades y discontinuidades de su pensamiento con respecto al *Tractatus*. En cuanto a las primeras, cabe decir que son las siguientes: 1) la filosofía sigue concibiéndose

se como un conjunto de técnicas de análisis del lenguaje; 2) la aplicación de esas técnicas ha de tener como consecuencia una aclaración de la propia naturaleza del lenguaje; 3) tal iluminación permite trazar un límite a lo que se puede decir con sentido; 4) la filosofía es una práctica que no es equiparable a la ciencia: su objetivo no es proponer teorías que expliquen un cierto dominio de fenómenos, sino de profundización en nuestra comprensión del lenguaje y de la comunicación, y 5) esa mejora en nuestra comprensión nos ha de permitir desembarazarnos de los problemas filosóficos, ha de suprimir el desasosiego que, en una u otra forma, esos problemas provocan:

123. *Un problema filosófico tiene la forma: «No sé cómo salir del atolladero».*

124. *La filosofía no puede en modo alguno interferir con el uso efectivo del lenguaje; a la postre sólo puede describirlo.*

Pues no puede tampoco fundamentarlo.

Deja todo como está.

126. *La filosofía expone meramente todo y no explica ni deduce nada. Puesto que todo yace abiertamente, no hay nada que explicar (IF).*

Ahora bien, siendo comunes a las dos etapas del pensamiento wittgensteiniano estas ideas generales, no son poco importantes las diferencias en la *práctica* filosófica. Estas diferencias se pueden situar en dos planos: el del diagnóstico y el de la metodología filosófica. En cuanto al primero, es preciso señalar que Wittgenstein compartió con G. Frege y B. Russell la idea de que la causa de los problemas filosóficos es la incompreensión de la naturaleza lógica del lenguaje. Las expresiones de la lengua natural, y en particular las que parecen enunciar profundos problemas filosóficos, ocultan su auténtica naturaleza lógica: una vez que el correspondiente análisis ha sido efectuado, desvelando la forma lógica real de la expresión, el problema queda resuelto. El lenguaje toma contacto con la realidad a través de esa estructura lógica que, entre otras cosas, especifica cuáles son los componentes lógicamente elementales de la proposición que están en contacto directo, pero simbólico, con la realidad.

En cambio, al abandonar la teoría del lenguaje como representación, Wittgenstein también abandonó la idea de que los problemas filosóficos surgieran de la incompreensión de la lógica de nuestro lenguaje. Es más, llegó a la conclusión de que el lenguaje natural no tiene una forma lógica que el análisis pueda o deba descubrir. El análisis ha de tener entonces como objetivo el lenguaje tal como se nos presenta, sin pretensiones reductoras ni reformistas. Los problemas filosóficos no surgen de la naturaleza del propio lenguaje, sino del uso que hacemos de él; tienen su origen en nuestra utilización desordenada de las expresiones, esto es, de su empleo fuera del juego de lenguaje de que son parte, aisladas de la forma de vida que les da sentido.

El método que propone el *Tractatus* es el del análisis lógico, básicamente intervencionista: consiste en analizar las proposiciones hasta que sus últimos componentes (los nombres) y las conexiones lógicas entre ellos queden completamente claras. No en el *Tractatus*, pero sí en muchos de los que se inspiraron en él, tal análisis consiste frecuentemente en la traducción a un lenguaje lógico en el que propiedades típicas del lenguaje natural, como la ambigüedad, la indeterminación o la redundancia quedan completamente eliminadas.

Por el contrario, el método propio de las *Investigaciones* no es lógico, sino elucidativo. Como el lenguaje natural está en orden, no hay que reformarlo, ni sustituirlo por otro más preciso: se trata de comprenderlo mejor. Para ello, el camino fundamental es la captación de la gramática de las expresiones. La filosofía es una investigación gramatical:

90. *Nuestro examen es por ello de índole gramatical. Y este arroja luz sobre nuestro problema quitando de en medio malentendidos. Malentendidos que conciernen al uso de las palabras; provocados, entre otras cosas, por ciertas analogías entre las formas de expresión en determinados dominios de nuestro lenguaje (IF).*

Por investigación gramatical hay que entender la investigación que consiste en averiguar cuáles son las reglas que regulan la aplicación correcta de una expresión. Por supuesto, estas reglas incluyen las gramaticales en sentido tradicional (las que determinan la combinatoria de la expresión), pero también las que se pueden considerar lexicográficas en sentido amplio, esto es, las que rigen el uso correcto de una expresión. Para descubrir tales reglas, es preciso analizar los diferentes juegos de lenguaje en que puede entrar la expresión, determinar la función que desempeña en esos juegos y elucidar las relaciones, si las hay, entre unos usos y otros.

Los problemas filosóficos tienen la forma típica de preguntas por realidades ocultas o misteriosas (¿qué es el tiempo? ¿qué es el color?):

92. [...] *La esencia se nos oculta: esta es la forma que toma nuestro problema. Preguntamos: «¿Qué es el lenguaje? ¿Qué es la proposición?» Y la respuesta a estas preguntas ha de darse de una vez por todas e independientemente de cualquier experiencia futura.*

111. *Los problemas que surgen de una malinterpretación de nuestras formas lingüísticas tienen el carácter de lo profundo. Son profundas inquietudes; se enraízan tan profundamente en nosotros como las formas de nuestro lenguaje y su significado es tan grande como la importancia de nuestro lenguaje (IF).*

Los problemas filosóficos son resultado de pulsiones lingüísticas: el tratamiento adecuado consiste en reformular tales preguntas como si fueran preguntas referentes a la gramática de las expresiones correspondientes (¿cómo utilizamos «tiempo»? ¿en qué circunstancias empleamos «color»?).

Cuando realizamos tal reconsideración, observamos que los problemas filosóficos no se resuelven, sino que se disuelven: su irrealdad queda puesta de manifiesto en el análisis de funcionamiento comunicativo normal de las expresiones.



TEXTOS

TEXTO 1

L. Wittgenstein,
Investigaciones
filosóficas,
traducción de
A. García Suárez
y U. Moulines

1. Agustín, en las *Confesiones* (1.8): «Cuando ellos (los mayores) nombraban alguna cosa y consecuentemente con esa apelación se movían hacia algo, lo veía y comprendía que con los sonidos que pronunciaban llamaban ellos a aquella cosa cuando pretendían señalarla. Pues lo que ellos pretendían se entresacaba de su movimiento corporal: cual lenguaje natural de todos los pueblos que con mímica y juegos de ojos, con el movimiento del resto de los miembros y con el sonido de la voz hacen indicación de las afecciones del alma al apetecer, tener, rechazar o evitar cosas. Así, oyendo repetidamente las palabras colocadas en sus lugares apropiados en diferentes oraciones, colegía paulatinamente de qué cosas eran signos y, una vez adiestrada la lengua en esos signos, expresaba ya con ellos mis deseos».

En estas palabras obtenemos, a mi parecer, una determinada figura de la esencia del lenguaje humano. Concretamente ésta: Las palabras del lenguaje nombran objetos, las oraciones son combinaciones de esas denominaciones. En esta figura del lenguaje encontramos las raíces de la idea: Cada palabra tiene un significado. Este significado está coordinado con la palabra. Es el objeto por el que está la palabra.

De una diferencia entre géneros de palabras no habla Agustín. Quien así describe el aprendizaje del lenguaje piensa, creo yo, primariamente en sustantivos como «mesa», «silla», «pan» y en nombres de personas, y sólo en segundo plano en los nombres de ciertas acciones y propiedades, y piensa en los restantes géneros de palabras como algo que ya se acomodará.

Piensa ahora en este empleo del lenguaje: envío a alguien a comprar. Le doy una hoja que tiene los signos: «cinco manzanas rojas». Lleva la hoja al tendero, y éste abre el cajón que tiene el signo «manzanas»; luego busca en una tabla la palabra «rojo» y frente a ella encuentra una muestra de color; después dice la serie de los números cardinales —asumo que la sabe de memoria— hasta la palabra «cinco» y por cada numeral toma del cajón una manzana que tiene el color de la muestra. Así, y similarmente, se opera con palabras. «¿Pero cómo sabe dónde y cómo debe consultar la palabra “rojo” y qué tiene que hacer con la palabra “cinco”?» Bueno, yo asumo que actúa como he descrito. Las explicaciones tienen en algún lugar un final. ¿Pero cuál es el significado de la palabra «cinco»? No se habla aquí en absoluto de tal cosa; sólo de cómo se usa la palabra «cinco».

2. Ese concepto filosófico del significado reside en una imagen primitiva del modo y manera en que funciona el lenguaje. Pero también puede decirse que es la imagen de un lenguaje más primitivo que el nuestro.

Imaginémonos un lenguaje para el que vale una descripción como la que ha dado Agustín: el lenguaje debe servir a la comunicación de un albañil A con



TEXTOS

su ayudante B. A construye un edificio con piedras de construcción; hay cubos, pilares, losas y vigas. B tiene que pasarle las piedras y justamente en el orden en que A las necesita. A este fin se sirven de un lenguaje que consta de las palabras: «cubo», «pilar», «losa», «viga». A las grita; B le lleva la piedra que ha aprendido a llevar a ese grito. Concibe éste como un lenguaje primitivo completo.

3. Agustín describe, podríamos decir, un sistema de comunicación; sólo que no todo lo que llamamos lenguaje es este sistema. Y esto debe decirse en muchos casos en que surge la cuestión: «¿Es esta representación apropiada o inapropiada?». La respuesta es entonces: «Sí, apropiada; pero sólo para este dominio estrictamente circunscrito, no para la totalidad de lo que pretendemos representar».

Es como si alguien explicara: «Los juegos consisten en desplazar cosas sobre una superficie según ciertas reglas...» y le respondiéramos: Pareces pensar en juegos de tablero; pero éstos no son todos los juegos. Puedes corregir tu explicación restringiéndola expresamente a esos juegos.

Ejercicios

1. ¿Qué concepción del lenguaje está criticando Wittgenstein en este párrafo?
2. ¿En qué consiste el *significado* de una palabra, según Wittgenstein?
3. Describa lo que es un *sistema de comunicación* y su funcionamiento, según el texto.

TEXTO 2

L. Wittgenstein,
Investigaciones
filosóficas,

traducción de
A. García Suárez
y U. Moulines

23. ¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? Hay innumerables géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones». Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan. (Una figura aproximada de ello pueden darnos los cambios de la matemática.)

La expresión «juego de lenguaje» debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida.

Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros:

- Dar órdenes y actuar siguiendo órdenes
- Describir un objeto por su apariencia o por sus medidas
- Fabricar un objeto de acuerdo con una descripción (dibujo)
- Relatar un suceso
- Hacer conjeturas sobre el suceso
- Formar y comprobar una hipótesis
- Presentar los resultados de un experimento, mediante tablas y diagramas
- Inventar una historia; y leerla
- Actuar en teatro
- Cantar a coro
- Adivinar acertijos
- Hacer un chiste; contarlo
- Resolver un problema de aritmética aplicada
- Traducir de un lenguaje a otro
- Suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar.

Es interesante comparar la multiplicidad de herramientas del lenguaje y de sus modos de empleo, la multiplicidad de géneros de palabras y oraciones, con lo que los lógicos han dicho sobre la estructura del lenguaje. (Incluyendo al autor del *Tractatus logico-philosophicus*.) [...]

26. Se piensa que aprender el lenguaje consiste en dar nombres a objetos. A saber: a seres humanos, formas, colores, dolores, estados de ánimo, números, etc. Como se dijo: nombrar es algo similar a fijar un rótulo en una cosa. Se puede llamar a eso una preparación para el uso de una palabra. ¿Pero *para qué* es una preparación?

27. «Nombramos las cosas y podemos entonces hablar de ellas, referirnos a



TEXTOS

ellas en el discurso.» Como si con el acto de nombrar ya estuviera dado lo que hacemos después. Como si sólo hubiera una cosa que se llama: «hablar de cosas». Mientras que en realidad hacemos las cosas más heterogéneas con nuestras oraciones. Pensemos sólo en las exclamaciones. Con sus funciones totalmente diversas.

¡Agua! ¡Fuera! ¡Ay!

¡Auxilio! ¡Bien! ¡No!

¿Estás aún inclinado a llamar a estas palabras «denominaciones de objetos»?

Ejercicios

1. Caracterice las nociones de *juego de lenguaje* y *forma de vida*.
2. ¿Tienen algo en común los ejemplos de juegos de lenguaje que aporta Wittgenstein? ¿Por qué?
3. ¿Cuál es la crítica que se hace a la teoría del significado del *Tractatus*?

TEXTO 3

L. Wittgenstein,
Investigaciones
filosóficas,traducción de
A. García Suárez
y U. Moulines

79. Considera este ejemplo: Si se dice «Moisés no existió», eso puede significar las cosas más diversas. Puede querer decir: los israelitas no tuvieron sólo un caudillo cuando salieron de Egipto, o: su caudillo no se llamaba Moisés; o: no existió ninguna persona que haya realizado todo lo que la Biblia relata de Moisés; o etc., etc. Según Russell podríamos decir: el nombre «Moisés» puede ser definido mediante diversas descripciones. Por ejemplo, como: «el hombre que condujo a los israelitas a través del desierto», «el hombre que vivió en ese tiempo y en ese lugar y que fue llamado entonces “Moisés”», «el hombre que de niño fue sacado del Nilo por la hija del Faraón», etc. Y según asumamos una u otra definición la proposición «Moisés existió» recibe un sentido distinto y lo mismo toda otra proposición que trate de Moisés. Y si se nos dice «N no existió», preguntamos también: «¿Qué quieres decir? ¿Quieres decir que... o que..., etc.?».

Pero cuando hago un enunciado sobre Moisés, ¿estoy siempre dispuesto a poner por «Moisés» cualquiera de esas descripciones? Diré quizás: Por «Moisés» entiendo el hombre que hizo lo que la Biblia relata de Moisés, o mucho de ello. ¿Pero cuánto? ¿He decidido cuánto tiene que resultar falso para que yo abandone mi proposición por falsa? ¿Tiene entonces el nombre «Moisés» un uso fijo y unívocamente determinado para mí en todos los casos posibles? ¿No se trata de que tengo a mi disposición, por así decirlo, toda una serie de apoyos y estoy dispuesto a apoyarme en uno si se me llegara a retirar el otro, y a la inversa? Considera todavía otro caso. Cuando digo «N ha muerto», puede valer para el significado del nombre algo como esto: Creo que ha muerto un ser humano a quien (1) he visto aquí y allá, que (2) tenía tal y cual aspecto (figura), (3) hizo esto y aquello y (4) en la vida civil llevó ese nombre «N». Si se me pregunta por lo que entiendo por «N», yo enumeraría todo eso o parte de ello, y diferentes cosas en diferentes ocasiones. Mi definición de «N» sería tal vez: «el hombre para el que vale todo esto». ¡Y si ahora algo de ello resulta falso! ¿Estaré dispuesto a dar por falsa la proposición «N ha muerto», aunque resultase falso sólo algo que me parece no sustancial? Si hubiese dado una explicación del nombre en un caso así, ahora estaría dispuesto a alterarla.

Y esto puede expresarse así: Uso el nombre «N» sin significado fijo. (Pero eso perjudica tan poco a su uso como al de una mesa el que descansa sobre cuatro patas, en vez de tres, y por ello se tambalee en ciertas circunstancias.)

¿Debe decirse que uso una palabra cuyo significado no conozco y que por tanto hablo sin sentido? Di lo que quieras con tal de que no te impida ver cómo son las cosas. (Y cuando lo veas no dirás muchas cosas.)

Ejercicios

1. ¿Qué tesis está criticando Wittgenstein en el texto?
2. ¿Cuál es el significado de un nombre propio, según el texto?
3. ¿Es el significado de una palabra una entidad? ¿Por qué?



BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- WITTGENSTEIN, L.

(Se citan las ediciones más conocidas o accesibles.)

«Notes on Logic» (1913), *Journal of Philosophy*, LIV, 9, 1957. Hay traducción al español de J. Ll. Blasco y A. García Suárez en *Sobre el Tractatus logico-philosophicus*, número monográfico de la revista *Teorema*, 1972.

Notebooks 1914-1916, editado por G. von Wright y G. E. M. Anscombe, Oxford: Blackwell, 1961. Traducido al español por J. Muñoz e I. Reguera, *Diario filosófico*, Barcelona: Ariel, 1982.

Proto-Tractatus, editado por G. H. von Wright, B. F. McGuinness y T. Nyberg, Ithaca, N. J.: Cornell U. Press, 1971.

Tractatus Logico-Philosophicus, traducción al inglés de D. Pears y B. F. MacGuinness, con introducción de B. Russell, Londres: Routledge, 1977 (1.ª ed., 1961). Existen dos traducciones al español: una de E. Tierno Galván, originalmente publicada en Madrid: Revista de Occidente, 1957 (reed. en Alianza Ed., 1973) y otra, más ajustada, de J. Muñoz e I. Reguera, Madrid: Alianza Ed., 1988. Es notable también la traducción al catalán de J. M. Terricabras, Barcelona: Laia, 1981.

«Some remarks on logical form», *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. sup. IX, págs. 162-171, 1929.

Philosophical Remarks, ed. de R. Rhees, traducido por R. Hargreaves y R. White, Oxford: B. Blackwell, 1975.

Philosophical Grammar, ed. de R. Rhees, traducida por A. Kenny, Berkeley: U. of California Press, 1978.

The Blue and Brown Books, Oxford: Blackwell, 1969. Traducción al español de F. Gracia, Madrid: Tecnos, 1968.

Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief, ed. por C. Barrett, Oxford: Blackwell, 1970. Traducción al español de E. Rabossi, *Estética, Psicoanálisis y Religión*, Buenos Aires: ed. Sudamericana, 1976.

Remarks on the Foundations of Mathematics, ed. de G. H. von Wright, G. E. M. Anscombe y R. Rhees, traducción de G. E. M. Anscombe, Oxford: B. Blackwell, 1967. Traducción al español de I. Reguera, Madrid: Alianza ed., 1987.

Zettel, ed. de G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright, traducción de G. E. M. Anscombe, Oxford: Blackwell, 1967. Traducción al español de O. Castro y U. Moulines en México: UNAM, 1979.

- Remarks on the Philosophy of Psychology*, 2 vols., editados por G. von Wright, G. E. M. Anscombe y H. Nyman, traducción de G. E. M. Anscombe, C. G. Luckhardt y M. A. Aue, Oxford: Blackwell, 1980.
- Philosophical Investigations*, ed. de G. E. M. Anscombe y R. Rhees, traducción de G. E. M. Anscombe, Oxford: Blackwell, 1953. Traducción al español de A. García Suárez y U. Moulines, Barcelona: Grijalbo, 1988. Traducción al catalán de J. M. Terricabras, Barcelona: Laia, 1983.
- Remarks on colour*, ed. de G. E. M. Anscombe, traducción de L. L. McAlister y M. Schattle, Oxford: Blackwell, 1977.
- On certainty*, ed. de G. E. M. Anscombe y G.H. von Wright, traducción de D. Paul y G. E. M. Anscombe, Nueva York: Harper, 1972. Traducción al español de M. Victoria Suárez en Buenos Aires: Tiempo Nuevo, 1972; de V. Raga y J. L. Prades, al español, en Barcelona: Gedisa, 1988, y al catalán en Barcelona: Ediciones 62, 1983.
- Vermischte Bemerkungen*, editados por G.H. von Wright y H. Nyman, Frankfurt: Suhrkamp Verlag, 1977. Traducción al español de E.C. Prost, *Observaciones*, Madrid: Siglo XXI, 1981.
- Philosophical Occasions*, 1912-1951, editados por J. Klagge y A. Nordmann, Indianapolis: Hackett.
- The Collected Manuscripts of L. Wittgenstein*, edición facsímil en CD-ROM, Oxford: Oxford U. Press, 1997.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo y trabajando...

La bibliografía secundaria sobre Wittgenstein es tan amplia que lo mejor es recomendar algunos de los repertorios bibliográficos más conocidos, como el de S. G. SHANKER, editor de una colección de 5 volúmenes (*Wittgenstein: Critical Assessments*, Wolfeboro: Croom Helm, 1986. Más manejable es G. FRONGIA y B. MCGUINNESS, *Wittgenstein: a Bibliographical Guide*, Cambridge: Blackwell, 1990.

Sobre el lugar que ocupa Wittgenstein en la filosofía contemporánea, conviene consultar B. F. MCGUINNESS y A. G. GARGARI, eds. *Wittgenstein and contemporary philosophy*, número monográfico de *Teoría*, 5, 2, 1985. Para las relaciones de la obra de Wittgenstein con el neopositivismo se puede consultar F. WAISMANN, *Wittgenstein and the Vienna Circle*, Oxford: Blackwell, 1967 (traducción al español en México: Fondo de Cultura Económica, 1969); con la fenomenología, N. GIER, *Wittgenstein and Phenomenology*, Albany: State U. of N. Y. Press, 1981; con el psicoanálisis, P. L. ASSOUN, *Freud et Wittgenstein*, París: P.U.F., 1988; con el marxismo, D. RUBINSTEIN, *Wittgenstein y Marx, Social Praxis and Social Explanation*, Londres: Routledge, 1980 y S. M. EASTON, *Humanist marxism and wittgenstenian social philosophy*, Manchester: Manchester U. Press, 1983; con el post-estructuralismo, H. STATEN, *Wittgenstein y Derrida*, Cambridge: Blackwell, 1989.

Para la importancia de Wittgenstein para las diferentes disciplinas filosóficas, conviene leer (ontología) J. V. CAUFIELD, *Wittgenstein: Language and worlds*, Amherst: U. of Massachussets Press, 1981 y G. HUNNIGS, *The World and Language in Wittgenstein's Philosophy*, Albany: State University of N.Y. Press, 1988; (epistemología) D. BLOOR, *Wittgenstein: a social theory of knowledge*, Hampshire: MacMillan, 1983; (filosofía moral) P. JOHNSTON, *Wittgenstein and moral philosophy*, Londres: Routledge, 1989; (filosofía del lenguaje) CH. TRAVIS, *The uses of sense. Wittgenstein's Philosophy of Language*, Oxford: Clarendon, 1989; (filosofía de la lógica y las matemáticas) C. WRIGHT, *Wittgenstein and the foundations of mathematics*, Mass.: Harvard U. Press, 1980, S. G. SHANKER, *Wittgenstein and the turning point in the philosophy of mathematics*, Londres: Croom Helm, 1987; (filosofía política) H. FENICHEL PITKIN, *Wittgenstein and justice. On the significance of L. Wittgenstein for social and political thought*, Berkeley: U. of California Press, 1973 (hay traducción al español en Madrid: Centro de estudios constitucionales, 1984); (filosofía de la mente) M. CHAPMAN y R. A. DIXON, eds., *Meaning and the growth of understanding. Wittgenstein's significance for development psychology*, Heidelberg: Springer Verlag, 1987, y M. BUDD, *Wittgenstein's Philosophy of Psychology*, Londres: Routledge, 1989; (filosofía de la historia) A. BOTWINNIK, *Wittgenstein and historical understanding*, Washington: U. Press of America, 1981; (estética y teoría de las artes) B. R. TILGHMAN, *But it is art*,

Oxford: Blackwell, 1984 y D. Best, *Feeling and reason in the arts*, Londres: Allen y Unwin, 1985; (teología) F. KERR, *Theology after Wittgenstein*, Oxford: Blackwell, 1986.

Sobre los diferentes períodos en el pensamiento de L. Wittgenstein, se puede consultar D. PETERSON, *Wittgenstein's early philosophy*, Londres: Harvester, 1990, N. MALCOLM, *Nothing is hidden: Wittgenstein criticism of his early thought*, Oxford: Blackwell, 1986, M.B. y J. HINTIKKA, *Investigating Wittgenstein*, Oxford: Blackwell, 1986 y S. S. HILMY, *The later Wittgenstein*, Oxford: Blackwell, 1987.

Buenas exposiciones generales de sus ideas filosóficas se pueden encontrar en las colecciones de artículos N.I. BLOCK, ed., *Perspectives on the philosophy of Wittgenstein*, Oxford: Blackwell, 1981 y en S.G. SHANKER, ed., *L. Wittgenstein: critical assessments*, vols. I-IV, Londres: Croom Helm, 1986 y en los ensayos de G. PITCHER, *The Philosophy of Wittgenstein*, Englewood Cliffs, 1964, R. FOGELIN, *Wittgenstein*, Londres: Routledge, 1976, D. PEARS, *Wittgenstein*, Londres: Fontana, 1971 (traducción al español en Barcelona: Grijalbo, 1973), A. KENNY, *Wittgenstein*, Londres: Allen y Unwin, 1973 (hay traducción al español en Madrid: Revista de Occidente, 1974), A. J. AYER, *Wittgenstein*, Londres: Weidenfeld y Nicolson, 1985 (hay traducción al español en Barcelona: Crítica, 1989) y, en español, J. L. PRADES y V. SANFELIX, *Wittgenstein: mundo y lenguaje*, Madrid: Cincel, 1990. Para la evolución del concepto wittgensteniano de filosofía, conviene consultar K. FANN, *Wittgenstein's conception of philosophy*, Oxford: Blackwell, 1969 (hay traducción española en Madrid: Tecnos, 1975).

Para la segunda etapa del pensamiento de Wittgenstein, conviene consultar, ante todo, los comentarios analíticos de las Investigaciones de G. P. BAKER y P. M. S. HACKER: *Wittgenstein, understanding and meaning*, Oxford: Blackwell, 1980 y *Wittgenstein, rules, grammar and necessity*, Oxford: Blackwell, 1985. También se puede acudir a G. PITCHER, ed., *Wittgenstein: The Philosophical Investigations*, Londres: MacMillan, 1968, G. HALLETT, *A Companion to Wittgenstein's Philosophical Investigations*, Ithaca: Cornell U. Press, 1975 y J. F. M. HUNTER, *Understanding Wittgenstein. Studies of Philosophical Investigations*, Edimburgo: Edimburg U. Press, 1985.

Igualmente, la bibliografía sobre el concepto wittgensteniano de regla y la noción relacionada seguir una regla es abundantísima. No obstante, el análisis más profundo y controvertido es el de S. KRIPKE, *Wittgenstein on rules and private language*, Cambridge, Mass.: Harvard U. Press, 1982 (traducción al español de M. Valdés en México: UNAM, 1985). La crítica más apreciable a la interpretación de S. Kripke es seguramente la de C. MCGINN, *Wittgenstein on meaning*, Oxford: Blackwell, 1984. También se puede consultar S. HOLTZMANN y CH. LEICH, eds., *Wittgenstein: to follow a rule*, Londres: Routledge, 1981, G. P. BAKER y P. M. S. HACKER, *Scepticism, rules and language*, Oxford: Blackwell, 1984, K. PUHL, ed., *Meaning Scepticism*, Berlin: De Gruyter, 1991 y J. BOUVERESSE, *La force de la règle*, París: ed. Minuit, 1987. Las críticas de N. CHOMSKY a la concepción Wittgenstein-Kripke se pueden encontrar en sus obras, *Rules and representations*, (1980) Nueva York: Columbia; ed. en español en México: Fondo de Cultura económica, 1983 y en *Knowledge of language*, (1986), Nueva York: Praeger; ed. en español en Madrid: Alianza, 1989. Para la importancia de la noción

de regla en las ciencias sociales se pueden consultar en particular las obras de P. WINCH, *The idea of a social science and its relation to philosophy*, Londres: Routledge, 1959 (traducción al español, *Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires: Amorrortu, 1972) y *Trying to make sense*, Oxford: Blackwell, 1987. También se debe leer la sección *Following a rule and the social sciences*, de S. HOLTZMAN y CH. LEICH, *Wittgenstein: to follow a rule*, Londres: Routledge, 1981.

Sobre la naturaleza del argumento del lenguaje privado, es clásica la colección de artículos editados por O. R. JONES, *The Private Language Argument*, Londres: MacMillan, 1971. En español, se pueden consultar A. GARCÍA SUÁREZ, *La lógica de la experiencia*, Madrid: Tecnos, 1976; E. VILLANUEVA, ed., *El argumento del lenguaje privado*, México: UNAM, 1976, y E. VILLANUEVA, *Lenguaje y privacidad*, México: UNAM, 1984.

Recientemente, se puede encontrar una exposición adecuada en la obra recomendada de M. GARCÍA CARPINTERO (1996, cap. XI). Un elemento indispensable para el estudio de L. Wittgenstein es el *Cambridge Companion to Wittgenstein*, editado por H. SLUGA y D. G. STERN, Cambridge: Cambridge U. Press (1996).

TEMA 18

Actos de habla: significado y fuerza ilocutiva

ESQUEMA/RESUMEN

- 18.1. Introducción
- 18.2. Locutivo, ilocutivo y perlocutivo
- 18.3. Acto ilocutivo y fuerza ilocutiva
- 18.4. La noción de acto de habla, según J. Searle
- 18.5. Condiciones y taxonomía de los actos de habla
- 18.6. Actos de habla directos e indirectos
- 18.7. Implicar y presuponer según J. L. Austin

18.1. INTRODUCCIÓN

La obra filosófica de J. L. Austin (1911-1960) fue en gran medida responsable de un cambio de actitud hacia los fenómenos lingüísticos, cambio patente en los estudios filosóficos sobre el lenguaje a partir de los años cincuenta. Su aguda capacidad analítica mostró de modo suficiente que el interés por el funcionamiento del lenguaje natural, incluso cuando éste está motivado por fines filosóficos extrínsecos, es difícilmente compatible con una actitud excesivamente reduccionista, que trate de asimilar complejos hechos a patrones o moldes formales excesivamente simplistas. En este sentido, Austin también fue un defensor de la resistencia al *ansia de generalidad*, por la que había abogado Wittgenstein. Y, aunque el desarrollo de sus propias ideas es reconocidamente independiente de las de L. Wittgenstein, se pueden señalar rasgos comunes que son fruto seguramente del ambiente filosófico de la época y de similares preocupaciones: 1) en primer lugar, el respeto por la complejidad de los fenómenos lingüísticos y el gusto por el análisis detallado y minucioso de las formas en que se usan las expresiones; 2) un afán por enfrentarse directamente a los problemas filosóficos, sin la mediación de una tradición filosófica, en ocasiones perturbadora por estar excesivamente presente en la labor analítica. En este sentido, se puede afirmar que tanto Wittgenstein como Austin, a pesar de no ser ni mucho menos ignorantes de la filosofía tradicional, favorecían el pensamiento *de primera mano*; 3) además, la orientación de sus ideas era esencialmente crítica: Wittgenstein, en la etapa de las *Investigaciones*, siempre parece estar debatiendo con un interlocutor, aunque sea imaginario, y Austin era conocido, y temido, como un agudo e implacable polemista. Este aspecto de su estilo intelectual estaba en relación directa con su concepción de la filosofía; 4) ambos pensaban que la filosofía constituía ante todo una *crítica racional* de los conocimientos o creencias, comunes, encarnados en el lenguaje corriente, o específicos de una tradición intelectual. Igualmente compartían la idea de que los problemas filosóficos son *solubles*, esto es, de que es posible un progreso filosófico.

Aun siendo importantes estos caracteres comunes, no se pueden dejar de señalar las igualmente apreciables diferencias en sus estilos filosóficos: 1) de acuerdo con el segundo Wittgenstein, la filosofía ha de tener como objetivo la *disolución* de los problemas filosóficos, una vez que se ha sacado a la luz su

raíz lingüística, pero, para J. L. Austin, los genuinos problemas filosóficos no se eliminan tan fácilmente. El análisis lingüístico es necesario, pero ha de ser complementado con una fase constructiva de elaboración intelectual. 2) Por ello, para Austin, la filosofía requiere una labor *gramatical* en un sentido mucho más cercano al tradicional del que es propio de Wittgenstein. En particular, tal análisis no ha de esmerarse en poner de relieve una gramática *profunda*, filosófica, explicativa, sino que ha de consistir más bien en un cuidadoso análisis lexicológico realizado, eso sí, con finalidades filosóficas. 3) Aunque se puede decir de la filosofía del segundo Wittgenstein que incorpora una teoría del lenguaje y de sus relaciones con el pensamiento y la acción humana, no sucede lo mismo con las ideas de J. L. Austin que, desarticuladas, siempre se definen por oposición a ideas vigentes en su tiempo. A diferencia de las *Investigaciones*, que proponen un cierto aparato conceptual mejor o peor definido (uso lingüístico, juego de lenguaje, forma de vida, ...), las obras de Austin ofrecen más bien ejemplos de una *técnica* filosófica, que se fundamenta en la mejora del acervo conceptual existente en el lenguaje corriente. Seguramente, ello tiene que ver con una diferente valoración del trasfondo conceptual del lenguaje común: mientras que para Wittgenstein, el lenguaje común es ante todo el depositario de errores, fantasías y mitos intelectuales, para Austin es también, como para J. S. Mill, el receptáculo de la sabiduría histórica, el poso destilado del conocimiento acumulado en la historia de la humanidad.

Aunque las aportaciones de J. L. Austin a la teoría del conocimiento y al análisis del lenguaje moral no fueron ni mucho menos desdeñables, sus investigaciones menos caducas resultaron ser a la postre las propiamente lingüísticas, con las que colocó los fundamentos de lo que más tarde se conoció como *teoría de los actos de habla*. Estas investigaciones se encuentran recogidas fundamentalmente en su obra póstuma *How to do things with words*, que recoge una serie de conferencias impartidas en la Universidad de Harvard en 1955. En esa obra, J. L. Austin desarrolla una investigación crítica acerca de un dogma común al neopositivismo lógico y a posiciones empiristas: el de que existen dos grandes clases de expresiones lingüísticas, las que son portadores de un contenido cognitivo, puesto que su finalidad es la de transmitir información, y las que en cambio expresan contenidos no cognitivos, sentimentales o emocionales, que no son susceptibles de poseer un valor de verdad. En el transcurso de esa investigación crítica, Austin adelantó nociones que más tarde desempeñaron un papel importante en el desarrollo de la teoría pragmática del significado, al ser sistematizadas y divulgadas por J. Searle.

18.2. LOCUTIVO, ILOCUTIVO Y PERLOCUTIVO

J. L. Austin comenzó por distinguir dos clases de enunciados: realizativos y constatativos. Estas dos clases constituyen el resultado de un análisis más cuidadoso de distinciones tradicionales o gramaticales: frente a la idea de

que los enunciados indicativos en general sirven para efectuar afirmaciones o aserciones, Austin advierte que existe un importante grupo de ejemplos que ponen de relieve que, a pesar de la categoría gramatical indicativa:

- A) *no «describen» ni «registran» nada y no son «verdaderos o falsos»; y*
- B) *el acto de expresar la oración [indicativa] es una acción, o parte de ella, acción que a su vez no sería normalmente descrita como consistente en decir algo [J. L. Austin, págs. 45-46 de la ed. en español de Austin (1955), edición a la que corresponden las citas.]*

Ejemplo de oraciones indicativas de este tipo que mencionó Austin son «Tomo por esposa a x» , «Bautizo este barco *Queen Elizabeth*», «Lego mi reloj a mi hermano», etc. Lo característico de estas oraciones es que, a pesar de estar en una forma indicativa, no se utilizan habitualmente para realizar afirmaciones, sino para la realización de *actos* relacionados o no con el contenido de los predicados utilizados en esas expresiones: casarse, bautizar, legar, etc. Aunque la utilización de las expresiones en cuestión no supone automáticamente la realización del acto, constituyen una parte importante de esa realización: *expresar las palabras es, sin duda, por lo común, un episodio principal, si no el episodio principal, en la realización del acto... cuya realización es también la finalidad que persigue la expresión* (J. L. Austin, *ibid.*, pág. 49).

Buena parte de las primeras conferencias de *Cómo hacer cosas...* están destinadas a examinar las posibilidades de encontrar características o criterios gramaticales o de otro tipo que permitan distinguir estas expresiones realizativas de las propiamente constatativas. A comienzos de la conferencia VI, no obstante, Austin anuncia que *no hay ningún criterio absoluto de este tipo y que, muy probablemente, ni siquiera se puede enunciar una lista de todos los criterios posibles. Además, tales criterios no permitirán distinguir a los realizativos de los constatativos, puesto que es muy común que la misma oración sea empleada en diferentes ocasiones de ambas maneras, esto es, de manera realizativa y constatativa.*

Por tanto, las expresiones no se distinguen por características formales o estructurales, o gramaticales en general, aunque puedan existir indicios para reconocerlas. Así, las expresiones realizativas que incluyen verbos realizativos suelen utilizar la primera persona del singular del presente de indicativo, con la peculiaridad de que existe *una asimetría sistemática entre esa persona y las otras personas y tiempos del mismo verbo. El hecho de que exista esta asimetría es precisamente la nota característica del verbo realizativo (y lo más próximo a un criterio gramatical en relación con los realizativos* (J. L. Austin, *ibid.*, págs. 106-107).

Lo que diferencia en realidad a estas dos grandes clases de expresiones son las *funciones* que realizan: los enunciados constatativos, de los que los enunciados descriptivos o indicativos son un subconjunto, se utilizan para informar, describir, relatar hechos, etc. Sólo este tipo de enunciados pueden ser ver-

daderos o falsos, es decir, sólo a ellos tiene sentido aplicarles esa propiedad. Los enunciados son cosas que se hacen con las palabras o las oraciones: *Una oración está hecha de palabras, un enunciado se hace con palabras [...]. Los enunciados se hacen, las palabras o las oraciones se usan [...]. La misma oración se usa al hacer diferentes enunciados (yo digo «es mío», tu dices «es mío»); también puede usarse en dos ocasiones o por dos personas para hacer el mismo enunciado, pero para esto la emisión debe hacerse con referencia a la misma situación o evento* (J. L. Austin, *ibid.*, pág. 151).

Por su parte, los enunciados de expresiones realizativas se caracterizan por no estar en las mismas relaciones con los hechos que los enunciados constatativos, sino por constituir ellos mismos (partes de) *acciones*, acciones diferentes claro es de las que consisten en emitirlos o emplearlos. Entre los ejemplos más citados de expresiones realizativas se encuentran las fórmulas «yo juro...», «yo prometo...», «yo declaro...». Lo característico de estas expresiones es que su mismo uso constituye un acto que, por decirlo así, va más allá de las palabras, aunque la preferencia de éstas sea una condición necesaria para su realización. Se puede decir que la preferencia en cuestión *compromete* al hablante de tal modo que éste no puede admitir haberlas efectuado y, no obstante, no haber realizado el acto correspondiente. Así, es inconsistente que un hablante profiera la expresión (a)

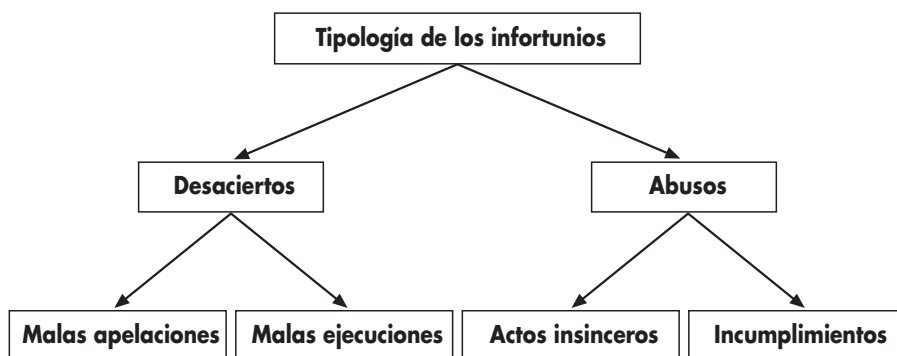
(a) te prometo que no lo volveré a hacer, aunque esto no es una promesa

La inconsistencia que ilustra (a) no es tanto una inconsistencia lógica como una inconsistencia entre una declaración de intenciones por un hablante y su desmentido simultáneo, es una inconsistencia *pragmática* que tiene que ver con la violación del uso de tales expresiones, con las reglas sociales que controlan su utilización.

Ahora bien, un hablante puede fracasar en el intento de realizar una acción mediante la preferencia de una expresión realizativa por varias razones, razones que tienen que ver con otras condiciones de la realización de la acción que no son las de su pura preferencia. Aun siendo esa preferencia una condición necesaria, no es sin embargo una condición *suficiente* para la consecución de la acción. No basta con decir «prometo...» para efectuar una promesa, sino que además hay que observar otras condiciones que permiten realizar promesas.

Cuando tales condiciones no se dan, se produce lo que Austin denominó *infortunios*, que pueden tener lugar en el transcurso de la realización de la acción o constituir condiciones previas y contextuales no satisfechas. Austin trató de sistematizar estos infortunios tal como se observa en el esquema de la página siguiente.

Los desaciertos se caracterizan por producirse cuando no se han observado condiciones sobre el *procedimiento* que se ha de emplear para la realización del acto: la efectiva inobservancia del procedimiento, la ausencia del



contexto pertinente para la aplicación del procedimiento, etc. Por ejemplo, si un marido le dice a su mujer «prometo casarme contigo» se produce un desacierto de este tipo. El resultado de esta clase de infortunios es que el acto se intenta, pero resulta *nulo*, carente de validez. En cambio, cuando se produce un abuso, la consecuencia es que el acto es *vacuo*, carente de entidad, ya sea porque el acto no es congruente con las intenciones, pensamientos o sentimientos del ejecutor de la acción, como cuando alguien trata de efectuar una promesa sin intenciones de cumplirla, o porque no se aceptan las consecuencias de dichas acciones, como cuando alguien trata de efectuar una promesa sin poner los medios para cumplirla. En principio, le pareció a Austin que estos infortunios sólo afectaban al tipo de expresiones clasificadas como *realizativas*, pero luego cambió de idea sobre el particular: advirtió que también pueden darse en expresiones que son usadas como enunciados constatativos.

Precisando un poco más, los abusos se producen por la inobservancia de dos reglas fundamentales para la ejecución de actos por medio del lenguaje:

1. La regla de que el procedimiento requiere en general que quienes lo utilizan tengan determinados pensamientos, sentimientos o intenciones, o tengan de hecho como propósito la modificación de una determinada conducta.
2. La regla de que la actuación de quien realiza el acto sea congruente o corresponda al procedimiento en cuestión y a esas intenciones, propósitos, pensamientos, etc.

Para que no se produzcan desaciertos ni abusos es necesario que se observen condiciones que caen bajo estas dos reglas, o lo que es equivalente, que los enunciados que formulan estas condiciones *sean verdaderos*. Este punto es importante porque establece una conexión entre la verdad de determinados enunciados y la realización de determinados actos, conexión que permitió a J. L. Austin borrar las presuntas diferencias entre enunciados constatativos y realizativos. Para ilustrar este punto, Austin empleó el contraste entre las expresiones «le pido disculpas» y «estoy corriendo». La pri-

mera expresión no se puede calificar como verdadera, sino que la relación que tiene con la *acción* o el hecho de pedir disculpas es realizarla o no. La segunda, en cambio, no tiene este tipo de relación: evidentemente, una cosa es la acción de correr y otra muy distinta la de proferir «estoy corriendo», aunque sean acciones que puedan ser simultáneas. La relación que tiene la expresión «estoy corriendo» con un hecho, cuando es proferida por un hablante, es la de verdad o falsedad, verdad si el hablante corre y falsa en caso contrario. En contraste, la relación entre (a) y (b)

(a) le pido disculpas

(b) yo tengo la intención de pedirle disculpas

es bien diferente. Lo que (b) enuncia es una condición para que, mediante la proferencia de (a), se efectúe realmente un determinado acto y, si (b) es falso en el momento en que se usa (a), entonces el acto no se realiza, se produce un abuso, un acto insincero, se viola la regla 1.

J. L. Austin consideró además oraciones del tipo de

(c) el toro está a punto de embestir

planteándose el problema de su adscripción a la clase de las realizativas o a la de las constatativas. Se dio cuenta de que tal caracterización no es posible sin conocimiento del contexto en que son proferidas, en particular sin conocimiento de las intenciones del hablante. En el caso de la proferencia de (c), el hablante puede estar intentando describir un determinado hecho, una disposición para la acción del animal, pero también puede estar intentando prevenir, advertir o urgir a alguien para que efectúe una determinada acción. La caracterización depende entonces de lo que el hablante *pretende hacer*, lo que pone en cuestión el fundamento de la distinción entre realizativo y constatativo. Al fin y al cabo, describir, enunciar o relatar son también *actos*, por lo que la diferencia entre constatativo y realizativo puede concebirse como una diferencia entre *tipos* de actos, en vez de una distinción entre actos y no actos. Una expresión se puede proferir con las siguientes consecuencias, que no se excluyen entre sí:

- Realizar un acto determinado, si es que se han observado todas las condiciones y procedimientos que regulan su realización.
- Decir algo verdadero o falso, cuando lo que se realiza es una aserción.

18.3. ACTO ILOCUTIVO Y FUERZA ILOCUTIVA

Lo que es común por tanto a las expresiones realizativas y constatativas es que, con su uso, se pueden realizar actos, si se satisfacen determinadas condiciones. A estos actos los denominó J. L. Austin, *actos ilocutivos*, separándolos de los locutivos y los perlocutivos. Para entender en qué consiste el acto locutivo, basta considerar el sentido en que decir algo es siempre hacer

algo: cuando utilizamos el lenguaje siempre realizamos al menos esos actos locutivos, el hecho mismo de proferir ciertas expresiones. El hecho de que los actos locutivos sean en algún sentido primarios, cuando se analiza la conducta verbal, no significa que sean actos atómicos, indescomponibles. De hecho, el propio Austin distinguió en el acto locutivo el aspecto puramente *fónico*, la emisión de sonidos o acto fonético, el aspecto gramatical o sintáctico, al cual denominó *acto fático*, y el aspecto semántico, consistente en la utilización de las expresiones con un sentido y una referencia determinados, al que dio el nombre de *acto rético*.

En cuanto a los actos ilocutivos, requieren como condición necesaria la realización de los locutivos y la determinación de la manera en que se usa la expresión, esto es, del acto que se pretende realizar (*podemos decir que realizar un acto locucionario es, en general, y eo ipso, realizar un acto ilocucionario*, J. L. Austin, *op. cit.*, pág. 142), lo que se hace *al* decir algo, independiente del hecho *de* decir algo, que sería el acto locutivo. Para aclarar este contraste, Austin recurre a la noción de *fuerza*: a diferencia de los actos locutivos, de los cuales se puede decir que sólo tienen significado (sentido y referencia), los ilocutivos tienen *fuerza*, esto es, la posibilidad de contar como actos de tal o cual clase. Toda expresión, en cuanto utilizada con ciertos fines u objetivos comunicativos, tiene una determinada fuerza, que es preciso distinguir, por una parte, del significado, que está ligado al acto rético, y, por otra, de las consecuencias o los efectos que el uso de las expresiones puedan causar en un auditorio.

En ocasiones, la fuerza de una expresión lingüística se hace explícita a través de uno u otro recurso. Cuando así sucede, la expresión contiene una indicación suficiente de «cómo hay que tomarla», para emplear la expresión de Austin. En contraste con las expresiones realizativamente explícitas, Austin consideró las expresiones *primarias*, aquellas que, consideradas en abstracto, esto es, sin conocimiento de su uso en circunstancias concretas, son realizativamente *indeterminadas*, no aclaran cuál es la acción que se puede realizar (en parte) mediante su utilización. Un ejemplo, del propio Austin, ilustra esta distinción, que luego tuvo gran importancia en el desarrollo de la teoría pragmática:

1. *Expresión primaria: «estaré allí».*
2. *Realizativo explícito: «le prometo que estaré allí». Dijimos que esta última fórmula explicitaba qué acción se está realizando al emitir la expresión «estaré allí». Si alguien dice «estaré allí» le podemos preguntar «¿es una promesa?» Nos puede responder «sí» o «sí, lo prometí» (o «prometí que...» o «le prometí...»). Pero también la respuesta podría haber sido «no aunque me lo propongo» (lo que expresa o anuncia una intención) o bien: «no, pero conociendo mis debilidades puedo prever que (probablemente) estaré allí» (J. L. Austin, *ibid.*, pág. 113).*

Un recurso típico para hacer explícita la fuerza ilocutiva de una expresión es la utilización de un verbo realizativo, del tipo de 'prometer'. Pero los verbos realizativos sólo son un recurso más entre los que la lengua posee para hacer explícita esa fuerza; entre otros recursos que menciona Austin, cabe destacar el modo verbal (como cuando se usa el imperativo para impartir una orden), los adverbios o giros adverbiales, los conectores, los factores prosódicos, como el énfasis o la entonación, etc. En cualquier caso, como bien se cuida de advertir Austin, es preciso tener en mente siempre que la expresión que hace explícita la fuerza ilocutiva de una oración no describe la acción: contribuye a su realización:

Lo mismo ocurre cuando emitimos la expresión «prometo que».

*Ésta no es una descripción porque: 1) no puede ser ni verdadera ni falsa; 2) decir «prometo que (por supuesto de una manera afortunada)» constituye una promesa y, además, lo es de una manera no ambigua. Podemos decir que una fórmula realizativa tal como «prometo» pone en claro cómo ha de entenderse lo que se ha dicho e incluso, concebiblemente, pone en claro que tal fórmula «enuncia que» se ha hecho una promesa. Pero no podemos decir que tales expresiones son verdaderas o falsas ni que son descripciones o informes (J. L. Austin, *ibid.*, pág. 113).*

La noción de *acto ilocutivo* queda mejor perfilada cuando se la contrasta no sólo con el *acto locutivo*, en sus diferentes dimensiones, sino también con el *acto perlocutivo*, que es el acto que se produce o se logra mediante la realización del acto ilocutivo:

Ejemplo 2:

Acto (A) o acto locutivo

— *Me dijo: «No puedes hacer eso»*

Acto (B) o acto ilocutivo

— *Él protestó porque me proponía hacer eso*

Acto (C.A) o acto perlocutivo

— *Él me contuvo*

— *Él me refrenó*

Acto (C.B)

— *Él me volvió a la realidad*

— *Él me fastidió*

Así pues, en un cierto sentido de efectos o consecuencias, los actos perlocutivos son las consecuencias de los actos ilocutivos. Pero es preciso observar que, al igual que sucede con las acciones no verbales, las consecuencias se dividen en dos grandes clases: *a)* queridas o pretendidas y *b)* no queridas,

imprevistas, no deseadas. Con respecto a los actos ilocutivos, se puede afirmar que los perlocutivos están en una relación causal, esto es, que la explicación de la acción perlocutiva («¿por qué se asustó X?») requiere la apelación al acto ilocutivo («porque Y le amenazó»), pero no necesariamente a la inversa. Además, es preciso tomar en consideración el papel de las convenciones en la constitución de los actos y en las relaciones entre los diferentes tipos de actos relacionados con lo que Wittgenstein denominaba vagamente como *uso del lenguaje*. En particular, tanto el acto locutivo como el ilocutivo suponen el conocimiento y la utilización de convenciones, aunque de diferente naturaleza. En el primer caso se puede hablar de convenciones gramaticales, en el sentido de constituir reglas para la combinación de expresiones que permiten construir oraciones con significado (sentido y referencia). En el segundo, en hablar de convenciones sociales, en el sentido de que son reglas para que la utilización de ciertas expresiones cuente como un determinado acto en el proceso de la comunicación. Lo cual no quiere decir que no exista relación alguna entre uno y otro tipo de convenciones, puesto que, como hemos visto, existen indicadores gramaticalizados de la fuerza ilocutiva. Por otro lado, si se considera la conducta lingüística real, es patente el hecho de que siempre que se realiza un acto locutivo se realiza un acto ilocutivo de uno u otro tipo, de tal modo que aquéllos parecen ser una condición necesaria para éstos, aunque no suficiente.

En cuanto a los actos perlocutivos, el papel de las convenciones es diferente. Existen consecuencias convencionalmente ligadas a ciertos actos, como por ejemplo cuando se asusta a alguien mediante una amenaza. Esa convencionalidad de las consecuencias son las que fundamentan nuestra conducta lingüística en el sentido de conformar nuestros objetivos comunicativos: pretendemos provocar ciertas reacciones que suelen estar ligadas a la realización de ciertos actos verbales. Pero no hay nada necesario en la relación entre lo ilocutivo y lo perlocutivo: a pesar de que un acto ilocutivo busque provocar un cierto acto perlocutivo, puede que éste no se produzca, que no produzca ninguno o que produzca alguno diferente. Es más, es posible que el acto perlocutivo sea un acto que se pueda conseguir por medios no ilocutivos, por acciones no verbales, por ejemplo. Por eso distingue Austin en este contexto entre las acciones que tienen un *objeto perlocutivo* y las que simplemente tienen una *secuela* perlocutiva.

Al final de *Cómo hacer cosas con palabras*, una vez que J. L. Austin ha advertido que la dicotomía entre lo constatativo y lo realizativo es insostenible, y que lo que hay que caracterizar son «familias» generales de actos lingüísticos, se aplica a la tarea, tratando de emplear criterios firmes y seguros. Entre ellos, encuentra que es el empleo de los verbos realizativos, en primera persona, el indicador más seguro y explícito de la fuerza ilocutiva de las expresiones en que aparecen. En consecuencia, aventura una clasificación general de los verbos que pueden ser empleados en sentido realizativo, suponiendo que ello es al mismo tiempo un paso importante hacia la clasificación

de las fuerzas y los actos ilocutivos. Distingue cinco clases: judicativos, ejercitativos, compromisorios, comportativos y expositivos.

En cuanto a los primeros, los judicativos, se trata de predicados que sirven para expresar una evaluación o veredicto, con diferentes grados de fuerza, desde las simples estimaciones hasta las sentencias judiciales. Los segundos, los ejercitativos, son los que se emplean para realizar actos propios de quien ocupa una posición social o institucional. Como indica su denominación, se emplean cuando se ejercita un determinado derecho, que es producto de la posición institucional del actuante. Así, es ejercitativo el acto de proferir «voto por x», efectuado por quien se encuentra en la posición y con el derecho característico del votante. De igual modo, los predicados compromisorios son aquellos mediante los cuales el hablante adquiere un cierto compromiso, en general respecto a sus futuras acciones. «Prometer» es el predicado paradigmático perteneciente a esta clase, cuya frontera con los judicativos y los veredictivos no siempre resulta fácil de trazar. Los verbos comportativos tienen que ver con la expresión de relaciones sociales entre el hablante y su auditorio, con la manifestación de actitudes como *elogiar*, *alabar*, *disculparse*, *agradecer*, etc. Finalmente, los expositivos son los que contribuyen a fijar el papel o función de nuestros actos lingüísticos en el decurso de la comunicación; por ejemplo, «argumentar» es un predicado expositivo, que nos permite indicar que nuestros actos de habla han de tomarse en un sentido determinado, característicamente como fundamento o desacreditación de determinadas creencias o conclusiones.

Esta clasificación fue concebida por el propio Austin como provisional. Era consciente, por un lado, que el empleo del criterio del predicado realizativo no producía una clasificación nítida y, por otra, que las nociones subyacentes a la clasificación (juicio, comportamiento, compromiso...) no tenían perfiles conceptuales muy definidos, por lo que seguramente habrían de emplearse nuevos criterios combinados para producir un análisis más sólido.

18.4. LA NOCIÓN DE ACTO DE HABLA, SEGÚN J. SEARLE

Del mismo modo que la teoría pragmática de Grice, que se expone en el próximo Tema, ha sido considerada como una alternativa al análisis semántico del significado en términos de condiciones de verdad, otro tanto ha sucedido con la teoría de actos de habla de Austin, sistematizada por J. Searle (1969). Pero no siempre resultan claras, o son claramente expuestas, las relaciones entre una y otra teoría pragmática. Por ejemplo, en algunos manuales de lingüística, el apartado dedicado a la pragmática viene dedicado a la exposición de la teoría de los actos de habla; en otros la teoría del significado de H. P. Grice es considerada como el puente necesario entre la teoría del significado oracional y la teoría de los actos de habla: en general, la posición más aceptada es que la noción de acto de habla no es una noción primitiva dentro de la pragmática, sino que se deriva de nociones más básicas.

De acuerdo con la teoría de los actos de habla, es preciso analizar el habla como una sucesión de actos complejos. Como advirtió Austin, un acto de habla es ante todo, un acto locutivo, un acto consistente en la emisión de determinados sonidos. A este tipo de acto aislado por J. L. Austin, lo denomina J. Searle *acto de emisión* (en *Actos de habla*, AH en adelante, pág. 32). Este tipo de acto se puede descomponer a su vez en otros subactos, dependiendo de que se consideren sus aspectos fonológicos, sintácticos o semánticos, pero no insistiremos en el análisis de estos subactos, por ser irrelevante para la exposición. Lo único que cabe indicar es que J. Searle separó un aspecto rético de los actos de emisión para constituir una categoría diferente de actos intermedios entre los locutivos y los ilocutivos. Son dos los actos de este tipo: de referencia y de predicación. De acuerdo con Searle, no importa el acto ilocutivo que se realice, siempre se realizan con el uso de expresiones lingüísticas estos dos tipos de actos, que él denominó *actos proposicionales*. La relación, pues, con los actos ilocutivos es tal que un mismo acto proposicional puede ser común a diferentes actos ilocutivos:

Supongamos que, en circunstancias apropiadas, el hablante emite una de las oraciones siguientes:

1. *Juan fuma habitualmente.*
2. *¿Fuma Juan habitualmente?*
3. *¡Juan, fuma habitualmente!*
4. *¡Pluguiese al cielo que Juan fumara habitualmente!*

[...] Diremos que en la emisión de las cuatro la referencia y la predicación son las mismas, aunque, en cada caso, aparezca la misma referencia y predicación como parte de un acto de habla completo que es diferente de cualquiera de los otros tres. Así separamos las nociones de referir y predicar de las nociones de actos de habla completos (AH, 31-32).

En segundo lugar, la preferencia de una expresión constituye generalmente un acto ilocutivo, que es el tipo de acto más importante desde el punto de vista de la teoría pragmática, el que trata de caracterizar. Del mismo modo que Austin, Searle define el acto ilocutivo como lo que el hablante hace al utilizar la preferencia. Los hablantes de una lengua pueden realizar una gran cantidad de actos diferentes mediante el uso de preferencias: ejemplos de actos ilocutivos son *enunciar o afirmar un hecho, prometer, jurar, suplicar, preguntar, ordenar*, etc. A diferencia de la teoría intencional de H. P. Grice, la teoría de los actos de habla subraya la variedad y heterogeneidad de las acciones que se pueden realizar mediante el uso del lenguaje, aunque no llega al escepticismo de Wittgenstein respecto a la posibilidad de clasificar u ordenar los usos del lenguajes. De hecho, como ya se ha visto, el propio Austin esbozó una clasificación tanto de los tipos de actos de habla como de sus condiciones en *Cómo hacer cosas con palabras*, pero Searle prolongó y completó ese intento realizando un análisis más sistemático.

Si se compara la teoría de los actos habla con la teoría intencional del significado, de H. P. Grice, (v. el próximo Tema) se puede concluir que aquélla analiza la conducta verbal de un modo más refinado y más complejo que ésta. Los hablantes buscan la modificación de la conducta de su auditorio mediante una infinidad de medios que les proporciona, por una parte, la lengua y, por otra, las convenciones sociales de tipo comunicativo. Desde este punto de vista, la teoría de los actos de habla es más adecuada y correcta que la teoría intencional del significado, excesivamente simplista en su análisis del acto comunicativo.

Igualmente, el análisis de las consecuencias de la conducta lingüística es más completo en la teoría de actos de habla que en la teoría de H. P. Grice, pues estas consecuencias se clasifican en diversos tipos de actos perlocutivos, que son los actos que el hablante realiza mediante la ejecución de actos locutivos e ilocutivos. Los cambios de creencias o las modificaciones en la disposición para la conducta que, según Grice, son las consecuencias básicas de la interacción comunicativa, son divididos a su vez en actos como *persuadir*, *impresionar*, *decepcionar*, *irritar*, *asustar*, etc. Hasta cierto punto, y en la medida en que estos actos son autónomos con respecto a la voluntad del hablante, puesto que puede formar parte de sus intenciones realizarlos o puede que no, quedan un tanto al margen de la teoría de la acción lingüística, y rara vez se les concede mucha atención.

18.5. CONDICIONES Y TAXONOMÍA DE LOS ACTOS DE HABLA

En *Actos de habla* y en artículos posteriores, J. Searle abordó el intento de definir de una forma más sistemática y estructurada las condiciones que han de cumplir los que pretenden realizar actos ilocutivos. Más precisamente trató de caracterizar cuáles son las reglas constitutivas de ciertos actos de habla paradigmáticos, como *prometer*, y, en general, la forma de las reglas constitutivas de cualesquiera actos de habla. La hipótesis que le guiaba es que *debe existir para muchos géneros de actos ilocutivos algún dispositivo, convencional o de otro tipo, para la realización del acto, puesto que el acto puede realizarse solamente dentro de las reglas, y debe de haber alguna manera de invocar las reglas subyacentes (AH, 49).*

De acuerdo con esta hipótesis, J. Searle fue capaz de distinguir entre las reglas que afectan a la naturaleza de *lo que se hace*, a la de las circunstancias previas que se han de dar y a la de los estados mentales que son precisos para dotar de sentido al acto ilocutivo. Las cuatro categorías de reglas son denominadas habitualmente reglas de *contenido*, *esenciales*, *preparatorias* y *de sinceridad*. Con el ejemplo del análisis de la promesa, se entienden mejor la función de tales reglas en la constitución del acto de habla y su relación con el análisis de Austin acerca de los *infortunios o abusos* en que puede incurrir un hablante.

En primer lugar, todo el mundo que sepa lo que es una promesa estará de acuerdo en que el objeto proposicional de la promesa ha de ser un acto futuro de quien realiza la promesa: nadie puede prometer un acto ya realizado. Y si a veces nos encontramos con afirmaciones perfectamente lícitas (semántica y pragmáticamente hablando), como «te prometo que se lo dije», lo que hemos de concluir es que no se está realizando una promesa, sino un acto diferente de habla, por ejemplo, una petición de que se crea al hablante lo que dice o lo que afirma. No hay que confundir el acto de habla realizado con lo que presuntamente parece indicar el predicado verbal empleado. Dicho de otro modo, si bien el empleo de un verbo realizativo es una indicación de una fuerza ilocutiva, no *determina* el acto de habla que el hablante realiza.

Igualmente, es esencial al acto de prometer que el hablante se cree una cierta obligación hacia su acción futura. Nadie puede prometer o pretender, al mismo tiempo, que tal promesa no le crea ninguna responsabilidad en cuanto al rumbo futuro de sus acciones. Tan es así, que la promesa verbal es considerada suficiente en muchos sistemas jurídicos para la fijación de la existencia de fraudes o incumplimientos de contrato. Este hecho, que se puede denominar social o institucional, está a su vez en conexión con un hecho psicológico, el de que la realización de una promesa constituye, de forma convencional, la expresión de una intención por parte de quien la realiza. La conexión entre el acto en sí y la correspondiente intención es tan convencional, tan regular, que precisamente por eso es posible la insinceridad, la mentira y el engaño. En una sociedad en que la realización de promesas no fuera el medio habitual para expresar la intención de realizar determinadas acciones futuras, no sería posible el engaño a través de las promesas falsas o insinceras; nadie tomaría la promesa como un compromiso de su autor. La existencia de la intención o de otro estado psicológico es una condición de sinceridad del que realiza el acto de habla: la intención de realizar lo prometido en el caso de la promesa, el deseo de expresar su agradecimiento del que dice «gracias», la creencia de que es así para quien afirma algo, etcétera.

En cuanto a las condiciones preparatorias, hacen referencia a la naturaleza de las circunstancias que hacen posible la realización del acto de habla. Por ejemplo, en el caso de la promesa, es una condición preparatoria, entre otras, la de que el que realiza la promesa no tenga que realizar necesariamente lo prometido, esto es, que no constituya una acción que, de todos modos, ha de realizar. Así, «te prometo que mañana beberé agua» constituiría una promesa fallida en el caso de que quien lo prometiera fuera un consumidor habitual de agua, pero en cambio sería una auténtica promesa si la realiza un alcohólico empedernido. Como se puede observar, aunque las condiciones preparatorias se pueden enunciar en una forma general, el hecho de que tales condiciones se satisfagan depende de la situación concreta en que sea realizado el acto de habla.

Aunque, en su esbozo de clasificación, J. L. Austin trató de evitar la identificación de los actos ilocutivos con los verbos realizativos, el resultado final

fue que tal clasificación se aplica mejor a esos predicados que a los actos mismos. J. Searle trató de evitar este defecto, conocido como *la falacia del verbo realizativo*, proponiendo una clasificación que no apela al contenido semántico de verbos realizativos. Aparte de las posibles inadecuaciones descriptivas, la razón que Searle esgrimió es que las fuerzas ilocutivas pertenecen al *lenguaje*, a diferencia de los verbos realizativos, que pertenecen a las lenguas. Por tanto, una clasificación con pretensiones de validez ha de ser general o universal, esto es, válida para todas las lenguas, al margen de sus sistemas de verbos realizativos; ha de partir pues del análisis del concepto de acto ilocutivo y describir un conjunto de criterios que identifiquen las diferentes fuerzas ilocutivas de forma independiente a como se encuentren lexicalizadas en una u otra lengua.

El primer criterio mencionado es la existencia de diferencias en el *objeto ilocutivo*, esto es, diferencias que se traducen en diferentes condiciones esenciales del acto de habla. Así, ilustra Searle: *El objeto o propósito de una orden puede ser especificado diciendo que es un intento de impulsar al oyente a hacer algo. El objeto o propósito de una descripción es que sea una representación (verdadera o falsa, correcta o incorrecta) de cómo es algo. El objeto o propósito de una promesa es que sea un compromiso de una obligación por parte del hablante a hacer algo* (J. Searle, 1975, pág. 44 de la traducción española).

En segundo lugar, para Searle, es importante captar las diferencias en las relaciones que se postulan en el acto de habla entre las palabras y el mundo. A veces intentamos con nuestros actos reflejar la realidad, otras, que la realidad coincida (en un futuro) con nuestras palabras, como en el caso de la expresión de deseos o peticiones. Los actos de habla se pueden distinguir pues por la *dirección de ajuste* que estipulan entre el mundo y el lenguaje, con las tres posibilidades, que la dirección sea de *palabra-a-mundo*, de *mundo-a-palabra* y neutra. La dirección de ajuste permite incluso distinguir entre actos aparentemente idénticos, aunque no se trate de actos de habla propiamente dichos: *Supón que un hombre va a un supermercado con una lista de compras que le ha dado su mujer en la que están escritas las palabras «habas», «mantequilla», «bacon» y «pan»: Supón que, mientras él anda por allí con su carrito seleccionando esos elementos es seguido por un detective que escribe todo lo que él coge. Cuando salen de la tienda, comprador y detective tendrán listas idénticas. Pero la función de ambas listas será completamente diferente. En el caso de la lista del comprador el propósito de la lista es, por así decir, llevar al mundo a encajar con las palabras [...]. En el caso del detective el propósito de la lista es hacer que las palabras encajen con el mundo* (J. Searle, 1975, pág. 46).

Otro criterio importante tiene que ver con las condiciones de sinceridad, esto es, con los estados psicológicos que se expresan cuando se realiza el acto de habla. A las afirmaciones les corresponden creencias, a las promesas o amenazas las intenciones de realizar acciones futuras, a las peticiones o mandatos los deseos... Tales son las tres categorías básicas de estados psicológicos

relacionados con la ejecución de actos de habla. Lo característico de esas relaciones es que constituye un tipo especial de contradicción (pretender) realizar el acto y negar el estado psicológico correspondiente: *Es lingüísticamente inaceptable (aunque no autocontradictorio) el poner en conjunción el verbo realizativo explícito con la negación del estado psicológico expresado. Así, no se puede decir «enuncio que p, pero no creo que p», «prometo que p, pero no tengo intención de hacer p»* (J. Searle, 1975, pág. 47).

Luego, es preciso apelar a criterios que permiten establecer gradaciones entre los actos de habla perteneciente a una misma gama: por ejemplo, piénsese en la diferencia entre *pedir* y *mandar*, o entre *mandar* y *ordenar*. Parece existir dentro de esa clase de actos una escala que nos permite ordenarla atendiendo a la intensidad de la fuerza ilocutiva desplegada. Esa intensidad puede ser el resultado de diferentes factores, como los factores institucionales que relacionan al hablante con su auditorio, que fijan la posición social del hablante, o que especifican la relevancia de lo efectuado para el hablante o el auditorio. Una distinción importante, porque permite captar las relaciones entre los actos de habla con otro tipo de actos, es la que separa a los actos de habla que requieren instituciones para su ejecución de los que no. Por ejemplo, para excomulgar a un individuo no sólo se ha de estar en una cierta posición social, sino que además es preciso la existencia de un conjunto de reglas institucionales que definen el acto como tal. Es un acto de habla porque requiere el uso de palabras, pero es similar a otros actos institucionales que no requieren la utilización de palabras, como cuando el árbitro de un encuentro de fútbol expulsa a un jugador mostrándole una tarjeta roja. Además, se puede decir que la participación en las instituciones define las relaciones sociales entre los participantes, pero no todas las relaciones sociales están determinadas de ese modo: entre los ocupantes de un coche, el conductor ocupa una determinada posición (circunstancial) que le permite realizar ciertos actos, incluso ciertos actos de habla, pero sin necesidad de estar respaldado por una institución.

De acuerdo con este conjunto de criterios, J. Searle propuso la siguiente clasificación de los actos de habla, con su correspondiente caracterización semiformal:

1. *Representativos*. Se caracterizan porque el hablante adquiere un compromiso de que algo es de tal y cual modo, con la verdad de un determinado enunciado. La dirección de ajuste es de las palabras-a-mundo y el estado psicológico expresado es el de creencia, en diferentes grados. En esta clase de actos se incluyen desde las sugerencias y las suposiciones a (cierto subconjunto de) los juramentos. También todos aquellos actos que incluyen una representación de hechos más una especificación de la función de esa representación en unidades discursivas más amplias o de la relevancia para hablante o auditorio. Por ejemplo, se incluyen en esta clase las conclusiones o consecuencias, como cuando se dice «Infiero que tienes más de cuarenta años», así como las jactancias, cuando se afirma por ejemplo: «Presumo de tener menos de cuarenta años».

2. *Directivos*. En los actos de habla directivos, el objeto es que el auditorio realice alguna acción. La dirección de ajuste es, pues, de mundo-a-palabras y el estado psicológico es el deseo del actuante. Por ejemplo, *sugerir* (algo a alguien) pertenece a esta clase, puesto que, cuando lo hago, pretendo que mi acto tenga una trascendencia en el curso de acción de aquél a quien se lo sugiero. Como también figura en esta clase el acto de *ordenar*, se puede advertir que existen grandes variaciones en la intensidad ilocutiva de los actos de habla pertenecientes a ella.
3. *Comisivos o compromisos*. En esta clase de actos, el compromiso adquirido por el hablante se refiere a la realización de acciones futuras, como en el caso paradigmático de *prometer*. La dirección de ajuste es, por tanto, de mundo-a-palabras, la misma que en el caso de los directivos, y el estado psicológico expresado es el de la intención de hacer algo. Aparte de *prometer*, son ejemplos de actos de esta clase *planear*, *proyectar*, *garantizar*...
4. *Expresivos*. En el caso de los actos expresivos la manifestación del estado psicológico se hace explícita, en los grados pertinentes. Así, son actos expresivos *agradecer*, *felicitar*, *dar el pésame*, *lamentarse*, etc. La dirección de ajuste es neutra, puesto que lo que sucede es que se da por supuesto lo que se agradece, felicita, lamenta, etcétera.
5. *Declaraciones*. En los actos clasificados por Searle como declaraciones, trató éste de incluir todos aquellos casos en que, como decía Austin, «decir significa hacer», esto es, en que la mera enunciación de ciertas expresiones constituye el acto mismo, dándole una realidad previamente inexistente. Por decirlo con la terminología de Searle, la expresión de una declaración supone el ajuste automático entre las palabras y el mundo. Así, por ejemplo, una declaración de guerra implica automáticamente que se produce un estado de guerra entre un país y otro (si la declaración es afortunada, desde el punto de vista de las condiciones de los actos de habla). De la misma clase que las declaraciones de guerra son los nombramientos, bautizos, dimisiones, expulsiones, etc. Además de carecer de un estado psicológico convencionalmente relacionado con tales actos, se realizan característicamente en el contexto del desempeño de papeles o roles en instituciones. Para entender las diferencias que separan a estos actos de los meramente representativos, considérese el caso del juez de línea en un partido de tenis que grita «¡fuera!» y del juez del que adjudica un punto (diciendo, por ejemplo, «nada a quince») al contrincante de quien ha lanzado la bola fuera del campo. En el primer caso estamos ante un acto de habla representativo, en el que la dirección de ajuste es de palabras-a-mundo; en el segundo, en cambio, estamos ante una declaración: es la institución del juego de tenis la que determina que el juez de partido cree, por así decirlo, un hecho nuevo, un hecho institucional, la adjudicación de un punto.

18.6. ACTOS DE HABLA DIRECTOS E INDIRECTOS

J. L. Austin había establecido una distinción entre expresiones realizativas primarias y expresiones realizativas explícitas. En el primer caso, la fuerza ilocutiva de la expresión no quedaba clara por la carencia de indicadores de la fuerza correspondiente; en el segundo, se podía inferir esa fuerza ilocutiva a partir de ciertos indicadores, en particular, de los verbos realizativos presentes. Pero no se detuvo en el caso en que fracasa esa inferencia, esto es, en el caso en que la fuerza ilocutiva real de la expresión no se corresponde con la convencionalmente asignada por el verbo realizativo o por cualquier otro indicador de fuerza ilocutiva presente:

Por ejemplo, un hablante puede emitir la oración «necesito que lo hagas» para pedir al oyente que haga algo. Incidentalmente la oración se intenta como un enunciado, pero también se intenta primariamente como una petición, una petición hecha al hacer un enunciado. En tales casos una oración que contiene los indicadores de fuerza ilocutiva para una clase de acto ilocutivo puede ser emitida para realizar, además, otro tipo de acto ilocutivo (J. Searle, 1975, pág. 23 de la ed. en español).

En relación con este hecho, más habitual de lo que parece, es pertinente señalar que la teoría de actos de habla desarrollada por J. Searle distinguió entre actos de habla directos y actos de habla indirectos, precisamente con el propósito de dar cuenta de estos casos.

Los actos de habla indirectos son actos ilocutivos que se realizan mediante actos ilocutivos directos y que se distinguen de éstos precisamente porque su fuerza ilocutiva no se corresponde con la que se le supone a la expresión por su forma gramatical. Por ejemplo, mediante oraciones interrogativas se pueden impartir órdenes, mediante declarativas o imperativas se pueden realizar advertencias, recomendaciones, etc. En todos estos casos, existe una diferencia entre lo que se denomina *fuerza ilocutiva primaria*, que está en relación con indicadores gramaticales (modo verbal, adverbios realizativos, etc.), y la fuerza ilocutiva secundaria que es realmente la que determina el acto de habla que realiza el hablante. Si se quisiera representar la fuerza ilocutiva de una expresión, sería la primaria la que en todo caso habría que incluir en la representación del significado de una oración, pero como no se puede predecir a partir de ella la fuerza ilocutiva de sus correspondientes preferencias, su inclusión parece de poca utilidad. En realidad, a partir de la fuerza ilocutiva primaria sólo se pueden hacer generalizaciones probabilistas o predicciones estadísticas sobre la fuerza ilocutiva secundaria de esa oración. De una oración interrogativa es muy probable que se hagan utilizaciones cuya fuerza ilocutiva secundaria sea la de constituir peticiones o preguntas, actos de habla directivos; de una oración cuyo verbo principal es «prometo» es razonable suponer que se utilizará para efectuar una promesa, etc. Pero siempre habrá que tener en cuenta que la fuerza ilocutiva primaria, representada o no en una oración, no determina el acto de habla ilocutivo que puede constituir un uso concreto de una oración.

¿Cómo es posible que se realicen actos de habla indirectos? ¿Cómo es posible que un oyente se de cuenta de que un hablante está realizando un acto de habla diferente del que en principio indica la forma gramatical de su preferencia? Como afirmó Searle: «¿cómo es posible que el hablante diga una cosa y la quiera decir, pero también quiera decir algo más?».

La respuesta a estas preguntas remite al marco teórico general de la teoría intencional del significado, en que la noción de intención desempeña un papel nuclear. El auditorio entiende que el hablante está realizando un acto de habla indirecto porque capta la intención de éste al realizarlo y su intención secundaria de que el oyente reconozca que está utilizando ese acto de habla indirecto. Ahora bien, ¿qué principios permiten al hablante expresar sus intenciones de tal modo que sean reconocibles por un auditorio?, ¿qué reglas le permiten decir más de lo que realmente dicen o significan sus palabras? La respuesta que ofrece la teoría intencional del significado es: los principios y las reglas que rigen el proceso general de la comunicación mediante el lenguaje, que aseguran su carácter cooperativo y definen su naturaleza racional. La teoría intencional del significado trata de describir la naturaleza de esos principios y su funcionamiento en la comunicación mediante el lenguaje.

18.7. IMPLICAR Y PRESUPONER, SEGÚN J. L. AUSTIN

Las observaciones de J. L. Austin sobre la implicación pragmática y la presuposición han de ser entendidas en este marco del análisis de los actos ilocutivos, de acuerdo con el cual:

1. Existen condiciones para la realización de actos de habla, para que su ejecución no sea en una forma u otra desafortunada. Estas condiciones pueden formularse como descripciones de hechos que han de darse para que los actos se efectúen.
2. Entre los actos ilocutivos existe una clase de expresiones, que se corresponden con las que en principio Austin identificó como *expresiones constatativas*, que tienen la característica de poseer valores semánticos aléticos (verdadero o falso). Dicho de otro modo, el uso de esas expresiones como enunciados, esto es, en cuanto actos, tiene como resultado la realización de afirmaciones verdaderas o falsas. Si los actos no se realizan efectivamente, por una u otra razón, no hay nada de lo que se pueda decir que es verdadero o falso.
3. En consecuencia, por lo que respecta a esta clase determinada de actos, las condiciones que regulan su existencia como tales actos son al mismo tiempo condiciones que permiten la asignación alética a sus resultados. Si la preferencia de una oración *no cuenta* como un enunciado o aserción, porque se incumpla una de las condiciones mencionadas, entonces no existe lo afirmado o enunciado.

Según Austin, *la implicación lógica* es la relación que se da entre (a) y (a'), y (b) y (b'):

(a) todos los hombres se sonrojan

(a') algunos hombres se sonrojan

(b) el gato está sobre el felpudo

(b') el gato no está bajo el felpudo

Esta relación se acerca a la relación que caracterizan los sistemas lógicos, pero no coincide con ella. En particular, en las teorías cuantificacionales estándar, la forma lógica de (a') no se sigue de la forma lógica de (a), un problema que preocupó a P. F. Strawson (véase el Tema 9) y al que pretendió dar solución.

Por lo que respecta a (b) y (b'), no es posible afirmar que la relación que mantienen sea exactamente la relación que los lógicos denominan «implicación» a menos que se disponga de una formalización adecuada de ambas oraciones. Sin embargo, es relativamente fácil comprender lo que Austin entendía por implicación en sentido lógico: que de la verdad de la oración que implica *se sigue* la verdad de la oración implicada, y que de la falsedad de la oración implicada se sigue la de la oración que implica, sin mayores precisiones formales y en el marco del lenguaje natural.

Por su parte, *la implicación pragmática* es la relación que, según Austin, se da entre las oraciones (c) y (c'):

(c) el gato está sobre el felpudo

(c') yo creo que el gato está sobre el felpudo

cuando (c) es usada por un hablante. La oración (c') también *se sigue*, aunque en un sentido diferente al anterior, de (c), como prueba el hecho de que sea inconsistente, no necesariamente desde el punto de vista lógico, afirmar la primera y la negación de la segunda. La relación entre (c) y (c') no es de implicación lógica, puesto que la negación de (c'), «yo no creo que el gato esté sobre el felpudo» no implica la negación de (c), «el gato no está sobre el felpudo».

Según Austin, si un hablante emplea (c) sin que sea cierto (c'), lo que sucede es que tal hablante no llega a realizar un acto de afirmación o aserción. No ha afirmado nada, puesto que ha violado la regla que obliga a mantener ciertas creencias o pensamientos referentes a lo que pretende hacer: es como si el hablante hubiera realizado una promesa sin intención real de cumplirla.

La relación de implicación pragmática que Austin glosó se puede caracterizar, pues, del siguiente modo:

1. Si se efectúa una aserción mediante la proferencia de una oración, se

sigue la verdad de lo que dicha (proferencia de la) oración implica pragmáticamente.

2. Si un enunciado u oración implicado pragmáticamente es falso, se sigue la *no realización o inanidad* del acto cuyo contenido es presuntamente la afirmación implicadora.

Por lo que respecta a la *presuposición*, Austin afirmó que es la relación que se da entre las oraciones (d) y (d'):

(d) todos los hijos de Juan son calvos

(d') Juan tiene hijos

La afirmación de (d) en conjunción con la negación de (d') también produce una cierta inconsistencia, «un sentimiento común de que se incurre en un abuso», como dice Austin. Lo característico de esta relación, lo que la diferencia de las otras relaciones es que también la negación de (d), esto es,

(d'') todos los hijos de Juan no son calvos

está en la misma relación con (d). Es decir, que tanto los enunciados que presuponen como sus negaciones tienen las mismas presuposiciones. Este es un hecho, también señalado por P. F. Strawson (1954), que fue considerado como la principal señal identificadora de la relación en las discusiones posteriores de los años sesenta y setenta del siglo xx.

Las consecuencias de la falsedad de (d') sobre (d) son, según Austin, que ésta última sufre una especie de infortunio, que es la causa de que constituya «una expresión nula» y de que, *a fortiori*, no constituya un acto de aserción, ni verdadero ni falso.

Pero, aunque ambas puedan tener *infortunios* como consecuencias, existen diferencias entre la implicación pragmática y la presuposición: la implicación pragmática es una relación tal que la negación del enunciado implicado pragmáticamente es compatible con su implicante, en el sentido de que dos hablantes distintos pueden realizar mediante su uso afirmaciones verdaderas, del mismo modo que con la negación del enunciado implicante y el enunciado implicador.

Dicho de otro modo, la implicación pragmática es una relación tal que, si α es el enunciado implicante y β el implicado pragmáticamente, se cumple la condición de que un hablante no puede afirmar α y *no* β . La condición es paralela a la que define la implicación en sentido lógico, con la importante salvedad de que la implicación pragmática se trata de una relación no alética, sino de una relación entre *actos* (aserciones) y las creencias o pensamientos que han de sustentar o fundamentar dichos actos.

En cambio, la presuposición austiniana se formalizó como la presuposición lógica de P. F. Strawson, aunque entre ellas existe una importante diferencia: según Austin, las presuposiciones lo son de actos y no tienen una rela-

ción directa con el *contenido* de esos actos, los enunciados en el sentido de P. F. Strawson. La relación es indirecta, pues si un acto no se produce, no tiene contenido y no existe nada a lo que se pueda asignar un valor de verdad.

Un criterio que sirve para distinguir la presuposición de la implicación pragmática es que, si α presupone β , *no* α presupone también β , mientras que si α implica pragmáticamente β , *no* α no implica pragmáticamente β , sino más bien *no* β , en virtud de su paralelismo con la implicación en sentido lógico. Así, mientras la oración «todos los gatos están sobre el felpudo» implica pragmáticamente la creencia de que es cierta por parte de quien la utiliza, tanto esa oración como su negación *presuponen* que hay gatos sobre el felpudo. La negación, en cambio, «todos los gatos no están sobre el felpudo», está en una relación de implicación pragmática con la negación de la creencia implicada pragmáticamente por «todos los gatos están sobre el felpudo».

Hay otro aspecto que relaciona la implicación pragmática y la presuposición. De acuerdo con el ejemplo paradigmático de presuposición empleado por J. L. Austin, la expresión (d), la presuposición es de tipo referencial o existencial, pero las implicaciones pragmáticas de esa oración eran al menos dos:

(d'') creo que todos los hijos de Juan son calvos

(d''') creo que Juan tiene hijos

puesto que son creencias necesarias para que (d) cuente como una aserción. Por lo tanto, la implicación pragmática de una oración se hallaría relacionada del siguiente modo con su presuposición: si α es una presuposición de β , entonces β implica pragmáticamente la creencia de que α .

El mérito de las elucidaciones de J. L. Austin sobre estas relaciones es que contribuyeron a aclarar el panorama conceptual del análisis del lenguaje natural, al identificar una relación lógica, la implicación, de carácter alético, distinguiéndola de una relación claramente pragmática, la implicación pragmática. Al mismo tiempo, Austin destacó la dimensión pragmática de la relación de presuposición, como P. F. Strawson hizo con sus aspectos lógicos, puesto que, de acuerdo con su concepción, las presuposiciones formaban parte de las condiciones que necesariamente se han de cumplir para la realización de actos de habla. Esas condiciones se diferenciaban de otras, las implicaciones pragmáticas, en términos de un diferente comportamiento bajo el operador de negación. En honor a la capacidad analítica de Austin es preciso indicar que muchas de las observaciones hechas con posterioridad sobre la relación de presuposición ignoraron la diferenciación por él establecida, errando en sus análisis de este fenómeno en el lenguaje natural.



TEXTOS

Bloque 1: J. L. Austin

TEXTO 1

J. L. Austin,
«Emisiones
realizativas»,
 traducción de
 A. García Suárez

Ciertamente hay una gran cantidad de usos del lenguaje. Es más bien una pena el que la gente tienda a invocar un nuevo uso del lenguaje siempre que se sienten inclinados a hacerlo, para que les ayude a salir de este, de aquel o del otro bien conocido enredo filosófico; necesitamos más de un entramado en el que discutir estos usos del lenguaje; y también creo que no debiéramos desesperarnos tan fácilmente y hablar, como tiende a hacer la gente, de *los infinitos* usos del lenguaje. Los filósofos hacen esto cuando han enumerado tantos como, digamos, diecisiete; pero incluso si hubiese unos diez mil usos del lenguaje, seguro que podríamos enumerarlos todos con tiempo. Esto, después de todo, no es mayor que el número de especies de escarabajo que los entomólogos se han tomado la molestia de enumerar. Pero sean cuales fueren los defectos de cualquiera de ambos movimientos el movimiento «verificacionista» o el movimiento del «uso del lenguaje», en cualquier caso han dado lugar, nadie podría negarlo, a una gran revolución en filosofía y, dirían muchos, la más saludable en su historia. (Una pretensión, si se paran a pensarlo, no muy inmodesta.)

Pues bien, es una de esas suertes de uso del lenguaje la que quiero examinar aquí. Quiero discutir un tipo de emisión que parece un enunciado y supongo que gramaticalmente sería clasificada como un enunciado, que no es carente de sentido, y sin embargo no es verdadera o falsa. Éstas no van a ser emisiones que contienen verbos curiosos como «pudo» o «podría», o palabras curiosas como «bueno», que muchos filósofos consideran hoy en día sencillamente como señales peligrosas. Serán emisiones perfectamente claras, con verbos corrientes en primera persona del singular del presente de indicativo de la voz activa, y no obstante veremos de inmediato que no tienen la posibilidad de ser verdaderas o falsas. Más aún, si una persona hace una emisión de este tipo, diríamos que está *haciendo algo* en vez de meramente *diciendo* algo. Esto puede sonar un poco extraño, pero los ejemplos que daré de hecho no son extraños en absoluto, y puede que incluso parezcan decididamente grises. He aquí tres o cuatro. Supongamos, por ejemplo, que en el transcurso de una ceremonia nupcial digo, como la gente hace, «Sí, quiero» (sc. tomar a esta mujer por mi esposa legalmente desposada). O también, supongamos que le piso a usted en el pie y digo «Le pido disculpas». O también, supongamos que tengo la botella de champán en la mano y digo «Bautizo este barco el *Queen Elizabeth*». O supongamos que digo «Te apuesto cinco duros que lloverá mañana». En todos estos casos sería absurdo considerar la cosa que digo como un registro de la realización de la acción que indudablemente se hace —la acción de apostar, o bautizar, o dis-

culparse—. Diríamos más bien que, al decir lo que digo, realizo efectivamente esa acción. Cuando digo «Bautizo este barco el *Queen Elizabeth*» no describo la ceremonia de bautizo, realizo efectivamente el bautizo; y cuando digo «Sí, quiero» (sc. tomar esta mujer como mi esposa legalmente desposada), no estoy informando de un matrimonio, estoy satisfaciéndolo.

Pues bien, estos tipos de emisiones son las que llamamos emisiones *realizativas*. Ésta es una palabra un poco fea, y una palabra nueva, pero parece que no hay ya en existencia ninguna palabra que haga su oficio. La aproximación más cercana que se me ocurre es la palabra «operativo», tal como la usan los abogados. Los abogados cuando hablan de instrumentos legales distinguen entre el preámbulo, que recita las circunstancias en que se efectúa una transacción, y por otro lado la parte operativa —la parte que realiza efectivamente el acto legal que el instrumento se propone realizar—. De manera que la palabra «operativo» está muy cerca de lo que queremos. «Lego mi reloj a mi hermano» sería una cláusula operativa y es una emisión realizativa. Sin embargo, la palabra «operativo» tiene otros usos, y parece preferible tener una palabra especialmente asignada para el uso que queremos.

Ejercicios

1. Ponga ejemplos, diferentes de los de J. L. Austin, de los tipos de expresiones que está tratando de distinguir.
2. ¿Qué tipo de expresión es «lo afirmo rotundamente»? ¿Por qué?
3. ¿Qué tipo de expresión es «¡por mis muertos!»? ¿Por qué?



TEXTOS

Bloque 1: J. L. Austin

TEXTO 2

J. L. Austin,
«Emisiones
realizativas»,
traducción de
A. García Suárez

Sin embargo, aunque estas emisiones no registran ellas mismas hechos y no son ellas mismas verdaderas o falsas, el decir estas cosas muy a menudo *implica* que determinadas cosas son verdaderas y no falsas, en algún sentido al menos de la palabra un tanto enredosa «implicar». Por ejemplo, cuando digo «Tomo a esta mujer como mi esposa legalmente desposada», o alguna otra fórmula de la ceremonia matrimonial, implico que no estoy ya casado, con esposa viva, cuerda, no divorciada, y demás cosas. No obstante, es muy importante darse cuenta de que implicar que esto o lo otro es verdadero, no es en absoluto lo mismo que decir algo que es ello mismo verdadero.

Estas emisiones realizativas no son, pues, verdaderas o falsas. Pero sufren de ciertas incapacidades propias. Pueden fracasar de maneras especiales y esto es lo que quiero considerar ahora. Las diversas maneras en que una emisión realizativa puede ser insatisfactoria las llamamos, por darles un nombre, infortunios; y un infortunio surge, es decir, la emisión es desafortunada si se rompen determinadas reglas, reglas transparentemente simples. Mencionaré algunas de estas reglas y daré entonces ejemplos de algunas infracciones.

Ante todo, es obvio que debe efectivamente existir el procedimiento convencional que nos estamos proponiendo emplear con nuestra emisión. En los ejemplos dados aquí este procedimiento será verbal, un procedimiento verbal para casarse o donar o lo que fuere; pero debe tenerse en cuenta que hay muchos procedimientos no-verbales por los que realizar exactamente los mismos actos que realizamos por estos medios verbales.

Ejercicios

1. Distinga entre *decir* e *implicar*. Ponga ejemplos.
2. Ponga algún ejemplo de una acción verbal que se pueda realizar mediante otros medios.

TEXTO 3

J. L. Austin,
«Emisiones
realizativas»,
traducción de
A. García Suárez

Vale la pena recordar también que una gran cantidad de las cosas que hacemos son al menos en parte de este género convencional. Los filósofos al menos tienden demasiado a dar por sentado que una acción es siempre en último extremo el llevar a cabo un movimiento físico, mientras que es usualmente, al menos en parte, una cuestión de convención.

La primera regla es, pues, que la convención invocada debe existir y ser aceptada. Y la segunda regla, también muy obvia, es que las circunstancias en que nos proponemos invocar este procedimiento deben ser apropiadas para su invocación. Si esto no se observa, entonces el acto que nos proponemos realizar no saldría —será, podríamos decir, un fallo—. Esto también ocurrirá si, por ejemplo, no llevamos a cabo el procedimiento —sea lo que fuere— correcta y completamente, sin ningún defecto y sin ninguna obstrucción. Si alguna de estas reglas no se observa, decimos que el acto que nos proponíamos realizar es nulo, sin efecto. Si, por ejemplo, el pretendido acto era un acto de casarse, entonces diríamos que «tomamos parte en una formalidad» de matrimonio, pero que no logramos efectivamente casarnos. He aquí algunos ejemplos de este tipo de fallo. Supongamos que, viviendo en un país como el nuestro, deseamos divorciarnos de nuestra esposa. Podemos intentar colocarla directamente frente a nosotros en la sala y decir, en voz lo bastante alta para que lo oigan todos, «Me divorcio de ti». Ahora bien, este procedimiento no es aceptado. No hemos logrado con él divorciarnos de nuestra esposa, al menos en este país y otros como él. Este es un caso en que la convención, diríamos, no existe o no es aceptada. Por otra parte, supongamos que, escogiendo compañeros en una fiesta infantil, digo «Escojo a Jorge». Pero Jorge se sonroja y dice «No juego». En este caso obviamente, por una razón u otra, no escogí a Jorge —ya sea porque no existe la convención de que puedes escoger gente que no juega, o porque Jorge en esas circunstancias es un objeto inapropiado del procedimiento de escoger—. O consideremos el caso en que digo «Te nombro Cónsul», y resulta que ya has sido nombrado —o quizá pueda incluso trascender que eres un caballo—; aquí de nuevo tenemos el infortunio de circunstancias inapropiadas, objetos inapropiados, o cosas por el estilo. Ejemplos de defectos y obstrucciones tal vez apenas sean necesarios —una parte en la ceremonia de matrimonio dice «Sí querré», la otra dice «No querré»; yo digo «Apuesto cinco duros», pero nadie dice «Hecho», nadie acepta la oferta—. En todos estos casos y otros similares, el acto que nos proponemos realizar, o que nos ponemos a realizar, no es logrado.

Pero hay otra manera un tanto diferente en que este tipo de emisión puede ir mal. Una buena cantidad de estos procedimientos verbales están diseñados para ser usados por personas que sostienen determinadas creencias o tienen determinados sentimientos o intenciones. Y si usted usa una de estas fórmulas cuando no tiene los pensamientos o sentimientos o intenciones requeridos entonces hay un abuso del procedimiento, hay una insinceridad. Tomemos, por ejemplo, la expresión «Te felicito». Esta expresión está diseñada para ser usada por personas que se alegran de que la persona aludida haya logrado una determinada hazaña, que creen que ella fue personalmente responsable del éxito, etc. Si digo «Te felicito» cuando no me alegro o cuando no creo que



TEXTOS

Bloque 1: J. L. Austin

el mérito fuese tuyo, entonces hay una insinceridad. Asimismo si digo que prometo hacer algo, sin tener la menor intención de hacerlo o sin creerlo factible. En estos casos hay algo que va mal ciertamente, pero no es igual que un fallo. No diríamos que yo no prometí de hecho, sino más bien que prometí pero prometí insinceramente; te felicité pero las felicitaciones fueron huecas. Y puede haber un infortunio de una especie un tanto semejante cuando la emisión realizativa compromete al hablante a una conducta futura de determinado tipo y luego en el futuro él no se comporta de hecho de la manera esperada. Esto es muy obvio, naturalmente, si prometo hacer algo y luego rompo mi promesa, pero hay muchos tipos de compromiso de una forma bastante menos tangible que la del caso de prometer. Por ejemplo, yo puedo decir «Te doy la bienvenida», dándote por bienvenido a mi casa o a donde fuere, pero luego empiezo a tratarte como si fueses extremadamente mal recibido. En este caso se ha abusado del procedimiento de decir «Te doy la bienvenida» de una manera un tanto diferente de la de simple insinceridad.

Podríamos preguntarnos ahora si esta lista de infortunios es completa, si los tipos de infortunio son mutuamente exclusivos, etc. Pues bien, no es completa, y no son mutuamente exclusivos; nunca lo son. Supongamos que estás a punto de bautizar el barco, has sido nombrado para bautizarlo, y estás a punto de estallar la botella contra el casco; pero en ese mismo instante un tipo burdo aparece, te arrebató la botella de la mano, la rompe contra el casco, exclama «Bautizo este barco el *Generalísimo Stalin*», y luego retira las cuñas con buen compás. Pues bien, estamos de acuerdo naturalmente en varias cosas. Estamos de acuerdo en que el barco no se llama ahora el *Generalísimo Stalin*, y estamos de acuerdo en que se trata de una infernal vergüenza, etc., etc. Pero puede que no estemos de acuerdo en cuanto a cómo clasificar el infortunio concreto de este caso. Podríamos decir que aquí tenemos el caso de un procedimiento perfectamente legítimo y admitido que, sin embargo, ha sido invocado en circunstancias incorrectas, concretamente por la persona incorrecta, este tipo burdo en vez de la persona designada para hacerlo, Pero por otro lado podríamos verlo de manera diferente y decir que éste es un caso en que el procedimiento en su totalidad no se ha llevado a cabo correctamente, porque parte del procedimiento para bautizar un barco es que tú hayas sido designado como la persona que debe hacer el bautizo y esto es lo que este compadre no fue. Así pues, la forma en que debemos clasificar los infortunios en casos diferentes quizá sea un asunto bastante difícil, e incluso puede que en último extremo sea un tanto arbitrario. Pero por cierto los abogados, que tienen que vérselas muchísimo con este género de

cosa, han inventado todos los tipos de términos técnicos y han formulado numerosas reglas sobre diferentes tipos de casos, que les permiten clasificar bastante rápidamente lo que en particular anda mal en cualquier caso dado.

En cuanto a si esta lista es completa, ciertamente no lo es. Una forma ulterior por la que las cosas pueden ir mal es, por ejemplo, por lo que en general puede llamarse malentendido. Puede que no oigas lo que digo, o puede que entiendas que me refiero a algo distinto de aquello a lo que pretendí referirme, etc. Y aparte de ulteriores adiciones que pudiéramos hacer a la lista, está la prevalente consideración general de que, en cuanto que estamos realizando un acto cuando proferimos estas emisiones realizativas, puede por cierto que lo estemos haciendo bajo coerción o en otras circunstancias que no nos hagan enteramente responsables de hacer lo que estamos haciendo. Esto sería ciertamente una infelicidad de una cierta especie —cualquier especie de no-responsabilidad podría llamarse una infelicidad—; pero naturalmente es un tipo de cosa completamente diferente de aquellas de las que hemos estado hablando. Y podría mencionar que, de nuevo de manera muy diferente, podríamos proferir cualquiera de estas emisiones, tal como podemos proferir una emisión de cualquier tipo, en el transcurso, por ejemplo, de representar un papel o de hacer un chiste o escribir un poema —en cuyo caso naturalmente no sería presentado seriamente y no podremos decir que realizamos seriamente el acto en cuestión. Si el poeta dice «Ve y recoge una estrella cadente» o lo que fuere, no profiere seriamente una orden—. Consideraciones de este género se aplican absolutamente a cualquier emisión, no solamente a las realizativas.

Esto, pues, tal vez sea bastante para seguir con ello. Hemos discutido la emisión realizativa y sus infortunios. Ello nos equipa, podemos suponer, con dos nuevas y relucientes herramientas para resquebrajar acaso la cuna de la realidad. También nos equipa —siempre lo hace con dos nuevos y relucientes zapatos bajo nuestros pies metafísicos—. La cuestión está en cómo los usamos.

Ejercicios

1. Caracterice lo que es un *fallo* en la realización de un acto de habla.
2. Distinga entre los diferentes tipos de defectos que pueden hacer fracasar una emisión realizativa.
3. ¿Qué papel juega la *intención* en la realización de una acción verbal? ¿Y la *convención*?



TEXTOS

Bloque 2: J. Searle

TEXTO 1

J. Searle,
¿Qué es un acto de habla?,
traducción de
L. M. Valdés

Pero ¿qué es para alguien querer decir algo mediante lo que dice, y qué es para algo tener un significado? Para responder a la primera de estas preguntas propongo tomar prestadas y revisar algunas de las ideas de Paul Grice. En un artículo titulado «Meaning», Grice da el siguiente análisis de un sentido de la noción de «significado». Decir que A quiere decir algo mediante x es decir que «A intentó que la emisión de x produjese algún efecto en un auditorio por medio del reconocimiento de esta intención». Esto me parece un útil punto de partida para un análisis del significado, en primer lugar porque muestra la estrecha relación entre la noción de significado y la noción de intención, y en segundo lugar porque captura algo que es, pienso, esencial al hecho de hablar un lenguaje: al hablar un lenguaje intento comunicar cosas a mi oyente consiguiendo que él reconozca mi intención de comunicar precisamente esas cosas. Por ejemplo, característicamente, cuando hago una aserción, intento comunicar a, y convencer a mi oyente, de la verdad de cierta proposición; y los medios que empleo para hacer esto son emitir ciertos sonidos, cuya emisión intento que produzca en él el efecto deseado por medio de su reconocimiento de mi intención de producir precisamente ese efecto. Por una parte podría intentar lograr que creyeses que soy francés hablando francés durante todo el tiempo, vistiéndome a la manera francesa, mostrando un frenético entusiasmo por De Gaulle y cultivando amistades francesas. Pero por otra parte podría lograr que creyeses que soy francés diciéndote simplemente que soy francés. Ahora bien, ¿cuál es la diferencia entre esas dos maneras de mi intento de lograr que creas que soy francés? Una diferencia crucial es que en el segundo caso intento lograr que creas que soy francés llevándote a reconocer que mi intención pretende lograr que creas precisamente eso. Esta es una de las cosas que incluye el decirte que soy francés. Pero naturalmente, si intento lograr que creas que soy francés actuando de la manera que he descrito, entonces tu reconocimiento de mi intención de producir en ti la creencia de que soy francés no está constituida por los medios que estoy empleando. En efecto, en este caso, pienso, te volverías más bien receloso si reconocieses mi intención.

A pesar de que este análisis del significado es valioso, me parece que es defectuoso en ciertos aspectos. Primeramente no logra distinguir entre los diferentes géneros de efectos —perlocutivos *versus* ilocutivos— que uno puede intentar producir en sus oyentes, y además no logra mostrar la manera en que esos diferentes géneros de efectos se relacionan con la noción de significado. Un segundo defecto es que no logra dar cuenta de hasta qué punto el significado es un asunto de reglas o convenciones. Esto es, esta

explicación del significado no muestra la conexión entre el querer decir algo por parte de alguien mediante lo que dice y lo que eso que alguien dice significa efectivamente en el lenguaje. Para ilustrar este punto quiero presentar ahora un contraejemplo a este análisis del significado. El objeto del contraejemplo será ilustrar la conexión entre lo que un hablante quiere decir y lo que las palabras que él emite significan.

Supongamos que yo soy un soldado americano de la Segunda Guerra Mundial y que soy capturado por las tropas italianas. Y supongamos también que deseo inducir a esas tropas a creer que soy un oficial alemán de modo que consiga que me suelten. Lo que me gustaría hacer sería decirles en alemán o italiano que soy un oficial alemán. Pero supongamos que no sé alemán o italiano suficientes para hacer esto. Entonces yo, por así decirlo, intento representar la pantomima de decirles que yo soy un oficial alemán recitándoles aquellos pequeños trozos de alemán que conozco, confiando en que ellos no saben suficiente alemán como para darse cuenta de mi plan. Supongamos que conozco solamente una línea de alemán que recuerdo de un poema que tenía que memorizar en un curso de alemán de la escuela secundaria. Por lo tanto yo, un prisionero americano, me dirijo a mis capturadores italianos con la siguiente oración: «Kennst du das Land wo die Zitronen blühen?» Ahora bien, describamos la situación en términos griceanos. Yo intento producir un cierto efecto en ellos, a saber, el efecto de que crean que yo soy un soldado alemán; e intento producir este efecto por medio de su reconocimiento de mi intención. Intento que ellos piensen que lo que estoy intentando decirles es que yo soy un oficial alemán. Pero ¿se sigue de esta explicación que cuando digo «Kennts du das Land...», etc., lo que quiero decir (*mean*) es «Soy un oficial alemán»? No solamente no se sigue sino que en este caso me parece completamente falso que cuando emito la oración alemana lo que quiero decir es «Yo soy un oficial alemán», o incluso «Ich bin ein deutscher Offizier», puesto que lo que las palabras significan (*mean*) es «¿Conoces el país donde florecen los limoneros?». Naturalmente, deseo engañar a mis capturadores de modo que piensen que lo que quiero decir es «Yo soy un oficial alemán», pero parte de lo que se incluye en el engaño es lograr que piensen que esto es lo que las palabras que emito significan en alemán. En un punto de las *Philosophical Investigations* Wittgenstein dice «Dije “hace frío aquí” queriendo decir “hace calor aquí”». La razón por la que no somos capaces de hacer esto es que lo que nosotros podemos querer decir es una función de lo que estamos diciendo. El significado es más que un asunto de intención, es un asunto de convención.

La explicación de Grice puede rectificarse para tratar con contraejemplos de este género. Tenemos un caso donde estoy intentando producir un cierto efecto por medio del reconocimiento de mi intención de producir ese efecto, pero el dispositivo que uso para producir ese efecto se usa convencionalmente, en virtud de las reglas que gobiernan el uso de ese dispositivo, como un medio de producir efectos ilocutivos completamente diferentes. Debemos por lo tanto reformular la explicación del significado de Grice de una manera tal que haga claro que el querer decir algo por parte de una persona



TEXTOS

Bloque 2: J. Searle

cuando ésta dice algo está relacionado más que contingentemente con lo que la oración significa en el lenguaje que esa persona está hablando. En nuestro análisis de los actos ilocutivos debemos capturar tanto los aspectos convencionales como los intencionales y especialmente las relaciones entre ellos. En la realización de un acto ilocutivo el hablante intenta producir un cierto efecto, logrando que el oyente reconozca su intención de producir ese efecto, y además, si está usando las palabras literalmente, intenta que este reconocimiento se logre en virtud del hecho de que las reglas para el uso de las expresiones que emite asocian las expresiones con la producción de ese efecto. Es esta combinación de elementos la que necesitaremos expresar en nuestro análisis del acto ilocutivo.

Ejercicios

1. Explique la crítica de J. Searle a la teoría intencional de H. P. Grice.
2. Distinga entre los diferentes aspectos intencionales implicados en un acto de habla.
3. Según Searle, no se puede decir «¡vaya calor que hace hoy!» para significar que hace frío. ¿Por qué?
4. ¿A qué se refiere J. Searle cuando habla de «los aspectos convencionales» de un acto de habla. ¿Cuál es su relación con los aspectos intencionales?

TEXTO 2**Una taxonomía alternativa**

J. Searle,
*Una taxonomía
de los actos
illocutivos,*
traducción de
L. M. Valdés

En esta sección presentaré una lista de lo que considero categorías básicas de los actos illocutivos. Al hacerlo discutiré brevemente cómo se relaciona mi clasificación con la de Austin.

Representativos. El objeto o propósito de los miembros de la clase de los representativos es comprometer al hablante (en diferentes grados) con que algo es el caso, con la verdad de la proposición expresada. Todos los miembros de la clase de los representativos son evaluables según la dimensión de valoración que incluye verdadero y falso. Usando el signo de la aserción de Frege para marcar el objeto illocutivo común a todos los miembros de esta clase y los símbolos introducidos más arriba podemos simbolizar esta clase como sigue:

↓ C(p)

La dirección de ajuste es palabras-a-el-mundo y el estado psicológico expresado es creencia (de que *p*). Es importante subrayar que palabras tales como «creencia», y «compromiso» se usan aquí con el propósito de señalar dimensiones; son, por así decirlo, determinables más que determinadas. Así existe una diferencia entre *sugerir que p* o *presentarlo como una hipótesis de que p* de un lado e *insistir en que p* o *jurar solemnemente que p* del otro. El grado de creencia y compromiso puede aproximarse o incluso alcanzar cero, pero está claro o llegará a estarlo que plantear hipotéticamente que *p* y enunciar llanamente *p* están en la misma línea de cuestiones en un sentido en el que ninguno de los dos se parece a pedir. [...]

Directivos. Su objeto illocutivo consiste en el hecho de que son intentos (de varios grados, y por eso más precisamente, son determinados del determinable que incluye intentar) del hablante de lograr que el oyente haga algo. Pueden ser «intentos» muy modestos como cuando te invito a hacer algo o te sugiero que lo hagas, o pueden ser intentos de mayor intensidad, como cuando insisto en que lo hagas. Usando de modo general el signo de la exclamación como distintivo indicador del objeto illocutivo para los miembros de esta clase tendremos el simbolismo siguiente:

↑ D (O hace A)

La dirección de ajuste es mundo-a-palabras y la condición de sinceridad es desear (o querer o aspirar). El contenido proposicional es siempre que el oyente O lleve a cabo alguna futura acción A. Los verbos que denotan miembros de esta clase son: *ordenar, mandar, pedir, preguntar, interrogar, suplicar, abogar por, rogar*, y también *invitar, permitir y aconsejar* [...].

Conmisivos. La definición de Austin de los comisivos me parece intachable y simplemente la haré compatible tal como está con la crítica de que varios de los verbos que incluye en la lista de los comisivos como «lo haré» (*shall*), «intentar», «favorecer» y otros no pertenecen en absoluto a esta clase. Los comisivos son, entonces, aquellos actos illocutivos cuyo objeto es comprometer al hablante (de nuevo en grados varios) con algún futuro curso de acción.



TEXTOS

Bloque 2: J. Searle

Usando C para los miembros de esta clase tenemos el siguiente simbolismo:

$C \uparrow I$ (H hace A)

La dirección de ajuste es mundo-a-palabras y la condición de sinceridad es la intención. El contenido proposicional es siempre que el hablante H realice alguna acción futura A. Puesto que la dirección de ajuste es la misma para los conmisivos y los directivos tendríamos una taxonomía más elegante si pudiésemos mostrar que son realmente miembros de la misma categoría. Soy incapaz de hacer esto ya que, mientras que el objeto de una promesa es comprometer al hablante a hacer algo (y no necesariamente inducirse a sí mismo a hacerlo), el objeto de una petición es intentar lograr que el oyente haga algo (y no necesariamente comprometerlo u obligarlo a que lo haga). [...]

Una cuarta categoría que llamaré:

Expresivos. El objeto ilocutivo de esta clase es expresar el estado psicológico especificado en la condición de sinceridad sobre el estado de cosas especificado en el contenido proposicional. Los paradigmas de los verbos expresivos son «dar las gracias», «congratularse», «pedir disculpas», «dar el pésame», «deplorar» y «dar la bienvenida». Nótese que en los expresivos no existe dirección de ajuste. Al realizar un expresivo el hablante no está ni intentando hacer que mundo encaje con las palabras ni que las palabras encajen con el mundo; más bien se presupone la verdad de la proposición expresada. Así, por ejemplo, cuando pido disculpas por haberte pisado no es mi propósito ni afirmar que tu pie ha sido pisado, ni inducir a que se te pise. [...] La verdad de la proposición expresada en un expresivo se presupone. La simbolización de esta clase debe, por consiguiente, proceder como sigue:

$E \emptyset (P)$ (H/O + propiedad)

donde E indica el objeto ilocutivo común a todos los expresivos, $\emptyset$ es el símbolo de la clase vacía que indica que no existe dirección de ajuste, (P) es una variable cuyo rango son los diferentes estados psicológicos posibles expresados en la realización de los actos ilocutivos de esta clase, y el contenido proposicional adscribe alguna propiedad (no necesariamente una acción) a H o a O. Puedo felicitarte no sólo por tu victoria en la carrera sino también por tu buen aspecto o por la victoria de tu hijo en la carrera. La propiedad especificada en el contenido proposicional de un expresivo debe, sin embargo, relacionarse con H o con O. No puedo sin algunas suposiciones muy especiales felicitarte por la primera ley del movimiento de Newton.

Declaraciones. La característica definitoria de esta clase es que la realización con éxito de uno de sus miembros da lugar a la correspondencia entre contenido proposicional y la realidad. La realización con éxito garantiza que el contenido proposicional corresponde al mundo: si realizo con éxito el acto de nombrarte presidente entonces eres presidente; si realizo con éxito el acto de proclamarte candidato, entonces eres candidato; si realizo con éxito el acto de declarar el estado de guerra, entonces la guerra ha comenzado; si realizo con éxito el acto de casarte, entonces estás casado.

La estructura sintáctica superficial de muchas oraciones utilizadas para realizar declaraciones nos oculta este punto, dado que en ellas no hay distinción sintáctica superficial entre el contenido proposicional y fuerza ilocutiva. Así «Quedas despedido» y «Dimite» no parece permitir una distinción entre fuerza ilocutiva y contenido proposicional pero, de hecho, pienso que en su uso para realizar declaraciones su estructura semántica es:

Declaro: tu empleo (por la presente) se termina.

Declaro: mi cargo (por la presente) se termina.

[...] Obsérvese que todos los ejemplos que hemos considerado hasta aquí incluyen una institución extralingüística, un sistema de reglas constitutivas además de las reglas constitutivas del lenguaje, para que la declaración pueda ser realizada con éxito. El dominio de aquellas reglas que constituyen la competencia lingüística del hablante no es, en general, suficiente para la realización de una declaración. Debe existir además una institución extralingüística y hablante y oyente deben ocupar lugares especiales dentro de esa institución. Solamente dadas instituciones tales como la iglesia, la ley, la propiedad privada, el estado y una posición especial del hablante y el oyente dentro de esas instituciones se puede excomulgar, nombrar para un cargo, transmitir y legar las propias posesiones, o declarar la guerra.

Las únicas excepciones al principio de que toda declaración requiere una institución extralingüística son aquellas declaraciones que conciernen al lenguaje mismo, como por ejemplo cuando se dice «defino, abrevio, nombro, llamo o estipulo». Austin habla a menudo como si todos los realizativos (y en la teoría general, todos los actos ilocutivos) requiriesen alguna institución extralingüística, pero esto no es, evidentemente, el caso. Las declaraciones son una categoría muy especial de actos de habla. Simbolizaremos su estructura como sigue:

$D \updownarrow \emptyset (p)$

donde D indica el objeto ilocutivo declaracional; la dirección de ajuste es tanto palabras-a-mundo como mundo-a-palabras a causa del carácter peculiar de las declaraciones; no hay condición de sinceridad, de ahí que tengamos el símbolo de la clase vacía en el hueco de la condición de sinceridad y empleamos la variable proposicional acostumbrada *p*.

La razón de que aquí tenga que haber una flecha de relación-de-ajuste es que las declaraciones intentan conseguir que el lenguaje encaje con el



TEXTOS

Bloque 2: J. Searle

mundo. Pero no son intentos de hacerlo ni describiendo un estado de cosas existente (como hacen los representativos) ni intentando lograr que nadie dé lugar a un futuro estado de cosas (como hacen los directivos y los conmisivos).

Ejercicios

1. Enumere los criterios que permiten a J. Searle proporcionar esta clasificación de los actos de habla.
2. Ponga ejemplos de cada uno de los tipos de actos de habla (diferentes de los que figuran en el texto).
3. ¿Es *mentir* un acto de habla? ¿Por qué?
4. ¿Qué tipo de acto de habla es *recomendar*? ¿Por qué?



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

La bibliografía sobre la obra de J. L. Austin no es muy abundante. Es conveniente consultar la colección de I. BERLIN y otros, *Essays on J. L. Austin*, Oxford: Clarendon, 1973, que recoge artículos clásicos sobre la filosofía austiniana y el *Symposium on J. L. Austin*, recopilado por K. T. FANN y publicado en Londres: Routledge, 1969. Son buenos ensayos M. FURBERG, *Saying and meaning*, Oxford: Blackwell, 1971 (2.^a ed.). Crítico de la filosofía de J. L. Austin es K. GRAHAM, *J. L. Austin. A Critique of Ordinary Language Philosophy*, Sussex: Harvester Press, 1977.

Las obras fundamentales de J. SEARLE en el campo de la teoría de los actos de habla son: *Speech Acts*, Cambridge: Cambridge U. Press, 1969 (hay traducción al español en Madrid: Cátedra, 1980); *Expression and Meaning*, Cambridge: Cambridge U. Press, 1979 y con D. Vanderveken, *Foundations of Illocutionary Logic*, Cambridge: Cambridge U. Press, 1985. Esta última obra es completada por D. VANDERVEKEN, *Meaning and Speech Acts*, I y II, Cambridge: Cambridge U. Press, 1990 - 1991.

En español, se ha de acudir a las semblanzas de A. GARCÍA SUÁREZ, «J. L. Austin: teoría y práctica de la filosofía», introductoria de su traducción de los *Ensayos filosóficos* (v. Bibliografía), de R. Carrió y E. A. Rabossi, «La filosofía de J. L. Austin», introductoria a su traducción de *Cómo hacer cosas con palabras* (v. Bibliografía) y de J. J. Acero, «J. L. Austin», en J. M. BERMUDO, ed., *Los filósofos y sus filosofías*, Barcelona: Vicens-Vives, 1983.

Exposiciones recientes de la teoría de actos de habla son las que están incluidas en M. GARCÍA CARPINTERO (1996), A. GARCÍA SUÁREZ (1997) y M. J. FRAPOLLI y E. ROMERO (1998).

TEMA 19

Significado e intención: la racionalidad de la comunicación

ESQUEMA/RESUMEN

- 19.1. La teoría intencional del significado
- 19.2. El principio de cooperación lingüística y las máximas conversatorias
- 19.3. Implicaturas convencionales y conversatorias
- 19.4. Lo literal, lo metafórico y el significado preferencial

19.1. LA TEORÍA INTENCIONAL DEL SIGNIFICADO

La teoría pragmática de H. P. Grice sobre el significado, aparte de sus méritos propiamente lingüísticos, forma parte de una concepción general filosófica que implica tesis lógicas, epistemológicas y morales. Esta concepción general contiene, entre otras cosas, una propuesta metodológica sobre el estudio de la noción de significado. La propuesta metodológica consiste reconstruir las nociones propias de la semántica a partir de las nociones pragmáticas y, en particular, a partir de la caracterización de la noción *significado del hablante*. Se trata por tanto de una propuesta reduccionista, de una disciplina científica a otra, y encara los problemas característicos de estas reducciones. Uno de los que mejor ha expresado la generalidad y significación de este ambicioso programa es J. Bennett (*Linguistic Behavior*, Cambridge U. Press, 1976), en un análisis que no merece la pena exponer ahora.

El papel básico que H. P. Grice concede en su teoría a la noción de *significado del hablante* o *significado_h*, dice ya bastante sobre cual es su tesis básica sobre esta noción: Grice parte del rechazo wittgensteniano a identificar el significado de una expresión con la realidad que designa para buscarlo en el *uso* lingüístico, en la situación comunicativa real. Como no supone ninguna noción previamente determinada de *significado lingüístico*, su problema inicial es el de hallar las condiciones necesarias y suficientes para que una preferencia efectuada por el hablante sea considerada como significativa. Por tanto, su problema es el de caracterizar «*pi* es significativa» (donde *pi* designa una preferencia) a través de «*H_i*, al proferir *pi*, en la ocasión *t_j*, significó α ».

Ahora bien, para que un hablante, al hacer una preferencia, signifique algo, es preciso tener en cuenta sus *intenciones* al hacer esa preferencia. Es el intento de llevar a cabo esas intenciones, sean éstas las que fueren, las que hacen escoger al hablante tal o cual preferencia para significar tal o cual cosa. Es la pretensión de realizar esas intenciones las que *explican* los medios que escoge para ello, esto es, sus preferencias lingüísticas. Sin embargo, como pusieron de relieve diversos críticos de Grice, no basta con que la conducta lingüística del hablante sea una conducta intencionada para que ésta sea significativa: es necesario que *sean significativas para un auditorio*, esto es, es necesario que se atenga a ciertas restricciones que permitan que ese

auditorio reconozca esas intenciones que guían al hablante. La finalidad posterior de quien participa en una interacción comunicativa es *causar* una determinada respuesta en sus interlocutores, respuesta que no se produce si el que es su sujeto, el auditorio, es incapaz de averiguar las intenciones del hablante, de reconocerlas en las preferencias de éste. Así pues, en la explicación del significado_h de una preferencia ha de formar parte la intención adicional de que el oyente reconozca la intención del hablante. Para abreviar, la definición de Grice para el significado_h de lo que el hablante significa al proferir *pi*, es la siguiente:

La preferencia de pi, por parte de un hablante H, es significativa si y sólo si para un auditorio A, H profirió pi con la intención:

- 1) *de producir una respuesta en A*
- 2) *de que A reconociese que H pretendía que 1), y*
- 3) *de que 2) fuese, al menos en parte, la razón de que 1)*

esto es, de que, al menos en parte mediante el reconocimiento de la intención del hablante de que el auditorio reaccione de una determinada forma, éste así lo hiciese.

Las respuestas que una conducta comunicativa pretende inducir en los oyentes son, según Grice, de dos clases: cambio de creencias y realización de acciones. El primer tipo de respuestas, que consiste en la modificación del sistema de creencias del auditorio en uno u otro sentido (adición de creencias nuevas, revisión de las antiguas...) se suscita fundamentalmente, según Grice, mediante el discurso declarativo o, como él prefirió denominarlo, para no introducir ninguna noción lingüística previamente dada, mediante preferencias *exhibitivas*. El segundo tipo, consistente en la inducción de una disposición para una acción determinada, está asociado a las modalidades imperativa e interrogativa o mediante preferencias *protrépticas*. No obstante, no existe una correspondencia absoluta entre las nociones gramaticales (modalidades indicativa, interrogativa e imperativa) y las nociones pragmáticas (preferencias exhibitivas y protrépticas). Si se trata de una preferencia exhibitiva, la intención *primaria* de H es que A crea que α , y α es justamente lo que en esa ocasión significa la preferencia *pi*, si es que se cumplen las restantes condiciones, α es su significado_h ocasional. Si se trata de una preferencia *protréptica*, la intención *primaria* de H es que A tiene que $\forall$, donde $\forall$ describe una acción, y eso es lo que significa la preferencia protréptica, si se cumple el resto de las condiciones definitorias.

La definición de significado_h ocasional sólo requiere dos conceptos básicos pertenecientes a la teoría de la acción: el de intención y el de creencia. Según Grice, con ellos se puede analizar lo que en cada ocasión el hablante significa con sus palabras. Sin embargo, esto no quiere decir que el significado de las preferencias de los hablantes sea impredecible y que, el hablante, con ocasión de cada preferencia, signifique o pretenda significar una

cosa distinta. Se pueden establecer generalizaciones sobre los significados de las preferencias de los hablantes, sobre sus limitaciones y se puede descubrir regularidades. Además son estas regularidades las que permiten pasar a Grice de nociones tan concretas y particulares como la del significado_h ocasional a nociones como las de *significado atemporal aplicado* y *significado atemporal*, que se encuentran más próximas al nivel de la semántica. Para realizar este paso, Grice utiliza dos nociones auxiliares, derivadas de la noción general de *convención*, que son las de *procedimiento* y *repertorio*. Dicho breve y toscamente, un procedimiento es una práctica convencional compartida por los miembros de una comunidad para los cuales tiene un significado relativamente fijo; un repertorio es un conjunto de procedimientos que tienen una misma significación. Con ayuda de estas nociones, se puede introducir la noción de *significado atemporal aplicado* o, lo que es lo mismo, lo que un ejemplar de una expresión perteneciente a una lengua significa, del siguiente modo: « α » (o «A tiene que $\forall$ ») es lo que significa la expresión ejemplar p en la situación S y dentro de la lengua L si y sólo si es un procedimiento perteneciente al repertorio que poseen los hablantes de la lengua L proferir un ejemplar del mismo tipo que p en la situación S , y la preferencia de un ejemplar tal, por parte de cualquier hablante de L , en la situación S , significa que α (o que A tiene que $\forall$) (Acero, Bustos, Quesada, *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid: Cátedra, 1982, pág. 179).

A su vez, a partir de esta definición, se puede llegar a la de *significado atemporal* suprimiendo la referencia a la situación S y sustituyendo la referencia a prolata por la introducción de expresiones-tipo: « α » (o «A tiene que $\forall$ ») es lo que significa la expresión tipo x en la lengua L si y sólo si es un procedimiento perteneciente al repertorio que poseen los hablantes de la lengua L proferir un ejemplar de x con el significado atemporal aplicado de α (o A tiene que $\forall$) (Acero, Bustos, Quesada, 1982, pág. 180 *passim*).

De este modo se efectúa en la teoría de Grice el paso de la pragmática a la semántica. Ahora bien, el problema principal del intento reduccionista de H. P. Grice es el de si tal reducción prescinde realmente de cualquier noción lingüística previa, en particular de una noción previa de significado gramatical o sistémico. Ya R. Kempson (*Presupposition and delimitation of semantics*, Cambridge U. Press, 1975) advirtió que un problema de las definiciones de Grice reside en el concepto de *procedimiento*. Para que este concepto pueda ser introducido de un modo válido dentro de una definición pragmática de significado, ha de ser precisada su calificación de «práctica convencional». En primer lugar, y trivialmente, ha de añadirse el término «lingüística»: los procedimientos a que hace referencia la definición son procedimientos lingüísticos o, si se quiere, lingüístico-comunicativos. En segundo lugar, hay que analizar en qué consisten esas prácticas lingüísticas convencionales, puesto que se trata de nociones complejas. En efecto, los procedimientos lingüísticos que compartimos los hablantes del español tienen dos aspectos: por una parte, el estructural, que determina la forma de la expre-

sión empleada y que se basa en un sistema de principios o reglas compartido por los hablantes de esa lengua; por otra, el comunicativo, que se basa en convenciones o reglas que rigen la interacción lingüística de los miembros de la comunidad. Desde este punto de vista, también la gramática se puede considerar como un repertorio de procedimientos, de naturaleza tan social como las convenciones que indican el carácter insultante de ciertos términos en ciertos contextos, las palabras que hay que emplear para efectuar un juramento, etc. De tal modo que puede que las nociones gramaticales sobre el significado, que Grice pretendió construir a partir de las pragmáticas, estén *ya* incluidas en los términos primitivos empleados en la definición de éstas. Como señaló Kempson (1975, 141), los procedimientos lingüísticos están limitados (determinados, dice ella) por las convenciones lingüísticas que definen la lengua que comparte una comunidad, y precisamente por ello no es nada fácil prescindir de esas convenciones. Dicho de otro modo, el reconocimiento por parte del auditorio de las intenciones del hablante se basa en la *corrección* del procedimiento que emplee éste para expresarlas. Parte de esa corrección reside en la adecuada elección de recursos gramaticales, cuyo significado está fijado previamente a la ocasión de su empleo. La lengua está constituida por un conjunto de principios y reglas relativamente fijo para la expresión de información por medios lingüísticos y, por ende, para la expresión de las intenciones comunicativas de los hablantes. En general, los críticos de Grice han señalado que, si se interpreta su teoría de un modo radical, el significado de las preferencias de los hablantes de una lengua es prácticamente impredecible. Pero, además, si la teoría de Grice pudiera prescindir del significado lingüístico previo de las expresiones de un hablante, sería muy difícil explicar cómo descubre el auditorio las intenciones de éste. En algún momento de la inferencia de las intenciones comunicativas ha de intervenir la consideración del significado fijado por el sistema de la lengua.

19.2. EL PRINCIPIO DE COOPERACIÓN LINGÜÍSTICA Y LAS MÁXIMAS DE CONVERSACIÓN

Bajo una interpretación no radical, la teoría del significado de H. P. Grice se puede considerar como una teoría sobre el modo en que los hablantes de una lengua utilizan expresiones con un significado convencional o sistémico para transmitir información que no está contenida en ese significado o que lo modifica sustancialmente. Por lo tanto, más que una teoría sobre lo que hemos denominado el *significado lingüístico sistémico* —abstracto, convencional, semántico—, la teoría de Grice es una teoría sobre el *significado comunicativo* o sobre el significado *en* la comunicación, que atiende a los aspectos dinámicos de la interacción comunicativa y no a los estáticos de la lengua. Por ello, la teoría de Grice es especialmente apta para el análisis del lenguaje en esos contextos dinámicos, como el de la *conversación* entre un hablante y un auditorio.

En primer lugar, H. P. Grice puso de relieve el carácter *coordinado* de la interacción comunicativa. El hablante y el auditorio que participan en una conversación suelen coordinar sus acciones para facilitar el proceso de transmisión de información del uno al otro. Esto quiere decir que, en la búsqueda de los objetivos comunicativos compartidos, el hablante y su auditorio han de utilizar los medios adecuados para la consecución de esos objetivos. Esos medios, en la medida en que son convencionales, se pueden expresar en forma de reglas. Cuando se analiza, no ya la interacción verbal de dos hablantes en particular, sino la de toda una comunidad lingüística, estas reglas adquieren carácter general, carácter de *máximas* a las que se ajustan, o se deben ajustar, las conductas lingüísticas de los participantes en un proceso de intercambio de información mediante el lenguaje. El sentido abstracto de estas máximas puede ser expresado como un principio de carácter general, del cual las máximas encarnan diferentes aspectos. Según Grice, ese principio puede ser denominado *principio de cooperación* y formulado del modo siguiente:

Principio de cooperación lingüística: Haga su contribución a la conversación, allí cuando tenga lugar, de acuerdo con el propósito o la dirección —tácita o explícitamente aceptada— del intercambio en que se halla inmerso.

Este principio expresa, pues, el carácter coordinado que tiene o debe tener la conducta lingüística de dos hablantes que se comunican entre sí. Si uno de ellos viola este principio, el que ejerce de auditorio puede extraer una de las dos siguientes conclusiones: 1) el hablante no tiene *intención real* de comunicarse, o 2) el hablante está violando *aparentemente* el principio de cooperación con la finalidad de introducir o transmitir nueva información en el proceso comunicativo. Uno de los mayores méritos de la teoría de Grice fue el de indicar los diferentes fenómenos pragmáticos que tienen lugar al transgredirse el principio de cooperación, en las diferentes formas en que éste puede concretarse, en las diferentes máximas regulativas de la comunicación.

De acuerdo con el análisis de Grice, las máximas conversatorias se distribuyen en las cuatro categorías tradicionales de *cantidad*, *cualidad*, *relación* y *modo*. Comenzando por esta última, se suelen expresar de la siguiente manera:

Máxima de modo: Sea claro o perspicuo.

1. Evite expresarse de una forma oscura.
2. Evite ser ambiguo.
3. Sea breve, evite ser innecesariamente prolijo.
4. Sea ordenado.

Los puntos 1 a 4 constituyen las diferentes submáximas que precisan el significado de la máxima general, aunque a su vez necesiten también de aclaración. Por ejemplo, se ha considerado que 1 puede concebirse como una instrucción para que el hablante y auditorio se muevan en el mismo nivel lingüístico, lo cual quiere decir no sólo que utilicen la misma lengua, sino posiblemente que utilicen la misma *norma*. La submáxima 2 se puede interpretar como una instrucción doble: 1.a) no usar expresiones ambiguas y 1.b) no asignar más de una interpretación a las expresiones. La submáxima 3, en cambio, no sólo se debe interpretar como una limitación en la longitud de las expresiones, sino también como una constricción sobre la introducción de redundancia en el proceso comunicativo; algo así como: evite ser innecesariamente redundante. La submáxima 4 tiene especial importancia en las oraciones que expresan una relación temporal o una descripción espacial, pues éstas se utilizan en ocasiones para expresar una relación causal entre acontecimientos sucesivos o su distribución. Un hablante de español no interpreta del mismo modo

(7) Pepita se casó y se quedó embarazada

(8) Pepita se quedó embarazada y se casó

ni (9) y (10):

(9) Juan fue a la guerra y vino destrozado

(10) Juan vino destrozado y fue a la guerra

porque el orden de los elementos es importante *incluso* para la determinación de las condiciones de verdad de esas oraciones.

Máxima de relación: Sea relevante o, más explícitamente, haga que su contribución conversatoria sea relevante con respecto a la dirección del intercambio.

Esta máxima tendría una importancia esencial, si hubiera un tratamiento preciso de la noción de relevancia. Como veremos, precisamente el desarrollo de esa noción ha constituido la forma en que se ha desarrollado el paradigma de la teoría pragmática.

Máxima de cualidad: Trate de que su contribución conversatoria sea verdadera.

1. No diga lo que cree que es falso.

2. No afirme algo para lo cual no tenga pruebas suficientes.

Esta máxima está relacionada con la *convención de veracidad*, principio que serviría para establecer un criterio diferenciador entre la clase de los len-

guajes posibles y los reales: en una lengua real predomina el respeto a esta convención y, por eso, es posible la mentira. Obliga a los hablantes de una lengua a atenerse a la verdad y, en virtud de esta máxima, puede el auditorio inferir que el hablante manifiesta sus creencias mediante su conducta lingüística.

Sin embargo, en la formulación original de Grice, la máxima sólo tenía aplicación a los actos de enunciación o aserción, puesto que son los únicos susceptibles de ser calificados aléticamente. Si se considera que la máxima ha de aplicarse a cualesquiera actos de habla, se ha de reemplazar la convención de veracidad por una convención de *sinceridad* o de buena voluntad, que asegure que los hablantes realizan actos de habla cuyas condiciones creen que se dan. Esa sustitución incluiría por tanto el caso en que se realizan aserciones, puesto que una de las condiciones para realizarlas es justamente que el hablante crea lo que afirma. Por tanto, la reformulación diría:

Trate de que su contribución conversatoria sea sincera:

1. No trate de realizar un acto de habla del cual sabe que no se cumplen las condiciones de realización.
2. No trate de realizar un acto de habla para el cual no sabe si se cumplen las condiciones de realización.

El caso de las promesas insinceras, por ejemplo, constituye una violación de la máxima de cualidad así reformulada, pues quien las realiza sabe positivamente que falta una de las condiciones para la realización del acto de prometer. En virtud de esa reformulación, lo que el auditorio está autorizado a inferir de la realización de determinados actos de habla es que quien los realiza o pretende realizarlos cree que se dan las condiciones necesarias para que se lleven a efecto.

Máxima de cantidad:

1. Haga que su contribución conversatoria sea tan informativa como lo exige la dirección del intercambio.
2. Haga que su contribución informativa no sea más informativa de lo que exige la dirección del intercambio.

Esta máxima es particularmente importante, porque mediante su violación se producen fenómenos pragmáticos importantes, como los que se comentan en la próxima sección. Muchas veces se ha utilizado esta máxima como recurso para proponer soluciones a problemas como el de la presuposición. Respecto a ella, se señaló la aparente gratuidad de la segunda submáxima, ya que parece estar implicada en la primera. La expresión «tan informativa como lo exige...» se puede interpretar de una forma natural como

«*exactamente* tan informativa como lo exija...», lo cual implica que no ha de serlo más (ni menos). En segundo lugar, se señaló la vaguedad o indeterminación en algunas expresiones de su formulación. «Como sea necesario» resulta una fórmula cómoda, pero difícil de concretar: ¿cuál es la cantidad necesaria de información para que progrese un intercambio comunicativo? Parece difícil dar una respuesta a esta pregunta que no mencione precisamente el progreso en la comunicación, es decir, que no sea circular. Además, está el problema de si lo «necesario» lo es de una forma objetiva, independiente de las creencias de hablante y auditorio. Porque si lo necesario es lo que hablante y auditorio *juzgan como necesario*, es difícil caracterizar la cantidad de información precisa al margen de situaciones concretas. Otro problema adicional lo plantea el término «información». Si se quiere formalizar de algún modo la máxima, la formulación ha de incluir una cuantificación sobre la información, para establecer posteriormente cuál es el mínimo correspondiente, relativo a un momento del intercambio.

Por su parte, la máxima de cantidad había de interpretarse de forma que satisficiera las siguientes exigencias: 1) la exigencia de poder contestar preguntas de modo apropiado, esto es, de que las preguntas contuvieran la información necesaria para poder formular una respuesta; 2) la exigencia de que se presentara información suficiente en las preguntas y en los imperativos para posibilitar su adecuada satisfacción, y 3) la exigencia general de no decir lo que es familiar u obvio. En realidad, se trata de formas de concretar la exigencia general de información necesaria en cualquier intercambio, exigencia que remite a un *universo pragmático del discurso*. Efectivamente, parece razonable suponer que la información necesaria en un determinado momento de la conversación ha de estar relativizada en primer lugar a lo que saben hablante y auditorio o, más precisamente, al conocimiento que comparten y que fundamenta el intercambio. En ese sentido sería una violación de la máxima de cantidad que un hablante dijera a un auditorio una información que aquél sabe que éste conoce. La máxima de cantidad se habría de relativizar, pues, al conocimiento común de hablante y auditorio. La máxima de cantidad incluiría la submáxima:

Máxima de cantidad (cont.):

3. No afirme ninguna oración que sea un miembro del universo pragmático del discurso.

La submáxima se puede generalizar, a su vez, para incluir otros tipos de actos de habla y excluir, por ejemplo, que se formulen preguntas de las que el hablante sabe la respuesta y sabe que el auditorio sabe que el hablante la conoce, etc.

19.3. IMPLICACIONES CONVENCIONALES Y CONVERSATORIAS

Hemos mencionado anteriormente diversas ocasiones en que se da una situación en los intercambios comunicativos verbales entre un hablante y un auditorio que es difícil de explicar en términos puramente gramaticales. Se trata de la situación en que un hablante pretende decir, y dice, más de lo que sus palabras expresan o significan consideradas literalmente, de tal modo que el auditorio no sólo recibe la información recogida en esas palabras, sino que también, a partir de ellas y de las características de la situación comunicativa, puede inferir lo que el hablante sugiere o implica sin decirlo explícitamente. En estas situaciones es cuando tienen lugar lo que en teoría pragmática se denominan *implicaturas* o *implicaciones pragmáticas*. En principio, las implicaturas se pueden caracterizar como enunciados que el auditorio infiere a partir de lo que el hablante dice, pero que no obstante no forma parte de ello. Las implicaturas siempre se producen dentro de un determinado contexto y dependen parcialmente de él. Se diferencian de las implicaciones estrictas en que éstas forman parte de lo que el hablante dice literalmente o se pueden deducir lógicamente de ello. Lo que una preferencia de un enunciado implica tiene por tanto dos aspectos: 1) lo que se deduce del significado literal o sistémico y de la estructura lógica de la expresión, 2) lo que la preferencia de la expresión en cuestión, en un determinado contexto, permite inferir al auditorio de forma independiente de 1. En la terminología acuñada en español se suele mantener constante el predicado «implicar» para ambas nociones, pero se suele emplear dos sustantivos: *implicación* para la relación lógico-semántica e *implicatura* para la pragmática.

De un modo más preciso de lo que es habitual, se ha caracterizado la noción de implicatura del modo siguiente: *si la preferencia de una oración R en un contexto determinado autoriza la inferencia de que p, incluso aunque la proposición p sea algo por encima o por debajo de lo que el hablante dice realmente, entonces éste ha implicado que p, o p es una implicatura (o implicatum) de la preferencia de R.*

De esta caracterización se sigue que implicar pragmáticamente es una relación entre un hablante y determinadas ideas o proposiciones, relación que tiene lugar en contextos concretos. Mientras que en el caso de las implicaciones se puede prescindir de consideraciones contextuales y por esa razón hablar, en general, de las implicaciones de las oraciones, no sucede lo mismo con las implicaturas, que están ligadas más o menos fuertemente a un contexto: son las preferencias efectuadas por un hablante las que son el sujeto de las implicaturas, por lo que no tiene sentido hablar de implicaturas de oraciones. En lo sucesivo supondremos que no existe diferencia entre «H implicó pragmáticamente p con la preferencia de P» y «P, al ser proferida por H, implicó pragmáticamente p».

Además de depender del contexto, las implicaturas están directamente ligadas al principio de cooperación mencionado en la anterior sección. Para poder inferir que el hablante está implicando pragmáticamente algo, el oyente ha de suponer como condición que aquél se está ateniendo al principio de cooperación: que todo lo que está diciendo es relevante para la comunicación, que no miente, que no utiliza las palabras gratuitamente, etc. Es decir, el auditorio ha de suponer que el hablante intenta decir algo que va en la dirección del intercambio comunicativo, aunque sus palabras parezcan no hacerlo tomadas literalmente.

Grice distinguió entre dos clases principales de implicaciones pragmáticas, las convencionales y las conversatorias, dependiendo de la naturaleza de su conexión con el contexto. En las implicaturas de la primera clase, el contexto y las máximas de conversación tienen menos importancia, pues se trata de implicaciones que se basan en aspectos convencionales del significado de las expresiones empleadas en una determinada preferencia o de las estructuras gramaticales escogidas por el hablante para realizar tales preferencias. Las implicaciones convencionales tienen en común con las implicaciones logico-semánticas que dependen de la estructura de las expresiones, pero, a diferencia de ellas, no son de naturaleza veritativo condicional. Es decir, dadas dos oraciones que tienen las mismas condiciones de verdad, han de tener las mismas implicaciones, aunque puede suceder que una tenga una implicación pragmática convencional que no tenga la otra. Considérense las siguientes oraciones:

- (a) Irak liberó a los rehenes y los EEUU no cumplieron las condiciones
- (b) Irak liberó a los rehenes, *pero* los EEUU no cumplieron las condiciones

Ambas oraciones tienen las mismas condiciones de verdad, pero en la segunda la presencia de *pero* introduce una implicación convencional, la expresión, por parte de quien la usa, de una cierta contraposición entre los hechos enunciados por las dos oraciones, contraposición ausente en (a).

Una de las características típicas de las implicaciones convencionales es que son desmontables (*detachable*), es decir, que, dada una oración portadora de una implicación convencional siempre es posible encontrar otra, equivalente desde el punto de vista de sus condiciones de verdad, que carezca de esa implicatura, como sucede en el caso de (a) y (b). Otra característica importante de las implicaciones convencionales, que ha servido como criterio para distinguirlas de las conversatorias, es que no son cancelables, es decir, que no se puede afirmar lo contrario de lo implicado convencionalmente por una expresión adjuntando una cláusula cancelatoria. Por ejemplo, considérese la oración (c), que es portadora de una implicación pragmática convencional:

- (c) También los americanos cometen errores

La implicación convencional, que tiene su origen en el uso de *también*, es

(d) Otros, además de los americanos, cometen errores

Como es convencional, la implicación produce una inconsistencia cuando se pretende cancelar:

(e) También los americanos cometen errores, y nadie más comete errores

Las implicaciones convencionales han planteado fundamentalmente dos tipos de problemas. El primero se refiere a la presunta necesidad de introducir información referente a ellas en el diccionario o lexicón, para dar cuenta de cierto tipo de inferencias, para recoger la parte de significado que deja fuera la concepción semántica estricta de las condiciones de verdad. De hecho, se ha demostrado que las implicaciones convencionales se pueden incorporar a un modelo formal de la semántica de una lengua —la gramática de Montague, por ejemplo—, debido a su relativa independencia del contexto, que permite situar algunas o la mayoría de estas implicaciones en elementos léxicos (morfemas, gramaticales o léxicos) y no en las proferencias concretas de expresiones. Así, se puede afirmar que quien usa (c) está implicando con toda probabilidad (d), sea cual sea el contexto de la proferencia. Esa independencia del contexto convierte a las implicaciones convencionales en un fenómeno limítrofe entre la semántica y la pragmática, más aún si no se identifica la semántica con una teoría de las condiciones de verdad de las expresiones lingüísticas. De hecho, si se atiende al criterio que hemos utilizado para delimitar lo semántico de lo pragmático, el de la distinción entre expresión tipo y proferencia o ejemplar de una expresión, las implicaciones convencionales caen más bien del lado de la semántica.

En relación con esta adscripción, se ha planteado el segundo tipo de problemas referido a las implicaciones convencionales. Si los morfemas o las estructuras gramaticales origen de implicaciones convencionales no introducen modificaciones en las condiciones de verdad, ¿cuál es su función?, ¿qué es lo que impulsa a un hablante a introducirlas? De acuerdo con el modelo inferencial de la comprensión lingüística que hemos adelantado, la respuesta es que mediante las implicaciones convencionales el hablante transmite al auditorio una información ajena a las condiciones de verdad de lo que dice. Utilizando el ejemplo anterior, (d) no parece formar parte del contenido semántico veritativo de (c), de tal modo que (c) puede ser verdadero sin que lo sea (d). Para que (c) sea verdadero, de acuerdo con la general opinión, basta con que lo sea (f):

(f) los americanos cometen errores

de tal modo que la inconsistencia de (e) no es una inconsistencia que parezca deberse a la incompatibilidad entre las condiciones de verdad de los elementos de la conjunción, conjunción que equivale, desde el punto de vista de las condiciones de verdad a (g):

(g) sólo los americanos cometen errores

Las oraciones (c) y (g) no parecen por lo tanto incompatibles, pueden ser verdaderas a un tiempo y, sin embargo, su conjunción es intuitivamente

inconsistente para los hablantes del español. La inconsistencia se da en realidad entre lo que (c) implica convencionalmente, esto es, (d) y (g): ambas oraciones no pueden ser verdaderas a un tiempo. Ahora bien, ¿cuál es la razón de que un auditorio que oiga proferir (c) esté autorizado a inferir que quien lo hace cree (d)? ¿Qué es lo que le permite atribuir esa creencia? El principio de cooperación y las máximas conversatorias proporcionan una respuesta. La máxima conversatoria de relación permite suponer que la introducción del término «también» es relevante para la expresión de las intenciones del hablante; la máxima de cualidad asegura que el hablante está realizando una afirmación, que cree que se dan las condiciones para hacer esa afirmación, entre ellas la de que la cree verdadera; la máxima de cantidad la que asegura que (c) es tan informativa como quiere y cree necesario el hablante (y no más), etc. Son estas máximas, estas reglas para el intercambio verbal comunicativo las que convierten la introducción de «también» en un procedimiento convencional para realizar una implicación convencional determinada. Así, el primer problema se puede replantear en los siguientes términos, ¿se debe reflejar en el diccionario, en la información que determina la interpretación de un elemento léxico, que la utilización de ese elemento léxico constituye un procedimiento convencional para la realización de implicaciones convencionales? La respuesta afirmativa sería una respuesta sensata, puesto que esos procedimientos convencionales han adquirido naturaleza social con el desarrollo histórico de la lengua, esto es, han pasado a formar parte del *sistema* de la lengua, por lo que deben formar parte de su descripción.

A diferencia de las implicaciones convencionales, las conversatorias se caracterizan por una conexión más estrecha con el contexto y una relación más directa con las máximas conversatorias y el principio de cooperación. Según el grado de dependencia del contexto, las implicaciones conversatorias se dividen a su vez en particulares y generalizadas. De modo general y de acuerdo con el análisis de Grice, la noción de implicación conversatoria se ha caracterizado del siguiente modo:

Definición de implicación conversatoria: Al decir que α (o que A tiene que $\forall$), el hablante H implica conversatoriamente que β (o que A tiene que B) si y sólo si

1. H dice que α (o que A tiene que B)
2. A no tiene razón alguna para suponer que H no está observando el principio de cooperación (o las máximas de conversación).
3. A piensa que el hablante H observaría el principio de cooperación si estuviera pensando que β (o que A tiene que B)
4. El hablante H sabe (y sabe que A sabe que H sabe) que A reconocería su intención primaria si A pensase que β (o que A tiene que B).
5. El hablante no hará nada para evitar que A piense que β (o que A tiene que B).

Esta caracterización general está en conexión con las cinco propiedades mencionadas por H. P. Grice (1975) para diferenciar entre una y otra clase de implicaciones:

1. Las implicaciones conversatorias no han de formar parte del significado de (la preferencia de) la expresión que las produce. Esto significa que las implicaciones conversatorias no son predecibles a partir de la información semántica que sirve para interpretar la expresión, aunque esta información incluya propiedades no aléticas (de condiciones de verdad). Aunque el significado convencional es un requisito para la comprensión de la implicación conversatoria, ésta no está en función de aquél. Las implicaciones convencionales no producen por sí solas implicaciones conversatorias.
2. Las implicaciones conversatorias son sensibles al contexto y por esa misma razón son cancelables, a diferencia de las implicaciones convencionales. Esta cancelación se puede producir mediante la determinación explícita del contexto, o mediante la adición de una cláusula cancelatoria que niegue explícitamente la implicación conversatoria.

Por ejemplo, se suele considerar que

(a) mi mujer me criticó por haberme mostrado grosero con su amiga
implica conversatoriamente

(b) me mostré grosero con la amiga de mi mujer

La razón de que se considere una implicación conversatoria y no convencional es que la implicación se puede cancelar, se puede negar sin caer en una inconsistencia:

(c) mi mujer me criticó por haberme mostrado grosero con su amiga y, sin embargo, yo no me había mostrado grosero con ella

3. A diferencia de las implicaciones convencionales, las implicaciones conversatorias no son desmontables o sustituibles, lo cual quiere decir que, si una expresión es portadora de una implicación de esta clase, no se pueden sustituir elementos en ella por otros equivalentes para que la implicatura desaparezca. Por ejemplo, si en (a) se sustituye el predicado «criticar» por «reprochar», «censurar» u otro similar, la implicación no desaparece.
4. La implicación conversatoria no ha de constituir una condición veritativa de (la preferencia de) la oración que la produce.

Esta condición es bastante obvia si se quiere mantener una distinción clara entre implicaciones pragmáticas y lógicas: si la implicación pragmática resulta ser falsa, (la preferencia de) la oración que la produce no tiene por qué ser falsa o carente de valor de verdad. Este criterio no sólo tiene utilidad para distinguir las implicaciones conversatorias de las implicaciones lógicas,

sino también para diferenciarlas de algunos fenómenos semánticos estudiados en los años 70 y 80 del siglo xx bajo el rótulo de presuposiciones.

5. La implicación conversatoria no ha de ser necesariamente unívoca. Esto es, dada una determinada preferencia que produzca una implicación conversatoria, esa implicación ha de poder elegirse entre un conjunto de dos o más implicaciones conversatorias posibles y compatibles con la preferencia.

En la medida en que este último requisito está formulado en términos de posibilidad es menos restrictivo que los demás y, en consecuencia, no resulta decisivo muchas veces para distinguir implicaciones conversatorias.

Estas características constituyen un medio heurístico para identificar implicaciones conversatorias, pero no equivalen a su definición. El propio Grice no dio con una definición explícita de implicación conversatoria, y las definiciones que pretendieron llegar ese hueco tenían aspectos bastantes insatisfactorios. Por ejemplo, respecto a la definición: *una oración a implica conversatoriamente b respecto a una clase C de contextos de preferencia, si para todo $c \in C$, tal que la aserción de a en c no viola las máximas de conversación, b es supuesta en c*, se han indicado las siguientes críticas: 1) la definición no es un bicondicional, por lo que no impone restricciones a la clase de los objetos definidos; 2) supone una clasificación de los contextos, que permita asignar cada contexto específico c a una clase C_i ; 3) no recoge en realidad la noción de implicación pragmática, pues hay casos de ella en que no se supone el contexto hasta que la oración en cuestión es utilizada; las implicaciones pragmáticas no son simplemente implicaciones contextuales. Aparte de estas críticas, se pueden mencionar asimismo otros aspectos defectuosos en la definición: 1) la definición está formulada en términos de oraciones y no de preferencias, ignorando que las implicaciones pragmáticas conversatorias de una oración son impredecibles, incluso suponiendo que se pueda especificar un conjunto homogéneo de contextos; 2) la definición no aclara el significado de la expresión « b es supuesta en c »: si se refiere a que forma parte del «universo pragmático del discurso» o del «conocimiento mutuo» del hablante y el auditorio, vale la crítica 3; si se refiere, en cambio, a que es supuesta por el hablante o supuesta por el auditorio, la definición no consigue explicar la conexión de las implicaciones pragmáticas con las intenciones comunicativas del hablante y su reconocimiento por parte del auditorio. Esa conexión es la que trató de poner de relieve otra definición: *H implica conversatoriamente a mediante π_i si y sólo si, con la preferencia π_i , H intenta transmitir a a un auditorio e intenta que esa intención sea reconocida en parte gracias al reconocimiento, por parte de ese auditorio, del sentido de π_i (junto con la expectativa de que H también sabe el sentido de π_i), pero también en parte a causa de que el auditorio espera que H actúe conforme al principio de cooperación y espera que H cuente igualmente con esa expectativa y actúe en consecuencia con ella.*

La definición constituyó una caracterización de la noción de implicación conversatoria en términos de la teoría de Grice, por lo que utiliza términos primitivos de esa teoría como *intención*. Pero, como tal caracterización, resulta farragosa como explicitación de los siguientes hechos relativos a las implicaciones conversatorias:

1. Las implicaciones conversatorias requieren la comprensión de las preferencias utilizadas para expresarlas, aunque no dependan necesariamente de su significado convencional.
2. Las implicaciones conversatorias dependen de la observancia del principio de cooperación y de las máximas conversatorias. Lo que permite a un auditorio inferir que el hablante está implicando conversatoriamente algo es la suposición de que éste se está ajustando en uno u otro modo al principio de cooperación, aunque aparentemente esté violando una máxima conversatoria.

Por ejemplo, considérese la siguiente conversación:

(a) H_1 . Pedro ha vuelto a emborracharse

H_2 . La cabra siempre tira al monte

H_2 parece estar violando con su conducta lingüística la máxima de relación, que le obliga a ser relevante, a contribuir a la conversación en la dirección que ésta lleva. H_1 no concluye sin embargo que H_2 esté realizando esa violación, sino que supone que el comentario de H_2 tiene que ver con su preferencia y que, por tanto, implica conversatoriamente algo. Lo que H_2 implica no depende de lo que su preferencia significa convencionalmente (literalmente, sistémicamente), sino que ésta es un medio adecuado y convencional para expresar su opinión: la inevitabilidad del hecho a que hace referencia H_1 . Si H_1 no supiera que la expresión empleada por H_2 es un medio convencional para expresar tal cosa, no captaría la intención comunicativa de H_2 al emplearla y, en consecuencia, no entendería la implicación conversatoria de éste.

La definición de Walker (1975) se acerca más a una auténtica definición, pero por razones de claridad y capacidad analítica es mejor la propuesta por Acero, Bustos y Quesada (1982), que es una reelaboración de la adelantada por el propio Grice (1975). Tiene el mismo inconveniente que la anterior, estar basada en una noción indefinida de intención, pero se trata de un rasgo de la propia teoría pragmática de Grice y de cualquier teoría que emplee su marco conceptual.

Lo que se ha dicho hasta ahora es útil para distinguir la noción de implicación conversatoria de otros tipos de implicaciones, como la lógica o la convencional, pero no sirve para diferenciar entre las dos clases de implicaciones conversatorias a que se ha hecho mención, las generalizadas y las particulares. Esa distinción no puede trazarse con criterios muy rígidos, si

nos atenemos a lo que sobre ellas dijo Grice. Para él, las implicaciones conversatorias particulares se caracterizan por proceder de factores especiales inherentes al contexto de preferencia: *casos en los que una implicatura es producida mediante la preferencia de p en una ocasión particular en virtud de aspectos especiales del contexto* (1975, pág. 73). Esas implicaturas no dependen por tanto ni del significado sistémico de la expresión proferida, ni de la presencia en esa preferencia de expresiones particulares. Dicho de otro modo, la preferencia en cuestión no conllevaría la implicación conversatoria particular si hubiera sido utilizada en otro contexto. El origen de estas implicaturas es el respeto a las máximas conversatorias en un determinado contexto. Como ejemplo de este tipo de implicaciones, Karttunen y Peters (1979) mencionaron a finales de los setenta ciertos fenómenos presuposicionales relativos a los condicionales en subjuntivo, pero es posible encontrar ejemplos menos problemáticos. Considérese la siguiente conversación:

(a) H₁. ¿Le has propuesto ya el negocio?

H₂. No, la fruta aún no está madura

Éste puede pasar por un ejemplo claro de implicación conversatoria basada en la (aparente) violación de la máxima de relación en un contexto específico. Si H₁ entiende correctamente la intención de H₂, ha de concluir, posiblemente entre otras cosas, que H₂ piensa que no es aún el momento adecuado para realizar esa propuesta, y ello a través de la consideración de tres aspectos distintos de la preferencia de H₂: 1) lo que tal preferencia significa o, de forma equivalente, lo que H₂ dice; 2) el contexto en que H₂ profiere la expresión, esto es, como respuesta a una pregunta alternativa, y 3) la suposición de que se está ateniendo al principio de cooperación. Una sugerencia inmediata es la de que todas las expresiones que tienen o pueden tener sentido figurado introducen implicaciones conversatorias, en la medida que indican o sugieren más, o algo diferente, de lo que dicen, pero esta consideración no es sino una corroboración del análisis de Grice. La expresión implicadora en la conversación anterior puede tener un sentido figurado, o no tenerlo, puede ser considerada como una expresión metafórica o literal dependiendo del contexto. Por ejemplo, en

(b) H₁. ¿Habéis recogido ya la cosecha de pera?

H₂. No, la fruta aún no está madura

H₂ está empleando la expresión en un sentido «literal» y, por tanto, no está implicando conversatoriamente que aún no es el momento de recoger la fruta, lo está diciendo.

Hay casos en los que determinadas expresiones tienen sólo un sentido figurado o metafórico, por lo que se puede afirmar que se han de utilizar para introducir implicaciones conversatorias. En esos casos, en la medida en que el contexto sea más o menos importante para la determinación de lo implicado, resulta difícil distinguir si se trata de implicaciones conversatorias de tipo general o particular.

En contraste con las implicaciones conversatorias particulares, las generalizadas se dan cuando *se puede decir que el uso de ciertas formas de las palabras en una preferencia llevaría consigo (en ausencia de circunstancias especiales) tal o cual implicatura o tipo de implicatura* (Grice, 1975). Esto es, en las implicaciones generalizadas hay una mayor independencia del contexto que en las particulares. Ahora bien, un problema con las implicaciones conversatorias generalizadas es que se pueden confundir fácilmente con las convencionales —como señaló el mismo Grice—, debido a la relativa independencia del contexto. La cancelabilidad, en cuanto criterio para distinguir unas de otras, puede servir en la mayoría de los casos, pero no en todos. Los propios ejemplos de Grice fueron muy poco claros a este respecto. Por ejemplo, afirmaba que la expresión

(a) *x* va a conocer a una mujer esta noche

implica de forma conversatoria y generalizada que la mujer en cuestión no se trata de «la esposa, madre o hermana de *x*, ni siquiera una amiga platónica». En cambio, hay ejemplos más claros, como el que proporciona la preferencia de expresiones disyuntivas:

(b) la carta de *x* llegará hoy o mañana

en que se implica de forma general que quien la profiere no sabe si la carta llegará en una fecha o en otra, porque, si lo supiera, en virtud de la observancia del principio de cooperación, en particular de la máxima de cantidad, habría de afirmar una u otra cosa. La implicatura es conversatoria porque es cancelable:

(c) la carta de *x* llegará hoy o mañana, y no estoy dispuesto a decir nada más que eso

La oración (c) deja abierta la posibilidad de que quien la profiere sepa o no cuándo llega la carta. Así, en general, quien profiere (b) hace una implicatura conversatoria de tipo epistémico (sobre sus creencias), pero que se puede cancelar en ocasiones.

Otro tipo de fenómenos que han sido asimilados a las implicaciones conversatorias generalizadas están ligados a la cuantificación. Por ejemplo, considérense las siguientes expresiones cuantificadas:

(a) algunos alumnos aprobaron

(b) algunos alumnos no aprobaron

Se puede argumentar que (a) y (b) están en una típica relación de implicatura. Quien profiera (a) sugerirá generalmente (b), sea cual sea el contexto de preferencia, pues se ha de suponer que dice exactamente lo que quiere decir y es tan informativo en lo que dice como le es posible. Esa implicatura es cancelable, sin embargo, como lo prueba la consistencia de

(c) algunos alumnos aprobaron, de hecho lo hicieron todos

por lo que es conversatoria, pero generalizada, por su relativa independencia de las consideraciones contextuales, ya que se fundamenta en la general observancia de la máxima conversatoria de cantidad.

Otro tipo de ejemplos lo ha proporcionado el empleo de predicados evaluativos. Considérese

(a) el jurado condenó al acusado por homicidio

(b) el acusado era responsable de homicidio

Se llegó a pensar que la relación entre (a) y (b) era de presuposición, pero la presuposición era cancelable, como en

(c) el jurado condenó al acusado por homicidio y, sin embargo, éste no lo había cometido

de tal modo que la relación entre las dos oraciones era más bien de implicación pragmática. Como era cancelable, se trataba de una implicación conversatoria y, como era relativamente independiente del contexto, se trataba de una relación generalizada y no particular. Éste fue un caso muy común a lo largo de los años setenta e incluso de los ochenta del siglo xx. Fenómenos presuntamente presuposicionales resultaban ser, bajo un análisis más atento de sus propiedades semánticas y pragmáticas, fenómenos de implicación pragmática, ya fuera convencional o conversatoria, general o particular.

19.4. LO LITERAL, LO METAFÓRICO Y EL SIGNIFICADO PREFERENCIAL

Buena parte de la reflexión filosófica y lingüística sobre lo metafórico se ha apoyado en el contraste con lo literal. La idea general subyacente a estas reflexiones, que se ha denominado *hipótesis del significado literal*, es que las expresiones lingüísticas en general, y las oraciones en particular, tienen un significado literal bien definido y que la computación de ese significado es un paso necesario para la comprensión de las preferencias de los hablantes. La teoría semántica que fundamenta esta hipótesis se deriva en realidad de las ideas G. Frege acerca la composicionalidad del significado: el significado literal de una expresión lingüística es una función del significado literal de sus componentes y de las reglas que combinan esas expresiones. La determinación formal de ese significado permite por tanto que las expresiones puedan ser comprendidas sin apelar a factores ajenos a la estructura sintáctica y semántica de las expresiones mismas, esto es, acudiendo únicamente a propiedades internas de las expresiones, sin intervención de consideraciones sobre la situación, el contexto o el uso de que son objeto. De acuerdo con esta hipótesis, el significado literal ha de distinguirse de lo que el hablante significa al hacer uso de la expresión, que puede no coincidir en absoluto con ese significado literal, quedando ese significado literal determinado, al menos en las oraciones indicativas, por el conjunto de condiciones que permiten asig-

nar a esa expresión un valor semántico veritativo. Otra forma de exponer esta hipótesis es la que afirma que el significado literal de una expresión es el significado de esa expresión en un contexto vacío o nulo. Esto es, cuando del significado global de la preferencia se extraen todos aquellos componentes que tienen que ver con la naturaleza del contexto, se obtiene el significado literal. Esta tesis se puede ilustrar con el ejemplo de una carta anónima: ese conjunto de expresiones, de las que se desconoce el autor y las circunstancias en que éste las utiliza, tendría únicamente un significado literal.

Contra esta hipótesis, sin embargo, se han dirigido críticas de diversa índole. Entre ellas, destacaremos las de J. Searle, porque atañen directamente a tesis sustantivas sobre la metáfora. De acuerdo con J. Searle (1979), cualquier oración exige, para su interpretación, un conjunto de supuestos previos relativos, por ejemplo, a nuestro conocimiento del mundo o conocimiento enciclopédico —no lingüístico— que no pueden, ni deben, formar parte de la representación semántica de esa oración. Para ilustrar esta idea, Searle pidió que se consideraran las siguientes oraciones:

(1) Juan corta la hierba

(2) Juan corta el pastel

Searle afirmó que el contenido semántico del predicado «cortar» ha de ser en ambos casos el mismo, pero que las aportaciones de ese contenido semántico a la determinación de las condiciones de verdad de las dos oraciones son diferentes, puesto que describe actividades diferentes. Así pues, aunque Searle distinga entre significado literal y significado del hablante, no admite que esa distinción pueda ser trazada en términos de la apelación al contexto. La determinación del significado literal también requiere la consideración del conocimiento extralingüístico, a saber, el tipo de supuestos básicos contra cuyo trasfondo se efectúa la comprensión del lenguaje.

La concepción de Searle fue criticada a su vez por J. Katz (1981), que le acusó de confundir la teoría del significado oracional con la teoría del *uso* oracional. Para Katz, el significado literal consiste en una representación determinada gramaticalmente del contenido de la expresión concebida abstractamente, como expresión tipo. Y no hay que confundir esta representación con la resultante de aplicar el conocimiento extralingüístico a la preferencia de esa expresión tipo, que es propiamente el objeto de una teoría acerca del uso de las expresiones lingüísticas. Aplicando estas consideraciones al propio ejemplo de J. Searle: «cortar» tiene la misma acepción en las dos oraciones, pero no es necesario que, para cada contexto («— la hierba», «— el pastel»), el significado literal de «cortar» determine las condiciones de verdad de la oración.

Otro autor que se sumó a la polémica sobre el significado literal fue M. Dascal (1981), criticando igualmente a J. Searle por no probar, como era su pretensión, que el significado literal no es una condición necesaria para la

determinación de las condiciones de verdad en cualesquiera contextos. Dascal acusó a Searle de confundir el significado literal con el significado de la proferencia, cuando sólo es un factor o componente de ésta, posiblemente necesario, pero no suficiente, para su comprensión.

Estas críticas y otras inciden sobre una idea generalmente compartida en lingüística, psicología y filosofía del lenguaje acerca de lo que es la comprensión o procesamiento del significado de una expresión. Esa idea consiste en que la comprensión se efectúa por pasos o etapas: 1) en primer lugar, el auditorio calcula el significado literal de la expresión (con ayuda de supuestos extralingüísticos, según Searle; sin esa ayuda, de acuerdo con sus críticos); 2) luego el auditorio puede reconocer o advertir que ese significado es en algún sentido deficitario, teniendo en cuenta los factores contextuales de la proferencia de la expresión, y 3) intenta buscar una interpretación alternativa a la que supone el significado literal, guiado por principios pragmáticos acerca de la utilización de actos verbales. Ésta es una idea que subyace no sólo a teorías pragmáticas como la de los actos de habla indirectos sino también a teorías semánticas sobre la producción del significado no literal en general y metafórico en particular.

Durante un cierto tiempo fue popular la idea de que los actos de habla directos se habían de corresponder directamente con el significado literal de las expresiones oracionales, es más, se consideraba que el contenido semántico literal de una expresión determinaba el acto de habla directo al que pertenecía la expresión. Cualquier desviación entre el significado proferencial (el acto de habla efectivamente realizado por el hablante) y el acto de habla literal al que correspondía la expresión se explicaba en términos de la distinción entre actos de habla directos y actos de habla indirectos. Aunque el acto de habla directo determinado por el significado literal no era el que realmente se efectuaba, constituía un medio para la realización del acto de habla indirecto. En términos epistémicos o psicológicos, la comprensión de la proferencia (del acto de habla realizado con ella) se explicaba en términos de la derivación de la interpretación correcta a partir de la computación del significado literal y del acto de habla directo correspondiente. Algo similar ha sucedido con respecto a la distinción entre literal y metafórico. A lo largo de los años setenta, e incluso de los ochenta, se han propuesto ideas sobre el proceso de derivación del significado metafórico a partir del significado literal. Parte de esas ideas se mantenía dentro de la semántica: trataban de especificar el proceso que transformaba el significado literal en significado metafórico. Para ello, se propusieron diversos mecanismos de incorporación o supresión de rasgos léxicos en las representaciones de las expresiones componentes de las metáforas (tenor-vehículo, elemento primario-secundario, etc.). El carácter parcial e insatisfactorio de estas propuestas condujo progresivamente a la tesis de que el significado metafórico no era un objeto apropiado para la semántica, sino de la pragmática. Dicho de otro modo, la pragmática era la disciplina lingüística que había de explicar en qué consis-

tía la producción de significado metafórico a partir del literal: éste era el único significado semántico que tenían las expresiones metafóricas. En términos de lingüística continental, las metáforas eran fenómenos de *parole* y no de *langue*. En términos de lingüística anglosajona, el significado metafórico es significado del hablante y no significado semántico, entendiendo por éste bien el significado literal, el determinado por el sistema de la lengua, por las convenciones lingüísticas, por las condiciones de verdad, etc. En el campo de la filosofía del lenguaje, han mantenido este punto de vista H. P. Grice, J. Searle, M. Black, M. Creswell, W. Alston y el mencionado D. Davidson, siendo de éste y de J. Searle las exposiciones más agudas.

En su análisis, J. Searle (1979) estimaba que el problema que plantean las metáforas es un caso particular de *explicar cómo el significado del hablante y el significado léxico u oracional se separan. Es un caso especial de cómo es posible decir una cosa y significar algo más...* De acuerdo con él, es erróneo plantear el problema como si la oración (o el término) tuvieran dos interpretaciones o acepciones diferentes, una literal y otra metafórica, y la semántica tuviera que dar cuenta de ambas y de sus posibles relaciones. Sin embargo, los términos, y las oraciones «tienen el significado que tienen», esto es, son semánticamente unívocos —siempre que no haya polisemia o ambigüedad—. Lo que ocurre es que se pueden usar de (al menos) dos maneras: 1) para decir lo que estricta y semánticamente significan, esto es, para transmitir la información contenida en su representación semántica, o 2) para decir algo más, o algo diferente, de lo que tal representación comporta: *Para distinguir brevemente lo que un hablante significa al proferir palabras, oraciones y expresiones, por un parte, y lo que las palabras, oraciones y expresiones significan, por otra, denominaré a lo primero el significado preferencial del hablante y a lo segundo el significado oracional o léxico. El significado metafórico siempre es significado preferencial del hablante* (J. Searle, *op. cit.*, pág. 77). Al distinguir de un modo tan tajante los ámbitos propios del significado semántico y el significado metafórico, se plantea el problema inmediato de su (posible) relación: o bien no existe relación en absoluto y el auditorio deriva la interpretación metafórica de principios ajenos a la semántica, o bien existe un procedimiento lingüísticamente especificable mediante el cual el auditorio deriva esa interpretación, calculándola o computándola. Ahora bien, la concepción general de J. Searle sobre el comportamiento humano en general, y el lingüístico en particular, es intencionalista. La interpretación de las preferencias de un hablante por parte de un auditorio requiere la captación de las intenciones de ese hablante al utilizar las expresiones. En un cierto sentido, esto viene a suponer la primacía metodológica y epistemológica de la noción de significado preferencial del hablante, incluso en el caso de las preferencias literales, en las que coinciden el significado preferencial y el semántico. Por tanto, el problema de dar cuenta de los mecanismos que permiten acceder a la interpretación metafórica se reduce al de explicar cuáles son los medios que el hablante utiliza para dar a conocer sus intenciones a un auditorio, de tal modo que éste sea capaz de reconocer el sentido metafórico de

sus preferencias. Según Searle, este problema general se puede dividir en dos: *¿Cuáles son los principios que permiten a los hablantes formular, y al auditorio comprender, las preferencias metafóricas?* y *¿Cómo podemos enunciar esos principios de una forma en que quede claro cómo difieren las preferencias metafóricas de otras clases de preferencias en que el significado del hablante no coincide con el significado literal?* (J. Searle, *op. cit.*, pág. 78). El primer problema es un problema externo y se refiere en realidad a la distinción entre literal y no literal. El segundo es interno y atañe a la forma de distinguir entre las diferentes manifestaciones de lo no literal. Dicho de una forma muy sucinta, Searle concibe el significado literal de una oración como lo que determina el conjunto de sus condiciones de verdad, junto con ciertos supuesto básicos, de lo que, dado su carácter enciclopédico antes mencionado, no se puede afirmar que formen parte del contenido semántico de la oración. Así, cualquier oración que tenga un significado literal tendrá un valor de verdad —*determinará la realidad en sí o en no*, como decía Wittgenstein—, aunque ese significado literal no sea el significado que trata de transmitir el hablante. De lo cual se deduce que, si un enunciado metafórico tiene también un significado literal, sea cual sea la relación que tenga éste con la interpretación metafórica, ha de poseer condiciones de verdad.

En cualquier caso, la novedad del planteamiento de Searle consistió en rechazar que la interpretación metafórica estuviera contenida, de algún modo especificable, en la representación semántica del enunciado lingüístico. Según Searle, los principios que permiten inferir la interpretación metafórica son exteriores e independientes del sistema léxico de la lengua.

La concepción de Searle supone en todo caso una tesis tradicional que no se cuestiona: además del significado literal de una expresión (de su preferencia) puede darse un significado metafórico. En algún sentido, la comprensión del significado metafórico se realiza utilizando como trampolín el significado literal, el significado especificado o asignado por la teoría semántica. Esta tesis de la dualidad significativa de las expresiones metafóricas es la que D. Davidson puso en cuestión en un conocido artículo (1978, v. Actividades). En él Davidson sostuvo que las expresiones que se usan metafóricamente no tienen otro significado que el significado literal. Con ello se opuso a ideas tradicionales, como las del propio Aristóteles, o las de M. Black. Y esa oposición tuvo una doble dimensión: por un lado, en su aspecto semántico Davidson mantuvo que no existe cosa tal como el significado metafórico, derivado o no del literal, reducible o no a éste. Por otro lado, en su aspecto cognitivo, Davidson mantuvo que, puesto que las expresiones metafóricas no tienen ni referencia ni valor de verdad que no sea el que es resultado de sus componentes considerados literalmente, las metáforas no poseen importe cognitivo, esto es, no son instrumentos para expresar o acceder a nuevos hechos o verdades, no guardan relación —se entiende que de correspondencia— con el mundo, no expresan ideas: *El concepto de metáfora como un vehículo que ante todo transmite ideas, aunque inusuales, me parece tan erróneo como la*

idea relacionada de que una metáfora tiene un significado especial. Estoy de acuerdo con la opinión de que no se pueden parafrasear las metáforas, pero no pienso que esto suceda porque las metáforas digan algo muy novedoso con respecto a la expresión literal, sino porque no existe nada que parafrasear (D. Davidson, 1978). Sin embargo, la tesis de Davidson no es una tesis que haya que adscribir a la concepción general del racionalismo-empirismo: no supone que las metáforas sean un mero adorno literario o poético, ni que su función sea exclusivamente la de proporcionar placer mediante el lenguaje. Las metáforas tienen un lugar propio en cualquier actividad lingüísticamente mediada, incluso en la ciencia.

La tesis de Davidson parece tan radical como difícil de mantener. Si las expresiones metafóricas tienen sólo un significado literal, ¿qué es lo que entienden los que las comprenden? Si las metáforas no transmiten ideas, ni son meros recursos estilísticos, ¿cuál es su función en la comunicación? Si carecen de valor de verdad, ¿por qué se utilizan en la ciencia o en los discursos cognitivamente orientados en general? Sin embargo, si se analiza más de cerca, la tesis de Davidson no es tan espectacular como parece.

D. Davidson parte de la conocida distinción entre lo que las palabras significan y su utilización. De acuerdo con su tesis, las metáforas pertenecen a este último ámbito, el del uso: las expresiones metafóricas no son expresiones con una naturaleza semántica especial, sino utilizaciones especiales de expresiones literales. Lo que la tradición ha venido rotulando como significado metafórico o verdad metafórica no son sino los efectos de la utilización metafórica y no su causa. Para expresarlo de otro modo, la tradición lingüística y retórica explica que las metáforas funcionan de determinada forma porque tienen la propiedad de poseer un significado peculiar, el metafórico. La explicación de Davidson va en sentido contrario, invierte los términos: las expresiones metafóricas tienen ciertas propiedades (semántico-pragmáticas) porque funcionan (son usadas) de formas especiales, con propósitos específicos.

Desde este punto de vista funcional, D. Davidson advierte una estrecha relación entre la metáfora y el símil: ambos se utilizan con los mismos fines, los de destacar o hacernos notar ciertos parecidos o propiedades asignables a realidades o hechos distintos: *es preciso que las palabras hagan en la metáfora lo que las palabras hacen mediante el significado literal en el símil. Una metáfora dirige la atención a la misma clase de similaridades, si bien no a las mismas similaridades, que el correspondiente símil... La metáfora y el símil no son sino dos de los incontables mecanismos que nos sirven para alertarnos acerca de los aspectos del mundo que nos invitan a realizar comparaciones* (D. Davidson, 1978).

Pero, a diferencia del símil, que al fin y al cabo tiene un significado literal, la metáfora no afirma nada. El símil afirma que se da una cierta similaridad o, al menos, que tal similaridad es concebible entre dos objetos o realidades literalmente referidas por las expresiones que figuran en el símil. Así,

si digo «Hugo Sánchez es como Curro Romero», me refiero literalmente al jugador de fútbol y al torero y afirmo que entre ellos se da un cierto parecido, aunque no quede determinado en qué consiste éste. Es función del contexto, de la situación comunicativa concreta, la de determinar cuál es el símil en concreto, lo cual puede depender del conocimiento enciclopédico de los hablantes, de su conocimiento mutuo, etc. Pero lo que el símil afirma literalmente, esto es, las condiciones que lo hacen verdadero o falso, se reducen estrictamente a la enunciación de que existe una cierta similaridad —lo cual, dicho sea de paso, hace a los símiles enunciados cuasi-analíticos, puesto que, como afirma Davidson, *todo es como todo, y en formas infinitas*.

No así la metáfora. Como en la metáfora los términos sólo refieren literalmente, la metáfora, en cuanto enunciado, suele ser literalmente falsa, dicho sea de paso, casi siempre analíticamente falsa. Así, si afirmo «Hugo Sánchez es Curro Romero», en la medida en que «Hugo Sánchez» y «Curro Romero» refieren a personas distintas, mi afirmación es absolutamente falsa: *la diferencia semántica más obvia entre el símil y la metáfora es que todos los símiles son verdaderos y la mayoría de las metáforas falsas* (D. Davidson, 1978). No obstante, algunas metáforas son trivial o analíticamente verdaderas, como las que enuncian autoidentidades («los negocios son los negocios», «los niños son niños», etc.) o las que niegan la identidad entre objetos pertenecientes a distintas categorías («ningún hombre es una isla»). En realidad, el hecho de que las expresiones utilizadas metafóricamente pertenezcan a diferentes clases de enunciados literales prueba, para Davidson, que una teoría sobre la metáfora no puede depender de una teoría de la verdad o una teoría del significado (literal): *ninguna teoría del significado metafórico o de la verdad metafórica puede ayudarnos a explicar cómo funciona la metáfora. Lo que distingue a la metáfora no es el significado sino el uso —en ello es como asertar, dar pistas, mentir, prometer o criticar—. Y el uso especial con el que utilizamos la lengua no es, ni puede ser, «decir algo» especial, no importa cuán indirectamente* (D. Davidson, 1978). Por tanto, la metáfora se encuentra en un nivel similar al de los actos ilocutivos o actos de habla: del mismo modo que la promesa o la mentira, no está en las palabras que se profieren, sino en el uso que se hace de ellas (en la intención de quien las profiere y en la convención a que se atienen). El significado metafórico no se encuentra en las expresiones proferidas, sino en aquello que se realiza mediante ellas. Sin embargo, en este punto, las opiniones de Davidson oscilan entre situar a lo metafórico en lo ilocutivo o en lo perlocutivo. A veces se expresa como si la metáfora fuera ante todo un acto dependiente de la intención del hablante y ligado a la preferencia de ciertas expresiones: la compara con la mentira, en que da igual que lo enunciado sea verdadero o falso, sólo basta con que sea contrario a lo creído por el hablante y usado por éste con la intención de engañar. Sin embargo, en otras ocasiones habla de la metáfora como del efecto que causan ciertas expresiones en un auditorio, no como del acto que suponen esas mismas expresiones proferidas en un contexto determinado. En particular, el efecto característicamente metafórico es el de hacernos ver

unas cosas como otras. La metáfora tiene éxito cuando, a través de los significados literales de las palabras, ponemos en una relación peculiar aquello a lo que literalmente refieren las palabras, la relación de ver una cosa como otra. Según Davidson, esto no tiene contenido cognitivo alguno, porque ver una cosa *como* otra no es ver *que* una cosa es otra. Dicho de otro modo, la metáfora no tiene contenido cognitivo porque no nos dice cómo es la realidad, no afirma que la realidad es tal o cual, sino que nos invita a ver una realidad en términos de otra. De esta invitación se pueden decir muchas cosas: que es estimulante, sugerente, original, creativa, poética, pero lo que no se puede decir es que sea verdadera o falsa. Por eso, las teorías de la metáfora que afirman que es parafraseable en términos literales erran, porque no hay nada que parafrasear, nada que se pueda trasladar a enunciados con valor de verdad, con contenido cognitivo. Por eso también, aciertan quienes mantienen que las metáforas no son parafraseables, aunque por una razón bien diferente de la que postulan. No son parafraseables porque carecen de contenido que parafrasear. Lo que la metáfora sugiere es abierto, indeterminado e inagotable en la paráfrasis porque no es de naturaleza proposicional. No existe ninguna idea oculta o especial que la metáfora exprese, porque su propósito no es ése, sino el de incitar y suscitar en el intérprete nuevas visiones previamente indeterminadas, o por lo menos no determinadas por el sistema lingüístico.

En resumen, la posición de D. Davidson se puede resumir en las siguientes tesis:

1. Las expresiones lingüísticas sólo tienen una clase de significado, el significado literal. Si son expresiones referenciales, tales expresiones refieren literalmente incluso cuando se encuentran en el seno de expresiones metafóricas. Si son expresiones enunciativas o proposicionales, tales expresiones poseen un valor de verdad, el que les corresponde con arreglo a su significado literal.
2. Las expresiones metafóricas no refieren pues a otra cosa diferente de la que refieren cuando se las considera literalmente, ni tienen un significado metafórico *junto al* significado literal, ni enuncian verdades o falsedades de un tipo particular.
3. Puesto que no tienen una referencia especial, ni un valor de verdad específico, las metáforas carecen de contenido cognitivo. No expresan verdades acerca del mundo, ni nos permiten acceder a éste de una forma diferente a la del lenguaje literal. En particular, las metáforas no se corresponden con ningún hecho.
4. Al carecer de contenido cognitivo, no tiene sentido postular equivalencias con enunciados considerados literalmente. Tal propuesta es radicalmente errónea, puesto que no hay nada que se pueda reducir o parafrasear.

5. Las metáforas se conciben mejor como usos peculiares de expresiones que como expresiones no literales, esto es, pertenecientes a una clase diferente de la de las expresiones normales.
6. Tal uso específicamente metafórico tiene una función comunicativa, que no es la expresar o transmitir ideas, sino la de *hacer notar, indicar, invitar* a un auditorio a ver una realidad en términos de otra. El efecto metafórico se produce, pues, cuando tiene lugar esa captación, que no tiene trascendencia epistemológica, puesto que la captación no es una representación de propiedades o estructuras de hechos componentes del mundo o de la realidad.



TEXTOS

TEXTO 1

H. P. Grice,
«Significado»,
traducción de
A. Menassé

Quizás ahora es tiempo de abandonar la pretensión de que tenemos que tratar únicamente con estos casos «informativos». Empecemos con algunos ejemplos de imperativos o cuasi-imperativos. Un hombre muy avaro está en mi cuarto y quiero que se vaya, por lo que tiro un billete por la ventana. ¿Hay aquí alguna expresión con un significado *nn* (no natural)? No, porque al actuar como lo hice, no intenté que el reconocer mi propósito fuera un medio efectivo para que se fuera. Esto es paralelo al caso de la fotografía. Si, por otro lado, le hubiera señalado la puerta o le hubiera dado un pequeño empujón, entonces bien podría mantenerse que mi comportamiento constituye una expresión significativa *n* (natural) tan sólo porque intentaría que el reconocimiento de mi intención fuera efectivo para acelerar su partida. Otro par de casos serían (1) un policía detiene a un coche poniéndose en su camino y (2) un policía detiene a un coche haciendo una señal con la mano.

O, para volver brevemente a otro tipo de casos, si como examinador repruebo a un hombre, bien puedo causarle aflicción o indignación o humillación; y si soy vengativo, puedo intentar lograr este efecto y aun intentar que reconozca mi intención. Pero no me inclinaría a decir que el que yo lo haya reprobado significaba *nn* algo. Por otro lado, si corto a alguien en la calle, me siento inclinado a asimilar esto a los casos de significado *nn* y me parece que esta inclinación depende del hecho de que no podría razonablemente esperar que esta persona estuviera afligida (indignada o humillada) a menos que reconociera mi intención de afectarla de esta manera. (Cf., si me quitaran todo mi salario en la universidad donde trabajo, los acusaría de arruinarme; si me quitaran \$0.20 seguramente los acusaría de insulto; con algunas cantidades intermedias no sabría realmente qué decir.)

Posiblemente ahora podremos hacer las siguientes generalizaciones.

(1) «A quiso decir *nn* algo mediante *x*» es (aproximadamente) equivalente a «A tuvo la intención de que la expresión de *x* produjese algún efecto en un público mediante el reconocimiento de su intención»; y podemos agregar que preguntar qué quería decir A es pedir una especificación del efecto deseado (aunque, por supuesto, puede no ser siempre posible obtener una respuesta directa con una cláusula «que», por ejemplo, «una creencia de que...»).

(2) «*x* significaba algo» es (aproximadamente) equivalente a «Alguien quiso decir *nn* algo mediante *x*». Aquí otra vez habrá casos en los que esto no funcione del todo. Me siento inclinado a decir que (con relación a los semáforos) el cambio a rojo quiso decir *nn* que el tráfico tenía que parar; pero sería muy poco natural decir, «Alguien (a saber el Municipio) quiso decir... con el cam-



TEXTOS

bio de luz roja que el tráfico tenía que parar». De cualquier forma, parece que hay algún tipo de referencia a las intenciones de alguien.

(3) «x significa (intemporal) que tal y cual» podría a primera vista igualarse con alguna afirmación o disyunción de afirmaciones acerca de lo que «la gente» (vago) intenta (con calificaciones acerca del «reconocimiento») llevar a cabo con x. Diré algo acerca de esto.

¿Funcionaría cualquier tipo de efecto deseado o podría haber casos en donde un efecto es deseado (con los calificativos requeridos) y aun así no querríamos hablar de significado *nn*? Supongamos que descubrí a una persona constituida de tal manera que, tras decirle que siempre que yo gruñera de una manera especial, deseaba que se ruborizase o que pescase una enfermedad, cuando quiera que reconocía el gruñido (y con esto mi intención) ella se ruborizaba o pescaba la enfermedad. ¿Queríamos entonces decir que el gruñido significaba *nn* algo? No lo creo.

Ejercicios

1. Establezca cuál es la distinción que maneja H.P. Grice entre *significado natural* y *no natural*.
2. ¿Cuáles son las notas características del *significado no natural*?
3. Analice cuál es la conexión entre el *significado* y la *intención*, según el texto.

TEXTO 2

H. P. Grice,
«Lógica y
conversación»,
traducción de
J. J. Acero

Supongamos que A y B están hablando acerca de un amigo común, C, que está ahora trabajando en un banco. A le pregunta a B cómo le va a C en su empleo y B responde: «¡Muy bien! Se siente a gusto con sus compañeros y, además, no le han metido todavía en la cárcel». Justo en este momento, A podría preguntarse qué era lo que B le estaba dando a entender (*implying*), lo que le estaba sugiriendo o lo que le quería decir (*meant*) al afirmar que a C no le habían metido todavía en la cárcel. La respuesta podría ser, por ejemplo, que C es el tipo de persona proclive a sucumbir a las tentaciones derivadas del empleo que tiene; o que los compañeros de C son, en realidad, gente muy desagradable y traicionera; etc. Naturalmente, podría no ser necesario en absoluto que A le preguntase tal cosa, por dejar muy claro el contexto de antemano cuál iba a ser la respuesta que recibiría. Creo que es obvio que, fuese lo que fuese aquello que B le dio a entender, sugirió o quiso decir, en este ejemplo ello diferiría de lo que B dijo, que fue simplemente que a C no le habían metido todavía en la cárcel. Quiero introducir ahora como término técnico el verbo «implicar» (*implicate*) y los sustantivos «implicatura» —cf. «lo que implica»— e *implicatum* —cf. «lo implicado»—. La razón de ser de esta maniobra es que con ella se soslaya tener que recoger cada vez uno u otro de los miembros de la familia a la que «implicar» se encuentra vinculado; éste hará la labor de todos ellos. De momento, habré de asumir que, en una medida no desdeñable, se comprende el significado intuitivo de «decir» en semejantes contextos, así como que se es capaz de identificar los verbos concretos de la familia a la que pertenece «implicar». Puedo, sin embargo, hacer una o dos observaciones que ayuden a aclarar el más problemático de todos esos supuestos: a saber, el que tiene que ver con el significado de la palabra «decir».

1. En el sentido en que estoy empleando la palabra «decir», lo que una persona cualquiera ha dicho se halla íntimamente relacionado con el significado convencional de las palabras (de la oración) que ha proferido. Supongamos que alguien ha proferido la oración «desde aquella experiencia le tenía auténtica aversión al potro». Dado un mínimo de conocimientos de la lengua española, e incluso ignorando las circunstancias en que se profirieron dichas palabras, podría decirse que conoceríamos algo de lo que el hablante dijo, en el supuesto de que estuviese hablando español liso y llano y de que, además, estuviera hablando seriamente. Uno sabría que la persona había dicho, del hombre o mujer en cuestión, o bien que (i) su aversión hacia un cierto caballo de menos de cuatro años de edad, aproximadamente, tenía su origen en una cierta experiencia o bien que (ii) su aversión hacia un cierto tipo de instrumento de tortura derivaba de una muy desagradable experiencia previa. (No hace falta decir que esta explicación tiene tan solo un valor aproximado.) Pero para identificar de lleno lo que el hablante dijo haría falta saber (a) a qué persona se refería, (b) cuál es la experiencia previa, de tan nefasta memoria, a la que se alude, (c) el momento de tiempo en que se profirió la citada oración y (d) el significado de la frase «el potro» en ese particular momento de preferencia (es decir, decidírnos entre (i) y (ii)). Esta escueta indicación sobre mi modo de usar la palabra «decir» deja abierta la cuestión de si una persona que dijera (hoy) «Harold Wilson es un gran hom-



TEXTOS

bre» y otra que optara (también hoy) por «el Primer Ministro británico es un gran hombre» dicen lo mismo, aun cuando ambos supieran que los dos términos singulares relevantes tienen la misma referencia. Sin embargo, al margen de la decisión que tomemos al respecto, el aparato teórico que voy a describir ahora puede dar cuenta de cualquier implicatura que dependa de uno de estos términos singulares en la oración proferida. Semejantes implicaturas tendrían tan sólo que ver con dos máximas diferentes.

2. En algunos casos, el significado convencional de las palabras usadas determinará qué es lo que se implicó, además de ayudarnos a identificar lo que se dijo: Si digo (con un gesto de autosuficiencia) «Es un latino; luego es muy temperamental», yo mismo me comprometo ciertamente, en virtud del significado de mis palabras, con la idea de que él (la persona en cuestión) sea muy temperamental es una consecuencia (se sigue) de que sea latino. Pero mientras que he dicho que es un latino y que es temperamental, no me gustaría defender la tesis de que he dicho (en el sentido deseado) que del hecho de que alguien sea un latino se sigue que es muy temperamental, si bien ciertamente lo he indicado o implicado. No pretendo sostener que mi preferencia de la mencionada oración sea, estrictamente hablando, falsa, pese a que lo primero no fuese una consecuencia de lo segundo. Así pues, algunas implicaturas son convencionales, a diferencia de lo que acontece con aquella otra con la que inicié la presente discusión del fenómeno de la implicatura.

Voy a referirme ahora a una cierta subclase de las implicaturas no-convencionales a las que daré el nombre de implicaturas *conversacionales*, por hallarse esencialmente vinculadas a ciertos rasgos generales del discurso; así pues, mi próximo paso consistirá en decir cuáles son esos rasgos.

Lo que viene inmediatamente a continuación puede valer como primera aproximación a un principio general. Nuestras conversaciones no son habitualmente sucesiones de observaciones inconexas, y no sería racional que así fuese. Hasta cierto punto, son esfuerzos cooperativos de forma característica. Cada partícipe se apercibe de que hay en ellas, en alguna medida, un propósito común o conjunto de propósitos comunes, o al menos una dirección mutuamente aceptada. Este propósito, o dirección puede fijarse desde el principio (por ejemplo, proponiendo un tema de discusión) o puede evolucionar durante su transcurso; cabe que esté perfectamente definido o que se halle tan poco delimitado que deje a las partes un margen de movimientos considerable (como sucede en las conversaciones casuales). Pero en cada estadio se excluirán algunas contribuciones conversacionales por inadecuadas. Cabría formular entonces un principio general aproximado que, puede esperarse, las partes implicadas observarán (*ceteris paribus*): a saber,

«Haga usted su contribución a la conversación tal y como lo exige, en el estado en que tenga lugar, el propósito o la dirección del intercambio que usted sostenga.» A este principio podríamos bautizarlo el Principio Cooperativo (PC).

En el supuesto de que resulten aceptables principios generales como el citado, podría distinguirse quizás cuatro categorías a una u otra de las cuales pertenecerán máximas o submáximas más específicas. De entre todas ellas, las siguientes darán pie a resultados que están de acuerdo con el Principio Cooperativo. Haciéndonos eco de Kant, denominaré a estas categorías Categorías de Cantidad, Cualidad, Relación y Modo. La categoría de Cantidad tiene que ver con la cantidad de información a proporcionar, y a ella pertenecen las máximas

1. «Haga usted que su contribución sea tan informativa como sea necesario» (teniendo en cuenta los objetivos de la conversación), y puede que también
2. «No haga usted que su contribución resulte más informativa de lo necesario».

(Esta segunda máxima es discutible; podría decirse que el que una contribución a una conversación sea más informativa de lo necesario no constituye una transgresión de PC, sino tan solo una pérdida de tiempo. Sin embargo, podría responderse a esto afirmando que semejante suprainformatividad puede resultar contundente al poner sobre el tapete cuestiones marginales; y puede que también cause el efecto indirecto de equivocar a los hablantes, al inducirles a pensar que existía una razón particular por la que se suministraba un exceso de información. Al margen de todo esto, cabe apuntar una explicación distinta de por qué podemos sentir dudas a la hora de admitir esta segunda máxima: la de que lo que se logre con ella pueda conseguirse también por medio de una máxima ulterior que tiene que ver con la pertinencia de las contribuciones conversacionales.)

A la categoría de Cualidad pertenece una supermáxima: «Trate usted de que su contribución sea verdadera», y dos máximas más específicas:

1. «No diga usted lo que crea que es falso»,
2. «No diga usted aquello de lo cual carezca de pruebas adecuadas».

Dentro de la categoría de Relación sitúo una sola máxima: «Vaya usted al grano». Si bien la máxima es algo lacónica, hay que decir que su formulación oculta una serie de problemas que me preocupan considerablemente; problemas relativos a las clases y los focos de relevancia que pueda haber, a cómo cambian unas u otros a lo largo del desarrollo de una conversación y a cómo dar cuenta del hecho de que los temas que se debaten pueden legítimamente variar, etc.

[...] Finalmente, a la categoría de Modo, la cual concibo de manera que no tiene que ver (como sucede con las categorías precedentes) con lo que se



TEXTOS

dice, sino con cómo se dice lo que se dice, pertenece la supermáxima: «Sea usted perspicuo», así como diversas máximas:

1. «Evite usted ser oscuro al expresarse»,
2. «Evite usted ser ambiguo al expresarse»,
3. «Sea usted escueto (y evite ser innecesariamente prolijo)»,
4. «Proceda usted con orden».

Ejercicios

1. Defina lo que es *implicar* en el sentido caracterizado por el texto. Enuncie las relaciones que se dan entre *implicar* y *decir*.
2. Caracterice lo que es una *implicatura no convencional o conversatoria*, enunciando sus características.
3. Relacione las máximas conversatorias con el principio de cooperación comunicativa.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo y trabajando...

La teoría de H. P. Grice se encuentra expuesta principalmente en sus artículos «Meaning», *The Philosophical Review*, 66, págs. 377-88, 1957, «Utterer's meaning, sentence meaning and word-meaning», *Foundations of language*, 4, págs. 225-242, 1968, «Utterer's meaning and intentions», *The Philosophical Review*, 78, págs. 147-177, 1969, «Logic and conversation», en D. DAVIDSON y G. HARMAN, eds., *The logic of grammar*, Encino: Dickenson, 1975. Todos ellos se recogen en H. P. GRICE, *Studies in the way of words*, Cambridge, Mass.: Harvard U. Press, 1989.

Para un panorama general de las concepciones filosóficas de H. P. Grice véase R. GRANDY y R. WARNER, eds. (1986), *Philosophical Grounds of rationality*, Oxford: Oxford U. Press.

Sobre el tipo de explicación intencional del significado, véase P. YU, «On the Gricean program about meaning», *Linguistics and Philosophy*, 3, 1979; D. WILSON y D. SPERBER, «On Grice theory of conversation», en P. WERTH, *Conversation and Discourse*, Londres: Croom Helm, 1981. Sobre el tipo de explicación intencional en general, véase J. ELSTER, *Explaining technical change*, Cambridge U. Press, 1982. Para una crítica de la teoría de H. P. Grice, véase por ejemplo, P. ZIFF, «On Grice's theory of meaning», *Analysis*, 28, 1967, o J. SEARLE, *Speech acts*, Cambridge U. Press, 1969. Por otro lado, el análisis clásico de la noción de convención es el de D. LEWIS, *Convention: a philosophical study*, Harvard U. Press, 1969.

En español, se puede encontrar una exposición clara de la teoría intencional del significado en J. ACERO, E. BUSTOS y D. QUESADA, *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid: Cátedra, 1985. También en M. J. FRÁPOLLI y E. ROMERO (1998), cap. 6, M. GARCÍA CARPINTERO (1996, cap. XIV) y A. GARCÍA SUÁREZ (1997, cap. 10).

Sobre el problema de la presuposición, conviene consultar R. KEMPSON, *Presupposition and the delimitation of semantics*, Cambridge U. Press, 1975 o G. M. GREEN, *Pragmatics and natural language understanding*, Londres: L. Erlbaum, 1989. Un análisis clásico de la noción de implicación convencional es L. KARTTUNEN y S. PETERS, «Conventional implicature», en C. K. OH y D. DINNEN, eds., *Syntax and semantics 11: Presupposition*, Nueva York: Academic Press, 1979. E. BUSTOS, *Pragmática del español*, Madrid: UNED, 1986 contiene un análisis pragmático de la negación, la cuantificación y el modo en español. Un análisis más reciente es el que se puede encontrar en K. TAYLOR (1998, cap. 6).

Para la distinción entre presuposición e implicatura conversatoria, se puede leer R. THOMASON, «Semantics, pragmatics, conversation and presupposition», University of Pittsburgh, 1973; R. WALKER, «Conversational implicatures», en S.

BLACKBURN, ed., *Meaning, reference and necessity*, Cambridge U. Press, 1975.

Sobre las explicaciones pragmáticas del significado metafórico, se puede consultar: J. J. ACERO, «Las metáforas y el significado del hablante», en M. CRUZ y otros, eds., *Historia, lenguaje y sociedad*, Barcelona: Crítica, 1989, M. DASCAL, «Defending literal meaning», *Cognitive Science*, 11, 259-281; D. DAVIDSON, «What metaphors mean» *Critical Inquiry*, 5, 1978 (versión en español en D. DAVIDSON, *De la verdad y la interpretación*, Barcelona: Gedisa, 1990); J. SEARLE, *Expression and meaning*, Cambridge: C. U. P., 1979.

TEMA 20

Significado y contexto: de la semántica a la pragmática

ESQUEMA/RESUMEN

- 20.1. Preliminares conceptuales
 - 20.1.1. Signo-tipo y ejemplar de un signo
 - 20.1.2. Preferencias y prolata
 - 20.1.3. Oración, enunciado y preferencia de una oración
- 20.2. La pragmática y su objeto
 - 20.2.1. Verdad y literalidad
 - 20.2.2. Los fenómenos pragmáticos
- 20.3. La crítica a la concepción semiótica de la comunicación lingüística
 - 20.3.1. Significado oracional y significado preferencial
 - 20.3.2. La función de la pragmática en el análisis del significado comunicativo y el modelo inferencial de la comunicación lingüística
 - 20.3.3. La naturaleza de la inferencia del significado comunicativo

20.1. PRELIMINARES CONCEPTUALES

20.1.1. Signo-tipo y ejemplar de un signo

La lengua es un sistema de signos, se suele afirmar. La lengua es una realidad abstracta constituida por un conjunto de elementos y un conjunto de reglas para combinar esos elementos. Por otro lado, esa realidad abstracta que es la lengua sólo se nos hace presente a través del habla, de un conjunto de acciones individuales y concretas, localizadas espacio-temporalmente, que incluimos en el comportamiento lingüístico verbal de individuos pertenecientes a una comunidad lingüística. Esta dualidad, tan conocida, se puede generalizar y concretar al mismo tiempo en la propia noción de signo. Independientemente de la noción de signo que se prefiera, resulta evidente que se puede distinguir en tal realidad un aspecto concreto, el de la utilización efectiva por parte de un emisor de ese signo, utilización única aunque repetible y, por otro lado, un componente abstracto, el del conjunto de rasgos comunes a las diversas utilizaciones de un mismo signo. Esa realidad concreta del signo, resultado de la acción de un usuario, ha sido denominada de diferentes maneras. Siguiendo una terminología ampliamente utilizada en filosofía del lenguaje (Acero, Bustos y Quesada, 1982), vamos a denominar ejemplar o muestra de un signo, o *prolatum*, a cada uno de los resultados de la utilización de un signo, a cada una de esas realidades físicas que son el residuo perceptible de tal uso. En el caso del lenguaje humano, tales ejemplares son primariamente acontecimientos físicos consistentes en la emisión de determinadas ondas provocadas por la expulsión de aire a través de las cuerdas vocálicas y la cavidad bucal de individuos, que impresionan los órganos perceptores de otros individuos. Esa realidad concreta es la realidad primaria del lenguaje humano y sólo a través de ella es posible acceder a realidades subyacentes de carácter más abstracto.

Por otro lado, están las características no individuales de los signos, las características comunes que hacen a diversas muestras ejemplares particulares de un mismo signo. El signo, considerado desde este punto de vista no concreto, sino abstracto, es un tipo, una realidad que no es identificable con ningún acontecimiento físico concreto, sino que es común a muchos de ellos.

Es el signo en cuanto tipo, en cuanto realidad abstracta el que es componente o elemento del sistema que constituye la lengua. De la misma forma que la lengua es una realidad abstracta, así lo son también sus elementos, los signos-tipo. Además, las relaciones que se dan entre los ejemplares de una secuencia de signos son relaciones concretas que encarnan y remiten a relaciones existentes entre los correspondientes signos-tipo. El canto de cortejo de un pájaro, por poner un ejemplo de sistema semiótico no humano, es una realidad estructurada, compleja, que se puede contemplar y describir desde dos puntos de vista: en cuanto acontecimiento concreto, localizado en un punto del espacio y un momento del tiempo (este canto de este pájaro), es una colección de ejemplares de signos, correspondientes a las notas de las que se compone la melodía del canto. En cuanto realidad abstracta, subyacente y común a todos los acontecimientos concretos pertenecientes a esa misma especie, el canto del cortejo es una secuencia de signos-tipo, reproducidos con mayor o menor fidelidad en cada acción concreta en que un pájaro produce un ejemplar del canto.

Constituye un problema de la lingüística el aislamiento y la identificación de los signos-tipo componentes de una lengua, y constituye también un problema, pero diferente, la explicación de la relación de esas realidades abstractas con realidades físicas, fonéticas, concretas. La distinción entre los aspectos abstractos de las entidades lingüísticas y sus aspectos físicos concretos debe constituir un principio metodológico constante que tenga aplicación en los diferentes niveles del análisis lingüístico y, en nuestro caso particular, en el de la teoría del significado.

20.1.2. Preferencias y prolata

La distinción entre preferencias y prolata está estrechamente relacionada con la distinción establecida en el apartado anterior; aunque se aplica en un ámbito más reducido que ésta. En efecto, la diferencia entre tipo y ejemplar de un signo se puede considerar aplicable a cualesquiera tipo de signos, incluso a los elementos de sistemas semióticos no humanos. En cambio, las preferencias y los prolata hacen referencia al ámbito específico del lenguaje humano. Dicho brevemente, la preferencia es la acción o el acto de emisión, generalmente de un mensaje lingüístico completo, mientras que los prolata son los ejemplares lingüísticos resultantes de tales actos. Así explicada, la preferencia no constituye una noción que permita separar el lenguaje natural de otros tipos de sistemas semióticos, y quizás no sea necesario hacerlo para ciertos propósitos. No obstante, entenderemos que el concepto de preferencia utilizado se refiere específicamente a las acciones comunicativas lingüísticas humanas, distinguiéndolas de otras acciones comunicativas, o bien no verbales, o bien no humanas. Desde este punto de vista, las propiedades principales de las preferencias son las de la intencionalidad y la racionalidad. La preferencia es una acción comunicativa intencional, que persigue alcanzar los objetivos comunicativos de un individuo, y de carácter racional, que

constituye un medio adecuado para la consecución de tales objetivos. De este modo quedan excluidas muchas otras acciones, humanas o no, que tienen un contenido informativo y que pueden transmitir información, pero que carecen de las características básicas de la intencionalidad y la racionalidad.

Aunque la distinción entre preferencias y proclama no es frecuente, la utilizaremos ocasionalmente como un instrumento que nos permite captar de modo preciso la naturaleza de algunos fenómenos lingüísticos. En particular, ciertas propiedades y relaciones de carácter semántico y pragmático sólo tienen sentido cuando se aplican una noción u otra. Esta distinción, que se puede concebir como un caso concreto de la distinción entre acción y resultado de la acción, será especialmente relevante en los fenómenos relacionados con las condiciones de los actos de habla: en efecto, éstos, cuya efectiva realización está sujeta a un conjunto de condiciones, son distinguibles, por una parte, de las preferencias lingüísticas asociadas habitualmente con ellos y, por otra, de los resultados de tales preferencias. Realizar un acto de habla supone, como condición necesaria, pero no suficiente, la preferencia de expresiones lingüísticas. Pero tales preferencias, por sí solas, no constituyen más que una parte de un acto de habla. Para que tal acto se realice efectivamente, para que el resultado de una preferencia se pueda describir y cuente como un acto de tal o cual clase, es necesario además que se cumplan otras condiciones contextuales. Habrá propiedades, por consiguiente, que tendrá sentido aplicar a los actos de habla mismos y otras propiedades que sólo serán adscribibles a las preferencias en cuanto tales.

Las preferencias, las acciones lingüísticas de emisión de signos, son los datos primarios que maneja el lingüista. Constituyen la realidad perceptible que, en última instancia, es descrita o explicada por la teoría. Es una tesis muy difundida, a partir de la obra de N. Chomsky, que la lingüística es una rama de la psicología cognitiva, que es una teoría sobre la naturaleza, adquisición y utilización de una clase específica de conocimiento, el conocimiento lingüístico. Sin embargo, sin descartar la fecundidad de este punto de vista, preferimos considerar la lingüística en cuanto fundamento de una teoría de la comunicación mediante el lenguaje natural y, en ese sentido, como una rama de la teoría de la acción. Lo que la lingüística así concebida debe explicar, en última instancia, son los comportamientos concretos de individuos, las acciones verbales en el caso de la teoría del lenguaje, teniendo en cuenta por supuesto el conocimiento o la competencia que constituye la condición de posibilidad de tales comportamientos, pero considerando igualmente de la máxima importancia las intenciones, las creencias, los deseos y los fines que dotan a tales acciones de pleno significado (social, interactivo). Como argumentaremos, en la explicación de una acción se dan dos componentes: 1) por una parte, el conjunto de principios o reglas que el agente sigue en la realización de la acción, que posibilitan su comprensión por receptores que comparten con el agente ese mismo conjunto de reglas y principios, y 2) por otra parte, los objetivos cuya consecución persigue la acción en particular,

que son los que contribuyen a dotar a ésta de sentido en un marco comunicativo concreto. Tales objetivos, hacia cuya prosecución está dirigida la acción están, en el caso del comportamiento lingüístico, en estrecha relación con las creencias mantenidas por quien realiza la acción. En efecto, son tales creencias quienes determinan, en el curso de cualquier interacción comunicativa, los objetivos que la acción lingüística ha de perseguir racionalmente. No es posible entender cuáles son esos objetivos, ni en definitiva el significado de una acción, si no se conocen o infieren las creencias pertinentes que hacen coherentes a dichos objetivos con las acciones que se realizan para su consecución. Si la lingüística aspira a dar cuenta del comportamiento lingüístico en su integridad, debe dar cuenta de estos dos aspectos de toda acción comunicativa, sin renunciar a ninguno de ellos y sin otorgar primacía a uno sobre el otro. Ésta es la perspectiva integradora que subyace a una concepción general de la lingüística en cuanto teoría científica y, en particular, a la teoría del significado que se expone.

Otros autores han puesto de relieve esta distinción entre preferencias, prolata y expresiones-tipo. En general, han destacado cómo el camino que lleva al lingüista desde los datos primarios de la conducta lingüística a su objeto de estudio, las expresiones tipo en cuanto componente del sistema constituido por la lengua, es un camino de abstracción. Por ejemplo, se ha llegado a distinguir al menos cinco pasos en ese proceso de abstracción de las preferencias de oraciones a sus descripciones sintácticas. El paso de un nivel a otro está determinado por la construcción de una clase de equivalencia o de una idealización metodológicamente justificada. Así, por ejemplo, se pasa de los acontecimientos fonéticos individuales a clases estándar de acontecimientos fonéticos y, de éstos, a descripciones morfofonológicas, morfológicas, sintácticas..., neutrales con respecto a las realizaciones físicas concretas. Ese proceso de abstracción permite depurar los factores ajenos al interés puramente lingüístico que, para Chomsky, establecen la diferencia entre la competencia y la actuación de los hablantes oyentes de una lengua. Los errores, lapsus, rectificaciones, etc. pueden, a pesar de su interés intrínseco, ser extraídos del comportamiento lingüístico, puesto que constituyen factores de distorsión en lo que es el objetivo del lingüista: la explicación del comportamiento comunicativo realizado de una forma normal (aunque recogiendo toda la riqueza creativa de los hablantes oyentes) y correcta, en el sentido de emplear procedimientos estándar en la comunidad lingüística en su conjunto (no de grupos comunicativos reducidos).

20.1.3. Oración, enunciado y preferencia de una oración

La distinción entre ejemplar de una expresión lingüística y tipo correspondiente a esa expresión es una distinción que se puede establecer en cualquier nivel de análisis lingüístico. Sin embargo, en la medida en que nuestra exposición de la teoría del significado se desarrolla principalmente en los niveles semántico y pragmático, la utilizaremos como herramienta teórica

para el tratamiento de fenómenos lingüísticos cuya explicación corre a cargo de estas dos disciplinas. Como tanto una como otra, pero sobre todo la primera, explican fenómenos que se establecen en un nivel oracional, la distinción la aplicaremos sobre todo a este tipo de entidades lingüísticas. Ahora bien, ¿qué son las oraciones? Aunque hay muchas respuestas esta pregunta dependiendo del nivel lingüístico en que uno se sitúe (sintáctico, semántico...), nos basta con establecer por ahora que las oraciones, se caractericen como se caractericen, son tipos de expresiones lingüísticas, esto es, entidades lingüísticas de carácter teórico o abstracto. Las oraciones no son entidades materiales, perceptibles y discretas como lo son sus preferencias o prolata. Únicamente éstas tienen naturaleza material, física, y sólo a partir de ellas podemos acceder a sus correspondientes tipos. Por supuesto, tanto el lingüista como el filósofo del lenguaje están interesados en las propiedades generales de las preferencias de oraciones, quieren establecer hipótesis explicativas para los conjuntos de preferencias que pertenecen aun mismo tipo. Pero tales propiedades generales sólo son observables en la medida en que encarnan esas entidades físicas discontinuas que son las preferencias. El olvido de esta verdad elemental del análisis lingüístico ha llevado a muchos autores a equivocar, de raíz, sus planteamientos teóricos. Mucha estéril polémica filosófica de los años 50 sobre fenómenos pragmáticos, como el de la presuposición, está viciada justamente por este defecto. Y fue un filósofo, P. F. Strawson (véase el Tema 9), quien introdujo de un modo sistemático, aunque quizás no con la claridad necesaria, esta distinción conceptual dentro de su teoría lógica y de su teoría semántica. El progreso filosófico en el ámbito del análisis lingüístico refleja en realidad una creciente conciencia de que las relaciones entre los niveles concreto y abstracto del análisis del lenguaje no son tan «mecánicas» como G. Frege y B. Russell las concibieron a comienzos del siglo xx. Por ejemplo, para estos autores (véanse los Temas 8 y 9), no existían problemas a la hora de asignar valores veritativos a las oraciones, puesto que no distinguían estas entidades de sus preferencias efectuadas en contextos y condiciones normales (lo cual era una idealización con escaso sentido de la realidad). En cambio, P. F. Strawson ya advirtió que, si bien la distinción entre la preferencia de una oración y la oración misma no tiene mucha importancia en la teoría lógica (las fórmulas lógicas no suelen estar temporalizadas ni contener elementos deícticos, por ejemplo), tiene un papel importante en la teoría de la verdad. P. F. Strawson mantuvo que las propiedades de verdad y falsedad se han de aplicar a las fórmulas lógicas (o sus trasuntos lingüísticos) sólo en la medida en que esas entidades representan enunciados, esto es, afirmaciones concretas de contenidos semánticos. Con ello, P. F. Strawson introdujo una noción, la de *enunciado*, que pretendía constituir un puente entre las abstracciones lógico-semánticas de la teoría lógica y el análisis lingüístico concreto. El problema con la noción strawsoniana de enunciado es que era susceptible de ser mirada desde muy diferentes puntos de vista e interpretada de modo consecuentemente heterogéneo. En realidad, tal noción no vino sino a oscurecer relativamente las relaciones entre las preferencias de las oraciones y las

oraciones mismas, porque no resultaba claro, al menos en la obra de P. F. Strawson, si los enunciados eran una u otra cosa. El mismo Strawson, a medida que su enfoque analítico iba inclinándose cada vez más del lado de la pragmática, dotó de nuevos matices a tal noción. Lo que en un principio identificó Strawson con una oración declarativa o en modo indicativo, o con una preferencia de tal oración, susceptible de ser verdadera o falsa, pasó a ser el contenido comunicativo de un determinado acto de habla, el de la aserción a aseveración, ambigüedad que sigue perdurando en algunos libros de texto de semántica. J. Lyons (1977 (1980), I, 6.2) ha hecho notar esa ambigüedad relacionándola además con la inherente a la noción de proposición o idea. Aunque a veces se identifican las nociones de enunciado e idea, el punto de vista más extendido entre quienes admiten a estas últimas entidades teóricas dentro de la semántica es que las ideas son los significados de los enunciados, que los enunciados expresan ideas. Según la expresión clásica de la distinción entre oración, enunciado e idea, las tres nociones están sistemáticamente relacionadas, pero no se identifican entre sí. En primer lugar, hay oraciones que no constituyen, cuando se profieren, ningún enunciado (por ejemplo, las oraciones imperativas). En segundo lugar, a cada enunciado corresponde, si no es ambiguo, una idea, que es el contenido semántico de tal enunciado al que se aplican los predicados veritativos. Son las ideas y no los enunciados, según parafrasea Lyons (1977), los que son verdaderos o falsos. En tercer lugar, lo que hace de una determinada preferencia un enunciado son ciertas condiciones contextuales, como por ejemplo la referencialidad de las (preferencias de las) expresiones que componen el enunciado, las intenciones del hablante de realizar una aserción o afirmación...

Por nuestra parte, de acuerdo con argumentos que hemos expuesto en otro lugar (Acero, Bustos y Quesada, 1982), prescindiremos casi por completo de la noción de enunciado, por considerarla innecesaria, y sólo la utilizaremos como abreviatura terminológica de oración declarativa o indicativa. En todo caso, no identificaremos la noción de enunciado con el correspondiente acto de habla con el cual suele estar y ser asociada. Si bien, en una mayoría de ocasiones, los actos de habla de aserción o aseveración suelen ser efectuados mediante la preferencia de oraciones declarativas, de enunciados en nuestro sentido, hay ocasiones en que esto no sucede así, por lo que encontraremos injustificable la identificación. Por otro lado, prescindiremos igualmente de la noción de proposición o idea como entidad teórica de la semántica. La razón última es bien sencilla, aunque no su justificación: la teoría semántica o pragmática no tiene necesidad de tales entidades abstractas para explicar los fenómenos lingüísticos que caen bajo su ámbito. En cierto modo, pues, nuestra postura puede ser calificada de materialista, aunque quizás no en el sentido más habitual, puesto que no admite entidades lingüísticas abstractas cuya existencia e identificación sea independiente de las concretas constituidas por las preferencias de las expresiones. Desde nuestro punto de vista, es suficiente el arsenal conceptual constituido por las nociones de preferencia, *prolatum* y expresión tipo como punto de partida para el

análisis del comportamiento comunicativo. Utilizando esas tres nociones básicas, junto con otras generales procedentes de la teoría de la acción, se pueden abordar con esperanzas de éxito las explicaciones de fenómenos semánticos y pragmáticos.

20.2. LA PRAGMÁTICA Y SU OBJETO

20.2.1. Verdad y literalidad

Una idea común es que la frontera entre la semántica y la pragmática corre paralela a la distinción entre los conceptos de oración y proferencia de una oración. Mientras que la semántica se ocuparía de unidades abstractas generadas por las reglas gramaticales, asignándoles una interpretación semántica igualmente abstracta, la pragmática se ocuparía del significado de actos locutivos concretos, de entidades lingüísticas físicas que son el resultado de esos actos. Ahora bien, ésta es una tesis que no es universalmente compartida por los lingüistas, lógicos y filósofos del lenguaje que practican de uno u otro modo la disciplina. En particular, en el campo filosófico, que fue donde se originaron las modernas teorías pragmáticas, es posible encontrar al menos dos teorías básicas sobre la naturaleza de la pragmática. En primer lugar, por orden histórico, estuvo vigente la teoría que asimilaba el objeto de la pragmática a la explicación de los elementos indéxicos en el lenguaje. Por ejemplo, *la pragmática, concebida de este modo, es simplemente la extensión de la definición semántica de verdad a los lenguajes formales que contienen términos indéxicos*. Se puede advertir que esta concepción de la pragmática se fundamenta en el supuesto de que la diferencia entre los lenguajes formales y los naturales sólo es una diferencia de grado. Precisamente una de las características que separan a las lenguas naturales de los lenguajes formales es la existencia de esos elementos indéxicos o déicticos (pronombres, adverbios de tiempo y lugar, etc.) que remiten directamente a las ocasiones o situaciones de la proferencia. La idea rectora de esta concepción era que, si se potenciaran los lenguajes formales mediante la incorporación en el formalismo de esos elementos indéxicos, la diferencia entre el lenguaje formal y el natural se iría aminorando. Como el núcleo de la teoría semántica lo constituía la teoría de la verdad, la pragmática no sería sino una extensión de esa teoría de la verdad, una «variedad de jardín» de la semántica.

La otra concepción filosófica tradicional de la pragmática es mucho menos restrictiva, pero es en cambio mucho más vaga. Se trata de la clásica concepción de W. Morris (véase el Tema 7) según la cual la pragmática trata de las relaciones de los signos lingüísticos con sus usuarios. En esta concepción, es preciso incluir todos los aspectos biológicos, psicológicos y sociales de la comunicación, por lo que la pragmática acaba resultando una mezcla de psicolingüística y sociolingüística cuyo principio unificador queda inmerso en la oscuridad.

En la década de los setenta, otros autores propusieron una concepción de la pragmática según la cual ésta se ocuparía de los aspectos del significado que quedan fuera o no pueden ser manejados por una teoría de la verdad para una lengua natural. Tal como se expresó: *pragmática = significado – condiciones de verdad*. Esta forma de considerar la pragmática hizo que no coincidiera por una parte con el ámbito definido por Morris ni, por otro lado, con el tratamiento técnico de los elementos indéxicos. En efecto, si los elementos indéxicos son manejables dentro de una teoría de la verdad, entonces forman parte de la semántica y quedan fuera del ámbito de la pragmática. Ahora bien, ¿cuáles eran esos aspectos del significado que no podían ser manejados por una teoría de la verdad? Ciertamente se trataba de aspectos del significado de las preferencias de las oraciones (o de sus resultados, los prolata), aspectos del significado que se puede considerar que dependen del contexto de uso de la oración y que, por tanto, varían o pueden variar de una ocasión a otra. Pero, bajo esta tesis general, se pueden dar amplias divergencias acerca del alcance de esos aspectos del significado que no quedan cubiertos por la semántica, concebida ésta en el sentido de teoría de la verdad. Para empezar, recuérdese que, de acuerdo con la distinción fundamental entre oración-tipo y preferencia de una oración, la pragmática se ocupa de acciones concretas, acciones verbales, y la semántica de abstracciones operadas sobre conjuntos de acciones. En este sentido, la propia noción de verdad es una noción semántica sólo en un sentido derivado, a saber, en la medida en que se aplica a entidades abstractas, teóricas. La noción de verdad se puede considerar como una propiedad que, en forma estricta, sólo tiene sentido atribuir o predicar de las entidades concretas que son las preferencias verbales (se entiende que de un subconjunto de éstas). Ahora bien, cuando de estas preferencias se abstraen determinadas características relativas a las circunstancias en que se utilizan, se les puede seguir aplicando el predicado «verdad».

La teoría semántica de la verdad es, de acuerdo con esta concepción, la teoría pragmática de la verdad menos el contexto, o la teoría de la verdad de contexto nulo. Con un ejemplo, quizás resulte más clara esta diferencia. Considérense las siguientes oraciones:

- (1) las ballenas son mamíferos marinos
- (2) esta ballena ha muerto por asfixia

En la primera no hay elementos deícticos (se puede considerar que el verbo se encuentra en presente «atemporal»), mientras que son patentes en la segunda (el adjetivo demostrativo, el pretérito perfecto). La asignación de valor de verdad a una y otra oración (preferencia) tiene un carácter diferente. Mientras que en el caso de (1) podemos prescindir casi completamente del contexto de emisión o de uso para afirmar que es verdadera, esto es, podemos estar relativamente seguros de que, sea cual sea la ocasión en que se emplee, será utilizada para hacer una afirmación verdadera, en el caso de (2)

la asignación de valor de verdad depende crucialmente del contexto de su utilización: en ocasiones se utilizará para hacer una afirmación verdadera y en ocasiones haciendo una afirmación falsa. Diríamos pues que en la primera preferencia el contexto es igual o se aproxima a cero, mientras que en la segunda es pleno o igual a uno. Pero de ello no se puede concluir que la asignación de valor de verdad a (1) es asunto de la semántica y (2) de la pragmática. Más bien es preciso concluir que la verdad o falsedad de *ambas* oraciones es objeto de la semántica a través de la pragmática, es decir, que la semántica ha de asignar un valor de verdad a los tipos de los cuales las preferencias son diferentes muestras o ejemplares (verdaderos o falsos). En el caso de (1) esta asignación plantea menos problemas que en (2), pero ambas oraciones, en cuanto abstracciones operadas a partir de preferencias, pueden y deben ser acomodadas dentro de una teoría semántica de la verdad para el español.

Si la teoría de la verdad no sirve sin más para trazar una frontera clara entre la semántica y la pragmática, ¿cuál es la alternativa? ¿cómo determinar los aspectos del significado que son propiamente el objeto de la pragmática? Entre las propuestas avanzadas en la década de los setenta, una de las más interesantes fue la que pretendió trazar una distinción entre la semántica y la pragmática utilizando el concepto de *convención*. La semántica se ocuparía de los aspectos del significado que se atribuyen *convencionalmente* a las expresiones lingüísticas, mientras que la pragmática se ocuparía de los aspectos del significado que surgen de una forma no convencional, cuando las convenciones lingüísticas se utilizan en situaciones comunicativas concretas. La pragmática tendría como uno de sus objetivos fundamentales la formulación de un conjunto de principios de interpretación preferencial que explican por qué tanto el hablante como su auditorio manejan en el intercambio comunicativo *más* información de la estrictamente afirmada en el uso de las expresiones. Dicho de otro modo más coloquial, cuáles son los principios que nos permiten sugerir algo mediante nuestras expresiones —no sólo enunciarlo, afirmarlo, etc.— y que permiten a nuestro auditorio captar o comprender esas sugerencias. Evidentemente esos principios no pueden ser subjetivos, puesto que representan procedimientos que una comunidad lingüística comparte para dominar esos recursos de la comunicación. Esos principios han de tener pues la forma de máximas generales que regulan, o al menos enmarcan, el comportamiento lingüístico de los pertenecientes a una comunidad de comunicación.

Ahora bien, en cuanto máximas, los principios de interpretación preferencial son igualmente de naturaleza convencional, reglas compartidas por una comunidad y fruto de un desarrollo histórico. La frontera entre la semántica y la pragmática no se puede plantear como la separación entre los aspectos convencionales y no convencionales de la asignación de significado a las expresiones lingüísticas, puesto que toda interpretación, basada en principio semánticos o pragmáticos, mediada por la naturaleza sistémica de

la lengua o por los aspectos intersubjetivos de la interacción, se basa en convenciones, en reglas sociales que se comparten comunitariamente. Si se admite la teoría de N. Chomsky (v. el Tema 15) sobre el conocimiento lingüístico, es preciso sostener que parte de las reglas que rigen la interpretación de las expresiones lingüísticas (por ejemplo, las que atañen a su estructura) han perdido su carácter convencional, social e histórico para incorporarse a nuestra naturaleza, para adquirir realidad psicológica o biológica. Esos principios formales, asimilados por nuestra estructura psicológica, constituyen un límite externo a la convencionalidad de la asignación de significado. Pero, exactamente en el mismo sentido, se puede mantener que las máximas de interpretación preferencial están «determinadas» en alguno de sus aspectos por imperativos biológicos acerca del procesamiento de la información. En cuanto mecanismos que computan información, también los seres humanos están limitados por exigencias internas de ese proceso, de tal modo que la forma de las reglas sociales que utilizan está en algún sentido restringida para satisfacer esas necesidades internas.

De cualquier modo, sea cual sea la idea que se mantenga sobre la naturaleza de las reglas de interpretación lingüística, lo que queda claro es que la separación entre lo convencional y lo no convencional no puede coincidir en sus límites con los de la semántica y la pragmática.

Una propuesta para delinear tal separación, relacionada con ésta, es la que utiliza como criterio la distinción significado literal/significado no literal. Esta dicotomía no fuerza a distinguir entre aspectos convencionales y no convencionales de la asignación de significado a las expresiones lingüísticas, sino a esbozar una noción medianamente clara de literalidad. Es de hecho una oposición que es claramente compatible con la tesis de que todos o casi todos los principios de asignación de significado a los mensajes verbales son de naturaleza convencional, variando únicamente la naturaleza del significado que asignan. Sin embargo, la de literal/no literal no es una dicotomía libre de problemas, la mayor parte de los cuales reside en la dificultad de determinar lo que en las expresiones lingüísticas es literal y diferenciarlo de lo que no lo es. Generalmente esa determinación se ha realizado acudiendo, una vez más, a la noción de contexto del siguiente modo: el significado literal de una expresión es lo que queda cuando se despoja a esa expresión del contenido informativo que depende del contexto, esto es, para cuya computación es preciso atender a aspectos ajenos a la expresión lingüística misma. Dicho más brevemente, *significado literal* = *contenido comunicativo* – *significado contextual*. En principio, la fórmula no ayuda mucho, porque en ella hay elementos que es preciso determinar. Bajo una interpretación restrictiva, es fácil entender lo que quiere decir «significado dependiente del contexto»: los elementos deícticos de la expresión lingüística. Desde este punto de vista, los elementos deícticos (casi) no tienen significado literal, sólo pueden ser interpretados atendiendo a las circunstancias en que son empleados, proferidos. Por tanto, una oración enunciativa (empleada para hacer una afirmación) que contenga ele-

mentos deícticos expresará una u otra idea dependiendo de esas circunstancias. Por ejemplo, considérese (3) como una oración de esta clase:

(3) Hoy hace cincuenta años que murió José Ortega y Gasset

Como hay elementos deícticos en esta frase, como los adverbios temporales, el tiempo verbal..., diferentes preferencias de esta oración podrán expresar ideas diferentes o, si se prefiere, la misma idea con diferentes valores de verdad. Esos elementos deícticos determinan, según las circunstancias de la preferencia, las ideas que la oración expresa y su valor de verdad. De acuerdo con esta concepción, la semántica estudiaría las ideas (o las condiciones veritativas) expresadas por las expresiones lingüísticas y la pragmática los factores que, con ocasión de la preferencia de esas entidades lingüísticas, ayudan a determinar esas ideas. Para hacer honor a esta tesis, hay que advertir que no sólo son los elementos deícticos los factores de esa determinación, sino que también hay otros, como la fuerza ilocutiva. Basta en este punto advertir que una oración puede ser empleada para hacer una afirmación, como es el caso de muchas oraciones enunciativas, o con otros propósitos u objetivos (v. el Tema 18). En el primer caso, la expresión del contenido ideacional o proposicional de la expresión agotaría todo su significado; en los demás casos, ese contenido ideacional sólo sería parte del significado de la oración, siendo preciso tener en cuenta también los objetivos comunicativos que el uso de la expresión pretende. Así pues, la pragmática no sólo se ocuparía de la aportación de los elementos indéxicos a la determinación de las ideas expresadas por oraciones enunciativas, sino que también se ocuparía del contenido informativo de esas oraciones que no coincide con el contenido ideacional o proposicional. Esta concepción de la pragmática fue la esbozada, por ejemplo, en los años setenta: *Existen dos tipos principales de problemas que se han de resolver dentro de la pragmática: en primer lugar, definir tipos interesantes de actos de habla y productos de esos actos; en segundo lugar, caracterizar los aspectos del contexto que ayudan a determinar qué idea es la expresada por una oración determinada. El análisis de los actos ilocutivos es un ejemplo de un problema de la primera clase; el estudio de las expresiones deícticas es un ejemplo de la segunda* (R. Stalnaker, «Pragmatics», *Synthese*, 22, 385, 1970). En esta concepción, por tanto, la pragmática desempeña un papel importante en la determinación de lo que es el significado literal de una expresión, en la medida en que ese significado literal se identifica en unos casos con la idea expresada y, en otros, con el acto realizado con ocasión de la preferencia de una expresión.

Por el contrario, si se adopta un punto de vista radicalmente diferente, de acuerdo con el cual el significado de una expresión lingüística es inseparable de las circunstancias en las cuales se emplea, nos encontramos con una disminución radical del significado literal. En efecto, si se hace depender casi totalmente el significado de las expresiones lingüísticas de su uso en situaciones concretas, el residuo literal de ese significado queda reducido prácticamente a cero. Ahora bien, por muy radicalmente partidario que se

sea de las tesis de Wittgenstein, ningún investigador de la pragmática cree que el significado de las expresiones es adscrito *ex ovo* por las intenciones del hablante y las creencias de la audiencia. Es cierto que, como se ha visto (Tema 19), la teoría pragmática del significado de H. P. Grice otorga una primacía epistemológica y metodológica al significado que el hablante otorga a sus expresiones, en función de sus intenciones y de los medios por los cuales éstas se expresan y son reconocidas por un auditorio. Pero la concesión de esta primacía no ignora, o no debe ignorar, que el hablante, al otorgar significado a sus expresiones, está haciendo uso de una realidad cultural e histórica relativamente fija, que es el sistema de su lengua. Esto quiere decir que el hablante se encuentra en una especie de libertad vigilada cuando se expresa lingüísticamente: la libertad procede del hecho de su utilización intencionada de expresiones lingüísticas, que puede dar a éstas nuevos aspectos o nuevas dimensiones: su limitación estará determinada por el hecho de que esas intenciones son expresadas bajo la importantísima restricción de la necesidad de su reconocimiento. Es esta necesidad la que hace que el hablante utilice medios socialmente fijados e intersubjetivamente compartidos por los miembros de su comunidad comunicativa. Uno de estos medios es evidentemente la propia lengua, ese conjunto de principios o reglas socialmente compartidos y culturalmente transmitidos para la expresión e interpretación de información. Pero, aparte de la lengua o junto a ella, existen además otros medios, otras reglas o principios de interpretación que posibilitan al hablante una cierta libertad, una cierta flexibilidad en el proceso de transmisión e interpretación de información por medio del lenguaje. Es posible que estas reglas no formen parte de la competencia, en el estricto sentido chomskiano, del hablante de una lengua, pero de lo que no hay duda es que forman parte del conocimiento que fundamenta su utilización. Porque el conocimiento que tiene el hablante de su lengua no se ha de entender sólo en el sentido del conocimiento del *sistema* de la lengua, sino también en el conocimiento del *uso* del sistema, de su funcionamiento en situaciones concretas. Este último aspecto incluiría la habilidad o capacidad para captar los rasgos pertinentes de los contextos y manejarlos de una forma creativa, algo que sin duda no puede relegarse a una teoría de la actuación en acepción chomskiana.

20.2.2. Los fenómenos pragmáticos

¿Cuáles son las propiedades y los hechos lingüísticos que una teoría pragmática, equilibradamente concebida, debe explicar? La dicotomía comentada entre el significado literal y el no literal puede servir de guía en la determinación y clasificación de los fenómenos que son el objeto de estudio de la pragmática. Se puede reinterpretar la noción de significado literal como significado sistémico, esto es, como el significado de la expresión tipo, de la cual, cuando se utiliza en una ocasión concreta, se hace una preferencia. Ese significado es, por supuesto, una entidad teórica determinada por la semánti-

ca al margen del contexto de la preferencia. Si se trata de una oración, la semántica nos proporcionará una representación de ella, que constituirá precisamente su significado sistémico. Por el contrario, el significado no sistémico de una expresión sería el significado de la preferencia de esa expresión, en la medida que en él se encuentra representada información que no coincide con la figurada en el significado sistémico. Esta matización es importante, porque aclara las relaciones entre ambas nociones. Si suponemos que el significado sistémico es equivalente al significado literal, podemos distinguir entre dos casos: por una parte, a veces queremos decir lo que literalmente decimos y, en consecuencia, a veces nuestro auditorio entiende que decimos lo que literalmente decimos; en estas ocasiones el significado de nuestras preferencias coincide punto por punto con su significado literal. Por otro lado, a veces queremos comunicar algo más de lo que decimos, y nuestro auditorio así lo entiende, complementando o sustituyendo el significado literal de lo que decimos con una información a la que se puede acceder a través de aquello que decimos: en este caso nuestras expresiones tienen un significado no sistémico o no literal. No existe pues una relación necesaria de inclusión entre ambas nociones, lo cual podría pensarse si se confunde la noción de significado no sistémico con la noción introducida por H. P. Grice (1968, v. el Tema 19) de *significado ocasional del hablante*. Si se entiende bien esta noción, que es central en la teoría pragmática del significado de Grice, el significado ocasional del hablante se corresponde con el significado de la preferencia del hablante, y esta noción puede incluir tanto al significado sistémico como al no sistémico. Es posible que el significado sistémico y el no sistémico difieran completamente, que, en muchas ocasiones lo primordial para representar el significado de una preferencia sea el significado no sistémico, siendo el sistémico prácticamente irrelevante. Pero siempre habrá un hilo conductor, un nexo causal que lleve del uno al otro. Ni se puede despreciar el componente literal de una preferencia lingüística, considerándolo completamente irrelevante, ni se puede hacer residir en él el núcleo principal de la representación del significado preferencial. Es decir, aún habiendo una dependencia entre ambos, no se puede afirmar la supremacía epistemológica o metodológica de uno sobre otro.

Si el significado sistémico de una preferencia (de tenerlo) es asunto de la semántica, es objeto de la pragmática su significado no sistémico. La pragmática, de forma análoga a la semántica ha de dar cuenta de la significatividad de las preferencias en su dimensión no sistémica, esto es, ha de contener elucidaciones de los predicados:

I.a. P significa

b. P significa no sistémicamente...

En contraste con lo que literalmente significa una expresión se suele situar lo que el uso de esa expresión sugiere, da a entender, presupone, implica o entraña no lógicamente, etc. Todas esas propiedades y relaciones son candidatas a formar parte, quizás independiente, de ese significado no sisté-

mico a que se refiere I.b. Por ello, es necesario descomponer este punto en diferentes factores, de los que destacaremos dos:

b.1. P presupone...

2. P implica no lógicamente...

Como se ha visto en el Tema 19, la distinción entre implicaciones lógicas y no lógicas se suele marcar denominando a estas últimas *implicaturas*, que se distribuyen a su vez en diferentes clases, con sus propios criterios de identificación.

Hemos hecho referencia al hecho de que la pragmática ha de dar cuenta de la competencia del hablante para utilizar el sistema lingüístico de una forma coherente con la situación en que ese hablante se encuentra. Esto significa que la pragmática ha de describir los criterios que permiten decidir si un hablante se está comportando lingüísticamente de una forma racional, lo cual equivale a establecer, una noción de *aceptabilidad pragmática*. De modo análogo a cómo la sintaxis especifica el conjunto de oraciones que, desde el punto de vista estructural, pertenecen a una lengua y la semántica determina las oraciones que son admisibles desde el punto de vista de su significado sistémico, la pragmática ha de especificar cuándo una proferencia constituye un acto de habla adecuado o coherente con una situación comunicativa. Esto significa, en primer lugar, una elucidación del concepto de acto de habla y, quizás, una descripción y clasificación de los actos de habla, una formulación de sus condiciones constitutivas, de sus relaciones internas, etc. Por lo tanto, se puede afirmar que la pragmática trata también de predicados como

I.c. P es un acto de habla

1. directo...

2. indirecto...

I.d. P tiene una fuerza ilocutiva R

Además, la pragmática ha de definir un marco conceptual mediante el cual se pueda analizar el intercambio de expresiones o actos de habla que constituye la comunicación lingüística, de forma que dé adecuada cuenta de las principales propiedades que caracterizan a ésta. Con ello se quiere decir que la pragmática ha de especificar unos criterios mediante los cuales se pueda juzgar si un acto de habla es consistente con la situación comunicativa, esto es, si es un acto racional respecto a los fines de la interacción lingüística. En este punto, la principal relación que ocupa a la pragmática es

I.e. P es coherente con el contexto comunicativo K

El resultado es que la teoría pragmática ha de contener al menos una teoría pragmática del significado, una teoría de los actos de habla y un marco teórico general en el que analizar la interacción comunicativa.

20.3. LA CRÍTICA A LA CONCEPCIÓN SEMIÓTICA DE LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA

El objetivo principal de una teoría general de la comunicación es el de explicar cómo nos comunicamos mediante la realización de cierta clase de acciones, cuáles son las características especiales que tienen esas acciones, que posibilitan la comunicación, y de qué modo funciona todo el proceso de producción y comprensión del significado ligado a esas acciones. Un modelo de tal teoría general ampliamente utilizado a lo largo del siglo xx es el modelo semiótico, el modelo cuyo concepto central es el concepto de código. De acuerdo con este modelo, comunicar consiste en cifrar información mediante un código que, conocido por el receptor o destinatario del mensaje, es utilizado para descifrarlo. El ejemplo clásico para ilustrar la naturaleza de la noción de código es el del código Morse: un emisor traslada un mensaje lingüístico a secuencias de rayas y puntos que, transmitidos a través de un canal, son recibidos por un destinatario. Este destinatario, utilizando un manual del código, descifra las secuencias, convirtiéndolas de nuevo en expresiones de una lengua natural (figura 20.1).

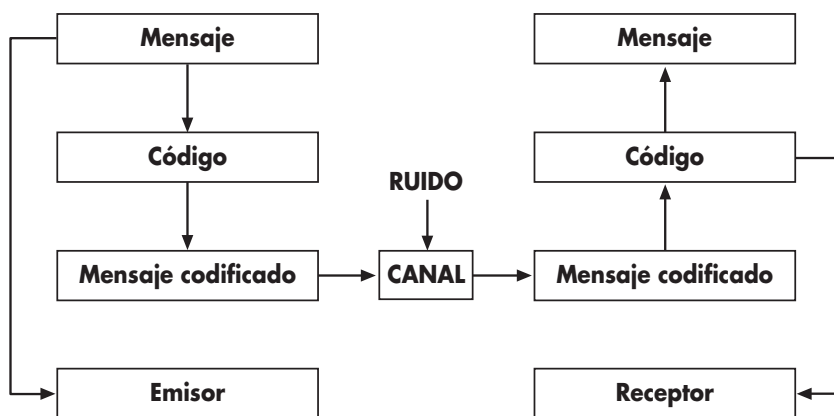


FIGURA 20.1. Diagrama clásico del proceso de comunicación.

Con respecto a este modelo y ejemplo, hay que resaltar lo siguiente: en primer lugar, que la codificación consiste en un cifrado, en una forma de reescritura, de tal modo que, si lo transmitido es «S.O.S.», la secuencia codificadora es «...---...»; en segundo lugar, que la información codificada es la de que «...---...» equivale a «S.O.S.», y nada más. En particular, conviene advertir que no se ha codificado, ni transmitido el significado de «S.O.S.» (lo que se suele denominar información semántica). Una vez transmitida la señal, el significado de «S.O.S.» ha de ser interpretado, o averiguado, por el receptor del mensaje, para lo cual no le sirve de nada el código Morse. Que la señal en cuestión constituya una petición de socorro, o una contraseña acordada, o una broma privada entre emisor y destinatario, no es una información que

viaje o se traslade a través del canal de la transmisión telegráfica. A través del canal telegráfico lo único que viaja son señales eléctricas, pero no significados. Para descifrar éstos, el destinatario ha de ser capaz de manejar un manual descodificador que puede tener poco que ver con los corrientes, hasta el punto de que quizás no merezca la pena denominarlo así.

El modelo semiótico de la comunicación, y el concepto de información que llevaba aparejado, utilizados para describir los aspectos esenciales de la telecomunicación, han desempeñado el papel de una metáfora raíz, o metáfora constitutiva, de la teoría de la comunicación mediante el lenguaje natural. Esto no es una calificación negativa: en muchas ocasiones es la única forma posible en que se puede conformar y progresar una determinada disciplina. Pero, en el manejo de una metáfora de este tipo siempre subsiste el riesgo de considerarla algo literal (algo parecido ha sucedido con la metáfora raíz de las ciencias cognitivas: la mente es un ordenador). Es preciso saber cuáles son los límites de la metáfora, hasta qué punto resulta útil en la investigación de un nuevo campo y cuándo es preciso abandonarla, porque ya ha perdido su valor. Esto último resulta particularmente difícil cuando la metáfora ha calado tan profundamente que ha impregnado el uso cotidiano del lenguaje, incluso hasta el punto de constituir campos de expresiones lexicalizadas cuyo carácter originariamente metafórico ya no se percibe como tal.

El fundamento de la aplicación metafórica de la noción de código a la comunicación lingüística es que una lengua natural puede considerarse como un código similar al Morse. La utilizaríamos para «cifrar» nuestro pensamiento (los significados) de tal modo que fueran descifrables por un destinatario que tuviera conocimiento de ese código. El esquema resultante de esa aplicación sería el que se muestra en la figura 20.2.

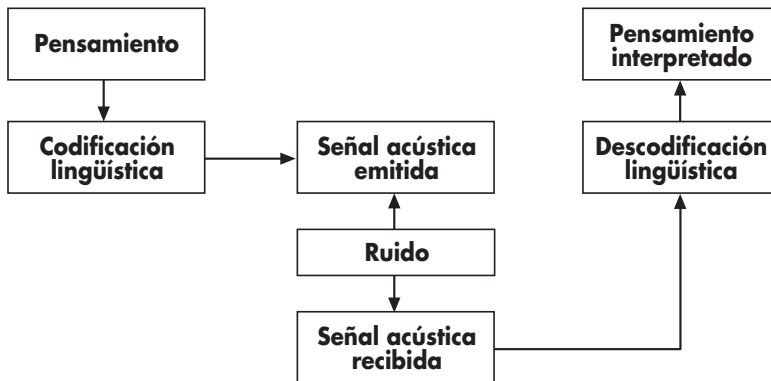


FIGURA 20.2. Conducta lingüística verbal.

Nótese las similitudes y las diferencias porque ambas son importantes para la comprensión de la extensión metafórica de la noción de código a la comunicación. Lo que en el modelo original es en realidad un proceso de

cifrado, de reescritura en una notación diferente, en este modelo es un proceso de traducción de pensamiento a expresiones lingüísticas. Incluso si dejamos por un momento la cuestión de si los pensamientos tienen ya una forma lingüística (si forman parte de un lenguaje interior, como sostenía Agustín de Hipona y mantiene el psicólogo J. Fodor), es evidente que la codificación lingüística no es literalmente comparable al del modelo original. Del mismo modo sucede con el proceso de descodificación, en el que no se produce una simple retranscripción, sino una auténtica traducción, si suponemos que el destino final del pensamiento es el lenguaje mental del destinatario. Entre otras cosas importantes, un elemento esencial que distingue ambos modelos es la existencia de una gramática: en el supuesto proceso de codificación lingüística interviene ese conjunto de reglas que nos permite producir una entidad que, de algún modo, contiene la información que contiene la representación mental que queremos transmitir al destinatario. La existencia de ese conjunto de reglas, entre otras cosas, separa el lenguaje natural de un código. Para expresarlo de una forma contundente (R. Harris, «The Grammar in your head», en C. Blakemore y S. Greenfield, eds., *Mind-waves*, Oxford: Blackwell, 1987): *una lengua no es un código, y tampoco un código es una lengua. Sólo las lenguas en sentido corriente —lenguas como el inglés, francés o latín— tienen gramáticas. Un código no tiene una gramática, ni podría, de alguna forma «generar» una gramática.* De tal modo que no existe, ni puede existir, una gramática Morse o Braille, aunque efectivamente existen tablas de equivalencias entre los signos del código y los signos lingüísticos (las letras): lo característico del código es que puedo utilizarlo sin tener ni idea de la lengua en que están escritos los caracteres que cifro. Ello no afectaría a la transmisión, que podría ser descifrada por un receptor igualmente ignorante.

Conviene distinguir pues entre procesos distintos, relacionados con la comunicación, que no obstante pueden no tener nada que ver entre sí:

1. En primer lugar, y considerando lo más elemental, el proceso de transmisión de una señal. Este proceso no implica necesariamente una codificación: por ejemplo, la transmisión telefónica consiste en la transformación de energía dinámica —las ondas acústicas— en impulsos eléctricos, los impulsos eléctricos recorren un canal —el hilo telefónico— y son retransformados a su vez en ondas acústicas que impresionan nuestros tímpanos. En ningún momento del proceso es correcto hablar literalmente de codificación. Lo único que se ha producido es la transformación de una forma de energía en otra de acuerdo con ciertas leyes físicas.
2. En segundo lugar, hay que distinguir los procesos de codificación de mensajes, en los que tales mensajes son cifrados, esto es, reescritos de acuerdo con un procedimiento, la clave del código, posiblemente transmitidos en esa forma cifrada, y finalmente descifrados por un receptor, mediante la aplicación de la clave. Como he dicho, tales pro-

cesos de codificación y decodificación son independientes de que emisor y receptor tengan conocimiento del significado (sea esto lo que sea) de los mensajes transmitidos, no requieren ningún conocimiento lingüístico en particular y la competencia codificadora consiste esencialmente en una habilidad mecánica —en el sentido que lo era la del perforador de tarjetas de ordenador, por ejemplo.

3. En tercer lugar, los procesos de traducción, que implican el conocimiento lingüístico, la comprensión de los mensajes que se trasladan, y que persiguen la conservación de la información semántica.

Uno de los inconvenientes de la metáfora semiótica es que hace suponer que lo comunicado se encuentra de alguna forma contenido, encerrado, en la representación semántica de la expresión fonéticamente realizada. Sin embargo, si lo que se comunica en la comunicación tiene algo que ver con la información a que se da acceso al destinatario de la comunicación, con la información que éste adquiere en virtud de una relación causal con la expresión lingüística utilizada por el emisor, entonces tal supuesto es radicalmente falso. La representación semántica de una oración no contiene toda la información que es transmitida por medios lingüísticos en la comunicación. A veces ni siquiera es esa información la que se transmite, a pesar de ser irreprochable la comunicación. Por decirlo de otro modo, la figura 20.2 omite precisamente lo que es la médula de la comunicación, el hecho de que la información comunicada no está *dentro* del mensaje, sino que, por decirlo así, el mensaje sólo es *la llave* que da acceso a esa información.

20.3.1. Significado oracional y significado preferencial

Una de las razones de la carencia de la figura 20.2 a que nos hemos referido es que no repara en la diferencia existente entre una oración y una preferencia de una oración. Como indicamos, las oraciones son entidades teóricas, abstractas de la teoría lingüística, entidades cuya representación semántica (o algo que se le asemeje) y fonética ha de proporcionar la gramática propuesta por la teoría. En contraste, las preferencias son acciones concretas realizadas por los hablantes de una lengua cuando la utilizan. Como tales acciones, están localizadas espacio-temporalmente y son literalmente irrepetibles. La diferencia entre uno y otro tipo de entidades lingüísticas se suele expresar diciendo que las oraciones son expresiones-tipo y las preferencias ejemplares o muestras de expresiones.

Pues bien, mientras que una expresión oracional tipo y un ejemplar de la misma comparten las propiedades estructurales que busca describir y explicar la gramática (su configuración interna, su forma lógica, su clase distributiva, etc.), no tienen por qué compartir necesariamente su significado. Habitualmente el significado de una expresión tipo se puede identificar con la representación semántica que a esa expresión permite asignarle la gramática, si es que permite asignarle alguna, lo que hemos denominado significado

sistémico. En cambio, el significado de una preferencia concreta de esa oración puede no coincidir con la información contenida en la representación semántica de ésta. Para darse cuenta de ello, basta considerar cualquier expresión que remita a características extralingüísticas (en realidad, en un sentido u otro, todas las expresiones remiten a ese tipo de características):

(1) Hoy es miércoles

En ella, la expresión «hoy», considerada en cuanto expresión-tipo, esto es, abstracta entidad lingüística, tiene una representación semántica que contiene la información de que refiere al día en que se profiera la expresión. Pero en cuanto ejemplar i-ésimo de esa expresión tipo puede contener la información de que refiere al 11 de julio de 1999. Quien profiera (1) puede transmitir la información de que ese día en particular es miércoles, lo cual forma parte del significado de la preferencia de (1), aunque no de la expresión-tipo.

Una distinción estrechamente relacionada con ésta, y que se ha utilizado, en lingüística y en filosofía del lenguaje, como criterio para distinguir entre los objetos propios de la semántica y de la pragmática, es la que separa al significado oracional del significado del hablante (v. el Tema 19). Veamos cómo explica esta dicotomía un manual de semántica (R. M. Martin, *The meaning of language*, Cambridge, Mass.: M.I.T. Press, 1987, pág. 19): *Supóngase que Pepita quiere decirte que Juan se ha ido, pero es una hablante del español no muy competente y no ha captado bien los significados de «llegar» e «irse». Dice entonces: «Juan ha llegado», pero lo que realmente quiere decir es que se ha ido. Sin embargo, podríamos desear decir que la oración que profiere, a pesar de sus deseos, no significa que Juan se ha ido, sino que realmente significa que Juan ha llegado. Lo que aquí tenemos es una especie de ambigüedad: en un cierto sentido, lo que Pepita dice significa que Juan se ha ido y, en otro, que Juan ha llegado. Más precisamente, podemos afirmar que lo que Pepita quiso decir con su oración es que Juan se había ido, pero que lo que la oración realmente significa en español es que Juan ha llegado [...] Distingo estas dos clases de significado llamando al primero significado del hablante y al segundo significado oracional* (cfr. el Tema 19). El significado oracional es pues equivalente a lo que hemos venido llamando significado sistémico de la expresión oracional — que se aplica tanto a las oraciones como a otras clases de expresiones— y puede no coincidir con lo que el hablante pretende decir. Ahora bien, ¿cuál es el significado de la preferencia de Pepita: «Juan ha llegado»? Por una parte, parece evidente que no es que Juan ha llegado, puesto que Pepita parece querer decir justamente todo lo contrario y es posible que el destinatario capte esa intención, sabiendo que Pepita tiende a trabucar los términos antónimos en español. El oyente entendería entonces que Pepita quiere decir que Juan ha llegado y así es como interpretaría su preferencia. Su interpretación de la información transmitida mediante la preferencia de Pepita coincidiría en este caso con el significado que Pepita pretende dar a su uso de la oración, coincidiría con su significado del hablante. Pero, por otro lado, supóngase

que el auditorio no tiene conocimiento de la incompetencia lingüística de Pepita: entonces puede interpretar que Pepita quiere decir lo que realmente dice, esto es, que Juan ha llegado. En este caso, la información que llega al destinatario, por medio de la preferencia de Pepita, es precisamente la información contenida en la representación semántica de la oración, esto es, su significado sistémico oracional y, desde el punto de vista de la descripción de la comunicación entre hablante y auditorio, ese es el significado de la preferencia. Llamaremos a este significado el *significado comunicativo* de la preferencia, en contraste tanto con el significado sistémico como con el significado del hablante.

20.3.2. La función de la pragmática en el análisis del significado comunicativo y el modelo inferencial de la comunicación lingüística

Resulta pues que, a veces, el significado comunicativo de una preferencia equivale a su significado sistémico y a veces resulta que no, que coincide con el significado del hablante, o con otras cosas. Aunque en ocasiones se ha tratado de confinar el análisis pragmático a los casos en que el significado de la preferencia no coincide con el significado sistémico, en realidad su ámbito va más allá del que estos casos determinan. Para empezar, ya hemos visto que, incluso en el nivel del significado sistémico o semántico, es necesaria la consideración pragmática para dar cuenta de los aspectos deícticos o indéxicos de la oración (los que remiten a características extralingüísticas). Por otro lado, la pragmática es una disciplina cuyos análisis cubren en realidad ambos casos: 1) cuando lo que se comunica es la información contenida en la representación semántica —determinada con ayuda de una teoría pragmática de la deixis—, y 2) cuando se comunica algo más, o algo diferente, como el significado del hablante.

Resumiendo de forma esquemática, la teoría pragmática interviene en los siguientes momentos de la computación del significado comunicativo:

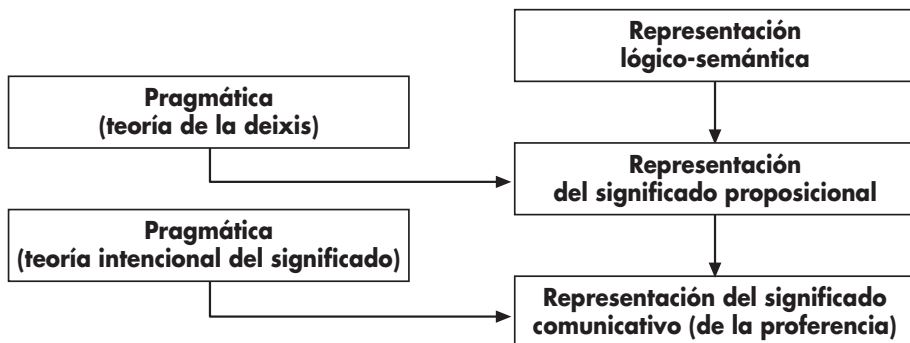


FIGURA 20.3. Intervención de la pragmática en la computación del significado comunicativo.

El resultado es pues que la teoría pragmática, en su acepción general, es la teoría que determina el significado comunicativo de las proferencias, utilizando como entrada información recogida en la representación semántica de las expresiones-tipo, pero incorporando en el proceso ingredientes no lingüísticos, esenciales no obstante para la determinación de la salida del proceso, el significado comunicativo.

Ahora bien, en la noción de proferencia subsiste una indeterminación. Desde el punto de vista de la descripción de la comunicación, las proferencias pueden ser consideradas como acciones o productos de acciones. Hemos propuesto deshacer esa indeterminación denominando a los resultados de las proferencias prolata, inscripciones verbales o escritas de entidades lingüísticas, y reservando el término «proferencia» para el acontecimiento mismo. Las proferencias son pues acciones, acciones verbales por más señas. Y la comprensión de las acciones verbales, la captación de su significado, sigue un proceso muy diferente al de la descodificación de un mensaje. Por ello, es necesario abandonar el marco teórico de la concepción semiótica de la lengua y utilizar nuevos instrumentos para comprender y reproducir la forma en que algunas de nuestras acciones son comunicativas, esto es, constituyen instrumentos adecuados para transmitir información a nuestros semejantes.

El *modelo inferencial de la comunicación lingüística* aspira precisamente a la sustitución del modelo semiótico. Pretende dar cuenta de la forma en que los pertenecientes a una comunidad epistémicamente pertinente —que comparte los conocimientos relevantes para la coordinación de sus acciones, por ejemplo, la competencia lingüística—, asignan significado a sus acciones verbales, en cuanto agentes, y son capaces de interpretar esas acciones, en cuanto destinatarios o receptores de dichas acciones.

Uno de los supuestos fundamentales en que se basa el modelo inferencial es de carácter negativo o crítico: los procesos de codificación y descodificación no desempeñan ningún papel significativo en la descripción y explicación de la comunicación lingüística. Según D. Sperber y D. Wilson (1986, 32, v. Actividades al final del Tema), autores de una de las versiones más completas y conocidas de este modelo, *los humanos no se comunican codificando y descodificando pensamientos*. Dicho de otro modo (en términos cognitivos), los procesos psicológicos que se desarrollan en la mente de los que participan en un intercambio comunicativo, cuando producen o interpretan acciones, no consisten en la aplicación de un código mental subyacente que permita la expresión y comprensión de lo que las acciones significan. La operación básica es otra y el proceso es mucho más sutil y complejo. Lo fundamental es la operación de *inferencia*, que consiste esencialmente en la producción o captación de una información a partir de un conjunto de informaciones antecedentes. Desde el punto de vista cognitivo —no lógico ni lingüístico—, la inferencia es, por una parte, una operación consistente en la manipulación de representaciones mentales, que J. Fodor imagina en términos de un lenguaje mental. Por otra, tiene como resultado el acceso a

una información nueva a partir de un conjunto de afirmaciones ya poseídas por aquel que practica la inferencia.

Descrito en una forma macroscópica, el modelo consiste básicamente en lo siguiente: 1) un conjunto de premisas que expresan el conocimiento que el agente/receptor pone en juego para la producción/compreensión de la acción verbal, y 2) una conclusión, que enuncia el contenido significativo de la acción verbal realizada; la conclusión ha de representar el significado de la acción verbal, al menos en la acepción de significado comunicativo, que es la que nos interesa.

El proceso postulado en el caso de la producción de una acción verbal o preferencia significativa consta de lo siguiente —descrito también de una forma muy general—: 1) el agente tiene como objetivo transmitir una cierta información a un receptor o auditorio, 2) para ello pone en juego su conocimiento del conjunto de convenciones o procedimientos que, compartidos por la comunidad comunicativa a que pertenecen tanto él como el receptor, permiten expresar ese significado, 3) utiliza esos procedimientos de forma relativa a una representación de la situación en que va a realizar la acción; esa representación constituye básicamente lo que se conoce como contexto de la acción verbal y, determina, al menos en parte, el significado de la acción llevada a cabo. La forma general que tendría la inferencia llevada a cabo por el agente es, pues, la siguiente:

(i) Si quiero decir (significar, transmitir, hacer saber...) x , entonces, dado C_1 , he de hacer z

donde x representa al objeto de la intención comunicativa del agente, es decir, lo que anteriormente denominamos el significado del hablante, C el contexto pertinente para la expresión de esa intención y z la acción verbal que constituye el medio apropiado tanto para su expresión como para su comprensión.

Desde el punto de vista de la recepción, el proceso es básicamente el inverso, esto es, consiste esencialmente en la reconstrucción de la intención comunicativa del agente:

(ii) Si A ha hecho z , entonces, dado C_1 ha querido decir x

Esto es, para la comprensión del significado de la acción verbal, el auditorio ha de partir igualmente de una representación del contexto, que puede coincidir o no con la del agente, y de su conocimiento de las convenciones sociales y comunicativas que restringen el ámbito de las posibles interpretaciones de z . Utilizando ambos tipos de conocimiento como parte de la información movilizada en sus conjeturas sobre el sentido de la acción de A, puede llegar a una conclusión sobre el objeto de su intención comunicativa, esto es, acerca del significado de la acción verbal.

20.3.3. La naturaleza de la inferencia del significado comunicativo

Una vez establecido este marco general de lo que es la inferencia comunicativa, vamos a caracterizar algunas de sus propiedades más generales, antes de pasar a analizar más detalladamente su funcionamiento.

Generalmente, se concibe la computación del significado como un proceso determinista, esto es, que alcanza un resultado neto como término del proceso de cálculo. Pero quizás sería más útil considerar la computación del significado lingüístico como una especie de computación de una función de probabilidad, de tal modo que el resultado fuera obtenido con un cierto grado de plausibilidad. Algunos «movimientos» en el discurso así lo sugieren, como la petición de precisiones, informaciones adicionales, aclaraciones de sentido, explicitación de relaciones de relevancia, etc. De tal modo que la computación del significado no sería algo instantáneo, en la mayoría de las ocasiones, sino que se operaría por etapas sucesivas. Incluso así, también resultaría ilusorio pensar que el significado constituye una entidad perfectamente definida o fija, y que la comunicación requiere como condición necesaria su completo análisis. Lo que sucede más bien es que, independientemente de que exista algo así como un significado completo y determinado, la comunicación y el discurso pueden progresar alimentándose únicamente de cálculos parciales de la información que se pretende transmitir.

Este carácter progresivo y parcial de la computación del significado quizás explique algunas de sus propiedades computacionales más sobresalientes, como es su rapidez. En este sentido, no se diferencia de otras tareas cognitivas, cuya característica más sobresaliente es *cómo puede ser tan fácil en presencia de un número tan amplio de creencias potencialmente relevantes* (H. Levesque, «Logic and the complexity of reasoning», en R.H. Thomason, ed., *Philosophical logic and artificial intelligence*, pág. 83, 1989, Kluwer). El proceso inferencial ha de disponer en cualquier caso de dispositivos que posibiliten, y expliquen desde el punto de vista cognitivo, esta familiaridad y rapidez con que sucede la comprensión del significado comunicativo. Dicho de otro modo, el mecanismo inferencial ha de ser de tal naturaleza que permita descartar, entre toda la información de que dispone el sujeto, potencialmente utilizable en la inferencia correspondiente, toda la información no relevante para el procesamiento del significado comunicativo.

Existen razones para creer que hay problemas para concebir el proceso en términos de inferencia lógica, esto es, demostrativa. Pero, además, es que nada indica ni nos autoriza a pensar que ésta es la única clase de inferencia en que se basa el proceso de comprensión lingüística. Es posible que tal proceso implique otras formas inferenciales no estrictamente lógicas, como las inductivas o analógicas, con lo que la necesidad de mecanismos que limiten el tamaño del input es, si cabe, aún más perentoria.

Entendiendo por inferencia demostrativa la estrictamente reducible a los sistemas de lógica estándar que conocemos, dos son las fuentes de tales inferencias en las expresiones lingüísticas. En primer lugar, las basadas en la representación lógica de las oraciones. Todas las teorías lingüísticas modernas, y en particular la teoría chomskiana generativa, reconocen un nivel de representación lógica, en el que, entre otras cosas, se incluye información acerca del alcance de los cuantificadores, alcance de la ligadura de las variables, etc. Ese nivel de representación es fuente o motor de inferencias de tipo lógico, como la que relaciona las oraciones

(2) si los precios suben, la inflación aumenta

(3) si la inflación no aumenta, los precios no suben

Tales inferencias se fundamentan en el contenido lógico de ciertas expresiones conectoras en las lenguas naturales, como «si... entonces», «y», «no», «todos». Ese contenido lógico nos permite efectuar inferencias y razonamientos a partir de la verdad supuesta de los enunciados tomados como premisas, y seguramente desempeñan algún papel en ciertos contextos de la comunicación lingüística (por ejemplo, en el razonamiento científico).

Sin embargo, parece que su papel en la computación del significado comunicativo es más bien escaso. Supóngase que alguien significa algo que no coincide con lo que hemos denominado significado oracional o proposicional, sino que más bien se identifica con un cierto significado del hablante. Las relaciones entre los significados de uno y otro tipo son de tal naturaleza que nada obliga a que el significado oracional de la expresión utilizada y su significado del hablante tengan la misma forma lógica. En consecuencia, la inferencia que permite pasar de la forma lógica del significado proposicional a la del significado comunicativo (del hablante, por ejemplo) no es una inferencia lógica, sino basada en mecanismos diferentes. Dicho de otro modo, la computación de la forma lógica de una expresión lingüística no es una condición suficiente para la averiguación de la forma lógica de aquello que significa comunicativamente dicha expresión.

Existe otro tipo de inferencias que comparte ciertas propiedades con las inferencias lógicas. Entre ellas se encuentran las inferencias léxicas, las inferencias basadas en el conocimiento de la estructura conceptual de los términos empleados en expresiones oracionales. Son inferencias que permiten concluir de (4) la oración (5):

(4) El terrorista asesinó a un inocente

(5) El terrorista dio muerte a un inocente

Del significado de una pieza léxica se pueden extraer conclusiones que incluyen información representada en el significado atribuido a esas piezas léxicas en un diccionario. Con los adecuados instrumentos y procedimientos lógicos, tal tipo de inferencias se pueden reducir a las inferencias lógicas y,

por tanto, les son aplicables las mismas consideraciones ya expuestas: son de escasa utilidad para averiguar el significado comunicativo en los casos en que éste no coincide con el significado oracional.

En general, se puede observar que la riqueza del mecanismo inferencial demostrativo utilizado por los humanos (o por cualquier otro sistema que compute información) depende de la riqueza de la información representada tanto en el análisis lógico como en el léxico. Lo que es evidente, en cualquier caso, es que los sistemas formales de representación de ese tipo de información aún no son lo suficientemente ricos como para dar cuenta de muchas inferencias que operamos automática o semi-automáticamente. Para poner este punto de relieve, bastan dos ejemplos sencillos. En primer lugar, en cuanto al nivel lógico, no existe un tratamiento adecuado de la subordinación completiva. A todos nos parece natural el hecho de que la verdad de (6) se siga de la de (7):

(6) Tenía que despertarme a las ocho

(7) Olvidé que tenía que despertarme a las ocho

y, sin embargo, carecemos de una forma relativamente natural de expresar la forma lógica de (7) de modo que implique la de (6). Este tipo de fenómenos se han agrupado bajo el rótulo de implicaturas convencionales, para indicar que no son idénticas a las implicaciones lógicas, pero que no obstante están asimiladas al sistema de la lengua (v. el Tema 19). De tal modo que resulta preciso representar de una forma u otra la información lógica o léxica que da pie a tales tipos de inferencias.

En segundo lugar, es evidente la necesidad de representar de alguna forma el núcleo convencionalizado de los usos de ciertas expresiones lingüísticas. Por poner un ejemplo: la conjunción «pero» tiene un contenido lógico en español (y en otras lenguas) idéntico al de la expresión «y», pero con unas condiciones de uso diferentes. «Pero» expresa una contraposición entre la información conllevada por dos expresiones lingüísticas entre las que se coloca. Su uso está indicado cuando se da tal contraposición y, de su uso, se puede inferir que, quien la utiliza, establece esa contraposición. El hecho de que entre dos informaciones exista o se conciba una contraposición es extralingüístico, psicológico si se quiere. Pero el hecho de que tal contraposición pueda expresarse mediante la utilización de «pero» es un hecho lingüístico, comunicativo, que exige una representación en uno u otro nivel de la teoría.

De todos modos, volviendo a las consideraciones generales de representación del significado comunicativo, existe una característica general de la forma en que se ha de efectuar esa representación, en la medida en que contribuya a la determinación del significado de manera demostrativa. Desde la perspectiva inferencialista, la información lógica o léxica no puede tener el carácter estático o codificado de un diccionario estándar. En su representación, la información ha de estar orientada hacia la generación de inferencias

convencionalmente sancionadas por el uso de la lengua. Si se quiere traducir esto a una terminología más familiar, la información lógica o léxica ha de representarse en forma procedimental, no declarativa.

Se ha mencionado la opinión de que la inferencia demostrativa desempeña un escaso papel en la computación del significado comunicativo. A la luz de lo dicho habría que matizar esa opinión, pero quizás nos llevaría ello demasiado lejos. Es preferible considerar ahora la naturaleza y la función de la inferencia no demostrativa en la computación del significado.

Según D. Sperber y D. Wilson (1986) el proceso de comprensión inferencial no es demostrativo: esto quiere decir que no existe un procedimiento computatorio determinista en el proceso de comprensión del significado, un conjunto de reglas precisamente definidas y de aplicación unívoca que permita construir una prueba de lo que X significa al proferir *p*, aunque pueda existir una comprobación *a posteriori*, esto es, una confirmación de la corrección de la inferencia realizada por el receptor.

¿Qué implicaciones tiene esto para un enfoque cognitivo de la lingüística computatoria? Parece que no resultaría adecuada ninguna modelización tal que impidiera que la comunicación pudiera fallar, en la cual el ordenador se comportara como un interlocutor ideal que, dado un mínimo de competencia comunicativa por parte del usuario, siempre entendiera lo que significara, que siempre fuera capaz de captar las intenciones comunicativas del emisor. La comunicación natural falla de hecho, seguramente por la naturaleza no determinista del proceso comunicativo.

En cualquier caso, la situación, como se puede suponer, es más bien la contraria: la preocupación del teórico es encontrar un modelo que se desempeñe de forma correcta *alguna vez*, o en un conjunto relevante de situaciones. «Relevante» desde el punto de vista empírico, lo que quiere decir ni más ni menos que tenga una tasa alta de éxitos cuando la conducta comunicativa del usuario es correcta.

Otra característica destacada por Sperber y Wilson es el carácter global de la inferencia comunicativa. En su sentido, «global» quiere decir que la información utilizada como premisa en la inferencia es recuperada de cualquier modelo de la memoria o sistema procesador central en el transcurso del proceso de la comprensión. Se opone a la característica de localidad, que tienen los procesos inferenciales basados en información independiente del contexto —inferencias lógica, semántica, lingüística— o contextual, pero acotada (por ejemplo, información co-textual).

Las dos características unidas proporcionan una imagen global acerca de la arquitectura del sistema en su conjunto: *un proceso de inferencia no demostrativa con acceso libre a la memoria conceptual: esto suena en realidad como un proceso cognitivo central normal* [...]. *Mantenemos que la comprensión inferencial no entraña mecanismos especializados. En particular, argumentare-*

mos que el aspecto inferencial de la comprensión verbal entraña la aplicación de procesos inferenciales centrales no especializados, al resultado (output) de procesos lingüísticos no inferenciales, especializados (Sperber y Wilson, 1986, págs. 65-66). Esta tesis se basa en una presunta posibilidad de separar lo que es información estrictamente lingüística, almacenada en un sistema periférico modular, y lo que es información extralingüística, impresa en la memoria de un sistema central. La motivación de Sperber y Wilson es que comparten el modelo Chomsky-Fodor de lo que es la competencia lingüística: un módulo genéticamente controlado que impone estructura en los inputs lingüísticos y es impenetrable a información procedente del sistema central (esto es, lo que los científicos cognitivos denominan el *encapsulamiento* del sistema). Aunque existen argumentos serios en favor de esta forma de concebir la arquitectura cognitiva del cerebro humano, no es preciso suponer que ésta sea la única forma de realizar la tarea computatoria de la comprensión del significado, ya sea en el cerebro humano o en otro sistema computatorio. En particular, resulta problemática la suposición de la impenetrabilidad a la información central del módulo lingüístico. Los que han argumentado en contra de esta concepción, han indicado casos en que la asignación de estructura (puramente lógica o sintáctica) depende directamente de la posibilidad de recuperar información del sistema central. Esto es aun más cierto a medida que se asciende en el nivel de la representación: mientras que la representación morfosintáctica parece menos influida por información ajena al módulo lingüístico, no parece suceder lo mismo en otros niveles.

En cualquier caso, el problema principal no consiste tanto en de dónde procede la información manejada en el proceso inferencial, como de qué modo se maneja ésta. Si, como parece cierto, la inferencia sobre la intención comunicativa de un hablante no es demostrativa, ¿cuál es el procedimiento utilizado por el auditorio para computarla? El problema reside en que, mientras que disponemos de un buen modelo de la inferencia demostrativa —la lógica—, no sucede lo mismo con la inferencia no demostrativa. Tal y como afirman Sperber y Wilson: *aunque se supone que la inferencia no demostrativa se ha de basar en reglas inductivas de alguna clase, no existe ningún sistema bien elaborado de lógica inductiva que nos proporcione un modelo plausible de los procesos cognitivos centrales* (op. cit., pág. 67).



TEXTOS

TEXTO 1

La naturaleza de la relevancia

**D. Sperber
y D. Wilson,**
«Sobre la
definición de
relevancia»,
traducción de
L. M. Valdés

Resulta usual tratar la relevancia como una propiedad de emisiones (preferencias) o como una relación entre una emisión y un texto o discurso. Sin embargo, la información relevante puede derivarse no sólo de las emisiones y otros actos comunicativos, sino también de la memoria, la observación y la inferencia. Trataremos la relevancia en primera instancia como una propiedad de proposiciones (unidades de información, combinaciones de sentido y referencia); las definiciones subsidiarias de relevancia para emisiones o discursos son relativamente fáciles de construir. Similarmente, trataremos en primera instancia una proposición como relevante, no para un texto o discurso, sino para un contexto, donde un contexto es un *stock* de información derivado no sólo del discurso precedente, sino también de la memoria, la observación y la inferencia. Desde el punto de vista formal, un contexto es simplemente un conjunto de proposiciones de tamaño y contenido arbitrarios. Desde el punto de vista psicológico, tanto el tamaño como el contenido están sujetos a constricciones considerables; las ignoraremos por el momento y las discutiremos en una sección posterior.

La interpretación de una emisión incluye, por una parte, la identificación de la proposición que ha expresado el hablante y, por otra, el procesamiento de esta proposición en un contexto proporcionado por el oyente y que consta, como hemos visto, de información derivada de una variedad de fuentes. Procesar una proposición es simplemente extraer información de ella; procesarla en un contexto es proporcionar una información de trasfondo adicional que contribuye de alguna manera a su procesamiento. El procesamiento de una proposición puede tratarse en gran medida en términos inferenciales. Por ejemplo, el procesamiento de 1) podría incluir el uso de 1) como premisa, junto con la información de trasfondo de 2), para producir la conclusión 3):

1. Juan acaba de comprar un *Rolls-Royce*, pero su mujer se niega a conducir coches caros.
2. El *Rolls-Royce* es un coche caro.
3. La mujer de Juan se niega a conducir en su *Rolls-Royce*.

En este caso, el procesamiento de 1) incluye el dar los pasos necesarios para extraer un cierto conjunto de inferencias, y el contexto será, o al menos incluirá, el conjunto de suposiciones de trasfondo tales como 2), usadas como premisas suplementarias del proceso inferencial.

Cuando una proposición P se añade a un contexto $C_1 \dots C_n$ pueden tener lugar dos tipos distintos de procesos de inferencia que incluyen P como premisa. Por una parte, P puede considerarse como la única premisa y obtener-

se sus implicaciones lógicas. Éstas son, desde luego, invariantes de contexto a contexto, pero podemos decir que *P es informativa* en el contexto $C_1 \dots C_n$ si y sólo si *P* tiene al menos una implicación lógica no implicada por $C_1 \dots C_n$.

El procesamiento de *P* en un contexto $C_1 \dots C_n$ puede también proporcionar un conjunto adicional de implicaciones, esta vez dependientes del contexto: el conjunto de proposiciones que están lógicamente implicadas no por *P* sola, ni por $C_1 \dots C_n$ solos, sino por la unión de *P* y $C_1 \dots C_n$. Llamemos a éstas las *implicaciones contextuales* de *P* en el contexto $C_1 \dots C_n$. Por ejemplo, considérese un contexto que conste de las dos proposiciones 4 a) y 4 b):

4. a) Si el presidente dimite, Juan asumirá sus funciones.

b) Si Juan asume las funciones del presidente, la compañía quebrará.

Si a este contexto se añade la proposición 5), las conclusiones 6) y 7) pueden obtenerse como implicaciones contextuales de 5) en el contexto 4 a)-4 b):

5. El presidente ha dimitido.

6. Juan asumirá las funciones del presidente.

7. La compañía quebrará.

Las proposiciones 6) y 7) son implicaciones contextuales de 5) en este contexto: resultan implicadas lógicamente por la unión de 4) y 5), pero no por 4) sola ni por 5) sola.

Puesto que la informatividad en un contexto es definible en términos de implicación lógica, la relevancia en un contexto podría enfocarse en términos de implicación contextual. Diríamos que una proposición es relevante en un contexto $C_1 \dots C_n$, si y sólo si tiene al menos una implicación contextual en $C_1 \dots C_n$. Intuitivamente, ser relevante en un contexto es un asunto de conectar con el contexto de alguna manera. De acuerdo con esta propuesta, la relevancia en un contexto es un asunto de conectar con el contexto de un modo altamente específico: de modo que se tengan implicaciones contextuales en este contexto. Mediante esta definición, puesto que 5) tiene implicaciones contextuales en el contexto 4), sería relevante también en ese contexto.

Este enfoque inferencial de la relevancia encajaría de manera natural en una teoría inferencial de la comprensión. Al procesar una proposición en un contexto, el oyente derivaría automáticamente sus implicaciones contextuales sobre cuya base se establecería la relevancia de la proposición. De hecho, podría irse más allá y afirmar que el propósito de procesar una proposición es precisamente establecer su relevancia, haciendo de la relevancia la piedra angular de la teoría pragmática. Cualquiera que sea su plausibilidad inicial esta propuesta no puede, sin embargo, ser tomada en serio sin que se proporcionen respuestas a un determinado número de cuestiones. Consideraremos aquí brevemente las tres que nos parecen más urgentes. Vale quizá la pena mencionar que ninguna es exclusiva de nuestro enfoque particular. La primera, que tiene que ver con la naturaleza de las reglas de inferencia usa-



TEXTOS

das, surge en cualquier teoría pragmática inferencial. La segunda, que tiene que ver con el hecho de que la relevancia es un asunto de grado, surge en cualquier teoría en la que la relevancia desempeña algún papel. La tercera, que tiene que ver con la naturaleza e identificación de los contextos, surge en cualquier teoría pragmática en la que el contexto desempeña algún papel. Las respuestas que daremos, al igual que las cuestiones mismas, son a menudo posibles solamente dentro de la armazón que proponemos.

El sistema deductivo

Supongamos que la lógica usada al derivar implicaciones contextuales es una lógica estándar, digamos un sistema estándar de deducción natural. Entonces, para cualquier contexto Q y cualquier proposición P, la conjunción de P y Q será una implicación contextual de P en el contexto Q: P y Q resulta implicada lógicamente por la unión de P y Q, pero ni por P sola ni por Q sola. Toda proposición tendrá al menos una implicación contextual en todo contexto y, por lo tanto, de acuerdo con nuestra definición de relevancia, será relevante en todo contexto, algo que es absurdo. Por lo tanto, o la lógica usada al derivar implicaciones contextuales no es la lógica estándar, o nuestro enfoque de la relevancia es incorrecto.

De hecho, de manera completamente independiente de este enfoque, hay buenas razones para pensar que la lógica usada en la comprensión de una emisión no es una lógica estándar. Por una parte, tiene que ser mucho más extensa, debe proporcionar reglas para todo concepto que pueda desempeñar un papel en el procesamiento inferencial de proposiciones, incluyendo muchas que no son de interés particular para los lógicos. Por otra parte, tiene que, en ciertas maneras, ser más restrictiva. Por ejemplo, las implicaciones lógicas estándares de una única proposición P incluyen muchas proposiciones que, de hecho, jamás se derivarían durante la comprensión de una emisión que expresase P:

8. a) $P \& P$
- b) $P \vee P$
- c) $\neg P$
- d) $P \vee Q$
- e) $\neg P \rightarrow Q$
- f) $Q \rightarrow P$.

En general, es simplemente falso que un oyente, dada una emisión que expresa P, podría pensar que cualquiera de las implicaciones de 8) era parte

del mensaje que intentaba transmitir el hablante, y cualquier explicación inferencial de la comprensión debe incluir algún método para excluirlas.

La necesidad de alguna restricción está compuesta por el hecho de que las reglas que dan lugar a 8) pueden volverse a aplicar a sus propios productos, proporcionando conjuntos infinitos de implicaciones lógicas de acuerdo con las líneas siguientes:

- 9. a) $(P \ \& \ P) \& \ p \dots$
- b) $(P \vee P) \vee P \dots$
- c) $\dots \neg \neg P$
- d) $(P \vee Q) \vee R \dots$
- e) $\dots (\neg P \rightarrow Q) \rightarrow R$
- f) $\dots R \rightarrow (Q \rightarrow P).$

Ejercicios

1. ¿Cuál es la noción de *contexto* que utilizan Sperber y Wilson? ¿Cuáles son sus componentes?
2. Ponga un ejemplo de una proposición informativa con respecto a un contexto, de acuerdo con la teoría de la relevancia.
3. ¿Qué es una *implicación contextual*? Ponga algún ejemplo.
4. Resuma el argumento de Sperber y Wilson contra la lógica estándar como único instrumento utilizado en la comprensión de las implicaciones contextuales.



TEXTOS

TEXTO 2

Grados de relevancia

**D. Sperber
y D. Wilson,**
**«Sobre la
definición de
relevancia»,**
traducción de
L. M. Valdés

La máxima de Grice dice simplemente «Sé relevante». Si, como hemos sugerido, ser relevante es meramente un asunto de expresar una proposición que tiene al menos una implicación contextual en un contexto accesible al oyente, tal máxima difícilmente constreñiría al hablante y, por lo tanto, difícilmente guiaría al oyente. Sin embargo, si los grados de relevancia pudieran darse, o pudiera darse alguna base para comparaciones de relevancia, entonces podría proponerse alguna máxima mucho más restrictiva, como, por ejemplo, «Trata de ser tan relevante como sea posible en las circunstancias», y la interpretación tendría lugar bajo constricciones correspondientemente más severas. En esta sección proporcionaremos una base para comparar la relevancia de proposiciones diferentes en un contexto fijo, continuando en la sección siguiente con el tratamiento de la selección y valoración contextual en contextos variables. Los ejemplos que consideremos serán altamente irreales, en parte porque la comprensión de una emisión no tiene lugar en contextos fijos, y en parte porque es poco probable que los contextos efectivos sean tan pequeños como los usados aquí. Haremos también la suposición simplificadora de que los hablantes no sólo aspiran a la máxima relevancia, sino también que tienen éxito en sus aspiraciones, de modo que la tarea del oyente es meramente elegir la interpretación que resulta más relevante. En una explicación más completa esta suposición simplificadora podría eliminarse. Así pues, los ejemplos y la discusión deberían, pues, tomarse solamente como una ilustración de los criterios alrededor de los cuales podría construirse una explicación más completa.

Si la relevancia está ligada a las implicaciones contextuales, parece razonable que, cuantas más implicaciones contextuales tenga una proposición en un contexto dado, más relevante es. Diremos que, siendo las demás cosas igual, la más relevante de dos proposiciones en un contexto dado será aquella con más implicaciones contextuales. Sin embargo, debe tomarse en cuenta un factor adicional. Dos proposiciones pueden tener el mismo número de implicaciones contextuales en un cierto contexto, pero una puede ser más compleja semánticamente que la otra, y contener trechos completos de información que no conectan con el contexto y que no hacen contribución alguna a la relevancia. Intuitivamente hablando: la existencia de esta extraña información resta atractivo a la relevancia de la proposición. Puesto que también incrementa la cantidad de procesamiento que se requiere, diremos, por razones que resultarán claras en la próxima sección, que, siendo las demás cosas iguales, las más relevante de dos proposiciones en un contexto dado es aquella que requiere menor procesamiento. En las

valoraciones de relevancia hay, entonces, dos factores que tomar en cuenta: de una parte, el número de implicaciones contextuales y, de otra, la cantidad de procesamiento que se necesita para obtenerlas.

Ejercicios

1. ¿Por qué es inadecuada la máxima de *relevancia* tal como la formula H. P. Grice, según Sperber y Wilson?
2. ¿Por qué la *relevancia* no se puede definir únicamente en términos de implicaciones contextuales?
3. Ponga un ejemplo de dos proposiciones con las mismas implicaciones contextuales.



ACTIVIDADES

Para seguir leyendo, y trabajando...

En este Tema, conviene comparar lo que dicen los manuales de semántica y pragmática. En español, los mejores son, sin duda, J. LYONS, *Semántica*, Barcelona: Teide, 1980; *Lenguaje, simplificado y contexto*, Barcelona: Paidós, 1983; S. LEVINSON, *Pragmática*, Barcelona: Teide, 1989 y V. ESCANDELL, *Introducción a la Pragmática*, Barcelona: Ariel, 1996. En inglés, uno de los más completos es J. I. SAEED, *Semantics*, Oxford: Blackwell, 1997.

En este Tema es imperativa la lectura de la obra de D. SPERBER y D. WILSON (*Relevance*, Oxford: B. Blackwell, 1986; 2.^a revisión ampliada en 1995; hay traducción española de la 1.^a en Madrid: Visor, 1994;). Para una aplicación a algunos fenómenos del español de un modelo inferencialista o contextualista, se puede ver E. DE BUSTOS (*Pragmática del español: negación, cuantificación y modo*, Madrid UNED, 1986), aunque no incorpora el marco teórico de la teoría de la relevancia.

Una clara exposición de la teoría de la relevancia se puede encontrar en V. ESCANDELL (1996).

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA HISTORIA DE LAS IDEAS SOBRE EL LENGUAJE

La consulta de (alguna de) las obras que se mencionan en esta Bibliografía contribuirá a que el lector se haga una idea de los problemas que plantea el estudio histórico de las ideas lingüísticas y al mismo tiempo le proporcionará la información básica preliminar para adentrarse en este campo:

- AARSLEFF, H. (1979), *Bibliographia, Histoire, épistémologie, langage*, 1, 2, págs. 41-73.
- ABAD NEBOT, F. (1976), *Historia de la lingüística como historia de la ciencia*, Valencia: F. Torres, ed.
- ARENS, H. (1976), *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid: Gredos.
- AUROUX, S., M. GLATIGNY, A. JOLY A. NICOLAS, I. ROSIER, eds. (1984), *Materiaux pour une histoire des théories linguistiques*, Lille: P. U. de Lille, III.
- AUROUX, S., coord. (1989 y 1992), *Histoire des idées linguistiques*, I y II, Lieja: Mardaga.
- BERESIN, F. M. (1980), *Geschichte der sprachwissenschaftlichen Theorien*, Leipzig: Bibliographisches Institut.
- BORGSMANN, A. (1974), *The Philosophy of Language. Historical Foundations and Contemporary Issues*, The Hague: M. Nijhoff.
- COSERIU, E. (1969; 1972), *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart. Eine übersicht*, Vol. I. 1969; Vol. II: von Leibniz bis Rousseau, Tübingen: G. Narr I, 1972.
- COSERIU, E. (1977), *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje. Estudios de historia de la lingüística*, Madrid: Gredos.
- DEELY, J. (1982), *Introducing Semiotic: Its History and Doctrine*, Bloomington, Indiana: Indiana U. Press.
- DESSAUX-BERTHONNEAU, A. M., ed. (1980), *Théories linguistiques et traditions grammaticales*, Lille: P. U. de Lille.
- ESCHBACH, A. y J. TRABANT, eds. (1983), *History of semiotics*, Amsterdam: J. Benjamins.
- GORDON, W. (1982), *A history of semantics, Studies in the history of linguistics*, vol. 30, Amsterdam: J. Benjamins.

- HYMES, D. ed. (1974), *Studies in the history of linguistics*, Bloomington: Indiana U. Press.
- JACOBS, A. (1969), *100 points de vue sur le langage*, Paris: Klincksieck.
- KOERNER, E. F. K. (1978), *Towards a Historiography of Linguistics. Selected Essays*, Amsterdam: J. Benjamins.
- KOERNER, E. F. K. (1978), *Western Histories of Linguistic Thought. An annotated Bibliography, 1822-1976*, Studies in the history of linguistics, Amsterdam: J. Benjamins.
- KOERNER, K. ed. (1980), *Progress in Linguistic Historiography*, ICHOLS, I, Amsterdam: J. Benjamins.
- KRETZMANN, N. (1967), «History of semantics», en P. EDWARDS, ed., *The Encyclopedia of Philosophy*, Londres: MacMillan, págs. 358-406.
- LYONS, J. (1971), *Introducción en la lingüística teórica*, Barcelona: Teide.
- MALKIEL, Y. y M. LANGDOM (1969), «History and histories of linguistics», *Romance Philology*, 22, págs. 530-666.
- MALMBERG, B. (1991), *Histoire de la Linguistique. De Sumer à Saussure*, París: PUF.
- MOUNIN, G. (1974), *Historia de la lingüística*, Madrid: Gredos.
- PARRET, H. ed. (1976), *History of linguistic thought and contemporary linguistics*, Berlin: Walter de Gruyter.
- REY, A. (1973), *Théories du signe et du sens*, París: Klincksieck.
- ROBINS, R. H. (1967), *A Short History of Linguistics*, Londres: Longman; versión española en Madrid: Paraninfo, 1981.
- SALUS, P. H. (1969), *On language, from Plato to von Humboldt*, Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- SEBEOK, T. A. ed. (1975), *Historiography of linguistics, Current Trends in Linguistics*, vol. 13, 1 y 2, The Hague: Mouton.
- SEBEOK, T. A., ed. (1966), *Portraits of linguists*, Bloomington: Indiana U. Press, 2 vols.
- SIMONE, R. (1975), «Théorie et histoire de la linguistique», *Historiographia linguistica*, II, 3.
- SWIGGERS, P. (1980), «The Historiography of Linguistics», *Linguistics*, 18, págs. 703-720.
- TUGENDHAT, E. (1982), *Traditional and analytical philosophy*, Cambridge: Cambridge U. Press.
- TUSÓN, J. (1982), *Aproximación a la historia de la lingüística*, Barcelona, Teide.

Obra fundamental de consulta:

- Koerner, E. F. K. y R. E. ASHER (1995), *Concise History of the language sciences. From the sumerians to the cognitivists*, Cambridge: C.U.P.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA DEL LENGUAJE

En esta Bibliografía sólo se recogen los manuales de filosofía del lenguaje y las obras más importantes sobre semántica o pragmática filosóficas, indicando cuáles, por su calidad o novedad, son los más recomendables:

En español

- ACERO, J. J., BUSTOS, E., y QUESADA, D. (1982), *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra, (1985 2.^a ed.).
- ACERO, J. J. (1985), *Filosofía y análisis del lenguaje*, Madrid, Cincel.
- ACERO, J. J. (1993), *Lenguaje y filosofía*, Barcelona: Octaedro.
- BLASCO, J., T. GRIMALTOS y D. SÁNCHEZ (1999), *Signo y Pensamiento*, Barcelona: Ariel.
- GARCÍA CARPINTERO, M. (1996), *Las palabras, las ideas y las cosas: una presentación de la filosofía del lenguaje*, Barcelona: Ariel.
- GARCÍA SUÁREZ, A. (1997), *Modos de significar*, Madrid: Tecnos.
- HIERRO, J. y PESCADOR, S. (1982 y 1983), *Principios de filosofía del lenguaje*, I y II, Madrid, Alianza Universidad.
- FRÁPOLLI, M. J. y ROMERO E. (1998), *Una aproximación a la filosofía del lenguaje*, Madrid: Síntesis.
- NUBIOLA, J. L. y CONESA F. (1999), *Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Herder.
- PLATTS, M. de B. (1992), *Sendas del significado. Introducción a una filosofía del lenguaje*. México: FCE.

En inglés

- MILLER, A. (1998), *Philosophy of Language*, Londres: University College Press.
- PLATTS, M. de B. (1997), *Ways of meaning. An Introduction to a Philosophy of language*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- TAYLOR, K. (1998), *Truth and Meaning. An Introduction to the Philosophy of Language*, Oxford: Blackwell.

Antologías

En español

- MORO SIMPSON, T. ed., (1973), *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires. Siglo XXI.
- VALDÉS VILLANUEVA, L. M. ed., (1991), *La búsqueda del significado (Lecturas de filosofía del lenguaje)*, Madrid: Tecnos.

En inglés

- HALE, B. y C. WRIGHT, eds. (1997), *A Companion to the Philosophy of Language*, Oxford: Blackwell.
- HARNISH, R. M., ed. (1994), *Basic Topics in the Philosophy of Language*, Londres: Harvester.
- LUDLOW, P., ed.(1997), *Readings in the Philosophy of Language*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- MARTINICH, P., ed. (1990), *The Philosophy of Language*, Oxford. Oxford U. Press.
- NYE, A. (1998), *Philosophy of Language: The Big Questions*, Oxford: Blackwell.

Obra fundamental de consulta

- LAMARQUE, P. V. y R. E. ASHER, eds. (1997), *Concise Encyclopedia of Philosophy of Language*, Pergamon Press.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA PARA CADA PARTE DEL PROGRAMA

Como orientación más específica para la preparación de las diferentes partes del programa, se menciona una serie de títulos que pueden resultar de utilidad para el alumno, que los ha de consultar con asiduidad, por lo que deberían figurar, al menos en su mayor parte, en las bibliotecas de los Centros Asociados en que se imparte esta asignatura.

Unidad Didáctica I

- ARENS. H. (1976), *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, Gredos.
- AUROUX, S. (1989), *Histoire des idées linguistiques*, I y II, Bruselas. P. Mardaga.
- FERRATER MORA, J. (1982-1983), *Diccionario de filosofía*, Madrid, Alianza.
- KRETZMAN, M. (1967), «History of semantics», en P. EDWARDS, ed., *The Encyclopedia of Philosophy*, Londres: MacMillan.
- LYONS, J. (1973), *Introducción a la lingüística teórica*, cap. 1. Barcelona: Teide.
- MALMBERG, B. (1991), *Histoire de la linguistique, de Sumer a Saussure*, Paris: P.U.F.
- ROBINS, R. H. (1981), *Breve historia de la Lingüística*, Madrid, Paraninfo.
- TUSÓN, J. (1982), *Aproximación a la historia de la lingüística*, Barcelona, Teide.

Unidad Didáctica II

- Acero, J. J. (1985), *Filosofía y análisis del lenguaje*, Madrid, Cincel.
- ACERO, J. J. BUSTOS, E. y QUESADA, D. (1982), *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1982.
- GARCIA CARPINTERO, M. (1996), *Las palabras, las ideas y las cosas: una presentación de la filosofía del lenguaje*, Barcelona: Ariel.
- GARCÍA SUÁREZ, A. (1997), *Modos de significar*, Madrid: Tecnos.
- HIERRO, S. y PESCADOR, J. (1982-1983), *Principios de filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza.
- FRAPOLLI, M. J. y ROMERO E. (1998), *Una aproximación a la filosofía del lenguaje*, Madrid: Síntesis.
- NUBIOLA, J. L. y CONESA F. (1999), *Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Herder.

Unidad Didáctica III

- ACERO, J. J.; BUSTOS, E. y QUESADA, D. (1982), *Introducción a la filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra.
- BUSTOS, E. (1986), *Pragmática del español (Negación, cuantificación y modo)*, Madrid, UNED.
- ESCANDELL, V. (1996), *Introducción a la pragmática*, Barcelona: Ariel.
- GARCÍA CARPINTERO, M. (1996), *Las palabras, las ideas y las cosas: una presentación de la filosofía del lenguaje*, Barcelona: Ariel.
- GARCÍA SUÁREZ, A. (1997), *Modos de significar*, Madrid: Tecnos.
- LEVINSON, S. (1990), *Pragmática*, Barcelona, Teide.
- SEARLE, J. (1990), *Actos de habla*, Madrid, Cátedra.
- FRAPOLLI, M. J. y ROMERO, E. (1998), *Una aproximación a la filosofía del lenguaje*, Madrid: Síntesis.
- NUBIOLA, J. L. y CONESA, F. (1999), *Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Herder.